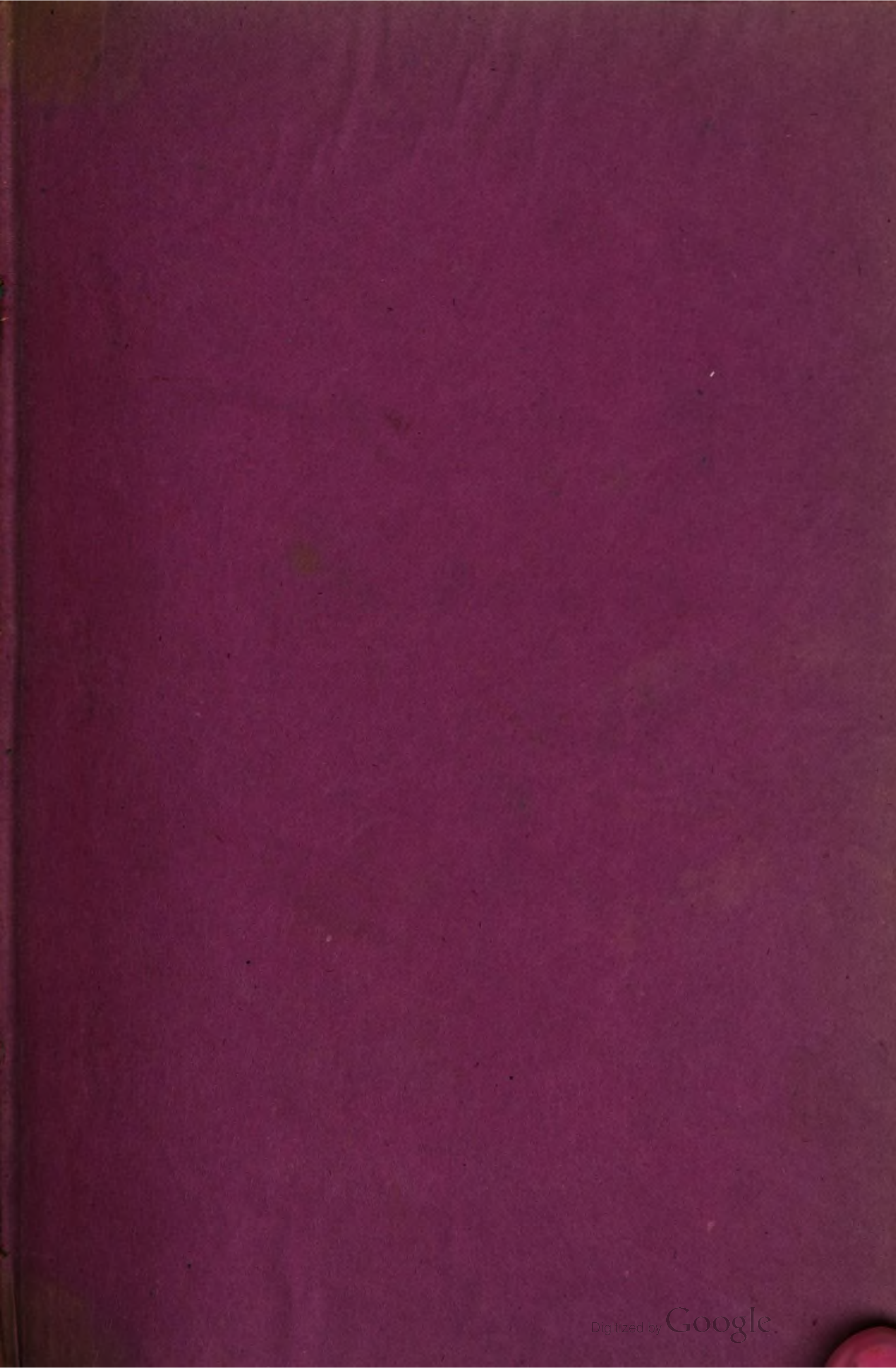


HISTORIA

DE

DON RAMON CABRERA

HISTORIA

DE

DON RAMON CABRERA

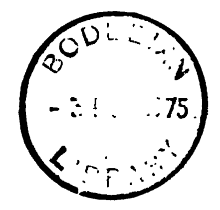
por

E. FLÁVIO, CONDE DE X.***

«................ en tu gigante gloria
»una nacion y otra nacion te admira,
»y es como el siglo inmensa tu memoria;
»páginas de esplendor te da la historia,
»y en ella *un grande* el universo mira.»
(F. CEA. — *A Cabrera*, Oda.)

TOMO I

MADRID — 1870
EST. TIPOGRÁFICO-EDITORIAL DE G. ESTRADA
Hiedra, 7



PATRIA MIA!

Comienzo á escribir la historia de DON RAMON CABRERA.

A tí, madre de Viriato, de Pelayo, de Isabel I, de Daoiz y Velarde;

A tí, cuyo nombre alentó á Numancia y á Sagunto, á Zaragoza y á Gerona;

A tí, cuyos pendones recogieron los lauros de las Navas y Granada, de Pavía y Lepanto, de Otumba y Arauco, de Bailén y Vitoria;

A tí la ofrezco, nobilísima España, cuna de valientes, solar de hidalgos, templo de la gloria.

Porque es la historia de un héroe: del héroe de 1839 y 1848; del que tremola hoy la salvadora enseña de DON CÁRLOS DE BORBON Y DE ESTE;—que es la enseña de la Religion y de la Monarquía, el lábaro caballeresco de la nobleza y lealtad española.

*E. Flávio, Conde de X.****

AL QUE LEYERE.

Dos palabras.

El Conde de Morella es hoy, mejor que nunca, la esperanza de la pátria.

Y es tambien la gloria más brillante de la causa legitimista.

Corre su nombre de boca en boca; refiérense por cási todos sus hazañosas empresas, sus rasgos de valor heróico; muchos saben apreciar en lo que vale—dígalo el Austria, en 1866—su certero golpe de vista sobre el campo de batalla; algunos hay que lograron adivinar, al través de la inquieta pupila del antiguo estudiante de Tortosa, la severa mirada del profundo político, del grave y pensador hombre de Estado.

Todo lo sabemos.

Pero, ¿quién ha escrito una historia *popular* de DON RAMON CABRERA?

Nádie.—Pues nosotros aspiramos á llenar este vacío.

Dicho está, por lo tanto, que escribimos *para el pueblo*: por eso nuestra obra será *económica* y *sencilla*, al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias.

De ayer fueron, cási se tocan con la mano, los sucesos que vamos á describir en este libro: no son necesarias eruditas notas, ni códices preciosos, ni raros apógrafos,—materiales riquísimos, en historias de otros hombres y otras

épocas, para la discreta apreciacion de los hombres de estudio; pero fárrago indigesto y pesado, para la generalidad de los lectores, en obras como la que tenemos el honor de ofrecer al público.

Y aunque somos reos del delito—demasiado comun en estos tiempos—de sentir admiracion y entusiasmo por el insigne Conde de Morella, tampoco se nos oculta que "la "historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, "y donde está la verdad está Dios, en cuanto á verdad."

Díjolo así el gran Cervantes, y nosotros lo aprendimos en las áulas.

No lo olvidarémos ahora.

Y basta ya, lector amigo.

PARTE PRIMERA.

(1833—1840)

CAPÍTULO PRIMERO.

OJEADA PRELIMINAR.

Desgraciado fué para España el reinado de Fernando VII.

Subió al trono el primogénito de Cárlos IV entre las revueltas de un motin asqueroso é indigno, y bajó al sepulcro sin que un corazon se angustiase de pena, sin que una lágrima se vertiese en su memoria, legando á sus súbditos la horrible perspectiva de una guerra sanguinaria.

Él adivinaba este tremendo legado.

Con aquella malignidad sarcástica que todos los contemporáneos, amigos y enemigos, le reconocian, comparaba á España, algunos dias ántes de su muerte, á una

botella de cerveza, cuyo tapon deberia saltar con inusitado estrépito en la hora misma en que se abriesen para el desdichado monarca las puertas de la eternidad y la losa de la tumba.

Y estaba, para nuestra desventura, en lo cierto.

Ningun rey de España — ha dicho un escritor distinguido — pudo haberse hallado en mejores circunstancias para lograr la felicidad de la pátria, como lo estuvo Fernando VII sentado en el trono de sus mayores, cuando aún resonaban los cañones de la independencia pátria: ni Isabel la Católica después de la conquista de Granada; ni Cárlos I, con Pavía y Otumba; ni Felipe II, con San Quintin y Lepanto.

Hé aquí una verdad incontrovertible.

Pero ¿qué hizo Fernando VII para ceñirse la aureola de la inmortalidad y de la gloria? ¿Cuáles fuéron, durante su triste reinado, los dias en que brilló para la pátria el sol de la ventura? ¿Dónde están los fastos que guardan su nombre escrito en doradas páginas? ¿Cuyas serán las plumas que le elogien, las liras que le canten alabanzas?

Él, veleidoso en política, supo enagenarse las simpatías de los dos partidos que se disputaron el Gobierno de España: los absolutistas le acusan, y los liberales le desprecian y ultrajan su memoria.

Y estos últimos fuéron, sin embargo, los que se apresuraron á recoger el fruto de una intriga vergonzosa, cuya narracion no nos pertenece, arrancando al moribundo monarca, ya casi imbécil, y en instantes de suprema angustia, aquella famosa *declaracion* que restablecia, ó pretendia restablecer (esta es la frase), la pragmática de 29 de Marzo de 1830.

Y el rey se fingió víctima — tal era su costumbre — de sorpresas, de errores y de engaños.

Por eso decian populares copleros, algunos dias despues de la muerte de Fernando, acaecida en 29 de Setiembre de 1833:

Murió el rey y le enterraron.
De qué mal?—De apoplegía.
¿Resucitará algun dia
Diciendo que le engañaron?

Vulgar coplilla, cuyo último verso puede considerarse como un resúmen exacto de la política de Fernando VII.

Pasemos adelante, y hagamos caso omiso de los acontecimientos de Cataluña en 1827.

Hallábase desterrado en Portugal D. Cárlos María Isidro de Borbon, hermano del difunto monarca, y heredero de la corona de Castilla, segun el áuto solemne de Felipe V.

Verdad reconocida ahora,—dicho sea de paso,—cuando ya no existe el trono de la hija de Doña María Cristina, y proclamada sin disfraces en las Córtes y en la prensa por las eminencias del partido revolucionario.

Pero contaba D. Cárlos con un partido numeroso y entusiasta, que no titubeaba en alzarse en armas para defender sus derechos.

Cataluña se conmovió de nuevo, haciendo presagiar una sublevacion formidable: levantáronse en Valencia los voluntarios realistas, aclamando por rey al augusto príncipe; en Santiago, en el Ferrol, en Leon y en otras poblaciones importantes, se notaban ya, demasiado manifiestos, esos síntomas de agitacion que preceden á los alzamientos populares; en las provincias del Norte se murmuraba, y aún más, el grito de guerra que lanzaron luego los indomables cántabros: *Dios, rey y fueros;* en la corte misma se descubrian conjuraciones en favor de D. Cárlos, y se refrenaba apénas, con destierros y cárceles, el ardiente

entusiasmo de los Guardias de Corps y de algunos batallones de voluntarios.

Pero María Cristina adivinó el peligro en que se hallaba el sólio de su hija; y para halagar al enemigo, que tan formidable aparecia desde los primeros instantes, lanzó aquel manifiesto célebre (1), hollado bien pronto, en el que declaraba solemnemente *que no admitiria* INNOVACIONES PELIGROSAS, *aunque halagüeñas en su principio, probadas ya sobradámente por nuestra desgracia.* Y decíase además, en una circular que dirigió el Secretario de Estado á los representantes de España en las Córtes extranjeras, que *la Reina Gobernadora se declaraba enemiga irreconciliable de toda innovacion religiosa y política que se intentare suscitar en el Reino ó introducir de fuera para trastornar el órden establecido.*

La verdad es, sin embargo, que los halagos no fascinaron, y que esta política débil no satisfizo á nadie,—segun confesion de todos los escritores liberales de más nota.

Y véase cómo se hallaba entónces la Nacion, al decir de un hombre ilustre, que no puede infundir sospechas (2):

«El derecho á la Corona dudoso; la antigua monarquía y la revolucion en presencia..... un Gobierno débil, que queria no inclinarse ni al un lado ni al otro lado, al frente de los negocios públicos. Por heredero del monarca, una niña;.... y á la cabeza del partido realista, D. Cárlos. Una guerra de sucesion y una lucha política: en litigio la dinastía y en litigio la constitucion del país.»

Con razon podia decir el autor del famoso pasquin que apareció fijado, por aquel entónces, en las Casas Consistoriales de Cervera:

(1) Fecha 4 de Octubre de 1833.

(2) Don Joaquin Francisco Pacheco.

«¿Quién nos ha puesto en el más miserable estado?—El rey pasado.»

Entre tanto, al comenzar el año 1834, la guerra se desarrollaba sobre un inmenso panorama, y con éxito feliz para los soldados de D. Cárlos.

Los *cristinos*,—como se llamaba á los que habian abrazado la causa de la Infanta Isabel,—escondian con rubor la frente al verse batidos en mil encuentros, segun se explica el autor liberal de una obra contemporánea (1), bien fuese por la ineptitud de los generales que en un principio á la batalla les guiáron (2), bien, acaso, por el desaliento que reinaba en sus filas, y que formaba singular contraste, digno de ser notado, con el ardimiento y bravura de las ya numerosas huestes carlistas.

Y en poco tiempo «quedó dueño D. Cárlos de un reino en verdad reducido en límites,—dice Alcalá Galiano (3)—pero donde gobernaba en paz interior á un pueblo sumiso y leal, y á un ejército valeroso y aguerrido... Y sus par-

---

(1) *El Panorama Español.*

(2) Corria entre los jefes y oficiales, de boca en boca, la siguiente décima:

"Loor á los generales
que á la batalla nos guian:
sólo en España podrian
llevar el nombre de tales.
En riscos y matorrales
ven la faccion apostar:
mándannos luego atacar,
y ábrennos mil sepulturas,
por ganar unas alturas
y volverlas á dejar."

(3) Tómese acta, si ya no se hubiese tomado, de este testimonio.—Nos permitimos hacer observar, que sólo empleamos, para nuestro objeto, relaciones é historias escritas por los hombres más eminentes del partido liberal.

ciales, dentro y fuera de España, concibieron las esperanzas más halagüeñas y sólidas, y en igual proporcion temieron y desmayaron sus enemigos».

Llegaron á verse los *cristinos* en situacion tan precaria, que la Reina Gobernadora confesó paladinamente—asegura un historiador ya citado—*que no tenia fuerzas para contener y enfrenar á las facciones*, que brotaban pujantes y amenazadoras por todos los ámbitos de la península española.

No es, por lo tanto, extraño, que las potencias europeas se negasen á reconocer el reinado de la hija de Fernando VII,—á excepcion de Francia é Inglaterra, y Portugal más tarde, por intereses particulares cuyo conocimiento está al alcance de todos,—miéntras los Estados Pontificios consideraban como rey legítimo, de hecho y de derecho, á D. Cárlos María Isidro, publicándolo así terminantemente en la *Guia civil de Roma*.

Quedábale un solo recurso á la tutora de la Infanta Isabel, y preciso es confesar que le aceptó en último extremo: levantar la enseña del partido liberal y rodearse de los hombres que profesaban las ideas que ella misma habia llamado *peligrosas*.

En efecto: cayó el ministerio Zea, y fué elevado á la Presidencia del Consejo el doceañista Martinez de la Rosa.

Hollóse el manifiesto de 4 de Octubre de 1833 y la proclama de 1.° de Enero de 1834.

Y ésta fué la primera de aquella *série de lamentables equivocaciones*, que constituyen el verdadero sistema político del reinado de Isabel II.

El mismo habia sido—ya lo hemos dicho—el de Fernando VII.

Tal era la situacion de España, á grandes rasgos y en

vagas generalidades bosquejada, por los años en que dá comienzo nuestra historia.

Permítasenos, para cerrar este capítulo, ofrecer una observacion no despreciable.

Los hombres que en 1834 desenvainaron sus aceros para sostener en el campo de batalla el trono vacilante de Isabel II, eran los mismos que, andando los tiempos, habian de arrancar la corona, y romperla en cien pedazos, á la mal aconsejada hija de Fernando VII.

¡Juicios inexcrutables de la Providencia!

CAPITULO II.

El Maestrazgo.—Los voluntarios realistas.—Partidas.—El coronel Victoria y el Baron de Hervés.—Morella.—Viva Cárlos V!—El depósito.—Ramon Cabrera y Griñó.—Familia de Cabrera: José Cabrera y Ana María Rosa Francisca Griñó.—Felipe Calderó.—Primeros años de Ramon.

Conviene poseer algunos datos relativos al Maestrazgo.

Al dar principio el siglo XIV, el Sumo Pontífice Clemente V, de acuerdo con el soberano de Francia, Felipe IV, *el Hermoso*, expidió una *Bula* que decretaba la completa extincion de la Orden del Temple, sagrada y caballeresca milicia que habia sido, por espacio de muchos años, centinela avanzada de la cristiandad entera contra las bárbaras y frecuentes correrías de los fanáticos sectarios de Mahoma.

Criminales, segun quieren algunos historiadores; víctimas inocentes, al decir de otros,—los caballeros Templarios encontraron en España la proteccion más decidida: Castilla rechazó en un principio el breve pontificio; Portugal convirtió aquella Orden en *milicia de Cristo*; y el rey de Aragon, Jaime II, representó al papa Juan XXII, sucesor de Clemente, la conveniencia de crear en sus reinos, y en sustitucion de la milicia extinguida, la nueva y militar Orden de Santa María de Montesa (que aún sub-

siste, siquiera sea en el nombre), dotándola con los cuantiosos bienes que poseian los caballeros del Temple en los estados de Aragon y Valencia.

Y así se efectuó en 1317.

Una mesa *maestral* de la nueva Orden radicaba en la antigua bailía de Cervera, y várias encomiendas de los alrededores estaban agregadas á aquella: *Maestrazgo viejo* era llamada la primera, y *Maestrazgo nuevo* se denominaba á las segundas.

Andando el tiempo, se dió el nombre genérico de *Maestrazgo* á toda aquella porcion de territorio que pertenecia á cualquiera de las dos jurisdicciones: todavía se designa de la misma manera.

Como rayo que atraviesa por oscuras nubes en medio de tormenta borrascosa, corrió por España, desde el uno al otro ámbito, la noticia de la muerte de Fernando VII: todos esperaban el suceso, pero todos temblaron por la pátria, cuando ya no era un misterio para nádie.

Hora esperada, y hora temida: como si el noble pueblo castellano hubiese tenido uno de esos presentimientos lúgubres que anuncian al corazon la desgracia con exactitud fatal y desgarradora.

Habíase ya levantado en algunas provincias la enseña de D. Cárlos, y aún subsistian, arma al brazo, 200.000 voluntarios realistas en actitud no muy benévola hácia el Gobierno de Doña María Cristina.

Urgente era desarmarlos, pero tambien difícil: apénas apareció en la *Gaceta* el correspondiente decreto en 25 de Octubre, brotaron por todos lados, como evocados por arte mágica, grupos numerosos y entusiastas de voluntarios realistas que proclamaban por rey á D. Cárlos María Isidro.

Y arrastraban en pos de sí á una multitud de gentes

que sin ocupacion vivian, quizá por incuria de los anteriores Gobiernos, segun piensa un cronista contemporáneo, y á muchos jóvenes fogosos que no titubearon en hacer alarde nobilísimo de despreciar la vida por seguir las banderas de la causa legitimista.

Arreciaba la guerra, con mal éxito para las armas *cristinas*, en las provincias del Norte, donde estaban fijos los ojos del Gobierno de Madrid; pero nádie se cuidaba de parar su atencion en las numerosas *partidas* que vagaban ya por casi todas las provincias de la Península, por Aragon, Valencia y Cataluña principalmente.

Carnicer, al frente de 200 hombres decididos, corria como dueño por los confines del Bajo-Aragon; Quílez, bravo y aguerrido, diestro en los combates de montaña, seguido por un puñado de valientes, sabía eludir la persecucion activa de que era objeto en el centro del Maestrazgo; Miralles, guerrillero audaz y hombre de génio, que de muy humildes principios se habia elevado á jefe de una banda no despreciable, dominaba con ventura y sin obstáculos en la parte norte de la provincia de Valencia, y muchos otros *cabecillas*, como entónces se llamaba á los jefes de partidas, procedentes unos del ejército, y que eran otros gloriosos restos de las pasadas luchas, corrian en són de guerra por las llanuras de la Mancha y de Múrcia, por las ásperas sierras de Leon y Búrgos, por las cañadas y valles de Santander y Galicia.

Así estaban las cosas al empezar el mes de Noviembre.

A la sazon era gobernador de la plaza de Morella el coronel D. Cárlos de Victoria, pundonoroso oficial adicto á la causa de D. Cárlos, que anhelaba un momento oportuno para alzar la bandera absolutista.

Bien pronto se le ofrecieron los sucesos.

Procedente de Valencia, llegó á Morella, al anochecer

del 4 de Noviembre, el distinguido Baron de Hervés, uno de los hombres más influyentes en toda la provincia, que habia sido en años anteriores alcalde-corregidor de la capital: iba á la cabeza de algunos cientos de voluntarios realistas que se le habian unido en los pueblos del tránsito.

Y á la mañana siguiente, 13, resonó en el viejo castillo el grito de *viva Cárlos V*, nombrándose una junta de gobierno, compuesta de las personas más acomodadas de la poblacion y afectas al partido.

El Baron de Hervés se reservó el cargo de comandante general del Maestrazgo; cargo bien difícil y espinoso en circunstancias tan críticas.

Pronto ¡ay! debia sellar con su sangre el infortunado coronel de Hervés su adhesion á la causa de D. Cárlos.

Mas no perdió un instante en prepararse á la defensa, bien seguro de que las tropas de la reina caerian inmediatamente sobre la plaza de Morella, para ahogar, si fuese posible, en la cuna un levantamiento que se iniciaba con tanto brío, con tan formidables fuerzas.

Y preciso es confesar, —testigos los escritores liberales (1), —que supo hacerlo con actividad recomendable.

Recogió partidarios en los pueblos inmediatos, armólos, hízoles aprender en breves dias los principios rudimentarios de la táctica militar y de ordenanza, y formó con ellos el núcleo de aquel valeroso ejército, del que llegaron á decir sus enemigos que «*tenia el corazon de bronce y el alma de los héroes*:» abasteció la plaza de harinas, reparó las murallas, construyó nuevas defensas, y llenó de municiones de guerra los almacenes y sótanos de la morisca fortaleza.

---

(1) Véase la *Historia de Cabrera*.—Madrid, 1845, por Calvo y Rochina, pág. 4.



Llegó, entre tanto, el 16 de Noviembre.

¡No se olvidará la historia de apuntar esta fecha memorable!

Eran las primeras horas de la mañana.

Demandando audiencia al gobernador de Morella, presentóse en las puertas del castillo un jóven estudiante, que decia ser natural y vecino de la ciudad de Tortosa, que anhelaba alistarse, en calidad de voluntario, bajo las banderas de Cárlos V.

Y al preguntarle por su nombre el coronel Victoria, contestó con acento breve:

—Ramon Cabrera y Griñó.

De elevada estatura, constitucion robusta y semblante pálido; ancha su frente, pobladas y casi unidas sus cejas, inquietos y brillantes sus ojos, cuyas negras pupilas despedian algunas veces fascinadoras miradas, el nuevo recluta captóse desde los primeros momentos las simpatías del Baron de Hervés y del coronel Victoria.

José Cabrera se llamaba su padre, marino audaz, pero honradísimo y laborioso, que habiendo comenzado por hacer el comercio de cabotaje entre los puertos más cercanos á Tortosa, le nombraron luego capitan de un buque mercante, y adquirió más tarde, en cambio de fatígas y ahorros, un velero falucho de treinta toneladas para dedicarse al comercio por su cuenta y riesgo,—objeto que logró con no mediano éxito (1).

Ana María Rosa Francisca Griñó y Diñé se nombraba la madre del jóven voluntario: mujer de brillante hermosura, de carácter dulcísimo y apacible, de corazon de oro, de costumbres piadosas; que habia sido la alegría de sus

(1) Algunos escritores han hecho, por sí y ante sí, contrabandista al honrado padre de Cabrera.—Falso.



ancianos padres; que era el ídolo de su marido y el ángel bueno de su hijo; venerada, más que querida, por todas las personas á quienes estaba unida por lazos de amistad ó parentesco.

Veintitres años contaba la hermosa Ana María al nacer—en 27 de Diciembre de 1806 (1)—el protagonista de esta obra.

Y viuda era ya, en 1812, cuando empezaban á inquietarla los primeros anuncios del génio díscolo que aparecia en el niño huérfano.

Hé aquí la razon principal que tuvo la desconsolada viuda de José Cabrera para contraer segundas nupcias, en 1818, con otro honrado marino, cuyo nombre era Felipe Calderó: asegurar la educacion y el porvenir de su hijo, encaminando sus pasos por la senda del bien y del honor.

Resolucion acertada en verdad: que tenía apénas diez años el travieso huérfano, y era conocido en Tortosa por sus audaces fechorías.

Revelábase su génio bien temprano; dióle una vieja Sibila de la vecindad el nombre de *Batallador*, y los sucesos posteriores convirtieron en atinada profecía el mote de la *saludadora*.

Y sus buenos padres quisieron consagrarle á la Iglesia.—¿Cómo habia de recibir gustoso una determinacion tan contraria á su carácter, á sus inclinaciones más naturales?

Imposible.

Vistió las negras hopalandas del estudiante, calóse el tricornio, y terciaríase con gracia el raido y agujereado

(1) Fué bautizado el mismo dia, con agua de socorro, por el doctor D. Francisco Roca, cura de la catedral.

manteo; pero bien puede asegurarse que apénas llegaria á balbucear el idioma latino, ni á conocer medianamente las primeras páginas del rancio tratado de moral del Padre Lárraga.

Era, en cambio, el primero en diabólicas travesuras: él las inventaba, él las dirigia, él las daba siempre feliz remate.

Encerrado en el convento de Trinitarios de Tortosa, á guisa de correccion paternal, fué en el sagrado recinto la desesperacion de los superiores, la pesadilla constante de los religiosos, el duende de la santa casa: oíase á media noche un fuerte y extemporáneo repique de campanas; aparecian muchas veces atados en las columnas de los claustros los vigilantes nocturnos del convento; observábase otras que las cerraduras de las celdas estaban llenas de piedrecitas y arena; ayunábase algunas á la fuerza, porque las viandas estaban excesivamente saladas ó amargas....

El autor de estas diabluras era el estudiante Cabrera; pero todos lo ignoraban, porque nunca pudieron cogerle en el acto de ejecutarlas.

Era el estudiante de Salamanca en los siglos XVI y XVII, colocado en Tortosa en la mitad primera del siglo XIX.

—Tú has nacido para soldado, nó para clérigo,—le dijo su diocesano, D. Víctor Saez, cuando Ramon se presentó á recibir las órdenes menores.

Y no quiso ordenarle.

Un obispo confirmaba, después de muchos años, la prediccion de la vieja.

En efecto, Ramon el *Batallador* habia nacido para soldado.

CAPITULO III.

Rectificacion importante. — La órden de destierro. — Quiero batirme! — El bautismo de fuego. — Tiene usted miedo? — Cabo, sargento y alférez. — La voz del honor. — Sorpresa de San Mateo. — El palo. — El barranco de Vallivana. — Teniente. — Capitan. — El primer ¡*Viva Cabrera*! — Sangre carlista.

Sin rebozo han afirmado algunos escritores que el azar dirigió los pasos de Cabrera á las filas carlistas.

Dan por cierto que el jóven estudiante de Tortosa carecia de opiniones políticas al estallar la guerra, y hácenle víctima *inconsciente* — como ahora se dice — de cierta quimérica idea de gloria que, segun aquellos señores, germina en la mente de los séres predestinados, en circunstancias críticas, y que les arrastra con indeclinable fuerza hácia el lado del más débil.

Consecuencia lógica: á Viriato, fantasma aterrador de las legiones romanas, poco debió agradecerle la pátria; ménos todavía al gran Pelayo, al generoso y bravo caudillo que supo levantar en Covadonga con la punta de su acero el derrocado sólio de la Iberia.

Es decir: que si los papeles se hubiesen trocado, Cabrera, delante de la terrible balanza de la lucha dinástica, habria arrojado el formidable peso de su espada en el platillo que sostenia los derechos de Isabel II.

Rectificarémos, probando lo contrario.

Veintisiete años (poco ménos) tenía Cabrera cuando murió Fernando VII.

Y dejando á un lado la peregrina idea de aquellos que le juzgaron indiferente en política, en momentos de combustion para toda España, cuando no habria seguramente un corazon hidalgo que no latiese por Cárlos V ó por Isabel II, citarémos un hecho que demostrará palmariamente la exactitud de nuestras rectificaciones.

Partidario de Doña Isabel era el comandante de marina de Tortosa, en cuya tertulia se presentaba con frecuencia D. Ramon Cabrera.

Recayó la conversacion una noche sobre los sucesos políticos que preocupaban el ánimo de las gentes, y cási todos los individuos de la tertulia manifestaron al dueño de la casa su adhesion á la causa de la reina niña.

Cabrera nó.—Levantóse arrogante de su asiento, cogió el sombrero, encaminóse resueltamente á la puerta en medio de la admiracion de los circunstantes, y, deteniéndose en el umbral con apuesto continente, dijo estas palabras:

—Me retiro, señores; estoy mal aquí, porque yo... ¡soy carlista!

Y no volvió á la casa del comandante de marina.

Un escritor liberal responde de este hecho (1).

Es verdad que á los ocho dias escasos recibió Cabrera una órden de destierro para Barcelona.

---

(1) Don B. de Córdova.— *Vida militar y política de Cabrera.*— Madrid, 1844.— Tomo I, pág. 30.

Y entónces fué cuando apareció en Morella, en cuyas almenas arábigas flotaba ya la enseña de la legitimidad monárquica.

Todo esto es verdad: verdad que atestiguan — ya lo hemos demostrado — escritores liberales.

¿Habrá todavía alguno que haga depender de los caprichos del azar la adhesion del tortosino estudiante á la causa de D. Cárlos?

Pasemos adelante.

El Baron de Hervés y el coronel Victoria, cuya perspicaz mirada adivinó en seguida que resplandecia la llama del génio en los inquietos ojos del resuelto voluntario, enviaron á éste al depósito de reclutas para que se educase en el manejo de las armas.

—No — contestóles el bravo estudiante. — ¡Quiero batirme!.. batirme cuanto ántes!

Y cogiendo el fusil que se le ofrecia, incorporóse á la division que mandaba el coronel Cubero, dirigida á combatir al brigadier Breton que á la cabeza de una fuerte columna de cristinos avanzaba sobre Morella.

Entre el bosque del Pas y la *masía* del Bossé — á corta distancia de la plaza — avistáronse las fuerzas enemigas: dióse la señal de acometer, silbaron las balas y empeñóse una accion reñida.

Pero los reclutas carlistas no pudieron resistir al empuje de las disciplinadas tropas que Breton mandaba, y abandonaron el campo en desórden espantoso.

Sólo el batallon de voluntarios de Vinaroz luchó con denuedo.

En sus filas estaba Cabrera.

Mas al sentir en torno de su frente el extraño silbido de las balas, y oir el siniestro ruido de las descargas, y aspirar las emanaciones acres de la pólvora, y ver la san-

gre de sus compañeros heridos — él, Cabrera, el bravo, el que después hizo alardes de temeridad sobrehumana, el que debia dejar en la historia el sobrenombre de Hazañoso, aquel á quien nuestros nietos, cuando se hayan extinguido los ódios políticos y la verdad se abra paso al través de los errores que aún la desfiguran, colocarán al lado de los héroes más populares y queridos, advirtió de pronto que su corazon se sobrecogia, que la sangre se paralizaba en sus venas, que la frente se le nublaba, que el fusil se le escapaba de las manos.

Y cayó cási desvanecido.

—Tiene usted miedo?— le preguntó con mal encubierto sarcasmo el oficial carlista D. Isidro Egea.

Y levantándose al punto, como si en medio del corazon hubiese sentido la picadura de una víbora, teñidas sus mejillas con el color de la vergüenza y chispeantes sus ojos con rayos de ira, respondió al oficial Egea.

—Nó, ya no tengo miedo... Perdonadme: ¡es la vez primera que oigo el silbido de las balas!... Adelante!

Y se batió en la confusa retirada con serenidad espartana.

En la misma noche fué nombrado *cabo*.

Y á los pocos dias, después del abandono de Morella y de la sangrienta derrota de Calanda, recibió en el Bojar el nombramiento de *sargento*.

Apénas llegaban á 300 hombres los que hicieron frente á aquellos primeros reveses; pero la ambicion de los unos y la indisciplina de los más, eran una constante amenaza contra la seguridad de la pequeña partida.

Preciso se hacia proceder á la eleccion de un jefe, en defecto del Baron de Hervés y del coronel Victoria—fugitivos y ocultos desde el encuentro de Calanda; y en medio de las asperezas de Vistabella, en el silencio de la no-

che, una votacion secreta elevó á comandante de la partida á D. Juan de Marcoval, antiguo militar retirado que se habia ofrecido, desde las primeras horas del levantamiento, al gobernador de Morella.

Pero todos los soldados habian huido, arrastrados por las seductoras promesas de los oficiales, adversarios de Marcoval, que aspiraban al puesto de jefes de la partida.

Allí estaba Cabrera, sin embargo, para infundir la esperanza en el ánimo angustiado del comandante,

Porque al oir á éste, que murmuraba con voz de desaliento:

—Estamos perdidos!—corrió el pundonoroso sargento en busca de los desleales, hallólos no muy léjos, les habló con entusiasmo y con la voz del honor, y logró reducirlos á la obediencia: y volvieron los ilusos, casi todos, al frente de Cabrera, á ponerse bajo las órdenes de su legítimo comandante.

El sargento fué nombrado, en el acto *subteniente* (1).

Y como si quisiese probar la justicia de su elevacion á la categoría de oficial, concibió el atrevido proyecto de sorprender á la guarnicion cristina de la villa de San Mateo.

Cayó sobre ella (2), como exhalacion eléctrica, seguido por unos cuantos valientes, y obligó á los soldados de la reina á encerrarse en el fuerte,—antiguo palacio residencia del comendador del Maestrazgo;— pero cuando estaba en el estanco, con solos siete hombres, recogiendo los fondos y esperando víveres, sorprendiéronle con ruda acometida los mismos que habian sido víctimas de la sorpresa primera.

(1) 20 de Diciembre de 1833.
(2) 23 de Diciembre de 1833.

Abandonáronle sus jefes!—Por qué? ¿Por ineptitud ó por resentimiento? ¿Duraba aún el encono que se creia apagado en Vistabella? ¿Confiaron quizá en el valor de Cabrera, y quisieron dejar para él solo la gloria de la jornada?

Hé aquí un misterio impenetrable.

Marcoval fué el único que permaneció en su puesto, pero Cabrera no necesitó de su ayuda.

Revolvióse, como toro herido, blandiendo un palo, su arma predilecta, arma terrible en sus manos; rompió las filas estrechas del enemigo, abriendo el camino para que pasasen los suyos; luchó cuerpo á cuerpo con el valor de la desesperacion, con el arrojo temerario de quien debe triunfar ó morir, semejante á un leon enfurecido al que encierran cazadores audaces entre círculos de hierro.

Y pasó por encima de dos soldados que intentaron detenerlo, llegando ileso, á los pocos momentos, al lado del jefe de la columna.

Sus ojos entónces despedian llamas, su tez estaba lívida, sus cejas debieron fruncirse de aquella manera terrible que hacia temblar á sus mismos amigos, y, al avistarse con los oficiales y jefes que tan villanamente le habian abandonado en los críticos momentos del peligro, motejóles de cobardes y de ineptos que ni siquiera pensaban, ya que no en él, en un compañero, en los siete infelices soldados que se ofrecieron á acompañarle en una empresa tan árdua.

Nadie replicó: todos quizá se reconocian culpables.

Y era la excision tan profunda, que Cabrera hizo presente á Marcoval la necesidad de separarse, para evitar una muerte desastrosa, tal vez una traicion infame.

Y se realizó la separacion en 24 de Diciembre: unos se escondieron en los puertos de Beceite, quedáronse otros en

las inmediaciones de Rosell, y Marcoval y Cabrera se ocultaron en el áspero barranco de Vallivana.

Allí permanecieron hasta el 11 de Enero.

El 16 recibia Cabrera el nombramiento de *teniente*.

Y no sin justicia: hizo un viaje á Tortosa, donde todos le conocian, á fin de procurarse dinero, y volvió felizmente al barranco de Vallivana.

Y miéntras Marcoval convalecia de una enfermedad gravísima, Cabrera, acaudillando *nueve hombres* (1), recorrió los pueblos inmediatos en busca de reclutas: 140, sin armas la mayor parte, contaba á los pocos dias, y no titubeó en abrirse paso por en medio de toda la guarnicion de Morella, que se presentó de improviso, coronando las alturas del barranco de Vallivana, con tanta suerte como habia tenido en la sorpresa de San Mateo.

Era ya *capitan* desde el 27 de Enero (2).

Sesenta soldados le seguian, después de la dispersion en el barranco, y acometió denodado (en Beceite) á dos compañías de milicias provinciales, obligándolas á alejarse en retirada: sus gentes gritaron entónces, ébrias de entusiasmo: Viva Cabrera!

Acaso fué la vez primera que llegaron á sus oidos los vítores y las aclamaciones del soldado—verdaderos himnos de gloria cuando resuenan en el campo de batalla, mejor que en los átrios de suntuosos palacios.

Y breves fueron, por cierto, estos momentos de júbilo.

Marcoval, Soto, Corvasí, otros muchos oficiales de Morella, habian sido fusilados despiadadamente por las tropas de la reina.

---

(1) *Vida militar*, etc., por B. de Córdova (escritor liberal.)—Tomo I, pág. 48.

(2) Esta fecha está equivocada en la *Vida militar de Cabrera*, por Córdova.—Tomo I, pág. 333.

Antes aún sufrieron la misma triste suerte el Baron de Hervés y el coronel Victoria, Saforas, Borrás y demás desgraciados compañeros.

Cabrera lloró al recibir la terrible noticia.

¡El hombre á quien llamaban el leon del Maestrazgo vertia lágrimas sobre las tumbas sangrientas de sus infelices hermanos de armas!

Su corazon de hierro rebosaba en amargo llanto!

Quién empezaba á ser culpable?

A cuál partido pertenecen las primeras ejecuciones?

¿Cuya fué la sangre que en aquellos dias se derramó á torrentes?

CAPITULO IV.

Don Manuel Carnicer.—Segunda sorpresa.—Daroca.—El rancho de lo cazadores.—Comandante.—Consejo de guerra.—El primer batallon.—Mayals: derrota y gloria.—La *Gaceta de Madrid* y la carta de un general isabelino.—Ariño y Alfara.—Inhumanidad y clemencia.—Doce mil raciones.—La levita de Cabrera.—Coronel.—Los órganos de Móstoles.

Era D. Manuel Carnicer un antiguo coronel de ejército, que habia servido en las Guardias Walonas, valiente y decidido, un tanto desgraciado en sus operaciones militares, y quizá no muy clemente con los vencidos.

Mandaba una pequeña columna carlista.

Oyó pronunciar el nombre de Cabrera, y quiso conocer al caudillo de Tortosa.

De ahí la union, que se realizó en seguida, entre las fuerzas que ámbos comandaban.

Sorprendióse no poco Carnicer, cuando pudo apreciar por sí mismo las cualidades militares que adornaban á su compañero de armas.

Este sólo, con unos cuantos cazadores—sus soldados

predilectos—dispersó á la guarnicion de Morella é hizo huir vergonzosamente al nuevo gobernador de la plaza.

Y á los pocos dias de este suceso, dijo Cabrera á sus bravos cazadores:

—Muchachos, seguidme!

Disfrázales de milicianos, penetró con ellos en el pueblo de Villafranca, que se habia *pronunciado* en favor de Isabel II, y apareciendo de repente ante el sorprendido Ayuntamiento de la villa, se apoderó de los fusiles de los Urbanos y de los fondos del Estado, sin perder un solo hombre.

Hizo tambien prisioneros á los que más se distinguian por sus exaltadas opiniones liberales; pero dióles generosamente libertad, en el momento mismo en que consiguió reunirse, en la villa de Montalvan, al jefe de la columna.

En 28 de Marzo, resolvieron atacar á Daroca.

Una parte de la guarnicion huyó al acercarse las fuerzas carlistas: la otra se encerró en los fuertes.—Pero Cabrera intimó la rendicion, conferenció con los sitiados y ocupó sin contratiempo la ciudad aragonesa.

Dos dias más tarde, hallándose las tropas de Carnicer y Cabrera en las inmediaciones de Alarba, ofrecióse á la vista una fuerte columna enemiga.

Cocíase el rancho en el campamento, los soldados de Cabrera estaban fatigados y mostraban pocos deseos de librar la batalla.

Allí estaba él para infundirles aliento:

— Á ellos! — gritó — y ántes de una hora comerémos tranquilos.

Tal sucedió en efecto.

Miéntras Carnicer sostenia sus ventajosas posiciones contra el brusco ataque del grueso de la columna, Ca-

brera, seguido de 30 cazadores y blandiendo su inseparable palo, cayó de repente, como avalancha que se desgaja del alto monte, sobre la confiada retaguardia de los cristinos.

El desórden fué espantoso: todos huyeron, y, á uña de caballo saliendo del campo, logró ponerse en salvo el jefe de la malhadada columna.

Comióse entónces el rancho, como habia ofrecido Cabrera, en medio de la alegría de la victoria.

Carnicer premióle, nombrándole *comandante* (1).

Celebróse á continuacion un consejo de guerra para decidir de la suerte de los prisioneros, y casi todos los oficiales, incluso Carnicer, votaron por la muerte de aquellos infelices: Cabrera--téngase esto muy presente--votó por la libertad inmediata de los pobres sentenciados.

Seguia aplicándose el sistema de crueldad á los partidarios de D. Cárlos: corria la sangre á torrentes, pero ¡era aún sangre carlista!

¡Cuántas bendiciones derramarian sobre la noble frente de Cabrera! Porque el piadoso voto del caudillo tortosino arrastró en seguida, como el imán al acero, los votos de los demás oficiales; y la urna fatal arrojó la bola blanca de la misericordia, de la libertad y de la vida.

¿Vive aún alguno de aquellos, y no fueron pocos, que debieron el perdon á la clemencia de Cabrera?—Alce su voz para confundir á los enemigos del grande hombre;

---

(1) 31 de Marzo. —Se equivoca el Sr. Calvo y Rochina cuando afirma que Cabrera era *sargento* en la primavera de 1834. El desgraciado Marcoval, en nombre del rey, le confirió el último empleo de *capitan* con fecha 27 de Enero.—Esta fecha, como ya hemos dicho, tambien está equivocada en la *Vida* escrita por B. de Córdova.

para señalar resueltamente, con el dedo inexórable de la justicia, que es la verdad, porque procede de Dios, á los únicos autores de los desastres que más tarde acaecieron; á los que sembraron, cometiendo un crímen inaudito, el sentimiento de la venganza—de la más justa de las venganzas—en aquel corazon tan fiero y altivo, como noble y generoso.

Pasarémos por alto—en gracia de la brevedad—algunos sucesos que no afectan directamente á nuestro propósito.

Pero debemos consignar que, en los primeros dias de Abril, peleaban bajo las banderas de Cabrera más de 2 000 hombres: constituian su primer batallon disciplinado.

Acaeció entónces la derrota de Mayals.

Cabrera luchó como un héroe; con el valor, con la temeridad desesperada de quien anhela morir con gloria en el campo de batalla, ántes que sobrevivir á la humillante derrota de su jefe.

El y sus cazadores fueron los que primero se lanzaron contra las fuerzas enemigas: él y sus cazadores fueron tambien los últimos que abandonaron el teatro de la sangrienta pelea.

¡Cuatrocientos cadáveres costó á los carlistas la impericia de Carnicer!

Y habria logrado seguramente una señalada victoria el desdichado jefe, si hubiese seguido los consejos de Cabrera, ántes de empeñar una accion decisiva, que con certera mirada habia adivinado la parte débil que ofrécia el plan de batalla del general cristino.

La dispersion fué completa.

Un mes entero empleó el infatigable comandante en recorrer los bosques y montañas, á fin de reunir á los fugitivos y ocultos.

Y como él, con sólo su presencia, inspiraba aliento y brío á los soldados que le conocian, pronto se halló á la cabeza de otra numerosa y entusiasmada hueste.

Harémos notar aquí una singular coincidencia.

Miéntras la *Gaceta de Madrid* llamaba con desden á Cabrera el *Beneficiado de Tortosa* (1), el general isabelino D. Rafael de Hore, jefe de una division que vagaba meses hacía por el Maestrazgo, con las pretensiones de sorprender al denodado guerrero, escribia á un su amigo de Madrid estas palabras:

«Parece imposible que Cabrera sea criatura humana.... »cuanto alcanza la ciencia militar y la astucia de los »hombres más sagaces, se ha empleado para sorprenderle, »pero todo lo ha hecho vano el atrevimiento del caudillo carlista (2).»

La *Gaceta*, en 25 de Junio, le nombraba *guerrillero*; en 2 de Julio *cabecilla*; en 7 de Diciembre, ya le designaba con el sobrenombre de *caudillo*.

Luego verémos que le llamó tambien *general*.

Sin duda el Gobierno de Madrid, no pudiendo ocultar por más tiempo la preponderancia y las altas hazañas que se referian de Cabrera, se dió por satisfecho con soltar la confesion... por partes, y cantar la palinodia... en cuatro tiempos.

Al fin, confesó de plano y... más vale tarde, que nunca.

Prosigamos.

En la villa de Hervés y en 1.º de Julio, reuniéronse de nuevo Carnicer y Cabrera.

---

(1) *Gaceta de Madrid.*—29 de Mayo de 1834.

(2) Córdova, escritor isabelino.—*Vida militar y política de Cabrera*, tomo I, pág. 79.



Y el dia 3 se dió la accion de Ariño, cuyo éxito brillante para las armas carlistas, amortiguó la pena, que aún duraba, de la derrota de Mayals. La temeridad de Cabrera rayó en locura: hallándose desmontado, asióse fuertemente de la cola del caballo que montaba el comandante de la columna enemiga y no la soltó de sus manos de hierro hasta que pudo arrojar de la silla al infeliz ginete que la ocupaba, dejándole tendido en el campo y entre 120 soldados.

Enfermo cayó entónces, y, en poco estuvo su vida: un traidor reveló al jefe de una partida isabelina el lugar donde Cabrera se hallaba: registraron los soldados la masía y sólo dieron con los desgraciados carlistas Monteverde y Matamóros, allí escondidos y tambien enfermos.

Súpolo él, convaleciente apénas, y se propuso arrancarles de las garras de la muerte. Tomó 40 hombres decididos, entró en Alfara, sorprendió á un destacamento cristino y, desde el oficial hasta el último soldado, rindióse á Cabrera en faz de prisionero de guerra.

Veloz como el pensamiento ofició al gobernador de Tortosa proponiéndole un cange; pero aquel le contestó inhumanamente, fusilando en el acto á los dos carlistas.

Entónces el *feroz*, el *sanguinario* Cabrera... ¡lloró por sus pobres soldados, y dió libertad á todos los prisioneros de Alfara!

¿Como pagaron los *humanos*, los *piadosos*, los *caritativós* jefes de las fuerzas isabelinas estos rasgos de soberana clemencia?—¡Haciendo fusilar, sobre la misma arena del combate, á más de 30 soldados de Carnicer, prisioneros en los pinares de Alloza!—No perdonaron siquiera á los heridos!...

Lo repetimos: ténganse muy presentes estos dolorosos contrastes de clemencia pia é inhumanidad cruenta, por-

que habrémos de llegar á una página tristísima y horrible de esta historia, delánte de la cual será preciso evocarlos.

El fuerte de Beceite fué atacado por las fuerzas reunidas de Carnicer y Cabrera en 30 de Setiembre: allí se batieron como leones, como dignos hijos de la fiera España, las dos huestes enemigas, y el segundo debió la vida, en un instante crítico, al auxilio del primero.

La *Gaceta de Madrid* (1) empezaba á confesar el arrojo y la bravura del *caudillo* Cabrera.

Este se apoderó en un pueblo de doce mil raciones, dispuestas para las tropas de la reina, á pesar de tener á la vista una muy numerosa division enemiga, que no se determinó á presentar el combate.

Quizás era esta la division del general Valdes (D. Jerónimo), quien parecia haber tomado por empeño la destrucción de las huestes de Cabrera, segun el encarnizamiento con que le perseguia.

Y en bien poco estuvo que un humilde soldado no hiciera prisionero al brioso adalid carlista.

Dejemos contar este suceso á un escritor isabelino—siguiendo nuestra costumbre.

«Cabrera... se adelantó con unos cuantos cazadores, y entró en Abejuela al anochecer... Distraido en apremiar al alcalde para que aprontase raciones, é ignorando que Valdes se hallaba tan cerca, fué repentinamente invadida la villa por la vanguardia de aquel general... Cabrera, sin tener tiempo para montar á caballo, huyó, y, próximo ya á la salida del pueblo, tropezó y cayó. Un fusilero de Valencia, que le seguia, le cogió los faldones de la casaca, y creyéndose ya Cabrera perdido, al tiempo de levantarse agarró las piernas del fusilero y lo derribó. Entón-

(1) Del 10 de Octubre.

ces, con la celeridad del relámpago, emprendió otra vez la carrera y se precipitó por un derrumbadero, quedando sin sentido largo rato... (1).»

¡Verdaderamente asombra la feliz estrella de este hombre predestinado! Reservábale la suerte para cosas mayores, y aquella misma noche se incorporó á Carnicer en Torrijas.

Coincidió con este hecho la llegada al campo carlista de un mensajero real, portador del despacho de brigadier y nombramiento de comandante general de Aragon y Valencia, para D. Manuel Carnicer, y en el mismo dia confirió éste á Cabrera el empleo de *coronel* de infantería (2).

Y entre tanto seguia el general Valdés en pos de las fuerzas de ámbos jefes carlistas, sin dejarles ni un momento de reposo.

Cabrera empleaba muchos ardides para ver de detener la marcha y eludir la persecucion del general cristino; pero éste caminaba siempre, y siempre con igual constancia, pisando las huellas de aquellos.

Y la desercion aclaraba las filas: muchos tambien se presentaban á indulto, y no pocos caian en las marchas y contramarchas, extenuados por las privaciones y las fatigas.

Separáronse entónces: Carnicer, con parte de las fuerzas de caballería, se internó en los montes de Alcañiz, y Cabrera se dirigió al Prat del Compte, con 200 cazadores escogidos.

Los periódicos liberales de Madrid anunciaron pomposamente la *derrota* de las *partidas* carlistas y la *fuga vergonzosa* de Carnicer y Cabrera.

---

(1) Córdova, obra citada, tomo I, pág. 93.

(2) 25 de Noviembre.

Verdaderos órganos de Móstoles, mejor que de la opinion pública, tambien ahora se obstinan en negar que al valiente general y profundo político, el insigne Conde de Morella, le está confiada la direccion del partido legitimista en España.

¿Se habrán desengañado para el dia en que salgan á luz estas páginas?

Figúrasenos que sí.

CAPITULO V.

Cárlos V.—Zumalacárregui.—Dos Córtes.—Toros en vanguardia.—Un proyecto infame.—El arriero aragones.—Audiencia particular.—Jabon y azafran.—Usted es.... Cabrera!—El pliego del rey.—Reunion de fuerzas.—La capa salvadora.—Alloza.—Retirada.—Heroismo.—El parte de Nogueras.—Muerte de Carnicer.

Don Cárlos María Isidro se encontraba en Lóndres desde que fué obligado á abandonar el vecino reino lusitano.

Y á últimos de Julio de 1834 emprendió el viaje con direccion á las provincias del Norte de España: justo era que se hallase entre los suyos, entre aquellos bravos batallones que derramaban su sangre generosa por defender los derechos del augusto príncipe.

Zumalacárregui, el héroe de las legiones carlistas del Norte, aproximó sus Navarros á la frontera de Francia, y pisó el ilustre viajero la española tierra en las primeras horas de la mañana del 9 de Agosto.

Ofrecióse entónces el espectáculo extraño de haber dos monarcas en el mismo reino: habiamos retrocedido á aquellos malhadados tiempos, de que nos habla la histo–

ria, de minorías turbulentas y luchas intestinas y desastrosas.

Cobraron nuevo aliento los carlistas al saber la llegada de su monarca, y un grito unánime, de júbilo y esperanza, resonó en todo el vasto territorio de la ribera izquierda del Ebro.

Tambien Cabrera le repitió con entusiasmo.

Y era que su génio emprendedor y animoso deseaba por instantes hallarse rodeado de los elementos indispensables para hacer valer, en los destinos de la horrible lucha fratricida, el formidable peso de su espada.

Por eso concibió el proyecto de efectuar un viaje á la costa de Navarra, presentarse al rey, pedirle auxilios y asegurarle, por su honor y por su nombre, un pronto y completo triunfo.

Estaba solo, la persecucion era incesante, diez columnas de la reina le seguian la pista muy de cerca, y le era imposible, ó poco ménos, librar con fortuna, sin embargo de su valor y de sus ardides.

Uno de estos citarémos.

Sorprendiéronle, en 12 de Noviembre, y en la masía de Fontanete, fuerzas enemigas, muy superiores en número, cuando las cartucheras de sus 200 cazadores estaban vacías.

Ni podian atacar á la bayoneta, ni podian tampoco huir, porque el temporal era horroroso y la nieve cubria la tierra.

Pero Cabrera, cuyos recursos jamas se agotaban, reunió en breves horas todos los toros de la masía, construyó afilados aguijones y esperó tranquilo el ataque de la columna, detenida por la nieve en otra masía cercana, dispuesto á arrojar contra ella á los feroces animales, á guisa de formidable vanguardia.

Quizá llegó éste proyecto ingenioso y de éxito seguro á noticias del jefe enemigo, porque Cabrera no fué atacado y se salvó de un peligro inminente.

Preparóse en seguida á realizar el viaje.

Y ántes logró descubrir una trama cobarde é infame que se habia urdido contra su cabeza..... ¡por algunos de sus mismos soldados!

Esto era villano, y él perdonó á los culpables!

Es verdad que lloró con amargura infinita, que se lamentó desconsolado de la ingratitud de aquellos hombres á quienes él consideraba como hermanos queridos.

Entónces (1) ordenó la dispersion en pequeños grupos, y recomendó á todos la fidelidad al juramento préstado por el rey y por la pátria.

Y acompañado por el comandante D. Francisco García, dirigióse al pueblo de Alloza, á la casa de un su amigo y protector, con el fin de preparar los medios para llevar á cabo felizmente el peligroso viaje.

Peligroso era en efecto, pero los peligros no arredraban al caudillo carlista: jugaba con ellos y los despreciaba, como se desprecia y se huella con el pié la ortiga punzadora.

Dos hombres, montados en mulos, llevando el uno en la grupa á una mujer de aspecto varonil y animoso, entraron en la villa de Híjar al anochecer del 27 de Enero de 1835.

Segun ellos decian, eran unos arrieros aragoneses que llegaban en busca de jabon para venderlo en Zaragoza.

Pasaron el Ebro por Velilla, siguieron á Pina, atravesaron por en medio de la ciudad de Sangüesa, se internaron luego en las Provincias Vascongadas, arribaron á Zúñiga (á la sazon cuartel general de D. Cárlos), y pidie-

(1) 20 de Diciembre.

ron audiencia al Conde de Villemur, Ministro de la Guerra (1).

Quizás algunas patrullas de Urbanos ó de carabineros se acercaron repetidas veces á los dos arrieros, pidiéndoles el pasaporte: entónces el que llevaba á la mujer en la grupa, contestaba con acento bronco:

—Tómele usted. Me llamo Vicente Castiella, y soy natural y vecino de Alagon.

El rudo aragones, que así decia nombrarse, era D. Ramon Cabrera; el otro que le seguia, montado en flaca y cansada cabalgadura, era D. Francisco García; la mujer que acompañaba al primero se llamaba María, y era esposa del albéitar de Alloza; mujer enérgica y muy discreta, entusiasta por la causa de Cárlos V, que no titubeó en acompañar á los dos fingidos arrieros aragoneses, á fin de desorientar á sus perseguidores—si acaso los tenian.

Cabrera y García se presentaron, pues, al Conde de Villemur, y en la tarde del dia siguiente, 11 de Febrero, fueron recibidos por D. Cárlos en audiencia particular.

Oyó el monarca con muestras de atencion y benevolencia el razonamiento de Cabrera, dirigido á exponer sin rodeos la triste situacion á que se veian reducidos los carlistas de Aragon y Valencia, y á solicitar recursos para hacer la guerra con éxito seguro y rápido, y recibió de D. Cárlos un pliego, sellado con las armas reales, y destinado al brigadier Carnicer.

Don Cárlos invitó en seguida á Cabrera á volver inmediatamente á Aragon, donde sus especiales servicios habrian de ser cada dia más útiles.

---

(1) En 9 de Febrero.—Véase la *Vida militar y política de Cabrera*, tomo I, pág. 107.

Hízolo así en 18 de Febrero.

Vistiéronse nuevamente ámbos amigos, Cabrera y García, los disfraces de arrieros aragoneses, aparejaron su *récua*, cargaron las alforjas de jabon y azafran, y salieron del real carlista en direccion á Sangüesa y Zaragoza—sin olvidarse, por supuesto, de su excelente compañera, la buena y honrada María.

Ningun contratiempo entorpeció su tranquila, pero arriesgada caminata.

Mas al llegar á una venta, cerca ya de Belchite, un arriero valenciano conoció inmediatamente á Cabrera.

Este, con esa mirada de águila de que está dotado, adivinó instantáneamente la sorpresa; llamó aparte al arriero, cogióle del brazo, clavó en él sus ojos y le dijo en imperioso tono:

—Por qué me mira usted con tanta insistencia? ¿Qué ha observado en mí?... En fin, quién soy yo? ¿Me conoce usted?

—Toma!—Le contestó con sorna el valenciano.—Ya lo creo: usted es.... Cabrera!

El caudillo tortosino cayó sobre el arriero como el leon sobre su presa.

—Silencio! — balbuceó enérgicamente. — Silencio!... Una palabra, y muere usted.

Llamó enseguida á sus compañeros, hizo que García preparara las cabalgaduras para continuar al momento su viaje, miéntras él encerraba en la cocina de la venta á todas las personas, dueños, transeuntes y criados, que en la aislada casa se encontraban, y ántes del amanecer partieron á uña de caballo.

Ya era tiempo: en la ciudad heróica tambien se le habia conocido por algunos soldados de caballería, procedentes de las columnas del Maestrazgo, y llegaron, al poco

rato de la fuga de los pretendidos arrieros, partidas isabelinas en busca de los audaces jefes carlistas.

Con felicidad, por último, llegaron á Lecera y consiguieron encontrar á Carnicer, en una masía de Ladriñan (el 8 de Marzo), con 30 infantes y 10 caballos.

¡A tan bajo número quedaba reducida aquella division poderosa que se batió en Mayals con tanto denuedo!

La persecucion era incesante, y apénas si lograban un momento de reposo los desalentados carlistas.

Abriéronse entónces los pliegos reales.

Y al ver Carnicer que D. Cárlos le llamaba á la corte, con el fin de preparar los elementos necesarios para crear en Aragon un cuerpo respetable que sostuviera en alto la bandera legitimista, resignó el mando en el coronel Cabrera y le dió á conocer como jefe de todas las fuerzas reales que operaban en aquel distrito.

No demoró el nuevo comandante general la organizacion del ejército.

El 18 de Marzo, esto es: diez dias después de su reunion con Carnicer, componíase la partida de Cabrera de 300 infantes y 40 caballos.

Lo bastante para tener en jaque numerosas columnas de cristinos.

Y, sin embargo, hubiese sido víctima de un temerario arrojo en los desfiladeros de la Hoz, sin aquella serenidad espartana, sin aquella presencia de ánimo que no le abandonaba en los momentos más críticos.

Bajaba por una montaña inaccesible, al frente de 14 ginetes, y fué atacado de improviso por 80 carabineros de caballería: rápido en ejecutar sus planes, tanto como en concebirlos, hizo pasar á sus soldados á fin de ponerlos en salvo, y él solo se detuvo á arrojar una mirada desdeñosa á la partida enemiga que le iba á los

alcances. En cuatro saltos plantóse á su lado un capitan de carabineros, sable en mano, intimándole la rendicion inmediata.

No habia momento que perder.

Sus ginetes se alejaban á toda brida por el angosto desfiladero, y los contrarios venian á escape con el objeto de rodear al rezagado.

A Cabrera entónces, que no podia contestar al ataque, porque sólo tenia un látigo en la mano, «se le ocurrió »echar mano de la capa y arrojarla á su enemigo en el »momento en que iba á descargar la cuchillada..... La »capa cubrió las cabezas del ginete y del caballo, y ambos »cayeron al suelo (1),» rodando de pico en pico hasta la base de la montaña.

El sereno y afortunado jefe carlista se reunió inmediatamente con los suyos, burlando la persecucion de los carabineros isabelinos.

El dia 23 de Abril de 1835 hará época en los fastos militares del invicto Conde de Morella.

Sorprendióle el brigadier Nogueras, cuyo nombre irá unido perdurablemente á un acto horrendo, en los pinares de Alloza, á la cabeza de 1.600 infantes y 200 ginetes: Cabrera tenía 390 infantes, *muchos sin armas*, y 40 caballos.

El Brigadier isabelino daba por seguro el exterminio del carlista, y éste decía á sus bravos soldados:

—«Ánimo y serenidad! Obedecedme ciegamente y triunfarémos..... Adelante! Viva el rey! Viva la pátria! (2)

---

(1) Córdova. — *Vida militar y política de Cabrera.* — Tomo I, pág. 140.

(2) Véase la descripcion de este hecho de armas en las obras ya citadas de *autores isabelinos.*

Y descendió á la llanura en formacion correcta, á fin de ganar las colinas más cercanas. Cargó valientemente la caballería de Nogueras sobre la retaguardia carlista, y fué recibida con una terrible descarga á quema-ropa, que la puso en completo desórden. Dos veces más repitió su ataque, y siempre se retiró desordenada, dejando en la llanura numerosos muertos y heridos.

Ocho horas duró el combate: cuatro de admirable retirada, sin perder la formacion ni un instante, hasta que lograron apoderarse los carlistas de la sierra de Arcos.

Cabrera retó particularmente á Nogueras, y éste se negó á aceptar el caballeresco desafío.

Al contrario, retrocedió á Alloza, dejando en la llanura cincuenta cadáveres, muchos heridos, caballos, armas y municiones. La pérdida de los carlistas se fijó en dos muertos y quince heridos.

Aquella noche interceptaron las avanzadas de Cabrera el parte de Nogueras al capitan general de Aragon.

Hé aquí ese documento, y léase con cuidado:

«Excmo. Sr.: En los campos de Alloza he dado alcance »á la faccion de Cabrera.... no es creible que Cabrera »ni los suyos sean hombres: jamas he visto más deci»sion, valor, ni serenidad: no es posible que las tropas »de Napoleon hayan nunca hecho ni podido hacer una »retirada por un llano de cuatro horas con tanto órden. »Léjos de obtener ninguna ventaja de las que creia, »no he observado sino el desmayo de la tropa que »tengo el honor de mandar, en vista de la resistencia »que han opuesto un puñado de hombres, dignos de de»fender mejor causa. Si á Cabrera *nó se le corta el vuelo*, »éste cabecilla dará mucho que hacer á la causa de la

»libertad.... Dios guarde á V. E. muchos años. Alloza »23 de Abril de 1838.—Excmo. Sr.—AGUSTIN NOGUE- »RAS (1).

No hay más allá, en boca de un adversario.

Ay! Ya verémos cómo trató Nogueras de *cortar el vuelo al cabecilla Cabrera.*

Entre tanto, se extendió por España la noticia del fusilamiento de D. Manuel Carnicer.

El infortunado brigadier carlista, disfrazado de arriero aragones, cruzó felizmente por Aragon y Castilla, pero sin guardar las precauciones que un viaje tan arriesgado exigia; y al llegar á Miranda de Ebro, en el puente que custodiaban los carabineros isabelinos, cuando ya tocaba en el límite de su viaje, fué reconocido por un corneta (llamado Morillo) que habia servido, como aquel, en Guardias Walonas.

Y le fusilaron sin piedad, en 6 de Abril de 1835.

---

(1) El Conde de Morella conserva aún el original de este documento.—Córdova le ha publicado en su *Vida militar y política de Cabrera,* tomo I, pág. 345.

CAPITULO VI.

La cuádruple alianza y el convenio de Lord Eliot. — Mosqueruela. — Caspe. — El nuevo *Rocinante*. — Regalo espléndido. — La separacion. — Chert. — El barranco de Prat de Compte. — El combate de Yesa. — El sable. — Tres batallones. — Segorbe. — Jana. — Rubielos. — Yo solo! — Academias militares. — Organizacion. — D. José María de Arévalo. — Una lágrima.

La nacion española ha sido siempre objeto de *especial benevolencia* por parte de las demás potencias europeas.

Abrase la historia — que es el libro de la verdad, la maestra de la experiencia, el axioma incontrovertible de pasado, la enseñanza provechosa del porvenir.

Cuando España domina en el mundo como reina y señora, los países extranjeros se conjuran en su daño.

Cuando nosotros mismos desgarramos el sagrado manto de la pátria, con intestinas discordias y prolongadas y sangrientas luchas, ellos se alían tambien en contra nuestra, siquiera se cubran con la máscara de sincero *arbitraje* — como ogaño se dice.

Ejemplo de la verdad primera: Francia é Inglaterra pretendiendo aniquilar el poderoso imperio de Cárlos I y Felipe II.

Ejemplo de la verdad segunda: Portugal, Inglaterra y Francia arrasando nuestros campos, robándonos nuestros tesoros, demoliendo nuestros monumentos artísticos, *ayudándonos á exterminarnos á nosotros mismos*, en la guerra de Sucesion, en la de la Independencia, en 1823, en 1835.

Alguien hay que se inclina con humildoso acatamiento delante del tratado de la Cuádruple Alianza y del convenio de Lord Eliot.

Y á nosotros se nos figura que las tres potencias signatarias del primero se burlaron á sus anchas del míope Gobierno de Madrid.

Y se nos figura tambien que sirvió de muy poco el segundo.

Tenemos formado nuestro juicio acerca de ambos tratados, y creemos que todos los Españoles medianamente ilustrados habrán sabido formarle.

Aquí hacemos punto, y pasamos adelante: *peor es meneallo, Sancho amigo*—dirémos únicamente con el famoso Caballero de la Triste Figura.

Á principios de Mayo contaba D. Ramon Cabrera, por segunda vez, con una fuerza de 1.000 hombres decididos—sin olvidar á sus valientes cazadores tortosinos.

Habíansele reunído las pequeñas partidas que recorrian el Bajo Aragon, el Maestrazgo y las cercanías de Tortosa, al mando de los jefes carlistas Forcadell, Quílez y Torner.

Y entró de seguida en la provincia de Valencia, llegando á las inmediaciones de Mosqueruela.

Allí se encontraba el brigadier D. José Decref, segundo

comandante general del Este, á la cabeza de 400 soldados de la reina.

Cabrera determinó atacarle.

Y haciendo que sus gentes ocupasen las alturas que rodean la villa, presentó la batalla: aceptóla Decref, y recibió con serenidad y bravura el impetuoso ataque de los carlistas, que se arrojaron valientemente sobre las mismas bayonetas de sus contrarios; mas cejó bien pronto el cristino, y corrió á encerrarse dentro de las fortificaciones de Mosqueruela (1).

Cinco hombres perdió Cabrera: veinte muertos, muchos heridos, fusiles y equipajes dejó en el campo el brigadier Decref.

Aquel revolvió inmediatamente sus soldados contra la rica ciudad de Caspe (2).

El comandante D. Benito Falcon la ocupaba, y rodeábanle animosamente los urbanos.

En la madrugada del 23 de Mayo, hizo señal el vigía del antiguo castillo de San Juan de hallarse á la vista de la plaza el intrépido coronel carlista.

A los pocos momentos se apoderaba éste por asalto de las primeras líneas de fortificacion, y acometia «ciegamente»—segun un escritor isabelino,—el principal reducto.

El riesgo fué inminente en aquellos instantes.

Como habia sucedido al principio de la guerra, en la sorpresa de San Mateo (Maestrazgo), abandonáronle sus amigos en momentos tan supremos, cuando ya ondeaba la bandera carlista en los puntos mejor fortificados del

(1) Calvo y Rochina presenta á las tropas de Cabrera huyendo desordenadamente en esta accion. —No es cierto.

(2) Si la narracion pareciese monótona á nuestros lectores, nos permitiriamos hacerles observar que estamos precisados á seguir el órden cronológico de los sucesos.—Así lo requiere la historia.



reducto y corrian en tropel sus defensores á encerrarse en el castillo de San Juan.

Atacóle por la espalda una columna de urbanos, y se vió colocado entre dos fuegos.

Cómo librar con vida?

El, Cabrera, jamas se acobardaba: siempre tenía recursos, en su valor ó en su ingenio, para arrostrar con fortuna los peligros.

—Á la bayoneta!—gritó á sus cazadores con voz de trueno.

Y cargando todos con indomable brio sobre los mal aconsejados urbanos que le habian acometido por retaguardia, abrióse ancho camino para llegar á las líneas que ocupaban los suyos.

Y veloz como el relámpago, reforzando su reducida vanguardia con dos compañías de refresco, lánzase al punto contra sus perseguidores, lucha con ellos de plaza en plaza y de calle en calle, y les obliga á huir á la desbandada hasta encerrarse en el castillo.

Dueño quedó Cabrera, con esta victoria, de la villa de Caspe.

Víveres y dinero necesitaba, y pidiólo al Ayuntamiento.

Pero el brigadier Nogueras venía de Alcañiz con fuerzas muy superiores, en socorro de Caspe, y el jefe carlista la abandonó en la mañana del siguiente dia, encaminándose á los puertos de Beceite.

Nogueras apresó á algunos rezagados, y, segun su costumbre inhumana, hízolos fusilar en el acto (1).

---

(1) Extraño es que el Sr. Calvo y Rochina, quien tiene muy buen cuidado de apuntar los cuatro fusilamientos de urbanos que ordenó Cabrera en esta villa, *porque los tales individuos fueron apresados en el alcance*, se olvide de citar los que ordenó el brigadier Nogueras.



Parecerá mentira que en medio de tantas fatigas, y al través de peripecias tan sangrientas, conservase D. Ramon Cabrera aquel buen humor de estudiante que hacía las delicias de sus compañeros de tricornio, para hacer una jugarreta, si á pelo venía, al más pintado.

Era el brigadier Nogueras la sombra del coronel carlista, miéntras éste aparecia en la imaginacion del jefe isabelino como una pesadilla constante y fatigosa.

Uno y otro se perseguian á muerte: Nogueras adivinaba perfectamente lo que era el caudillo tortosino, lo que podia ser en adelante, si–segun su expresion, que ya conocemos–*no se le cortaban los vuelos;* pero Cabrera hacía bien poco caso del encono de aquel jefe, á quien no consideraba más que á cualquier otro de los muchos que andaban incesantemente en pos de sus huellas, lo mismo en las asperezas del Maestrazgo, que en el Bajo Aragon ó en Cataluña.

Tropezó Cabrera cierto dia con un descoyuntado *jamelgo*, flaco, casi ciego, viejo y muy cascado, cubierto con algunos girones de seda, cintas de colores, cascabeles y orejeras, de mucho relumbron y poca gracia.

Parecia la flamante *aleluya* hermano carnal de Rocinante, adornado para la feria de Carmona ó para el potrero de Córdoba por las manos limpias de algun gitanillo inexperto.

Riéronse todos de semejante alimaña.

Pero á Cabrera le vino en mientes el deseo de hacer un regalo al brigadier Nogueras con aquel asmático y matalon caballo.

Dicho y hecho.

Escribió una carta y la filiacion del animal, entregó los tres objetos al alcalde del Bojar,—en cuyo pueblo se hallaba,—y le ordenó que los hiciese llegar, de justicia en justicia, á Alcañiz, y á disposicion del jefe citado.

Caballo, filiacion y carta llegaron exactamente á su destino.

Vamos á trascribir íntegra la misiva, modelo de estilo humorístico, que hará reir seguramente á nuestros benévolos lectores:

«Amigo, ahí va: esta es la presa que acabo de hacer á tus subordinados. Este espantajo es, como otras muchas cosas, brillante en el exterior, pero nada en la realidad: á primera vista se atrae el deseo de poseerlo, porque su cabeza, crin y cola con tantas cintas de colores, y la montura cubierta ó forrada de un trozo de cortinaje ó de casulla, presenta la vista de una parada de feria; pero examinado el animal con su cuello de cigüeña, el pecho de asmático y las ancas de esqueleto, es verdaderamente un monton de huesos ambulante, no pudiendo pertenecer á otra raza que á la de Rocinante, que cabalgaba el caballero de Cervantes. Y como animal de sus condiciones y atalaje no puede convenirme, porque su cuidado demasiado da que hacer á mis ginetes, conociendo que en esa habrá más proporcion, lo mando para que no infeste los mios, que, aunque malos, son sin comparacion mucho mejores; cuya fineza me hace esperar aviso de su recibo.—R. C.—Bojar 30 de Mayo.—Filiacion del esqueleto ambulante: talla, cinco piés, cuatro pulgadas y seis líneas; pelo negro, sin marca de fuego; edad, setenta y siete años y medio; tiene dos sobrecañas y vejigas; está bueno para engordar si se le cuida (1).»

Rugir debió Nogueras, como hiena enjaulada, al verse objeto del buen humor del antiguo estudiante.

No se crea que nos hemos detenido más tiempo de lo justo en consignar este suceso, por mero capricho; ni

(1) Esta carta la trae Córdova, *Vida militar, etc.*, t. I, pág. 349.

tampoco por el deseo de hacer asomar la risa á los lábios de nuestros lectores.

No es eso.

Próximos ya á referir el hecho más horrible que se registra en la historia de las guerras civiles, conviene reunir todos los antecedentes.

El ridículo abre heridas muy profundas en el miserable corazon humano: heridas que no se cicatrizan con apósitos, que siempre destilan sangre, que están clamando á todas horas por la venganza.

Tal es la condicion del hombre.

Á veces perdonamos á quien nos clava un puñal en el seno; pero nunca tendrémos clemencia con aquel que se atreva á quebrantar nuestro orgullo, á zaherir nuestro amor propio, á hacernos caer en lo sublime del ridículo.

Es verdad esta que la experiencia ha elevado á la categoría de axioma.

Mas prosigamos en nuestro relato, y perdónesenos una digresion tan pesada.

Á principios de Júnio acaeció un suceso verdaderamente extraño: el Ministro de la Guerra, Conde de Villemur, comunicaba á Cabrera una órden de D. Cárlos, en la cual se disponia que cada uno de los jefes obrase independientemente en el país donde hubiesen creado sus fuerzas respectivas.

Esto era ordenar una separacion, ó poco ménos.

Cabrera se quedó estupefacto.—Se le dejaba solo, enteramente solo, pues en virtud de la organizacion que habia dado á sus tropas, los reclutas valencianos eran incorporados á la partida de Forcadell, los aragoneses á la de Quílez y los catalanes á la de Torner.

Y como él se reservó siempre el mando superior de to-

dos, hasta los valientes cazadores tortosinos estaban confiados al comandante Llorach.

Pero la órden del rey se cumplió exactamente.

No era hombre Cabrera para enseñar la desobediencia, cuando inculcaba á sus subordinados la sumision, el más severo respeto á la Ordenanza.

Lloraban los cazadores, estudiantes muchos de ellos, antiguos compañeros de su jefe en los Trinitarios de Tortosa, y pretendieron en vano quedarse alegando muy justas razones.

Cabrera respondia con severidad y entereza:

—Silencio! Cúmplase lo dispuesto: es el rey quien lo manda.

Y se cumplió en el siguiente dia. Quílez, Llorach y Torner marcharon: Cabrera se quedó con Forcadell.

Pero al tercero ó cuarto vinieron ya los cazadores tortosinos á incorporarse á su jefe querido, con ánimo resuelto de morir todos á los piés de Cabrera ántes que abandonarle de nuevo: habíanse amotinado contra Llorach y le arrojaron de las filas ignominiosamente, y á otros varios oficiales.

Consintió por fin Cabrera en acceder á los deseos de los tortosinos (1).

En las cercanías de Chert derrotó una columna isabelina, fuerte de 600 hombres, que dejó en la arena del combate 30 muertos y 50 fusiles.

Y reuniéndose de nuevo con las tropas de Torner, se preparó á batir al coronel Ázpiroz (D. Antonio) que se encaminaba hácia el barranco de Prat de Compte.

(1) Calvo y Rochina funda esta separacion de fuerzas en el deseo de evitar las persecuciones de los cristinos y dividir sus columnas.—Es inexacto.

Véase su *Historia*, pág. 98.

Cabrera dispuso el ataque con esa envidiable sagacidad de que dió muestras repetidas veces en el largo curso de su vida militar.

La vanguardia de Azpiroz deberia ser atacada, en el centro del áspero barranco, por el comandante carlista Escardó, al mismo tiempo que Cabrera, con sus bravos cazadores tortosinos, romperia el fuego en masa contra la confiada retaguardia: se les encerraba á los soldados de Azpiroz en un círculo de balas, y el resultado habria de ser necesariamente victorioso para las armas carlistas.

Fracasó el plan, sin embargo, por la impaciencia que devoraba al comandante Escardó: rompió el fuego ántes de tiempo, cuando el jefe de la columna no habia podido efectuar la evolucion necesaria para presentarse á la vista de la retaguardia enemiga.

Pero al oir los primeros tiros, saltó Cabrera, seguido de sus cazadores, por encima de todos los obstáculos que retardaban su contramarcha, y apareció instantáneamente en la línea del combate.

La columna de Azpiroz se vió de repente acometida por vanguardia, por los flancos y por retaguardia.

El desórden y la confusion primero, la fuga en seguida: tal fué el resultado de este hábil ataque.

En vano el coronel Azpiroz se batió como un valiente, procurando contener la derrota: los suyos huian, y abandonaban bagajes y fusiles, hasta encerrarse en el pueblo cercano. Todo cayó en poder de los carlistas, y 36 soldados cristinos quedaron en el campo de batalla: el mismo Azpiroz dió una caida peligrosa.

Cabrera sólo tuvo un muerto y ocho heridos (1).

(1) Calvo y Rochina no hace mencion de este combate.—Es natural.

Pero más importante fué el combate de Yesa, en 16 de Julio.

Reunió Cabrera sus tropas, con el fin de dirigirse á la serranía de Cuenca, en busca de armas y municiones.

Y cerca de Yesa, halláronse rodeados sus batallones por gentes de la reina.

Era preciso salir de aquel apuro—y vencer.

Confia Cabrera el mando á Forcadell, y reservándose para sí, como era costumbre, el puesto más peligroso, se pone al frente de la retaguardia con 200 cazadores de Tortosa, y ordena la retirada.

Desciende el enemigo de las alturas que ocupaba, y le acomete.

Los carlistas, siempre en correcta retirada, con un aplomo y una serenidad pasmosa, contestan con guerrillas á los débiles fuegos de aquel.

Prepárase la caballería isabelina.

Cabrera se detiene al punto, monta á caballo, desenvaina el sable y manda con voz de trueno el ataque simultáneo.

Los enemigos vacilan y huyen por fin en confusion espantosa.

Horrible fué la matanza: hasta las nueve de la noche duró la persecucion de los aterrados cristinos, que dejaron en el campo 300 muertos, fusiles, cartucheras, bagajes y municiones.

Cabrera hizo prodigios de valor. El solo se introdujo en las atemorizadas filas enemigas, que se abrian á su paso como si viesen en la diestra del temerario caudillo el rayo de la guerra.

«Se propuso jugar con la vida—exclama en este punto un escritor isabelino—y parece un prodigio que la salvase, no sólo en la accion, sino miéntras perseguia á los fugitivos.»

La importancia de la victoria de Yesa, fué inmensa para las armas carlistas, y sobre todo para el denodado jefe: multitud de jóvenes acudieron á alistarse bajo sus banderas, y varios fuertes, con las guarniciones que tenian, se entregaron sin disparar un tiro: en ellos encontraban los fusiles que les eran necesarios para los nuevos reclutas, municiones abundantes, víveres y pertrechos de toda clase.

El fuerte de Puebla de Arenoso, con 70 hombres, otros tantos fusiles y cinco cajones de cartuchos; el de Zucaina, con 33 soldados, 40 fusiles y tres cajones de cartuchos; el de Cavanes, con 24 fusiles y cinco cajones de cartuchos; los de Vinromá, Horcajo, Ortells, Zurita, Palanqués, Valderrobles, Castellote, y otros varios, con las gentes que en ellos habia, fusiles, víveres y municiones de todo género,—ó fueron rendidos por la fuerza de las armas, ó se entregaron espontáneamente á los jefes de las columnas carlistas.

Y aquí hace notar, con mucha justicia, el escritor ya citado, que «las partidas facciosas—son sus palabras—»del Maestrazgo y del Bajo Aragon, empezaron á armar»se con los mismos fusiles de sus enemigos,» quienes les proveian de todos los recursos necesarios.

Su valor y su pericia,—no sus enemigos, como arriba se dice,—proveyeron á los carlistas, dándoles cien veces la victoria.

A sus enemigos, es decir, á los crímenes inauditos de Madrid y Zaragoza, de Valencia y Barcelona; á las turbulencias sangrientas de que diariamente eran teatro las principales poblaciones de nuestra España; al descontento general que reinaba en la península, en las partes donde las armas cristinas dominaban—debieron, sí, los realistas el aumento de sus filas: porque todas las personas sensa-

tas llegaron á convencerse, siquiera fuese tarde, de que la enseña de Cárlos V, que representaba la legitimidad dinástica, era tambien al mismo tiempo la bandera del órden, de la salvacion de la pátria.

Lo mismo, con escasa diferencia—dicho sea de paso—ocurre en nuestros dias.

Más tarde, ahora nó, reconocerán y confesarán esta verdad nuestros adversarios políticos.

En 18 de Agosto ocupó Cabrera la ciudad de Segorbe.

Sabia que Nogueras le iba á los alcances, pero el coronel carlista no se intimidaba por la persecucion sostenida del brigadier isabelino.

Colocó centinelas en las avenidas de la poblacion; publicó un bando exigiendo raciones, metálico, armas, caballos, monturas y demás efectos de guerra, y ordenó á sus soldados, bajo severísimas penas, que respetasen á todos los vecinos de Segorbe, «cualesquiera que fuesen sus opiniones políticas»—dice un escritor liberal.

Recibiéronle con agasajo las autoridades, é invitóle el obispo á su mesa.

Avísanle á la una de la tarde de que la vanguardia de Nogueras se hallaba cercana: corre á la plaza, donde estaban algunas de sus fuerzas de infantería; manda el movimiento de retirada por el lado opuesto (hácia el pueblo de Navajas) al en que aparecian las avanzadas y guerrillas cristinas, y envia á Forcadell, que en las afueras esperaba á su jefe, con el resto de sus tres batallones, que tome las alturas de Gaibiel y se prepare para el combate, por si éste se hiciere necesario.

Los bagajes se colocaron á vanguardia.

Cabrera fué el último que abandonó la ciudad, luchando en las calles cuerpo á cuerpo, y con no poca fortuna, contra algunos ginetes de Nogueras.

Este le sigue rabioso de ira; pero aquel se reune en breve rato á las tropas de Forcadell, y se queda en retaguardia—¡siempre enfrente del peligro!—para recibir y rechazar las hostilidades de la vanguardia enemiga.

Nogueras se vanagloriaba de haber causado 40 muertos á los carlistas, que sólo tuvieron *uno*, y *tres* heridos, olvidándose de señalar las bajas de sus tropas.

A bien que un escritor isabelino, bien poco favorable al insigne Conde de Morella, confiesa paladinamente que «las tropas del caudillo tortosino tambien causaron mu»chas bajas á los de su perseguidor (1).»

En las cercanías de la Jana, el 25 de Agosto, destruyó Cabrera la columna del coronel Decref: 350 muertos, todos los bagajes, 400 fusiles, 16 prisioneros, y muchos efectos de guerra, fueron el resultado de esta sangrienta sorpresa.

Y en los primeros dias de Setiembre rodeó la rica villa de Rubielos, en Aragon, con objeto de apoderarse de los fusiles de los urbanos y francos que la guarnecian, para armar con ellos á sus numerosos reclutas.

Estaba la villa bien fortificada y los cristinos despreciaron la intimacion de Cabrera; pero cayeron las puertas destrozadas por las hachas de los cazadores tortosinos, y penetraron estos en las calles.

La guarnicion se encerró en el fuerte y desdeñó de nuevo la intimacion de rendirse.

Cabrera improvisó una batería ambulante, por medio de vários colchones enlazados y sujetos en un carro, á guisa de toldo, de manera que pudiese acercarse á las

---

(1) Calvo y Rochina.—*Historia de la guerra civil*, etc., página 113.



puertas, á fin de demolerlas, sin grave riesgo de los valientes cazadores tortosinos.

Una lluvia de balas caia á plomo sobre los temerarios sitiadores.

Cabrera, el primero en el peligro, el capitan Castells y cuatro cazadores arrastraban el carro, dispuesto de aquella manera.

Y cuando ya tocaban en el límite de sus deseos, el vehículo se rompe y se detiene, á pesar de todos los esfuerzos.

Salir era preciso, si no querian ser víctimas, sacrificadas en tan miserable estado.

Pero la lluvia de balas arreciaba, porque los sitiados habian advertido el fracaso.

Cabrera les infundió aliento con su voz animosa.

—Salgamos de aquí —les dijo—y salgamos cuanto ántes. Todos al mismo tiempo. Ahora!

Y los seis arrojados sitiadores salieron á escape y cruzaron la plaza al través de los silbidos de cien balas.

Cinco estaban ya heridos ántes de llegar á reunirse con sus compañeros. Uno solo quedó ileso: Cabrera, el hombre predestinado, el hijo predilecto de la fortuna, el que jugaba á todas horas con la existencia, y siempre salia ganando la partida.

—Yo solo!—exclamó admirado de su suerte, al verse él sano y salvo, y mirar á sus cinco amigos con gloriosas heridas. Era ciertamente motivo para admirarse: el privilegio de invulnerable que parecia concederle la fortuna obró tan poderosamente en su ánimo, que le hacia arrostrar los mayores peligros con frente serena y corazon entusiasta.

Bravo entre los bravos lo fué siempre: la temeridad, la locura—mejor dicho—de Cabrera en medio del combate,

cuando los pechos más duros tiemblan y los ánimos más altivos se apocan, debia ser una creacion misteriosa de algun presentimiento inexplicable, de alguna intuicion soberana y enérgica.

Frustrado el éxito de la primera tentativa para rendir á las decididas tropas que ocupaban el fuerte, concibióse el proyecto de horadar las paredes de las casas inmediatas.

Tercera vez se intimó la rendicion á los sitiados, cuando ya estaba asegurado el éxito del último ataque.

Negáronse aún aquellos valientes—dignos fueron de este nombre,—prefiriendo morir entre las ruinas del fuerte ó pasados á cuchillo por las tropas vencedoras.

Dejémos hablar aquí á un escritor isabelino—al mismo que nos sirve de guia en el intrincado laberinto de acciones y combates que ofrece la agitada vida militar del ilustre general Cabrera.

«Aquellos desgraciados (los sitiados)—dice Córdo»va (1)—*aguardaban el auxilio de una columna de la »reina, y el auxilio no llegaba*, NI LLEGÓ. Llevando los »carlistas adelante su empeño, trataron de abrir brecha »por dos puntos distintos, siendo uno de ellos la puerta »que daba entrada al pueblo, y se rozaba por la espalda »con las paredes del fuerte. Su comandante al ver que »estaba bastante adelantada esta operacion, creyó impe»dirla colocando combustibles en la parte interior, é hizo »una salida para incendiar dicha puerta.»

Indudablemente que debieron batirse como héroes aquellos infelices sitiados. La toma de Rubielos, digna de los

(1) *Vida, etc.* pág. 203.—El Sr. Calvo y Rochina omite este sitio, lo mismo que la victoria de la Jana, sin duda porque no fueron favorables á las tropas cristinas.



tiempos homéricos, probó una vez más al mundo que los Españoles no habian degenerado; que la raza de los valientes no se habia extinguido en este país hidalgo.

Ambos ejércitos combatientes,—mejor dicho: dos puñados de hijos de Iberia, firmes en el cumplimiento de su deber y en llevar hasta el extremo las terribles exigencias del pundonor militar, prefirieron, y juraron, morir sobre las humeantes ruinas de Rubielos, ántes que someterse al yugo del vencedor en el combate.

«Pocos momentos después de haberlo verificado,—con»tinúa el historiador aludido,—comunicóse el fuego á los »combustibles de la brecha, cundió rápidamente, y entró »la consternacion y el desórden. Los carlistas se apoderan »del primer recinto; sigue la defensa con más obstinacion »y el ataque con más encarnizamiento; los gritos de los »unos se confunden con los clamores de los otros: ni se »oyen voces de cuartel, ni la pelea cede un momento: »72 cadáveres quedaron al pié de aquellos incendiados »muros, entregando unos sus vidas á las bayonetas car»listas, otros á las balas.»

Cuán horribles son las guerras civiles!

Y en una nacion como la nuestra, cuyos hijos están dotados de una imaginacion ardiente, que se exalta con recuerdos de gloria, y de un corazon valeroso, que llega hasta el frenesí de la locura en aspirando las emanaciones de la pólvora y sintiendo el fragor siniestro de las batallas—aquellas fratricidas luchas, si presentan muchas veces episodios heróicos, dignos de la lira de Homero, tambien ofrecen cuadros horribles de desolacion y ruinas, de sangre y lágrimas, de furor y de exterminio.

¿Cúya era la columna isabelina que debió haber acudido en auxilio de los valientes defensores de Rubielos? Por qué no les acorrió? Quién detuvo sus pasos?...

La esperaban, era su áncora de salvacion en trance tan extremo: la esperaban, sí, *estaban seguros* de que acudiria á prestarles socorro en el instante de oirse los primeros disparos. Por eso rechazaron la intimacion de Cabrera, *tres veces repetida*,—téngase muy presente; por eso desoyeron los ruegos de los habitantes de la villa; por eso se obstinaron en cerrar la puerta á la clemencia, en sepultarse vivos entre los escombros del fuerte ántes que rendir las armas anté el afortunado caudillo carlista.

Y, sin embargo, la columna no llegaba.

Quizá tendieron alguna vez la vista por el dilatado horizonte en busca de las bayonetas amigas, como náufragos desdichados que bogan por el mar ensoberbecido á merced de una frágil navecilla, y tienden sus ojos, preñados de lágrimas, al traves de la inmensidad que les rodea, creyendo descubrir á lo léjos, entre la opaca neblina, el buque salvador ó la playa bienhechora.

Y la columna no llegó.

Circularon rumores siniestros acerca de la conducta de algun jefe cristino, pero nádie se atrevió á consignarlos: desvaneciéronse como aristas arrebatadas por el viento.

Nosotros, á fuer de imparciales, pagamos aquí un tributo de admiracion á los valientes defensores de Rubielos: que somos bastante nobles los carlistas para dar á cada cual lo que por derecho le corresponde, sin restricciones ni cortapisas.

Inmediatos fueron los resultados que alcanzó el invicto Cabrera con esta brillante jornada.

Rindióse, sin disparar un tiro, la fortaleza de la Mora, y en ella encontraron los carlistas 400 fusiles, cuatro cargas de cartuchos, abundantes víveres y otros efectos de guerra.

Cabrera no se olvidaba de hacer, y pronto—así lo pe-

dia su génio—todo lo que contribuyera á darle fuerza y prestigio.

En medio de su agitada existencia, acosado por treinta columnas isabelinas, librando hoy un combate, preparando para mañana una sorpresa, en retirada unas veces, contramarchando otras á fin de desorientar al enemigo, ahora presentándose en el territorio de Valencia, apareciendo al siguiente dia en el Bajo Aragon, corriéndose luego hácia el Maestrazgo ó vagando por las cercanías de Tortosa; en medio, repetimos, de aquella agitacion contínua, de aquella actividad prodigiosa, Cabrera tuvo el proyecto, y le realizó, de crear *Academias militares* para la instruccion del soldado.

—La guerra es una ciencia, nó un azar,—decia en muchas ocasiones.

Y no contento con dedicarse él mismo al estudio de la táctica y de la ordenanza con una asiduidad que contrastaba notablemente con la desaplicacion de que habia dado constante ejemplo, siendo seminarista, en las áulas de Tortosa, quiso que sus oficiales aprendiesen tambien la ciencia de la guerra.

Y se hizo así, á pesar de todos los obstáculos que en contra se veian; él conocia la necesidad de organizar su naciente ejército y darle la cohesion necesaria para lanzarse á acometer en breve tiempo empresas más árduas y de más provechosos resultados para la causa que con tal denuedo defendia.

Habíasele presentado, en los primeros dias de Junio, un capitan del ejército cristino, coronel realista en 1822, hombre de profundo talento, de mucha ilustracion y que poseia, sobre todo, vastísimos conocimientos militares.

Llamábase D. José María de Arévalo.

A este varon eminente, que era ya secretario de Ca-

brera, le fué encomendada la direccion de las *Academias*.

Y á él se debió el núcleo de la brillante oficialidad que obedeció más tarde las órdenes de Cabrera en sitios porfiados, batallas sangrientas y retiradas admirables.

. . . .

Escasamente hará dos años que ha fallecido en extranjero suelo este ilustre veterano de la legitimidad, leal, caballero y valiente.

Encaneció en los combates, defendiendo la causa de Cárlos V, y el digno vástago del augusto príncipe, Don Cárlos de Borbon y de Este, recibió los postreros suspiros del anciano servidor de su abuelo.

¡Derramemos una lágrima en memoria de este hombre esclarecido!

CAPITULO VII.

Cárlos V, Zumalacárregui y Cabrera.—Alcanar.—Comandante general del Bajo Aragon.—Ocho batallones.—Terrer.—El general Palarea.—Molina de Aragon.—Yo soy Cabrera!—Desercion.—Peñarroya.—Presentimientos tristes.—Sorpresa.—Ahí está mi madre!—Torrecilla.—Dos alcaldes.

Miéntras la *Gaceta de Madrid* llamaba á Cabrera *cabecilla* y aplicaba á los valientes voluntarios tortosinos los dictados de latro-facciosos, facinerosos y malvados, la Corte de Navarra «veia con la más grata satisfaccion los »adelantos realizados por el antiguo estudiante en el »corto tiempo que se hallaba á la cabeza de voluntarios »tan valientes como decididos. S. M. se promete,—decíale »el Conde de Villemur desde el Real de Oñate, en 29 de »Abril de 1835,—que V. S. de la manera más digna tra- »tará de vencer las dificultades que se le presenten para »el buen éxito de las operaciones.»

Zumalacárregui, el general ilustre que mandaba las formidables huestes del Norte, se proponia darle en breve la mano para lanzar al enemigo á la otra parte del Ebro,

y deseaba ardientemente estrechar en sus brazos al amigo y al compañero (1).

Cabrera correspondia dignamente á la estimacion del rey y al fraternal cariño que le manifestaba el victorioso Zumalacárregui.

En los dias 25 y 27 de Setiembre sostuvo dos pequeñas escaramuzas con las columnas cristinas que mandaba el brigadier Amor y el coronel Gonzalez, siendo insignificantes los resultados obtenidos.

Hasta mediados de Octubre permaneció el jefe carlista en los puertos de Beceite, su cuartel general, dedicándose á la instruccion de las tropas.

En 18 de Octubre apareció en los alrededores de Alcanar al frente de dos batallones y 50 caballos: proponíase apoderarse del fuerte, rendir la guarnicion y armar á sus voluntarios con los fusiles de aquella.

Un muro aspillerado circundaba la iglesia, fortificada convenientemente y defendida por 70 nacionales.

Cabrera asaltó sin dificultad el muro.

Y al intimar la rendicion á los cristinos, contestáronle éstos que estaban dispuestos á imitar el ejemplo de los urbanos de Rubielos: vencer ó morir.

Dispúsose un carro con fuerte toldo, rodeado y ceñido por completo de gruesos colchones, para que tres ó cuatro cazadores tortosinos se acercasen á la puerta de la iglesia,—trasformada en castillo por los nacionales,—la hiciesen pedazos y quedara libre el paso á los sitiadores.

Excusado es decir que Cabrera mismo, como ya en otra ocasion lo hiciera, formó parte de los temerarios que se proponian llevar á cabo el arriesgado proyecto.

---

(1) En carta de 1.° de Mayo, que conserva el Conde de Morella.

Pero ahora, lo mismo que entónces, se frustró la audaz tentativa: una lluvia de enormes piedras, no ya de balas, cayó sobre el toldo y le destruyó enteramente: tres cazadores salieron heridos; Cabrera seguia siendo el hijo de la fortuna, y salió de debajo de aquella máquina improvisada completamente ileso.

Una columna cristina, fuerte de 1.000 hombres, se presentó de repente en auxilio de los sitiados de Alcanar.

Parecióle á Cabrera que titubeaban sus soldados ante la perspectiva de dos combates.

Y arengándoles con aquella ardiente palabra que llevaba el fuego á los corazones ménos animosos, concluyó con el mágico grito:

—Viva el rey!

Los soldados enardecidos respondiéronle al punto:

—Viva Cabrera!

Y salieron en busca del nuevo enemigo, ya bien cercano á la villa.

El jefe carlista aprovechó los momentos de entusiasmo.

Y á merced de una evolucion rapidísima, cae de improviso á la bayoneta sobre la masa del enemigo, atravesando como un relámpago por en medio de las guerrillas, é introduce el espanto en las filas isabelinas.

Casi todos huyen, algunos luchan desesperadamente, ninguno quiere el cuartel que se les ofrece.

Infausto dia para Vinaroz!

En aquel campo de la muerte quedaron tendidos muchos jóvenes de la villa, pertenecientes á conocidas familias.

Lucharon allí—dice un cronista—amigos con amigos, condiscípulos con condiscípulos, parientes con parientes: esto era un resultado tristísimo, pero necesario, de la fratricida guerra que asolaba á España.

Infinidad de cadáveres y 500 fusiles sembraban la arena del combate.

¡Cuál sería entre tanto la angustia de los sitiados de Alcanar!

Cabrera revolvió sus gentes para conseguir la rendicion del fuerte; pero la defensa continuaba con una obstinacion que rayaba en locura: llovian piedras sobre los sitiadores, y maderos encendidos, á la par de las balas, y hasta les arrojaron colmenas, de las que salieron enjambres de abejas cuyas picaduras produjeron por el pronto tanto efecto como la metralla mejor dirigida.

Sin embargo, el ardor de los carlistas no se apagaba ni por un momento.

Y en cambio entraba el desaliento en la guarnicion del fuerte.

Y fué verdaderamente conmovedor y dramático el instante en que se presentaron, delante de las puertas de la improvisada fortaleza, las madres y las esposas de aquellos hombres denodados, llorando su desventura y clamando por la rendicion.

Toda la noche se pasó de la misma manera: aún se obstinaban.

Pero en la mañana del 19 de Octubre, depusieron las armas y se confiaron á la clemencia del jefe carlista.

Y no confiaron en vano: Cabrera respetó las vidas de todos, admirado de tanto heroismo, y él se brindó generosamente á acompañarlos á la próxima villa de Vinaroz, para que nádie insultara al valor desgraciado (1).

Véase de qué manera refiere el mismo Cabrera, en su

---

(1) La *Gaceta de Madrid* no publicó partes de este hecho.—Tampoco le menciona el Sr. Calvo y Rochina en la obra que *él* titula *Historia de Cabrera.*—Se comprende.



parte al Conde de Villemur, Ministro de la Guerra, la brillante carga á la bayoneta que dispersó á la columna de Vinaroz:

«El enemigo se hallaba á tiro de fusil del pueblo, for»mado en masa y con las guerrillas desplegadas, conti»nuando la marcha, arma á discrecion, y paso de car»ga... Hizo alto la columna y rompió el fuego su guer»rilla; pero nosotros avanzamos sin contestar, hasta que »hallándonos á medio tiro de pistola, mandé armar la ba»yoneta, y á la voz de «viva el rey» se dió la carga; me »metí en medio de la masa, la dispersé, entró el desórden »y siguió la fuga: llegó la reserva y se les persiguió en »todas direcciones....

»El comandante de marina y un jefe de urbanos se ba»tieron conmigo cuerpo á cuerpo, y los maté en la pelea, »apoderándome de sus caballos... (1).»

Siempre era el mismo, bravo entre los bravos: allí donde estaba el peligro se distinguia al sereno jefe carlista, arrostrándole de frente.

Inmensas fueron las consecuencias de esta victoria.

El nombre de Cabrera llegó á pronunciarse con respeto por los más hábiles generales isabelinos, que ya no veian en el jefe carlista al ex-estudiante de Tortosa, ni tampoco al audaż *cabecilla* de que hablaba á menudo la *Gaceta*.

Todos se convencieron de que allí habia *algo*.

Y los pueblos del Maestrazgo hacian ingresar en las filas carlistas á sus mejores mozos para defender la causa de D. Cárlos á las órdenes del valiente caudillo: y de tal manera se alistaban en los batallones de Cabrera, que los cupos de la quinta de 1835, correspondientes á infinidad de pueblos de la provincia de Valencia, del Bajo Aragon

---

(1) Publicado en la *Gaceta del Real de Oñate.*

y, del corregimiento de Tortosa, en vez de ingresar en los depósitos cristinos, tomaron plaza bajo las banderas de Cabrera, ó de Quílez, ó de Torner.

Aquéllo—dice un cronista—parecia la cruzada del siglo XIX.

Y no era esto sólo.

Rindiéronsele los fuertes de las Roquetas (en los mismos arrabales de Tortosa) y el de Cherta: en ámbos encontró fusiles, municiones y víveres.

A la influencia moral de Cabrera, venía á juntarse la fuerza material: era lo que deseaba el caudillo para emprender operaciones de más sérias consecuencias.

La fama llevaba ya por todas partes el nombre de Don Ramon Cabrera.

Divulgábanse sus hechos por los periódicos, y á todas las gentes les parecia imposible que un jóven estudiante, educado hasta cierto punto bajo la férula de los *dómines*, revelase el génio de un guerrero y el exacto golpe de vista de un general consumado.

Era objeto de dos contrarias opiniones, ámbas, por lo exageradas, falsas.

Creian algunos, partidarios ciegos de la causa carlista, en un sér sobrenatural y casi mitológico, que brotaba en la oscuridad del Maestrazgo al abrigo de la enseña legitimista en unos instantes tan graves como aquellos eran, verdaderas postrimerías del gran Zumalacárregui, para llevar á feliz acabamiento la sangrienta lucha que enrojecia el suelo de la pátria.

Y figurábanse otros, quizá sus enemigos, áun dentro de la misma parcialidad carlista, que aquel hombre extraordinario deberia someterse en talla bien pequeña al juicio inapelable de la opinion pública, por creerle inspirado de algun viejo mentor que le guiaba acertadamente

y sin tropiezo al traves de la peligrosa, pero feliz carrera que seguia.

Para aquellos, Cabrera tenía las proporciones de un héroe fabuloso.

Para éstos, era un usurpador afortunado de combinaciones extrañas.

Ni unos ni otros estaban en lo cierto.

Era sencillamente un jóven de gran valor, de valor temerario si se quiere, que sólo debia á su génio, y nó á sibilíticas y misteriosas inspiraciones, aquellos rasgos de audacia y de energía que asombraban á todos, hasta á sus mismos soldados.

Por entónces fué cuando recibió el nombramiento de segundo comandante general interino del Bajo Aragon (1).

Don Cárlos estuvo inspirado al realizarlo.

Agitábanse las intrigas en el Real de Oñate, descubríanse ambiciones, cruzáronse influencias: todo fué en vano, y el nombramiento quedó hecho en términos altamente satisfactorios para el bravo caudillo tortosino.

Hé aquí algunas palabras de aquel documento:

«El rey nuestro señor, teniendo en consideracion la acre»ditada lealtad, servicios y conocimientos de V. S., se ha »dignado nombrarle segundo comandante general del »Bajo Aragon, y fuerzas que operan en él, en calidad de »interino: S. M. se complace en esperar que V. S. corres»ponderá de la manera más satisfactoria á la confianza »que deposita en V. S.... (2).»

---

(1) 11 de Noviembre de 1835.—Cabrera no contaba aún veintinueve años.

(2) Este documento está fechado en el Real de Durango.—Puede leerse íntegro en la *Vida militar y política*, etc., de Córdova, pág. 353, nota 32.



Á Cabrera le incumbia ahora demostrar cuán digno era del elevado empleo que le habia conferido su augusto soberano.

Y lo demostró cumplidamente.

Á principios de Diciembre tenía á sus órdenes ocho batallones.

Verdad es que más de la mitad de esta fuerza se componia de reclutas, muchos de ellos sin armas; pero el jefe carlista se prometia aleccionarlos en breve tiempo é inspirarles omnímoda confianza en su valor y pericia.

Y decidido á trasladar á Castilla el teatro de sus operaciones militares, movió sus batallones en direccion á Calatayud, á cuyas cercanías arribó en la tarde del 13 de Diciembre.

Llegó á la villa de Terrer, lindo pueblo—asentado en el centro de un valle pintoresco, regado por el bullicioso Jalon—rico y bastante populoso.

Y en uno de los recodos del camino, halláronse las tropas de Cabrera con una columna isabelina que ignoraba la proximidad del enemigo.

Verla, atacarla y destrozarla, fué obra de pocos momentos.

Con una de esas evoluciones rápidas que tanto prodigaba, envolvió Cabrera á la partida enemiga, la cortó la retirada y hasta la privó del recurso vergonzoso de la fuga: con tanta destreza habia tomado sus precauciones para hacerla prisionera.

El nuevo comandante general del Bajo Aragon, al comunicar á Villemur el éxito de esta jornada, decia así:

«Los denodados Aragoneses atacaron á la columna re»belde sin darle tiempo de hacer un pleno uso de sus ar»mas... Sobre 20 fueron los muertos que se les causaron »(á los cristinos) en la carga, más de 900 prisioneros, y

»los restos debieron su salvacion á la oscuridad de la no-
»che... (1).»

No debemos pasar en silencio, al ocuparnos de la jornada de Terrer, el nombre del valeroso coronel carlista D. Manuel Añon (uno de los amigos más queridos de Cabrera), que adoraba á su jefe hasta el fanatismo, que secundaba sus disposiciones con admirable tino, que le obedecia con la ceguedad de quien está seguro del éxito, de quien sabía que obedeciéndole se triunfaba.

De él decia Cabrera al Conde de Villemur:

«Cargó á la caballería y decidió la victoria en esta jor-
»nada.»

Cumplido elogio en boca del caudillo tortosino.

Tal fué el primer hecho de armas de Cabrera, después de recibir su nuevo empleo (2).

Pero desde que logró este láuro, con que le plugo á la fortuna ornar sus sienes, parecia que empezaba á palidecer, si no á eclipsarse por algun tiempo, su venturosa estrella.

En la noche del mismo dia, 13, interceptó un parte del Gobierno de Madrid al general Palarea, en el cual se hacía presente á este jefe *la necesidad de exterminar al cabecilla carlista, cuya importancia crecia, y cuyo nombre se pronunciaba demasiado.*

Y para mayor seguridad del *exterminio*, se le remitian, por marchas forzadas, 4.000 infantes y 600 caballos, á

(1) Parte de Cabrera al Ministro de la Guerra.—Rossell, 21 de Diciembre.

(2) La *Gaceta de Madrid* no dió parte de esta sorpresa.—Calvo y Rochina, segun costumbre, desfigura el hecho. Ni los prisioneros fueron 300, ni Cabrera les trató *ménos mal*, sino perfectamente, Sr. Calvo.—Nogueras les habria fusilado, siendo carlistas.



las órdenes de Oribe y Espinosa; con los cuales, unidos á la fuerza de la columna primitiva, completaba Palarea un muy respetable ejército de 10.000 peones y numerosos ginetes.

Cabrera no podia hacerle frente.

Tenía á sus órdenes, como ya hemos apuntado, ocho batallones de infantería y apénas 300 caballos: éstos, aunque decididos y bravos, no llegaban á la *cuarta parte* de la bien organizada caballería que mandaba el general Palarea, y aquellos, 4.000 hombres escasamente, mal armados, reclutas muchos que ni siquiera habian recibido el bautismo de fuego, puesto que más de la mitad se le presentaron después de la accion de Alcanar y durante su permanencia en los puertos de Beceite, no se hallaban en situacion de resistir con ventaja á la compacta masa de infantería que comandaba el jefe isabelino.

Quiso mostrarse en esta ocasion avaro de la sangre de sus soldados.

Dejemos hablar al mismo general Cabrera.

«Comparado *el todo de mi fuerza*—dice el insigne caudillo al Ministro de la Guerra en oficio de 21 de Diciembre,—no con la de que disponia el jefe enemigo, sino *con cada una de las columnas que se hallaban en marcha para engrosarle* (1), conocí la superioridad numérica en ámbas armas, y me ví en la necesidad de emprender una contramarcha y ganar á toda costa un terreno montañoso, que me pusiese en estado de poderme precaver del grueso de su quintuplicada caballería, cuya igual proporcion guardaba tambien la infantería.»

(1) Llamamos la atencion de nuestros lectores sobre las frases que nos permitimos subrayar en este parte. Ténganlas presentes para algunas rectificaciones.



¿Quién, que no fuese loco, habia de batirse con soldados bisoños contra fuerzas *quintuplicadas*?

Cuerdamente obró Cabrera al emprender la retirada, hácia la sierra de Cuenca, haciendo caminar á sus soldados, durante el dia 14, nada ménos que *diez y seis* leguas.

Que tanto láuro merece el general prudente que sabe economizar la sangre de sus bravos, como aquel que ciñe en sus sienes la aureola de espléndida victoria.

Pero todo fué inútil: Palarea se habia reunido ya con las columnas que el Gobierno de la reina le anunciaba.

Y cuando Cabrera se creia en salvo, cerca de Molina de Aragon, casi al pié de la falda de aquellos montes que debian cogerle en sus escabrosidades y angosturas, anunciáronle sus confidentes que estaba á la vista, y se dirigia con paso rápido á impedirle la entrada en el monte de las Tejeras, el ejército numeroso del general Palarea.

No habia medio de eludir el combate.

Continúa así el parte del general Cabrera:

«Me ví precisado á tomar posicion en el cerro (en el de »las Tejeras), porque la caballería enemiga atropellaba »ya mi retaguardia. Rompieron el fuego las guerrillas, y »empezó el combate, que fué por algun tiempo muy bien »sostenido. Yo cargué por la izquierda de la línea con los »voluntarios que la defendian, y logré rechazar y desor»denar la derecha del enemigo, causándole algunos »muertos.

»En este tiempo mandó Palarea una carga general, que »fué ejecutada con rapidez, y no pudiendo el centro de »mi línea sostener el ímpetu con que cargó el enemigo, se »replegó por los costados con desórden é impidió á éstos »defenderse, teniendo que ceder el campo....»

Cabrera logró contener la dispersion, ocupando él y sus

cazadores tortosinos el sitio del peligro, la retaguardia, molestada contínuamente por la caballería de Palarea, ordenando á las demás tropas que se encaminasen á las alturas de Molina.

Allí estaba Quílez, con 1.000 infantes y 60 caballos, formados en batalla, para apoyar la retirada de Cabrera, si necesario fuese.

Otra vez empezó el combate con más encarnizamiento.

—Morir por morir, muramos con gloria—gritó á los suyos—muramos en el campo del honor.

Y se generalizó el fuego con espantoso estrépito, sosteniéndole ventajosamente la escasa infantería de Cabrera, contra la masa imponente del general isabelino.

Aquel debia ser de nuevo, en esta desgraciada batalla, el héroe temerario y el favorito de la fortuna.

Cargó *toda* la caballería de Palarea, y desordenó el batallon segundo de Aragon, compuesto de reclutas: el desórden se extendió al cuarto, y ámbos se replegaron sobre el primero y sobre los dos de Tortosa y Valencia.

Todos huyeron, bajando en dispersion completa por las colinas de Molina.

Y como los ginetes isabelinos siguieran á los dispersos, acuchillándolos impunemente, Cabrera, ébrio de coraje, anhelando quizá morir en aquella jornada infausta, revuelve su caballo y se lanza, con algunos valientes, en medio de la masa enemiga, gritando frenético:

—Yo soy Cabrera! Venid á mí!...

Y recibió con serenidad y bravura el violento empuje de las tropas enemigas, resistiendo heróicamente, con algunos de sus valientes cazadores tortosinos, hasta que supo que la parte más numerosa de sus batallones, despues de vadear el rio Gallo, bastante crecido á la sazon, se hallaba en salvo detrás de alturas inaccesibles.

Entónces él y sus cazadores apelaron tambien á la fuga—conseguido el principal objeto.

«Impaciente por salvar á muchos infantes—continúa el »parte del general Cabrera—me presenté al frente del ene»migo para darme á conocer y atraer sobre mí toda la »persecucion. Conseguido el objeto, apelé tambien á la »fuga (1).»

Es decir, que el valeroso Cabrera, áun en medio de la infausta jornada de Molina, siempre era el mismo: siempre el hombre de recursos, el temerario soldado, el favorito de la fortuna que tenía el privilegio de desafiar al ligro impunemente.

Siete balazos recibió en la capa que le cubria: ningun proyectil le ocasionó la contusion más ligera. ¡Era el génio de la suerte en el fragor de los combates!

Calculó su pérdida el jefe carlista en 50 muertos y otros tantos heridos.

Y aquí entra la enormidad de la diferencia que resulta entre el parte de éste, ya citado, y el del general Palarea al Secretario de Estado y de la Guerra del Gobierno de Madrid, cuyo parte, publicado en la *Gaceta* del 29 de Diciembre, tenemos á la vista.

Afirma el jefe isabelino que Cabrera fué herido en el brazo por un soldado del sexto de ligeros; calcula en 100 muertos la pérdida del enemigo en el primer combate, y en más de 700, la del segundo; sin contar, dice, igual número de heridos que Cabrera se llevaba; asegura que recogió en la arena de la lucha más de 2.000 fusiles, y cree que puede fijarse en 3.000 hombres la cifra de los dispersos, «que no volverán jamás á las facciones.»

---

(1) Parte fechado en Rossell á 21 de Diciembre de 1835. No le hemos encontrado en la *Gaceta* de Oñate.

Delante de una diferencia tan espantosa, entre ámbas partes, no sabemos ¡absolutamente qué decir—confesámoslo con franqueza, segun nuestra costumbre.

El tiempo, que rompe todos los velos, deshace los errores y descifra los problemas, escribirá en su dia, en las severas páginas de la Historia, la verdad inalterable (1).

El general carlista se dirigió á la sierra de Albarracin, y pasó después al cuartel general de los puertos de Beceite, llegando á Rossell en 21 de Diciembre.

Allí le esperaba un amargo desengaño.

Sus gentes desertaban á centenares, llegando el caso de presentarse á indulto, en un mismo pueblo, más de 800 de sus nuevos reclutas.

Aquellos batallones que habia organizado á costa de tantos sacrificios, de tantas fatigas y penalidades, se deshacian como por encanto: parecia que el terror se habia apoderado de los soldados, después de la batalla de Molina.

Y era necesario contener la disolucion, ya inminente, de su pequeño ejército.

Dictó acertadas disposiciones, unióse á Forcadell, convocó á su cuartel general á todas las partidas sueltas que recorrian el territorio de su mando, y levantó de nuevo fuerzas bastantes para resistir con fortuna á la persecucion activa de que era objeto por parte de Palarea y Nogueras, á quienes, como ya sabemos, se les habia confiado la mision de exterminarle, de reducirle á la nada en breve tiempo.

---

(1) La relacion de esta jornada está hecha una lástima en el libro que se intitula *Historia*, del Sr. Calvo y Rochina. Allí se nombra *Paralea* al jefe isabelino, se afirma que sólo tenía éste 3.000 hombres, y da la miseria de 7.000 combatientes á las órdenes de Cabrera. Y se queda tan fresco. Y ese libro se llama *Historia*!

Y la verdad es que el año 1836 empezaba mal para el denodado jefe carlista.

Quílez fué derrotado en Peñarroya por las bayonetas de Palarea.

Mirálles lo fué en Chert por la columna que mandaba el coronel D. Cárlos Villapadierna.

Torner en Pauls, por el coronel Montero.

El valiente jefe de Estado Mayor de Cabrera, D. Manuel Añon, no pudo evitar la dispersion de sus tropas en la Jana, atacadas impetuosàmente por un batallon de la Reina y 60 ginetes del regimiento de Vitoria.

Otra vez fué derrotado Mirálles, en el pueblo de Toga, por la columna isabelina que obedecia á D. Antonio Buil, comandante general del Este, á pesar de la desesperada resistencia que opusieron los carlistas, batiéndose como leones.

Y otra partida de aragoneses huyó dispersa por el barranco de Cervol, al ser acometida en la Jana por fuerzas enemigas, muy superiores en número.

Afectaban profundamente á Cabrera estas desgracias, pero su ánimo no se abatia, ni el valor de su fuerte pecho se aminoraba.

Solia decir á sus compañeros:

—Nos ha despedido el año 1835 con una desgracia, y nos saluda el 1836 con otras bien dolorosas.—No importa: confiad en mí, que saldrémos adelante.

Y algunas veces, agobiado por lúgubres presentimientos que se aferraban tenazmente á su corazon destrozado, murmuraba en silencio, exhalando suspiros de angustia:

—¡Ay! No sé lo que me anuncia el corazon: algo terrible me espera.

Algo le anunciaba, sí, y algo bien terrible!

Pero no anticipemos los sucesos.

Como las tropas de la reina ocuparon militarmente el país, Cabrera usó de una estratagema felicísima, con el fin de desmembrarlas.

Despidió á los suyos, con licencia de quince dias, para *mudarse camisa* — tal era su expresion — citándoles en la Cénia, dentro de los puertos de Beceite, para el dia 21 de Enero.

Y como los generales isabelinos no encontraron entónces enemigos, creyendo en la total disolucion del ejército de Cabrera, y así se lo decian al Gobierno, éste que necesitaba tropas en el Norte, sacólas al punto del Maestrazgo y redujo á ménos de la mitad las masas de ocupacion que allí existian, y en los confines de Aragon y Cataluña.

El ardid estaba perfectamente preparado, y tuvo, segun se ve, un éxito venturoso.

Porque exactamente en la tarde del 21 hallábanse en la Cénia casi todos los voluntarios de Cabrera — en especial los valientes cazadores tortosinos.

Y cuando él recorria las filas, inspeccionando el estado de su gente, vinieron á anunciarle que un batallon de Bailén, una compañía de *peseteros* de Tortosa y 50 caballos — componiendo un total de 1.500 hombres — cuyas tropas tenian la mision de cobrar las contribuciones en los pueblos del Bajo Aragon y corregimiento de Tortosa, estaban muy tranquilos y confiados, en la villa de la Galera, á tres leguas de camino.

Propúsose al instante sorprenderlos.

Y poniéndose al frente de 1.000 peones y 12 ginetes — su escolta personal — tomó en seguida el camino de la Galera, á cuyos límites llegó en la madrugada del dia 23, en medio del sepulcral silencio que habia recomendado á su hueste.

La columna cristina salia entónces de la villa y em-

prendia el camino de Tortosa, ignorando aún que el jefe carlista venía en pos de sus huellas.

Ni lo supo hasta que éste, blandiendo su terrible palo, y al grito de *¡Viva el Rey!* y *¡Viva la Pátria!*, apareció como un fantasma, con sus bravos tortosinos, en el centro de la masa isabelina.

La dispersion de esta fué instantánea: ni siquiera intentó oponer resistencia, al apercibirse de que la atacaba el general Cabrera, el mismo cuya desaparicion habian anunciado, al són de clarines y atambores, los jefes de casi todas las columnas de operaciones, y repetido los periódicos de la corte.

Acuchillando al enemigo hasta los mismos alrededores de Tortosa, á tiro de cañon de la plaza llegó bizarramente la fuerza de Cabrera, despreciando los disparos de la artillería del castillo y el encono de otra columna de 600 hombres que salió de la ciudad en auxilio de sus derrotados compañeros.

Tendidos quedaron 60 hombres en la misma carretera de Tortosa; y muchos más que se arrojaron en el Ebro por huir de las bayonetas carlistas, hallaron el sepulcro debajo de las ondas del caudaloso rio.

Cogió Cabrera 90 fusiles y todos los bagajes, cargados de botin riquísimo, y dió la vuelta á su cuartel general de Beceite (1).

Y es fama que ántes de perderse en el lejano horizonte los pardos muros de Tortosa, rodó una lágrima por la tostada mejilla del jóven general carlista, y tuvo arranques de asaltar temerariamente aquella ciudad querida, que

(1) La *Gaceta de Madrid* no publicó parte de este suceso. Tambien le omite el Sr. Calvo y Rochina.

guardaba ya en prisiones á la prenda más cara de su alma, á su madre idolatrada.

—Ahí está mi madre!—dijo con desesperado acento á su amigo Forcadell, como si quisiera inspirarle alientos para allanar la infame cárcel donde gemia la inocente señora, víctima elegida por un hombre injusto.

Ya no debia volver á verla!

Llegó á Beceite y diseminó otra vez sus soldados para evitar la persecucion de los jefes cristinos, que no habria de retardarse por mucho tiempo, dándoles cita, en aquel punto, para el 2 de Febrero.

Todos se hallaron reunidos, con exactitud admirable.

Y en la tarde del 4 desbarató en Torrecilla otra columna enemiga, compuesta de 1.500 hombres y mandada por el Marqués de Palacios, causándole 40 muertos y la pérdida de todos los bagajes.

Hemos llegado á los fusilamientos, ordenados por el general carlista, de los alcaldes de Torrecilla y Valdealgorfa.

Aclararémos estos hechos, ya que hay empeño en desfigurarlos.

Escribió Cabrera un oficio para su jefe de Estado Mayor, D. Manuel Añon, á quien tantas veces hemos nombrado, ordenándole que al amanecer del 4 se situase, con toda la caballería, en los alrededores de Torrecilla, á fin de asegurar el éxito de la sorpresa que intentaba.

El pliego fué á parar á las manos del alcalde de Valdealgorfa, con órden de remitirle á su destino.

Pero el alcalde le abrió, sacó una copia y.....

Dejemos hablar, acerca de este grave asunto, á un escritor isabelino:

«Envió (el alcalde) la copia á Calaceite y el original á »Alcañiz. Este pliego fué interceptado por una partida

»carlista, y puesto en manos de Cabrera, quien leyó las »palabras siguientes:

«Los facciosos se hallan en Valjunquera y probable»mente, segun lo manifiesta el papel adjunto, caerán al »amanecer sobre la columna que está en Torrecilla. Apre»surarse y salvar aquella fuerza, que sino se la auxilia, y »pronto, será destrozada.»

. . . .

»Preso el alcalde de Valdealgorfa, fué conducido á Fres»neda y fusilado el dia 6 de Febrero: igual suerte cupo »al alcalde de Torrecilla (1).»

. . . .

No añadirémos una sola palabra.

El lector juzgará.

---

(1) Córdova, *Vida militar y política*, tomo I, pág. 261.—En la *Historia* ó lo que sea, escrita por el Sr. Calvo y Rochina, aparece tergiversado este hecho, dando como única causa del fusilamiento de los dos infelices alcaldes, el deseo de vengarse que animaba á Cabrera por los últimos descalabros, que atribuyó el jefe carlista, dice, á aquellos desgraciados.—Falso, ¡así no se escribe la *historia*!

CAPITULO VIII.

Organizacion.—Hospitales y heridos.—Bagajes y raciones.—Vestuario.—Pólvora y balas.—Disciplina.—El telégrafo de Cabrera.

Favorécennos algunos suscritores con riquísimos y desconocidos datos acerca del protagonista de esta obra, y nosotros, á fuer de galantes, enviamos á aquellos señores las más cumplidas gracias.

Pero álguien ha habido tambien que, al leer las dos entregas primeras de nuestro libro, ha sentido— dice— cierta desconfianza, que él califica de ***inexplicable***, suponiendo que no serémos ***historia dores***, sino ***apologistas*** del ilustre Conde de Morella.

No estamos conformes.

Decimos en el pequeño prólogo que antecede al capítulo primero:

«Aunque somos reos del delito—demasiado comun en »estos tiempos—de sentir admiracion y entusiasmo por el »insigne Conde de Morella, tampoco se nos oculta que «la »historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verda-

»dera, y donde está la verdad está Dios, en cuanto á »verdad.».

»Díjolo así el gran Cervántes, y nosotros lo aprendimos en las áulas.

»No lo olvidarémos ahora.»

Cierto que nó.

Rectificamos *errores*, que hasta aquí han corrido como axiomas inconcusos; suplimos *faltas*, que tal vez se cometieron con intencion deliberada; *pretendemos*, en fin, que nuestra *Historia* sea la *verdad.*

Hemos contado la victoria de Rubielos, y descrito luego la derrota de Molina; hablarémos tambien de Maella, sin olvidarnos de Chiva.

Pero ¿qué culpa tenemos nosotros de que el general Cabrera se presente de igual talla en los sucesos prósperos que en las jornadas adversas? ¿Quizá deberiamos haberle acriminado porque no resistió con ventaja á las quintuplicadas fuerzas del general Palarea? ¿Acaso merecia nuestras censuras cuando contábamos su prodigiosa retirada, en los pinares de Alloza, delante del brigadier Nogueras? ¿O será acreedor á severas diatribas por haber concedido el perdon más generoso, vida y libertad, á los infelices prisioneros de Villafranca, de Daroca, de Alarba, de Alfara, de Alcanar.... miéntras los jefes cristinos hacian enrojecer los campos y las ciudades con la sangre de los prisioneros carlistas?

El historiador *refiere*, mas tambien *comenta.*

Y si los hechos referidos son dignos de loa, injusto sería quien se atreviese á hacerles objeto de comentarios desfavorables.

Lo repetimos: al empezar esta obra, hemos colocado nuestro criterio por encima de la pasion política.

Pero no hemos abjurado—ni debiamos hacerlo—del

perfecto derecho que nos asiste para repartir alabanzas ó prodigar censuras.

Y antójasenos — sin vanagloria — que estamos en lo justo.

Y antójasenos tambien, aunque de presumidos se nos moteje, que opina del mismo modo la mayor parte de nuestros apreciables suscritores.

Para todos escribimos este breve capítulo: muy especialmente, sin embargo, llamamos la atencion de aquellos que nos acusan de apologistas de D. Ramon Cabrera.

Porque no intentamos describir en estas páginas batallas sangrientas, porfiados sitios ó admirables retiradas; ni tampoco rasgos de valor heróico ó de audacia temeraria.

Queremos sólo presentar en ellas al general Cabrera con el carácter de *organizador* de su ejército; considerarle bajo un punto de vista más prosáico, pero más interesante, en nuestro juicio, para los soldados que seguian sus banderas y para la causa por cuyo triunfo peleaba.

No podia ocultarse á su claro talento que la buena organizacion de un ejército era la base más segura de las victorias — la piedra angular, por lo tanto, del edificio que levantar proyectaba.

Lo que más interes tenía para Cabrera, después de los combates, no era el júbilo del triunfo, ni siquiera las medidas salvadoras de su propia persona, en caso de una jornada infausta, ó de éxito dudoso.

Sus soldados, ántes que él mismo: los heridos primero que los sanos.

Partíanle el corazon aquellos bravos hombres que derramaban su sangre en los combates y que seguian luego al ejército por ásperos caminos y extraviadas sendas, acosados algunas veces por un enemigo implacable, cuya persecucion no cesaba ni un momento, porque si era derrota-

da una columna, diez venian al punto á sustituirla con inmensa ventaja sobre los fatigados realistas.

Y era tal el cuidado que tenía de los heridos, que no se daba nunca el caso de abandonarlos á su mísera suerte, por enconada que fuese la persecucion de los cristinos.

El les procuraba todos los recursos, él les conducia á las masías y chozas ocultas que les daban abrigo, él solia curarlos á menudo con sus propias manos.

Después de la derrota de Molina, realizó el ejército de Cabrera un rapidísimo viaje de veintidos leguas hasta llegar á los puertos de Beceite: muchos de los heridos fueron montados á la grupa de los ginetes; otros, los más graves, tendidos en los bagajes; algunos tambien ocuparon los tres caballos del mismo jefe carlista, que no se desdeñó de hacer á pié aquella larga jornada, en obsequio de sus soldados.

Y para ponerles á cubierto de cualquier eventualidad desgraciada, creó un hospital en lugar seguro de los puertos de Beceite, que estaba custodiado constantemente por las compañías más floridas del ejército.

Allí se les atendia con solicitud cuidadosa, porque su digno director, un hombre inteligente y benéfico que merecia la confianza de Cabrera, tenia órdenes severísimas para exigir todo lo que fuere necesario, á fin de que nada faltase á los pobres dolientes.

Sacó de las filas dos cirujanos, procedentes ámbos del corregimiento de Tortosa, y haciéndoles comprender que su verdadero puesto no estaba en los combates, sino en las cabeceras de los enfermos, donde podian tambien ganarse victorias más humildes, pero no ménos honrosas, ellos se quedaron gustosos para atender á la asistencia de los desgraciados heridos.

Y cuidó tambien de que no les faltasen á éstos los auxi-

lios religiosos, bálsamos que curan las llagas del alma y cicatrizan las heridas del corazon del hombre, santa preparacion al ignoto viaje de la eternidad, que empieza en los umbrales del sepulcro: dos sacerdotes velaban diariamente en aquel lugar sagrado del dolor y de los ayes lastimeros.

Los víveres más delicados que se recogian en las expediciones, eran destinados al hospital: cuando entraban sus tropas en un pueblo cualquiera, buscaban algunos soldados, á guisa de *demandaderos*, y por órden que habia dado Cabrera, materiales para vendajes, hilas, medicinas, todo, en fin, lo que podian necesitar sus soldados heridos ó enfermos.

Cuando el coronel Añon recibió una grave herida en la accion de Horcajo, peleando á las órdenes de Quílez contra el coronel isabelino D. Antonio Verdugo, Cabrera, que estimaba al bravo y queria entrañablemente al amigo, no se apartó del lado del enfermo, sin abandonar por eso sus precisas y muchas obligaciones, hasta que pudo éste montar á caballo y ponerse al frente de los escasos ginetés que por entónces constituian su única fuerza del arma de caballería.

Cuando salieron heridos cuatro cazadores tortosinos que acompañaban á Cabrera en el sitio de Rubielos, en el momento de acercarse, rompiéndose el carro acolchonado que les protegia en las puertas de la fortaleza, Cabrera, único que salió ileso, acompañó á los cuatro soldados hasta lugar seguro, y no les abandonó, miéntras no estuvo perfectamente tranquilo por saber que las heridas eran afortunadamente bien ligeras.

Por último, dedicó exclusivamente al servicio de los heridos algunos oficiales demasiado viejos que servian en las filas, y que á duras penas soportaban las fatigas de la

ruda campaña que habia emprendido con tanta decision y entusiasmo el jefe carlista.

Víveres y bagajes.—No era cosa de poca monta organizar el servicio de suministros.

Si se tiene en cuenta que el general Cabrera, y todos los demás jefes carlistas que le reconocian, gravitaban sobre el país con sus numerosas partidas hacía ya dos años, y que lo mismo pasaba con la multitud de columnas isabelinas que pululaban en busca de aquellas, vendrá á comprenderse la dificultad con que tropezó el primero á fin de asegurar la subsistencia de sus soldados, áun en caso de una ocupacion militar del territorio, segun aconteció alguna vez, por parte del enemigo.

Pero su génio organizador supo vencerla.

Para este fin, dividió su fuerza en tres grandes grupos: el tortosino, el aragones y el valenciano, destinando á cada uno de ellos un *factor* y vários *sargentos de brigada.* Los primeros recibian los pedidos de víveres y bagajes; los segundos los distribuian, y los abanderados de los batallones presenciaban la entrega.

Estos últimos tenian tambien el espinoso encargo de salir en busca de las vituallas necesarias para el sostenimiento del ejército, al frente de pequeños destacamentos, que muchas veces se veian atacados por el incansable enemigo que les perseguia.

Puede asegurarse que casi nunca, á pesar de todo, se vieron necesitados los voluntarios de Cabrera, bien fuera por la proteccion decidida que les concedian espontáneamente las poblaciones, bien por la actividad que se desplegaba en obedecer sin reparo las órdenes del jefe, á fin de que no les faltase ni siquiera por un momento lo necesario, si nó la abundancia.

Y justo era que quienes sabian resistir á penalidades sin

cuento, librando combates sangrientos diariamente, haciendo jornadas de quince leguas por terrenos quebradísimos, contramarchando en ocasiones con una rapidez que asombraba á sus mismos perseguidores,—testigo el general Valdés (D. Jerónimo),—justo era, repetimos, que fuesen objeto especial de los cuidados y del celo más exquisito por parte de su jefe.

Vestuario.—Este artículo era uno de los más interesantes, pero tambien el más difícil de solucion satisfactoria y pronta.

Por lo general, durante los primeros años de la campaña, los voluntarios de Cabrera vestian los trages del país de donde eran oriundos: tenian, sin embargo, cierta uniformidad, por la conveniente separacion que se efectuó en las filas, como ya hemos dicho, al acabarse el año 1835, separacion aparente que subsistió hasta el fin de la guerra.

Pero á Cabrera le molestaba el proyecto de dar á sus voluntarios un traje especial y característico que, no sólo sirviera para distinguirse ellos entre sí en los momentos de lucha, sino tambien para excitar esa especie de emulacion generosa que existe siempre entre los militares que visten el mismo uniforme.

Y no se crea que esto es pueril: si á un militar valiente y entendido se le coloca, en trage de paisano, al frente de un regimiento, parece como que pierde sus bríos, como que se aminoran y empequeñecen sus facultades militares.

Es una verdad esta, que comprobariamos aquí con muchos ejemplos, si no temiésemos pecar de difusos.

Cabrera no podia ignorarlo, y trató de subvenir á esta necesidad reconocida: comenzó por uniformar á las compañías de preferencia, y después extendió las reformas á todas las fuerzas que se hallaban á sus órdenes.

El taller de sastrería se estableció en los puertos de Beceite (al lado del hospital), y en él trabajaban muchos oficiales de dicho arte que estaban en el servicio activo de las armas, y á quienes les dió de baja en filas con tal objeto.

Cataluña, por medio de las partidas que el país recorrian, proporcionó telas y paños, y no escasearon ámbos artículos cuando se rindieron las fortalezas del Maestrazgo y de la Plana, á consecuencia de los afortunados combates de Rubielos, Yesa y Alcanar, pues dentro de sus almacenes encontráronse tambien muchas piezas de paño azul y encarnado, á la par de los fusiles y demás efectos de guerra.

La *boina*, distintivo especialísimo de los defensores de Cárlos V, usóse en las provincias del Norte desde el principio de la lucha; pero en la comandancia general de Aragon no se introdujo hasta 1836, cubriéndose entre tanto con los morriones que arrebataban á los cristinos, ó con gorras de cuartel, ó simplemente con el pañuelo atado en la frente ó en las sienes, como hacian los soldados valencianos.

Y para que nada les faltase á sus queridos voluntarios, hizo Cabrera que se recogiesen en los pueblos dedicados á la confeccion de alpargatas, calzado el más á propósito para trepar por aquel terreno áspero y quebrado, grandes cantidades de este calzado, pagándolas con escrupulosa exactitud por medio de sus agentes.

Así es, que si bien en los principios de la guerra llegó á ocurrir várias veces que los voluntarios caminaban descalzos, ó poco ménos, sucedia lo contrario desde que el observador jefe carlista conoció esta necesidad urgentísima y tomó precauciones para remediarla.

Municiones de guerra.—Necesario tambien le pareció

á Cabrera la creacion de una fábrica de pólvora y balas, para no escasear de municiones, como ya le habia sucedido en la masía de Fontanete, donde sus cazadores tortosinos se vieron de pronto rodeados por una columna cristina, y tenian las cartucheras vacías.

Creóla, lo mismo que el hospital y el taller de sastrería, en los puertos de Beceite, y puso al frente de ella á un oficial de artillería, muy inteligente, interesándose diariamente por conocer los progresos de la fabricacion.

Las primeras materias eran conducidas por arrieros aragoneses, en quienes tenia completa confianza, y llevadas fácilmente al pié de la misma fábrica.

Bandos terribles publicaron los capitanes generales de Aragon y Cataluña contra los conductores de estos artículos, declarando al mismo tiempo contrabando de guerra el plomo, el salitre y el azufre.

Pero nada de esto entorpeció la marcha que Cabrera habia adoptado en semejante asunto, y estuvo desde luego á cubierto de necesidades tan perentorias y de tan funestas consecuencias, para él y para sus gentes, como las de la masía de Fontanete.

Verdad es que en muchos encuentros con las tropas cristinas, y en los almacenes y sótanos de las fortalezas rendidas se habia apoderado de innumerables cargas de cartuchos; mas Cabrera no queria sujetarse para en adelante á eventualidades de este género, sino tener por sí mismo las municiones que necesitaban sus soldados.

Disciplina.—Hé aquí la base de un ejército.

La disciplina, por sí sola, no puede dar la victoria, pero las huestes disciplinadas se encuentran ya en camino del triunfo.

Por el contrario, cuando la disciplina falta, el ánimo de los generales se debilita, y á la unidad de accion, resul-

tado de la obediencia,—de la disciplina—suceden los esfuerzos individuales, de muy poco valor, por lo comun, en funciones de guerra.

Sabíalo Cabrera, y aunque se halló con tropas que parecian mostrarse refractarias, en los primeros tiempos de la lucha, á los planes del jefe carlista, quizás porque eran procedentes muchos de los voluntarios que las componian de partidas errantes y un tanto licenciosas, aquel, con la fuerza de su génio, logró introducir en las filas que seguian sus banderas los más severos principios de una organizacion enérgica, perfectamente ajustada á la disciplina más rígida.

Sin embargo, la muy frecuente separacion de fuerzas, necesaria para evitar la obstinada persecucion del enemigo, destruia en pocos dias los trabajos ejecutados en punto á disciplina durante muchas semanas.

Porque diseminados los soldados por extensos territorios en pequeños grupos, al mando de oficiales subalternos, olvidaban las amonestaciones de los jefes superiores, y caian en excesos, contrarios al buen régimen que se trataba contínuamente de crear en el ejército.

Notólo bien pronto Cabrera y estableció consejos de guerra para que juzgáran, con arreglo á ordenanza, á los voluntarios de cualquier categoría que apareciesen infractores de la buena disciplina, y cuya infraccion se probase palmariamente.

Y estos consejos de guerra aplicaban las penas sin consideraciones de ningun género, segun la voluntad del comandante general, de acuerdo con las buenas nociones de justicia, sin hacer distincion alguna entre el soldado y el oficial, sino considerando á los individuos de ambas clases como *reos*, desde el momento en que estaban sometidos al fallo del jurado.

Dos soldados fueron fusilados por ladrones, en las cercanías de Rubielos.

Y tambien lo fué en Rossell, por desertor, un capitan de la division valenciana, y en la Cénia un sargento del mismo cuerpo, por el doble delito de desercion y robo (1).

Lo cierto es que la disciplina, relajada algunas veces por causas irremediables, recobraba enseguida todo el vigor é imperio que momentáneamente perdiera.

Aún recordarán nuestros lectores lo que dejamos dicho en uno de los capítulos que anteceden, acerca del disgusto que ocasionó á los cazadores tortosinos la Real órden de 20 de Mayo de 1835, disponiendo que «cada uno de los »jefes carlistas pudiera obrar independientemente, con sus »fuerzas respectivas, en el terreno donde las hubieren »creado,» y en virtud de la cual, Cabrera, coronel entónces, acatando la disposicion del rey, por más que viniese á destruir sus planes, dispuso la separacion que parecia mandarse en aquella incalificable disposicion del Conde de Villemur.

Pues bien: los jóvenes, casi todos, que constituian los batallones de Tortosa, habian sido compañeros de Cabrera en las áulas, amigos queridos de la adolescencia y de los primeros años de la vida: seguramente se habian lanzado á aquella existencia aventurera y arriesgada, abandonando á sus familias y las comodidades y dulce tranquilidad del hogar doméstico, arrastrados, más acaso que por sus ideas políticas, por la influencia prodigiosa que ejercia en sus entusiastas y ardientes corazones el nombre de Cabrera, mágico talisman que les atraia con indeclinable fuerza al lado del amigo y del compañero, para compartir con é la gloria y los peligros.

---

(1) Córdova. *Vida militar*, tomo I, pág. 264.



Y ellos, en el instante de la separacion, con lágrimas en los ojos,—unos hombres que no sabian temblar en medio de una lluvia de balas,—al decir á quien era ya su jefe, además de su amigo:

—Nosotros no nos vamos! ¡Morir querémos á vuestro lado! Jamas os dejarémos!...

Cabrera, no tolerando que se faltase á la obediencia, punto esencial de la buena disciplina, frunció impasible las cejas y replicóles con acento duro:

—Obedeced y.... ¡silencio!—El rey lo manda.

Y todos obedecieron la severa órden de su jefe, sin murmurar una sola palabra.

Y cuando cinco ó seis dias más tarde, habiéndose insubordinado contra el comandante Llorach, vinieron casi á prosternarse delante de Cabrera, para rogarle que les pusiese á sus inmediatas órdenes, porque sin su presencia les faltaban los brios y el fuego de sus corazones se apagaba, éste, aunque sintiéndose halagado por aquella relevante prueba de confianza y de cariño, no dejó de imponer algun castigo á los que aparecieron culpables de insubordinacion y ligereza contra el jefe que se les habia señalado, y á quien habian arrojado de las filas.

Estos hechos, comprobados por cronistas no sospechosos, demostrarán completamente, no sólo que el general Cabrera fué, desde bien pronto, inexorable en punto á disciplina, sino tambien lo arraigado que estaba en sus filas el principio de la obediencia—base de aquella.

Los sucesos que se irán desenvolviendo en estas páginas, nos prestarán ocasiones de hacer conocer esta verdad de una manera que no admita duda alguna.

El telégrafo de Cabrera.—¿A qué debia el bravo general carlista noticias tan exactas acerca de las columnas que le perseguian? ¿Cómo realizaba tantas sorpresas, co-

ronadas las más veces con el laurel del éxito? ¿Por qué evitaba sagazmente los encuentros, siempre que le convenia y siempre en tiempo oportuno, con las divisiones más numerosas del enemigo?

Todo era resultado de las confidencias.

Estas constituian lo que podemos llamar gráficamente *el telégrafo de Cabrera*.

Una especie de cordon humano, compuesto de hombres leales, de oficiales inválidos, de soldados inútiles para el servicio de las armas, de amigos generosos y decididos por la causa carlista, se extendia invisible para las huestes isabelinas por todo el vastísimo territorio que abrazaba la comandancia general del Bajo Aragon, y estaba sujeto en la misma tienda del general Cabrera, en sus ayudantes y ordenanzas.

Corrian los pliegos de mano en mano, al traves de montañas y valles, de pueblos y ciudades, por medio de aquel misterioso telégrafo, hasta llegar á su destino.

Raras veces fracasaba alguna confidencia, porque Cabrera tenia especial cuidado—por lo mismo que apreciaba el valor inmenso de un aviso oportuno—de pagar espléndidamente los servicios de esta clase y en mostrar de alguna otra manera delicada su satisfaccion y agradecimiento.

Así es que las confidencias, aunque escaseaban en las columnas de Isabel II, no le faltaron á aquel jefe muchas, minuciosas y oportunas, durante su larga campaña.

Y por eso, para que sus órdenes se comunicasen inalterables á todos los puntos donde residia alguna fuerza de su mando, aprovechándose de aquel telégrafo invisible con el objeto de comunicarlas, creó una imprenta en el pueblo de Fredes, lugar recóndito de los puertos de Beceite, de la cual salian impresos los partes de las accio-

nes de guerra, los bandos á los pueblos, las determinaciones que adoptaba para conocimiento de los suyos.

Y eran trasportados los pliegos de mano en mano y de justicia en justicia, en muchas ocasiones por duplicado y por camino distinto, á fin de evitar contrariedades fatales en cuanto estuviese al alcance de la prevision humana.

Si una columna isabelina pernoctaba en un pueblo cualquiera, ó cruzaba por un valle, ó se acercaba en su seguimiento por sendas extraviadas..... Cabrera lo sabia al punto, con seguridad, con detalles minuciosos, y obraba por lo tanto con arreglo á las circunstancias.

Casi todas los sorpresas que realizaba las debió á confidencias muy precisas.

Y si más de una vez no cayó en manos de sus mortales enemigos, debiólo tambien á avisos bien seguros del telégrafo misterioso que habia organizado.

Por confidencias sorprendió á la guarnicion de San Mateo, á la de Rubielos, á la de Alcanar, á tantas otras como ya dejamos referido.

Por confidencias sabia perfectamente la situacion de sus enemigos, y ora se dejaba caer de improviso sobre el más confiado, ora se alejaba del que más cercano le seguia, ora por medio de rápidas contramarchas y jornadas prodigiosas aparecia hoy en los confines del Bajo Aragon, para salir mañana en la Plana de Valencia, ó en el corazon del Maestrazgo, ó en las cercanías de Tortosa.

Tenía agentes en todas las ciudades y poblaciones importantes, y no se le ocultaba ninguna de las maquinaciones que se ponian en juego en las capitales de Aragon, Valencia y Cataluña, por los capitanes generales respectivos, á fin de cumplir las órdenes que el Gobierno de Madrid les diera para llegar á exterminarle.

Pero él sabia burlar estos planes, y, cada vez más ani-

moso y más valiente, sostenia en alto la bandera legitimista.

Y miéntras tanto, el antiguo estudiante de Tortosa — segun dice un historiador isabelino — se hacía admirar de los militares viejos, y de los compañeros de su niñez y hasta de sus mismos soldados, que veian con asombro el partido que sacaba de las circunstancias, al regularizar los diferentes ramos de administracion y disciplina, descubriendo en todas las medidas que adoptaba un pensamiento de accion, de unidad y de órden.

CAPITULO IX.

SANGRE CARLISTA.

Ha llegado el momento de referir sucesos verdaderamente horribles.

La pluma tiembla en las manos, y el corazon se oprime como poseido de un vértigo, al tocar estas cuestiones: el historiador que las relata no puede ménos de sentir angustia en el pecho y desaliento profundo en el ánimo.

Pero es fuerza cumplir con el deber que nos hemos impuesto.

Y protestamos aquí, á fuer de españoles hidalgos, de que no traemos la triste mision de recrudecer antiguos ódios, ni de abrir heridas enconadas, ni de remover cenizas cubiertas de sangre y lágrimas, ni de suscitar rencores extinguidos ó casi apagados debajo del polvo de siete lustros.

Triste es nuestro deber, y espinosa nuestra tarea, lo conocemos,—y tambien, por desgracia, son bien escasas y débiles nuestras fuerzas.

Quisiéramos pasar rápidamente sobre estas páginas sangrientas, considerándolas como hierros encendidos que habrémos de hollar con desnuda planta; y sin embargo,—lo decimos con pena,—estarémos obligados á detenernos muchas veces en medio de nuestro relato, para rectificar errores y desvanecer calumnias que han corrido como verdades entre el vulgo insensato é ignorante, ya que no entre las personas imparciales é ilustradas.

Y para suplir el descaecimiento que nos aflige en este instante, ayudaránnos en más de una ocasion los mismos *escritores liberales*, insiguiendo hasta la postrer página de esta obra el plan que nos ha parecido oportuno adoptar desde la primera.

Porque habiendo confesado nosotros, con la franqueza de los leales, que «somos reos del delito de admiracion y entusiasmo por el insigne Conde de Morella,» ni queremos que nuestras opiniones políticas se mezclen para nada en el debido esclarecimiento de los hechos, ni tampoco nos parece digno y generoso dejar de esclarecerlos cuando estuvieren de errores cubiertos, sin volver atrevidamente por los fueros de la verdad y de la justicia.

Hé aquí nuestro deseo, el fin supremo adonde se encaminan nuestros pasos.

No nos incumbe la relacion de los sucesos que ocurrieron en el Norte de España.

Plumas bien cortadas los han consignado en otras obras.

Hablarémos solamente de los que tengan referencia con los países recorridos por el general Cabrera.

Y téngase cuidado en observar que, desde los primeros dias de la guerra, intentó el Gobierno de Doña María Cristina ahogar en sangre el poderoso levantamiento carlista, que comenzó á manifestarse de una manera enérgica

en las mismas horas en que se extendia por España la noticia de la muerte de Fernando VII.

Hiciéronse 23 prisioneros en la funesta derrota de Calanda, página primera, después del alzamiento de Morella, del libro que guarda los horrores de la fratricida lucha, por las tropas del general isabelino D. Rafael de Hore, que dispersaron por completo en ruda acometida á los bisoños batallones de realistas que acaudillaba el Baron de Hervés, y fueron fusilados.

Sorprendidos en Chodos los pocos fugitivos de Calanda, á las órdenes de Marcoval y Covarsi, y apresados algunos por una partida de provinciales de Leon, fueron tambien fusilados.

D. Cárlos de Victoria, Gobernador de Morella, oculto y fugitivo desde la rota de Calanda, aprehendido por unos cuantos soldados en los alrededores de Villamalefa; el Baron de Hervés, D. Vicente Gil, comandante de los voluntarios realistas de Liria, y cuatro más que seguian á estos desgraciados, reconocidos en el Mas de las Barberizas por las tropas enemigas, y conducidos á Teruel entre bayonetas, fueron tambien fusilados en 12 de Enero de 1834.

El coronel Victoria sufrió la misma pena en uno de los últimos dias del año anterior.

Verdad es que tales ejecuciones eran desaprobadas por la opinion, pero no se oian entónces los clamores de la prensa, y ménos los de los pueblos, por los jefes isabelinos.

Mangraner, derrotado en San Felipe de Játiva, y hecho prisionero, fué víctima tambien de igual triste suerte.

Pero, como dice un escritor liberal, nada favorable al partido de D. Cárlos, el Gobierno de Madrid no recogia los frutos que esperaba del derramamiento de sangre, «porque de todas partes salian gentes decididas á engrosar

»las filas carlistas, sin que sirviesen de nada las persecu»ciones y los castigos, pues por cada cabeza que caia en »el patíbulo se levantaban ciento deseando vengarla, y, »enconándose más los ánimos cada dia, *desconfiábase de »indultos proclamados* (1).»

Lo cual, dicho por un escritor no sospechoso, permite suponer lo bastante para deducir la buena fé de quien tales indultos ofrecia, *quizá para no cumplirlos*.

En San Mateo, en Lucena, en Teruel, fueron pasados por las armas todos los jefes y soldados que cayeron prisioneros en el barranco de Vallivana.

Entre ellos, como ya hemos referido ántes de ahora, se encontraban D. Juan de Marcovall y D. Cosme Covarsi, jefe el primero de las tropas carlistas del Maestrazgo, y teniente coronel el segundo del batallon de voluntarios realistas de Vinaroz.

Fusilados fueron tambien muchos infelices carlistas hechos prisioneros en la terrible accion de Mayals; y los oficiales D. Ignacio Jover y D. Francisco de Orna, con vários de sus soldados, que cayeron en poder del coronel cristino D. Joaquin Ayerbe, padecieron igual pena en Lidon en 26 de Abril de 1836.

D. Vicente Fibla, apresado en Pauls; los desventurados amigos de Cabrera, Monteverde y Matamoros, que fueron sorprendidos en la masía de Barrina, hallándose *enfermos* y *sin armas*; los infelices *heridos* en la accion de Alloza, librada con desgracia por Carnicer contra una columna de la Reina; el cura párroco de Mulins, sorprendido en el lecho, y otros compañeros suyos acusados de *intentar* el levantamiento de una partida; los prisioneros hechos en el valle de las Muelas y en los alrededores de Alcubierre;

(1) Calvo y Rochina.—*Historia*, pág. 14.

D. Joaquin Bayra y D. José Matas, oficiales de la division de Carnicer... y tantos otros, cuya relacion sería demasiado penosa y larga, sellaron con su sangre su adhesion á la causa de D. Cárlos, y demostraron otra vez más que la idea de la clemencia no entraba en los planes del Gobierno de Madrid.

Cuando Cabrera se presentó al rey en el campamento de Zúñiga, hízole presente la situacion horrible en que se hallaban sus partidarios de Aragon y Valencia, en los siguientes términos:

«.... La última pena se aplica sin consideracion á categorías, clase ni sexo... los que caen en poder de los enemigos son fusilados, y si á alguno se le conceden momentos de existencia, es para hacerle espirar en la puerta misma de su casa, de lo cual pudiéramos citar á V. E. (al Ministro de la Guerra) muchos ejemplos...

»Tampoco se respetan los enfermos y heridos capturados en las cuevas y masías...

»Los padres, hijos, esposas, hermanos, y hasta los remotos parientes de los llamados facciosos, son encarcelados unos y expulsados otros de sus domicilios ó enviados á ultramar... (1)

»Tales son los crueles medios de que se han valido los cristinos para exterminar al partido que defiende la legitimidad en España...» (2)

No dirémos una sola palabra acerca de los bandos terribles que se promulgaban en el Norte, lo mismo por los

(1) A los prisioneros en la batalla de Mayals, que no fueron fusilados, se les destinó á trabajos forzados en las obras del puerto de Tarragona, donde perecieron casi todos.

(2) Existe este documento en el *Diario de operaciones* que posee el Conde de Morella.—Córdova le ha copiado íntegro. Pág. 108 y siguientes.

generales de la reina que por los generales y ministros de Cárlos V, usando del derecho de represalias, cuya voz fatídica se habia pronunciado en la corte de Navarra.

Pero no debemos pasar en silencio, porque afecta directamente á nuestro propósito, los neronianos edictos de Llauder, Nogueras y Espoz y Mina.

El de este último, sobre todo, es digno de aquel hombre inexorable que mandó arrasar en 1822 el pueblo entero de Castellfullit (Cataluña), haciendo poner esta inscripcion en lo más visible de aquellas ensangrentadas ruinas:

«*Aquí existió Castellfullit*: *pueblos, tomad ejemplo y no lo olvideis* (1).»

Y dicho bando, fechado en Barcelona á 29 de Noviembre de 1835, contenia artículos como los que siguen:

»Art. 7.° Serán pasados por las armas todos los que presten á los facciosos, *en cualquier forma ó manera*, auxilio de armas, municiones, víveres, dinero ú otros efectos.

»8.° Quedan sujetos á la misma pena *los conductores de estos artículos*....

»9.° Igualmente serán fusilados los que tengan correspondencia con los facciosos, y los conductores de ella *sea ésta de la clase que fuere*.

»10.° Sufrirán la misma suerte *el baile* ó *el alcalde* y *el cura párroco* de los pueblos, y *la persona principal de las familias* que habiten las ventas ó casas solares donde se refugien y abriguen los facciosos....

»11.° Los padres, tutores ó cabezas de familia de estos (de los carlistas) *son responsables* con sus personas y bienes de los males que causaren los rebeldes á los leales. *Las*

(1) El mismo general Espoz y Mina lo dice en sus *Memorias*.—Madrid, 1851.—Tomo III, pág. 69.



personas serán confinadas á otros puntos y ***los bienes de la familia servirán para resarcir á los patriotas****....*

»12.° ***Para ejecutar*** este resarcimiento, no se usará de más formalidades que la de ***presentar los perjudicados una simple instancia*** al alcalde del pueblo....

»13.° Si estos bienes no fuesen suficientes á resarcir á aquellos, ***se hará un reparto entre los notoriamente desafectos*** al Gobierno de S. M. la Reina, cuya calificacion de desafectos ***se hará por los Ayuntamientos respectivos*** (1).»

Si nuestros suscritores han tenido valor para acabar la lectura del bando (extracto) que antecede, seguramente que estarán convencidos de que no hay más allá, en punto á crueldad y tiranía.

Ese lujo de penas espanta.

Y lo peor es que todas se aplicaban con severidad horrible.

El capitan general de Zaragoza, D. Antonio María Alvarez de Tomás, habia publicado algunos bandos, tan arbitrarios y crueles como los de Espoz y Mina.

En uno de ellos se declaraban contrabando de guerra las alpargatas y los zapatos, el plomo, salitre y azufre, y á los conductores de estos géneros, si fuesen aprehendidos en direccion á Navarra ó al Bajo Aragon, se les consideraba como auxiliadores de los carlistas, y quedaban sujetos á la pena de muerte.

Y no era esto sólo.

Excitábase á las turbas desalmadas contra los infelices prisioneros carlistas, contra los mismos heridos que yacian en el lecho del dolor,—y las autoridades cristinas, lo mismo que habia hecho el Gobierno de Madrid durante las horrendas escenas, dignas de caníbales, de que fué

---

(1) *Boletin oficial.*—Barcelona 1.° de Diciembre de 1835.

teatro la capital de España el 16 de Julio de 1834, permanecian impasibles, ó poco ménos, miéntras el vil populacho se entregaba, cual horda de salvajes, á la matanza y al degüello.

Véase lo que ocurrió en Barcelona, reciente aún el asesinato del infortunado general Basa, y dejemos hablar á un cronista liberal:

«Algunos nacionales y numerosos grupos de paisanos, el 4 de dicho mes (1), por la tarde, ocupaban los fosos y glácis de la ciudadela, pidiendo la cabeza de los prisioneros carlistas que en aquella se custodiaban. Á pesar de que estaban levantados los puentes y cerradas las puertas del fuerte, los amotinados saltaron los muros, y derramándose por los cuarteles invadieron las cárceles, y sacando los presos carlistas los fueron asesinando con gran algazara, señalándose su crueldad más particularmente contra el jefe carlista O'Donnell, cuyo cadáver fué arrastrado por el césped de los fosos. *Reunida la Milicia nacional en la plaza del Palacio, bien poco distante del sitio que era teatro de sangre y mortandad*, contestaba á las arengas y preguntas del general Alvarez (segundo cabo que á la sazon mandaba), que *estaba dispuesta á sostener el órden* y la libertad, *y sin embargo, las turbas asesinaban á los carlistas*, no sólo en la ciudad, sino en las Atarazanas y *en el Hospital militar, de cuyos lechos de dolor eran arrancados* para morir á manos de los amotinados (2)....»

No serémos nosotros los comentadores de estos nefandos sucesos.

---

(1) 4 de Enero de 1836.

(2) Calvo y Rochina, escritor no sospechoso.—*Historia*, página 142.



La luz se ha hecho ya, después de siete lustros, y nádie ignora el nombre de las personas sobre quienes debe recaer la tremenda responsabilidad de aquellos.

Pero la muerte les ha arrebatado á todos, y nosotros debemos enmudecer delante del sepulcro.

....

Cabrera habia dado, en más de una ocasion, pruebas de generosidad y de clemencia.

Nádie se atreverá á desmentirnos!

Él, cuando ya no existian sus primeros amigos y jefes de Morella, los Victoria, los Hervés, los Marcovall, sobre cuyas tumbas ensangrentadas habia derramado lágrimas de afliccion y pena; cuando se fusilaba sin piedad á sus soldados prisioneros, sin respetar, como ya hemos visto, á los mismos heridos; cuando sufria murmuraciones de sus soldados, que se mostraban quejosos de la lenidad con que se trataba en sus filas á los prisioneros enemigos, miéntras que las tropas de la reina fusilaban á los carlistas que eran apresados (1);—él, repetimos, concedia vida y libertad á los prisioneros de Daroca; votaba con bola blanca, con la bola de la clemencia, en el consejo de guerra donde Carnicer proponia el fusilamiento de algunos prisioneros, salvando á éstos de una muerte casi próxima; daba libertad á los sorprendidos en Alfara, el mismo dia en que se le comunicaba la noticia de que habian sido pasados por las armas sus dos soldados y amigos Monteverde y Matamoros; concedia generosamente las vidas y la libertad á los urbanos de Alcanar, que con tanta bravura se defendieron en la iglesia durante dos largos dias de combate, y les acompañaba él mismo, para

(1) Véase el documento que ántes hemos citado y extractado del *Diario de operaciones* del Conde de Morella.

librarles de insultos, quizá de atropellos, hasta las afueras de Vinaroz....

No hay necesidad de prolongar estos apuntes.

Exactas son estas citas.

Hay álguien que se atreva á desmentirnos?

....

Pues bien.

El 8 de Febrero de 1836 escribió D. Agustin Nogueras, comandante general del Bajo Aragon, el siguiente oficio, dirigiéndole á D. Antonio G. Blanco, gobernador militar de Tortosa:

«En el momento en que supe los horrorosos asesinatos »de los alcaldes de Torrecilla y Valdealgorfa por el feroz »Cabrera, dirigí el oficio siguiente al Excmo. Sr. Capitan »general de Cataluña....—El sanguinario Cabrera fusiló »ántes de ayer, en la Fresneda, á los alcaldes de Torrecilla »y Valdealgorfa, por haber cumplido con su deber.... y »en su consecuencia ruego á V. S. que, ***de resultar al »mejor servicio de la Reina nuestra señora***, MANDE V. S. »FUSILAR Á LA MADRE DEL REBELDE CABRERA....»

....

Al escribir Nogueras esa frase horrible, ¿no se le heló la sangre en las entrañas?

CAPÍTULO X.

LA MADRE DE CABRERA.

Niño era yo (el autor de este libro) en 1850.

Mi noble padre, uno de los jefes del partido carlista en cierta capital de provincia—cuyo nombre no hace al caso—cogióme una tarde por la mano, y me condujo á un gabinete de figuras de cera que se exhibian al público, ***en nuestra ciudad***, por aquel entónces.

Miéntras me quede un átomo de vida, no me olvidaré de la espantosa tragedia que se representó delante de mis ojos.

A la entrada de la primer galería, en la izquierda, dentro de un aposento lúgubre, iluminado apénas por los vacilantes destellos de una lámpara, veíase á una anciana arrodillada en cuyo semblante habia impreso la mano del artista esa expresion dolorosa y resignada que debieron tener los mártires cristianos al caminar con inseguros pasos hácia la arena de los circos.

Tenía un Crucifijo entre sus manos; parecia mirarle con amoroso arrobamiento, y hubiérase dicho que los lábios de aquella mujer admirable murmuraban palabras de fe, de esperanza y.... ¡de clemencia!

Delante de ella, un oficial de grandes bigotes y brillantes charreteras, de faz tostada y ruda, que tenia en la cabeza un enorme sombrero *de tres picos*, y debajo del brazo izquierdo un largo baston de dorada empuñadura, sostenia con ámbas manos un pliego manuscrito, cuyo contenido aparentaba leer con gravedad imponente.

Completaban el cuadro la figura de un sacerdote que lloraba, y la de un granadero de marcial continente que guardaba los umbrales de la estancia, y que volvia la cabeza para enjugarse, con el revés de la mano, sin que el oficial lo advirtiera, alguna temblona lágrima que subiera del corazon á los ojos, y pugnaba por asomar en las pupilas.

Tal era el primer cuadro.

Más triste aún aparecia el segundo.

La misma anciana, vestida con iguales ropas, teniendo todavía entre sus manos la imágen de Jesus crucificado; pero no se notaba ya en su rostro expresion alguna dolorosa.

Parecia que estaba radiante, iluminada con luz divina, sumergida en un éxtasis celestial y purísimo—semejante á esas maravillosas mártires cristianas que se admiran en los magníficos lienzos del Tintoreto y de Salvator Rosa.

Su boca se dilataba con angelical sonrisa, creíase oir una frase de perdon en sus lábios entreabiertos, y sus brillantes ojos simulaban dirigir al cielo una dulce mirada de esperanza—como si pretendiese buscar en el alto empíreo, á la diestra del trono del Eterno, el santo paraiso de los mártires.

Pero á su lado estaba aún la figura del compungido sacerdote.

Y detrás de ella, á distancia de cuatro pasos, algunos soldados impasibles, en cuyas cartucheras blancas resaltába el número 5, preparaban sus armas....

El cuadro tercero era verdaderamente horrible.

Allí se veia á la anciana tendida en el suelo y bañada en sangre.

La figura del sacerdote habíanla modelado en actitud de arrancarse los cabellos, como si estuviera poseido de un violento acceso de locura.

Los granaderos tenian los ojos llorosos y el semblante apenado....

Yo, que no sabía el significado de aquella tragedia, pero que adivinaba un no sé qué horrendo, espantoso, rogué á mi padre que me explicase el lúgubre drama presentado con tanta verdad por el artista.

Y el autor de mis dias, enjugando una lágrima rebelde que brotaba de sus ojos, me contestó con acento de amargura:

—La madre de Cabrera.... ¡Reza por ella, hijo mio!

....

Prosigamos nuestra historia.

En el dia 2 de Agosto de 1834 fueron hechos prisioneros—segun ya dijimos—los Sres. Monteverde y Matamoros, soldados de Cabrera, que se hallaban enfermos en la masía de Barrina, y conducidos apresuradamente á la villa de Horta.

Pocos dias después sorprendió el jefe carlista á un destacamento isabelino, desde el oficial hasta el último soldado, que se hallaba oyendo misa en la iglesia de Alfara.

Y Cabrera, que se proponia salvar de la muerte á aque-

llos dos desgraciados, ofició inmediatamente al gobernador militar de Tortosa en estos ó parecidos términos:

«Si V. manda fusilar á mis soldados Monteverde y »Matamoros, serán pasados por las armas todos los indi»víduos que componen el destacamento que acabo de sor»prender en Alfara.»

El gobernador de Tortosa le contestó de la manera siguiente, poco más ó ménos:

»Los facciosos Monteverde y Matamoros han sido fusila»dos.—***Hallándose presa la madre de V., y en calidad de »rehenes***, su vida me responde de las vidas del oficial y »soldados que formaban parte del destacamento sorpren»dido en Alfara.»

En efecto.

Ana María Rosa Francisca Griñó y Diñé habia sido presa en la noche del 9 de Julio de 1834 (1).

Es decir: el Gobierno, ó el capitan general de Cataluña, ó el mismo gobernador militar de Tortosa, mandó efectuar la prision de la inocente señora ***siete dias después*** del en que la ***Gaceta de Madrid*** llamaba ***cabecilla*** á D. Ramon Cabrera.

Obsérvese esa coincidencia.

Aún no habia dicho el brigadier Nogueras que ***era preciso cortar el vuelo á Cabrera***; pero, en honor de la verdad, confesamos que semejante ***idea*** germinó, ántes que en la mente de D. Agustin, en la de alguno de aquellos señores.

A cada cual lo suyo.

Verdad es que en el año siguiente, 1835, fundiéronse en

---

(1) Calvo y Rochina dice (pág. 171) que la madre de Cabrera fué puesta en la cárcel, *ignorándose* la causa.»—Vamos creyendo que el Sr. Calvo y Rochina *ignoraba* muchas cosas... muy sabidas.



uno solo los deseos de todos ellos; porque llegó á ser su tema favorito la necesidad de *cortar el vuelo á Cabrera.*

No se le podia cortar en el campo de batalla... ¡eso nó!

Ecco il problema.

Solucion de Nogueras y Espoz y Mina: para *cortar el vuelo* á Cabrera, *cortar la vida* á su santa madre.

Y ámbos se quedaron tan frescos—lo mismo que si hubiesen desatado el nudo gordiano.

Pobre señora!

Cuál era su delito?

Madre de un hombre que habia llegado á ser la terrible y constante pesadilla de los generales isabelinos que le perseguian, y del Gobierno de Madrid que mandaba exterminarle.

Hé ahí todo!

Era María Griñó (1) mujer de carácter dulcísimo y apacible, de corazon de oro, de costumbres piadosas, que habia sido la alegría de sus ancianos padres, que era el ídolo de su marido y el ángel bueno de sus hijos: venerada, más que querida, por todas las personas á quienes estaba unida por lazos de amistad ó parentesco.

De conducta intachable, de probidad sin ejemplo, de virtud verdaderamente cristiana, repartia las horas de su vida entre el exacto cumplimiento de los deberes religiosos, el cuidado amoroso de su marido, la educacion de sus hijos y las faenas del hogar doméstico.

Era de gallarda estatura, conservaba aún en su fisonomía delicados rasgos de su pasada belleza, entrelazábanse con sus negros cabellos algunas plateadas hebras, que son, por lo comun, inequívocos signos de la vejez honrada y venerable, tenía en sus vivos ojos miradas inefa-

---

(1) Véase el cap. II, pág. 20, de esta obra.

bles, y vagaban constantemente por sus lábios deliciosas sonrisas de benevolencia y de dulzura.

Dejaba el lecho á las seis de la mañana, y oia una misa en la iglesia de Trinitarios Calzados; volvia á su casa y se entregaba al aliño de sus hijos hasta las once de la mañana; iba en seguida, rodeada de éstos, á la catedral, y asistia de nuevo al Santo Sacrificio; ocupábase luego en los quehaceres de la familia, y por la tarde rezaba con uncion fervorosa el Santo Rosario, pidiendo proteccion y amparo á la Reina de los Angeles, delante de la milagrosa imágen de la Vírgen de la Cinta, celestial patrona de Tortosa.

Este era el sistema de vida que habia adoptado, y ejercia siempre con fidelidad inalterable, la buena, la santa María Griñó.

Adoraba á sus hijas, pero adoraba más, si era posible, á su hijo Ramon.

Y por él enviaba á Dios, henchida de fé y de esperanza, sus plegarias más tiernas.

María Griñó contaba apénas 51 años cuando fué encerrada en la cárcel de Tortosa.

Y desde el mismo instante adquirió el convencimiento de que habria de ser sacrificada.

Dice un cronista:

«Encarcelada, próxima ya á morir, el amor de madre »adquiria por momentos una expansion sublime, cómo si »se gozara en su mismo infortunio, como si deseara en»tregarse en holocausto por el hijo de sus entrañas (1).»

Sorprendíanla muchas veces con las manos levantadas y la mirada puesta en el cielo, á manera de santa mártir cristiana que goza ya, en la vida terrenal, de dulcísimos y

(1) Córdova.—*Vida militar*, tomo I, pág. 275.

espirituales arrobamientos, precursores de la bienaventuranza, y se la oia murmurar con frecuencia, delante de un santo Crucifijo arrodillada:

—Jesus mio! Yo moriré por mi hijo; pero vos habeis muerto por mí...

Una vez solamente, durante los diez y nueve meses que permaneció en las prisiones de Tortosa, se le permitió asistir al Sacrificio de la Misa, y recibió autorizacion del alcaide de la cárcel, después de muchas instancias y humildes ruegos, para que el digno párroco, D. José Alexandre, la administrase al mismo tiempo el Sacramento de la Eucaristía (1).

Y cuando se hubo concluido la augusta ceremonia, la pobre señora, poseida quizás de espíritu profético, acercóse al venerable sacerdote, besóle la mano, y le dijo con amarga sonrisa y acento inspirado:

—Ay, padre mio! Ya no volveré á oir la Santa Misa, ni recibiré tampoco en mi pecho á Jésus Sacramentado.

Y sin embargo, esto era en Mayo de 1835: es decír, diez meses ántes de su desventurada muerte, cuando á nádie podia ocurrírsele ni siquiera pensar en un crímen inaudito (2).

Al llegar aquí, debemos hacer justicia cumplida al gobernador militar de Tortosa, D. Antonio G. Blanco.

Era un militar pundonoroso y humano, lleno de cicatrices honrosas que atestiguaban su valor en la guerra de la Independencia pátria, resto venerable de los soldados de Bailén y Talavera.

Sublevóse su corazon al recibir el cruel oficio del bri-

---

(1) El mismo párroco D. José Alexandre confirma estos detalles en una *Relacion* que corre impresa.

(2) Véase la *Relacion* que citamos en la nota antecedente.

gadier Nogueras, y trasladó en el acto la comunicacion de éste al capitan general de Cataluña, tal vez esperando una órden más clemente, la revocacion de la sentencia.

Ay!—Espoz y Mina le contestó inmediatamente *que se cumplieran los deseos del brigadier Nogueras.*

Dobló el gobernador la cabeza y obedeció las órdenes de sus jefes.

Dictó las disposiciones necesarias para poner en capilla á María Griñó y mandó encerrar en la cárcel á las tres hijas de esta desgraciada señora, hermanas de Cabrera.

Porque las órdenes de Nogueras no se limitaban al fusilamiento de María: eran extensivas además *á la prision de las hermanas y hermanos de D. Ramon, á la de todas las familias de los cabecillas y titulados oficiales* que con el jefe carlista militaban (1).

Esto era bien lógico.

Tras de lo uno, lo otro.

Mejor dicho: lo segundo, ántes de lo primero; la prision de las hermanas, ántes del fusilamiento de la madre.

¡Confesemos ingénuamente que Nogueras y Espoz y Mina eran hombres prevenidos!

Proponíanse *cortar el vuelo* á Cabrera, *cortando la vida* á la madre.

Y por si acaso el adalid carlista continuaba *tendiendo su vuelo* por los territorios de Aragon, Cataluña y Valencia, *cortaban la libertad* á las tres hermanas, esperando quizás ocasion oportuna de *cortarlas la vida.*

---

(1) Véase el oficio.—*Boletin oficial* de Zaragoza (21 y 22 de Febrero de 1836.) Tambien lo publicó *El Diario de Zaragoza* de la misma fecha.



Hay aquí tanto lujo de crueldad como de idiotismo; tanta estupidez como malicia.

Si mataban á su madre, ¿qué le importaba á Cabrera el mundo todo?

Si la informe avalancha no se detiene delante de la robusta encina, ¿se parará por ventura al tropezar con el raquítico brezo?

El gobernador militar de Tortosa contestó, en 15 de Febrero, al brigadier Nogueras en estos términos:

«El Excmo. Sr. Capitan general de este ejército y »Principado..... se sirve decirme *que se cumplan los de- »seos de V. S.*—En su virtud, mañana á las diez será »fusilada la madre de Cabrera, y *presas las tres herma- »nas* ESTA NOCHE, no obstante ser casadas dos con dos »guardias nacionales, marinos de esta; asegurando »á V. S. que capturaré á los parientes más inmediatos de »los cabecillas y titulados oficiales.....» (1)

Á las siete de la mañana del 16 fué puesta en capilla la sin ventura María Griñó.

¿Quién tuvo suficiente valor para notificar la *sentencia* á la infeliz señora?

Pero ¿qué *sentencia* la leyeron?

Dónde estaba el tribunal que la habia dictado?

Cuál era el delito cometido?...

Aquí la pluma se cae de las manos!

Fusilábase á una mujer inocente, á una madre, ¡por el delito de haber sido madre! ¡Por haber llevado en sus entrañas al hijo querido de su alma!

Y se la fusilaba impíamente, *no por sentencia de tribunales* ni jurados, sino en virtud de una *simple órden*

(1) Véase *El Diario de Zaragoza* ya citado, en cuyo periódico se insertó íntegra la comunicacion.

de muerte — digna de los feroces sicambros del Bajo Imperio, que no hubieran firmado sin estremecerse ni el asqueroso Caracalla, ni el innoble Augústulo.

Una órden de muerte, dictada por el capitan general de Cataluña, CUMPLIENDO LOS DESEOS DEL COMANDANTE GENERAL.... Hé aquí el *tribunal!* Hé aquí la *sentencia!*

Al llegar á este punto, exclama un escritor *isabelino*:

«Aquí es preciso abandonar á la meditacion de los hombres justos é imparciales, cualesquiera que sean sus creencias y principios políticos, las consideraciones á que da lugar este inaudito suceso..... Juzgado ya irrevocablemente, condenado á la universal execracion, escrito en la historia con indelebles caractéres, el suplicio de María Griñó es uno de esos acontecimientos que basta referirlos sencillamente para vivir eternos en la memoria de los siglos.»

Continuarémos refiriendo.

Á las seis de aquella infausta mañana, dos alguaciles se presentaron en las respectivas moradas de los RR. PP. José Trench y Joaquin Curto, religiosos exclaustrados, ordenándoles, en nombre del gobernador, que se dirigiesen inmediatamente á la cárcel.

Dejemos hablar ahora al primero de estos dos varones.

«Llegué á los cuarteles,—escribe el P. Trench (1),—y observé una agitacion indefinible y una cosa extraordinaria en los semblantes de todas las personas que allí habia. De repente se me presentó un ministro de justicia, y me dijo:

—Se va á fusilar á la madre de Cabrera.

»Yo me quede atónito y sin poder pronunciar una sola palabra.

(1) Impresas andan las relaciones de estos dos religiosos.



»Aún dormia María Griñó.

»El citado ministro me mandó, y tambien á mi compañero, que nos retirásemos; pero como no nos señalaron lugar, permanecimos en el que estábamos......

»Subió el carcelero á llamarla, y preguntando azorada —Qué hay?—Contestó el carcelero:

—Nada: baje usted para dar unas declaraciones.

»Vistióse con precipitacion, y con semblante muy agitado bajó á la sala donde nosotros estábamos. Al vernos exclamó:

—Voy á morir!.... Infeliz de mí!... Cuál es mi culpa?

»Prorumpió en otros lamentos propios de un corazon inocente, y capaces de enternecer á las mismas piedras.

»Se puso las medias, y guiada por un alguacil y un oficial, fué conducida entre dos filas de soldados á otra sala, donde se le dijo que *iba á ser fusilada dentro de tres horas*.

»..... En seguida me mandaron que fuese á confesarla.

»No tengo palabras para expresar la posicion de semejante mujer, toda sorprendida y desconsolada.

—¡Yo morir,—decia,—por un hijo cuyas operaciones no puedo remediar! Oh, Dios mio! Oh, Vírgen Santísima! Oh, justicia! Qué es lo que mandas? Oh, hijo mio!.... Oh, hijo mio! Tu madre va á morir! Ya no la verás más!....

»Como no perdió la serenidad y eran breves los instantes que le quedaban de vida, empezó la confesion, ella sentada EN UN CEPO Y CON GRILLOS EN LOS PIÉS, yo sentado en una silla; y como los centinelas estaban muy cerca, reclinó su cabeza sobre mi muslo derecho, y bañaban sus lágrimas mis hábitos.....

—Contenta moriria,—me dijo una y muchas veces,—si supiera que con mi muerte se acabaria la guerra; pero ¡ay, padre mio! cuántos inocentes morirán..... Decid á mi

hijo que no tome venganza, ya que Dios lo permite así.

»Advierto que de serenidad, humildad, conformidad, fortaleza y espíritu varonil, virtudes propias de un alma entregada á Dios en estos lances, no he hallado otro ejemplar, á pesar de ser muchas las personas que tengo auxiliadas y confesadas.

»Perdonó á todos.

»No fué necesario hacerla ninguna reflexion; que, como no perdió la paz interior, todo lo decia con acierto.

».....Acercándose la hora, María Griñó me encargó que buscase un sacerdote que dijese la misa de agonía, y con lágrimas en los ojos me despedí de ella (1).»

Tal es la relacion del P. Trench.

Hay en ella un perfume de melancolía y de tristeza, que nosotros habríamos desvirtuado modificándola.

Recógense ahí las últimas palabras de una santa: esas palabras son sagradas, y profano sería y sacrílego quien tuviera la audacia de variarlas.

Pero la crueldad más refinada parecia presidir á este suceso horrible.

Pidió permiso para hacer testamento ante escribano,— y no se le concedieron.

Rogó, suplicó encarecidamente que se le permitiese abrazar una vez á sus hijas, siquiera á sus pequeños nietos,—y tambien le negaron este dulce consuelo.

Manifestó deseos de cubrirse la cabeza con una mantilla, durante el camino del suplicio,—y no se lo consintieron.

Quiso recibir la Sagrada Eucaristía,—y tambien ¡crueles! rechazaron su ruego.

Quereis más lujo de crueldad?

(1) Tambien trae esta relacion la *Vida Militar*, tomo I, páginas 279 y siguientes.

A las diez de la mañana salió de la capilla la víctima inocente.

Estrechaba un Crucifijo contra su seno, miraba á la altura de cuando en cuando con expresion inefable de esperanza, y repetia en voz firme las oraciones piadosas que murmuraba entre sollozos comprimidos el digno religioso que caminaba á su lado.

Vestia la pobre señora jubon de velludillo verde, falda azulada, medias grises, y zapatos gruesos; un pañuelo de color oscuro cubria su garganta, y otro de hilo blanco llevaba en la cabeza.

—Adios, hijas mias! ¡Hijas de mi alma, adios para siempre!—gritó la infeliz María, levantando la frente con serenidad y entereza, siquiera tuviera los ojos arrasados de lágrimas, al pasar por las inmediaciones de la casa donde su familia habitaba.

No sabía aún que sus hijas quedaban en la cárcel!

Componíase el cuadro de un piquete del regimiento de Bailén, 5.° de Ligeros, otro de artillería de á pié sin ninguna seccion, ni pequeña ni grande, de la milicia nacional de Tortosa.

«Yo quedé edificado—exclama, en conclusion, el padre Curto—al ver la resignacion que manifestó desde el umbral de la cárcel hasta el lugar del suplicio, y los deseos de abrazarse con Jesucristo....

»Al llegar á la barbacana (de la muralla de Tortosa), lugar del suplicio, yendo yo á su lado, y sin darle lugar á empezar el *Credo*, sonó de improviso la descarga, y sin saber como fué aquello.... cayó sin vida á mi lado.»

....

Ana María Rosa Francisca Griñó y Diñé contaba á la sazon 53 años.

CAPITULO XI.

Era inocente!—Indignacion general.—Las Cámaras francesas.—Inglaterra.—El banquete de un Lord.—Fuera el verdugo!

Todas las naciones registran en sus fastos sangrientos sucesos.

Y todas tambien ofrecen horrendos ejemplos de injusticia.

Parece como que hay instantes en la vida de los pueblos en que se necesita de sangre inocente para aplacar los airados mánes de alguna divinidad cruel y fatídica; momentos en que es necesario hollar con planta de hierro y revolver en charcos de sangre purísima las nociones más triviales del honor y de la justicia.

Cómo explicar de otra manera esos hechos infames é inhumanos que la historia señala en algunas de sus páginas inexorables?

Y si no me concedeis que la fatalidad gravita, cual losa de plomo, sobre la razon de los autores de esos hechos re-

pugnantes, que gozan del triste privilegio de arrancar gemidos de pena, y gritos de indignacion, y murmullos de vergüenza á todos los hombres, al universo entero, ¿cómo aquellos—¡no nos atrevemos á decir ***hombres***!—pueden ahogar en su corazon la piedad, y borrar en su inteligencia la idea innata de lo justo, y apagar en su espíritu la voz acusadora de la conciencia, y matar el gusano roedor del remordimiento, y huir del fantasma cadavérico que le sigue á todas partes, que les acosa en sus vigilias, que les turba en su sueño, que corre siempre tras ellos con faz airada y ensangrentado sudario?

Esos hombres, por honor de la humanidad, deben ser mónstruos!

....

Pero el suplicio de María Griñó excede á lo verosímil, por lo inaudito.

Repitamos lo que ántes hemos dicho.

Qué delito cometió la desventurada?

—Ninguno.—Ser madre de Cabrera: haber llevado en sus entrañas al hijo de su alma.

Cuál tribunal dictó la sentencia de muerte?

—Ninguno.—No hubo proceso, ni tribunal, ni sentencia.

Entónces, ¿por qué se la fusilaba?

—Aquí desfallece el ánimo!—Porque ***así lo queria*** el capitan general de Cataluña, Espoz y Mina, ***accediendo á los deseos*** del comandante general Nogueras (1).

Cabe mayor injusticia?

Imposible!—Y por eso fué unánime la indignacion, lo mismo en España que en las naciones más apartadas de

(1) Ya se ha citado, en las notas precedentes, la comunicacion de Espoz y Mina.

Europa; por eso de todos los pechos honrados se exhalaban gemidos de pena en memoria de la triste víctima, y gritos de reprobacion y de ira para sus injustos matadores.

Alcalde de Tortosa era un hombre benéfico y humano (1), que fué el primero en interpretar con vehemencia y decision nobilísimas el sentimiento público.

Sabe la infausta nueva, hallándose en el lecho, á las cinco de la madrugada del dia 16, señalado para la ejecucion: arrójase fuera de la cama, vístese precipitadamente ¡y corre á la morada del gobernador militar— dudando todavía de la certeza de aquella noticia.

Interpela á éste, recibe de sus manos, á guisa de contestacion, el oficio del capitan general de Cataluña, lee la inícua órden con semblante demudado, estruja el papel y le arroja con desden sobre una mesa, y dice resueltamente á su amigo:

—Yo no obedeceria! Nunca!—Antes que la órden de un capitan general están las leyes de España: ántes que los deseos del brigadier Nogueras está la causa de la virtud y de la inocencia. Yo dilataria la ejecucion y consultaria al Gobierno, reclamando contra este atentado. Y diria al Ministro de la Guerra: ni entre los habitantes, ni entre la guarnicion, ni entre la milicia nacional de Tortosa hay verdugos para sacrificar á una mujer inocente y anciana, que no ha sido procesada ni juzgada, y cuyo único delito es haber llevado en sus entrañas á Cabrera (2).

El gobernador le escuchaba conmovido.

---

(1) Llamábase D. Miguel de Córdova. — Justo es consagrar un recuerdo á este digno caballero.

(2) Copiamos, casi al pié de la letra, esta contestacion. Tráela el autor de la *Vida militar* (pág. 273), D. Buenaventura de Córdova, pariente cercano del alcalde de Tortosa.



Derramó algunas lágrimas, pero inclinó la cabeza, guardó silencio, y....

María Griñó fué fusilada!

Y no fué sólo el alcalde quien procuró estorbar la ejecucion de la desgraciada María.

El comandante de la Milicia, D. José de Ossó, protestó igualmente con extraordinaria valentía contra el horrible atentado.

Y, como algun escritor ha dicho, fundándose acaso en la órden de la plaza del dia 16 de Febrero de 1836, que tenemos á la vista, que formó en el cuadro militar de la ejecucion una parte de aquella institucion, nosotros, á fuer de imparciales, volvemos por la honra de la Milicia Nacional de Tortosa, trascribiendo íntegra la comunicacion que el Sr. de Ossó dirigió, en 20 de Julio de 1844, al autor de la *Vida militar y política de Cabrera*, y que aparece en esta obra, pág. 285.

Héla aquí, y perdónennos nuestros lectores si pecamos de difusos en este asunto:

«Aunque le supongo muy enterado de cuanto ocurrió en la muerte de la madre de Cabrera, interesado en que su relacion no empañe el honor de la Milicia Nacional de Tortosa, que yo en aquel entónces mandaba, he creido deberle comunicar la intervencion que tuve en tan aciago acontecimiento. La noticia de que el comandante general Nogueras, habia pedido al gobernador, Sr. Blanco, dicha muerte, previno la opinion pública á favor de aquella infeliz, y en particular la de los Nacionales, entre los que habia dos yernos de aquella.

»No esperábamos que la consulta hecha por el gobernador viniese contestada con la órden ejecutiva de accederse á la peticion de Nogueras.

»Puesta la víctima en capilla, *se pidió á la Milicia un*

piquete de cada compañía para asistir á la ejecucion: yo nada supe hasta que vino á darme parte el oficial que nombró el ayudante para mandar el piquete de la segunda compañía, *que ningun nacional se habia presentado*, cuya noticia, después de explicado el objeto, me sorprendió é indignó.

»En seguida me puse el uniforme, y fuí á verme con el gobernador, á quien encontré afligidísimo y casi llorando por el acto doloroso que se vió precisado á ejecutar.

»Le manifesté mi indignacion y la reprobacion de la ejecucion, calificándola de bárbara por toda la Milicia, por las buenas cualidades que adornaban á la infeliz....

»Si hubiésemos podido concebir la idea de que la peticion de Nogueras habia de ser aceptada, la Milicia hubiera representado en favor de una inocente y honrada mujer que ninguna culpa tenía en los hechos de su hijo.

»La Milicia, ni directa ni indirectamente, tuvo parte en esta ejecucion, que fué por la generalidad reprobada con suma indignacion (1).»

Después de trascribir esta franca y leal comunicacion del comandante de la Milicia de Tortosa, exclama airado el Sr. D. Buenaventura de Córdova:

«Luego María Griñó era inocente.

»Luego no fué juzgada, ni hubo más sentencia que *una órden ejecutiva de accederse á la peticion de Nogueras*.

»Así resulta de la anterior comunicacion, y así fué en realidad, aunque sea doloroso y repugnante el creerlo.

»Por eso los tiros disparados en la barbacana de Tortosa, á las once de la mañana del 16 de Febrero de 1836,

(1) Vea, pues, el Sr. Calvo y Rochina cómo es cierto que la Milicia de Tortosa no asistió, ni siquiera en *una cuarta*, como él dice (pág. 179), al suplicio de María Griñó.

resonaron en todo el mundo, y llegarán sus prolongados ecos hasta la posteridad más remota.

».... Las ejecuciones, cuando van acompañadas de una injusticia evidente, suelen llamarse asesinatos jurídicos, porque ha existido un juicio, aunque no lo sea más que que en el nombre.

»Pero la muerte de María Griñó no fué, nó, un asesinato jurídico: fué un asesinato con todas las circunstancias agravantes de este crímen.

»Hubo premeditacion, sangre fria, crueldad, escándalo: hubo otra circunstancia más agravante todavía.... no se facilitaron á la víctima los últimos consuelos, no se permitió que hiciera testamento, que abrazara á sus hijas, que velara su serena frente.

»Y lo que es más atroz, y hasta impío, se le negó el Sacramento de la Eucaristía.» (1)

¡Se llena el corazon de pavor al apuntar estos horribles detalles!

Estaba España al borde del abismo?

¿Se habia retrocedido por acaso á los dias aciagos de Tiberio y Diocleciano?

¿Querian imitar los tiranuelos de entónces á los mónstruos de la revolucion francesa?

Mucho más que eso todavía!

Dentro de las cárceles del paganismo, donde esperaban los mártires cristianos á los verdugos que les habian de arrastrar hasta la arena de los circos, ó á los feroces gladiadores que probaban en las gargantas de aquellos héroes de la religion de Jesucristo—*sicut in anima vili*, como dice el gran Tertuliano,—los filos de sus espadas y la destreza de sus brazos, resonaban á menudo cánticos

(1) Pág. 287.



de alegría, himnos de felicidad y de ventura, cuando los santos sacerdotes abandonaban las sombrías bóvedas de las catacumbas, é introduciéndose furtivamente en las prisiones, llevaban á sus hermanos, próximos á la muerte, el Pan Eucarístico, el Divino Manjar de los Angeles, para que se fortaleciesen en la fe y mirasen cara á cara, bendiciendo á Jesus Sacramentado, al leon rugiente que les desgarraba el seno y el tajo ensangrentado que recibia su cabeza.

Y lo mismo sucedia dentro de los más hediondos calabozos de la Conserjería y del Temple, de las cárceles más oscuras de Lyon y de Nántes durante el reinado del Terror — asquerosa parodia de aquellos dias — en la desdichada Francia.

A la madre de Cabrera se le negó en la capilla lo mismo que conseguian, en medio de cruentas persecuciones, los mártires cristianos; lo que raras veces les faltaba á las infelices víctimas de la guillotina revolucionaria.

Más aún!

Lo que se concede de ordinario á todos los reos de muerte, en sus últimas horas, —siquiera sean mónstruos de la humanidad y abortos del crímen.

Ahora bien.

Nosotros, guiados por la imparcialidad más severa, hemos disculpado al gobernador militar de Tortosa, don Antonio Gaspar de Blanco, en la ejecucion de la inocente María.

El rechazó la órden primitiva de Nogueras, creyendo encontrar clemencia en el corazon inexorable de Espoz y Mina; él se apenó sinceramente cuando el capitan general de Cataluña confirmaba aquella —nó la clemencia: la órden — *accediendo á los deseos del comandante general*; él derramó lágrimas por la triste suerte que habia reser-

vado el cielo, en sus inexcrutables designios, á la virtuosa señora....

Pudo hacer más, *debió* haber hecho más: esto es cierto. Y no admite disculpa, dígase lo que se quiera.

Pero ¿quién es responsable de que no se observasen, en aquel doloroso suceso, esas tristes solemnidades que la religion y la humanidad han establecido en todo el mundo, mucho más en nuestra noble y católica España, para los infelices condenados á la última pena?

Hallándose en estado de guerra el Principado, lo mismo que los reinos confinantes de Aragon y Valencia, y habiendo sido fusilada la señora Griñó en virtud de órden *ejecutiva* del capitan general de Cataluña,—no hay fuerza bastante para borrar la negra mancha que, por este último concepto, ha recaido sobre el nombre del gobernador militar de Tortosa (1).

Si recibió órdenes secretas para obrar de tal manera,—fué culpable obedeciéndolas.

Si abandonó sus deberes y los confió á quien no supo, ó no quiso cumplirlos,—fué tambien culpable.

Si él mismo (no lo creemos!) autorizó aquel refinamiento de crueldad y ordenó las *cuatro negativas* que se dieron á las *cuatro únicas peticiones* de la víctima en capilla,—fué más culpable todavía.

Y estas *cuatro negativas* constituyen, en sentir de todas las personas honradas y piadosas, un crímen tan odioso, quizá más odioso, que el cometido el 16 de Febrero en la barbacana de Tortosa.

---

(1) D. Buenaventura de Córdova se inclina á eximir de toda responsabilidad, en este desgraciado suceso, al gobernador de Tortosa. No estamos, pues, de acuerdo: ¿son, ó nó, lógicas nuestras deducciones?—Qué falle la posteridad!



España entera, por lo demás, reprobó el inícuo atentado.

Un grito de indignacion resonó por todos los ámbitos de nuestra noble pátria, que no habia perdido, que no perderá nunca, la recta nocion de la justicia, ni el consolador y dulce sentimiento de la piedad, emanacion purísima de la doctrina del Crucificado.

Solamente un periódico,—cuyo título ocultamos en gracia de compañerismo en la prensa,—uno de esos periódicos que suelen defender *á cierra ojos*, como vulgarmente se dice, todos los actos de sus patronos, ó de sus Mecénas, bajo la perspectiva de algunas credenciales ó de un puñado de oro, *pretendió* balbucear muy pocas frases *de disculpa* en obsequio de Espoz y Mina, fingiendo creer y hacer creer á sus lectores, con los ejemplos de Carlota Corday y de Mad. Roland, que *desgracias* como la acontecida á la santa madre de Cabrera son muy frecuentes en los tiempos de civiles revueltas.

Si nosotros hubiéramos tenido en aquel entónces la pluma de periodistas, habriamos replicado á nuestro colega en estos términos:

«El fusilamiento de la señora Griñó, no fué únicamente una *desgracia*: fué un asesinato, un asesinato inaudito, un asesinato como no hay ejemplo en nacion alguna del universo.

»Manchada con la sangre de Marat, por más que Marat fuese una hiena, Carlota Corday entregó su cabeza á la guillotina revolucionaria.

»Manchada tambien con el delito (ante la revolucion jacobina) de conspiradora contra la unidad de la república francesa, subió al cadalso la desventurada Mad. Roland, digna de mejor suerte por su incomparable talento y ánimo esforzado.

»Una y otra *juzgadas* fueron, y ambas tuvieron *defensores* delante del comité revolucionario.

»¿Quién, pues, se atreve á compararlas, en el trance supremo, con la mártir Griñó?»

El grito de indignacion que arrojó España, resonó como un eco en la prensa extranjera.

Y se repitió en el seno del Parlamento inglés.

Lord Palmerston presidia entónces al gabinete de Saint-James.

Y Sir Roberto Peel interpelóle un dia (el 18 de Marzo de 1836) de la siguiente manera, en la Cámara de los Lores:

—«¿El honorable Lord Presidente tendrá la bondad de decirme si es efectivamente cierto que la madre del cabecilla Cabrera, ha sido fusilada por las tropas de la Reina Gobernadora de España?»

El Vizconde de Palmerston contestóle así:

—«No se han recibido todavía comunicaciones oficiales acerca de este suceso, pero creo que, por desgracia, es cierto. Yo deploro tanto como el honorable Lord, y creo que sentirán del mismo modo todos los miembros de la Cámara, estas *infernales atrocidades* (sic) que se cometen en la guerra de España..... »

Lord Aberdeen añadió, para poner de relieve lo horrible de nuestra lucha fratricida, las siguientes palabras:

—«No voy á fatigar á la Cámara con una detallada narracion de las *atrocidades* de todo género que han ensangrentado aquel hermoso país, con la guerra que hoy sostienen dos bandos opuestos; por desventura, los excesos aumentan de dia en dia, y el carácter de la lucha es tal, que avergonzaria á los pueblos más salvajes. Me limitaré á citar un hecho reciente: el asesinato de la madre de Cabrera.»

No quedamos, los españoles, bien parados en estos debates.

Y ante la actitud de Europa, no era posible que el Estamento español guardase silencio.

Don Francisco Xavier Istúriz dijo, en sesion de 5 de Abril:

«No sólo en Paris, sino tambien en Lóndres, se habla de la horrorosa represalia cometida con la madre de Cabrera. Me causa espanto que algunas personas, respetables para mí, no hayan dado un solo signo de reprobacion y de horror á este acto. En este momento mismo, ¿quién no ve que la sangre de esta víctima cae gota á gota sobre la cabeza de los Ministros?»

El Conde de las Navas, hombre no sospechoso en política, puesto que pertenecia á la fraccion más avanzada del Estamento, fué más severo, y dijo:

«Trátase de una tropelía inaudita; trátase de una represalia tomada por nuestros militares contra la madre de Cabrera. Sensible me es tocar este asunto, en el que juegan personas de mi particular afeccion; pero si el Ministro de la Guerra no me hubiese dicho que ignoraba todo lo que habia pasado respecto á este atentado, tal vez yo no hablaria. Tal es el horror que me inspira.... Yo pregunto al Sr. Ministro de la Guerra si se cree libre de la responsabilidad que pesa sobre sí, con decir *que no sabe nada*. ¿Por ventura nosotros hemos puesto obstáculos á las comunicaciones que ha debido tener este negocio? El atentado se cometió: su primer cuidado debió ser buscar el orígen, tomar los conocimientos necesarios para defender l honor nacional y el del partido á que pertenece. ¿Cómo el Gobierno no ha procurado adquirir los comprobantes para contestar de un modo sólido á las recriminaciones de la Cámara inglesa? ¿Cree un Ministro que con decir *yo no lo sé*, ha cumplido con su deber? ¿A esta Nacion, que tan

generosa y francamente se ha portado, se le dice *yo no sé esto?*» .

El Gobierno, que ya no podia buenamente rehuir el debate, contestó, por medio del Ministro de Gracia y Justicia, en la sesion del dia 6:

«El primer anuncio que tuvo el Gobierno sobre la muerte de la madre de Cabrera, fué un oficio publicado por el capitan general de Aragon *con énfasis, como si se tratase de una heroicidad* (1) del brigadier Nogueras. El Gobierno vió este oficio, y una carta del expresado capitan general, que hablaba de este suceso, é inmediatamente se llenó de todo el horror que debia inspirarle, y mucho más cuando vió la contestacion que de resultas dió Cabrera á Nogueras, amenazándolo con horrorosas represalias. En su vista, vino Nogueras diciendo: ¿Qué hago en esto?—Y entónces acordó consultar al Gobierno, y la contestacion fué la que debia ser: dar órden al capitan general de Aragon para que recogiese los datos que pudiese, y que Nogueras pasase á Valencia á dar razon del hecho. Pero el capitan general respondió que no podia enviar los papeles por no estar expeditas las comunicaciones. Entónces el Gobierno acordó la formacion de causa al brigadier Nogueras para averiguar el hecho, porque el Gobierno realmente ignoraba lo que habia pasado, y si se habia formado causa á la madre de Cabrera, y si el capitan general habia aprobado el fallo, pues no es fácil al Gobierno saber al momento todo lo que pasa en la Monarquía.»

Más despacio, y en ocasion oportuna, tendrémos que ocuparnos de esta contestacion.

Las Cámaras francesas, de igual modo que el Parla-

(1) ¡Qué heroicidad y qué... capitan general de Aragon! (*Nota del autor, nó del Ministro.*)



mento inglés, protestaron valientemente contra el asesinato de María Griñó.

El Duque de Fitz James decia, en la Cámara de los Pares, sesion de 31 de Mayo :

«¿Cuál sería nuestra posicion si España se hiciese republicana? ¿No deploraríamos con todo nuestro corazon que los esfuerzos de la Cuádruple Alianza contribuyesen á la ereccion de una república en una nacion vecina? ¿Y esta república no tenderia su mano, al través de los Pirineos, á esa otra república francesa que hoy está escondida, pero cuya existencia se revela diariamente con nuevas tentativas de levantamientos, y conatos de rebelion, y gritos subversivos, y asonadas tumultuosas, en las calles y en las plazas de las ciudades, lo mismo que en los valles y en las llanuras de los campos? ¿No derramariamos lágrimas de sangre al pensar que la generosa Francia *podria acusarnos de prestar nuestra proteccion á los asesinos* (sic) *de la madre de Cabrera?...* »

Y el Duque de Noailles, lamentándose del abandono con que miraba el Gobierno de Luis Felipe la fratricida guerra española, añadia :

«Hubiéramos deseado ver un delegado frances, al lado del comisario inglés, en cada uno de los bandos contrarios que luchan en la península.... Por esa razon, nosotros no pudimos hacer lo que llevó á cabo el Gabinete inglés cuando tuvo lugar el asesinato de una inocente mujer, la madre de Cabrera, cuyo atentado llenó de asombro á Europa : el Embajador de Inglaterra en Madrid pasó al Gobierno español una enérgica nota, en la cual, después de las más severas observaciones, llegaba á decir que la Gran Bretaña no apadrinaba crímenes horrendos, y que dejaria de apoyar al Gobierno español si se repetia semejante atentado.»

España estaba asombrada.

¡Una simple órden de cualquier capitan general podia llevar al cadalso á personas inocentes, sin formacion de causa, sin sentencia alguna, sin que nádie saliese á la defensa, ya que no de las víctimas, de los fueros hollados y escarnecidos del honor y de la justicia!

Ni siquiera tuvieron los autores del inícuo atentado el triste valor de defender sus actos.

Y al ver que la opinion pública del mundo entero, que amigos y enemigos les señalaban con el dedo, y se apartaban á su paso, y les echaban en el rostro la sangre inocente de la pobre María, tuvieron la avilantez de fingir el descubrimiento de una conspiracion en Tortosa, que tenia por objeto entregar el castillo á las fuerzas de Cabrera.

El Sr. D. Agustin Argüelles leyó una carta que le habia dirigido Espoz y Mina, en 15 de Marzo, pretendiendo cubrir con cierto velo de legalidad el asesinato de la señora Griñó.

Trascribímosla íntegra, copiándola del *Diario de Sesiones*, para que se vea que no rehuimos el debate:

«El Gobierno de S. M.,—decia el capitan general de Cataluña,—me mandó de Real órden la copia de una declaracion tomada en Sória á un *faccioso presentado*, en que se denunciaba la conjuracion fraguada en Tortosa para entregar su castillo á los enemigos de la pátria; y con este motivo se me prevenia que dictase las medidas de remedio convenientes. Sin pérdida de instantes mandé al brigadier Foxá con uno de mis ayudantes á dicho punto, y desde luego *se descubrió la trama, en la que ejercia el principal papel el criado de más confianza del palacio episcopal*, la madre de Cabrera y algunos indivíduos del quinto ligero de infantería, de los cuales se fugaron tres, siendo juzgados todos en consejo ordinario y sentenciados á

la pena capital. En este tiempo coincidió la peticion del brigadier Nogueras, *en la que me suplicaba se pasase por las armas* á la mujer expresada, *á causa de haber asesinado su hijo atrozmente á las autoridades de cuatro pueblos y á várias pudientes de los mismos*, á cuyo jefe contesté, que las represalias debian usarse en los propios puntos donde se cometian los delitos para que produjesen un saludable efecto, pero que *hallándose la madre de Cabrera sentenciada á la pena capital*, la mandaba fusilar con el criado del obispo y soldado del quinto ligero aprehendido, *en castigo de sus crímenes.*»

Y vamos á trascribir tambien los párrafos más importantes de la comunicacion que el mismo Espoz y Mina dirigió, en 1.° de Abril, al Ministro de la Guerra, y que leyó éste en el Estamento de Procuradores, sesion del 8 del mismo mes.

«Capitanía general, etc.—Excmo. Señor:—En el papel público titulado *El Español*, he visto con sentimiento la exposicion que eleva á S. M. el coronel D. Manuel Fontiveros (1), á consecuencia de suponer fusilada en Tortosa, por via de represalia, á la madre del cabecilla Cabrera, siendo así que lo fué por efecto de la conspiracion tramada en la mencionada plaza, cuyo hilo me facilitó el Gobierno de S. M. renovándome la declaracion prestada en Sória por un pasado que descubria en parte dicho asunto, y el mismo que condujo tambien al suplicio al criado de confianza del palacio episcopal y á otros, como tuve el honor de participar á V. E. para el debido conocimiento de S. M.; pero como estas circunstancias coincidieron con la peticion del brigadier Nogueras, produjo tambien esta equivocacion el que vários periódicos extranjeros mancillasen

(1) La copiarémos en lugar oportuno.

mi acreditada reputacion... Yo no puedo mandar bajo tan contrarios auspicios, pues la ansiedad pública acriminará mi comportamiento, si permanezco tranquilo y silencioso: en este concepto, ruego á V. E. impulse el ánimo de S. M. para que se sirva admitirme la renuncia del destino que desempeño... Dios etc.—Cuartel general de Cervera, 1.° de Abril de 1836.—Excmo. Sr.—Francisco Espoz y Mina. —Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra.»

Vamos, pues, por partes.

Dedúcese de estos documentos, ***demasiado tarde remitidos*** al Sr. Argüelles y al Ministro de la Guerra, lo siguiente:

Que un *faccioso pasado*, (es decir: un traidor) descubrió un proyecto de conspiracion que existia latente en la ciudad de Tortosa, á fin de entregar el castillo y la plaza al ejército que mandaba el general Cabrera;

Que ***el jefe principal de la trama*** era un criado del palacio episcopal;

Que en dicha trama aparecian complicados ***cuatro*** soldados del quinto de ligeros, de los cuales ***tres*** habian logrado fugarse;

Que la madre de Cabrera estaba tambien en la conspiracion.

Pero, ¿qué conspiracion era ésta ***donde ejercia el principal papel*** un criado del obispo, donde ***cuatro*** soldados aparecen en tratos con el jefe de aquella, donde una infeliz anciana, que sólo se ocupaba en levantar su corazon á Dios y rogarle por el hijo de su alma, les secunda en sus descabellados propósitos?

¿Tan mal custodiada estaba la plaza de Tortosa, que podia haber sido entregada al enemigo por los esfuerzos de ***seis personas***, dos de las cuales eran un criado y una

mujer, encerrada ésta, hacía ya dos años, en oscuras prisiones?

No es esto risible?

No es vergonzoso al mismo tiempo?

Valiérale más á Espoz y Mina arrostrar por completo la responsabilidad de aquel acto, que pretender disculparle con argumentos tan débiles: al ménos hubiese probado al mundo, que le acusaba inexorablemente, que tenía valor para sufrir las consecuencias de sus determinaciones, justas ó injustas.

Y si Nogueras, al pedirle la ejecucion de la madre de Cabrera, le hizo saber que el *feroz cabecilla habia asesinado atrozmente á las autoridades de cuatro pueblos, y á varios pudientes de los mismos*—segun él dice á D. Agustin Argüelles en el primero de los dos documentos que hemos copiado,—Nogueras, que tal decia, faltaba á la verdad á sabiendas, en ódio quizá del jefe carlista á quien no podia vencer en el campo de batalla.

Por otra parte.

Falta tambien á la verdad el general Espoz y Mina cuando afirma *que la madre de Cabrera se hallaba sentenciada á la pena capital.*

«*Sentencia,*—dice en este lugar un escritor *isabelino,*—presupone declaracion indagatoria, pruebas, confesion, acusacion, defensa: no hay sentencia sin tribunal.

»Dónde se reunió ese tribunal?

»Quién vió á los testigos, al fiscal y al defensor?

»Si existiese un proceso, ¿no se habria publicado ya para acallar el grito unánime de los españoles, é ilustrar la opinion de los extranjeros, que impunemente nos llamaron cafres y asesinos?»

Y otro cronista *isabelino*, ménos sospechoso todavía, puesto que no pierde ocasion para zaherir al bravo cau-

dillo, cuya historia (dice) relata, exclama de este modo:

«En vano se pretende presentar (á la Sra. Griñó) envuelta en una conspiracion tramada en Tortosa: una mujer anciana, que está adornada de las cualidades que poseia la madre de Cabrera.... ni sabe ni puede conspirar (1).»

Y en el libro de óbitos de la catedral de Tortosa, puede leerse esta partida:

«María Griñó fué fusilada el dia 16 del mismo mes (Febrero), y *ántes de fallada la causa contra* Bautista Brunet (el criado del obispo).»

No: la infeliz María no conspiró.

Ni tampoco fué juzgada y sentenciada.

Era inocente, y llevóla al cadalso una órden del capitan general de Cataluña.

Porque Nogueras tenía prisa para *cortar el vuelo al cabecilla Cabrera*, y Espoz y Mina *accedia á los deseos* del comandante general!

Pero la expiacion se acercaba.

Cuando los periódicos españoles y extranjeros clamaban por las pruebas, que no se habian presentado, que no podian presentarse, de la criminalidad de la Sra. Griñó, *jamas estuvo el general* (Espoz y Mina) *tan abatido, y manifestaba bien el pesar que le mortificaba y lo mucho que temia las consecuencias de aquel hecho* (2).

Esta confesion es un tesoro.

Cuando el brigadier Nogueras, que acompañó en la emigracion, despues de los sucesos de 1843, al general Espartero, se presentó en Lóndres, hasta allí le siguió la

---

(1) Calvo y Rochina.—*Historia*, pág. 172.

(2) Carta del juez de Cervera, D. Lúcas Ibañez, consejero y amigo de Espoz y Mina.—Córdova, *Vida*, pág. 301.

odiosa nota que se habia conquistado en el mundo entero *siete años hacia*, al ordenar el suplicio de la madre de Cabrera.

Los Ingleses no lo habian olvidado.

Votaron las Cámaras un mensaje felicitando al Duque de la Victoria por su feliz llegada á las playas de Inglaterra, en el mes de Setiembre de 1843.

Y el Lord Corregidor de Lóndres preparó un suntuoso banquete en honor del general Espartero, á fin de presentar á éste, á quien llamaban el *Pacificador de España*, las dos felicitaciones del Parlamento, votadas algunos dias ántes.

Pero uno de los miembros del Corregimiento de la capital de la Gran Bretaña, al tener noticias de que el general Nogueras, que, como hemos dicho, acompañaba á Espartero, se disponia á asistir á la reunion anunciada por el Lord Corregidor, dirigió á éste, por escrito, la declaracion que sigue:

«El mártes próximo se presentará, en Mansion-Houre, al general Espartero, el mensaje votado en honor suyo: por mi parte, *declaro que si el general Nogueras no desmiente de una manera más formal que hasta ahora, haber tenido parte en el* ASESINATO *de la madre de Cabrera*, y solicita el honor de sentarse á la mesa del Lord Maire, *abandonaré mi puesto*, SI DICHO GENERAL OCUPASE EL SUYO, en el momento en que se haya entregado el mensaje al general Espartero.—Firmado.—Mr. Willians SS. Asthurts.»

Y no fué esto sólo.

Lord Ranellegradh, individuo tambien del Corregimiento y miembro de la Cámara de los Lores, suscribió otra mocion en términos más severos:

«¿Sabeis, Lord, que uno de los generales que forman

el acompañamiento del general Espartero, llamado Nogueras, ex-Ministro de la Guerra, es el mismo Nogueras que ordenó el fusilamiento de una mujer anciana y enferma, la madre de Cabrera, en Tortosa?

»¿Recordais tambien que acerca de este hombre dijo el Vizconde de Palmerston, en uno de sus despachos, que era imposible emplear un lenguaje capaz de manifestar el disgusto é indignacion que su crímen atroz habia producido en el país?

»Estoy bien seguró de que V. E. me estará muy agradecido por haberle señalado este hecho, para evitarle el desagrado de la presencia de Nogueras en la mesa hospitalaria del primer Magistrado de Lóndres.—Firmado.—Lord Ranellegradh (1).»

Nogueras, en efecto, no asistió al banquete.

Pareceríale acaso que entre los ecos ruidosos del festin británico, podria oirse algun acento de indignacion y de ira que gritase enronquecido y siniestro:

—Fuera el verdugo!

....

Duermen ya con el sueño de la muerte la víctima inocente y sus culpables matadores.

Cuando aquella se encontraba en los instantes supremos y pedia arrodillada, y con lágrimas en los ojos, al alcaide de las cárceles de Tortosa el permiso *necesario* para recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, fortaleza del débil, amparo celestial de los pecadores, prenda segura de la salvacion eterna,—luz bienhechora

(1) Estos preciosos documentos, que tanto honran á sus autores, vieron la luz pública en los periódicos ingleses *The Times* y *The Standart.* Reprodujéronlos inmediatamente los diarios franceses y españoles, llevando por todas partes los detalles de la ignominiosa afrenta.—Véase Córdova, *Vida,* pág. 306 y 307.

que alumbra el camino de la bienaventuranza en la hora terrible de la muerte, en el momento angustioso en que el espíritu humano se encuentra suspendido entre el fallo inapelable del Juez Supremo y el abismo profundo de la eternidad incierta,—María griñó, ángel de paz y de clemencia, al recibir una brusca negativa en cambio de su amargo llanto, alzó los ojos al cielo y exclamó resignada:

—Yo os perdono á todos!

El noble Conde de Morella tambien ha perdonado....

....

Ay! La historia no perdona, no puede perdonar!

En sus páginas severas durará, hasta la consumacion de los siglos, el asesinato de María Griñó;

Y las circunstancias horribles que le acompañaron;

Y las *cuatro* crueles negativas;

Y estos dos nombres, escritos con caractéres ensangrentados:

FRANCISCO ESPOZ Y MINA.—AGUSTIN NOGUERAS.

CAPITULO XII.

¡ MADRE DE MI ALMA!

Hombres que teneis aún madres, venid á mí y escuchadme un momento:

Imaginaos que os veis en la dura precision de apartaros de su lado.

Y que os vais léjos, muy léjos: donde vivais solos, completamente solos, con vuestros recuerdos de los primeros años.

De aquellas dichosas horas en que los lábios de vuestras madres se apoyaban á menudo en vuestras frentes con ósculos de amor entrañable, y sus blancas manos jugaban con las sortijas de vuestro cabello, y sus ojos se miraban como en éxtasis delicioso en las niñas de vuestros ojos, y sentíais latir su corazon enamorado cuando reclinábais la cabeza en aquel regazo amantísimo, y os dormiais dulcemente con el plañidero arrullo de un acento encantador y purísimo.

Os acordareis luego de aquella mujer admirable que os cuidaba con solicitud cariñosa, de aquella hada benéfica que se gozaba en satisfacer todas vuestras necesidades, de aquel ángel de consuelo que vertia refrescante bálsamo en las heridas más sangrientas de vuestro corazon lacerado, de aquella diosa de la bondad y de la dicha que os perdonaba con celestial sonrisa vuestros extravíos, y andaba solícita por sembrar de flores la senda que recorrian vuestros pasos en el mundo.

Figuraos ahora que os despertais un dia de estos sueños de ventura, y que sentis de pronto una voz fatídica, semejante al acento de un réprobo, que os grita de este modo:

¡Tu madre ha sido fusilada!

Y en seguida, cuando teneis todavía desmesuradamente abiertos los ojos, y contraido el semblante, y crispadas las manos, y llenos de espuma los lábios — como si quisiéseis dudar de una realidad horrible, y ahogar en vuestros brazos al infame que os habia clavado en el corazon aquella envenenada saeta — ois de nuevo la misma voz que repite con amargura inmensa:

— Sí: tu madre, inocente, anciana y enferma... ¡ha sido fusilada!... porque tú eras su hijo! ¡porque ella te habia llevado en sus entrañas!... Por eso!... ¡Sólo por eso!...

....

Hombres que aún teneis madres, decidme:

Qué hariais en estos momentos?

Cuando la imaginacion os presentase con verdad horrible el cadáver ensangrentado de vuestra madre, y se os figurase que veíais cerrados para siempre aquellos ojos que se miraban en los vuestros, cárdenos aquellos lábios que amorosos os besaban, muda aquella boca que murmu-

raba en vuestro oido palabras de dulzura, frio aquel regazo que os mecia tiernamente, inmóvil ya aquel amantísimo corazon que latia por vosotros....

Y si os parábais luego á considerar que vuestra madre era inocente....

Y era tambien anciana....

Y estaba la infeliz enferma....

Y si después os venía en mientes la idea de que habia sido fusilada....

Por ser vuestra madre!

Solamente por ser vuestra madre; ¡por haberos llevado en su seno!...

Hombres que teneis aún madres, ¿qué hariais—mejor dicho—qué no hariais al saber el horrendo asesinato del sér más querido de vosotros?

. . . .

En los montes de Beceite se hallaba D. Ramon Cabrera en aquellos dias infaustos.

Y cuando sus oficiales, que ya tenian algunos antecedentes, consideraban como probable el fusilamiento de la desventurada María Griñó, aquél, unas veces con indignacion y otras con tranquila indiferencia, como quien estaba seguro de que un crímen semejante no podria imaginarse, mucho ménos cometerse, por los cristinos, les contestaba:

—Nó, no es posible! La vida de mi madre será respetada por todos. ¿Cómo se habian de vengar en una mujer inocente y anciana?—Yo estoy persuadido de que se me amenaza para intimidarme: no puede ser otra cosa. Porque eso no ha sucedido en ninguna nación del mundo, y no sucederá en España (1).

(1) Véase á Córdova. *Vida*, pág. 308.

Y de tal manera debió estar persuadido aquel hombre generoso de que no peligraba la vida de su madre, que él sólo se oponia, en los frecuentes consejos de oficiales que se celebraban, á la idea emitida por algunos de los suyos de apoderarse de las principales personas de las familias, cuyos indivíduos militaban en el bando opuesto, para responder con sus vidas de las tropelías que pudieren cometerse con las familias de los carlistas, á consecuencia de los neronianos edictos, que ya hemos citado, de los generales Alvarez de Tomás, Espoz y Mina y Nogueras.

No pudo contrarestar por mucho tiempo á la opinion general de los suyos, muchos de los cuales tenian madres, hijas, esposas ó hermanas que lloraban prisioneras en las cárceles.

Y desde el momento en que ya mediaba en este asunto el interes particular de sus valientes oficiales, que temblaban por las vidas de unos séres tan caros á su corazon, si no los aseguraban con rehenes de las familias isabelinas, Cabrera cedió en su empeño y consintió en satisfacer los deseos de aquellos afligidos guerreros, que no se intimidaban delante de una lluvia de balas, pero que sentian angustia en el ánimo y sudor frio en la frente al pensar en la muerte desastrosa que amenazaba á sus madres é hijas, esposas y hermanas, si llegaban á cumplirse los anuncios inhumanos que, como aves de mal agüero, recibieron en los últimos dias.

Cumpliéronse bien pronto los deseos de los oficiales carlistas.

Cuatro infelices señoras, cuyos deudos militaban en las partidas isabelinas, fueron hechas prisioneras en el siguiente dia al en que aquellos alcanzaron la vénia de Cabrera para ejecutarlo.

Eran éstas: doña María Roqui, esposa del coronel don

Manuel Fontiveros, antiguo militar retirado que ejercia el cargo de comandante de armas de Chelva; Cinta Tos, jóven de diez y ocho años que soñaba acaso con una vida de amor y de ventura; Mariana Guardia y Francisca Urbuizu, mujeres de más edad, que pertenecian á familias muy señaladas en el partido de Isabel II.

Condujéronlas á la presencia del general Cabrera.

—Nada temais, señoras—les dijo con alterado acento—miéntras se respete la vida de mi madre. Soy caballero español, y no se me ocultan las consideraciones que se deben á las damas: soy tambien cristiano, y conozco los deberes que la caridad me impone hácia los séres desgraciados. Propondré un canje al gobernador de Tortosa, y si fuera aceptado, al recibir yo en mis brazos á la madre de mi alma, volverán ustedes al lado de sus atribuladas familias.

Y luego añadió con voz opaca:

—Pero si mi pobre madre fuese fusilada.... ¡no lo permita el cielo!... tambien lo serán ustedes!

Cabrera empezó á cumplir en el instante lo que les habia prometido.

Tratólas con toda la deferencia imaginable, de tal manera que parecian amigas suyas ó personas de su familia y de sus oficiales, más bien que prisioneras cuya vida pendia de un débil cabello.

Sentábalas á su mesa, caminaban á su lado en las marchas, colmábalas de obsequios y galanterías caballerescas; pero tambien las recordaba de cuando en cuando la terrible amenaza:

—¡Si mi pobre madre fuere fusilada.... tambien lo serán ustedes!

¿Quién será capaz de imaginarse la angustia de aquellas desdichadas señoras?

Cuánto debieron sufrir!

¡Qué ruegos tan fervorosos dirigirian al Dios de la bondad y de la clemencia para que hiciese descender una pequeña chispa de la luz de la misericordia en el duro corazon de los que amenazaban la existencia de la infeliz María!

¡Cuán horrible sería la zozobra que atormentaria á las prisioneras al ver levantarse el sol por encima de las crestas escarpadas de Beceite y preguntarse luego estremecidas: vivirá aún la madre de Cabrera? ¿Vivirémos nosotras mañana?...

Erízanse los cabellos del hombre más animoso al considerar el tormento de estas desgraciadas.

Ellas eran tambien inocentes!

Ellas tenian hijos!

Ellas quizá tenian madres!

Pero su existencia estaba encadenada con fatales eslabones á la existencia de María Griñó, cuya muerte se pedia, con encarnizamiento salvaje, *para cortar el vuelo á Cabrera.*

Tendrian, sin embargo, esperanza....

¿Cómo no tenerla, si la esperanza es el faro luminoso de la vida?

Esperarian con mortales ánsias el momento de recobrar la libertad perdida, de correr al lado de sus esposos y de sus hijos, de sus madres y de sus hermanos, á gozar otra vez con delicia más intensa de los dulces placeres de la familia, de las suaves emociones del hogar doméstico,—placeres y emociones que no proporciona el mundo, que jamas se encuentran en su copa embriagadora, siquiera se apure hasta las heces.

Y era vana esta esperanza!

María Griñó habia sido fusilada!...

Voló con la celeridad del rayo la infausta noticia,

atravesó por encima de las montañas de Tortosa, y cayó como una bomba en el campamento de Calaceite.

Era el 17 de Febrero, y todos ya la sabian....

Ménos Cabrera! Ménos las cuatro infelices prisioneras!

Al dia siguiente atravesó el general carlista los pueblos de Fresneda, Torre y Maella.

Las gentes le miraban con ojos llorosos y semblantes lastimeros y compungidos.

Sus oficiales temblaban, creyendo que alguna voz imprudente vendria á recordarle el sangriento suceso.

Encaminóse después á Valderrobres, en medio de un silencio sepulcral y significativo.

—Pero, qué hay, señores?—dijo de pronto á sus ayudantes.—Qué ocurre? Por qué este silencio? Por qué esa tristeza que advierto en vosotros?

Los interpelados contestaron con evasivas.

Y el jefe carlista, acosado tal vez por un presentimiento doloroso, quizás el primero que venía á aposentarse en su alma, acerca de la suerte de su madre, pasóse la mano por la frente, y dijo:

—Bah!—«Sospechaba ahora si habian fusilado á mi madre, pero como esto es para mí imposible, otra será la causa de esa repentina mutacion de VV., que no acierto á explicarme á mí mismo. Vamos, señores: qué ocurre? Tiene alguna novedad nuestro Rey? Ha ocurrido alguna desgracia en Navarra (1)?

(1) No crean nuestros lectores que este capítulo es un capítulo de novela. *No nos apartamos ni un momento de la verdad histórica,* recogida con esmero por *un testigo ocular de los sucesos* y consignada fielmente en su *Diario,* cuya copia tenemos á la vista.—Las palabras que atribuimos á Cabrera, son las mismas, con pequeña diferencia de forma, que aparecen en la *Vida militar* de D. B. de Córdova.—Cap. IX, pág. 307 y siguientes.

Los ayudantes y jefes repetian nuevamente las respuestas evasivas que le habian dado.

Mas la terrible nueva no podia ocultarse por mucho tiempo.

Y para evitar que Cabrera la supiese de una manera inconveniente y peligrosa, los oficiales y jefes, reunidos en consejo el dia 19, designaron por unanimidad á D. Juan Pertegaz, comandante de uno de los bravos batallones tortosinos, hombre excelente por todos conceptos, que merecia la predileccion y hasta el cariño más fraternal y tierno de Cabrera, para que hiciera saber á éste la horrible desgracia.

Acertada fué la eleccion del consejo.

Porque el prudente Pertegaz, después de tomar las disposiciones más convenientes, dentro de la prevision humana, para evitar que llegase la noticia á oidos de Cabrera en virtud de alguna imprudencia, quiso ántes cerciorarse, sin sombra de duda, de que ya no habia esperanza acerca de la existencia de María.

Y dirigiendo circulares y confidentes, de entre sus mismos soldados, á todos los pueblos inmediatos á Tortosa, y aun al mismo Tortosa, hasta el punto de obtener una copia de la órden de la plaza en el dia 16 de Febrero, halló, en las contestaciones acordes que recibió inmediatamente de muchos alcaldes y agentes, la conviccion profunda del asesinato de la sin ventura María Griñó.

No debemos pasar en silencio un incidente, horrible sarcasmo de la suerte, que acaeció en el mismo dia 19.

Y vamos á referirle, copiando á un escritor isabelino,— ya citado várias veces.

»Marchando desde Maella á Calaceite llegó un paisano, natural de Gandía, comisionado por el coronel D. Manuel Fontiveros, gobernador de Chelva, para canjear á su esposa con la madre de Cabrera.

»Preguntóle Pertegaz si tenía documentos, y en efecto puso en sus manos un expediente instruido con autorizacion del general Palarea relativo á dicho canje.

»Tambien era portador el paisano de una carta muy atenta dirigida por el mismo general al gobernador de Tortosa, recomendándole muy eficazmente á la madre de Cabrera, y manifestándole que pronto sería canjeada por la esposa del coronel Fontiveros.»

Puede darse mayor y más cruel escarnio de la suerte?

Se admitia el canje de la madre de Cabrera ¡y ésta habia sido fusilada!

Se devolvia en cambio la libertad á la señora del coronel Fontiveros—y la infeliz María Roqui, como la otra infeliz María, estaba señalada para víctima inocente!

No se puede leer sin lágrimas la carta que el Sr. Fontiveros dirigia á su esposa, y de la cual, á guisa de mensaje venturoso, era portador el paisano.

A continuacion la trascribimos íntegra (1):

«Querida esposa: El dador lleva todos los papeles bien despachados para tu rescate por la madre de Cabrera. Pobrecita, cuánto habrás padecido!—Consuélate, cuídate, y ten buen ánimo, pues en breve tendrémos el gozo de abrazarte, yo y nuestro querido hijo.

»Pobrecito! siempre llamándote y preguntándome por su mamá.—Cuando nada sabía de tí, lo estrechaba entre mis brazos y llorábamos tu pérdida. Ahora que veo el término de tus padecimientos, y se acerca el dia en que nos verémos reunidos, le abrazo, y una y mil veces, y llo-

(1) Trae este documento la *Vida militar*, de Córdova (pág. 314), á cuyo autor le facilitó una copia el mismo D. Juan Pertegaz.—Así lo dice el citado Sr. Córdova.



rando ámbos de gozo, le digo: —Luégo, hijo mio, luégo abrazarémos á mamá; y él, con sus tiernos brazos colgado de mi cuello, derramando un mar de lágrimas, me contesta:—Ahora, papá mio, vayamos en seguida á buscar á mamá.... »

Ah!—Si el brigadier Nogueras, si el general Espoz y Mina no hubiesen asesinado á la madre de Cabrera, el digno general Palarea, tan digno como valiente y generoso (por qué no hemos de decirlo?), habria devuelto á la pobre anciana á los brazos de su hijo, y el coronel Fontiveros y el inocente niño que llamaba á su madre con infantil y dulce alegría, habrian encontrado la dicha en la libertad de la desventurada María Roqui!

Lloró Pertegaz al leer esta carta, pero despidió al paisano que la habia llevado.

Amaneció el dia 20 de Febrero.

Y demasiado sabian los jefes y oficiales carlistas que era preciso decírselo todo á Cabrera, para salir del estado violento y angustioso en que se encontraban.

Pertegaz se decidió.

Á las nueve de la mañana entró él solo en el aposento de Cabrera.

Este escribia algunas cartas.

Al apercibir á su amigo le tendió la mano, se la estrechó con fuerza y le preguntó con significativo acento:

— Qué sucede?

Pertegaz abordó la cuestion con valentía, aprovechándose de aquella oportunidad.

Y ámbos entablaron el siguiente diálogo (1), poco más ó ménos:

---

(1) Repetimos que esta conversacion ha sido cuidadosamente conservada y escrita por el mismo D. Juan Pertegaz. — Nosotro

—Nada, D. Ramon—contestó Pertegaz—porque ni siquiera hemos recibido noticias *oficiales* de Tortosa.

Conviene recordar que Cabrera, por mediacion del mismo Pertegaz, no las habia recibido, ni *oficiales* ni *extra-oficiales*, en los dias anteriores.

Pertegaz continuó:

—De manera que no sabemos si es cierto lo que se cuenta....

—Cómo! Qué se cuenta?—interrumpió Cabrera.

—Pues «unos dicen que han desterrado á su señora » madre, otros que la envian á presidio, otros que quieren » matarla»... (1)

—Matarla! Matar á mi madre! —Por qué? Quién se atreveria? «¿No se contendrán sabiendo que yo haria lo »mismo con la coronela Fontiveros y con las demás?....» Vamos! No lo creo!

—Quiera el cielo que me equivoque!... Pero....

El leon comenzó á despertarse.

Hasta entónces habia tomado las frases de Pertegaz como hijas del cariño que le profesaba, como nacidas solamente del interes que sentia el noble comandante de los bravos tortosinos por la anciana madre de su querido jefe.

Mas al fijarse en la insistencia que Pertegaz mostraba, y descubrir quizás alguna mirada compasiva y dolorosa, ó alguna vibracion melancólica y triste en su trémulo acento, á pesar de la entereza y hasta alegría que el dig-

---

nos hemos procurado copia de algunas páginas de su *Diario*, y Córdova, que le tuvo á la vista, la consigna tambien en la *Vida Militar*, loc. cit.

(1) Las líneas entrecomadas, es decir, aquellas que contienen alguna acusacion grave contra los cristinos, pertenecen—siguiendo nuestra costumbre para que no se nos culpe de parciales—á escritores isabelinos.—Téngase esto muy presente por nuestros lectores.

no comandante simulaba, Cabrera, cuya agitacion crecia por momentos, descargó un terrible golpe sobre la mesa en que ambos se apoyaban, miró á Pertegaz con encendidos ojos, y exclamó con voz de trueno:

— Pronto! Qué noticias hay de Tortosa!... Mi madre!... Qué es de mi madre!...

Los oficiales y ayudantes escuchaban en la antesala, poseidos de emocion profunda.

Á uno de ellos hemos oido referir esta cruel escena.

Pensaban todos en el estallido del volcan, en el rayo que se desata en medio de la tormenta, en la cólera majestuosa y terrible del génio irritado.

Pertegaz apénas podia contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, y la mirada ardiente y fija de Cabrera parecia querer penetrar en la mente de su amigo hasta sorprenderle el más oculto pensamiento.

El pobre comandante, para aminorar los efectos del golpe cruel que tenia absoluta necesidad de dar á su adorado jefe, quiso entónces recordarle los horrores que se habian cometido, desde el principio de la guerra, con los desgraciados carlistas que caian prisioneros, deduciendo, como lógica consecuencia, que no habian de detenerse ante la debilidad de una mujer anciana los mismos autores de aquellas sangrientas tragedias.

Pero Cabrera le interrumpió, y le dijo:

— Sí, todo lo tengo bien presente, nada se me ha olvidado... «Ni la crueldad ejecutada con algunos de los nuestros, fusilándolos á la puerta de su misma casa y haciendo presenciar este acto á los padres, hijos, esposas y parientes más cercanos; ni la inaudita ferocidad que acaba de tener lugar en Barcelona, donde ha sido asaltada la ciudadela y asesinados los prisioneros que allí habia, entre ellos el coronel O'Donnell, cuyo cadáver ha sido

arrastrado y quemado en la Rambla; ni el asesinato de los enfermos carlistas que habia en el hospital de Junqueras, á quienes arrancaron de sus lechos y fusilaron inhumanamente.» —Ay! Todo lo tengo muy presente...

Pertegaz dedujo entónces:

— Pues bien: si usted se acuerda de todas esas infamias, ¿por qué ha de extrañarse de que le diga yo que la vida de doña María corre inminente peligro? ¿Por qué no se convence plenamente de que «si no la fusilan hoy la fusilarán mañana?...»

Cabrera ya no pudo resistir más.

Y cogiendo á Pertegaz las manos, entre lloroso é iracundo, como si sostuviese dentro de su corazon horrorosa lucha entre la cólera y la ternura, exclamó con acento dolorido:

—Por Dios, Pertegaz! Qué sabe usted de mi madre? Dígamelo todo!...

Entónces rebosaron de lágrimas los ojos de Pertegaz, y apénas balbuceó estas palabras:

—Ay, D. Ramon! Lo sé todo: yo soy el mensajero de la fatal nueva..... «Se han atrevido á asesinarla....» ¡La han fusilado!... Cúmplase la voluntad de Dios!...

Cabrera ya no le escuchaba.

—Oh, inocente madre mia! Madre de mi alma! —gritaba el triste, retorciéndose las manos. —Oh, infames! Oh crueldad inaudita! La han asesinado, la han asesinado.... Pobre madre mia!... «A mí debiais buscarme, cobardes. Si queriais mi cabeza, yo os la hubiera entregado en cambio de la de mi madre...»

Y como Pertegaz, y algunos otros jefes que habian entrado en el aposento, cuando conocieron que ya se habia comunicado á Cabrera la terrible noticia, procuraron hacerle beber algunas cucharadas de cierta composicion anti-

espasmódica, preparada al efecto por el previsor y cariñoso Pertegaz, Cabrera les decia:

—Dejadme, por Dios, dejadme.... Yo quiero morir.... Yo no puedo sufrir esta horrible desgracia....

Bebió, sin embargo, una cucharada de éter, calmóse durante breves segundos, y saliéronse todos del aposento, ménos Pertegaz, en cuyo hombro derecho reclinó el general la cabeza, cubriéndose el semblante con un pañuelo blanco que estrujaba entre sus manos.

De repente se levantó, y dijo:

—Quién le ha dado á usted la noticia? ¿Cómo lo ha sabido usted?

Pertegaz respondió:

—Tengo varios oficios....

—Démelos: yo quiero leerlos.

Leyó dos ó tres, convulso y agitado.

Y cayó en seguida en una postracion profunda.

Luego se levantó como poseido de un vértigo; paseaba por la sala precipitadamente, pronunciaba palabras inconexas y exhalaba gemidos penetrantes y gritos de cólera; llamaba á Nogueras y le decia que viniese á buscarle á él, no á la anciana y débil mujer á quien habia fusilado inícuamente; se arrancaba los cabellos, golpeábase con furor la cabeza,—parecia, en fin, un loco en los momentos del frenesí más acerbo.

Serenóse más tarde, se recostó en la cama, derramó abundantes lágrimas, que desahogaron su corazon oprimido, y rogó á Pertegaz que le dejase solo, entregado por completo á la memoria de su pobre madre, de aquella madre idolatrada que le habian arrebatado.

Salió Pertegaz, pero recogió la espada y las pistolas de su jefe.

....

Ahora no debemos hablar nosotros.

Seriamos acusados de parciales, si intentásemos referir, con los datos que poseemos, los hechos que siguieron á esta horrorosa escena.

Hablará un escritor isabelino, á quien cedemos gustosos la palabra siempre que se nos ofrece ocasion de inculpar á los liberales de aquellos dias, ó de rechazar calumnias que ha esparcido con siniestros fines la malignidad revolucionaria contra el ilustre Conde de Morella.

Y rogamos á nuestros lectores que fijen su atencion en las líneas que subrayar nos permitimos.

Dice así, pues, D. Buenaventura de Córdova (1):

«La antesala estaba llena de oficiales y jefes carlistas.

»Unos querian matar, incendiar y difundir por todo el país su saña exterminadora.

»Otros rechazaban las ideas reaccionarias, y procuraban calmar los ánimos, aconsejando un sistema de benignidad y de templanza.

»Cabrera se levantó de la cama, y dió permiso para que entrasen á verlo.

»Pertegaz advirtió á todos que hablasen de cosas indiferentes, huyendo de las conversaciones que pudiesen exacerbar el sentimiento de su jefe.

»Este guardaba silencio, y habiéndole presentado una taza de caldo, bebió la mitad después de mil instancias.

»*Nada dijo ya de fusilamientos, y ni siquiera se acordó de las cuatro prisioneras, cuya muerte habia jurado si llegaba este caso.*

»*Pero no faltaron algunos jefes y oficiales que, olvidando las prevenciones del humano Pertegaz, suscitaron*

(1) *Vida militar*, pág. 323 y siguientes.

imprudentemente una conversacion QUE RENOVÓ EL PESAR DE CABRERA, *y le trajo á la memoria su voto terrible.*

»Hubo disputas acaloradísimas.

»Decian unos:

—Nuestros padres y esposas están en la cárcel, porque nosotros seguimos la bandera carlista: si no adoptamos sangrientas medidas, tendrán la misma suerte que la madre de nuestro comandante general. Castigos ejemplares y prontos se necesitan....

»Contestaban algunos:

—No! No nos parezcamos á los enemigos: defendemos otra causa: la religion nos manda perdonar. Nuestro rey es humano y compasivo....

—»....Pero conviene tratar á los cristinos como ellos tratan á los carlistas. Quién es el provocador? Además, dirán que nos han intimidado —Vengarse en inocentes é indefensos, es de cobardes.—Y si me fusilan á mi padre?—Y si matan á mi esposa?—¿Y si cumplen las circulares de Nogueras y de otros jefes cristinos?....»

Hasta aquí, el autor arriba nombrado.

Cabrera habia guardado profundo silencio.

Obsérvese que los oficiales carlistas, inclinados á que se ejecutasen castigos ejemplares, fundaban su opinion *en el temor de que fuesen tambien fusiladas las personas de sus familias, que habian sido hechas prisioneras*, en virtud de los bárbaros edictos que ya hemos citado.

Y ese temor era JUSTIFICADO,—lo decimos muy alto, porque no nos duelen prendas,—cuando estaba aún caliente el cadáver de la madre de Cabrera.

Este, incitado por el innato deseo de la venganza—*innato* decimos, dada la miserable condicion humana—y aceptando como JUSTAS y MUY LEGÍTIMAS las zozobras que atormentaban el corazon de los jefes y oficiales que po-

drian encontrarse en la misma deplorable situacion cuando ménos lo pensasen, puesto que Nogueras habia comenzado á poner en ejecucion de una manera tan nefanda sus antiguas amenazas, si él, Cabrera, no trataba, á su vez, *de cortarle el vuelo*, dictó el bando que á continuacion trascribimos,—para que se vea que no pretendemos ocultar documento alguno en este asunto.

«El bárbaro y sanguinario D. Agustin Nogueras, titulándose comandante general del Bajo Aragon, acaba de *publicar como heroicidad* (1) el asesinato que á sus ruegos se ha verificado en Tortosa en mi inocente y desgraciada madre, siendo fusilada inhumanamente en la mañana del 16.... y atropelladas y presas mis tres hermanas.... Horrorizado y lleno sin embargo de serenidad y valor por tan triste como cobarde y vil accion, propia de hombres que quieren hacer triunfar la causa que abrazaron sumergiendo la pátria y familias en llanto y luto general....; usando de las facultades que el derecho y la justicia conceden á mi carácter de comandante general de esta provincia, nombrado por el Rey y legítimo soberano nuestro el Sr. D. Cárlos V, he dispuesto, conforme á sus Reales disposiciones, lo siguiente:

»*Primero.*—Se declaran traidores al titulado brigadier D. Agustin Nogueras y cuantos indivíduos continuen sirviendo en el ejército, empleados por el Gobierno de la llamada Reina Gobernadora.

»*Segundo.*—Serán fusilados, por consecuencia de la anterior declaracion, todos los indivíduos que se aprehendan.

»*Tercero.*—Se fusilará inmediatamente, en justo des-

(1) Es cierto.—Publicó la noticia, *como heroicidad de Nogueras*, el Baron de Menglana, capitan general interino de Aragon. Consta en el *Boletin Oficial* de Zaragoza.

agravio de mi madre, á la señora del coronel D. Manuel Fontiveros, comandante de armas que fué de Chelva, reino de Valencia, la cual se hallaba detenida para contener la ira de los revolucionarios, y tambien tres más que lo son: Cinta Tos, Mariana Guardia y Francisca Urquizu, para expiar el infame castigo que ha sufrido la más digna y mejor de las madres.

»*Cuarto.*—Enternecido mi corazon y llenos de copiosas lágrimas mis ojos al dictar esta terrible providencia, no puedo ménos de anunciar con dolor que no sólo desprecio altamente las atrocidades que colman de luto y afliccion, sino que su sed sangrienta será vengada irremisiblemente por cada víctima con veinte de las familias de los asesinos que las continuen.—Valderrobres, 20 de Febrero de 1836. —*Ramon Cabrera* (1).»

. . . .

Vamos despacio, que espinoso es el asunto y lleno está de sangre inocente.

Hállase un hombre, cualquiera que sea (no ya D. Ramon Cabrera), al frente de un ejército aguerrido y victorioso, y burla todos los dias la persecucion de numerosas columnas, y sorprende guarniciones y castillos, y desbarata en pocos momentos una y otra y cien partidas enemigas que exterminarle intentaban, y se levanta rodeado de gloria y de valientes que al triunfador aclaman, por encima de la saña de sus incansables adversarios.

(1) El Sr. Calvo y Rochina, *historiador*, no copia este bando: dice que le *extracta*, y, en efecto, le *extracta* á su manera. Es decir: no omite las providencias de Cabrera, pero tiene muy buen cuidado de ocultar las justísimas acusaciones que en él se contienen contra el verdadero causante de ellos y de todos los que sobrevinieron.—Es muy notable la *imparcialidad* de aquel *historiador* (¡!).

A este hombre, hijo mimado de la fortuna, le respetan las balas que zumban en derredor de su frente: á él, primero siempre en el combate, — como si poseyese el escudo invulnerable del héroe de Troya.

Pero es preciso vencerle, es preciso exterminarle, preciso, en fin, *cortarle el vuelo*.... ¡Porque si nó!... — así murmuran sus derrotados enemigos.

Y lo será,—continúan—busquemos, busquemos detenidamente, que nuestras pesquisas nos ofrecerán al cabo el talon vulnerable de ese Aquíles, el cabello de ese Orlando.

Ese hombre tiene una madre....

Esa madre le adora....

El tambien la idolatra....

Pero ella es inocente, es anciana, es una santa —grita la conciencia.

Qué importa?—contesta el demonio del horror, azuzado por la sierpe de la envidia.

Hé ahí el punto vulnerable del coloso.

Derribémosle: arrojémosle al rostro la sangre de su madre, y su corazon se estremecerá de horror, y enflaquecerá su ánimo, y caerán desfallecidos sus brazos.... y ¡*cortarémos su vuelo!*

—Imbéciles!

Ese hombre enérgico, por fuerza debe tener pasiones tambien enérgicas.

Ese hombre valiente, rodeado se halla de un ejército tambien valiente.

No temeis que la cólera estalle en su pecho? ¿No temeis que el leon se irrite? ¿No temeis que él os devuelva rios de sangre, por cada gota de la sangre inocente que vosotros al rostro le arrojásteis?

El *puede* llevar la desolacion á vuestros láres;—y le provocais, llevándola vosotros á los suyos.

El *puede* arrancar las vidas á vuestras madres;—y vosotros, tan estúpidos como malvados, le dais el ejemplo asesinando impíamente á la suya.

Decidme ahora, mas poned ántes la mano en el seno:

¿Quién es responsable de la cólera exterminadora de este hombre?

. . . .

Cabrera huyó de Valderrobres por no oir la mortal descarga que privaba de la existencia á las cuatro desgraciadas prisioneras (1).

Y «al darle cuenta (en Portellada), de que sus órdenes estaban ejecutadas, exclama saltándosele las lágrimas: Infelices!» (2)

Y continuamos copiando:

«Díjose entónces que la coronela Fontiveros, cuando marchaba al suplicio, exclamó:

—No me mata Cabrera: otros son los que me matan.»

Las palabras de un moribundo son sagradas.

El hombre, cuando se acerca á Dios, que es la Verdad, dice tambien verdad.

La desventurada María Roqui, arrodillada delante de los fusiles por una órden de Cabrera, no culpa á Cabrera de su muerte:

«No me mata Cabrera!—dice:—otros son los que me matan!...»

Los que habian asesinado á María Griñó, esos eran tambien los asesinos de aquella infeliz y de sus tres compañeras de infortunio.

---

(1) Córdova.—*Vida militar*, pág. 333.—Copiamos sus palabras.

(2) Palabras del mismo Calvo y Rochina.—¡Gracias á Dios que hizo una vez justicia á Cabrera!—Una palabra: ¿lloró el humano brigadier Nogueras al tener noticia de la ejecucion de María Griñó?

Y esos fueron tambien los responsables de sucesos posteriores.

El esposo de María Roqui, D. Manuel Fontiveros, elevó á la Reina la exposicion que sigue (1):

SEÑORA:

«Sin convalecer del intenso dolor que devora mi corazon por el asesinato de mi inocente esposa, en virtud de disposicion del cabecilla D. Ramon Cabrera, y postrado en cama, de donde saldré para el sepulcro, eleva reverentemente á los piés del Trono esta humilde representacion el coronel comandante retirado y de las armas de esta ciudad de Gandía, en el reino de Valencia, D. Manuel Fontiveros, exponiendo: Que hallándose en igual destino en la villa de Chelva en el mes de Setiembre último, fuí sitiado por Cabrera; pero habiéndome burlado de sus planes y esfuerzos para capturarme, iracundo y furioso arrebató cruelmente á mi esposa Doña María Roqui, que se hallaba escondida en una casa y fué delatada por los vecinos del pueblo, conduciéndola entre sus hordas, sufriendo una muerte civil (2) hasta el 20 de Febrero último en que la fusiló.

»*Pero* acaso, Señora, *se ha inmolado esta víctima por el cabecilla Cabrera?*

---

(1) Fué publicada en *El Español*,—Madrid 24 de Febrero de 1836.—Copiáronla todos los periódicos españoles y extranjeros, no habiendo seguramente nacion alguna del universo civilizado á cuyo idioma no fuese traducida.

(2) Al autor de esta carta, que escribia bajo una impresion horrorosa, deben perdonársele todos los dicterios y todos los errores.

El mismo Calvo y Rochina, hablando del trato de Cabrera con relacion á las prisioneras, dice así:

«Durante su cautiverio, usó con ellas de mil atenciones y cuidados, y en especial con la coronela, á quien trataba con toda la consideracion debida á su sexo y clase, hasta permitirla pasear á caballo en una hermosa jaca que la habia regalado. (Pág. 182.)»

Véase, pues, como los soldados de Cabrera no eran *hordas*, *ni sufrian muerte civil* las infelices cautivas.—¡No se dirá otro tanto de la pobre María Griñó!

»*Nó, Señora, nó.*

»Mi inocente esposa ha sido asesinada por el despotismo más atroz, en que hemos degenerado; de algunos hombres que, bajo la máscara de buenos españoles, no quieren más que la ruina del trono de Isabel II y la de los liberales honrados.

»Señora: *á V. M. y á nosotros, nos engañan.*

»El trono de vuestra excelsa hija y los liberales, estamos entre los fuegos de dos facciosos: es decir, entre los carlistas y otros que, so color de amor al órden, quieren extender su dominio desde el Oriente al Occidente, como si las facciones fuesen de su patrimonio y propiedad; y *cuando la ley no rige*, cuando no ejerce con desembarazo sus funciones, y *cuando no hay otra que la del capricho y arbitrariedad*, los Gobiernos se desploman y llegan á convertir las poblaciones en montones de huesos y cadáveres helados.

»*Este,* Señora, *es el caso en que desgraciadamente nos encontramos.*

»*La peticion del Sr. Nogueras para que no fusilase á la madre de Cabrera,* que se hallaba presa, y *la concesion del señor general Mina, reducirán su pátria á cenizas, entregándola á las llamas de una guerra nunca vista ni oida.*

»..... *Han provocado una guerra, que los mismos árabes se han abstenido de emprenderla.*

»Nos hemos dejado atras á los caribes, á los indios bravos: nuestra ilustracion y progresos puede decirse, por este hecho, que han retrocédido hasta más allá de aquellas naciones que, aún careciendo de sentimientos de humanidad, les repugnará imitarnos, porque la misma naturaleza por sí sola lo resiste.

»Los señores general Mina y brigadier Nogueras han empañado y echado tal borron al brillo de sus antiguas hazañas, desacreditando al partido liberal, que nunca podrán lavar, y seria trascendental esta mancha al trono de vuestra excelsa hija si su Gobierno lo tolerase.

»La madre de Cabrera fué fusilada: y por qué delito?—Por los excesos que comete su hijo, dice el brigadier Nogueras.

»Y dónde está la ley que señala que aquellos son trascenden

tales, y que paguen justos por pecadores? ¿Dónde está el proceso legalmente instruido contra la madre de Cabrera? ¿Dónde están los cargos que se la han hecho? ¿Quién tiene facultad de hollar nuestras sacrosantas leyes? ¿Quién era el dueño de la vida de la madre de Cabrera? ¿Dónde está la de que se castigue á una persona sin oirla ?.... ¿Qué dirán las naciones cultas, y principalmente nuestras aliadas?

»Se horrorizarán, se escandalizarán al ver que hay gentes en España que matan mujeres inocentes por delitos que otro comete, teniendo en el campo los enemigos con quienes esgrimir la espada. Qué horror! Qué ignominia para la nacion española! Qué oprobio para los militares!

»La nacion entera, Señora, está en expectacion, y la nacion se pica si V. M. no pone remedio, castigando con mano fuerte á los causantes de tantos desastres.

»Los relevantes servicios pasados de los señores general Mina y brigadier Nogueras, ni los exceptúa la ley de la pena si cometen algun delito, ni los santifica para no poderlos cometer.

»Los súbditos de V. M. se ven en el dia sin garantías: sus haciendas, sus vidas y los objetos más queridos, que son los hijos, los ven expuestos por la arbitrariedad de un general, ó de otro cualquiera que reuna fuerzas y se le antoje erigirse en déspota musulman. En este suelo, de bendicion en otro tiempo, no se pisan en el dia más que espinas y abrojos, los españoles huyen de los españoles, y los padres de los hijos, y éstos de aquellos; el sobresalto que cada uno tiene por la inseguridad de su existencia, hace que la imaginacion asustada se le presente á cada paso, por cada novedad insignificante, la triste idea de hallarse próximo el momento de perderlo todo....

».... Estas víctimas, Señora, cuya sangre inocente aún humea en esas sierras, clama venganza, y desde el silencioso sepulcro donde yacen piden á sus esposos y familias que no perdonen á los causantes; y la imágen de mi inocente esposa con el rostro ensangrentado me persigue noche y dia exclamando á voz en grito: ¡justicia, justicia!.

»Por mí parte, pido el castigo que merezcan por el asesinato á que ha dado lugar la peticion del brigadier Nogueras, y el cúmplase del General Mina.— Por lo que:

»A V. M. rendidamente suplico que así se verifique, mediante la correspondiente formacion de causa, para que no quedando impune tan atroz delito, ninguno se atreva á quebrantar nuestras sacrosantas leyes, asegurando de este modo el crédito de la nacion y del Gobierno, la libertad y las vidas de los que ahora las tienen pendientes de la arbitrariedad.—Así lo espera de la recta administracion de justicia.—Gandía, 16 de Marzo de 1836.—SEÑORA: A L. R. P. de V. M.—El coronel graduado de infantería, MANUEL FONTIVEROS.»

Cabrera está defendido por la víctima, en el momento de entregar ésta su alma al Eterno.

Cabrera está disculpado por el coronel Fontiveros, cuando éste se halla en el lecho del dolor, postrado y moribundo, *de donde no pensaba salir sino para el sepulcro.*

Aquella decia:

—No me mata Cabrera..... ¡Otros son los que me matan!....

Este, el coronel Fontiveros, en los momentos crueles de la agonía, cree mirar el fantasma ensangrentado de su pobre esposa, de la desgraciada María Roqui, que clama por la justicia, que pide venganza con acento sepulcral y lúgubre.

Pero no pide justicia para Cabrera, no quiere vengarse en Cabrera....

No!...

—Justicia,—dice,—para los que asesinaron á la inocente María Griñó!.... Esos tambien asesinaron á mi esposa, esos asesinaron á las otras infelices mujeres, esos fueron responsables, cometiendo el primero y horrendo crímen, de todas las desgracias que más tarde acaecieron.

Después de la exposicion del coronel Fontiveros, no deberiamos añadir una sola palabra.

Pero copiarémos tambien, para la mayor ilustracion de este desgraciado asunto, las líneas que le dedica un escritor liberal, bien conocido (1):

«Desde el asesinato de su madre, Cabrera quedaba disculpado de todos los horrores.....

»Muchas veces hemos temblado al discurrir de lo que hubiéramos sido capaces, nosotros, que nos tenemos por de costumbres blandas, instintos y hábitos de humanidad y de dulzura, si hubieran fusilado á nuestra madre por el *crímen* de habernos dado la vida.....

»Nosotros escuchábamos de boca de algunas personas pacíficas, estas palabras terribles:

—*Yo habria hecho más, si hubiesen fusilado á mi madre.*»

Y Córdova dice tambien, á los que acusan á Cabrera porque no perdonó:

«¿Es fácil que un hijo perdone la muerte de su madre inocente?

»Perdonó acaso el coronel Fontiveros?

»¿Y de qué no habria sido capaz este jefe si Cabrera le hubiese dicho:

—Yo te cedo el mando de mi division para que vengues á tu esposa?

Hombres de buena fe: si teneis aún madres, juzgad.

(1) El autor de la *Galería de Españoles célebres*, pág. 31.

CAPÍTULO XIII.

El dolor de Cabrera.—Brigadier de infantería.—Una proclama.—El cartel de desafío.—La justicia del Gobierno. — Añon. — Salvacañete.—Brillante retirada. — Viva D. Ramon! — Yo los vengaré! — El capitan general de Zaragoza. — Silencio! — Liria.—Cabrera enfermo. — ¡Llamada y tropa! —Chiva. — Cantavieja. — Bajo la tienda.

El golpe fué terrible para el corazon de Cabrera.

Y aunque logró desahogarse derramando abundantes lágrimas, acordábase dia y noche de la madre inocente que se le habia arrebatado.

En vano le rodeaban solícitos y cariñosos sus mas íntimos amigos.

Don Manuel Añon, el bravo jefe de la caballería carlista, cuyo nombre hemos repetido con elogio en diferentes páginas de esta obra; D. José María de Arévaló, secretario del mismo Cabrera, director de las Academias y jefe de Estado Mayor, que no le abandonaba un solo momento, prodigándole las atenciones más tiernas, los cuidados más exquisitos; D. Juan Pertegaz, el humano y caritativo comandante del primer batallon de los heróicos torto-

sinos, tan valiente como caballero, y otros muchos jefes y oficiales de su ejército, se disputaban á porfía el honor de verter el bálsamo del consuelo en el corazon lacerado de su querido jefe y digno amigo.

Pero la herida habia sido cruel: manaba aún sangre y los consuelos parecian inútiles.

Los personajes más importantes de la corte de Navarra se apresuraron á enviarle expresivas y sentimentales cartas de pésame; los pueblos del Bajo Aragon y los del antiguo corregimiento de Tortosa no fueron los últimos en demostrarle tambien el dolor profundo, la indignacion generosa que les habia producido la enorme desgracia de la pobre señora Griñó.

Y contraste singular!

Por aquellos dias recibió D. Ramon Cabrera la confirmacion régia en el empleo de coronel efectivo de infantería, que debió primeramente á la buena amistad del desgraciado Carnicer, en 25 de Noviembre de 1834 (1).

Y el mismo dia en que supo el fusilamiento de su madre, presentóse en Valderrobres un mensajero del Real de Durango para entregarle, en nombre de su Rey, el *despacho de brigadier*, expedido por D. Cárlos y refrendado por el Conde de Villemur, que continuaba al frente del Ministerio de la Guerra, en 8 de Febrero de 1836.

Nada, sin embargo, podia mitigar la pena de D. Ramon Cabrera.

Y como él, demasiado lo conocia, no se encontraba en

---

(1) Véase la pág. 38 de esta obra. — Y vea al mismo tiempo el Sr. Calvo y Rochina cómo se equivoca de nuevo al afirmar en su *Historia* (pág. 129) que Cabrera *recibió en Noviembre de 1835 la faja de mariscal de campo.* — Aquí puede decirse aquello de *cero y van mil.*



disposicion de ponerse al frente de su hueste, conociendo además que los soldados no podian permanecer inactivos, puesto que la inaccion habria de redundar necesariamente en perjuicio de su Rey y en menoscabo de la buena disciplina, confió interinamente el mando de la tropa á su amigo el coronel Añon, ordenándole un rápido movimiento hácia el señorío de Molina ó á la Plana de Valencia, en busca de víveres, municiones y metálico.

El se dirigió á la pequeña poblacion de Aguaviva, acompañado de dos ayudantes y algunos ordenanzas, en cuyo punto mandó imprimir y circular profusamente una proclama al pueblo, de la cual, por ser muy importante para dar á conocer los sentimientos generosos del condolido huérfano en los dias inmediatos al en que recibiera noticias de la ejecucion de su santa madre, trascribirémos los párrafos que afecten á este propósito.

Dice así:

«Habitantes del Bajo Aragon:

»Testigos sois más de dos años de mi conducta y de las consideraciones que han guiado mis operaciones en la guerra.... Tambien lo sois de las que han usado los llamados jefes de las hordas traidoras, impías é irreligiosas, adoptando el sistema del terror, con el cual y sus armas favoritas de promesas engañosas y mentiras complicadas, han comprometido la existencia de infinitos españoles. Los viles ardides que han empleado constantemente para cubrir sus delitos, coloreados con la máscara de felicidades, y sus bárbaras providencias adoptadas en último y desesperado término, empapando su ira feroz con sangre inocente, entre la que se cuenta la de mi digna, tierna y cara madre.... Los hombres sensatos harán justicia..... y la historia aplicará con imparcialidad su fallo....

»Mi corazon, entristecido y lleno á la vez de serenidad

y resolucion para contener con mano armada de una parte, y de otra castigar y corregir tan inícuas como atroces resoluciones, no puede resistir ya tanta maldad: y así, declaro que trataré con benignidad y consideracion hasta á los mismos criminales ó seducidos que, arrepentidos ó desengañados se separen de las banderas de la ilegitimidad; que con mano fuerte evitaré los atentados, y llevaré á efecto mis bandos y conminaciones de confinamiento, con exceso de todo hecho que no permita por medios más honrosos la justa venganza y satisfaccion....

»Uníos, pues, todos á los valientes que combaten con aplauso del mundo; teniendo á ménos sus vidas, haciendas, esposas, hijos y cuanto lisonjea el corazon humano: lancémonos, y acabemos con esos séres que han envuelto á la nacion en la desolacion, el luto y el llanto. Unámonos para la restauracion del Rey, el Sr. D. Cárlos V. — Viva el rey! — Aguaviva 26 de Febrero de 1836. — RAMON CABRERA (1).»

Esta proclama, repetimos, es muy importante, — por la fecha en que fué expedida.

Ella se reduce, como puede verse, á contener los inícuos atentados que se cometian diariamente con las familias de los carlistas que militaban en las filas de Cabrera.

Nogueras habia escrito al Ministro de la Guerra *que tenia en prisiones á las mujeres y padres de los cabecillas de la faccion* de Quílez (2).

Los capitanes generales de Aragon y Cataluña lleva-

(1) Un ejemplar de esta proclama se guarda en el archivo del Ministerio de la Guerra. Allí la hemos visto nosotros.

(2) Fecha 22 de Febrero de 1836. — Existe original en el Archivo del Ministerio de la Guerra.

ban á cabo sus proyectos y hacian cumplir con rígida y cruel exactitud los artículos de sus bandos terribles.

Y el mismo Nogueras dice que «mandó prender á *todas las familias* (sic) de los principales cabecillas.... las cuales fueron conducidas á Alcañiz y aseguradas en el castillo; y se les hizo saber que por cada alcalde ó paisano que mandasen fusilar Cabrera ó sus dependientes, mandaria él ejecutar lo mismo *en la persona ó personas á quienes cupiese la suerte* (1).»

Esto aterra, pero es la verdad,—por espantosa que ella sea.

No debemos ocultar que Cabrera habia remitido (en 21 de Febrero, desde Portellada) un cartel de desafío á Don Agustin Nogueras, y que éste no admitió el reto.

Andando los años, pretendió disculparse, si cabe disculpa en este asunto, con decir que no recibió la carta del general carlista (2).

Tampoco debemos pasar en silencio otros dos hechos demasiado significativos.

Espoz y Mina, culpable en segundo grado, por lo ménos, del suplicio injusto con que fué castigada la madre de Cabrera; es decir, el mismo capitan general de Cataluña que autorizó con un *Cúmplase* la órden de Nogueras al gobernador militar de Tortosa para que aquella señora fuese ejecutada, *accediendo á los deseos de aquel*, del comandante general del Bajo Aragon;—Espoz y Mina, decimos, acusado con tanta virulencia por el coronel Fontive-

---

(1) Lo dice Calvo y Rochina, autor no sospechoso, pág. 15, col. 1.ª—*Apéndice.*

(2) Así se lo escribió Nogueras al Sr. Calvo y Rochina, en 1844, desde Inglaterra, donde aquel se hallaba. Véase la *Historia*, apéndice, pág. 15, 2.ª col.

ros, por la opinion pública de España, por la prensa de todos los matices políticos, por algunos individuos del Estamento de Procuradores del Reino, presentó, como ya sabemos, la renuncia del importante cargo que desempeñaba, *porque era indispensable conservar el prestigio y la fuerza moral para ejercerlo con acierto* (1).

El Gobierno de Madrid no admitió la renuncia (2).

Nogueras, el que pidió la ejecucion de la mártir María...

Oh! El Gobierno de Madrid se mostró muy severo con D. Agustin Nogueras.

Mucho!—Desterróle, por algunos meses, á Alicante.

Tal fué la *justicia* que pudo lograr el desolado coronel Fontiveros.

Volvamos ahora á nuestra historia.

El coronel Añon, á la cabeza de las fuerzas carlistas, tomó el camino de Calatayud.

Y en las angosturas de Salvacañete, entre las montañas escarpadas y el rio Gaibiel, derrotó la vanguardia, que Forcadell mandaba, á una partida isabelina, y acuchilló á la caballería, que se atrevió á internarse en aquellas ásperas breñas.

Continuaron los carlistas la marcha sin que nádie les molestase (3).

Tres jornadas hicieron de doce, quince y veinte leguas.

Con los primeros rayos de la aurora del 12 de Marzo, salieron del pueblo de Ojos negros, donde habian descansado un dia, emprendiendo el camino de Calatayud.

Cabrera no estaba al frente de sus tropas, pero el brigadier Nogueras debió conocer en este dia que los solda-

---

(1) Palabras del mismo oficio de Espoz y Mina.

(2) *Gaceta de Madrid*, 9 de Abril de 1836.

(3) Calvo y Rochina, no menciona este hecho de armas.

dos carlistas de Aragon se hallaban á la altura, en el arte de la guerra, de los primeros soldados de España, merced al infatigable celo, á la sin igual perseverancia con que el general tortosino se habia dedicado, aun en medio de las mayores fatigas, á organizarlos convenientemente, á instruirlos en el ejercicio de las armas, á inspirarles ciega confianza en las órdenes de los jefes, á infundirles aliento y brio á pesar de todas las contrariedades, de todos los peligros.

En efecto.

Una columna muy numerosa, 3.000 peones y 400 ginetes, mandada por el brigadier Nogueras apareció en el confin de la extensa llanura por donde caminaban los carlistas, y comenzó á molestar la retaguardia de estos, comandada por el denodado Pertegaz y compuesta de los bravos cazadores de Tortosa.

Añon no quiso aventurarse en una batalla decisiva,—y obró con prudencia.

Pero lo difícil, lo casi imposible, era sostener en las filas correcta formacion en una retirada de cinco horas, hasta ganar la sierra de Monreal, si el enemigo lanzaba contra la fatigada infantería carlista la imponente masa de 400 caballos.

Y ello, sin embargo, era preciso.

Pertegaz le sugirió la idea de formar un cuadro en retaguardia con los valientes tortosinos que mandaba, esperar á pié firme las cargas de los ginetes enemigos, y proteger, casi asegurar, la retirada de los peones que á Forcadell obedecian.

Y así se realizó, con éxito admirable.

Si amagaba una carga la caballería enemiga, formábanse en cuadro los batallones tortosinos con ánimo resuelto de esperar á pié firme la ruda acometida de sus contrarios.

Pero ni éstos cargaron una sola vez con decision y arrojo, ni su infantería logró verse en buenas posiciones para molestar á la carlista.

Cinco horas duró la retirada, y no se perdió la formacion ni por un instante.

La division realista llegó felizmente á la montaña, cruzóla, ocupó la villa de Montalban, encastillóse en vários edificios sólidos, y esperó tranquila á la columna de Nogueras.

La columna no llegó.

Durmieron sosegadas las gentes de la division de Añon, después de una jornada de diez y siete leguas.

No se habia perdido un solo hombre: ni un enfermo, ni un herido, ni un rezagado.

Cabrera, cuando tuvo conocimiento de esta brillante retirada, felicitó con entusiasmo á sus fieles amigos Añon Forcadell y Pertegaz: «Nogueras,—dice un escritor isabelino, — conoció entónces que los carlistas se habian amaestrado en el arte de la guerra (1).»

No nos incumbe referir los combates de Mirálles y de Torner en Ares y Gandesa.

Ambos obraban, en aquel entónces, independientes del general Cabrera en el Maestrazgo y corregimiento de Tortosa, por más que algun cronista, ó lo que sea, haya afirmado que el último de estos dos jefes sitió la plaza de Gandesa en virtud de órdenes del caudillo tortosino.

Pero caeriamos en digresiones lamentables, de puro pesadas y repetidas, si tuviésemos el cuidado de rectificar uno por uno todos los errores que circulan en libros y

(1) Calvo y Rochina tampoco hace mencion de este suceso. Se le ocultaron muchas cosas al Sr. Calvo.

periódicos, novelas y romances, acerca del protagonista de esta obra.

Por eso habrán comprendido nuestros lectores que nos limitamos á rectificar los de más bulto, y áun éstos únicamente si se encuentran diseminados en páginas de historiadores graves, siquiera sean bien poco imparciales.

Era el 14 de Marzo.

Cabrera habia anunciado al coronel Añon que le esperase con sus tropas en la poblacion de Villarluengo, á cuyo punto deberia llegar el primero hácia las diez de la mañana.

Y llegó efectivamente.

Revelábanse en su pálido semblante las huellas del dolor; pero los inquietos ojos del general carlista brillaban con todo el fuego del entusiasmo.

Sus voluntarios le rodearon conmovidos, y le saludaron con ecos de alegría.

—Viva D. Ramon! —gritaron las filas cuando el brigadier Cabrera abrazaba cordialmente á su leal amigo el coronel D. Manuel Añon.

Y colocándose aquel al frente de su division, ordenó la marcha á la villa de Híjar.

Aquí debemos hacer memoria de un suceso horrible que vino á atizar el fuego, demasiado encendido ya, del rencor y de la saña entre los dos ejércitos combatientes.

Añon habia despedido á vários soldados del corregimiento de Tortosa, que, con la competente licencia de sus jefes, encaminábanse á sus casas, desarmados y al abrigo de oportunos disfraces, con el objeto de saludar á sus familias, pasar algunos dias en el seno del hogar doméstico y cobrar alientos nuevos para volver en seguida á las filas de Cabrera.

Iban, segun la gráfica expresion adoptada por éste, á *mudarse la camisa.*

Recorrian el país numerosas partidas de *migueletes* al mando de vários jefes que no dependian directamente de los generales isabelinos, pero que contribuian al buen éxito de las operaciones que éstos iniciaban y emprendian, bien uniéndose á ellos en circunstancias á propósito, bien hostilizando incesantemente á los carlistas, sobre todo á las partidas pequeñas.

El distintivo principal de los *migueletes* ó francos, como en otras partes se les llamaba, consistia en su rigor para con los infelices prisioneros.

No daban cuartel y fusilaban inmediatamente á todos los que caian en sus manos.

Verdad es que los realistas les pagaban cumplidamente en la misma moneda.

Siete de estos se dirigian á sus casas, como ya hemos dicho, para *mudarse las camisas*.

Tropezaron, para su desgracia, con la partida de *francos* que mandaba un indivíduo llamado el Oli, y fueron inmediatamente pasados por las armas.

Dice, en este punto, un escritor isabelino.

«No necesitaba Cabrera ningun recuerdo para cumplir el voto de sangre hecho en Valderrobres; si lo hubiera necesitado, acababan de renovárselo sus mismos enemigos. Verdad es esta muy dura, pero la historia es la luz de la verdad (1).»

Echaban leña en la hoguera: se llenaba de pólvora la mina en los instantes precisos en que estallaba cual volcan imponente con violencia horrible.

—Yo los vengaré!—dijo Cabrera, al saber la triste suerte que habia cabido á sus pobres soldados, frunciendo

(1) Calvo y Rochina no menciona este suceso.

las cejas de aquella manera siniestra que hacía temblar á sus mismos amigos.

Llegó la division carlista á la villa de Híjar.

Existe en el Ministerio de la Guerra una comunicacion del capitan general de Zaragoza, del mismo que habia publicado como heroicidad de Nogueras el suplicio de María Griñó, afirmando que el coronel Churruca, isabelino, habia atacado con 1.000 infantes á las tropas de Cabrera, consistentes en 4.000 peones y 200 ginetes, haciéndolas huir precipitadamente sobre el pueblo de Albalate, renovándose en este punto la accion con éxito desconocido (1).

Este parte contiene más inexactitudes que palabras.

No fué inserto en la *Gaceta*, pero como se hizo público su contenido, y aun creémos que se dió á luz en el *Boletin oficial* (nosotros no le hemos visto) de Zaragoza, debemos rectificarle.

Al llegar Cabrera á Híjar, anunciáronle que se acercaba una columna enemiga, mandada por el coronel segundo comandante, Sr. Churruca.

Y con el objeto de evitar un ataque en la llanura, para no luchar desventajosamente con la caballería isabelina, emprendió un movimiento hácia Albalate, tomó posiciones y esperó la acometida.

Churruca no atacó.

Habia comprendido sin duda la hábil combinacion del jefe carlista, y revolvió sus tropas hácia el mismo punto de donde habia salido.

Pero los ánimos se habian acalorado.

Una profunda cañada separaba las vanguardias enemigas; cambiáronse algunos tiros, extendióse más la lucha, se lanzaron dos compañías carlistas, al mando de dos ca-

---

(1) *Vida militar*, tomo II, Pág. 12.

pitanes hermanos; llamados Salvador y Cosme Perez, contra otras dos compañías de cristinos que obedecian á otros dos indivíduos de la misma familia de Perez, parientes pòr lo tanto de aquellos (¡triste resultado de las guerras civiles!), y consiguieron los realistas apoderarse de las alturas de la cañada, perdiendo, segun los partes de Cabrera, tres muertos y siete heridos.

Es de advertir, que el grueso de ámbas fuerzas enemigas observó atentamente la lucha parcial que se habia entablado entre las dos vanguardias, ó parte de ellas, sin mezclarse para nada en el combate.

Las tropas de Cabrera conservaron sus posiciones, y Churruca llevó las suyas á pernoctar en Híjar, no sin que la caballería carlista dejase de molestar á la retaguardia isabelina.

A esto queda reducida la verdad del suceso (1), anunciado con tanto ruido por el capitan general de Zaragoza; la *Gaceta de Madrid*, segun se ha dicho, no publicó la comunicacion.

Cabrera se dirigió en seguida á los montes de Beceite, donde permaneció hasta el dia 24, recibiendo á várias confidentes que habian llegado de la Huerta de Valencia.

Movió sus tropas el dia 26, pernoctó en Rubielos, descansaron los soldados el 27, y se puso en marcha el 28, sin dár á conocer el objeto de aquella expedicion, evitando los encuentros con algunas columnas que en diferentes ocasiones divisára, y procurando al mismo tiempo no acercarse á las poblaciones que hallaban en el camino.

Iba á la cabeza de casi toda la caballería y de tres batallones de infantería.

---

(1) *Vida militar*, pág. 11.—Calvo y Rochina tambien omite este conato de accion.

El coronel D. Manuel Añon, mandaba la primera; Don Juan Pertegaz, el primer batallon de Tortosa; D. Vicente Vardavío, el primero de Aragon, y D. Antonio Tallada, el primero de Valencia.

Caminó la hueste sin descanso durante el dia 28.

Al acercarse la noche, léjos de detenerse para que se entregasen las fatigadas tropas al descanso, recibieron órdenes de continuar incesantemente la marcha, cuyo fin ignoraban todos.

Y nádie se atrevia á hacer preguntas al activo y emprendedor jefe carlista.

Cabrera siempre habia tenido por muy seguro, que el éxito de las operaciones militares dependia muchas veces de la actividad en ejecutarlas, una vez preparadas con acierto.

Y creia al mismo tiempo que, rodeándose de cierta especie de misterio, áun para sus más fieles allegados, rara vez podrian frustrarse sus bien combinados planes.

Hallábase exhausto el país donde hacía la guerra, despues de dos años de exacciones, lo mismo por su parte y la de sus subordinados, que por parte de las columnas cristinas.

Y necesitaba recursos abundantes para llevar á cabo los proyectos que habia preconcebido.

¿Cómo buscarlos en el Bajo Aragon ó en la Plana de Valencia, cuyos pueblos eran víctimas de la fratricida lucha desde 1834, y cuyos recursos apénas bastaban para las primeras necesidades de los moradores?

Armas, caballos, víveres y metálico necesitaba, y no podia recoger estos artículos sino en un país que, además de ser hostil á la bandera legitimista, no hubiese sufrido tan duramente, como los pueblos del Bajo Aragon ó del Maestrazgo, las calamidades de la guerra.

Por eso pretendió invadir la huerta de Valencia, aparecer como por encanto delante de la rica villa de Liria cuando se le creia encerrado en los puertos de Beceite, sorprenderla, apoderarse de un botin inmenso y volver con los despojos de tan audaz correría al teatro antiguo de sus hechos, si así le conviniese.

Por las filas de la hueste de Cabrera circulaba la órden de silencio.

—Silencio!—decia el jefe, repetian los oficiales y murmuraban apénas los soldados.

Y sólo se oia el rumor acompasado de la marcha de la atrevida columna.

Al amanecer del dia 29 se divisaron las puertas de la tranquila poblacion.

La jornada habia durado nada ménos que veinte horas, con un breve descanso.

La villa de Liria dista escasamente cuatro leguas de Valencia, y está situada en un valle pintoresco, entre dos fértiles colinas que la ciñen de Norte á Oriente.

Pero en aquellos dias de revueltas civiles, y luchas, y sorpresas, apénas habia una poblacion de mediana importancia en toda la Península, principalmente en las provincias del Norte y del Este, que no estuviese acondicionada para soportar un sitio de cuatro ó seis dias,—los bastantes, sin embargo, para recibir socorros de cualquiera de las infinitas columnas volantes que cruzaban por todas partes, y cuyo auxilio se reclamaba por medio de expertos confidentes.

Liria, del mismo modo, parecia una pequeña plaza fuerte, construida dentro de una muralla aspillerada, la cual se habia levantado por delante de varios edificios sólidos, que ya existian, y convenientemente fortificados para resistir á las huestes carlistas, en caso de un ataque.

Defendíanla, y ocupaban los edificios, la muralla y las puertas de ésta, los milicianos nacionales, quienes parece que habian declarado al Gobierno de Madrid que ellos solos bastaban para defender la villa, estando decididos á batirse hasta el último extremo.

Dejemos ahora hablar al mismo Cabrera, trascribiendo íntegro el parte que remitió al Ministro de la Guerra de D. Cárlos V acerca de esta sorpresa.

No hablamos por nuestra propia cuenta en este suceso. Los historiadores isabelinos le presentan manchado de sangre: Cabrera, por el contrario, le refiere con su sencillez acostumbrada.

Copiarémos primero el parte de este jefe.

«Comandancia general interina del Bajo Aragon.—Excmo. Sr.—Con ánimo de hacer una expedicion á la parte de Valencia,.... á las once de la mañana del 28 (Marzo) me puse en marcha con el fin de sorprender el pueblo fortificado de Liria, que defendian muchos nacionales de infantería y caballería, y al efecto marché de un tiron (y sin más descanso que una hora en Alcubias) veinticuatro horas de camino, hallándome el 29 ántes de amanecer á la vista de las murallas de Liria, donde dispuse que el coronel D. Manuel Añon y el comandante de primero de Aragon, D. Vicente Vardavío, invadiesen los pueblos de Villamarchante, Benaguacil, la Puebla y Benisanó, con instrucciones para la requisicion de caballos, armas y monturas, y la exaccion de metálico en aquellos pueblos que nada habian sentido por nuestra parte en la duracion de la guerra. Acto contínuo tomé cuantas disposiciones creí oportunas, y ordené al comandante don Juan Pertegaz que, con su batallon, primero de Tortosa, penetrase en el pueblo, y que el de Valencia tomase las avenidas para que la sorpresa fuese completa: lo que efec-

tuado, puedo asegurar á V. E. que lo fué sin ninguna desgracia por mi parte. Ocupé el pueblo, y con la misma facilidad lo hizo el coronel Añon, siendo el resultado de esta penosa jornada el haber hecho 67 prisioneros entre urbanos y francos, haberles ocupado 1.109 fusiles, 207 caballos, muchas monturas, algunas lanzas, tercerolas, sables, pistolas y otras armas, y el haber muerto unos 30 urbanos, que, obstinados en defenderse inútilmente, la caballería los acuchilló. Cargado el botin y montados los caballos por voluntarios.... he regresado á este punto.... donde pienso descansar mañana, para seguir después la expedicion segun la tengo proyectada.—Es cuanto debo noticiar á V. E., etc.—Dios guarde, etc.—Cuartel general de Villar del Arzobispo 29 de Marzo de 1836.—Excelentísimo Sr.—*Ramon Cabrera.*—Excmo. Sr. Ministro de la Guerra (1).»

Tal es el parte del jefe carlista.

En él, como habrán observado nuestros lectores, no se hace sino mencionar que treinta temerarios urbanos, obstinados en defenderse, fueron acuchillados por la caballería carlista.

Tampoco se habla de saqueo: recogiéronse muchos efectos de guerra, no sólo en Liria, sino en los pueblos de Benaguacil, Benisanó y otros varios, y en todos ellos se exigió cierta contribucion en metálico, cuya exaccion dista mucho del saqueo.

Mas si cogemos ahora la *Gaceta de Madrid* (2), hallarémos que, segun el capitan general de Valencia, Liria fué sorprendida en la madrugada del 29 de Marzo por las facciones reunidas al mando de Cabrera, saqueada horro-

---

(1) *Vida militar*, por B. Cordova.—Tomo II, pág. 281.
(2) Del 11 de Abril de 1836.

rosamente, muertos varios vecinos, y presos veintisiete nacionales y algunos contribuyentes de la misma villa.

Y si nos tomamos el trabajo de recorrer los escritos de la multitud de cronistas de Cabrera, seguramente que, en este suceso, como en otros muchos que ya referirémos, no se hallarán dos testimonios iguales, ni siquiera parecidos.

Miéntras un escritor refiere sencillamente la sorpresa de Liria con arreglo á documentos que le proporcionara el mismo Cabrera, limitándose después á apuntar algunas palabras de la *Gaceta de Madrid* relativas á esta sorpresa, para que el lector elija entre ámbos opuestos partes, hay otro escritor, tambien liberal como el primero, que dice lo siguiente:

«Todos los rigores de la guerra cayeron sobre las poblaciones de Liria, Benaguacil y Villamarchante, cuando fueron ocupadas por los carlistas el 1.° de Abril (1)..... Nada perdonaron los invasores para sacar partido de su expedicion y aterrar á los milicianos del país. Además de que en dichos pueblos sacaron más de 10.000 duros, 500 fusiles, 8.000 cartuchos y 200 caballos, fusilaron cinco nacionales de Benaguacil, siete de Villamarchante y ocho de Liria, extendiéndose en este último punto los horrores padecidos hasta el caso de ver sus moradores saqueadas muchas casas, sin excepcion por el partido á que sus dueños perteneciesen (2).....»

Tan diferentes son estas afirmaciones de unos y de otros, que, deseando fijar la verdad en tal asunto, nos hemos di-

(1) Con perdon del Sr. Calvo y Rochina, esta fecha no es exacta.—Liria fué ocupada el 29 de Marzo, y desalojada en el mismo dia á las cuatro y media de la tarde.

(2) Calvo y Rochina.—*Historia*, pág. 13 del *Apéndice*.

rigido á personas respetables, con cuya amistad nos honramos, que se hallaron en las filas contrarias de Cabrera y Palarea al ocurrir la sorpresa de Liria. Y no sin sentimiento hemos desistido de nuestro noble propósito, al observar que aún se conservan demasiado ardientes, y renovados quizás en estos últimos años, los antiguos rencores políticos.

Dia llegará en que la Historia habrá de grabar en sus páginas la verdad inalterable.

Lo mismo sucede con respecto á las ejecuciones realizadas en Chiva.

Y téngase presente, ántes de todo, que la guerra era á muerte, que no se daba cuartel en un campo ni en otro, que Cabrera estaba aún bajo la presion dolorosa del asesinato de su madre.

Ahora bien, dice un cronista:

«En Chiva se clasificaron los prisioneros, y sometidos á un consejo de guerra verbal, fueron pasados por las armas el dia 31, después de recibidos los auxilios espirituales (1).»

Y dice otro historiador:

«Desde Liria continuó la columna carlista, llevando todo á sangre y fuego, hasta Cheste y Chiva. En este último punto fusilaron, no sólo los rehenes sacados de Liria, sino tambien algunos otros vecinos, nacionales del mismo Chiva (2).»

Pero estos sucesos dolorosos, vienen á ser como la cosa necesaria de las civiles revueltas.

El tratado de Lord Eliot no regia en el Bajo Aragon, ni en Valencia.

---

(1) Córdova—*Vida militar*, tomo II, pág. 17.

(2) Calvo y Rochina—*Historia*, pág. 13 del *Apéndice*.

Los dos partidos beligerantes se odiaban á muerte, y así como el objeto predilecto del odio de los carlistas eran los urbanos y francos, así tambien éstos aborrecian cordialmente á aquellos: ni unos ni otros se daban cuartel en el campo del combate.

En nuestro deseo de ofrecer á los lectores de esta Historia los datos más exactos, no podemos ménos de referirnos á testimonios de escritores de ámbos partidos, liberal y carlista.

Lo sensible es que, á pesar de todo, la verdad quede oscurecida todavía.

Cabrera entró, en 1.º de Abril, en el pueblo de Siete-Aguas.

Y sintiéndose acometido por una violenta fiebre, acostóse inmediatamente.

Entre tanto, sus tropas descansaban.

Pero no debian permanecer inactivas por mucho tiempo.

Hallábase el general Palarea en el pueblo de Onda, el 28 de Marzo, á la cabeza de 1.200 peones y 100 ginetes, cuando supo que la division carlista, no deteniéndose en la villa de Bejis, habia emprendido la marcha hácia el campo de Liria.

Era entónces comandante general de Valencia D. Mariano Breson.

Á él se dirigió Palarea, en el mismo dia, reclamando auxilios para reforzar su columna, cubrir la capital y los almacenes de pólvora de Burjasot, y acometer con ventaja á la hueste carlista.

Esperó la contestacion del general Breson, pernoctando el 31 de Marzo en el pueblo de Manises, y en este pueblo, al dia siguiente, se le reunieron nueve compañías de milicianos nacionales de Valencia, mandadas por el comandante del provincial de Leon, D. Pedro A. Hidalgo.

Y á las siete de la mañana del 2, Palarea tomó el camino de Chiva.

No se descuidaba miéntras tanto el brigadier Cabrera.

Enfermo y todo, recibió noticias exactas, por medio de sus confidentes, de la proximidad de Palarea, y del refuerzo que el general cristino habia recibido de Valencía.

Dícese que Cabrera tuvo un presentimiento desfavorable, á pesar del ánimo que demostraban sus allegados, quienes deseaban por momentos medir de nuevo sus armas con el general que les habia derrotado en Molina.

Pero la verdad es que, aunque Cabrera revelaba en el rostro sus padecimientos, pues la fiebre se habia aumentado, y apénas contaba con fuerzas para montar á caballo, vistióse al punto, cubrióse con una capa encarnada, tomó algunos sorbos de caldo, mandó tocar al arma, y, colocado al frente de sus tropas, caminó sobre Buñol, al encuentro de las fuerzas de Palarea, á las nueve de la mañana del mismo dia 2.

Tenemos á la vista los partes oficiales de los dos jefes enemigos, y con arreglo á ellos, sin faltar á la verdad por nada ni por nádie, describirémos extensamente la jornada de Chiva, acaso la más sangrienta en 1836.

Avistáronse las fuerzas enemigas entre esta poblacion y Requena, no sin que la vanguardia de Cabrera acuchillase á una descubierta del general Palarea.

Éste, segun resulta de su comunicacion (1) al Ministro de la Guerra, colocó sus fuerzas del siguiente modo:

Tres columnas indepedientes, pero situadas de manera que pudiesen apoyarse en caso necesario, formaron la línea de batalla.

Mandaba la columna primera el coronel D. Gonzalo de

(1) Puede leerse en la *Gaceta de Madrid*.—11 de Abril de 1836.

Cánovas, y componíanla el batallon provincial de Lorca, y una compañía de provinciales de Leon.

La segunda columna, que ocupaba el centro de la línea, obedecia al teniente coronel D. José Valtorna, y estaba compuesta de seis compañías del Fijo de Ceuta, gente aguerrida y brava, que inspiraba la mayor confianza al general Palarea.

Y en la columna tercera, al mando del coronel Hidalgo, ya citado, formaban tres compañías del primer batallon de nacionales valencianos, otras tres del segundo y dos más del único batallon de artillería de á pié que existia en la hermosa ciudad del Túria.

La caballería, que constaba de 250 ginetes, la mitad del regimiento del Rey y la otra mitad de la Milicia Nacional de Valencia, situóse en batalla, á retaguardia del flanco izquierdo de la infantería, dispuesta á acudir donde se hiciese necesaria.

Cabrera, entre tanto, ordenó las evoluciones siguientes:

Como llevaba 200 caballos que habia recogido en Liria, Benaguacil y Villamarchante, mandó que fuesen ocupados por los cazadores y granaderos.

Para poner á salvo el rico botin de la expedicion á Liria, dispuso que los carros y bagajes verificasen un rápido movimiento hacia la izquierda del enemigo, de modo que se pusiesen á retaguardia de la línea de batalla.

Y con el fin de ganar las alturas de Requena y ocupar en ellas formidables posiciones, ántes que se aproximasen las columnas de Palarea, ordenó tambien que las compañías preferentes de los tres batallones corriesen á ocuparlas, y que lo restante de las fuerzas caminase en posicion paralela á proteger el movimiento de aquellas.

Conoció Palarea la intencion del caudillo carlista, y quiso ocupar las mismas posiciones.

Era ya tarde.

Cabrera adivinó á su vez la intencion del enemigo; y gritó con entusiasmo á las compañías:

—A la carrera!.... Que llegan ántes que nosotros.....

Y metiendo espuela á su caballo, atravesó como una exhalacion eléctrica por delante de sus batallones, llegó á las compañías, infundióles brio con su aliento y tomó las alturas de que anhelaba posesionarse para evitar las cargas de la caballería isabelina.

Las tropas de Palarea quedaron á medio tiro de fusil, casi al pié de las alturas.

Y preciso es confesar que se portaron como valientes españoles.

El general cristino desplegó sus batallones en son de ataque, mandó que avanzaran en silencio sin contestar al horroroso fuego de los carlistas, y poniéndose él mismo al frente de los soldados del Fijo de Ceuta, lanzáronse todos á la bayoneta, protegidos por la caballería, á fin de desalojar á aquellos de las fuertes posiciones que habian conquistado.

Los carlistas les recibieron con tres descargas cerradas, á quema-ropa, que causaron horribles estragos en las compactas filas de los batallones de Palarea.

El camino era quebrado, interrumpido á cada paso por breñas y angosturas de difícil acceso, y tendido por una pendiente bastante pronunciada.

Y como los realistas se defendian bizarramente y disputaban el terreno palmo á palmo, aunque fueron arrollados, una vez por el brusco ataque de los cazadores de Palarea, apoyáronse en otra posicion más elevada, y luego en otra tercera más fuerte todavía, y así, escalonándose en seis ó siete posiciones diferentes y resistiendo en todas con arrojo y valentía á las bayonetas de Palarea, llegaron á la cum-

bre de la montaña y emprendieron en seguida, y con bastante desórden, movimientos de retirada.

Cabrera estaba allí para infundir serenidad en los suyos y contener en un principio aquel conato de fuga, que habria podido serle muy funesta si se hubiese declarado en derrota.

Corre al centro de sus soldados, los arenga, envia á várias compañías á ocupar un monte cercano para asegurar la retirada, coloca á retaguardia su caballería á fin de proteger á los peones, y consigue, por último, no sólo reprimir el desórden, sino realizar con éxito feliz su movimiento, siendo poco molestado por los ginetes de Palarea.

Tal fué la accion de Chiva.

El general cristino comunicó desde Cheste el resultado de ella al comandante general de Valencia, y el Gobierno de Madrid publicó en *Gaceta extraordinaria* (1), la comunicacion del jefe, creando luego una condecoracion para los soldados que asistieron al combate.

No habia, sin embargo, motivo para tanto.

Cabrera, cuya temeridad en la batalla rayó en locura, corriendo á todos lados para acudir á las necesidades más urgentes, y animar á sus tropas, y dictar disposiciones, y ordenar la retirada, y salvar el rico botin que conducian sus bagajes,—sirviendo de seguro blanco á los cazadores de Palarea, por el color encarnado de la capa en que iba envuelto, y cuya capa, acribillada á balazos, hubo de quitarse como prudente medida,—Cabrera, decimos, se retiró del campo consiguiendo el objeto que se habia propuesto al emprender la expedicion á Liria: arrastraba consigo un botin riquísimo y no habia perdido con

(1) Fecha 5 de Abril.—El parte detallado puede leerse en la *Gaceta* del 11.

la retirada de Chiva, ni uno solo de los pesados carros que le seguian.

Verdad es que el general D. Juan Palarea, llamado desde entónces el *Vencedor de Chiva*, habia tomado valientemente las posiciones que ocuparan los carlistas, quedando dueño del campo de batalla; pero tambien lo es que esta pequeña ventaja—dado que Cabrera consiguió retirarse ordenadamente y llevando por delante sus furgones—costóle bien cara al general isabelino.

Y aquí nos vemos perplejos para señalar las pérdidas de cada division combatiente.

Miéntras Cabrera anunciaba al Conde de Villemur (1) que «habia dejado 29 voluntarios muertos en el campo de »batalla y 23 prisioneros con dos oficiales, de los cuales »se escaparon cinco (total: 21),» Palarea hacía saber al general Breson (2) que «el resultado de tan brillante jor»nada habia sido quedar tendidos en el campo de 250 á »300 rebeldes, con muchísimos heridos,» afirmando que su pérdida consistia «en cuatro muertos de los batallones »de Lorca y Ceuta, y algunos heridos.»

Historiadores isabelinos desmienten no obstante al general Palarea.

Hé aquí lo que dice uno de ellos, á quien no se le puede motejar de simpático por la causa carlista, y cuyos errores de mayor bulto hemos hecho notar en diferentes ocasiones:

«Palarea, ya por el cansancio de sus soldados, ya porque lo que le pareció victoria le habia costado muy caro el adquirirla, bajó á Chiva miéntras Cabrera salia de la

(1) Desde el pueblo llamado Sot de Chera, en 3 de Abril de 1836.

(2) Véase el parte ya citado.

provincia en que tan bien le habia salido su estrategia....

»Pasaron de 700 los cadáveres encontrados en el campo de la batalla referida, pertenecientes á una y otra parte beligerante, siendo dicha accion una de las más reñidas de la guerra (1).»

Deseosos nosotros de conocer la verdad, para tener el gusto de ofrecerla á nuestros lectores, nos hemos acercado á un caballero muy respetable, amigo particular del autor de esta obra, que se halló en la accion de Chiva, siendo sargento del regimiento del Rey (2); por él sabemos que las pérdidas de Palarea igualaron, si nó excedieron, á las del jefe carlista.

No debemos pasar en silencio, para ser justos, puesto que hemos apuntado los fusilamientos que ordenó Cabrera en Chiva, por muy doloroso que sea recordar estos sangrientos episodios de la última lucha, que el general Palarea mandó pasar por las armas á los prisioneros carlistas (3).

Y vamos ahora á tributar un elogio, merecido por cierto, al brigadier Cabrera.

En otra ocasion hemos dicho el interes especialísimo que le inspiraban los heridos (4).

Véase una prueba evidente.

«Una de las causas—dice un cronista—por qué el jefe empezó á cedér el campo á su contrario (en la accion de Chiva), fué por no aventurar, ni el rico botin que llevaba en sus bagajes, ni el convoy de sus heridos....

---

(1) Calvo y Rochina.—*Historia*, pág. 164.

(2) No tenemos autorizacion para revelar su nombre.—Dicho caballero desempeña hoy un destino en cierto Ministerio.

(3) Calvo y Rochina, loc. cit.

(4) Véase el cap. VIII, páginas 89 y siguientes de este libro.

»Tomó Cabrera la direccion de Loriquilla después de la accion con Palarea, sabiendo que eran los únicos pasos posibles del rio Túria, y como le aconsejasen algunos de sus allegados que, en atencion á que les urgia llegar pronto á poner en salvo cuanto habian recogido en la expedicion, y no podian avanzar en las jornadas porque el paso del convoy de heridos se lo impedia, eran de parecer abandonasen éstos por aquellos pueblos, y en sus bagajes salvasen el material de municiones y demás, que tanta falta les hacía.

»Cabrera escuchó silencioso este aviso, y como acertasen á pasar en el momento por delante de algunos bagajes que conducian á los heridos, volviéndose á sus consejeros, les dijo:

—Si cuanto va en los otros bagajes fuese oro, y no pudiese salvarlo ni salvarme á mí mismo sino abandonando un solo herido á su buena ó mala suerte, preferiria perderlo todo y perderme, con tal que el herido no quedase expuesto á las contingencias de caer en manos de quien, conforme podia mirar en él á un hermano, tambien pódia tratarlo como á enemigo, sin meditar en su estado (1).»

Generosas palabras que valen más que una victoria!

Y no fué esto sólo.

Comprendiendo que los infelices heridos podian acomodarse con más alivio en varios trasportes anchos que llevaba atestados de despojos, dió órden para que se arrojáran sobre el camino los pesados fardos, y en su lugar se prepararon algunos cómodos reclinatorios para los dolientes más graves.

Tambien aquí se repitió aquella accion generosa que efectuára en la retirada de Molina, cuando fué obligado á

(1) *Historia*, pág. 166.

huir delante de las fuerzas del mismo general Palarea.

Como viese á un desgraciado tortosino que no podia andar por tener lastimados los piés, le dijo apeándose de su caballo:

—Monta, valiente.

Y le ayudó á subir y colocarse en la silla, no desdeñándose de hacer á pié una larga jornada, á pesar de que aún no estaba repuesto de la fiebre que le acometiera en el pueblo de Siete-Aguas.

Por estos hechos y por el cariñoso trato que empleaba con sus bravos soldados, éstos le adoraban y tenian en él una confianza sin límites.

Llegaron, por último, sin novedad al pueblo de Fortanete (Aragon), donde se unió á la division expedicionaria la fuerza que habia quedado al mando de Quílez, no sin dejar ántes en territorio de Valencia á D. Miguel Sancho (el *Fraile de Esperanza*), con una partida de 70 soldados, naturales del país, á fin de preparar y fomentar una sublevacion en favor de D. Cárlos V (1).

Entónces fué cuando decidió Cabrera fortificar la villa de Cantavieja.

Frustráronse diferentes proyectos que el jefe carlista, con ayuda de activos agentes, habia intentado poner en práctica para apoderarse de alguna plaza fuerte.

Peñíscola, Tortosa y Morella eran el objeto de sus deseos más vehementes.

Pero descubriéronse á tiempo, en virtud de delaciones de los mismos comprometidos, los planes preparados para

(1) Este oficial carlista no habia sido *fraile*. Llamábanle el *Fraile de Esperanza* por apodo que conservaba desde la niñez. —Sin embargo, el Sr. Calvo le nombra algunas veces el *fraile Esperanza*, otras *Fr. Esperanza* y várias el *Padre Esperanza*.

conseguir las sorpresas de las plazas, y Cabrera pensó entónces en fortificar un punto conveniente, á fin de construir é instalar en lugar seguro los hospitales, las fábricas de pólvora, los almacenes de municiones y de víveres.

Además, era su sueño dorado la posesion de algunas piezas de artillería.

Ya Torner, por iniciativa de Cabrera, habia usado en el ataque de Gandesa de una pieza de madera, perfectamente reforzada con sólidos aros de hierro, á manera de abrazaderas exteriores; mas reventó al primer disparo (1) y no volvieron aquellos jefes á intentar la construccion de semejantes piezas de artillería.

Ahora deseaba el brigadier carlista crear en Cantavieja, después de fortificar la villa, una pequeña maestranza, taller de fundicion, mejor dicho, que le proporcionase una batería de pequeño calibre, y en cuyo taller, al mismo tiempo, se compusiesen las armas deterioradas.

Cantavieja era una linda villa de 2.000 habitantes perteneciente á la provincia de Aragon, á 25 leguas N. de Zaragoza y 17 de Alcañiz.

Situada en terreno áspero y montuoso, aislada por un lado con un profundo barranco que la separa del pueblo de Fortanete, ceñida de viejas murallas y dominada por un antiguo castillo que se eleva sobre escarpados peñascos, era en verdad un punto importante que habia hecho fijar, en más de una ocasion, las miradas de D. Ramon Cabrera.

Y aquí debemos decir que tambien se habia atraido la observacion de los jefes cristinos, pues parece que el brigadier Nogueras pensó en fortificarla.

---

(1) Calvo y Rochina aparenta creer que era una batería, no una pieza, y que hicieron buenos disparos. *Historia*, pág. 158 y 159.



La verdad es que Cantavieja, además de estas circunstancias, reunia otras no despreciables: en su término existian abundantes pastos, ricos pinares y hospitalarias *masadas*.

Cabrera, pues, teniendo en consideracion las ventajas que aquella villa le ofrecia, determinó crear en ella el centro de sus operaciones militares.

Y como la ejecucion de los proyectos que concebia su génio emprendedor y activo era inmediata, ocupó la poblacion con dos ó tres compañías de cazadores tortosinos, sus soldados predilectos, abasteciόla de víveres, acopió en almacenes el material que poseia de su expedicion á Liria y el que diariamente le proporcionaban las partidas volantes, é instituyó una fuerte brigada de operarios que se ocupó desde luego en reparar las fortificaciones antiguas, construir otras nuevas y poner, en fin, la villa en regular estado de defensa.

Miéntras tanto, y para que las columnas enemigas no estorbasen la realizacion de sus proyectos, dividió las fuerzas en tres partidas numerosas, enviando una al mando de Quílez al Bajo Aragon; otra, á las órdenes de Forcadell, á la Cénia; y la tercera, bajo la conducta del bravo comandante D. Luis de Llangostera, á Beceite—con el fin de llamar en pos de ellas la persecucion del enemigo.

Y justo es convenir, con un historiador, en que obraba con acierto.

Porque estando enclavada Cantavieja en el centro del país que era, por lo regular, el teatro de las operaciones de Cabrera, podria este caudillo encontrarse allí en situacion de acudir instantáneamente al punto donde su presencia se hiciese necesaria (1).

---

(1) Así juzga el Sr. Calvo y Rochina.

Veinte dias apénas duraron los trabajos, y Cantavieja quedó fortificada.

Esto, para Cabrera, ya era algo: él no descansaria hasta dejar bien cumplidos sus proyectos.

Hagamos, para concluir este capítulo, el retrato del bravo caudillo tortosino.

Tenia por entónces veintinueve años: su estatura, regular; su cabeza, de proporcionadas dimensiones, cubierta con espeso pelo negro; negras tambien, arqueadas, y casi juntas eran sus cejas, cuyo fruncimiento por el enojo inspiraba respeto y hasta miedo á sus interlocutores; la frente despejada y tersa; los ojos negros, inquietos y brillantes, y cuya mirada parece que fascina; la nariz, de medianas líneas, con lóbulos redondos y anchas ventanas; la boca regular y los lábios un tanto gruesos; el bigote negro y pequeño; los dientes blancos y bien esmaltados; la barba saliente y el color de la piel amarillento.

Era un verdadero tipo árabe—dice un cronista que le trató mucho después de terminada la guerra.

Y aunque apareciese señalada su fisonomía con cierto aspecto de severidad, que imponia á primera vista, se hacia jovial y hasta festivo en las conversaciones particulares, cuando no le agitaba algun pensamiento vehemente.

Dotado de un temperamento enérgico, sanguíneo-nervioso, era el retrato de esos hombres que, segun la gráfica pero exacta locucion del vulgo, *no pueden estarse qnietos*.

Andaba siempre múy á prisa, ladeando el cuerpo, como si tuviese dañados los piés, y cuando montaba á caballo, si no tenia precision de ir á la cabeza de sus soldados, marchaba al galope, cual si fuese arrebatado por un vértigo.

De sólido juicio, mucha imaginacion, y bastante memoria, oia en silencio las opiniones de sus amigos y oficiales, y después decidia con palabras enérgicas y breves.

Tal era el brigadier Cabrera en 1836.

Su traje siempre fué sencillo.

En los primeros tiempos de la campaña usaba de una gorra azul ó encarnada que se parecia á la *boina* vascongada; zamarra negra en todo tiempo, fuerte en invierno y finísima en la época de los calores; chaleco azul, con botones dorados; pantalon del mismo color, ó grana, botas y guantes anteados.

Algunas veces usaba de capa blanca; pero cási siempre preferia capa de color encarnado.

Después que fué nombrado comandante general del Bajo Aragon, vestía una levita ó casaca azul, pero sin abandonar por eso la zamarra.

Ya en 1836 se ponia *boina* encarnada ó blanca, con borla y galon de oro.

Estas eran sus únicas insignias militares, porque sus distintivos especiales eran la capa y el látigo ó palo en la mano, en vez de espada ó sable que casi nunca sacaba de la vaina.

Bajo la tienda, sus costumbres eran sencillas tambien y frugales.

Desayunábase con chocolate ó migas, comia á las doce el puchero castellano, dos platos, postres, y medio cuartillo de vino mezclado con agua.

Cenaba al anochecer una ensalada, un plato y dos postres.

Después de cenar fumaba y solia quedarse dormido con el cigarro en la mano.

Pero su sueño era tan breve como el de un anacoreta, no pasando por lo comun de cuatro ó cinco horas, inter-

rumpido á menudo por los avisos de multitud de confidentes á quien él sólo recibia y él daba instrucciones directamente.

Y se supone que en el ejercicio de estas costumbres no guardaba una regularidad perfecta, sino que las practicaba en los dias de descanso, los cuales, segun se desprende de la narracion histórica, eran bien pocos (1).

No se nos culpe de triviales por haber empleado una página en reseñar estos detalles minuciosos, cuando ha habido escritores que han empleado algunas más en atribuirle disolutas costumbres y desordenada vida, describiendo orgías y bacanales que inventaba el ódio político.

Los hombres que se elevan, á fuerza de su génio, por encima de la pobre esfera del vulgo son siempre objeto de contrarios y exajerados juicios.

Lo difícil es la verdad.

---

(1) Todos estos detalles están cási copiados al pié de la letra de la *Vida militar*, pág. 261 y siguientes.

CAPITULO XIV.

Inaccion aparente. — Forcadell. — Quilez. — Torner. — Llangostera. — Mirálles. — Proyectos de Cabrera. — Alcotas. — Dos partes.

Desde el dia 20 de Abril hasta los primeros del mes de Junio, nádie oia hablar de nuevas sorpresas ó de acciones reñidas ejecutadas por el brigadier Cabrera.

Y como todos conocian la actividad infatigable de que estaba dotado el génio emprendedor del jefe carlista, la reclusion á que, al parecer, se habia aquel reducido voluntariamente traia más inquietos los ánimos de los liberales, y aun del mismo gobierno madrileño, que las noticias recibidas todos los dias de los encuentros y combates sostenidos con las tropas de la Reina.

Preguntábanse:

— Qué hace Cabrera? Dónde está? ¿Cuáles serán ahora sus proyectos?

Y nádie se contestaba satisfactoriamente.

Aunque se presumia, con fundados temores, que aquella inaccion era aparente.

Y lo era en efecto.

Cabrera se encerró en Cantavieja, presidia él mismo los trabajos de fortificacion, premiaba á los diligentes, imponia castigos á los morosos, alentaba á todos con esa febril actividad con que llevaba á feliz acabamiento los proyectos útiles que su mente concibiera.

Y cuando ya Cantavieja estuvo fortificada, á cubierto por lo menos de un golpe de mano, y protegida por algunas compañías de buenos tiradores, creó un hospital para los heridos y enfermos de sus huestes, que eran el objeto preferente de los cuidados y atenciones del jefe carlista.

Hasta entónces estos infelices habian estado ocultos en un pequeño asilo que mandó preparar Cabrera en las fragosidades de Beceite (1); pero como el número de ellos aumentaba diariamente y el local no ofrecia colocacion para todos, no era raro encontrar las cavernas y las masías de los puertos llenas de enfermos y heridos carlistas, expuestos, por lo tanto, á muy fatales contingencias de cualquiér género, por el aislamiento forzoso en que se les dejaba.

Acabóse el hospital de la villa, y Cabrera mismo se encaminó á los puertos de Beceite, visitó á los heridos, dió órdenes oportunas para que fuesen trasladados sin graves molestias y les animó con frases cariñosas y dulces á sufrir los dolores de su triste estado.

Los infelices le contestaban con lágrimas de agradecimiento, y concluian siempre con su entusiasta grito;

— Viva D. Ramon!

Á cuya aclamacion espontánea respondia el leal Cabrera, arrancándose la boina de la frente y asiendo con la mano derecha la empuñadura de su espada:

---

(1) Véase la pág. 90 de esta obra, cap. VIII.

—Viva el rey D. Cárlos V!...

No fué sólo el hospital el objeto de sus cuidados.

Tambien en Cantavieja dispuso almacenes, segun hemos dicho, para la conservacion de víveres y municiones; restableció las *Academias*, por tanto tiempo interrumpidas á causa de la movilidad incesante de sus huestes; creó un depósito de reclutas, donde éstos inauguraban su instruccion militar; preparó los elementos indispensables para la creacion de la maestranza ó fundicion que proyectaba, sin olvidarse de instalar á su lado una fábrica de pólvora.

D. Jaime Camps, que disfrutaba del empleo de comandante entre los cazadores tortosinos y que merecia la confianza y amistad del caudillo, recibió el nombramiento de gobernador militar de Cantavieja.

Y á fin de desembarazarse de algunos fútiles cuidados que le asediaban ordinariamente, y cuya atencion le robaba muchas veces un tiempo muy precioso, en perjuicio quizás de los operaciones militares, confió á cuatro capitanes de distintos batallones, bajo la presidencia de don Enrique Montañes, el encargo de velar por el exacto cumplimiento de sus órdenes.

Otros proyectos revolvia en su mente, y de los cuales no nos olvidarémos en tiempo oportuno.

Y verán nuestros benévolos lectores que razon tenian los jefes de las columnas isabelinas para preguntarse con extrañeza:

—Dónde está Cabrera? Qué hace? ¿Cuáles serán ahora sus proyectos?

Entre tanto, recorrian aquel territorio las fuerzas carlistas, divididas en várias columnas y al mando de Forcadell, Torner, Quílez, Mirálles, Llangostera y otros jefes, llevando en pos de sí la atencion del enemigo, con el

objeto de que no la fijase en Cantavieja, y sosteniendo con él numerosos combates, más ó ménos felices y desgraciados, más ó ménos reñidos y sangrientos.

Y como creemos oportuno hacer una reseña, siquiera sea breve, de los resultados obtenidos durante este período por las fuerzas de Cabrera, parécenos tambien que ha llegado el momento de dar á conocer á algunos jefes carlistas que gozaban de legítima nombradía en el territorio de la comandancia general de Aragon.

Forcadell.—D. Domingo Forcadell era amigo y compañero del caudillo tortosino desde el principio de la guerra.

Nacido en Ulldecona de padres labradores, comenzó por ser voluntario realista, y llegó, dando ejemplo de valor y disciplina, á teniente de caballería en el ejército de Fernando VII, hácia el año 1821, durante la segunda época constitucional, alistándose en las filas que mandaba en el Maestrazgo el famoso D. Roman Chambó, quien le nombró su ayudante.

Uno de los primeros que se presentaron en Morella, en 1833, á las órdenes del desventurado Baron de Hervés, trabó en seguida relaciones de amistad con el ex-estudiante de Tortosa, que no se enfriaron ni por un momento en medio de tantas contrariedades.

Cuando fueron sorprendidos los restos carlistas de Calanda en las cercanías del pueblo de Chodos (1) por los provinciales de Leon, Cabrera y Forcadell huyeron juntos y corrieron idénticos peligros.

Pero el primero fué en aquella ocasion el ángel tutelar del segundo.

Un cura de las inmediaciones de Chodos, hallando á los dos jóvenes rendidos de cansancio y estenuados por el

(1) Véase el cap. IX, pág. 104 de esta obra.

hambre, no tuvo inconveniente en brindarles con un asilo en su casa, donde ya se habian refugiado otros carlistas fugitivos.

Forcadell aceptó inmediatamente.

Mas Cabrera tuvo quizás el presentimiento de una desgracia si se cobijaban en aquella mansion hospitalaria, y no sólo no quiso aceptar la oferta del digno clérigo, sino que impidió á Forcadell la entrada en la casa, y le arrastró consigo hasta las espesuras de Vistabella.

Fué una inspiracion del cielo.

Al dia siguiente, los provinciales de Leon registraron la morada del eclesiástico, lo mismo que las de los demás vecinos de Chodos, y fueron pasados por las armas los infelices que en ellas se habian ocultado, en la seguridad de poder evadirse y librar con fortuna (1).

Desde éntónces, la talla de Cabrera, á los ojos de Forcadell, era gigantesca.

Y como tenia un espíritu sencillo y un corazon bondadoso, Forcadell servia á Cabrera con una decision sin ejemplo, con fidelidad á toda prueba, con entera confianza en las órdenes del caudillo tortosino.

Voluntariamente permaneció á su lado, miéntras las necesidades del servicio no le llamaban á otra parte.

Con él estuvo en las acciones de Alcanar, Segorbe, La Galera, Molina — donde quiera que eran necesarias fuerzas numerosas de infantería ó un jefe adicto y obediente que le ayudase en cualquier empresa arriesgada.

Era ya coronel en esta época, y Cabrera repetia bien á menudo que tenía en Forcadell *un hombre leal, un excelente jefe y un bravo soldado* (2).

---

(1) Loc. cit.

(2) Constan estas frases en el *Diario* de Cabrera.

Cumplido elogio que honraba al antiguo labrador de Ulldecona.

Torner.—D. José de Torner, era otro de los jefes carlistas que recorrian el país, unas veces obedeciendo á Cabrera y ayudándole en sus empresas, y otras obrando independientemente.

Acaudillaba á la sazon una columna de 1.500 hombres.

Pero habiendo sido derrotado por una brigada isabelina en los alrededores de Horta, concibió el pensamiento de retirarse del país donde siempre habia operado, y de donde eran naturales casi todos sus soldados, á excepcion de tres ó cuatro compañías de catalanes, vadear el Ebro y dirigirse al Principado de Cataluña con el doble objeto de aumentar sus filas é incorporarse á cualquiera de las huestes realistas que operaban en aquella provincia.

No sabemos si tal determinacion fué motivada por algun resentimiento.

La verdad es que sus cálculos se frustraron.

Perseguido por numerosas columnas isabelinas, y deshecho en algunos encuentros, empezó á ver demasiado tarde que sus filas mermaban por repetidas deserciones.

Los soldados, descontentos en un territorio que no conocian, víctimas contínuas de una persecucion infatigable, casi desnudos y hambrientos, huian á bandadas con el fin de repasar el Ebro y encaminarse de nuevo al Maestrazgo y al Bajo Aragon.

Torner, abandonado de su gente, dispuso que los capitanes Sres. Lluis y Papaicet reuniesen, si les era posible, á los dispersos ántes que estos se acogiesen á indulto, y emprendiesen con ellos el camino de Cantavieja ó de Beceite, á fin de ponerse á las órdenes de Cabrera, de Forcadell ó de Quílez.

D. José de Torner marchó á Navarra.

Reuniéronse 820 prófugos por los capitanes Lluis, Papaicet y Miquel, comisionado por Cabrera para la reunion de los desertores, y se presentaron á éste en Cantavieja.

De esta manera inesperada vino á ser el caudillo tortosino heredero de las fuerzas de Torner.

Con ellas formó el núcleo de dos nuevos batallones, cuyo mando entregó al ya citado D. José Papaicet y á D. Ramon O'Callaghan.

Quílez.—Don Joaquin de Quílez era otro partidario entusiasta del Rey D. Cárlos V, antiguo militar del ejército, hombre instruido y de valor á toda prueba.

Batióse en Calanda al lado del Baron de Hervés, salvándose providencialmente de aquella infausta derrota; y habiendo permanecido oculto por espacio de algunos dias, apareció de repente en el Bajo Aragon comandando una partida de 500 hombres, que puso inmediatamente á las órdenes del malaventurado D. Manuel Carnicer.

Asistió en Mayals á la derrota de la hueste carlista por los generales isabelinos Carratalá y Breton; pero cometió la accion incalificable de retirarse del combate con las fuerzas que le estaban confiadas, en el momento en que Cabrera y Añon, con desesperados esfuerzos y actos de valor heróico, hacian prisioneros, en un brillante ataque, á 30 soldados isabelinos, pero quedaban envueltos por las numerosas fuerzas del enemigo (1).

Quílez, en medio de sus buenas cualidades, tenía un defecto: era envidioso.

Y pesábale que un oscuro advenedizo eclipsase á los militares antiguos.

Es decir: dolíase de que Cabrera, un estudiante que ig-

(1) Véase el cap. IV, pág. 34 de esta obra.

noraba, segun él, los rudimentos más sencillos del arte de la guerra, hiciese olvidar á Quílez, el oficial de ejército instruido y valiente.

Este resentimiento de Quílez estalló con fuerza y descaro durante la marcha de Carnicer á la Corte de Navarra—¡dónde no debia llegar el desgraciado!

Pero Cabrera, dado á conocer por Carnicer, en una órden general, como jefe interino de las fuerzas carlistas del Bajo Aragon por el tiempo de su ausencia, se hizo respetar de todos y obedecer de Quílez.

Justo es consignar aquí que este jefe fué el primero que ofreció á Cabrera el mando de los soldados aragoneses, cuando, por una disposicion del Conde de Villemur, las fuerzas carlistas se separaron en tres pequeñas columnas á las órdenes de quienes las habian formado (1).

Y debemos tambien decir que desde entónces no manifestó desagrado al obedecer las órdenes de Cabrera, sino que le ayudó poderosamente y contribuyó al buen éxito de várias empresas, compartiendo las glorias y los peligros.

Entónces, miéntras Cabrera se ocupa en dirigir los trabajos de fortificacion de Cantavieja, recibió D. Joaquin Quílez la órden de hacer una correría por el territorio de Bañon para recoger las vituallas y encerrarlas en los almacenes de aquella villa.

Vagaba por las cercanías de Bañon el coronel isabelino D. Francisco Valdés, comandante general de la provincia de Soria, á la cabeza de una fuerte brigada, en virtud de órdenes comunicadas por el capitan general de Zaragoza para que se situase entre Daroca y Teruel, sin descuidar á Calatayud (2).

---

(1) Véase el cap. VI, pág. 55 de esta obra.

(2) Palabras textuales de la *Gaceta de Madrid.*

Supo Valdés que la division de Quílez se acercaba á Bañon, y resolvió atacarla.

Bañon es una hermosa y alegre villa de 400 vecinos, que se levanta al pié de una tierra fragosa, y que dista apénas seis leguas de la ciudad de Daroca.

Pernoctó el general isabelino el 30 de Mayo en Calamocha, y á las once de la noche, por haber recibido confidencias favorables, levantó las tropas y marchó por Villarejo á ocupar las alturas inmediatas á Bañon.

Y con la luz primera del alba, una columna de infantería, al mando del comandante D. Félix Combé, protegida por una seccion de caballería del regimiento de Sória, recibió el encargo de acometer á las huestes de Quílez.

Tenía éste 1.500 peones y 200 caballos, á cuyo frente caminaba el bravo comandante D. Manuel Añon.

El enemigo cayó de repente sobre los puntos avanzados de Quílez, que huyeron con algun desórden hasta ganar el campo: el jefe de la caballería carlista, Añon, cargó entónces con arrojo contra la infantería enemiga, resistió valientemente á los ginetes de Sória y contuvo por algun tiempo el ímpetu de la columna.

Lo bastante para que Quílez ordenase sus dos batallones, apareciese en línea de batalla y secundase con brio el movimiento iniciado por Añon.

Siguió contra las dos masas que formaba la brigada isabelina, arrollólas miéntras los ginetes huian delante de la caballería carlista, y apénas tuvo tiempo el coronel Valdés sino para meter espuelas á su caballo, reunirse á los dispersos y huir hácia Daroca.

La columna cristina fué completamente deshecha.

Dos batallones, en número de 1.570 hombres, inclusos los músicos, quedaron prisioneros.

Los carlistas perdieron al capitan D. Salvador Perez,

muerto, al teniente D. Joaquin Blanco y 17 soldados heridos y contusos.

El coronel Añon hizo prodigios de valor y á él debe atribuirse el éxito de esta jornada por la bravura con que se lanzó á acometer á la caballería isabelina, que acuchillaba á los batallones de Quílez, en la brillante carga á la bayoneta que inició el comandante Combé, al principio de la accion, logrando desordenar al sorprendido enemigo.

Añon quedó desmontado, perdiendo en la refriega el soberbio caballo que habia heredado del malogrado brigadier Carnicer.

Hasta aquí, poco más ó ménos, el parte carlista, —remitido por Quílez á Cabrera y trasladado por éste, desde el cuartel general de Cantavieja, en 4 de Abril, al Conde de Villemur, Ministro de la Guerra en la corte de Cárlos V (1).

Pero, como sucede cási siempre, no hay semejanza entre la relacion de Quílez y los partes del coronel isabelino.

Séanos lícito, por lo tanto, ocuparnos de éstos—á fuer de historiadores imparciales.

Dice el coronel Valdés, en comunicacion de 1.° de Junio al Ministro de la Guerra (2), que, al tener noticias, por algunos confidentes, de que la division de Quílez se acercaba á la villa de Bañon, con ánimo de continuar cometiendo exacciones horrorosas, *constándole* que no podia ser ayudada por la faccion de Mirálles y de Cabrera, puesto que el primero se encontraba sobre Rubielos de Mora y el segundo en Cantavieja, determinó atacarla, no obs-

---

(1) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 193.—Córdova, *Vida*, tomo II, pág. 41 y 288.

(2) Hállase inserta la comunicacion del coronel Valdés en la *Gaceta de Madrid*, 7 de Junio de 1836.

tante haber recibido encargo del capitan general de Zaragoza «*para no empeñarse á nada que le pusiese en graves compromisos.*»

Movió su gente, durante la noche del 31 de Mayo, con direccion á Bañon, desde la villa de Calamocha, donde se hallaba: ocupó la sierra, formó dos columnas, confiando la primera al comandante Combé, con órden de atacar á la bayoneta las posiciones del enemigo, y él, al frente de la segunda columna, quedóse á retaguardia para acudir á los puntos más precisos.

«Al rayar el dia 31—copiamós el parte de Valdés, publicado en la *Gaceta*—fué sorprendido el enemigo, y el pueblo tomado á paso de carga por la columna de infantería del intrépido comandante, D. Félix Combé, que iba á su cabeza, protegida por la de mi columna. La caballería bajó las alturas, y el enemigo fué perseguido una legua: todo su equipaje, un sin fin de caballerías cargadas de cebada, alpargatas, el ganado vacuno y lanar que traian, algunos caballos y multitud de armas, cayeron en nuestro poder....

»Pero en este tiempo, supe por vários prisioneros de la accion de Tulvez, libertados, que el Serrador (D. José Mirálles), con 3.000 infantes y 200 caballos, y aun el mismo Cabrera, estaban muy inmediatos y debian reunirse en la misma mañana en el citado Bañon. Con estas noticias hice tocar inmediatamente llamada, y la columna principió á retirarse por escalónes en buen órden; *pero nuevas y poderosas fuerzas llegadas á la faccion* la permitieron prolongar su derecha é intentar envolvernos....

»No obstante, parapetadas las compañías (dos) hacian á la faccion un fuego mortífero, por cuya razon acudió ésta y *gritó que querian presentarse si se daba cuartel*: mis soldados gritaron: *cuartel, viva Isabel II*, y aun se

pusieron delante de la caballería, á cuya cabeza iba yo á cargarles, diciendo: *no matarlos, que piden cuartel.*

»...Y viendo efectivamente grandes pelotones de facciosos descansando sobre las armas y sin hacer fuego, hizo alto la caballería: pero los viles, echándose repentinamente los fusiles á la cara, les hicieron una descarga á seis pasos de distancia» (1).

Basta, al objeto de aclarar estos hechos.

Y pedimos permiso á nuestros lectores para hacer una pequeña digresion,—digresion, por otra parte, necesaria si se leen detenidamente los anteriores párrafos, copiados al pié de la letra.

Quílez y Valdés, por de pronto, convienen en la derrota de la brigada isabelina.

Y aunque éste último pretenda aminorar sus efectos, los sucesos posteriores,—que ya narrarémos oportunamente—destruyen por completo las piadosas intenciones del jefe cristino.

Pero del parte de éste resultan tres hechos que el de aquel no menciona:

1.° Que Cabrera, con sus fuerzas, debia llegar en la misma mañana á Bañon.

2.° Que D. José Mirálles, con fuerzas muy superiores, apareció de repente en auxilio de Quílez (quien huia derrotado y abandonando un botin riquísimo), rodeó las alturas que poseian los isabelinos y envolvió á éstos en un círculo de bayonetas carlistas.

3.° Que estas fuerzas, ó parte de ellas, pidieron *cuartel*, para soltar una descarga á quema-ropa sobre la infantería isabelina.

Vamos, pues, por partes:

---

(1) Véase la *Gáceta* ya citada.

Desde luego aseguramos, con respecto al primero de estos hechos, que no tiene razon el coronel Valdés: Cabrera permaneció en Cantavieja hasta el 10 de Junio en que determinó salir, y salió en efecto, á hacer una correría por Buñol, Villar del Arzobispo y Segorbe (1).

Por lo que hace al segundo, figúrasenos que tampoco la tiene.

Quílez no hace mencion alguna de la llegada de Mirálles en el parte que remitió á Cabrera y que éste comunicó al Conde de Villemur (2).

Y ¿habrá de creerse que D. Joaquin de Quílez se atribuyó una victoria que él no habia conseguido, puesto que huia en derrota, segun Valdés, al acercarse las huestes de Mirálles?

¿Habria de faltar, por cosa de tan poca monta, á los deberes de la gratitud y del compañerismo?

Quien tributaba desinteresados elogios al bravo coronel Añon, dando á entender que este jefe, con sus valientes cargas á la caballería é infantería enemigas, logró contener el desórden de los batallones carlistas, reanimarlos y ponerles en el caso de imitar su ejemplo, decidiendo en su favor el éxito del combate, ¿es quizá probable que mostrase empacho en confesar sinceramente el auxilio debido, en momentos críticos, á la columna que acaudillaba Don José Mirálles?

Juzgue el benévolo lector.

El tercer punto envuelve una acusacion gravísima.

---

(1) No es cierto, por lo tanto, lo que dice el Sr. Calvo y Rochina (pág. 193) que "esta victoria fué obtenida por la llegada de "las tropas de Cabrera."—Ni aun el parte oficial del jefe cristino dice semejante cosa.

(2) Puede leerse íntegro en Córdova, *Vida*, tomo II, pág. 288, nota 14.



En el parte de Valdés quiere decirse que los batallones carlistas, usando de un ardid infame, acribillaron á balazos á los mismos á quienes pedian cuartel.

Pero esto no se comprende.

Segun el jefe cristino, *eran dos compañías las que se hallaban circunvaladas por fuerzas muy superiores* (1).

Cómo! Y pedia cuartel el *victorioso*? ¿Y queria entregarse á *un enemigo vencido*? ¿Y no solamente perdonaba á este enemigo, que estaba ya rendido, sino que sacrificaba en sus manos, con una generosidad hiperbólica, la libertad y acaso la vida?

Esto, con permiso del coronel Valdés, es una monstruosidad sin ejemplo.

Es además risible:

Hay una contradiccion flagrante, que salta á la vista, que no admite siquiera exámen.

Lo contrario debió pasar, en nuestro juicio.

La infantería isabelina, viéndose perdida sin remedio, intentó salvar sus vidas pidiendo *cuartel* al enemigo victorioso.

Buena prueba son de esta *opinion* que nosotros, *los primeros*, emitimos, las siguientes palabras del ya referido parte de Quílez al brigadier Cabrera:

»Los prisioneros son castellanos, parecen de buena indole, *han pedido las armas*, *y*, con el beneplácito de V. S., *entiendo se las podiamos dar* (2).»

Y que no las pidieron únicamente por el deseo de salvar sus vidas, lo prueba un cronista en el párrafo siguiente:

---

(1) Palabras textuales del parte de Valdés.

(2) Loc. cit Calvo y Rochina no apunta este significativo suceso.

«Conducidos á Cantavieja los prisioneros, accedió Cabrera á sus deseos, mandando que reforzasen los batallones de Aragon, Valencia y Tortosa. Muchos de estos perecieron durante la guerra, y otros que por su valor ascendieron á subtenientes, tenientes y capitanes, entraron con Cabrera en Francia después de la campaña (1).»

Se nos figura que ya es tiempo de esclarecer los hechos, rasgando con la luz de la verdad las tenebrosas sombras en que procuró envolverlos la pasion política.

La completa derrota del coronel D. Francisco Valdés produjo, como es consiguiente, dos efectos enteramente contrarios en los ejércitos beligerantes.

Miéntras Cabrera felicitaba á Quílez con generosas frases, el Gobierno de Madrid publicaba en la *Gaceta* (2) una Real órden, en virtud de la cual, y «por haberse enterado »S. M. la Reina—decia el Ministro de la Guerra al capi»tan general de Zaragoza—con sumo dolor de la desgra»ciada accion de Bañon, *que á primera vista parece ori»ginada por una inconcebible y funesta imprevision de »aquel jefe* (Valdés),» se resolvia que éste fuese conducido, en clase de arrestado, al castillo de la Aljafería, y que se nombrase «sin demora» un fiscal para instruir la correspondiente causa en averiguacion de la conducta militar del expresado coronel Valdés en la jornada que acabamos de describir, tan aciaga para las armas cristinas.

Excusamos decir que el victorioso Quílez emprendió en seguida el camino de Cantavieja, á cuyo punto llegó sin novedad con los prisioneros isabelinos de Bañon y todo el

(1) B. de Córdova, *Vida,* tomo II, pág. 17.
(2) En la misma *Gaceta* donde se publicó el parte de Valdés. Tiene la fecha esa Real órden de 5 de Junio.

inmenso botin que habia recogido en su correría por aquella comarca.

Mirálles.—Don José Mirálles, nombrado *el Serrador* por el oficio á que estaba dedicado ántes de la guerra para ganar con honra su subsistencia, era un veterano de la Independencia pátria, que sirvió en las filas españolas, y en calidad de soldado, hasta el año 1812.

En el interregno constitucional de 1820 á 1823, alistóse bajo la bandera realista que habia enarbolado en el Maestrazgo D. Roman Chambó, llegando á obtener el empleo de alférez de lanceros.

Á la muerte de Fernando VII, residia Mirálles en Villafranca del Panadés ejerciendo su antiguo oficio de *serrador*, para atender, con sus escasos emolumentos, á la manutencion de su familia, porque estaba casado desde que tomó la licencia al terminar la guerra, en 1814.

Fué uno de los primeros que se presentaron en Morella á D. Cárlos de Victoria, asistió á la rota de Calanda, anduvo escondido por espacio de algunos dias, y reapareció luego al frente de una pequeña partida, que se fué acrecentando en breve tiempo.

Era de poca instruccion, y de génio díscolo é independiente; pero todos estimaban en él un valor acreditado y un entusiasmo decidido por la causa del bondadoso Cárlos V.

Sufrió diferentes alternativas durante los dos años de lucha, siendo unas veces derrotado y recogiendo otras no despreciables laureles.

Mandaba á la sazon una fuerte columna de 1.500 peones y 200 ginetes.

Padeció un descalabro, delante de Castellon (1), por las

(1) 7 de Junio.—Véase la *Gaceta de Madrid*, 16 de Junio de 1836.



fuerzas del coronel de Lorca D. Gonzalo de Cánovas; rindió á los tres dias (1) el fuerte de Alcalá de Chisvert, cuya guarnicion quedó prisionera de guerra; atacó en seguida, y con el mismo favorable éxito, la fortificacion de Torreblanca (2); y fué rechazado, con pérdida de algunos valientes, en Benicarló y San Mateo, no obstante el empeñado combate que en ámbos pueblos sostuvo con los sitiados (3).

Ocasiones tendrémos de ocuparnos de este jefe carlista.

Llangostera.—Don Luis de Llangostera y Casa-de-Vall, labrador de Vich, que debia ascender al elevado puesto de mariscal de campo del ejército carlista, era, al principiar la guerra dinástica, teniente graduado de capitan en el 6.° regimiento de Ligeros, y luego en el de Bailén.

Presentóse al brigadier Carnicer, hácia el mes de Setiembre de 1834, solicitando ingreso en las filas legitimistas, medio año ántes del dia en que tambien se presentaba á Cabrera, y con idéntico objeto, el bravo, caballeroso é instruido capitan, graduado de teniente coronel del regimiento de Sória, D. José María de Arévalo—de quien ya nos hemos ocupado y habrémos de ocuparnos en esta Historia (4).

Cuando en 30 de Setiembre de 1834, hallándose Carnicer sobre el fuerte de Beceite, cuya escasa guarnicion oponia una desesperada resistencia, se vieron atacadas las fuerzas carlistas por la columna que mandaba el coronel

---

(1) 11 de Junio, á las once de la noche, segun parte del general Roten al Gobierno de Madrid.

(2) 16 de Junio, á las cuatro de la tarde, segun comunicacion del general Palarea al Gobierno de Madrid.

(3) 14 de Junio y 28 del mismo mes.

(4) Véase el cap. VI, pág. 66 de esta obra.

isabelino D. Miguel Rebollo (1), Llangostera, que acababa de llegar á las filas, y tenía el mando de un peloton desarmado, se posesionó de unas alturas bien cercanas á la línea enemiga, y las defendió á pedradas por espacio de dos horas con un valor increible.

A la muerte del infeliz Carnicér continuó en la hueste de Cabrera.

Y este caudillo, que apreciaba en lo que valia el mérito del jóven Llangostera, le confió el mando, en Mayo de 1835, del primer batallon de los cazadores tortosinos.

Desde entónces tomó parte en todos los principales combates.

Pero donde alcanzó laureles inmarcesibles fué en el sangriento encuentro de Yesa (2): en el momento en que la caballería isabelina amagaba una carga contra la retaguardia de Cabrera, mandada por él mismo, y compuesta del batallon primero de Tortosa, que acaudillaba Llangostera, éste, obedeciendo una órden de su jefe, da frente á retaguardia, arma bayoneta, avanza á paso de carga en medio de una lluvia de balas, y siembra el pánico y el desórden en la masa cristina, decidiendo el éxito del combate.

No fué tan venturoso en el ataque de Caspe.

Habiendo recibido una órden de Cabrera para recoger vituallas y merodear por las cercanías de aquella poblacion, llamando hácia aquel sitio las fuerzas enemigas con el fin de que ningun jefe cristino se acordase de fijar la vista en Cantavieja, miéntras durasen las obras de fortificacion, vínole en mientes el deseo de ocupar la antigua ciudad del celebérrimo *Compromiso*,—hermosa página de la historia

---

(1) *Gaceta de Madrid*: 10 de Octubre de 1834.

(2) Véase la pág. 58, capítulo VI de esta obra.

pátria que ha inspirado, dicho sea de paso, á uno de mis amigos más caros el magnífico lienzo que el mundo artístico admira.

Ocupóla en 1.° de Mayo de 1836, al frente de 800 infantes; pero hostilizado y sin reposo por un solo momento, víctima de asechanzas en las calles, en las casas, en todas partes por un enemigo tenaz y preparado á la defensa, salió á las pocas horas sin haber conseguido su objeto en direccion á Maella, dejando tres ó cuatro soldados muertos y llevando consigo una docena de heridos (1).

Marchó después á Cantavieja, donde se reunió con Cabrera.

—Tales eran los principales jéfes del ejército carlista en la comandancia general del Bajo Aragon y Valencia, por esta época.

Sucesivamente irán apareciendo algunos otros, dignos tambien de un recuerdo en estas páginas.

Pero, entre tanto, ¿qué hacía Cabrera?

Revolvia en su mente inquieta el atrevido proyecto de apoderarse de Morella,

Morella, el sueño de sus sueños!

Tenía confidentes dentro de la plaza, que estaban incesantemente trabajando para prepararle el camino; mas no faltó quien descubriese estas inteligencias secretas y frustrase por lo tanto los planes del caudillo tortosino.

Registráronse las casas más inmediatas á los muros, se hallaron trabajos practicados, algunos papeles interesantes, armas escondidas y otros indicios de no escasa valía, y se procedió á la prision de várias personas, de cuya fidelidad el gobernador sospechaba, quienes fueron condenadas á la última pena, después de una breve sumaria.

(1) Córdova no hace mencion de este hecho de armas.

La guarnicion «que tiene una intimidad escandalosa con los vecinos de la plaza»,—comunicaba el gobernador á Palarea, capitan general de Valencia, y éste trasladaba al Gobierno de Madrid,—«sospecho que puede estar en combinacion con los facciosos: es indispensable su relévo sin perder un momento.»

Y fué relevada en cuanto lo permitieron las operaciones de la guerra.

Frustrado este proyecto, y abandonado hasta mejor ocasion, Cabrera se dedicó con más actividad á la conclusion de las obras que ejecutaba en Cantavieja.

No debemos omitir la relacion del desastre de Alcotas.

Hallábase Cabrera en Rubielos (el 16 de Abril) preparándose para una expedicion á la ribera de Valencia, cuando le anunciaron algunos confidentes que en el pueblo de Alcotas habia pernoctado una partida de 200 hombres del regimiento de Ceuta, cometiendo toda clase de excesos, profanando el templo del Señor y su Santa Imágen, y entreteniéndose, para remate, *en hacer el entierro de Cabrera*, por correr la voz, entre ellos, de que habia muerto efectivamente el jefe carlista.

Salió de Rubielos el 17 por la tarde, descansó en el pueblo de Toro, y el 18 por la mañana encontró á la desventurada partida de Ceuta en las inmediaciones de Alcotas.

Esta, al ver las fuerzas carlistas, tomó posiciones en un promontorio inmediato al camino; pero Cabrera mandó que se circunvalara la pequeña altura, y se diese la voz de *cuartel*; y como no se entregasen los enemigos, sino que desoyendo la palabra de clemencia, se dispusiesen á resistir, la caballería y la infantería realistas cargaron á la par contra aquellos desgraciados y, no obstante su defensa, fuéron todos pasados á cuchillo.

Hasta aquí, el parte de Cabrera á la corte de Navarra (1).

Véase ahora de qué manera presentan este asunto los partes isabelinos.

El gobernador de Teruel comunicó la infausta noticia al general Roten, segundo cabo de Valencia, de la manera siguiente:

Que habia sorprendido Cabrera, en la mañana del 18, y cerca de Alcotas, á 150 soldados y oficiales del regimiento de Ceuta, núm. 19, pertenecientes á la guarnicion de Segorbe;

Que hechos prisioneros «con más ó ménos resistencia, »sobre cuyo particular varian los partes»—palabras textuales,—fueron pasados por las armas.

Nos hemos detenido en narrar este suceso exponiendo las dos versiones, mejor dicho los dos partes *oficiales*, por lo mismo que los periódicos de aquellos dias (algunos de los cuales tenemos á la vista) y várias obras de autores que quieren pasar por graves consignan contra el general Cabrera, tomando ocasion de este hecho, acusaciones infundadas y de mal gusto.

En qué quedamos?

Se *entregó* la partida de Ceuta? ¿*Hizo más ó ménos resistencia*?

Si lo primero es exacto, no cabe lo segundo.

Si esto es lo cierto, *no hay ya fusilamientos bárbaros por gozar del placer de la venganza*,—como dice el parte del general Roten.

Y que no se rindieron los bravos soldados de Ceuta lo prueba indirectamente, pero con fuerza innegable, el

(1) Córdova, *Vida*, pág. 34 y 284. — En la obra de Calvo y Rochina no se menciona este hecho.

parte del mismo Cabrera: las fuerzas de éste tuvieron *dos muertos* y *cinco heridos.*

Luego hubo resistencia, porque tambien corrió la sangre carlista.

Es preciso ser lógicos.

Y no olvidarse de que la lógica conduce á la verdad, esencia purísima de la historia.

CAPÍTULO XV.

Ulldecona.—El general Montes.—Gandesa.—Preparativos cristinos.—La division del Túria.—La faja de general.—Expedicion de Gomez.—Villarobledo.—Córdoba.—Un valiente.—Castro del Rio.—Contradanzas de tres generales cristinos.—Cabra.—Almaden.—Guadalupe.—Trujillo—Un oficio urgente.—A Cantavieja!—A través de España.—Rincon de Soto. Oh madre mia!—El Sacerdote cristiano.

Nos hemos detenido demasiado en la narracion de los últimos sucesos.

Fuerza será, pues los límites son angostos, que abreviemos en algunos capítulos,—bien á pesar nuestro.

Se acercan ya las páginas más gloriosas de la historia del Conde de Morella, y es preciso tomar ahora medidas convenientes, para no vernos después obligados á deplorar el tiempo invertido en relaciones ménos interesantes.

Por esta razon, mencionarémos en este capítulo, muy á la ligera, los hechos que no tengan conexion inmediata con el personaje de nuestra historia.

Continuemos.

El oficial D. Pedro Beltran, que mandaba el 2.° batallon de voluntarios de Valencia, envió á Cabrera un aviso, con fecha 13 de Junio, concebido en estos términos:

«La brigada de Iriarte (1), con las compañías de peseteros de Duermes y Franquet, está recorriendo el corregimiento de Tortosa y cobrando las contribuciones: no dudo que si V. S. pudiese aparecer de improviso en este territorio, se les escarmentaria, pues están muy descuidados.»

No necesitó Cabrera de segundo aviso.

Hallábase entónces en Onda, y sin perder un momento partió para Vinaroz.

Detúvose en Calig, y leales confidentes le hicieron saber que Iriarte debia dirigirse á la villa de Ulldecona.

Y el 17 de Junio, á la caida de la tarde, salió de aquel pueblo, simulando una marcha en sentido opuesto, torció en seguida hácia Ulldecona, donde llegó después de anochecido y clavó tiendas en un olivar de las cercanías.

Iriarte ignoraba por completo la proximidad del terrible enemigo.

Cabrera conducia dos batallones y un pequeño escuadron: D. Luis Llangostera y D. Juan Pertegaz mandaban aquellos, pero habiendo acudido en virtud de una órden del jefe, el 2.° batallon de Valencia, que mandaba el Sr. Beltran, preparóse el ataque de la manera siguiente:

Al inteligente y pundonoroso coronel, jefe de Estado Mayor, D. José María de Arévalo, confióle Cabrera las fuerzas de la derecha; á D. Pedro Beltran, las de la izquierda; y el mismo Cabrera, con algunas compañías de

---

(1) Aún vive: es teniente general del ejército y director del cuartel de Inválidos.

preferencia y la caballería, y auxiliado por Forcadell en caso necesario, deberia atacar por el centro.

Comenzó de repente el combate.

El comandante Beltran se dirigió hácia la izquierda segun le estaba prevenido, acudieron contra él las dos compañías de *peseteros* enemigos, y en un momento favorable el intrépido Forcadell, con una seccion de los voluntarios de Valencia, avanza á la carrera, las envuelve, y las pasa á cuchillo.

Al mismo tiempo rompe Arévalo el fuego por la derecha y Cabrera por el centro: el pánico se introduce en las filas enemigas; Iriarte contiene el desórden y anima á sus soldados con noble ejemplo; y como éste iba siempre en retirada, sufriendo hasta *veinte* cargas de los cazadores tortosinos y los fuegos oblícuos que el entendido Arévalo dirigia, el desastre para las tropas isabelinas fué terrible.

Quedaron tendidos en el campo más de 300 cadáveres, entre ellos dos capitanes y cinco oficiales, sin contar los peseteros acuchillados y los muchos soldados que murieron en el alcance, pues duró la persecucion más de tres horas.

Aquella brillante brigada se componia de dos batallones de Saboya, dos fuertes compañías de voluntarios de Castilla y movilizados de Tortosa (*peseteros*), un escuadron de caballería y una pieza de artillería (1).

Iriarte logró salvar esta y los bagajes, poniéndolo todo á vanguardia en la desastrosa retirada.

La pérdida de Cabrera, segun su parte, fechado en Santa Bárbara á 18 de Junio, no pasó de cuatro muertos y catorce heridos.

---

(1) El parte del brigadier Iriarte puede leerse en la *Gaceta de Madrid*, 4 de Julio de 1836.

La jornada de Ulldecona forma época en los anales de la civil contienda.

Porque tan grande como fué el terror que se apoderó de los liberales, fué el entusiasmo de las filas carlistas.

Cabrera se levantó á una altura inmensa: su nombre mágico exaltaba los corazones y corrian á agruparse bajo las victoriosas banderas del héroe jóvenes entusiastas por la causa de Cárlos V.

Un historiador constitucional no tiene reparo en afirmar que en el breve espacio de ocho dias se engrosaron los batallones de Cabrera con más de 400 mozos tortosinos, labradores robustos cási todos, á quienes fascinaba la legítima gloria que ornaba las sienes de su valiente paisano.

El estudiante de Tortosa, aquel *que no servia para clérigo, sino para soldado*—segun el célebre dicho de su antiguo diocesano—infundió verdáderos temores á los generales isabelinos que le perseguian, temores que tambien abrigaba el Gobierno de María Cristina.

Porque observaron ya en sus ataques—dice otro cronista, poco afecto al caudillo—ó en sus defensas, toda la pericia de un viejo militar unida á la prontitud y osadía de un jóven guerrero que intrépido se lanza á la lid con halagüeñas esperanzas de obtener la victoria (1).

Y el general Palarea, al mismo tiempo que deploraba el desastre de Ulldecona, escribia confidencialmente al Ministro de la Guerra:

«Ya son soldados (los carlistas de Arágon): nos hacen

(1) Calvo y Rochina consigna lealmente esta opinion.—Página 196.



rostro: si siempre huyesen, ninguna gloria nos resultaria de vencerlos (1).»

El Gobierno de Madrid preparó un ejército para batir á Cabrera.

Conocióse por último que el enemigo era temible.

Y poniendo á la cabeza al conocido general D. Felipe Montes, cuyo nombramiento sabia Cabrera, por medio de sus fieles agentes en la corte, ántes de que fuese publicado en la *Gaceta*, llegó á figurarse el Gobierno que bien pronto deberian quedar cumplidos sus antiguos propósitos de exterminar al caudillo carlista.

Los preparativos isabelinos no eran para ménos.

Cabrera y los demás jefes realistas que vagaban por aquella comarca, traian al retortero, como suele decirse, á todas las tropas de las capitanías generales de Aragon y Valencia, y parte de las de Cataluña.

El general Palarea, dispuesto á obrar en combinacion con Montes, mandaba una fuerte division de todas armas

El mariscal de campo D. Antonio Roten acaudillaba otra no ménos fuerte.

El general D. Manuel Breton, que ya tenía á sus órdenes una brigada numerosa, recibió de Cataluña, por via de refuerzo, cinco batallones de infantería (tres portugueses), y un escuadron del 7.° de ligeros, recibiendo tambien más tarde otros dos de los primeros, creados en la ciudad de Málaga, uno de los cuales se titulaba *Batallon de la Muerte*, por componerse de gente extraida de las cárceles y presidios, y que el Gobierno de Madrid, *fuese por lo que fuese*, tuvo el mal gusto de enviar á los campos del honor y de la gloria, para esgrimir las armas al lado del pundonoroso ejército español.

(1) Córdova, *Vida*, tomo II, pág. 75.

Otra division, la primera del ejército del Centro, y tan fuerte como aquella, mandaba por la parte de Aragon el general D. Manuel de Sória.

Al brigadier Marques de Villacampo obedecia la segunda division del mismo ejército;

El brigadier D. José de Grasses recorria la Plana de Castellon;

El de igual clase, D. Ramon María Narvaez, estaba apostado en Teruel;

Y dirigiendo todas estas numerosas fuerzas, sin contar las partidas sueltas de migueletes y nacionales movilizados, estaba el general D. Felipe Montes «persuadido con »sobrado fundamento—decia él mismo al Gobierno, desde »el cuartel general de Cedrillos, en comunicacion de 15 »de Agosto—de que se iba á decidir en breve tiempo la »suerte de la campaña.»

Ya verémos cuál fué la decision.

Cabrera miéntras tanto no se descuidaba.

Como se frustró la tentativa de Torner sobre Gandesa, en cuyo primer sitio—como ya hemos dicho—se ensayó inútilmente una pieza de artillería fabricada del tronco de un roble, el jefe carlista, que anhelaba la posesion de aquella, después de algunos dias de bloqueo sostenido con mediano éxito por el comandante carlista D. Magin Miquel, al frente del primer batallon de Mora, Cabrera se presentó delante de los muros de la plaza (1) con tres batallones, un escuadron y dos malas piezas de á cuatro, fundidas en la maestranza de Cantavieja, á guisa de primer ensayo, bajo la direccion de D. José de Marcovall (2).

---

(1) Al anochecer del 6 de Julio.

(2) Hermano de D. Juan, el primer jefe de Cabrera, que murió fusilado en Vistabella.—Pág. 29 de esta obra.

Mas, á pesar de haber levantado baterías contra las puertas de Cervera y de Horta y disparado algunos cañonazos, resultó que ámbas piezas apénas lograban un alcance de veinte varas y retrocedian por efecto del disparo hasta salirse de la batería.

—Son inútiles—dijo Cabrera entónces, y levantó el sitio, con pérdida de 32 heridos, segun el parte carlista, dirigiéndose nuevamente al cuartel de Cantavieja para intentar una fundicion más perfecta.

Llególe aviso por entónces, de que la pequeña partida que habia dejado en el campo de Liria, al mando de don Miguel Sancho (1), se habia aumentado hasta el número de 500 peones y 40 caballos.

Esto ya era algo, y Cabrera determinó formar y organizar una nueva division, ya que el Gobierno de Madrid creaba y dirigia contra él un poderoso ejército.

Comisionó para lograrlo al intrépido D. Luis de Llangostera, tan entendido como valiente; tan severo en punto á disciplina, como afable y cariñoso con sus bravos voluntarios.

La eleccion no pudo ser más acertada.

Pues apénas llegó el nuevo jefe, al frente del batallon primero de Mora, á incorporarse con los soldados del Túria, empezó á tomar disposiciones con la energía y actividad de que le habia dado ejemplo el caudillo tortosino, encaminadas á conseguir en breve que se cumplieran los deseos de éste.

No fueron en balde: porque á los pocos dias, la nueva *division del Túria*, que tanto renombre alcanzó más tarde, se componia de 1.000 peones y 200 ginetes, con los cuales se formaron los dos batallones primero y segundo

---

(1) *El Fraile de Esperanza.*

del Cid, el tercer escuadron de *Lanceros de Tortosa* y el primero de *Lanceros del Cid*.

Harémos mencion, aunque sea breve, del combate de Alcublas, donde recibió esta fuerza el bautismo de fuego.

Era el 4 de Setiembre.

Anunciaron á Llangostera exactos confidentes, que el brigadier D. José Grasses, con tres batallones y 100 caballos, se encaminaba hácia la villa de Manzanera.

Aquel se adelantó á la brigada isabelina, ocupó fuertes posiciones, y presentó el combate á Grasses; pero éste rehusó, y permaneció en la llanura sobre la poblacion.

Llangostera, ya entrada la noche, tomó el camino de Valdecanales.

Mas á los pocos momentos de haberse entregado la tropa al descanso, supo aquel jefe, por nuevas confidencias, que el coronel cristino D. Antonio Buil (1), con una partida de 600 hombres, pernoctaba en el inmediato pueblo de Alcublas.

Buil ignoraba la llegada de Llangostera á Valdecanales.

Y á las ocho de la mañana del 5 salia el coronel isabelino del pueblo, sin ninguna precaucion militar.

Cayó entónces Llangostera, que esperaba ya á la fuerza enemiga en buenas posiciones, con ímpetu irresistible, é introdujo el desórden en las filas de Buil: defiéndense estas en grupos para librarse de tan ruda acometida, y la caballería carlista, en número muy escaso, los deshace y los pasa á cuchillo la prevenida infantería.

Buil huye con 14 ginetes, y la columna queda completamente destrozada.

Contáronse 500 cadáveres en el campo de la sorpresa, y

(1) Conociásele por el apodo *el Curro*.

se recogieron otros tantos fusiles, caballos, cajas de guerra, cornetas y vestuario.

Llangostera tuvo 8 heridos (1).

Así empezó á señalarse la *Division del Túria*, desde que el comandante D. Luis de Llangostera y Casa-de-Vall, fué comisionado por Cabrera para organizarla convenientemente.

Debemos hacer presente que Cárlos V recompensó «el mérito contraido por Cabrera en la gloriosa accion dada en los campos de Uldecona (2),» concediendo al brigadier carlista la faja de *mariscal de campo*, en Real despacho expedido en Oñate á 15 de Agosto y refrendado por Don Juan Bautista Erro.

No se olvidaba el bondadoso monarca de premiar con largueza á sus leales servidores.

Ocurrió á tal sazon un hecho que vino á cambiar enteramente el aspecto de las cosas.

El ínclito general realista D. Miguel Gomez, estaba realizando, por órden expresa del Rey, aquel asombroso paso militar que llenó de consternacion al Gobierno de María Cristina.

A la cabeza de ocho batallones, muy pocos ginetes y cuatro piezas de artillería, atravesó por los riscos de Astúrias y las montañas escarpadas de Galicia, cruzó por el centro de las feraces llanuras de Castilla, y entró en el territorio de Aragon á principios de Setiembre.

En el mes de Junio, al emprender su atrevida marcha, habia arrollado la reserva del ejército del Norte, mandada por el general Tello, y al anunciarse en Aragon, cogia

(1) No hay parte isabelino de este combate.

(2) Palabras textuales del Real despacho.—Córdova, *Vida*, tomo II, pág. 300, nota 29.

prisioneros, en las inmediaciones de Jadraque, á dos batallones de la Guardia.

Llegó á Utiel, en 7 de Setiembre.

Y desde allí ofició á Cabrera y á los demás jefes de las fuerzas realistas en Aragon y Valencia, invitándoles á celebrar una conferencia, á fin de allanar los obstáculos que pudieran oponerse á que tomasen parte en la gloriosa expedicion que él dirigia, las tropas que en aquellas comarcas, y bajo las órdenes de dichos caudillos, sostenian la bandera legitimista.

Quílez y Mirálles, con seis batallones y 900 caballos, partieron desde luego á incorporarse al bravo general expedicionario.

Cabrera, acompañado del distinguido coronel Arévalo, dos ayudantes y una escolta de 50 ginetes, salió para Utiel en la mañana del 12, en el dia siguiente al en que recibió el oficio de Gomez, y cruzando en *veinticuatro horas* el espacio de *cincuenta leguas*, llegó el 13 al cuartel general del jefe de la expedicion.

Conviniéronse ambos caudillos, después de várias conferencias; y dando aquel instrucciones y poderes á su jefe de Estado Mayor, para que lo sustituyese en la comandancia general de Aragon, quedóse él con el general Gomez, y Arévalo partió para Cantavieja.

La respetable division expedicionaria continuó su camino.

Sitió á Requena, que se defendió con heroismo, y no pudo ser tomada.

Y en Villarobledo, pueblo de la provincia de Cuenca, tropezó Gomez con las tropas que mandaba el general Alaix.

Constaba la division de éste, segun los partes carlistas, de 4.000 infantes y del regimiento de Húsares de la Prin-

cesa, al mando del arrojado coronel D. Diego de Leon, y seguia los movimientos de los carlistas en situacion paralela desde el pueblo de Casas de Ibañez; de tal manera que cuando Gomez pernoctaba en este punto, Albacete y Roda, Alaix descansaba en Carboneras, Campillo y Tarazona.

En realidad, Gomez no sabia la proximidad de las tropas isabelinas; mas á Cabrera no se le ocultaban los movimientos del enemigo, y aunque hizo algunas observaciones al jefe expedicionario, parece que éste manifestó seguridades de que no sería atacado.

Villarobledo es una poblacion de 2.000 vecinos, situada en terreno desigual y áspero, y dividida en dos barrios, alto y bajo, por un profundo barranco: la mayor parte de las fuerzas de Gomez y el cuartel general se hospedaron en la parte baja, y las columnas aragonesa y valenciana de Cabrera, Quílez (1) y Mirálles fueron destinadas á ocupar la parte alta.

Cabrera no se acostó: tenía el presentimiento de que habrian de ser atacados, y decia:

—Mis presentimientos siempre me avisan con fidelidad inalterable.

A la media noche supo por un confidente que la vanguardia isabelina se encontraba á dos leguas de distancia: ántes de amanecer le dijeron otros confidentes que Alaix se movia en direccion de Villarobledo, y al poco rato llegaron dispersos los soldados de las avanzadas carlistas, acuchilladas por una carga de la caballería cristina.

Envió sucesivamente tres ayudantes al general Gomez,

(1) Habia obtenido ya el nombramiento de brigadier, "por méritos contraidos en la accion de Bañon."

que descansaba tranquilo, confiado en que Alaix no se decidiria á atacarle; mandó reunir sus fuerzas, cargó sus bagajes particulares y quiso estar prevenido para cualquier contingencia.

Pero ántes de que los soldados de Cabrera hubieran podido presentarse en formacion, en las afueras del pueblo, la vanguardia de Alaix, mandada por D. Diego de Leon, y favorecida por una espesa niebla, que no permitia ver los objetos á diez pasos de distancia, cambiaba ya los primeros tiros con las dos únicas compañías de Valencia que estaban en el sitio designado.

Alaix cortó á tiempo la comunicacion entre las dos divisiones carlistas, ocupando lo mejor que pudo el barranco que los separaba, y embistió contra los batallones de Cabrera, Quílez y Misálles, pues las fuerzas de Gomez, sorprendidas por tan repentino y no esperado ataque, salian del pueblo en direccion opuesta, con ánimo de volver por retaguardia á apoyar á aquellos.

Mas Alaix conoció la intencion de Gomez y envió para estorbarlo dos batallones.

La lucha fué desigual, aunque reñida, y triste el resultado para las armas carlistas.

Mil doscientos prisioneros, entre ellos 55 oficiales, 2.000 fusiles, bagajes, mulas, municiones y víveres quedaron en poder del vencedor—segun el parte que publicó la *Gaceta* (1)—quien tuvo la insignificante pérdida de cuatro muertos y 60 heridos ó contusos.

Justo es hacer elogio del bravo coronel de Húsares, Don Diego de Leon.

Á la cabeza de 300 caballos, cargó con un arrojo incomparable á la caballería carlista, envolvióla con destreza

(1) 22 de Setiembre de 1836.

simulando una salida y alanceóla sin piedad, no obstante la resistencia denodada de los ginetes de Mirálles.

«Pero habiéndose dado, sin saber cómo ni por quién—dice un cronista—el grito de: *estamos cercados! nos han vendido*! se apoderó de ellos (de los ginetes carlistas) el pánico, y volviendo bridas huyeron á escape á incorporarse con la infantería (1).

Después de esta jornada continuó la expedicion hácia los reinos de Andalucía.

Y siguiendo la ruta de Ubeda, Baeza, Bailén, Andújar y el Cárpio, desarmando á los nacionales de varios pueblos, y algunas partidas sueltas de isabelinos, en el dia 30 de Setiembre, Cabrera, que mandaba la vanguardia, acompañado por el jóven brigadier Villalobos, algunos ayudantes y 50 ginetes, se adelantó hácia los muros de la célebre Córdoba, antigua córte de los califas españoles.

Llegó á la puerta Nueva, que estaba cerrada, y el jóven Villalobos manifestó su opinion de no entrar en la ciudad hasta la llegada de la infantería; pero Cabrera, creyendo que si no se ganaban los momentos quizás la resistencia seria larga y costosa, desechó los temores que abrigaba su amigo, procuróse algunas hachas, mandó romper la puerta y entraron en la ciudad á los gritos de ¡Viva Cárlos V!...

El infortunado Villalobos, acosado tal vez por un presentimiento funesto, aún hizo presente la conveniencia de esperar, para no ser víctimas de alguna asechanza

---

(1) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 226.—En esta parte de los sucesos que referimos, es bien digno de crédito el testimonio de este escritor, puesto que tenía á la vista, al describirlos, el *Diario* de D. Lorenzo Cala y Valcárcel, capellan del cuartel general de Cabrera y amigo íntimo del caudillo tortosino.



traidora, mas Cabrera no le oyó y penetró en aquellas callejuelas con unas compañías de granaderos, que se habian adelantado por órden de Gomez, y algunos ginetes.

Y al entrar en una calle oscura y estrecha, sienten de repente una descarga y caen muertos dos infelices paisanos, guias que les enseñaban el camino, un granadero, y el valiente y desgraciado Villalobos.

Cabrera montó en cólera con semejante desgracia.

La descarga habia salido del palacio episcopal, trasformado en fuerte (1), y Cabrera encomendó á los batallones aragoneses la mision de atacarle, al mismo tiempo que los valencianos, dirigidos por Mirálles y Quílez, escalaban el fuerte de la Inquisicion y obligaban á sus defensores á reconcentrarse en la parte más importante.

Y habiendo sido ocupada la ciudad por todas las tropas carlistas y rechazadas dos salidas de los sitiados, que pretendian abrirse paso al través de la division sitiadora, rindiéronse sin condiciones ámbos fuertes en la tarde del 1.° de Octubre, quedando prisioneros 2.500 infantes y 400 ginetes, y apoderándose el vencedor de 4.000 fusiles ingleses, almacenes atestados de víveres y municiones de todas clases, multitud de cabezas de ganado

---

(1) Es notable la diferencia que existe entre la relacion de este suceso que presenta el historiador D. B. de Córdova y la que trae el Sr. Calvo y Rochina. — Ambos, dicen, las deben á *Diarios de operaciones* de indivíduos del mismo cuartel general de Cabrera, y, sin embargo, apénas concuerdan en los puntos esenciales, y están en perfecto desacuerdo en cási todos los detalles. — Por ejemplo: miéntras el primero afirma que la descarga que mató á Villolobos salió de las tropas encerradas en el palacio episcopal, el segundo asegura que fué muerto dicho malogrado brigadier á consecuencia de cuatro escopetazos disparados desde los balcones de una posada por cuatro nacionales de Iznajar en ella refugiados.

Y así de otras muchas cosas.

vacuno y lanar que allí se habian encerrado, en la prevision de un largo sitio—y dando libertad á tres caballeros cordobeses que en poder de los sitiados se encontraban, en clase de rehenes, á causa de profesar ideas legitimistas.

Estaba subsanado el desastre de Villarobledo.

Una muchedumbre de jóvenes se alistó en las filas, y se creó con ellos el *Cuerpo de Córdoba*, y cuatro escuadrones enteramente nuevos, viniendo á reunir un total, bastante respetable, de 8.500 infantes y 2.300 ginetes—que si no eran aguerridos, por lo ménos estaban poseidos de entusiasmo.

Gomez perdió en Córdoba un tiempo preciosísimo: en medio de demostraciones de júbilo y obsequios generosos, permaneció en la corte de los antiguos Árabes sin aprovecharse de las ventajas que deberia haber reportado de aquella tan señalada victoria, que ocasionó desaliento profundo á las tropas de la Reina.

Anunciáronle, en el dia 3, que una columna isabelina, mandada por D. Juan Escalante, comandante general de Málaga, vagaba por las inmediaciones de Baena.

Salió Gomez inmediatamente, y Cabrera se adelantó en busca del enemigo con los batallones y ginetes valencianos y los infantes del 2.° y 6.° de Castilla.

Alcanzó á la fuerza de Escalante en las cercanías de Castro del Rio.

Este se pronunció en retirada; mas aquel, Cabrera, cargó dos veces seguidas contra la retaguardia enemiga, y cargó la tercera por el centro con un escuadron aragones al mando del bravo coronel Añon, miéntras los demas ginetes se lanzaban por los flancos.

No resistió el cristino á estas cargas poderosas.

La caballería se desordena, vuelve grupas, y huye; la

infantería se dispersa, arroja los fusiles, y procura tam bien salvarse; las compañías de la Guardia Real que acompañaban á Escalante dan el grito de *Viva Cárlos V*, y lós francos y nacionales, que hicieron mayor resistencia y luego se defendieron individualmente, fueron pasados á cuchillo en número de 400, salvándose apénas la cuarta parte al través de las montañas vecinas..... que ganaron con asombrosa ligereza de piernas.

Cabrera se retiró después á Montilla y fué aclamado por el inmenso gentío que le esperaba (1).

Bien es cierto que casi todos los pueblos de aquel hermoso país recibieron con públicas demostraciones de regocijo á la division carlista, crearon juntas, fomentaron el alistamiento, trabajaron, en fin, como les era posible en beneficio de la causa.

Pero lo gracioso era las sostenidas contradanzas de los tres generales cristinos que andaban á la zaga de la division de Gomez.

El Marqués de Rodil, Ministro de la Guerra, asustado acaso de la audacia de Gomez y Cabrera, el primero de los cuales se habia paseado por España durante cuatro meses, y á despecho de los generales isabelinos, desde Navarra á Santander, Astúrias y Galicia, después á Castilla y Aragon, más tarde á la Mancha y Andalucía; el Marqués de Rodil, decimos, cambiando la dorada poltrona que ocupaba en la corte por la dura silla del alazan de batalla, se dirigió á Andalucía en busca de los caudillos expedicionarios.

---

(1) Miéntras el Sr. Córdova afirma que Gomez acompañó á Cabrera en este combate, el Sr. Calvo y Rochina da á entender que el primero no se movió de Montilla, y atribuye al segundo la gloria del triunfo.

Por allí tambien andaba—ya lo sabemos—el general D. Isidro Alaix.

Y habia llegado recientemente el brigadier D. Ramon María Narvaez, quien—como tambien sabemos—se hallaba apostado en Teruel, esperando órdenes del Gobierno para acudir adonde fuese necesario.

Pero ninguno de los tres jefes se entendia: todos querian mandar en absoluto y se figuraban, con sin igual modestia, que las órdenes y combinaciones proyectadas por cada uno eran mejores que las de los otros, estallando como es consiguiente ruidosas desavenencias que traspasaron los límites de las regiones oficiales, y fueron bien pronto del dominio público.

Las tres columnas isabelinas, que reunian la miseria de 25.000 peones y 4.000 ginetes, rodeaban al ejército expedicionario en una distancia de cuatro á cinco leguas; mas, como si fuesen autómatas movidos en virtud de un resorte cuyo centro impulsasen los generales carlistas, si éstos retrocedian, retrocedian tambien aquellos, y si, por el contrario, avanzaban ó hacian alguna contramarcha rápida, las fuerzas isabelinas, sin resolverse á presentar la batalla, imitaban las evoluciones de aquellos en direccion paralela y con perfecta simetría.

Por supuesto que los generales cristinos Butron y Espinosa (1), con sus respectivas brigadas, andaban tambien alrededor de Gomez y Cabrera—pero observando la misma conducta.

Y miéntras el Marqués de Rodil aseguraba á la Reina

(1) Este era entónces capitan general de Sevilla.—Si Gomez le ataca y le destroza, lo cual era muy probable, pues las fuerzas de Espinosa se componian cási exclusivamente de nacionales bisoños, los carlistas se apoderan de toda Andalucía.

Gobernadora que « en virtud de sus combinaciones (1) no »podia Gomez dar un paso sin ser presa de alguna de las »columnas» — bien es verdad que al mismo tiempo los periódicos liberales de Madrid expresaban una desconfianza y un desaliento que hacía poco favor al caudillo isabelino —Cabrera, habiendo sabido por confidencias seguras que una partida de carabineros cristinos pernoctaba el 8 en Cabra y cometia exacciones y violencias inauditas, puesto al frente de 50 caballos y una compañía de granaderos aragoneses, avanza sobre la ciudad con una ligereza admirable, sorprende al enemigo, lo acuchilla, y regresa inmediatamente al cuartel general carlista.

Entre tanto, el juez de primera instancia y el jefe político de Córdoba, puestos en libertad por Gomez, pasaron al cuartel general del Sr. Alaix, á fin de exponerle la necesidad de un canje de prisioneros, para librar á la guarnicion vencida, compuesta en la mayor parte de milicianos nacionales de la ciudad, gente de paz y acaudalada, de las aflicciones que pasaban, separados de sus familias, en el cuartel de San Cayetano, donde aquella estaba encerrada.

Pero Alaix, á quien sobraban algunas veces baladronadas inconvenientes y de pésimo gusto, contestó con arrogancia á los emisarios:

—Digan ustedes á quien les envia, que los prisioneros serán rescatados á tiros, no por canje.

Y.... no lo fueron.

Gomez les dió libertad generosamente—sin que mediasen para nada los tiros del general Alaix.

Verdad es que un número tan grande de prisioneros embarazaba la marcha del ejército carlista.

(1) Palabras textuales.

El 13 de Octubre salió éste en direccion á Almaden: entónces entraron en Córdoba las divisiones de Alaix, Espinosa y Butron.

Al enemigo que huye, puente de plata.

Y dijo el *Boletin Oficial*, repitiéndolo la *Gaceta* (1):

«El resultado político y militar de la defensa de Córdoba (2) es el siguiente: haber detenido á Gomez siete dias (3) para que no pasase á Sevilla, Málaga y Granada, insurreccionando todas las Andalucías (4); haber sido alcanzado (¿en Villarobledo?) por el general Alaix (5), y haber evitado el acuchillamiento de las partidas sueltas (6).»

Aquí viene de molde otro proverbio castellano:

«Quien no se consuela, es porque no quiere.»

Continuemos ahora detrás de la expedicion carlista.

Llegó delante de Almaden en la mañana del 23.

Almaden es una rica y populosa villa perteneciente á la provincia de Ciudad-Real y situada en los confines de esta y de la de Córdoba, entre los crecidos pueblos de Hinojosa, Pozo-Blanco y Almodóvar.

Encierra dos mil vecinos, y en su término radican las minas de azogue más renombradas y antiguas del mundo,

---

(1) En 24 de Octubre de 1836.

(2) La defensa duró *veinticuatro horas*, y Córdoba se rindió á discrecion.

(3) *Catorce dias* justos, no *siete*—con permiso de la *Gaceta de Madrid.*

(4) Hé aquí la falta imperdonable de Gomez: hasta sus enemigos lo reconocen.

(5) Si no fué en Villarobledo, no sabemos dónde le *alcanzó* el general Alaix.

(6) Ménos las de Baena y Cabra, que fueron pasadas á cuchillo por el intrépido general Cabrera.

por cuya razon se la conoce por el nombre de Almaden *del azogue*.

Defendíanla los brigadieres D. Jorge Flinter y D. Manuel de la Puente, «quienes habian dado seguridades (al »Marqués de Rodil) de resistir al enemigo hasta el último trance (1).»

Fortificaron, con tal intento, algunas casas de las afueras, á guisa de reductos avanzados, levantaron tapias perfectamente aspilleradas, y convirtieron en fuertes dos iglesias, una á la parte Sur y otra en la parte Norte de la villa, encerrándose en el primero el Sr. Puente y en el segundo el Sr. Flinter.

Aquel, gobernador militar de la plaza, mandaba en jefe.

Al acercarse Gomez (2) al pueblo de Santa Eufémia, inmediato á Almaden, ofició al Sr. Puente pidiéndole *doce mil* raciones para el dia siguiente, 23.

Y el gobernador devolviéndole la comunicacion, contestóle con arrogancia:

«En Almaden no se dan raciones, si no se conquistan »con plomo.—*Manuel de la Puente.*»

Exasperóse Gomez y envió á Cabrera con la vanguardia á disponer el ataque.

El general tortosino colocó dos piezas en los puntos más favorables para batir con éxito los fuertes, ordenó á la division aragonesa que tomase las casas avanzadas, y tendió las tropas en línea de batalla, alrededor de la obstinada villa.

Intímase la rendicion y rompen los sitiados un vivo fuego de fusilería.

La artillería carlista les contesta, los aragoneses ponen

(1) Véase la *Gaceta de Madrid*, 31 de Octubre de 1836.
(2) El dia 22.

fuego á las casas inmediatas á los reductos y los defensores de estos se entregan.

La noche se vino encima, y Puente y Flinter, encerrados en los iglesias fortificadas, se niegan á oir proposiciones de rendicion.

Pero á la mañana siguiente hace Cabrera preparar carros y colchones, lo mismo que habia hecho en Alcanar y Rubielos (1), y á favor de aquella especie de tortuga impenetrable, inventada por su imaginacion inquieta, logran los soldados romper brecha, sin peligro alguno, en las paredes del fuerte que Flinter defendia, y obligan á éste á rendirse á discrecion, con 800 sitiados que obedecian sus órdenes, á las once de la mañana del 24.

Media hora más tarde, se entregó tambien Puente con 600 hombres.

El general Rodil se condolió públicamente de la pérdida de Almaden, mandó formar sumaria al brigadier Puente, y remitió al Gobierno de Madrid un parte, en el que se leen estas palabras:

«... Si Almaden se hubiese defendido el tiempo que bien podia, y lo hizo creer Puente, no sólo se hubiese salvado, sino que Gomez habria sido alcanzado por la division de la Guardia Real»—que él mandaba.

Lo bueno es, después de esto, que Rodil se hallaba el dia 23 á dos leguas escasas de Almaden, oia distintamente los cañonazos carlistas... y se decidió á atacar al enemigo cuando éste habia ya desalojado el pueblo y marchaba hácia Guadalupe y Trujillo.

Verdad es, que la culpa recaia sobre el general Alaix, «porque éste no se habia dignado darle parte de las posiciones que ocupaba.»

---

(1) Véanse las págs. 62 y 69 de esta obra.

Por lo demás, continuaba así el parte de Rodil:

«La tentativa del enemigo sobre Almaden, es pasajera, y su salida inmediata de dicho pueblo hácia Siruela, con todos los heridos y enfermos y su inmenso bagaje, ***prueban convincentemente lo dispuesto que Gomez está á ceder y la seguridad que tienen de no poder llevar adelante*** su PROYECTO DE FUGA HÁCIA ARAGON (1).»

Volvemos á repetir el adagio: el que no se consuela, es porque no quiere.

Pero, francamente; para escribir las últimas frases, que nos hemos permitido subrayar, ¿qué idea tenia el general Marqués de Rodil, de los jefes expedicionarios?

Mejor dicho: ¿qué idea habia formado de los españoles todos?

A estos debia creerlos imbéciles—ó poco ménos.

A aquellos los juzgaba de la siguiente manera:

».... Si pudiera prescindirse de la inesperada ocurrencia de Almaden, no se veria en los pasos de Gomez más que una cobardía incomparable....

»***Opino que la expedicion carlista debe sucumbir*** tan pronto como, restablecidas las comunicaciones con el general Alaix, ***pueda impedirse*** que prolongue su existencia por la fuga, que es lo único á que la debe (2).»

Ahora bien: tengamos presente, que la ***expedicion carlista que debia sucumbir***, dirigida por ***un general, cuyos pasos revelaban una cobardía incomparable,***—segun el parte del Marqués de Rodil,—habia dado vuelta á toda España en el espacio de cinco meses, y al traves de los ejércitos isabelinos del Norte, del Centro y del Mediodia,

---

(1) Palabras copiadas casi textualmente de la *Gaceta de Madrid* 31 de Octubre de 1836.

(2) *Gaceta de Madrid*, ya citada.

sin tener más desgracias, para sus armas, que las de Requena y Villarobledo.

Cierto es que Rodil desahogaba su cólera, en esta ocasion, contra todos, amigos y enemigos.

Porque algunos dias más tarde, escribia al Ministro interino de la Guerra:

«*Si la aparicion del general Alaix hubiera sido en direccion más conveniente*, DESDE HOY DICTARIA LA PERSECUCION contra Gomez *con entera decision* y un progreso marcado para no ceder hasta el fin de la campaña; *pero situado Alaix tan fuera de donde convenia y yo le esperaba*, serán necesarios algunos dias (1).»

De donde se deduce lógicamente:

Que Alaix era culpable, en sentir del Marqués de Rodil, *de haberse situado en punto inconveniente*;

Que la persecucion contra Gomez, *se habria de dictar, y se llevaria á cabo* CON ENTERA DECISION, *cuando ámbos generales cristinos estuviesen de acuerdo*;

Que *no se hábia dictado* hasta entónces.

Aquí dos preguntas, formuladas en vista del resultado de ámbos partes:

Cúyos eran los pasos *guiados por una cobardía incomparable?*

Cuándo deberia de sucumbir la expedicion carlista?

Mas dejemos esto, que fastidia, y continuemos.

Al anochecer del 27, penetraron las fuerzas de Gomez y Cabrera en la villa de Guadalupe, desalojada por la pequeña guarnicion de infantería que allí se encontraba.

El 29, entre las aclamaciones de la muchedumbre y los gritos de *Viva Cárlos V*, entraron en la ciudad de Tru-

---

(1) *Gaceta de Madrid*, 7 de Noviembre de 1836.

jillo, provincia de Cáceres, pátria del conquistador de Méjico.

El 31 se alojaron en la capital, donde descansaron algunos dias.

Llegó el 2 de Noviembre.

El general Cabrera, parece que tuvo desde muy temprano el presentimiento de una desgracia, y así se lo dijo á alguno de los suyos.

Hácia las tres de la tarde recibió un oficio de Aragon, donde se le comunicaba la infausta nueva de que el general cristino, D. Evaristo San Miguel, á la cabeza del ejército del Centro, reunido en casi su totalidad, se preparaba á llevar á cabo el sitio de Cantavieja.

Cantavieja!—El cuartel general de Cabrera, su plaza querida, sus hospitales, sus almacenes, su maestranza, su lugar predilecto á tanta costa fortificado por él mismo.

Y se encontraba léjos, muy léjos de Cantavieja; y no podia llevarla ningun socorro, ni siquiera su presencia, que alentaria al soldado y le daria ánimos para desafiar á las huestes enemigas, brios quizá para derrotarlas de nuevo.

A pesar de todo, Cabrera concibió la idea de correr á Aragon, á su querida Cantavieja.

Y ya sabemos lo que era este caudillo, en punto á la realizacion de sus proyectos.

Tan pronto eran concebidos, como puestos en ejecucion.

Obtuvo del general Gomez que le permitiese marchar en socorro de la plaza amenazada; pidióle algunas fuerzas de caballería, invitó á los aragoneses y valencianos á que le siguiesen voluntariamente, y salió, por fin, en 5 de Noviembre del cuartel general de Gomez, dispuesto á atravesar por toda España, de Poniente á Oriente, con un ciento de buenos ginetes, sus ayudantes y pocos oficiales aragoneses.

Tal es la version que nos ofrece un historiador (1) fielmente extractada de los *Diarios carlistas* que tenia presentes.

Y aquí entra nuestro apuro.

Como fieles cronistas, debemos hacer mencion de los rumores que por entónces corrieron, en virtud de los cuales se atribuia esta separacion á ruidosas discordias, y bastante ágrias, que habian estallado entre el jefe de la expedicion carlista y el caudillo tortosino.

Otro historiador, que tambien poseia—segun dice—*relaciones* exactas de lo ocurrido, por medio de una persona muy adicta á Cabrera y que lo acompañó, íntimamente unido á su cuartel general, desde Cantavieja hasta Trujillo, y cuyas *relaciones* deben ser ciertamente de la persona citada (2), puesto que no las ha desmentido—que sepamos nosotros—describe los motivos de la separacion del caudillo tortosino del modo siguiente:

«Este punto (Cáceres) era sin duda el que Gomez habia escogido de antemano para deshacerse de las importunidades de Cabrera...

»...Mandó formar su tropa en batalla como si estuviese al frente del enemigo, y revistiéndose de toda su autoridad, ordenó á Cabrera, al *Serrador*, al vicario general carlista Cala y Valcárcel (3) y á otros dos ó tres, que saliesen al frente y oyesen terminantemente sus órdenes.

»Eran estas que en el mismo momento se separasen de la columna expedicionaria los indivíduos referidos, con

(1) Córdova, *Vida*, tomo II, pág. 126.

(2) Ya lo hemos dicho en la pág. 237.—Llamábase D. Lorenzo Cala y Valcárcel.

(3) Este eclesiástico, actor en tales sucesos, fué el que los refirió por escrito al Sr. Calvo y Rochina.

una pequeña escolta de caballería... regresasen á Aragon á continuar en la direccion de sus cohortes, quedando con Gomez los batallones aragoneses y valencianos, hasta que terminada la expedicion D. Cárlos dispusiese lo que quisiese.

»Cabrera... por primera vez de su vida, cedia á la fuerza, pues veia que Gomez estaba preparado á todo... y le dijo que hacia testigo al ejército de la injusticia con que se procedia con él, impidiéndole que se llevase á Aragon las fuerzas que de allí habia sacado...

»Gomez, por última contestacion, le señaló con la mano el camino que debia seguir, y le dijo:

—Por el itinerario que á V. le he entregado, no tiene necesidad de infantería.

»Entonces Cabrera echó á galope en aquella direccion, y el *Serrador*, Cala y demás comprendidos en la anterior órden le siguieron.

En el primer pueblo «se le presentó de incógnito Don N. Llorens, comandante de los valencianos, y tanto por sí, como por parte de Quílez, le manifestó cuánto habian sentido el anterior rompimiento, de que sólo tuvieron noticia cuando se habia efectuado, pero que aún podria remediarse; pues si Cabrera se decidia, Quílez y Llorens estaban determinados á usar de toda su influencia para sublevar los batallones y, separándolos de la expedicion, hacer que viniesen á incorporarse á Cabrera y juntos regresasen á Aragon.

»Mucho agradeció el tortosino estas muestras de aprecio particular de los suyos, y aunque le halagaba infinito adoptar el plan que le proponian para vengarse de Gomez, sin embargo triunfó el deseo de que se conservase la disciplina militar y que los de la Reina no aprovechasen estas particulares excisiones para batirlos.

»Por tanto, aconsejó y áun ordenó á Llorens todo lo contrario, pues le dijo que la mayor prueba de afecto que podian darle era continuar sumisos al general expedicionario, portándose siempre con él como si no tuviesen motivo de queja: que en cuanto á las que personales mediasen entre Gomez y Cabrera, nada tenian que ver con el servicio de la causa que habian abrazado, y en cuyo obsequio debian cesar cuantas determinaciones pudiesen serle contrarias (1).»

Hasta aquí el historiador aludido.

Francamente: nosotros ignoramos hasta qué punto sean exactos los datos que ofrecen las anteriores líneas.

Más aún: suponiendo cierto, en la esencia, lo que arriba dejamos apuntado, creemos que hay notable exageracion en los detalles.

Pero no rechazamos, no puede rechazarse en absoluto la version antecedente.

Téngase presente que es debida—puesto que no se desmintió por el interesado—á una persona *actora* en los sucesos que se refieren, y se convendrá con nosotros en que es preciso darle cierto crédito,—mayor todavía si se toma en consideracion el carácter sacerdotal de que estaba revestida.

El Sr. D. Buenaventura de Córdova ofrece tambien testimonio de que circularon rumores con motivo de la separacion de Cabrera del cuartel general de Gomez, acerca de «disidencias que ocupaban el ánimo de los jefes carlistas,» y «que Cabrera no podia sufrir más tiempo el predominio de Gomez,» y «que deseaba dar otro giro á las operaciones,» y «que despechado abandonó á su compañero» (2).

Nosotros, imparciales entre una y otra version, y sin

---

(1) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 240 y 241.
(2) Córdova, *Vida*, tomo II, pág. 127.

tener suficientes datos para rectificar en este asunto, cumplimos con nuestro deber presentando ámbas al buen juicio de nuestros benévolos lectores.

Y proseguimos nuestra Historia.

Veloz como el relámpago, sin descansar ápénas lo más preciso, cruzó el general Cabrera por enmedio de aquel país ocupado por numerosas y fuertes columnas isabelinas, pero teniendo la feliz suerte de esquivar su encuentro y dejarlas á retaguardia, siguiendo en pos de Gomez.

El 7 de Noviembre, en el pueblo de Abenojar, rindió á un destacamento cristino, compuesto de 50 hombres, sin disparar un tiro, y se unió al victorioso caudillo gritando ¡*Viva Cárlos V*!

Atravesó por Almodóvar, Almagro, Calzada de Calatrava y Valdepeñas, rindiendo en unas partes á las guarniciones, haciéndolas huir en otras, encontrando en alguna amigos entusiastas y aguerridos que se le unieron con numerosa caballería (1).

Miéntras hacía ejecutar un acto de justicia en el pueblo de Bonillo, en la persona de cierto oficial carlista, convicto y confeso de un delito infame, llególe la infausta nueva de la toma de Cantavieja por el general San Miguel.

Entónces varió de camino y tomó la direccion de Navarra.

Invadió á Albacete y la Gineta.

Puso sitio (2) á Quintanar de la Orden, de donde fué rechazado con pérdida de un capitan y cuatro soldados, y el 21 llegó á Tarancon, oficiando á los pueblos limítrofes, y á los más inmediatos á Madrid, para pedir raciones

---

(1) Los guerrilleros *Jara* y *Orejita*, con 360 caballos, se le unieron en estos pueblos.

(2) El 19 de Noviembre. *Gaceta de Madrid*, 26 de Noviembre de 1836.

en número considerable, á fin de llamar hácia aquel sitio la persecucion isabelina y encontrar expedito el camino que seguir se proponia.

En el pueblo de Buendia formó un batallon con los mozos que se le presentaron, y armóle instantáneamente con los fusiles de los milicianos nacionales.

Llegó á Cifuentes el 23 y á Sigüenza el 24 (1), cuya guarnicion resistió.

En Arganda, sorprendió á una compañía de carabineros.

El 1.° de Diciembre llegó al pueblo de Rincon de Soto, perteneciente á la provincia de Soria: no pudo vadear el Ebro, caudaloso á la sazon, y esperó.

Mas á las diez de la mañana se descubrió la columna del general isabelino Irribarren, que constaba de 3.500 peones, 500 ginetes y dos piezas de artillería.

Salió al campo el general carlista inmediatamente, reuniéronse á duras penas caballería é infantería, y atacaron con denuedo para no ser envueltos, si huian, por la numerosa columna enemiga: ésta se desordenó con tan brusco y no esperado ataque, pero se rehizo de pronto, cargó tambien con valentía, se desordenaron á su vez los bisoños infantes que llevaba entónces Cabrera, y cayeron unos en poder de Irribarren, quedaron otros en el campo del combate, y huyeron los demás desbandados y poseidos de espantoso pánico.

Segun el parte isabelino, 40 fueron los muertos y 100 los prisioneros (2).

---

(1) El conciso itinerário que seguimos, está conforme con la relacion del Sr. Córdova.—*Vida*, tomo II, pág 131 y siguientes.

(2) *Gaceta de Madrid*. 8 de Diciembre de 1836.—El parte carlista apunta 14 muertos y 100 prisioneros.

La persecucion duró dos horas, y Cabrera y Mirálles lograron por fin ordenar sus gentes y encerrarse, ya entrada la noche, en Arévalo de la Sierra y Torre de Arévalo, pueblos cercanos entre sí, y que tambien pertenecen á la provincia de Soria.

Era la noche muy oscura.

Cabrera, retirado en su alojamiento, rendido de las fatigas del dia y víctima de una afeccion moral que le desgarraba el seno desde la pérdida de su querida plaza de Cantavieja, apénas se habia reclinado algunos momentos sobre el lecho, cuando siente que las avanzadas carlistas disparan algunos tiros.

Atacadas por una brigada isabelina, al mando del coronel Albuin, replegáronse hácia el interior del pueblo, á fin de alarmar á sus cansados compañeros.

Cabrera salta del lecho, vístese, sale á la calle, llama con voz de trueno á sus voluntarios, reúnensele veinte valientes y pretende con ellos sólos oponerse á la numerosa tropa que Albuin conducia.

Mas desiste de su temeraria idea.

Quiere volver á su alojamiento para montar á caballo y salvarse...

Ya era tarde!—Estaba ocupado por las fuerzas cristinas.

Concedamos la palabra en este punto á un cronista—porque luego tendrémos que cedérsela á otro historiador, para que conozcan nuestros lectores las dos versiones más notables acerca de los sucesos que acaecieron en aquella noche horrible.

Dice así el Sr. Córdova:

«Retrocedió Cabrera—al encontrar ocupado su alojamiento por las tropas de la Reina—con unos cuantos ordenanzas en busca de los voluntarios que se hubiesen sal-

vado: debió no ser cogido á la oscuridad de aquella espantosa noche.

»Los lamentos de los heridos, la gritería de los que se entregaban, el ruido de los vencedores, todo contribuia á hacer más sombrío este cuadro sangriento de la guerra civil.

»Cabrera, sin perder el ánimo sereno, que es patrimonio de su constitucion física, procuró con los pocos soldados que le seguian abrirse paso entre los contrarios. Una arremetida brusca, desesperada y temeraria le franqueó la salida del pueblo, recibiendo un bayonetazo en la pierna y una cuchillada en la espalda.

»Elévase la calzada por donde salió Cabrera sobre unos veinticinco piés del piso natural, y al atravesarla, alcanzó un soldado de la Reina con la culata de su fusil al general carlista, cuyo golpe le hizo rodar de la carretera

»Creíase allí seguro; pero al tocar un cadáver con el pié y oir las voces de los soldados de la Reina que cruzaban por aquel sitio, levantóse como pudo, y saltando márgenes y arroyos, fué á caer, lleno de heridas y contusiones, en un punto algo distante del de la pelea (1).»

Veamos ahora la version del Sr. Calvo y Rochina.

Dice así:

«....La oscuridad aumentaba la confusion: una vez disparados los primeros tiros por las guardias avanzadas de Cabrera y esparcida la alarma, todos salian sorprendidos de las casas, y unos escapaban segun podian y otros venian á las manos en las calles, sin que distinguiesen al amigo ó al enemigo.

»Cabrera saltó de la cama, y á medio vestir se presentó en la calle echando á correr despavorido por medio de

(1) Córdova.—*Vida*, tomo XI, pág. 135 y 136.

algunas compañías de las fuerzas invasoras, que se tiroteaban con otros que tambien procuraban buscarse una salida.

»Usó Cabrera del ardid de gritar ¡*Viva la Reina*! para que lo juzgasen compañero los mismos que le combatian enemigo, y fué contestado inmediatamente por una descarga que no pudo decir Cabrera si fué de los suyos ó de los de la Reina, pues atravesado de cinco balazos en los muslos cayó en tierra, abandonado de la buena estrella que hasta el Rincon de Soto le habia acompañado eu cuantos peligros hubo corrido.

»Continuaba el tiroteo y confusion, y Cabrera, que no habia perdido el conocimiento, se arrastró como pudo al abrigo de una tapia para no ser atropellado por los caballos que delante de él cruzaban en distintas direcciones, sin que osase llamar á nádie en su ayuda, no pudiendo distinguir si eran amigos ó enemigos los que pasaban (1).»

Hasta aquí el Sr. Calvo y Rochina.

Y, para que nada falte, añadirémos tambien que un parte *oficial* dirigido al Ministro del Interior por el jefe político de Sória dice que los carlistas perdieron gran número de muertos, 80 prisioneros y 200 caballos (2); el coronel Albuin fijó la pérdida de los carlistas en muchos muertos, 66 prisioneros, 127 caballos, 14 mulas y bagajes, armas y municiones (3); y el juez de Cervera del Rio calculaba que las bajas de los carlistas puede fijarse en cinco muertos, algunos heridos, 70 prisioneros y 140 caballos.

Pedir mayor conformidad en las noticias *oficiales* fuera gollería.

---

(1) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 243 y 244.

(2) *Gaceta de Madrid*, 8 de Diciembre.

(3) *Gaceta de Madrid*, 10 de Diciembre.

Pero los dos primeros escritores convienen, por lo ménos, en lo esencial.

Cabrera estaba herido, quizás en el principio de una muerte horrorosa.

Sólo él, en medio de aquel país enemigo, cuando oia aún el estruendo horrísono del combate, el gemir de sus bravos soldados heridos por las bayonetas isabelinas, el gritar frenético de los vencedores, á quienes la casualidad, la ciega casualidad, habia conducido á aquel miserable pueblo, pues ignoraban á su llegada la existencia de las fuerzas carlistas en la provincia de Sória (1),—Cabrera, transido de dolor y de angustia, gritaba algunas veces:

—¡Oh, madre mia! ¡Oh, madre de mi alma!

Pensaba en su madre, en la santa mujer que lo habia dormido en su regazo, que habia derramado en su seno el bálsamo del consuelo, las lágrimas purísimas del maternal cariño, cuando las penas atormentaban su corazon y entristecian su ánimo.

Y como si su madre bendita velase cuidadosamente, aún más allá del sepulcro, por el hijo querido de su alma; como si el espíritu de la sin ventura María hubiese oido, desde el alto empíreo, el gemido angustioso de su hijo, una voz robusta y asombrada contestó al acento doliente del infeliz herido:

—Don Ramon! Es usted! Dios mio!—dijo.

Y al poco rato un ginete realista, acompañado de un fiel asistente, se apeaba al encuentro del general desventurado, poníanle ámbos en la grupa, y huian á uña de caballo de aquel lugar de desolacion y desventura en direccion á un monte cercano.

---

(1) El mismo coronel D. Saturnino Albuin, jefe de la columna, lo confesó lealmente.

El generoso oficial se llamaba D. Ramon Rodriguez de Cano.

Era coronel de la caballería realista, y se le conocia por el apodo de *La Diosa*.

Huyeron al monte; encerráronse en lo más recóndito de la selva, al pié de un cerro que se destacaba en el negruzco espacio, y desde donde tendian sus miradas en busca de socorro—como aquellos desesperados náufragos que son arrojados por las tempestades en los islotes desiertos, y miran dia y noche por el lejano horizonte buscando la salvadora nave.

Allí permanecieron dos dias.

Nádie se presentaba: ningun sér humano aparecia para darles socorro.

Las heridas del general estaban aún sin curar, el frio era horroroso y quizás iban á morir los tres desgraciados en medio de la espantosa agonía del hambre.

Del hambre, porque hacía cuarenta horas que no tomaban alimento alguno.

Y todavía la desgracia les reservaba otro sufrimiento.

Como relinchase muy á menudo el arrogante caballo del coronel Rodriguez Cano... ¡se vieron en la triste necesidad de matarlo, á fin de que con sus relinchos no les denunciase!

A aquel noble y hermoso animal que les habia salvado en la infausta noche de la sorpresa, tuvieron que arrancarle la vida para que continuase prestándoles todavía el generoso oficio de salvador.

Pero ninguno de los tres habia conservado las armas: y el noble bruto, sacrificado en holocausto de los infelices abandonados, después de una agonía lenta y desgarradora, con un martirio cruel y doloroso, sucumbió... ¡á pedradas!

Mataban al corcel generoso y vertian lágrimas por su muerte.

Dios tuvo piedad al fin de los tres infelices.

Un labrador subió por el cerro, en cuyas concavidades se guarecian aquellos; viólos, corrió á su lado, les dió alimentos, infundió la esperanza en sus corazones entristecidos, y se comprometió á servirles con lealtad y nobleza.

Los deseos más vehementes del honrado labriego consistian en hospedar á los tres carlistas en su misma casa; pero les condujo, en aquella misma noche, á la habitacion de una jóven, parienta suya, donde estuvieran más libres de las persecuciones que naturalmente habrian de emprenderse por los agentes del Gobierno de Madrid, para dar con el jefe carlista, de quien se sabia con entera certidumbre que estaba herido á consecuencia de la sorpresa de Arévalo.

Cabrera, no obstante, desconfiaba.

Y á pesar de hallarse en un estado lamentable de postracion, conoció que aquel sitio no era muy seguro para librar con fortuna.

Comunicó sus temores al coronel Rodriguez Cano, y convinieron ámbos en prepararse otro asilo, de la mejor manera que les fuese posible.

La Providencia vino en su auxilio.

En cierta ocasion habia el general carlista prestado un servicio al cura párroco de la villa de Almazan, D. Manuel Moron; y éste, agradecido á la generosidad de Cabrera, le hizo presente que tendria un singular placer en corresponderle dignamente, si algun dia la suerte le deparaba una ocasion favorable, para poder realizarlo.

Á este virtuoso eclesiástico, pidió Cabrera hospitalidad y silencio.

Y él le otorgó ámbas cosas con singular alegría.

....

Estaba salvado.

Pero el Gobierno de Madrid se felicitaba de haber exterminado (¡por fin!) al caudillo tortosino.

CAPITULO XVI.

Antecedentes necesarios.—Cantavieja.—Desaliento.—Viva D. Ramon!—Pormenores.—Adelante!—Atrevida correría.—Torreblanca.—Nuevas heridas.—Accion de Buñol.—Alcanar.—Burjasot.—Fusilamientos.—Palabras de Cabrera.

Hemos dicho en el capítulo anterior que el general Gomez señaló su entrada en Aragon con el brillante hecho de armas de Jadraque, donde cayeron prisioneros dos batallones de la Guardia Real, que formaban parte de la brigada de Lopez.

Como ningun historiador haya hecho reseña de esta accion, contentándose el que más con mencionarla, nosotros nos permitirémos copiar una página, referente á dicho suceso, del *Diario* del digno capitan de la cuarta compañía del 6.° batallon de Castilla, D. Jacinto Gago, testigo presencial y actor á la vez en el combate de Jadraque (1).

(1) Faltariamos á nuestro deber si no diésemos un público testimonio de gratitud á D. Jacinto Gago, veterano carlista, residente

Dice así:

«El dia 29 (Agosto) pernoctó la expedicion en Jadraque.

»El 30, bien temprano, se tocó llamada y emprendimos la marcha por el camino de Brihuega.

»Al poco rato se dejaron ver tropas enemigas, las cuales, en combinacion acaso con otras columnas, trataban de oponerse á nuestra marcha.

»Inmediatamente se dió órden á los batallones 4.° y 6.° de Castilla y á los granaderos para que atacasen á dicha columna; pero ésta corrió á ocupar el pueblo de Motilla, colocando en las eras, punto bastante elevado, las dos piezas de artillería que llevaba, desde donde comenzaron á jugar contra nuestras masas.

»El general Gomez dió la órden de tomar la altura á la bayoneta, y mi compañía del 4.° de Castilla fué la que tuvo la honra de subir la primera, dar muerte á uno de los artilleros que servian una pieza y apoderarse de los dos cañones y de los soldados que los manejaban.

»Miéntras tanto, el resto de nuestras fuerzas hacian prisionera á toda la columna, que se componia de dos batallones de la Guardia Real, las dos piezas ya citadas y siete caballos, únicos que pudieron salvarse á todo escape.

»Mandaba estas fuerzas el memorable brigadier Lopez,

---

en la actualidad en Zamora. Sin indicacion alguna, por nuestra parte, se ha dignado facilitarnos sus *Diarios* de las campañas de 1835-40 y 1848, cuya importancia tendrán lugar de apreciar nuestros lectores en várias ocasiones durante el largo discurso de esta obra.

Ojalá que el desprendimiento del Sr. Gago hubiese tenido muchos imitadores.

quien era reputado por el mejor lancero del ejército isabelino.

....

»Como el número considerable de prisioneros que llevaba la expedicion causase embarazo y entorpecimiento en las marchas, fueron aquellos conducidos, desde la villa de Utiel, por fuerzas del general Cabrera, al depósito de Cantavieja.»

Ahora bien.

Al reanudar la narracion de los sucesos de Aragon y Valencia, que dejamos interrumpida en el capítulo anterior, desde el momento en que el general Cabrera, Quílez y Miràlles se unieron en Utiel, con algunos batallones de aragoneses y valencianos (1) á la division expedicionaria del general Gomez, debemos conmemorar la accion de Beceite, entre las fuerzas carlistas al mando del intrépido coronel D. Luis de Llangostera y la brigada portuguesa, de la legion auxiliar, que acaudillaba D. Cayetano Borso di Carminati.

Segun el parte de aquel jefe, comunicado por D. José María de Arévalo al Ministro de la Guerra (2), hallábase Llangostera en Valderobres el 23 de Setiembre con los batallones 1.° de Mora y 2.° de Tortosa.

Un confidente le anunció que el brigadier Borso di Carminati se dirigia á Beceite con intenciones de penetrar en

(1) Se ha hablado con mucha variedad acerca del número de batallones que con los jefes carlistas de Aragon se incorporaron á Gomez, pudiendo asegurarse que no hay dos cronistas acordes en este punto.

Nosotros, con el *Diario* del Sr. Gago en la mano, podemos afirmar que Quílez y Miràlles llevaron consigo *cinco batallones* y *cinco escuadrones*.

(2) Desde el cuartel general de Beceite, en 25 de Setiembre.

los puertos y destruir las fortificaciones carlistas de la Cénia.

Llangostera salió al punto, llegó al sitio denominado El Calvario, tomó fuertes posiciones, y esperó tranquilamente al enemigo.

Presentóse éste bien pronto.

Atacó las posiciones, «pero fué rechazado tres veces, y obligado á retirarse.» El jefe isabelino, despechado sin duda por el mal éxito del combate, incendió á Beceite y «dispuso que se saqueara todo el pueblo, tanto por su resistencia, como por su mal sentido, y por no haber en todo él más que seis ú ocho mujeres (1).»

Las pérdidas que sufrió la columna isabelina,—segun el parte carlista, ***puesto que el parte cristino no las menciona,***—en el combate de Beceite y en la desordenada retirada á Arnes, «se elevaron á 150 muertos, sin contar una infinidad de heridos.»

Merece citarse un hecho.

Dos compañías de cazadores de Oporto (de la legion portuguesa) se encontraron envueltas por los batallones carlistas en medio de lo más reñido del combate.

Y pidieron ***cuartel.***

Un capitan carlista (del 2.° de Tortosa) contestóles en voz alta:

—Defendéos! soy español! Si vosotros lo fuéseis, os daria cuartel; pero sois extranjeros vendidos y contribuis directamente á las desgracias de mi pátria. Defendéos, ó moriréis.

---

(1) La *Gaceta* no publicó este parte, donde se decia, como han visto nuestros lectores, que unos *soldados extranjeros*, *derrotados por soldados españoles, habian incendiado y saqueado*, para consolarse de su derrota, un pueblo español.

Estas eran las legiones extranjeras del Gobierno de Madrid.

Se defendieron en efecto, en virtud de la terminante contestacion del capitan carlista, y lograron salir con fortuna é incorporarse á sus compañeros, á excepcion de 15 portugueses que quedaron en la arena del combate.

Verdad es que luego se vengaron de su derrota, incendiando y saqueando el pueblo de Beceite.

Elocuentes son estos dos hechos, y que no necesitan de comentarios.

Pero el suceso principal que ocurrió en Aragon, durante la ausencia del general Cabrera, fué el sitio y toma de Cantavieja por el general isabelino D. Evaristo San Miguel, quien sustituyó—sino estamos equivocados—á Don Felipe Montes en el mando del ejército del Centro.

Por aquel entónces era gobernador militar y político de la plaza de Cantavieja, el comandante D. Magin Miquel, de quien ya nos hemos ocupado en estas páginas.

Natural de Tárrega (Cataluña), soldado en 1802 y licenciado en 1818 con la graduacion de cabo primero, se alistó en 1822 bajo las banderas del guerrillero *Capapé*, ascendiendo á teniente de infantería.

Se le dió el retiro en 1831, y cuatro años más tarde se presentó á Cabrera para hacer la guerra bajo sus órdenes.

Arévalo, comandante general interino de Aragon, por el Rey D. Cárlos V, durante la ausencia del propietario, apénas tuvo conocimiento de los proyectos de San Miguel, mandó á Forcadell y á Llangostera que hiciesen rápidas correrías hácia la Huerta del Túria y del Guadalaviar, país ménos castigado por la guerra civil, que habia ya asolado algunas provincias, arrebatando víveres y municiones de todas clases para almacenarlos en la plaza, á fin de resistir á un largo sitio.

Pero D. Evaristo San Miguel, á pesar de la crudeza de la estacion, movió sus fuerzas contra Cantavieja en 20 de

Octubre, pernoctando en Castellon y saliendo el 21 en direccion de la plaza.

Llevaba á sus órdenes tres batallones, un regimiento de caballería, y várias piezas de artillería, algunas del calibre de á diez y seis, y un inmenso material de guerra conducido por 300 carros.

El 23, se le reunió en la villa de San Mateo, la brigada que mandaba el coronel D. Antonio Yoller, que llevaba consigo, además de respetables fuerzas de infantería y caballería, dos piezas de á diez y seis, un mortero con 300 bombas, y un material inmenso.

Antes se le habia unido la brigada del jefe Nogueras (vuelto ya — dicho sea de paso — á la gracia del Gobierno) y después, en el dia 27, se le incorporó la fuerza de la legion portuguesa que mandaba el brigadier Borso di Carminati.

Mediaron algunas comunicaciones entre el gobernador de Cantavieja y el general San Miguel, sobre si era injusta la determinacion de poner sitio á la plaza que guardaba en su recinto un depósito de prisioneros y dos hospitales; — pero nosotros, en gracia de la brevedad, harémos caso omiso de tales contestaciones (1).

San Miguel desechó la pretension de D. Magin Miquel, y siguió adelante.

El 28 estaban acampadas las fuerzas isabelinas en el pueblo de Iglesuela del Cid.

Y «el frio era tan intenso — dice el parte del general en jefe (2) — que los soldados no podian resistirle y se quedaban yertos.»

---

(1) El curioso puede leer estas comunicaciones en la *Gaceta de Madrid*, 6 de Noviembre de 1836.

(2) Véase la *Gaceta de Madrid*, 6 de Noviembre.

«El dia 30—continúa San Miguel—amaneció muy lúgubre para las tropas sitiadoras, abandonadas á su sola constancia y bizarría.

»Se hallaba el suelo cubierto de nieve, exánimes de frio los soldados, sin pan tres dias, sin una gota de vino y aguardiente, sin esperanzas de provisiones por ninguna parte.»

Celebróse entónces un consejo dè oficiales generales y todos los españoles unánimemente votaron por la continuacion del sitio hasta la toma de la plaza ó la derrota.

Solo un brigadier extranjero — cuyo nombre dirán otros—opinó por la retirada y pidió que constase su voto por escrito.

Tales eran los *auxiliares* del Gobierno de Madrid.

Saqueaban é incendiaban los pueblos para vengarse de una derrota; pero creian oportuno volver las espaldas al enemigo en los críticos momentos del combate.

El 31, á las diez de la mañana, se rompió el fuego con dos piezas de á diez y seis, un mortero y algunos obuses, los cuales arrojaron sobre la plaza una infinidad de bombas y granadas, causando no pocos estragos.

Qué hacian entre tanto los carlistas?

Las fortificaciones de Cantavieja, sin ser de gran solidez, presentaban un regular aspecto.

Rodeaba la villa una muralla aspillerada, en cuyos flancos se levantaban algunos torreones, sobre elevados peñascos; la ermita de San Blas estaba convertida en fuerte y en el centro de un ancho foso con muralla y pequeños reductos; el antiguo castillo se habia reparado convenientemente y mantenia comunicacion cubierta con la ermita y con los muros exteriores.

Un batallon de la division del Túria y una compañía de artillería, guarnecian la plaza.

Arévalo habia mandado destruir todos los caminos para entorpecer la marcha del sitiador.

Forcadell recorria los pueblos del corregimiento de Tortosa, en busca de víveres, con dos batallones.

Y Llangostera, con tres batallones y la caballería, se hallaba el 29 en Fuentes-Claras, á distancia de veinte leguas, por mal camino, de Cantavieja.

Ignoraban ámbos el proyecto del general San Miguel?

Creyeron, como se dijo entónces, que no podia el cristino realizarlo en medio de los rigores de una estacion tan cruda?

No lo sabemos.

La verdad es que Llangostera recibió, el 29, una órden de Arévalo para que volase én socorro de la plaza, y el 31 se encontraba en Fortanete, á distancia de dos leguas de Cantavieja, separado únicamente por un profundo y áspero barranco.

Allí tambien se encontraba el comandante general interino, D. José María de Arévalo.

Arengó este á las tropas con energía y entereza.

Los soldados entusiasmados gritaron:

—Á Cantavieja! Viva el Rey!....

Y se puso la columna en movimiento, para acudir al socorro de los sitiados.

Era ya tarde.

El gobernador de Cantavieja no estaba á la altura de las circunstancias.

Encerrado en una fuerte posicion, en un pueblo amigo, con abundancia de víveres y municiones, y con un batallon de hombres decididos, D. Magin Miquel no desplegó los medios de accion que tenia á su alcance para la defensa de Cantavieja, no dió á conocer esa noble entereza, esa entusiasta energía de quien está dispuesto á resistir al enemigo, no hasta el heroismo—que los héroes son

contados—sino hasta dejar cumplidos los deberes de la honra militar.

El, además, debia estar seguro de auxilios exteriores; de que sus compañeros, leales soldados de Cárlos V, no habian de abandonarle en aquel grave riesgo; de que sus jefes, los pundonorosos oficiales Arévalo, Forcadell y Llangostera, aprestaban sus huestes para lanzarlas en socorro de la plaza amenazada, ó recorrian las huertas del Túria primero y los países del Ebro más tarde, en demanda de víveres y municiones de todas clases, á fin de encerrarse en la plaza, resistir al poderoso ejército que iba á sitiarla, y añadir acaso un lauro más á los muchos que ya adornaban la enseña del ejército realista de Aragon y Valencia.

Y la defendió con debilidad extremada.

El dia 30, cuando aún no se habia disparado el primer cañonazo, cuando los oficiales generales de San Miguel deliberaban acerca de la conveniencia de levantar el sitio ó de llevarle á cabo, D. Magin Miquel envió parlamentarios con proposiciones de capitulacion, al cuartel general isabelino (1).

El dia 31, roto apénas el fuego por el ejército sitiador, callaron los cañones de la plaza.

Al avanzar las guerrillas de San Miguel, posesionáronse del fuerte de la Ermita.

Y entónces *álguien* arrojó el fatídico grito de *¡sálvese el que pueda!* para que toda la guarnicion huyese desesperada, poseida de horroroso pánico, y se lanzase por los barrancos que circunvalan por casi todos lados la villa de Cantavieja.

---

(1) Véase la *Gaceta de Madrid* ya citada

Se lanzaron por los derrumbaderos, con la esperanza de huir del enemigo, y más de 200 infelices encontraron la muerte en las bayonetas isabelinas; porque San Miguel habia apostado la gente más florida del ejército en los alrededores de la plaza, á fin de cortar la retirada á los sitiados, en caso de que apelaran á la fuga.

Y cuando los restos de la guarnicion corrian hácia el pueblo de Fortanete, Arévalo y Llangostera conducian á sus aguerridos batallones en socorro de la plaza, ya conquistada por el cristino.

¡ Amargo debió ser aquel trance para el valiente y pundonoroso Arévalo !

Y miéntras las huestes del general San Miguel entraban en Cantavieja, cuyas puertas le fuéron abiertas por el teniente de artillería D. Pirro de Menchaca, prisionero del ejército isabelino, y daban libertad al brigadier D. Narciso Lopez y á los dos batallones de la Guardia Real que la division de Gomez hizo prisioneros en la accion de Jadraque, y sin dar cuartel á nádie—segun los diarios carlistas—ni aun á los desgraciados heridos y enfermos que yacian en el lecho del dolor, en los hospitales, pasaban á cuchillo á todos, saqueaban la poblacion, profanaban el templo y robaban los vasos sagrados.

Sólo respetaron al general portugues D. Raimundo Piñeiro, y á algunos realistas navarros de la division de Gomez, que fuéron conducidos enfermos desde Utiel, al lado de los prisioneros.

El triste resultado de Cantavieja desalentó á los voluntarios carlistas.

Iniciábase la desercion en las filas; este era el síntoma seguro de la disolucion del valeroso ejército realista, si no se acudia prontamente á remediarla.

Mas á pesar de las medidas vigorosas tomadas por Aré-

valo, después de haber empleado otras más suaves, y á pesar de haber evocado el nombre mágico de Cabrera en una proclama que dirigió á los voluntarios desalentados, donde les recordaba los triunfos conseguidos por su bravo general en Córdoba y Almaden, en Baena y Cabra, la desercion continuaba y llevaba trazas de acabar en poco tiempo con aquellos floridos batallones.

El soldado más animoso decia á lo sumo:

—Dónde está nuestro general? Dónde está D. Ramon? Que venga! Que venga pronto!

Ah! D. Ramon no fué; fuéron, sí, los fugitivos de Rincon de Soto, los escasos restos de la terrible noche de Arévalo de la Sierra.

Buen remedio para contener la desercion!

Los soldados necesitaban alientos, una voz animosa y enérgica que les inspirase confianza, una mirada ardiente que inflamara los bríos en su desfallecido corazon: Cabrera, en fin.

Y recibian en cambio á los desconsolados dispersos de Rincon de Soto, á los infelices voluntarios que en Arévolo de la Sierra habian visto caer herido á su bravo caudillo y que ya no volvieron á verle.

—Quizás le habrán fusilado! — decian unos henchidos de ciega rabia.

—D. Ramon ha muerto!—afirmaban otros poseidos de horrible pánico.

Y esta lúgubre exclamacion, repetida cada dia que pasaba, con más insistencia, no sólo por los soldados, sino por los mismos oficiales y jefes, vino á ser el preludio de otra desercion más numerosa y continuada.

Fatales fueron aquellos dias para el pundonoroso Arévalo, que no sólo tenia que llorar la pérdida de Cantavieja, sino acaso tambien la completa disolucion de los

suyos, durante el escaso tiempo en que estuvo al frente de la comandancia general de Aragon.

Mas un dia recibieron un oficio los jefes de los batallones realistas, ordenándoles que se hallasen en el pueblo de Rubielos para el dia 9 de Enero.

Al caer la tarde, y cuando se encontraban formados en extensa hilera los ginetes y los peones, como si hubiesen sido preparados para una revista militar, apoyando la cabeza en la plaza del pueblo y prolongándose por las afueras hasta más allá de media legua, aparecen á lo léjos, por el camino de Aragon, nuevas fuerzas realistas, de cuya llegada no se tenia anticipado aviso.

Y luego se oyen vítores, y aclamaciones, y gritos frenéticos de alegría y entusiasmo.

Y bien pronto esta alegría y este entusiasmo se comunican á los batallones que esperaban, y todos se confunden en una masa enorme y compacta de hombres, que gritan con estentóreas voces:

—Viva D. Ramon! Viva nuestro general!

Cabrera, montado en un brioso caballo, envuelto en su característica y encarnada capa, débil aún y pálido, pero animoso y resuelto como siempre, se presentaba por vez primera, desde su incorporacion á la division expedicionaria de Gomez, entre sus queridos y entusiastas soldados.

Habian pasado cuatro meses.

Y desde entónces, en este breve tiempo, ¡cuántas glorias y cuántos desastres!

Córdoba, Almaden, Baena y Cabra, por un lado.

Requena, Villarobledo, Cantavieja, Rincon de Soto y Arévalo de la Sierra, por otro.

Aquel ofrecia un poema de glorias, éste presentaba un negro cuadro de sangre y lágrimas.

Retrocedamos ahora.

Cabrera escribia al Ministro de la Guerra, al dia siguiente de haber entrado en Rubielos:

«No obstante la desgracia de caer herido en Arévalo y del desamparo en que me ví en tierras tan lejanas y desconocidas, la Divina Providencia me cubrió con denso manto haciéndome invisible á mis enemigos, que me creian muerto.

»El Todopoderoso fué quien me condujo á las manos del mejor de los hombres, y aquel santo varon me llevó á la casa de asilo y seguridad, donde me curé.

»Su mediacion influyente me puso á salvo, y sus desvelos no tuvieron fin hasta que me colocó en medio del ejército de Aragon.»

Necesitamos dar ahora algunos interesantes y curiosos pormenores.

Disfrazado Cabrera con un traje del país, montó en una mula sufriendo horribles dolores (pues un balazo le habia destrozado la cadera derecha) y en compañía del virtuoso párroco de Almazan, D. Manuel M. Moron, dirigióse á la ciudad de Sigüenza, pasando los dos viajeros por en medio de una division isabelina, cuya vanguardia allí se alojaba.

Comieron tranquilamente, oyeron referir á varias personas la sorpresa de Arévalo, y hasta vieron voltear las campanas, en són de júbilo, por la muerte de Cabrera, en algunos de los pueblos del tránsito.

Ya puestos en camino para Almazan, no faltó quien les dijo que el jefe carlista no habia muerto, sino que se hallaba oculto en Sigüenza.

Llegaron, por fin, con toda felicidad, después de un viaje muy penoso, á la casa del Sr. Moron.

Fué encerrado Cabrera en una alcoba que no tenia otra

entrada sino un pequeño agujero, perfectamente disimulado, y oculto por medio de un armario, y por el cual sólo pasaban el dueño de la casa y un cirujano hábil, y de toda confianza, que asistia al herido.

Allí permaneció cerca de un mes.

Pero como en este pícaro mundo nunca falta alguna lengua indiscreta, comenzóse á susurrar por lo bajo que Cabrera estaba en Almazan.

No se indicaba la casa del cura como el sitio que ocultaba al herido general carlista, porque el digno párroco era reputado por liberal y no infundia sospechas.

Mas los rumores circularon con insistencia, y, á peticion del alcalde de la villa, las tropas isabelinas que acudieron verificaron dos escrupulosos registros en casi todas las viviendas de los carlistas.

Como era consiguiente, estando reputado el Sr. Moron por partidario constitucional, su casa fué exceptuada de la minuciosa requisa.

Pero como los murmullos que denunciaban la estancia del general Cabrera en Almazan no se habian apagado, parecè ser que se iba á dar órden para llevar á cabo un tercer registro, del cual seguramente no se habrian eximido los domicilios de los mismos liberales.

Aquí la imaginacion de Cabrera descubrió la manera de hacer perder la pista á los sabuesos de los cristinos, que ya olfateaban el aliento de la presa: escribió cuatro ó seis oficios á diferentes alcaldes, y áun al mismo de Almazan; fechólos en otro pueblo muy distante, y por medio de confidentes leales, disfrazados de voluntarios realistas, hiciéronse llegar las comunicaciones á manos de las autoridades á quienes iban dirigidas.

Cabrera las firmaba, por supuesto, y en ellas se pedia

la miseria de cinco mil raciones para las cuatro de la tarde del mismo dia, bajo pena de la vida.

De esta manera ingeniosa logró el general que las tropas evacuaran el pueblo, y los murmullos y rumores se acallasen por completo.

Estará de más advertir que el coronel Rodriguez Cano *(La Diosa)* no habia abandonado ni por un momento, en medio del peligro (1), á su querido general.

Acercábase el instante más peligroso: salir de aquel lugar, donde se le habia curado con tanta solicitud, y encaminarse á Aragon—pues á Navarra, segun sus anteriores proyectos, era imposible.

Hé aquí la combinacion que efectuó Cabrera para asegurar su evasion.

Escribió á Forcadell, señalándole dia, hora y punto de reunion.

Este era una casa de campo que distaba seis leguas de Almazan.

Y cuando el general carlista recibió la contestacion de su amigo, quien le aseguraba que no faltaria por nada ni por nádie á la cita, acompañado de 50 escogidos caballos al mando del comandante Beltran, Cabrera organizó un cordon de centinelas, apostados de trecho en trecho y en una extension de más de diez leguas, para que cada uno de ellos fuese guiando hasta el otro inmediato á Forcadell y á su escolta para llegar al sitio designado, pero teniendo especial cuidado que todos, ménos dos que estaban en el se-

(1) La *Historia* escrita por el Sr. Calvo y Rochina ofrece muchos detalles conformes con los que nosotros apuntamos, y tiene el autor buen cuidado de hacer presente que "debe una relacion circunstanciada de todo á un testigo ocular, digno de entero crédito." (Página 248 y 249.)



creto por merecer la confianza del jefe, ignorasen el objeto del servicio que prestaban.

La combinacion, tan hábilmente dispuesta, dió el resultado que se esperaba.

Cabrera, derramando lágrimas de alegría y de ternura, cayó en los brazos de sus amigos.

Con Forcadell habian concurrido á la cita el ayudante del general, D. José Domingo Arnau, y el vicario general castrense, D. Lorenzo Cala y Valcárcel.

Arévalo, con dos batallónes escogidos, esperaba en el pueblo de Aliaga.

A este pueblo llegaron felizmente el dia 8, y el 9 entraron en Rubielos (1).

¿Cómo describir el entusiasmo del ejército?

¿Cómo pintar aquella escena en que todos los voluntarios veian el semblante animoso de su general querido, á quien habian llorado por muerto, y cuyo triste fin les refirieron los dispersos de Rincon de Soto y de Arévalo de la Sierra?

—Pero ¿es D. Ramon?—preguntaban algunos, como si dudasen todavía.

—Sí, nuestro general; es nuestro general!—respondian otros, ébrios de alegría y de entusiasmo.

---

(1) No debemos pasar por alto que el digno párroco de Almazan, después que se conoció todo, fué conducido á Zaragoza, sometido á un consejo de guerra, y condenado á muerte. Cuando Cabrera lo supo, apresó á un Diputado á Córtes y á otro personaje de la corte de Madrid, haciéndoles saber que serian fusilados el mismo dia en que se ejecutase la sentencia que habia recaido contra el párroco de Almazan.

Excusado es decir que dichos señores, poniendo inmediatamente en juego sus buenas relaciones, lograron ser canjeados por el referido párroco.

—Viva D. Ramon! Viva nuestro general!—decian todos luego á voz en grito.

Y Cabrera, conducido en triunfo por aquellos leales, contestaba á sus vítores y aclamaciones con un *¡Viva el Rey!* que repetian los bravos soldados con trasportes de gozo (1).

En el siguiente dia, 10 de Enero, mandó repartir una proclama, donde referia las desgracias ocurridas en Rincon de Soto y Arévalo de la Sierra, concluyendo con estas frases:

«Ni los trabajos que he pasado, ni los dolores que he sufrido, ni los tristes pensamientos que me han agitado son comparables con la pena que sufrió mi corazon al pisar este suelo clásico de lealtad; pero no temais; no recordemos lo pasado; me congratulo de estar ya entre vosotros, y me prometo el más eficaz remedio, si, como hasta aquí, seguís por las sendas de la obediencia y del honor.

»Vivo aún: no he muerto como propalaban los enemigos.

»Voluntarios: valor, union, subordinacion y confianza en vuestros jefes.

»Si observais estos principios, somos aún bastantes para contrarestar las hordas revolucionarias, que violando las antiguas fundamentales leyes de nuestra pátria, cubren de luto y de sangre al país.

»La Divina Providencia, que me ha librado de tantos peligros, dirigirá mis acciones con acierto para el triunfo

---

(1) D. Juan Cabañero, jefe realista de Aragon, concurrió tambien con dos compañías de buenas tropas, á asegurar el éxito de la traslacion de Cabrera desde Almazan á Aliaga.—Cabrera en su proclama al ejército, lo consigna así.

de la santa causa que defendemos, y que sólo á vosotros está reservado.»

Esta proclama, después de la presencia del general, levantó los ánimos abatidos de los voluntarios.

Y después de haberse enterado Cabrera de las circunstancias, conocido el estado de la administracion, dictado órdenes oportunas, conferido gracias y empleos, realizado, en fin, otras reformas que se dirigian á dar vida nueva á aquel ejército, á hacer que éste recobrase su antigua fisonomía, determinó aquel llevar á cabo una rápida correría por la ribera del Túria y huerta de Valencia, para volver en seguida á los puertos con un copioso y rico botin, al mismo tiempo que Llangostera invadia los pueblos situados entre Valencia y Murviedro.

Recorrió los campos de Albalat, Meliana, Benimanet, Bonrepós y Campanar; torció después hácia Chiva, Villar del Arzobispo y Onda, caminando en esta audaz correría, cuya ejecucion dejó asombrados á los jefes isabelinos que le perseguian, cuarenta horas de camino, en ménos de dos dias y medio (1).

Después se encaminó á la Plana de Castellon, y realizó el movimiento en combinacion con Llangostera, con quien se comunicaba perfectamente, por medio de leales confidentes, á pesar de las distancias que les separaron.

En Pla del Pout sorprendió á un destacamento de milicianos, «sujetos de malos antecedentes—segun los partes carlistas—que fueron fusilados á peticion de oficiales y soldados del país que los conocian.»

En otras poblaciones tambien efectuó sorpresas por medio de ingeniosos ardides.

---

(1) Córdova, *Vida*, tomo II, pág. 169 y 170.

Y cuando la *Gaceta de Madrid* (1) anunciaba que «el »dia 20 de Enero habia cruzado con 2.000 infantes y 200 »caballos por la huerta de Castellon, ***robando, incendian-»do y matando,*** » Cabrera rechazaba enérgicamente várias guerrillas isabelinas que salieron de Castellon á molestar á su retaguardia, amparadas por las fortificaciones de la plaza, no sin que sus tropas sufriesen tres heridos, uno de los cuales era el teniente D. Jaime Papaicet, hermano de uno de los bravos comandantes de los voluntarios tortosinos.

Y como los milicianos nacionales—dicen los partes carlistas—capturasen á dos voluntarios jóvenes que se habian detenido algunos momentos para atarse las cintas de las alpargatas, y los fusilasen en el acto, Cabrera, que habia hecho prisioneros á vários de aquellos y los llevaba consigo, permítió que el coronel Llangostera mandase fusilar á cuatro, en represalias de los dos voluntarios y de otros que habian sido ejecutados anteriormente.

Así resulta de los *diarios* carlistas, los cuales tambien añaden que á los demas prisioneros se les dió libertad.

Toda la fuerza carlista, dueña de un botin riquísimo, reunióse en los alrededores de Castellon para dirigirse á los puertos de Beceite, cuartel general desde la toma de Cantavieja.

Mas Cabrera interceptó un oficio del brigadier Borso di Carminati, dirigido al capitan general de Valencia, que le dió conocimiento de la combinacion que contra él se proyectaba.

Avanzó inmediatamente, á pesar del cansancio de la tropa, sobre Torreblanca.

Era el dia 20 de Enero.

---

(1) Del 29 de Enero de 1837.

Borso di Carminati se encontraba en Alcalá de Chisvert, mandando la brigada auxiliar del ejército del Centro, que constaba de 3.000 combatientes.

Cabrera tenía á sus órdenes cinco batallones y 700 caballos, componiéndose aquellos de los dos de Tortosa, los dos de Valencia y el primero de Mora; cuyas fuerzas, reunidas en la Plana, y después de haber pernoctado en Oropesa, dirigíanse, como ya hemos dicho, á los puertos de Beceite, á fin de asegurar el inmenso convoy que arrastraban.

Al amanecer del 21 aparecieron las colinas inmediatas á Torreblanca y Alcalá ocupadas por las tropas de Borso, invadido el primer pueblo y guarecidos los portugueses detrás de fuertes barricadas, construidas durante la noche en las principales avenidas.

Cabrera no desmayó.

Ordena á Llangostera que desaloje de sus posiciones á las compañías enemigas, manda á Pertegaz y á Pons, jefe éste del batallon de Mora, que fuercen á toda costa dos puntos importantísimos que los isabelinos ocupaban, y enardece á su hueste con una de aquellas cortas pero enérgicas arengas que arrebataban de entusiasmo á sus soldados.

Y á la voz de ¡*Viva el Rey*! se lleva á cabo con un valor incomparable el difícil movimiento que Cabrera habia ordenado, fuerzan sus soldados las posiciones enemigas, huyen dispersos los extranjeros que las defendian y queda el general carlista dueño del campo de batalla.

Pero su génio inquieto se revuelve dentro de su espíritu.

Vélos huir, ordena á la reserva que se precipite sobre los dispersos, y avanza él mismo con el formidable palo en la mano y seguido de una escolta de 12 ginetes, hasta

arrojarse en medio de la vanguardia de Borso, y... cae herido del caballo sobre el cadáver—dice un historiador—de uno de sus más queridos ordenanzas.

«Mandé seguir la reserva al redoblado—decia al Ministro de la Guerra (1)—y cuando vi que ántes iban á ser auxiliados los dispersos por la suya que pudiese llegar la mia á oponerse, cargué con los 12 caballos que tenía, acuchillé á algunos portùgueses y corté á más de 250 que sin remedio hubieran sido hechos prisioneros, si en la descarga que sufrí á quema-ropa no me hubiese sentido atravesado de un balazo por las dos nalgas, y muerto al más valiente de mis ordenanzas.»

Montaba Cabrera un hermoso caballo blanco, y la sangre del general enrojecia la piel del arrogante bruto—y todos lo veian.

Y todos le vieron tambien caer casi exánime en brazos de sus ayudantes.

—El general ha muerto!—comenzó á gritar iracundo el soldado.

Y circuló la voz por entre las filas, y se propagó con rapidez eléctrica, y el pánico empezaba á introducirse en el ánimo del soldado.

Y todos se agolparon en derredor del jefe herido.

Afortunadamente Borso, que llevaba la peor parte en el combate, replegó sus fuerzas hasta quedar á distancia de un tiro de fusil, y suspendió las hostilidades para ordenar la retirada, aprovechándose de aquella trégua momentánea de los carlistas—y cuya causa ignoraba acaso.

Pero el general no habia muerto.

---

(1) Parte fechado en el cuartel general de la Cénia, á 27 de Enero de 1836.

Vivia, y pretendia que el combate continuara, seguro de arrollar al enemigo.

«Yo, sin embargo—dice en el parte—queria secundar el ataque, mas los jefes no lo miraron prudente para atender á mi curacion.»

Los carlistas perdieron 11 soldados muertos, y dos oficiales del batallon de Mora, y tuvieron además 47 heridos—entre ellos el bravo capitan de cazadores del 1.° de Tortosa, D. Juan Huertas.

Los isabelinos contaron 35 muertos, un gran número de heridos y la pérdida de 47 fusiles.

Hasta aquí el parte carlista.

El isabelino (1), fechado por Borso en Castellon el dia 25, atribuye la victoria á sus tropas; fija en 30 muertos y 60 heridos la pérdida personal de las huestes carlistas, y afirma que se apoderó de 60 bagajes, algunos fusiles y gran cantidad de víveres de todas clases.

Verdad es que en el mismo parte decia el jefe *extranjero* que uno de los dos oficiales muertos, «era el titulado coronel Gaeta, que ha sido—añadia—enterrado ayer en las Cuevas»—y sin embargo, podia decírsele aquello de

"Los muertos que vos matais
"gozan de buena salud."

pues dicho coronel Gaeta, «salió ileso y vive actualmente »(en 1844) en Francia, donde entró con Cabrera (2).»

Tambien leemos en dicho parte las redondas frases que siguen:

«Esta herida (la que recibió Cabrera,) muy grave, si no mortal, privará durante algun tiempo á la faccion de uno de sus apoyos, y del único que tenga algun prestigio

(1) *Gaceta de Madrid*, 4 de Febrero de 1837.
(2) Córdova, *Vida*, tomo II, pág. 176.

entre la canalla, para levantarla del abatimiento en que se halla.»

Era un *militar extranjero*, caudillo de una *brigada extranjera*, quien se permitia llamar *canalla* á los soldados realistas—que eran *muy españoles*.

Seguian brotando efectos, y estos eran los menores, del celebérrimo tratado de la Cuádruple Alianza, parto prodigioso del piramidalmente profundo entendimiento del Marqués de Miraflores, que habiendo comenzado por ser rubio pajecillo en las antesalas del intruso José Napoleon (*Pepe Botellas*), continuaba demostrando su entrañable cariño á los *extrangis* facilitándoles los medios de plantar en España algunos millares de... soldados, que destruian nuestros hogares, incendiaban nuestros pueblos, derribaban nuestros monumentos, nos robaban nuestros tesoros y vertian nuestra sangre, concluyendo por llamarnos, en partes oficiales y públicos, *canallas*.

Dejemos esto, que la sangre se enciende y el rostro se cubre de vergüenza.

Borso, quien «debió su salvacion á mi herida»—cuenta Cabrera en su *Diario*—«permaneció en Torreblanca hasta la una de la noche, sin disponer preparativo alguno para la marcha, ni tocar cajas ni cornetas: tal era el terror y lo que le habia asombrado la bizarría y el heroismo de mis soldados (1).»

Las fuerzas carlistas se retiraron á Cuevas de Vinromá, siguieron sin tropiezo hasta la Jana y entraron en la Cénia hácia las dos de la tarde del 23 de Enero.

Las heridas de Cabrera, segun declaracion de los facultativos, eran graves, pero sin peligro de muerte para el valiente caudillo tortosino.

---

(1) Córdova, loc. cit.

No obstante: su estado se complicaba por la debilidad del paciente, ocasionada por los últimos sufrimientos, pues las anteriores heridas que sufrió en Arévalo de la Sierra no estaban aún cicatrizadas.

La fortuna favoreció la curacion del enfermo.

Estallaron sérias rencillas entre los jefes de las dos brigadas más inmediatas al punto donde residia Cabrera, que dieron por resultado la paralizacion de los movimientos contra las escasas fuerzas que guarnecian la Cénia y daban custodia á aquel caudillo.

En consecuencia, Borso di Carminati, jefe de la brigada auxiliar, hizo dimision y se retiró á Vinaroz; y el coronel Iglesias, jefe de la otra brigada, recibió órdenes de Valencia para quedarse en la Plana, amenazada por las tropas de Mirálles.

Pero los carlistas no se descuidaban.

Forcadell y Llangostera, á pesar de la postracion de su querido jefe, reunieron sus fuerzas y salieron en busca del enemigo con actividad infatigable.

Este último jefe carlista sostuvo una accion muy empeñada con una brigada isabelina en las asperezas de Bordon, cuyo éxito fué dudoso y de pocos resultados.

Y aquél, Forcadell, obedeciendo una órden emanada de Cabrera, quien desde el lecho del dolor dirigia los movimientos de sus tropas, habiéndose reunido con los batallones de Llangostera y tomado el mando de general en jefe, dirigióse á la villa de Utiel el 16 de Febrero, y el 17 entró con sus tropas en el pueblo de Siete-Aguas.

La segunda brigada del ejército del Centro, al mando del coronel D. José Crehuet (1), se encontraba en la cercana villa de Buñol.

---

(1) Calvo y Rochina oculta el nombre de este infortunado coronel.

Al saber la llegada de los carlistas al pueblo de Siete-Aguas, determinó el desgraciado jefe isabelino salir al encuentro de Forcadell.

Amanecia el 18 de Febrero, y las tropas constitucionales tomaban ya posiciones entre ámbos pueblos, á la derecha del camino que desde Túris conduce á Buñol.

La brigada se componia de tres batallones (1) y un escuadron del regimiento del Rey, fuerte de 200 caballos: en junto, 2.700 hombres.

Forcadell, que habia pernoctado en Túris, á las siete de la mañana del 17, emprendió la marcha en busca del enemigo.

No tardaron en encontrarse las guerrillas.

Y el jefe carlista, con un tacto que hacía honor á sus disposiciones militares, dispuso el ataque de la manera siguiente:

Reservóse para sí la direccion general del combate.

A D. Luis Llangostera, con cuatro compañías de cazadores tortosinos, apoyados por el 2.° batallon de Valencia y el escuadron 3.° de caballería que mandaba D. José Cubels, encomendóle el ataque por la izquierda;

Al teniente coronel D. José Boix, con una compañía de cazadores, apoyada en el 1.° de Valencia, le mandó que atacára por la derecha;

Al coronel D. Antonio Tallada le confió el mando de la infantería de reserva;

Y al Sr. Rodriguez Cano (*La Diosa*), el del grueso de la caballería.

A la voz de ¡*Viva el Rey!* empezó el combate, que de-

---

(1) Estos batallones eran los primeros de *Saboya* y *Ceuta*, y el 2.° de la *Reina*.

bia ser tan desgraciado y cruento para las tropas de la Reina Isabel.

Llangostera grita, despreciando el fuego de las guerrillas cristinas:

—Muchachos, á la bayoneta!

Y como leones se lanzaron los tortosinos contra las fuertes posiciones que ocupaba la enemiga hueste, contra la que se llamaba el *Corral de la Reina*, sobre todas, donde el coronel cristino habia acumulado los mayores medios de defensa.

No puede aquella resistir al violento empuje, y se dispersa.

Descienden las masas á la llanura, y son acuchilladas sin piedad por el coronel Rodriguez Cano, al frente de la caballería carlista.

Rehácense los ginetes cristinos; avanzan á paso de carga y son rechazados.

Entónces el pánico se apodera del soldado, y abandona las armas por la fuga.

En vano el bravo coronel Crehuet trata de contener á los fugitivos.

Pues miéntras tanto, los batallones carlistas envuelven á sus aterrados enemigos, y hacen prisioneros á buena parte de la deshecha brigada.

El mismo Crehuet, su ayudante, su jefe de Estado Mayor y una porcion de oficiales de todas graduaciones, quedaron á disposicion del vencedor.

A Forcadell le costó esta victoria «13 muertos y 15 heridos de poca consideracion.»

Los isabelinos, en el campo y en el alcance, «dejaron 700 muertos y 321 prisioneros, entre ellos 26 oficiales, y en poder del vencedor 14 cargas de cartuchos, todo el equipaje y bagajes de la brigada, más de 1.000 fusiles caballos, mulos y carros.»

Forcadell comunicó el parte á Cabrera desde las Ventas de Buñol (1), donde pernoctaron los victoriosos soldados realistas.

Aquí debemos rectificar una equivocacion de cierto cronista.

Dice éste que «los batallones de Saboya y Ceuta, fir»mes al lado de la caballería, *fueron atacados por Ca»brera* (2).»

Y luego repite:

«Llegados (los citados batallones) á mejor terreno »volvieron caras y dieron una carga á los carlistas, ven»gando con bastantes bajas las muchas que en la perse»cucion y seguimiento les habian causado. En tal es»tado, *reforzó Cabrera á los suyos con dos batallones »más*.... etc. (3).»

Con decir que Cabrera no se encontró en el combate de Buñol, queda desmentido el *historiador* á quien aludimos.

La gloria de la jornada pertenecia por completo á Forcadell, que la dirigió, y á todos los combatientes, que se portaron como bravos.

A Cabrera no hay para qué atribuirle ajenos lauros.

Doloroso es decir que el jefe carlista Forcadell, siguiendo la horrible costumbre admitida en Aragon y Valencia, lo mismo por los liberales que por los carlistas, mandó fusilar al coronel Crehuet y á los 25 oficiales prisioneros.

---

(1) No hay parte cristino de esta jornada, puesto que el coronel Crehuet fué hecho prisionero y fusilado.

(2) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 267.

(3) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 268.—Es la segunda vez que este historiador presenta á Cabrera en combates donde no estuvo el general carlista.—Véase la descripcion del combate de Bañou, sostenido por Quílez contra la brigada del coronel Valdés.



Pero ya lo hemos dicho en otro lugar de esta obra.

El tratado de Lord Eliot no regia en aquel territorio: era letra muerta.

Los dos partidos beligerantes se odiaban á muerte y ni unos ni otros se daban cuartel.

El ejército isabelino degollaba á los heridos y enfermos del hospital de Cantavieja.

El ejército isabelino habian tambien entrado á sangre y fuego en los hospitales que existian en las *masías* de los puertos de Horta, y los incendió para que nádie se salvase, y destruyó medicinas y víveres, y fusiló sin piedad á 16 desgraciados heridos y enfermos que en ellos se encontraban, y tuvo hasta la inhumanidad de fusilar tambien al digno y virtuoso sacerdote que auxiliaba á los agonizantes,—como si fuese un delito infame ejercer la caridad con los enemigos, y enseñar á los que mueren el camino de la bienaventuranza.

Lo repetimos, no culpamos á nádie, porque los dos partidos beligerantes se aborrecian.

Toda la sangre vertida recaerá sobre quien imprimió á la guerra el carácter feroz y terrible que en el Bajo Aragon tenía.

El desastre de Buñol, segun decian los periódicos liberales, aterró á los enemigos, y levantó á muy elevada altura el nombre de D. Domingo Forcadell, el antiguo labrador de Ulldecona.

Cabrera le felicitó con entusiasmo.

Y ya se acercaba el momento de que éste, convaleciente de sus heridas, volviese á tomar el mando de las tropas y á emprender nuevamente sus agitadas y audaces correrías.

Un suceso anticipó aquel momento.

Como escaseasen los víveres en la Cénia, y estuviesen

por las inmediaciones de Vinaróz y de Tortosa dos brigadas isabelinas en acecho de una sorpresa á la residencia de Cabrera, lo cual traia preocupados á los que rodeaban á éste, aún débil y postrado, el caudillo tortosino ordenó á dos oficiales de caballería que, al frente de 16 buenos ginetes realizasen una rápida marcha, en busca de vituallas, sobre el pueblo de la Galera.

Era el 15 de Febrero, y partieron inmediatamente.

Mas á los dos dias volvieron desmontados y con un soldado ménos: una partida cristina, mandada por el comandante Reverter, sorprendiólos en el pueblo y apoderóse de los caballos, teniendo los ginetes que huir inmediatamente para no caer en manos del enemigo.

Un infeliz, que se detuvo algunos momentos, fué hecho prisionero y fusilado.

Cabrera, ardiendo en ira, sin hacer caso de los agudos dolores que le causaban las heridas que todavía manaban sangre por haberse roto los vendajes, montó á caballo despreciando los ruegos de los suyos, llegó á Alcanar, acampó en la falda del Munsiá y esperó á Reverter (1).

Iba solo con 85 infantes y 14 caballos.

No acudió Reverter al reto, porque ya no se hallaba en Vinaroz, sino en camino de Amposta; pero sí un batallon de peseteros al mando del comandante militar de la plaza.

Apodéranse estos de la ermita, y toman fuertes posiciones; acomételos Cabrera, carga luego con su escasa caballería, los desordena, los pone en fuga, acuchilla á 200 hombres y hace más de 50 prisioneros.

Hallábase recogiendo el armamento abandonado por los fugitivos y muertos, cuando aparece por Alcanar la vanguardia de una numerosa division enemiga, «lo que me

(1) Era el 19 de Febrero.

»hizo concebir mal agüero—dice Cabrera en su parte (1); »—pero en esto vi á un paisano, le llamé, y poniéndole »una onza de oro en la mano, le dije:

»—Ve y dile al jefe enemigo, que estoy aquí y que ten»go cuatro batallones emboscados.»

El ardid era ingenioso y oportuno.

¿Cómo poder librarse de una desgracia si no por este medio?

Así aconteció: la vanguardia de la columna cristina contramarchó hácia Vinaroz, y el caudillo realista salió de aquel gran riesgo con toda felicidad y ventura, pues apénas tuvo seis bajas entre muertos y heridos, segun el ya citado parte.

Aquella misma noche regresó á la Cénia, con el botin y los prisioneros.

Allí permaneció hasta el 20 de Marzo, curándose de las heridas de Torreblanca que se le habian enconado horriblemente, por efecto de su agitacion extraordinaria.

Dispuso en seguida una correría por tierra de Valencia.

Llegó á Chiva el 23 de Marzo, comisionó á Llangostera para una excursion por la huerta del Guadalaviar y ribera del Júcar, y se preparó á sorprender y *copar* una columna enemiga que se hallaba en Liria, esperando órdenes del capitan general de Valencia.

La suerte ciega seguia favoreciendo los intentos del afortunado general.

El dia 29 de Marzo se movieron sus soldados de Chiva, y el mismo dia, recibidas las órdenes que esperaban, moviéronse tambien los cristinos de Sória, en direccion á la capital.

---

(1) Fechado en el cuartel general de la Cénia, á 25 de Febrero de 1837.

No sabian que el enemigo les acechaba con sagacidad admirable.

Mandó el jefe carlista adelantar á dos compañías de cazadores tortosinos, una de cazadores de Mora y algunas fuerzas de caballería, y «corriendo los infantes—dice el parte (1)—tanto como trotaban los caballos,» alcanzó á la columna en las cercanías de Burjasot, entre esta villa y las ventas llamadas Plá del Pou.

Esta columna isabelina se componia de los restos dispersos de la accion de Buñol, 800 hombres, poco más ó ménos, de los destrozados batallones de Saboya, Ceuta y Reina, con algunos ginetes del regimiento del Rey, que formaban la brigada del infortunado coronel D. José Crehuet.

Apénas la avistó Cabrera, acometióla.

Mas la columna huia en precipitada retirada, á fin de ganar la villa de Burjasot, dentro de cuyo punto creia ponerse en salvo, y si alguna vez los escasos ginetes isabelinos amagaban una carga, conoció Cabrera que sólo tenía por objeto favorecer la retirada de los infantes: entónces dispuso un general ataque, y envolvió entre sus flancos á los soldados cristinos.

Todos cayeron prisioneros, 727 hombres, entre oficiales y soldados, excepto un asistente y los ginetes, que huyeron á todo escape.

Cabrera dice en el parte:

«No obstante de no haber cuartel, lo dí á la tropa y mandé fusilar á los oficiales y sargentos.»

Ante la sencillez con que en estas frases se indica el fusilamiento de tantos infelices, están las novelescas des-

(1) Fechado en el cuartel general de Nules, á 31 de Marzo de 1837.



cripciones de lo que ha dado en llamarse *el Festin de Burjasot*; nombre inventado por *Un Emigrado del Maestrazgo*, y difundido luego por autores de poca conciencia, que no buscan las verdaderas fuentes de la Historia.

Si no estamos equivocados, el autor de la *Vida de Cabrera*, que se encubre con el pseudónimo de *Un Emigrado del Maestrazgo*, era hermano de cierto desgraciado miliciano de Vinaroz, muerto en el campo de batalla de Alcanar, en la accion, desgraciada para las armas cristinas, de 18 de Octubre de 1835 (1).

Y ese mismo escritor es el que más tarde divulgó el hecho inventado por su acalorada fantasía, por medio de una grotesca novela que no logró seguramente el objeto que su autor se proponia.

Como si no fuera aún bastante horrible el martirio de tantos infelices, para que sea necesario aumentar el lúgubre colorido del cuadro con los horrores del escarnio y del ultraje!

No es esto lo peor, sino que escritores que se precian de sensatos, hombres que dicen escribir Historia, admiten sin exámen las visiones de cualquier folletinista audaz ó despechado, de cualquier escritorzuelo de novelas filosófico-político-sociales y... qué se yo cuantas cosas más, que equivalen, con novela y todo, á cero.

Allá va una muestra:

«Fuera del pueblo de Burjasot, en una pequeña colina que domina cási todo el llano que riega el Guadalaviar, hay un terraplen de figura cuadrada, cuyo suelo está completamente minado, formando profundos silos que sirven para depositar los granos. En aquel elevado sitio, y bajo el más hermoso cielo, iba á representarse una lúgubre

---

(1) Véase la pág. 70 de esta obra.

escena, que servirá de horror á las futuras generaciones.

»Cabrera, vencedor en Pla del Pou, habia preparado para los suyos un opíparo festin, con el doble objeto de celebrar su triunfo y el cumpleaños de D. Cárlos: dispuestas las mesas y bien provistas de manjares y licores, rodeado el jefe carlista de sus oficiales más adictos, dió principio á la fiesta con vítores y aclamaciones, comiendo y bebiendo hasta el exceso. Confundíanse los alegres ecos con los de una música marcial, y menudeándose los brindis, se prodigaron los licores hasta el extremo de convertir aquel festin en un lago de sangre.

»Ebrios los jefes, y no ménos fuera de su razon todos los subalternos, se acordaron por desgracia de que muchas víctimas dependian de su voluntad, y resolvieron concluir el festin con los terribles ayes de aquellos infelices. Por tanto, desnudos algunos, fueron fusilados por tandas los desgraciados prisioneros del Pla del Pou...» (1).

Hasta aquí el Sr. Calvo y Rochina.

Veamos ahora lo que escribia el *Emigrado del Maestrazgo.*

«Fuera de dicho pueblo de Burjasot, y en una pequeña elevacion que domina cási toda la llanura del Guadalaviar, existe una ancha plaza cuadrada, etc....»

Para qué continuar?

El primero ha copiado al segundo, sin más exámen ni más antecedentes.

Ya en otra *Biografía de Cabrera* (2) leemos estas lindas y retumbantes frases:

«Mandó Cabrera, ébrio de placer y de sangre, dis-

---

(1) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 282.

(2) Madrid, 1842.—Anónima, é impresa por D. Vicente Lalama, pág. 49.

poner un festin de triunfo, sobre una esplanada fuera de los muros de Burjasot, que domina la vista de aquellas amenas playas. Allí, rodeado de su Estado Mayor y á la vista de sus tropas, se entregó á las delicias de un banquete espléndido y regalado.

»La tosca música de sus batallones (1) acompañaba los bríndis de aquella orgía, y los alaridos hambrientos de la soldadesca embriagada formaban el coro de aquella fiesta de sangre.

»Dióse la voz de *fuego*, sonó la descarga, y entre el estampido de los fusilazos y entre los gemidos de los moribundos, resonaban en infernal armonía los bríndis facciosos, el estruendo de las botellas, las libaciones impuras y las báquicas canciones de aquellos tigres...»

Esto se llama escribir: lo demas es carambola.

Pues bien. Nosotros nos permitirémos en este punto, como ya lo hemos hecho en otros, abrir la bien escrita obra del señor Córdova, y trascribir á nuestras páginas la contestacion del general Cabrera á aquellas acusaciones.

Téngase en cuenta, repetimos, que no hablamos nosotros, sino el Conde de Morella.

«Dada la órden de fusilar á los oficiales y sargentos, se agolparon en el campamento muchas gentes de Burjasot y pueblos inmediatos, unas para felicitarme por la victoria, otras para satisfacer su curiosidad.

«Una música de aficionados estuvo tocando toda la tarde, y los paisanos trajeron vino, agua y comestibles. Yo comí un bocado y bebí un vaso de agua, no recuerdo si con azúcar ó con un poco de vino: si estando bueno

(1) *Ninguno* tenia música, y *algunos* ni siquiera banda de tambores.

apénas lo probaba, entónces ménos, porque los facultativos me lo prohibieron á causa de mis heridas.

»Miéntras esto sucedia, se fusilaba á los oficiales y sargentos, y de esta casualidad han sacado partido mis enemigos para decir lo que han dicho.

. . . .

»Yo fusilé estando en mi derecho, pero sin esa complacencia y demostraciones que me han atribuido.

»Era la guerra á muerte; los prisioneros lo fueron sin condiciones, y lo mismo podia fusilar á los oficiales y sargentos que á los soldados, ó á lo ménos, quintarlos ó diezmarlos; pero me resistí á derramar tanta sangre española, á pesar de que á mis voluntarios no se les daba cuartel.

»¿Se queria que yo hiciese prisioneros á todos, cuando á los mios se les mataba?

»Y mi madre? Hubo piedad para mi inocente madre?

»¿Y los prisioneros carlistas de la ciudadela de Barcelona? ¿Y los enfermos quemados vivos por las partidas de *peseteros*? ¿Y los heridos de Cantavieja degollados en sus lechos? ¿Y las muertes de todos los indivíduos de mi ejercito que caian en poder del enemigo?» (1).

Así exclamaba el general Cabrera.

El mismo historiador que apunta esta sincera confesion del caudillo de Morella, añade:

«Tres relaciones conservo en mi poder de personas que profesan distintas opiniones políticas; y sin embargo de asegurar que presenciaron las ocurrencias de Pla del Pou, sólo están conformes en el hecho principal, que es la muerte de los oficiales y sargentos prisioneros.

»Sobre las circunstancias que lo acompañaron hay notable discordancia.

---

(1) Véase la obra de Córdova, *Vida*, pág. 199 y siguientes.

»Dicen unos que Cabrera contempló la ejecucion comiendo y bebiendo; otros que se retiró al punto llamado *Les Sitches* de Burjasot para dar órdenes y descansar un rato, lamentando la necesidad de derramar tanta sangre; otros que presentándose en el sitio donde estaban los prisioneros mandó que los soldados descubrieran á sus oficiales y sargentos, so pena de que si no los denunciaban los mismos soldados, serian éstos quintados y fusilados.

»En cuanto al número de oficiales y sargentos, dice la primera relacion que eran 30, la segunda 37, y la tercera 42.

»Otras tengo de varios jefes y oficiales carlistas que tomaron parte en la jornada de Burjasot y desmienten lo que con respecto á la misma se ha publicado hasta hoy (1).»

....

Juzgue ahora el lector.

---

(1) Córdova, *Vida*, pág. 198 y 199.

CAPITULO XVII.

Forcadell en Orihuela. — Más batallones.—El general Oráa.—San Mateo. —Cantavieja. — Horribles martirios. — Accion de Cati. — Gandesa. — Cabrera y Nogueras. — La tempestad y el rayo.— Expedicion Real. — Buques en los montes.—Cherta.—Viva el Rey! — La gran Cruz de San Fernando.—A Madrid!

Forcadell seguia conquistándose muy justa nombradía en el campo carlista.

Desde la gloriosa accion de Buñol se habia popularizado el nombre del antiguo labrador de Ulldecona, en términos de que muchos jóvenes partidarios de Cárlos V corrian á inscribirse bajo las banderas del afortunado y valiente coronel carlista.

Como es de suponer, los triunfos inmediatos alcanzados por Cabrera en las inmediaciones de Alcanar y en las ventas de Pla de Pou, contribuyeron en gran manera á favorecer aquella espansion de entusiasmo, aun entre los mismos soldados prisioneros, los cuales, en gran número, abrazaron la causa de la legitimidad, y permanecieron fieles hasta los últimos momentos.

Otros sucesos, que referirémos muy sumariamente, por-

que el espacio de que disponemos no nos permite otra cosa, realzaron más y más el nombre de D. Domingo Forcadell.

Hablamos de su venturosa expedicion á la ciudad de Orihuela, á través de la Mancha y de la provincia de Múrcia, con tres batallones y un escuadron de caballería.

Hácia mediados de Marzo recibió la órden de Cabrera para realizar este movimiento, miéntras Cabrera mismo, con el auxilio del intrépido Llangostera, ejecutaba su atrevida correría por los campos de Valencia, con éxito tan halagüeño.

Tres columnas enemigas persiguieron al coronel expedicionario, y ninguna consiguió paralizar la temeraria incursion de éste, por un país desconocido y quizás no muy simpático.

Dirigióse por Alpera y Almansa, cruzó por el Pinoso y Abanillas, y arribó á las cercanías de Orihuela al anochecer del 26 de Marzo, no sin destrozar en el camino algunas partidas de milicianos nacionales que intentaron molestarle, con más valor que prudencia, con más decision que fortuna.

Las autoridades constitucionales abandonaron la ciudad cuando la division expedicionaria llegó al pueblo de Abanillas, á media jornada de la capital, y se refugiaron en la plaza de Cartagena, llevando consigo á todas las personas comprometidas por la causa de la Reina, incluso á los milicianos de la ciudad, en número bastante crecido, quienes no pensaron siquiera en oponerse á la invasion carlista.

En la mañana del 27, á las ocho, entró Forcadell en Orihuela, siendo recibido entre las aclamaciones y vítores de los vecinos, volteo de campanas y demás señaladas muestras de regocijo.

En ella permaneció hasta el 31 de Marzo.

Muchos jóvenes ingresaron en las filas carlistas, capitaneados por un conocido abogado de aquella ciudad, llamado D. Nicolás Pastor, y por un antiguo comandante de voluntarios realistas, persona de notoria honradez y muy querida, nombrado D. José de Aledo.

Con ellos se formó el *batallon de Orihuela*, al mismo tiempo que Cabrera, con los nuevos reclutas presentados, creaba las bases para organizar el 6.° *de Valencia*, el 1.° *de Castilla* y el 3.° *de Mora*, armándolos todos perfectamente con los fusiles recogidos en los encuentros de Buñol, Alcanar y Pla del Pou, y con los que Forcadell se proporcionó en diferentes pueblos, y en la misma ciudad de Orihuela.

Los dos últimos batallones quedaron incorporados en la columna del Túria, cuya fuerza era ya muy respetable. en virtud de otras incorporaciones de partidas sueltas (1).

Al comenzar Forcadell su movimiento de retirada, por el mismo camino que habia seguido anteriormente, y cuando aún no distaba una legua de Orihuela, apareció una fuerte columna isabelina (tres batallones y tres escuadrones), al mando del coronel Hidalgo, con intenciones de cortar el paso á la division carlista, posesionándose del

---

(1) Una de las primeras partidas que se incorporaron á la columna del Túria fué la que formó desde el principio de la guerra, en el Bajo Aragon, el valiente partidario D. Francisco Gomez, conocido por el apodo de *Ceacero*. Tomó parte en casi todas las operaciones que ejecutaron los bravos soldados de Mora, y mereció honrosas distinciones de sus jefes, incluso del Conde de Morella, segun consta de un certificado que tenemos á la vista.

El hijo del Sr. Gomez, teniente de remplazo "por desafecto al actual órden de cosas," nos ha facilitado este documento, y nosotros tenemos un placer en consignarlo así.

camino y pueblo de Abanillas, punto necesario para que Forcadell llevase adelante su retirada.

Pero este jefe, obrando con prudencia en medio de un país desconocido y á distancia de 50 leguas del cuartel general de los puertos, y por lo tanto, careciendo de auxilios para el caso de una derrota, procuró esquivar el encuentro con que, al parecer, le brindaba el jefe cristino.

No era así: pues habiéndose decidido á atacarle, por instancias de sus oficiales, el coronel Hidalgo no aceptó el combate, y contramarchó precipitadamente.

Forcadell continuó su retirada por Elda, Monforte y Elche, imponiendo contribuciones y haciendo acopio de vituallas.

Desde allí se dirigió, en una sola jornada, á Villena; en seguida á Almansa, donde hizo presa de un convoy de ricos paños, con los cuales cargó más de 500 acémilas; llegó á Alpera, en la mañana del 3 de Abril; cruzó el puente de Casas de Ves, sobre el Júcar, cuando los milicianos se disponian á cortarle con el fin de imposibilitar la retirada del atrevido caudillo; evitó otro encuentro con el coronel Hidalgo, que se habia colocado á su vanguardia, contramarchando hácia Utiel con una serenidad admirable, y sin perder ni siquiera un bagaje; volvió á contramarchar en direccion al sitio denominado *Los Pedroches*, porque sus confidentes le anunciaron que las brigadas de Nogueras y Alvarez salian de Requena con el objeto de batirle y arrebatarle el botin inmenso que conducia, y entró en la villa de Siete-Aguas, dejando á retaguardia las tropas enemigas, en la madrugada del 4.

Apénas descansó dos horas, porque la vanguardia de Nogueras le seguia los pasos.

Salió inmediatamente, colocó las acémilas y los reclutas

en vanguardia con órden de dirigirse á marchas forzadas á Chulilla, y él con los batallones aguerridos se quedó en retaguardia para proteger la marcha de aquellos en el caso probable de que le alcanzase la division de Nogueras.

Tal aconteció en efecto: mas á costa de algunas bajas, y de muy pocas acémilas que cayeron en poder de Nogueras, llegó por último á Losa y se reunió con Cabrera, que allí le esperaba, continuando ámbos la marcha á los puertos de la Cénia, á fin de salvar los copiosos y riquísimos frutos que ámbos habian adquirido en sus correrías.

Hé aquí, descrita en breves páginas, la memorable expedicion á Orihuela del bravo coronel carlista D. Domingo Forcadell, de la cual decia Cabrera al Ministro de la Guerra (1):

«La rapidez con que el jefe hizo el movimiento, y lo acertado de sus marchas y contramarchas para no ser presa de las tres columnas que lo perseguian, acreditan sus conocimientos y pericia, y hacen honor á su vida militar.»

Cumplido elogio que debió dejar satisfecho al valiente coronel expedicionario.

A mediados de Abril, después de tanto como sufrieron en los dos meses últimos las tropas isabelinas, el Gobierno de Madrid confió el mando del ejército del Centro al célebre general D. Marcelino Oráa, con la difícil mision de inspirar confianza á dicho ejército con el prestigio de su nombre, reorganizarle, anudar los desatados lazos de la disciplina, lanzarse luego al campo de la lucha á favor de un plan de campaña hábilmente desarrollado—pues fama

(1) Parte fechado en el cuartel general de Andilla á 6 de Abril de 1837.



tenia el general Oráa de distinguido estratégico,—y vencer en poco tiempo al audaz enemigo, cuya importancia conocia bien el Gobierno y mejor los jefes de las divisiones del Centro.

Era D. Marcelino Oráa, «veterano en los campos de »Navarra,—para servirnos de sus mismas expresio»nes (1)—oyó los primeros tiros de esta guerra fratricida »y participó de sus glorias y reveses: en ella corrió su »sangre, y en ella tambien perecieron sus hijos.»

Pero la Providencia habia dispuesto què la entrada de este general en el Maestrazgo y en el Bajo Aragon, quedara señalada para siempre con dos nuevos reveses, y muy importantes, para las armas de la Reina: la rendicion de San Mateo y la toma de Cantavieja.

Miéntras Oráa organizaba el desmoralizado ejército isabelino, Cabrera y Forcadell, que habian depositado ya en lugar seguro los productos de sus correrías por Valencia y Orihuela, pusieron sitio á la villa de San Mateo, antigua residencia de los caballeros Templarios.

Custodiaban la plaza cuatro compañías del regimiento de Ceuta, y un batallon de nacionales.

Muros aspillerados la circuian, rodeábanla profundos fosos y reductos, y torreones en los flancos, sin contar con tres puentes levadizos arrojados en las puertas, sobre el rio que atraviesa por la villa.

En la parte exterior se habian fortificado convenientemente dos edificios: el magnífico palacio maestral y el convento de Dominicos; y en la parte interior constituia una especie de ciudadela, bien fortificada y defendida, la alta torre de la iglesia principal del pueblo.

---

(1) Véase la proclama que dirigió á sus soldados al encargarse del mando, impresa en todos los periódicos de entónces.



Todos los puntos de defensa se comunicaban entre sí y con la fortaleza principal, á favor de viaductos cubiertos y nada débiles.

Los defensores, sobre todo los milicianos y peseteros, habian jurado envolverse en las ruinas de la villa ántes que entregarse.

Forcadell, con los dos batallones de Valencia, puso sitio á la plaza. Pero nada se adelantaba, pues las dos únicas piezas que tenia fuéron abandonadas por inútiles.

Era el 24 de Abril.

Cabrera, que habia mandado al famoso D. Juan Cabañero subir á Cantavieja y apoderarse de la plaza—porque aquel caudillo estaba en connivencia con algunos oficiales y vecinos—sabe en aquel momento, con el parte de Cabañero en la mano, que en Cantavieja ondea el pabellon carlista; corre veloz á ella, desmonta su artillería, condúcela rápidamente, la asesta contra San Mateo y abre pronto brecha en las murallas de la plaza, sembrando el estrago y el terror entre sus defensores.

Ordena el asalto.

Miéntras Forcadell con sus batallones de Valencia se introduce en la villa por distintas direcciones, Cabrera, con algunas compañías de Tortosa se apodera del convento de Dominicos, entra en la plaza á favor de los caminos cubiertos, atropella á la despavorida guarnicion que corria á encerrarse en la ciudadela, la envuelve, la acuchilla y la rinde.

Aún no querian entregarse los milicianos que ocupaban la ciudadela.

Pero Cabrera y Forcadell se prepararon á minar la torre para volarla.

Entónces aquellos se rindieron y San Mateo quedó en poder de los carlistas.

Entre ellos se encontraban, segun dice Cabrera en sus *Memorias*, los que habian fusilado á D. Cosme Covarsí y á su hijo, y no se les dió cuartel.

Fueron conducidos á la Cénia, sentenciados á muerte y ejecutados.

Acerca de esta horrible ejecucion dice un historiador liberal:

«Llegaron el dia 3, y en vez de encerrarlos en la cárcel los metieron en un horno de cocer pan, sito en la plaza de dicha villa...

»Á las diez de la mañana se presentaron Cabrera y Forcadell, y habiendo tomado aquel la palabra les dijo que los iba á matar sin gastar un cartucho...

»Al poco rato se les presentaron tres sacerdotes, uno de ellos el cura párroco de la Cénia, D. Ramon Chambó, y empezando á confesar á aquellos infelices, en proporcion que concluian, los fueron conduciendo á un barranco...

»Había en dicho sitio un capitan, un alférez y seis soldados carlistas, y á medida que las víctimas se presentaban las iban bárbaramente asesinando á bayonetazos, hasta concluir con los 38...» (1)

Mas véase ahora lo que refieren los diarios carlistas en disculpa de *este hecho* bárbaro é inhumano—es decir: de la muerte dada á bayonetazos á los desgraciados peseteros y oficiales que fueron cogidos en San Mateo:

«Posesionado—habla el Sr. Córdova, copiando el *diario* de un jefe de Estado Mayor del ejército de Cabrera—parte del 2.° batallon de Valencia, mandado por D. Lúcas Domenech, del convento de Capuchinos de San Mateo, alguna tropa de la guarnicion hizo una salida por el molino aceitero junto al Trinquete, logrando penetrar en el

(1) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 294 y 295.

convento, que abandonamos con desórden, aunque no sin resistencia.

»Algunos voluntarios sucumbieron en la pelea, pero los que heridos no pudieron salir del convento (que fué incendiado) murieron á bayonetazos, y tres arrojados vivos dentro de una hoguera, cuyos restos sacamos aquella misma tarde al ocupar la parte del convento no destruida por las llamas.

»Tomada la plaza y fuertes, el comandante de armas con otro oficial, y el capitan de francos D. José Querol y Mañes, que se cogió en las afueras del pueblo, fueron pasados por las armas junto al convento de Dominicos, y cuando se trataba de la suerte de los demás oficiales y milicianos prisioneros, la noticia del próximo arribo de la columna de Oráa hizo que el general y jefes superiores no tomasen ninguna resolucion por atender á lo más urgente, que era salvar la artillería, los prisioneros y todos los efectos de boca y guerra ocupados en San Mateo (1).

»La conducta observada por la guarnicion en la salida y ataque contra los que se hallaban en el convento, exasperó desde el comandante al último voluntario á que pertenecian las víctimas, y así fué que no buscaban más que vengar á sus desgraciados compañeros.

»Llegamos á la Cénia, donde se acordó pasarlos por las armas, no tanto porque se hacia la guerra á muerte, como por las crueldades cometidas con nosotros; y habiendo dicho uno de los jefes: —*¡Es preciso que mueran como ellos han muerto á los voluntarios!* —dada la órden para la ejecucion, miéntras los batallones oian misa en la plaza, todos los milicianos y peseteros, entre los que se ha-

(1) Cayeron en poder de Cabrera 700 fusiles, cargas de cartuchos, víveres, etc., y 479 prisioneros.

llaban los que robaron y asesinaron al coronel D. Cosme Covarsí y á su hijo D. Gregorio, dos portugueses pasados y algunos oficiales fueron muertos á bayonetazos, después de recibidos los auxilios espirituales.

»Y es positivo que, sabida la muerte que se les daba, mandó el general suspender la ejecucion (1) y que los que quedasen vivos fuesen fusilados (2).»

Así lo refiere el caballero oficial carlista (á quien alude el Sr. Córdova) que fué testigo presencial.

Discurramos ahora.

Si nuestros lectores han tenido paciencia para acabar de leer los párrafos que anteceden, habrán deducido, como nosotros deducimos, lo siguiente:

Que es indudable el hecho de haber sido muertos á bayonetazos los desgraciados prisioneros de San Mateo.

Que esta horrenda ejecucion (cuidado, que no la disculpamos) fué motivada por otra ejecucion aún más horrenda, cometida por los milicianos y peseteros que guarnecian el convento de Capuchinos, en las personas de algunos infelices voluntarios del 2.° de Valencia hechos prisioneros por aquella.

Que un jefe (¿Quién? ¿Quizás el del 2.° batallon de Valencia?) emitió la idea de esta cruel represalia, diciendo: —*Es preciso que mueran del mismo modo que ellos han muerto á los voluntarios!*

Que el general Cabrera—puesto que no habia otro,—cuando lo supo, mando suspender la ejecucion, y dispuso,

---

(1) Calvo y Rochina dice (pág. 295), por el contrario:—"Hay quien asegura que estas escenas de sangre y horror fueron presenciadas desde un balcon por el propio caudillo que las habia decretado."

(2) Córdova, *Vida*, pág. 220-22.

que los que aún estuviesen vivos, fuesen pasados por las armas.

Recuerden tambien nuestros lectores, unas palabras que ya hemos dicho (1):

«Los dos partidos beligerantes se odiaban á muerte, y así como el objeto predilecto del ódio de los carlistas eran los urbanos y francos (*milicianos* y *peseteros*), así tambien estos aborrecian cordialmente á aquellos: ni unos ni otros se daban cuartel en el campo del combate»—ni después del combate.

Ahora bien.

Nosotros repetimos las palabras con que hemos terminado el capítulo que antecede: juzgue el lector.

Y continuamos.

El ejército del Centro, que mandaba en jefe el general Oráa, estaba dividido en tres grandes cuerpos.

El primero, á las órdenes del brigadier segundo cabo de Valencia, D. Antonio Sequera, constaba de 13 batallones y cinco escuadrones: operaba en el distrito de su mando.

El segundo, que obedecia al brigadier D. Luis del Corral, segundo cabo de Aragon, se componia de tres batallones y un escuadron; no tomaba la ofensiva, y se hallaba situado entre las provincias de Zaragoza y Huesca.

El tercero, mandado por el brigadier Nogueras (gravemente enfermo á la sazon), contaba con ocho batallones y seis escuadrones: maniobraba en la provincia de Teruel.

D. Marcelino Oráa, mandaba un cuerpo independiente, fuerte de 10.000 hombres, compuesto de trece batallones y seis escuadrones.

En suma: las fuerzas carlistas de Aragon y Valencia

(1) Véase la pág. 189 de esta obra.

mantenian constantemente en jaque la friolera de 37 batallones y 18 escuadrones.

Es decir: 30.000 infantes y 2.000 ginetes—más que ménos—perfectamente armados y equipados.

Agréguense ahora las numerosas partidas de peseteros y milicianos que vagaban por el país, y parte de la legion auxiliar portuguesa que estaba situada en Castellon de la Plana, y se tendrá una idea aproximada de la importancia que se daba ya en las regiones oficiales de Madrid al caudillo tortosino y á los demás jefes carlistas que en Valencia y Aragon se movian.

Cabrera, contando como suyas las fuerzas de estos, apénas reunia 14.000 combatientes.

Oráa, después que supo la pérdida de Cantavieja para las tropas cristinas, desconcertado en todos sus cálculos y viendo frustradas sus combinaciones, se decidió por batir á Cabrera y sitiar después la plaza, convertida ya por éste en un punto fortificado de importancia.

Por de pronto, intentando Oráa apoderarse de la artillería de Cabrera, salió de Vinaroz (1) en la madrugada del 4 de Mayo, á la cabeza de 4.000 infantes y 200 caballos, en direccion á la Cénia.

No logró ver realizadas sus intenciones.

Cabrera, que ya se hallaba en los puertos, se defendió con teson y energía y causó al enemigo 47 muertos y muchos heridos, segun el parte carlista, teniendo la pérdida de 13 y 46 respectivamente.

Oráa dice que perdieron los carlistas 50 muertos, algunos caballos, acémilas cargadas y armas, sufriendo sus tropas la baja de *cuarenta y tantos heridos* y *algunos*

(1) Parte fechado en el Cuartel general de la Cénia, á 4 de Mayo de 1837.—Véase la *Gaceta* del 17 del mismo mes y año.

muertos, entre ellos el segundo comandante D. Casimiro Brodet, jefe de la Plana Mayor de la brigada primera del Centro.

Cabrera no se retiró: permaneció en Rosell, observando al general isabelino.

Este, el dia 6, descendió á Vinaroz con el objeto de recibir un convoy de víveres, destinado á Morella.

Pero ya se le habia adelantado Cabrera y le esperaba en buenas posiciones entre las montañas de Chert y Cati, ocupando además una posicion paralela al camino de la Rambla.

Encontráronse ámbas fuerzas y trabóse un empeñado combate, sin más consecuencias que algunos muertos y heridos de los dos bandos contrarios.

Otra vez, ántes de encerrar en Morella el convoy de víveres, atacó á Oráa el infatigable Cabrera, causándole 34 muertos y gran número de heridos, segun el parte carlista, puesto que en el isabelino se señalaban 28 heridos únicamente, ignorándose la pérdida del jefe contrario (1).

Descansaron las huestes de Cabrera hasta el dia 20, y el 21 salieron para Gandesa.

Era el cuarto sitio de esta plaza y aún no debia ser tomada.

Copiemos la *Gaceta de Madrid* (2):

«Durante la noche del 23, construyeron los carlistas dos baterías en el cerro del Calvario, y á las once de la mañana siguiente llegaron dos cureñas y unos grandes trozos de madera, dentro de los que traian arastrando una pieza de á cuatro y un obus de á siete, y empezó el fuego contra la villa hasta que anocheció. Los sitiadores

(1) *Gaceta de Madrid*, 24 de Mayo.
(2) Del 14 de Junio de 1837.

construyeron otras dos baterías al pié del Calvario, distante 500 ó 600 pasos de la poblacion, y los sitiados reforzaron las paredes y tambores con baterías y sacos de tierra, tomando todo género de precauciones para evitar los incendios y daños de las granadas. Tambien levantaron una batería frente á la enemiga más próxima y colocaron un cañon de á doce.

»Al amanecer del dia 25 rompieron el fuego las cuatro baterías. La más inmediata, que causaba estragos en la poblacion, quedó inutilizada por los certeros disparos de la construida últimamente.

»Parapetados en las márgenes y arbolado, no cesaban los carlistas de incomodar á la guarnicion con el fuego de fusilería. A las cinco de la mañana del 26, principiaron de nuevo las hostilidades, y 127 tiros de cañon abrieron una brecha practicable en la puerta de Horta; pero los nacionales de Gandesa, redoblando sus esfuerzos, pudieron cerrar la brecha y salvar aquel punto.

»Intimada la rendicion, fué despreciada por el comandante de armas, que mandó enarbolar una bandera negra: los milicianos escribieron en un pañuelo blanco:— ¡*Viva la Constitucion*!—¡*Por Isabel II, vencer ó morir*! ¡*Libertad ó muerte*!

....

»El dia 27 cambiaron de objeto los fuegos, dirigiéndose al tambor de Matamoros; y como de antemano habia sido reforzado, fué poco el daño que hicieron, pero adelantaba el camino cubierto. Observóse durante el dia 28 que no cesaban de llegar al Calvario cargas de leña y rama, y estos preparativos infundieron sospechas de que se trataba de practicar alguna mina, por lo que se dió principio á abrir una contra-mina en la direccion que prometia más favorable resultado.

»Antes de anochecer aproximaron los carlistas al Portal de Horta el ramaje, que pasaria de 1.000 cargas, y levantaron una especie de trinchera á tiro de fusil de la poblacion.

»Conociendo la urgencia de destruir este trabajo, y aprovechando el entusiasmo que inspiró la noticia de aproximarse Nogueras, dispuso el comandante de nacionales (1) que cinco indivíduos y un cabo saliesen al amanecer del 29 á incendiar la trinchera, operacion que fué obra de un momento, y que en vano intentaron paralizar los enemigos, destinando 300 hombres á apagar el incendio.

»A las ocho de la misma mañana retiraron los carlistas su artillería hácia Bot, y en lo restante del dia no emprendieron cosa importante.

»La pérdida de la guarnicion consistió en dos muertos, 34 heridos y muchos contusos: la de los sitiadores se cree de bastante consideracion.

»Concluyo el parte llamando la atencion del Gobierno sobre el triste estado de Gandesa, pues además del daño que causaron 347 tiros de cañon, la batería enemiga incendió las casas de campo y edificios situados extramuros, talando tambien los olivares y almendros.....»

Tal es el parte isabelino.

El carlista no reseña tan minuciosamente el porfiado cuarto sitio de Gandesa.

Dice Cabrera (2) que formalizó el sitio el 21, sosteniéndolo hasta el 30 de Mayo, reduciendo á los sitiados al último conflicto.

---

(1) Llamábase D. Cayetano Arrea, y era juez de primera instancia del partido.

(2) En parte fechado en el cuartel general de Horta, á 31 de Mayo de 1837.



Pero como no tenia piezas á propósito para batir los muros, pues sólo contaba con un obús y un cañon de á ocho, cuyas dos piezas no produjeron el efecto que se esperaba, y como supiese la aproximacion del brigadier Nogueras, levantó el sitio y se preparó para una accion con que pensaba brindar al jefe isabelino, á la vista de la plaza y sobre el camino de Batea.

Fija sus pérdidas, durante el sitio, en 5 muertos y 23 heridos, asegurando, por el testimonio de un corneta que se pasó á las filas carlistas, que los sitiados tuvieron 9 y 40 respectivamente.

En efecto: el brigadier Nogueras llegaba á marchas forzadas en socorro de la plaza.

Avistáronse las huestes enemigas en el sitio llamado Cruz de la Saboga, á una legua de Gandesa.

La division de Nogueras avanzó con serenidad en columnas de ataque.

La caballería apoyaba la marcha de estas columnas, cuyo objeto era desordenar el centro enemigo, y revolverse después contra los flancos.

Cabrera, por el contrario, intentaba envolver los flancos de las columnas de Nogueras, á fin de cortar la retirada.

Unos y otros soldados cargaron con decision y bravura: al fin, españoles.

Pero la hueste carlista, en cuyo centro estallaron algunas granadas de la artillería de Nogueras, situada en un cerro elevado y distante, de manera que los proyectiles cruzaban por encima de la division isabelina, se desordenó por algunos momentos.

Cargó inmediatamente la caballería de Nogueras: cargaron tambien con denuedo los ginetes carlistas, y la accion empezó á manifestarse empeñada y viva.

Cortos fueron los instantes.

Los soldados de Cabrera pertenecientes á los batallones de Mora y Valencia, sintiéndose de repente acometidos por una enfermedad extraña y horrible, víctimas de crueles dolores de vientre, y arrojando espuma por la boca, rodaban exánimes á los piés de sus compañeros.

Corrió la voz de que estaban envenenados, y el pánico del ejército fué inmediato é inmenso.

Súpolo Cabrera en seguida, vió él mismo á vários de aquellos desdichados revolviéndose en el suelo en las postreras convulsiones de la agonía, oyó el rumor que circulaba entre las filas, adivinó los efectos del pánico, y ordenó en seguida la retirada, conteniendo al enemigo con los cazadores tortosinos, y obligándole, después de un ligero tiroteo, á retirarse á Gandesa.

Tal fué la accion de este nombre, donde se encontraron cara á cara, por vez primera desde la muerte de la desdichada Sra. Griñó, Cabrera y Nogueras.

Seguramente que alguno de ellos habria sido completamente derrotado, segun el encarnizamiento y decision con que se empezó el combate, si no hubiese acontecido aquel extraño suceso.

Acerca de este singular hecho (que no fué el primero por cierto (1), hé aquí lo que dice en su parte el general carlista:

«Entre los vivanderos que acudieron á mi campamento, llegó uno de Mora de Ebro, muy amigo del boticario de Benisanet, comandante de nacionales y del fuerte de Mora.

(1) Lo mismo sucedió á los soldados de Miralles, cuando este jefe carlista se hallaba sitiando la plaza de Soneja (en Junio de 1836), por lo cual fué batido por la columna de Grasses, con pérdida de 300 muertos.

En la mañana de ayer (30 de Mayo) empezó á vender el vino más barato que los demás vivanderos, y despachó en un momento dos cargas. Por lo visto posteriormente, el vino estaba envenenado, y fortuna fué que no empezó á venderse hasta que ya la tropa estaba formada... Hubo catorce casos en un momento...

»...Sucediéronse los estragos horrorosos del veneno hasta Bot, en cuyo pueblo murieron 38 voluntarios más, todos de los batallones de Mora y Valencia.

»Se les procuraron remedios á los que en el pueblo dieron síntomas de la enfermedad, salvando á 90 de los atacados.»

Por su parte, un escritor isabelino dice, no sabemos con qué fundamento, lo que sigue:

«Al comunicar á Cabrera este incidente, en el acto de la accion, dispuso que los facultativos diesen su parecer sobre tan raro fenómeno; y ya fuese por los síntomas con que se presentaba, ó porque en las circunstancias en que se hallaban no pudiesen darlo fundado, dijeron que los soldados acometidos estaban envenenados...

»No era así, sino que acosados por la sed y la fatiga en un dia tan caluroso, muchos soldados carlistas bebieron aguas pantanosas, amargas y dañinas, y esto produjo el mal que experimentaron (1).

Nosotros nos abstenemos de todo comentario.

Y proseguimos. Cabrera, con dos batallones de Tortosa y alguna caballería, se internó en Aragon, miéntras Forcadell y Llangostera con la restante fuerza se encaminaban hácia el Maestrazgo.

---

(1) Calvo y Rochina, pág. 301.—Córdova copia únicamente las palabras del parte de Cabrera referentes á este singular suceso, y no emite opinion alguna.



Aquel llegó á Híjar el 8 de Junio.

Necesitaba víveres, porque sus tropas estaban hambrientas, y pidiólos á varios pueblos.

Casi todos los aprontaron, pero la villa de Samper, donde habia un fuerte guarnecido por algunos soldados del ejército, nacionales y peseteros, se negó á remitirlos, contestando de una manera bastante dura que irritó al general carlista.

Este se propuso hacer un escarmiento y marchó contra Samper.

Pero miéntras algunas compañías entraban en la poblacion, recogia lo que podian y ponian fuego á las casas del alcalde y otros regidores que habian firmado la insultante comunicacion dirigida á Cabrera, y éste permanecia en las afueras del pueblo esperando á que sus soldados ejecutaran las órdenes recibidas, el espacio se cubre de negras nubes, la luz del sol se oscurece, retumba el trueno, cruza el rayo y sopla con furor inusitado el vendaval de la tempestad.

A la par, torrentes de agua y granizo inundaban el suelo, imposibilitando todo movimiento.

El ejército luchaba contra los elementos desencadenados, pero aquella lucha terrible, sostenida por bastante tiempo, amenazaba agótar las fuerzas del soldado é impresionar profundamente su ánimo.—Porque el pueblo español, de imaginacion ardiente y fantástica, se figura ver efectos sobrenaturales donde sólo existe un suceso vulgar, si no frecuente.

Cabrera dió órden para que las tropas se abrigasen bajo los techos de las casas más inmediatas, y él mismo con el coronel Suarez y dos ayudantes, se refugió en un pajar contiguo.

Pero al entrar en el asilo que se habian buscado contra

los furores de la tempestad, despréndese un rayo con estallido siniestro, mata al jóven secretario del caudillo, D. Tomás Caire, y á su caballo, deslumbra á la vez á los caballos de Cabrera y de su ayudante, y aquel es lanzado de la silla á una distancia de veinte pasos.

El corcel de su ayudante D. Joaquin Andreu, quedó muerto, y casi axfixiado el ginete.

Cabrera exánime, sin aliento, sin dar señales de vida en mucho tiempo: hasta el calor natural le faltaba, y las palpitaciones del corazon se habian paralizado.

Todos le creian muerto.

Voló un ordenanza á Híjar, donde se hallaba Pertegaz, y notició á éste el infausto suceso.

Monta á caballo el noble amigo y llega á las inmediaciones de Samper, cuando ya el general habia derramado copiosamente sangre por boca y narices, lo cual acaso le libró de un ataque al cerebro, y habia recobrado el aliento.

Dispusiéronse camillas, y montado en un pacífico mulo y sostenido por su cocinero y su asistente, se pusieron todos en marcha hácia la villa de Híjar.

Poco á poco se fué despejando y volvió completamente en sí á beneficio de dos sangrías.

En Híjar se preparó un carro con colchones, donde le acomodaron lo mejor posible.

Andreu continuaba en una camilla y el cadáver del desventurado Caire, prévio el reconocimiento facultativo, fué enterrado en el cementerio de aquella villa.

Era el 15 de Junio.

Desde Híjar se dirigieron á Castelserás y después á Calaceite.

El general y Andreu, estaban ya restablecidos.

Hablemos ahora de la expedicion real.

Pero no nos detengamos mucho en referir los sucesos que la motivaron.

D. Cárlos María Isidro de Borbon, proclamado monarca legítimo de España por un ejército de valientes, aquel augusto príncipe, á quien tanto han acriminado los escritores liberales, porque no le conocieron, porque no llegaron á adivinar siquiera toda la grandeza de su alma, todo el valor de su corazon, toda la noble hidalguía de sus acciones,—cuya historia, Dios mediante, escribirémos en ocasion más oportuna,—poniéndose á la cabeza de un ejército compuesto de 16 batallones, 10 escuadrones y dos piezas de artillería, salió de la ciudad de Estella, la primitiva corte de los reyes de Navarra, en 15 de Mayo, con propósito de atravesar por Aragon, Cataluña y Valencia y caer después sobre la villa y corte de Madrid.

Mandaba en jefe el Infante D. Sebastian Gabriel.

A D. Prudencio Sopelana obedecia la division alavesa; al general Sanz, la navarra; á Cuevillas, la aragonesa, y á Urbistondo, la castellana.

Seguian al Rey los ministros, prelados, consejeros, altos dignatarios de la corte, títulos de Castilla, y un numeroso y brillante Estado Mayor, al mando del general Moreno.

Pasó la expedicion el Arga, llegó á Sangüesa y entró en Huesca, en medio del júbilo y de las aclamaciones de los leales, en la mañana del 24 de Mayo.

En las inmediaciones de esta plaza se dió la sangrienta batalla de tal nombre,—cuya descripcion no nos pertenece,—donde el ejército carlista, animado con la presencia de su rey, consiguió una brillante victoria sobre las tropas isabelinas.

En el campo de batalla quedaron tendidos los dos jefes de éstas, los generales Irribarren y Leon y Navarrete.

El victorioso ejército siguió á Barbastro, y ocupó la ciudad.

Y en las cercanías de esta plaza se dió (1) otra batalla, más sangrienta aún que la de Huesca, cuyo éxito quedó indeciso, y cubierto el campo de cadáveres, entre ellos el del brigadier isabelino Conrad.

Es de advertir que, en esta batalla, tomó parte, á favor de Isabel II,—por supuesto,—la legion auxiliar francesa, cuya legion, dicho sea de paso, no merecia el honor de batirse al lado de los bravos españoles, puesto que sus soldados fueron los únicos «que abandonaron sin motivo sus posiciones,» á pesar de los esfuerzos heróicos de los jefes para contener el desórden, lo cual ocasionó la muerte del brigadier Conrad.

El campo quedó por los carlistas, y el general Oráa, jefe de los cristinos, se retiró sin ser molestado.

El dia 4 pasó la expedicion el rio Cinca por las barcas de Estada y Estadilla, cruzando á Cataluña, y volviendo á los pocos dias para atravesar el Ebro.

Súpolo á tiempo Oráa, y para impedirlo é impedir á la vez el paso del ejército expedicionario por Aragon y Valencia, dispuso las fuerzas de la manera siguiente:

Al brigadier Nogueras le previno que con su division acudiese inmediatamente á reforzar las mermadas filas del general en jefe.

Al coronel Orive, que mandaba una brigada en el Alto Aragon, le ordenó que se apostase en la márgen derecha del Cinca, á fin de que, molestando y entreteniendo á los carlistas expedicionarios, trascurriese tiempo preciso para la llegada del ejército isabelino que operaba en Cataluña á las órdenes del Baron de Meer.

---

(1) El dia 2 de Junio.

A la division que mandaba el general Iriarte, de Aragon, la preparó en un punto inmediato al que él mismo ocupaba, entre Teruel y Calamocha, á fin de que pudiese obrar á tiempo, segun las circunstancias.

Al brigadier Borso di Carminati, con parte de la legion portuguesa (ya reorganizada) y cuatro batallones más, le mandó situarse entre Valencia y Castellon, hasta recibir nuevas órdenes, conforme conviniese.—El 28 recibió estas órdenes, limitadas á destruir las barcas de Cherta, y esperar.

Oráa, como ya hemos dicho, tenía fama de hábil estratégico; pero todas estas disposiciones, y algunas otras más que no citamos en gracia de la brevedad, fueron inútiles.

Volvamos ahora en busca de Cabrera.

El caudillo tortosino apénas descansaba un instante para tener á punto todo lo que pudieran necesitar su rey y sus bravos compañeros de armas, á su paso por Aragon.

Envió á su ayudante D. José Domingo Arnau y al vicario general castrense de su ejército, D. Lorenzo Cala y Valcárcel, al campo de D. Cárlos, para que tuviesen el honor de manifestar al bondadoso y pio monarca las seguridades más completas de adhesion y fidelidad.

Hallándose el 23 en la villa de Allepuz, recibió una órden del Ministro de la Guerra para que se situase en Cherta, orilla derecha del Ebro, el dia 29, y tuviese preparadas lanchas y barcas para el paso de la real expedicion.

¿Cómo llegaba ésta después de su breve excursion por Cataluña?

Acosada incesantemente por las fuerzas enemigas, víctima de privaciones de todo género, desalentada, y quizas algun tanto en desórden, la brillante hueste que se ba-

tió con tanto denuedo en los campos de Huesca y Barbastro, habia perdido una tercera parte de sus filas.

Arnau, el ayudante más querido de Cabrera, que volvia del campamento real, confirmó á éste, en la tarde del 28, a órden recibida el 23: la expedicion real deberia pasar el 29 por las barcas de Cherta.

Pero en Cherta se hallaban ya Nogueras y Borso di Carminati.

No habia barcas, puesto que, ó se habian destruido, ó enviado á Tortosa.

Era, por lo tanto, preciso para que Cabrera cumpliese como leal y bravo:

Batir á Nogueras;

Batir á Borso;

Y conducir barcas á las aguas de Cherta.

Empezó por lo último, mandando que una columna bajase á los Alfaques y se apoderase de las barcas de San Cárlos de la Rápita: así se hizo; y, colocadas en carretones y rodillos, fueron conducidas por tierra, á fin de que no se detuvieran en Tortosa por las tropas de la Reina, hasta las aguas de Cherta.

En dos dias estaban ya las barcas á disposicion del régio expedicionario.

Era necesario ahora batir á Borso, é impedir que éste se uniese con Nogueras.

El primero de éstos, con seis batallones (dos portugueses) y tres escuadrones, apoyando su derecha en el Ebro, la izquierda en el camino de Armas del Rey, y el centro sobre el camino de Pauls, «contaba con todas las probabilidades de arrollar al enemigo.»

Cabrera, con seis batallones y dos escuadrones, ocupaba el estrecho camino de Cherta al Ebro, el pueblo y la ermita de San Martin.

Ambas divisiones enemigas se hallaban á un tiro de fusil una de otra.

El bravo Pertegaz, colocado por Cabrera en las alturas de Armas del Rey para impedir el paso á Nogueras, habia jurado defenderse hasta morir, si fuese necesario.

Así estaban las cosas á las cuatro de la madrugada del 29, cuando apareció la vanguardia del ejército expedicionario en la orilla izquierda del Ebro.

Cabrera, entusiasmado con la presencia del monarca, arengó á sus batallones, que prorumpieron en gritos de ¡*Viva el Rey*!, y ordenó el ataque.

El valiente Forcadell entónces, con dos batallones de Valencia, toma á la bayoneta las posiciones de los enemigos alrededor de la ermita, y las compañías de preferencia se apoderan tambien de los demás puntos importantes que ocupaban los soldados de Borso, quien desde este momento se bate en retirada hácia Cherta, para cubrir el camino de Tortosa.

Cabrera, al frente de dos batallones que avanzaron á la carrera por entre el fuego horroroso de los granaderos de Oporto, que ocupaban el camino de Pauls, ataca á los mercenarios extranjeros á la bayoneta, los arrolla y conquista sus fuertes posiciones.

El enemigo, retirándose siempre, mas peleando con ardor y bizarría, fué rechazado por los carlistas cuantas veces intentó recobrar lo perdido, y abandonó por fin sus posiciones.

La única esperanza de Borso estaba en Nogueras.

Pero Nogueras no llegaba.

Engañado por ingeniosas estratagemas de Pertegaz, el jefe isabelino se hallaba en observacion en Mora, sin atreverse á internarse por «los caminos escabrosos é impracticables que desde Mora por Miravete y Pinell conducen

»á Cherta, defendidos como lo estaban por los enemigos, »lo cual le impidió dirigirse al último punto, y marchó á »Gandesa para obrar desde allí segun las noticias que »adquiriese y órdenes del general en jefe (1).»

Y entre tanto Cabrera se apoderó de tres lanchones que por el Ebro subian destinados á Borso, con 10.000 raciones, y la expedicion real pasaba por el ancho rio sin ser molestada.

Pero Borso se hallaba ya en una posicion difícil.

Podia ser arrollado y envuelto por las tropas reales y las de Cabrera.

Conoció este grave peligro, y emprendió la retirada hácia Tortosa, perseguido incesantemente por la caballería carlista, á cuyo frente marchaba sobre un caballo blanco y envuelto en su fantástica capa encarnada el jóven general tortosino.

Borso huia, dejando sobre el campo de batalla 200 cadáveres.

Cabrera, en fin, habia conseguido su objeto.

Entónces desde el mismo combate, bañado en sudor y lleno de polvo, embarcóse en una lancha y cruzó por el Ebro, para saludar al monarca, que habia presenciado el combate.

«Estaba envanecido y loco de contento—dice en sus *Memorias* (2)—después de la jornada de Cherta, y al verme tan honrado por S. M. que me dió á besar su Real mano y me recibió con afectuosas demostraciones propias de un padre.

—Señor—le dije—ofrezco á V. M. de nuevo mi lealtad, mis servicios y mi sangre: cuando V. M. ordene pue-

---

(1) *Gaceta de Madrid*, 5 de Julio de 1837.

(2) Córdova, *Vida*, tomo II, pág. 261 y 262.

de pasar el Ebro; abiertas están las puertas del reino de Valencia.

»Lo sé, Cabrera—contestó D. Cárlos—vamos á embarcarnos; yo premiaré tu fidelidad y tu valor (1).»

Y sentado en la popa del Real esquife, siendo objeto de la predileccion del bondadoso Cárlos V y de la curiosidad de los cortesanos, pasaron todos el Ebro y llegáron felizmente á Cherta.

Véase de qué manera se frustraron las combinaciones y cálculos del estratégico Oráa.

Cárlos V, á pesar de las habilidades del jefe cristino, pisaba el suelo de Valencia.

En Cherta fué recibido el soberano con entusiasmo.

Dirigióse á la iglesia parroquial á dar gracias al Dios de los ejércitos por la victoria que habia concedido á sus armas, y mandó que se cantara un solemne *Te Deum*.

A las tropas se les repartió un rancho abundante y extraordinario, para que el pobre soldado tambien gozase de los frutos que producia el universal regocijo, ya que vertia su sangre tan noble y generosamente por la causa de la legitimidad, que era la de las leyes tradicionales de la pátria.

El Rey descansó en la villa de Cherta, y al siguiente dia continuó la expedicion hácia San Mateo, donde llegó el 2 de Julio, no obstante los preparativos del general Oráa para que no siguiese adelante por el camino de Valencia.

Y decia un periódico carlista.

«Dónde se dirige el Rey?»

---

(1) Cumplió su palabra.—El mismo dia 29, S. M. «teniendo en «consideracion los relevantes méritos de Cabrera y sus heróicos y «repetidos hechos de armas,» le confirió la gran Cruz y banda de San Fernando, y el 2 de Julio fué tambien nombrado comandante general de Valencia, en sustitucion de Mirálles, quien fué relevado.



Y se contestaba él mismo:

«¡A Madrid! El Rey va á Madrid.»

Y á estos proyectos, que se repetian por los cortesanos, quienes se daban cita para celebrar un besamanos, pasados quince dias, en el Palacio Real de Madrid, respondia Cabrera:

«Sí; pero es necesario aprovecharse de la inaccion y aturdimiento de los enemigos y andar noche y dia. El que no pueda seguir la marcha de la expedicion podrá quedarse en Cantavieja. Yo sé el estado de la Corte, y tengó allí confidentes que por su posicion están bien enterados de cuanto ocurre, por reservado que sea: sé los elementos con que cuentan para resistir nuestra acometida: sé que en Madrid se han alarmado con el paso del Ebro; —pero tambien sé que no basta correr, sino que es preciso volar. Prèsentarse en la puerta de Atocha el mismo dia en que sepan allí que hemos salido de Cherta: esto debiamos hacer (1).»

Tenía razon el caudillo tortosino: esto debia haberse hecho.

Y no hàbrian descargado tantas desgracias, durante siete lustros, sobre nuestra noble pátria, digna de ser la nacion más feliz del universo.

---

(1) Córdova, *Vida*, tomo II, pág. 271-72.

CAPÍTULO XVIII.

Castellon de la Plana. —Batalla de Chiva.— Planes de Oráa. —Accion de Herrera. —Muerte de dos valientes. —Espartero. —Marchas y contramarchas. —Adelante! —A Madrid. —Vallecas. —Atrás! —D. Pantaleon Boné.—Aranzueque. —La fuga de Sanz. —Arcos de la Cantera. —Desastre. —A Cantavieja.

Al comenzar este capítulo, debemos expresar nuestra pena por el éxito desgraciado que tuvo la real expedicion de Cárlos V.

Las brillantes divisiones que se batieron con tanto denuedo y alcanzaron eternos lauros en Huesca y Barbastro, no obstante las contrariedades que sufrieron en el paso del Cinca y en el combate de Grá — cuya descripcion no nos incumbe—llegaron á Cherta, para realizar el paso del Ebro, y siguieron adelante por tierras del reino de Valencia.

Cabrera, con sus bravos batallones, quedó incorporado desde aquel instante al ejército expedicionario, que formaba ya un total de 15.000 combatientes aguerridos.

Descansaron las tropas en la villa de San Mateo, y si-

guieron luego por la Plana hasta presentarse, en la tarde del 8 de Julio, delante de las puertas de Castellon.

Mucho se exageró entónces la defensa de los castellonenses.

Y no hubo para qué.

El ejército expedicionario no se propuso entrar en Castellon á todo trance, ni tampoco merecia la pena de un sério sitio una ciudad abierta é insostenible, sin guarnicion numerosa.

Era inútil el sacrificio de vidas por la posesion de aquella plaza, y las fuerzas expedicionarias, ni debian perder momentos en seguir adelante, ni ménos podian desprenderse de varios batallones á fin de conservar á Castellon, despues de ocupada.

Por lo demás, convéngase en que, á pesar de todos los aparatos belicosos dispuestos por el comandante militar, D. Antonio Buil, la ciudad de Castellon de la Plana habria caido en poder de la hueste carlista, si ésta se hubiese propuesto conseguirlo.

No hay para qué gastar un tiempo precioso en referir un sitio, que no fué sitio.

D. Antonio Buil, al redactar el parte que publicó la *Gaceta* (1), queria, por lo visto, hacer olvidar sus anteriores descalabros.

«Si hubiéramos querido entrar en Castellon á todo trance—dice el general Cabrera en sus *Memorias* (2)—era cosa de pocas horas: una violenta acometida por cuatro ó cinco puntos, nos hacia dueños del pueblo, y esto lo sabe cualquiera que conozca su situacion y fortificaciones.

---

(1) De 24 de Julio de 1837.—Véanse tambien las páginas 232 y 233 de esta obra.

(2) Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 8.

»Nosotros nos reiamos al ver tanto aparato.»

Esto es lo cierto.

La expedicion continuó su marcha.

Entró el dia 10 en los países pintorescos que riega el Guadalaviar, cruzando por la morisca villa de Almenara, y por las poblaciones Baronía de Petrés, Gilet y Torres-Torres, en cuyo punto pernoctó D. Cárlos.

El 11, miéntras este soberano se dirigia á Burjasot, donde fué recibido con universal alegría, acompañado por el grueso de las tropas, Cabrera se corria hácia el puerto del Grao para evitar el desembarco de la brigada de Borso, lo cual consiguió miéntras tuvo esperanzas de que la poblacion de Valencia, segun se habia prometido á los expedicionarios, se alzase unánime proclamando á Cárlos V.

Frustrada esta esperanza, se retiró el 12 al cuartel Real, no sin haber sostenido ventajosamente algunos choques en la calle de Murviedro, con los nacionales que defendian la plaza de Valencia.

Tres dias descansaron, preparándose quizá para la batalla con que Oráa les amagaba, escalonados entre esta villa, Cheste, Chiva y Buñol—célebre ya desde el desastre del infeliz coronel Crehuet y la victoria de Forcadell.

Llegó la aurora del 15 de Julio.

El general Oráa, que habia combinado sus movimientos y los de las demás divisiones del ejército del Centro, para batir á la expedicion real en momentos que creyera oportunos, atravesó el Túria por el puente de Cuarte á las tres de la mañana de dicho dia, encaminándose á Chiva.

Halláronse, pues, frente á frente los dos ejércitos enemigos.

El carlista se componia de 20 batallones incompletos y seis escuadrones.

El isabelino constaba de 15 batallones, cinco escuadrones y cuatro piezas de artillería.

Acuartelada en Chiva la division navarra, en vanguardia, á las órdenes de Sanz, y siendo ya bien entrada la mañana, creyendo por lo tanto los carlistas que Oráa habia desistido de sus propósitos para más adelante, en virtud de nuevas combinaciones ó nuevos cálculos estratégicos, sintiéronse sorprendidos, miéntras se ocupaban en la limpieza de las armas, por algunas granadas que estallaron en las inmediaciones del campamento.

Así lo aseguran documentos de procedencia carlista, contestes en tal aserto.

El centro de operaciones de la línea carlista era el pueblo de Chiva; la derecha se apoyaba en la ermita de la Vírgen del Castillo y colina inmediata, y la izquierda en un pequeño y claro bosque de las inmediaciones.

El brigadier Borso, con cuatro batallones, mandaba la vanguardia y recibió órdenes de atacar enérgicamente a centro enemigo; el general D. Fermin Iriarte, al frente de cinco batallones, debia envolver la izquierda del carlista; y el brigadier Nogueras, seguido de cinco batallones, deberia flanquear la derecha.

Oráa confió el grueso de la caballería al brigadier Amor.

Comenzó en seguida el combate.—Eran las nueve de la mañana y el candente sol de Julio caia á plomo sobre las cabezas de los combatientes.

Borso, con una serenidad y valor dignos de encomio, s dirigió contra el centro de las fuerzas carlistas, que destacaron para detener al enemigo una columna de infantería, apoyada por cuatro escuadrones, á las órdenes del bravo D. Joaquin Quílez.

Pero la caballería cristina cargó con ímpetu prodigioso, arrolló á la realista y la puso en fuga, y cayendo luego

sobre la abandonada infantería, arróllala tambien, la dispersa y la hace vários muertos y heridos y 150 prisioneros (1).

Rehácense los carlistas, vuelven al combate con tropas de refresco, atacan con bravura á la division de Borso y la obligan á ceder el terreno con bastante desórden; pero el general Oráa envia al batallon de la Princesa en refuerzo del comprometido centro isabelino, y la lucha se encarniza y se sostiene por ámbas partes con igual teson y valor indomable.

Miéntras tanto, la division Iriarte acometia con fortuna á la izquierda carlista y el brigadier Nogueras trataba de envolver la derecha y se apoderaba de la posicion importantísima denominada el Calvario, y de otras dos más que ocupaba la division alavesa.

Desde este punto comenzó la retirada.

Palmo á palmo disputándose el terreno, las fuerzas reales desalojaron el pueblo de Chiva, miéntras pasaba á ocuparle el batallon que comandaba el Marques de Palacio, sostenido por la artillería.

Á la vez, Nogueras, con los batallones del Rey, Leon y Almansa, tomaba otra posicion ocupada por soldados alaveses, y dos escuadrones del Rey y 6.° de ligeros, apoyados por el provincial de Leon, cargaban, dispersaban y acuchillaban á aquellos, que cedieron el sitio dejando 70 cadáveres.

Las huestes expedicionarias siguieron retirándose hácia el pueblo de Sot de Chera.

---

(1) No habiendo parte carlista de esta batalla, hemos tenido presentes, para hacer la descripcion de ella, los partes isabelinos publicados en la *Gaceta extraordinaria* de 18 de Julio y en la de 4 de Agosto.—Ambos están firmados por el general Oráa.

Y aunque Oráa las perseguia sin descanso, Cabrera, al frente de la retaguardia, contuvo con su valor y su pericia al enemigo, consiguiendo que no concluyese en vergonzosa derrota lo que habia empezado por ser un ordenado movimiento (1).

Si se tiene en cuenta que ámbos ejércitos lucharon por espacio de nueve horas en un terreno quebrado y montañoso, bajo el sol de Julio, y sin una gota de agua que reanimase sus abatidos brios, se convendrá con nosotros en que dieron pruebas de valor heróico, de admirable disciplina.

El isabelino perdió 553 hombres entre muertos y heridos y el carlista cerca de 2.000, contando tambien los prisioneros y los presentados (2), segun el parte de Oráa.

Cabrera, en sus *Memorias*, afirma que la batalla de Chiva costó á la expedicion real 117 muertos, 218 heridos y 281 prisioneros; en junto 616 bajas.

El héroe de nuestra Historia llevó á cabo infinidad de proezas, apénas creibles.

Citarémos un hecho solamente, confirmado por diversas partes, que cita el Baron de Rahden, testigo presencial:

«Nos batieron el 15 de Julio, cerca de Chiva, y aquí vi por primera vez á Cabrera en el fuego.

»Moreno mandaba en jefe, y Cabrera bajo sus órdenes.

»El ala derecha hizo un movimiento que impidió su union con la izquierda, y el enemigo avanzó victorioso para romper nuestro centro, donde estaba el Rey con su séquito.

---

(1) Un amigo nuestro, que se halló en el combate, en la caballería del brigadier Amor, isabelino, nos asegura que al valor y á la destreza de Cabrera se debió en la retirada la salvacion del ejército carlista.

(2) Véase la *Gaceta de Madrid*, 4 de Agosto de 1837.

»En este momento Cabrera, acompañado de 20 ginetes de su escolta, se precipita como un leon furioso sobre la cabeza de la columna enemiga: nada puede resistir á su espada, y su admirable valor personal aleja todo el peligro que tan de cerca nos amenazaba.

»Hubo una pausa en el combate, durante la cual Cabrera se fué adonde estaba Moreno para recibir nuevas órdenes.

»En todas partes recibieron las tropas al jóven general que acababa de hacer tal proeza delante de sus ojos con «viva D. Ramon.»

»Como el hijo atrevido llega ante su padre, que parece quiere reñirle, así tambien se presentó Cabrera al viejo general, que le dijo:

—Don Ramon, D. Ramon, ¿qué ha hecho usted? ¡Qué arrojo! ¡Qué temeridad! Usted es general y el apoyo más firme de nuestra santa causa: no olvide usted esto nunca; yo se lo suplico.

»Cabrera le tendió la mano como para prometérselo; pero luego volvió grupas, manifestando así que le sería imposible obedecer.

»Este es quizás el mayor defecto de Cabrera: exponerse demasiado al peligro (1).»

Así se explica el Baron de Rahden, testigo en la batalla de Chiva.

Otro escritor, que tambien se encontró en el mismo combate, dice, á propósito de este hecho:

«Cabrera dió una prueba de su valor, que estimarán saber aquellas personas que deseen conocer las cualidades personales de este célebre partidario....

---

(1) *Cabrera*, por el Baron W. Rahden, súbdito prusiano, capítulo II, pág. 23.

»....Viendo con dolor empeñada una accion tan desventajosa, y uno de sus más escogidos batallones presa del enemigo, se arrojó con 20 caballos, que formaban su escolta, sobre las numerosas fuerzas que le atacaban, logrando por el momento contener sus progresos y ganar el tiempo que necesitaba aquel para retirarse, saliendo milagrosamente del peligro con tres solos soldados que pudieron escapar de tan generoso sacrificio (1).»

Por lo demas, parece que el general tortosino tenía hecho pacto con la buena suerte en el límite extremo del peligro.

Indudablemente que su protectora estrella, eclipsada por algunos dias, brillaba de nuevo con fulgor más esplendido.

Oráa, aunque habia manifestado deseos de acampar delante de los carlistas, para renovar el combate en el siguiente dia, con la luz primera del alba, hubo de retirarse á Buñol para que sus fatigados soldados se entregasen al descanso.

Las tropas expedicionarias siguieron á Cantavieja por Chelva y Sarrion y se dividieron luego en diferentes columnas para atender mejor á la difícil cuestion de proporcionarse subsistencias, en un país agostado y pobre con las vicisitudes de una guerra asoladora, que duraba ya tres años largos.

Hizo D. Cárlos una visita á la plaza fuerte de Cabrera, en 24 de Julio, y permaneció largo tiempo inspeccionando las obras, los talleres, los hospitales, los almacenes, y felicitó al jóven caudillo por el órden perfecto que reinaba en todas las dependencias, y por el buen estado de la plaza.

---

(1) *Memoria militar y política* sobre la guerra de Navarra, por D. José M. de Arizaga, pág. 96.

Aquella misma tarde regresó al Real, y en breve, reunidas nuevamente las tropas, se puso en marcha el ejército realista, quedando Llangostera al frente de la comandancia general de Aragon.

Era el 7 de Agosto, y Oráa salia tambien de Castellon, en seguimiento de aquel, después de haber equipado á sus soldados y hécholes jurar la Constitucion de 1837.

Véase cómo preparó sus fuerzas, á fin de evitar los progresos de la real expedicion :

El general Buerens, con cinco batallones y dos escuadrones, cubria el bajo Aragon :

El coronel Comes, que se hallaba á la vista de Zaragoza, con una fuerte brigada, tenia órden de auxiliar á aquel en caso necesario.

Otra division numerosa quedó apostada en Segorbe, y otra de la misma fuerza entre Sarrion y Rubielos, para prestarse auxilios recíprocamente.

El general Oráa se replegó hácia Teruel, con otros cinco batallones y dos escuadrones, á fin de estar pronto para acudir adonde conviniere.

Los carlistas avanzaron.

Y miéntras sus principales fuerzas se concentraban en Camarillas y pueblos inmediatos, el jefe cristino seguia en observacion de aquellos, y estos en observacion del jefe cristino.

La verdad es que se esperaba una gran batalla, batalla que tal vez habria sido decisiva.

Y con tal objeto, Oráa, en la perspectiva siempre de una derrota para la régia expedicion, y á fin de cortar la retirada á Cantavieja y los puertos, mandó á Buerens que se estacionase en Cariñena, á Nogueras en Villafranca, á Borso en Segorbe, y él con la demás fuerza y caballería, al mando del general Iriarte, se acantonó en Monreal.

Los realistas, desde la sierra de Camarillas, que se extendian hasta la poblacion de Aliaga, observaban los movimientos del enemigo, y no perdian el tiempo, procurando librar la próxima batalla, que para unos y otros era indudable, en terreno elegido por ellos mismos.

La suerte lo dispuso de otro modo.

Buerens, para obedecer á Oráa, salió de Calamocha, donde se hallaba, en direccion á Cariñena.

Es de advertir que dicho general llevaba órdenes severísimas para no intentar un encuentro de grave compromiso con los carlistas, con el fin de no destruir por medio de una aventura los planes de Oráa.

Pero los realistas, acantonados en el pueblo de Herrera, al divisar á Buerens que con 5.500 infantes y 500 caballos se dirigia á Cariñena, se prepararon al combate.

Era la madrugada del 24 de Agosto (1).

Partiendo el general Buerens de un supuesto falso: es decir, juzgando que los carlistas que ocupaban á Herrera y pueblos inmediatos tenian intenciones de encaminarse á la provincia de Soria, para unirse al general Zaratiegui que llevaba á cabo por entónces su expedicion á Segovia Buerens, para impedirlo á todo trance, presentó la batalla—no obstante las severas advertencias que habia recibido del general en jefe.

Los carlistas, en número de 9.000 infantes y 800 ginetes, se salieron hábilmente del pueblo de Herrera delante de los batallones del general cristino, quien tuvo la candidez de seguirles los pasos hasta la llanura, miéntras aquellos tomaban buenas posiciones en el Villar.

Entónces formaron los isabelinos en dos líneas: la derecha se apoyaba en la ermita de la Vírgen de Herrera

(1) Calvo y Rochina (pág. 334) dice que fué el 25.

y la izquierda en algunos escuadrones de buenos ginetes.

Atacaron los cazadores de Buerens, fuerza es confesarlo, con valor y arrojo.

Pero las masas carlistas envolvieron los flancos de las líneas enemigas; su numerosa caballería dispersó, deshizo y acuchilló á tres escuadrones de ligeros que intentaron oponérsele; los cuadros fueron al mismo tiempo rotos y destrozados por las granadas de los expedicionarios, y todas las tropas de Buerens, desordenadas y poseidas de un pánico horroroso, se declararon en completa fuga, á pesar de los prodigios de valor que hizo el infeliz general cristino para contenerlas.

Resultado del combate: 150 muertos y heridos, 1.500 prisioneros, bagajes, fusiles, caballos, municiones y víveres perdió el jefe isabelino, á costa de 80 bajas que tuvieron los carlistas.

En esta accion murieron el brigadier Quílez y el coronel Manolin (1).

El primero, segun un cronista, fué muerto después del combate por un balazo que le tiró un soldado de Buerens que ya estaba rendido, y el cual fué inmediatamente hecho pedazos por los que le vieron coger el fusil y dirigirlo contra el desventurado Quílez (2).

Excusado parece añadir que los fugitivos de Herrera se reunieron en Cariñena, miéntras los carlistas conducian á los depósitos á los infelices prisioneros, en quienes el hambre debia cebarse de una manera horrible, hasta el extremo de alimentarse con los cadáveres de sus mismos compañeros.

---

(1) Calvo y Rochina fija la muerte de este coronel en la batalla de Huesca.—Pág. 303.

(2) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 335.

Cabrera no estuvo en esta accion. Hallábase en Cantavieja dictando órdenes y tomando disposiciones para regularizar el servicio durante su ausencia.

Y en seguida, recogiendo diez batallones y dos escuadrones de las fuerzas de su mando, se dirigió á Utiel (1) y se incorporó á la hueste expedicionaria, ocupando, como siempre, la vanguardia.

Casi á la vez se reunian tambien los dos ejércitos cristinos: el del Norte, al mando del general Espartero, y el del Centro, al mando del general Oráa.

Seguro creyeron éstos el exterminio de las divisiones expedicionarias, y en corto plazo, desde el momento en que el Conde de Luchana se puso al frente, en las cercanías de Daroca, de 30 batallones y 900 caballos — fuerza muy numerosa comparada con la que conducian los generales realistas.

No fué así, á pesar de tantas seguridades.

Los carlistas, servidos por leales confidentes y hábiles en la guerra de montaña, para que encontrasen libre el camino de Madrid en el instante oportuno, se propusieron cansar y fatigar á las divisiones constitucionales en virtud de marchas y contramarchas repetidas, sin un fin conocido, sin direccion ni ruta señalada.

Y á fé que lo lograron.

Desde los alrededores de Cuenca se dirigió D. Cárlos, seguido de su ejército, hácia Aliaga, Segura y Calamocha; pernoctaba en Villafranca y Alba, cuando Espartero le creia en Monreal; llegaban las tropas cristinas, rendidas de cansancio, y las realistas contramarchaban hácia Orihuela del Tremedal, y cuando en este punto, al pié de la áspera sierra que le domina, los generales isabelinos

(1) El 2 de Setiembre.

acampaban, creyendo segura la ansiada batalla al amanecer del siguiente dia, el enemigo levantaba el campo durante la noche y contramarchaba á Osca, dos largas horas á retaguardia de las tropas constitucionales.

Por último, los carlistas se hallaban en las cercanías de Huélamo, cuando los cristinos caian sobre la ciudad de Albarracin, creyendo sorprender á aquellos y cumplir con la mision encomendada.

Es decir: D. Cárlos caminaba en direccion á Madrid y desembarazadamente, á una distancia de once leguas del enemigo—y éste, obligado á dividir sus fuerzas, era ya más débil.

Espartero, con 22 batallones y 200 ginetes, continuó en pos del ejército carlista; y se llevó Oráa al Bajo Aragon una fuerza de 5.000 infantes y 300 caballos, próximamente.

—Adelante!—dijeron entónces los jefes expedicionarios.—¡Adelante!

Y forzando marchas llegaron á Tarancon el dia 10 de Setiembre, el 11 pernoctaron en Arganda, á cuatro leguas de la corte, y el 12 apareció la vanguardia, mandada por Cabrera, en el portazgo de Vallecas, en las tapias mismas de la coronada villa.

Hé aquí lo que decian las *Gacetas* de entónces, acerca de lo que ocurria en el interior de la capital de la Monarquía, al aproximarse los batallones carlistas:

»Ayer mañana se presentaron los facciosos á la vista de esta capital por el camino de Vallecas, como en número de 2.500; y ocupando la línea de alturas del otro lado del portazgo á la mitad del camino, desplegaron sus guerrillas que se tirotearon con las nuestras; pero luego cesó el fuego, y continuaron formados en cinco trozos á derecha é izquierda del camino, sin atreverse á avanzar, te-

miendo sin duda á las tropas de infantería y caballería que les esperaban en posicion, con una batería de este lado del puente, y con puestos bastante avanzados, particularmente por el lado del rio, á nuestra izquierda.

»Así continuaron hasta cerca de las seis de la tarde, en que emprendieron la retirada á Vallecas, hasta cuyas inmediaciones los siguieron alguna compañías del batallon de la Reina Gobernadora, sostenidas por alguna caballería.

»El estado de la capital era imponente.—Cerradas casi todas las tiendas y talleres, por hallarse sus dueños y operarios en las filas de la Milicia Nacional, ó de los patriotas alistados para la defensa de la poblacion, parecia un dia festivo, sin más diferencia que hallarse á cada paso paisanos que venian de recibir armas, y una calma que es poco comun en Madrid.

»No recordamos un dia de alarma, de los muchos que hemos presenciado en estos últimos tiempos, en que haya habido igual tranquilidad; y la causa no es dificil de adivinar.

»Sea que los enemigos pensaran sériamente en dar un ataque á Madrid, contando con el apoyo de sus amigos interiores, ó como es probable, teniendo por imposible el ocuparlo, sólo se hayan propuesto llamar la atencion para efectuar otro movimiento, no es dudoso para nosotros que siempre esperarian alguna demostracion de sus partidarios en el recinto de Madrid, á favor de la confusion que supondrian que su aproximacion habia de causar.

»Pero se han llevado gran chasco.

»Bien persuadida la parte sana del vecindario de su poder, muy superior al del enemigo, y de que éste sólo podria esperar alguna ventaja si se descuidaba el ponerse á cubierto de los enemigos de adentro, se convencieron

tambien de que el órden y la observacion eran los medios eficaces de lograr el triunfo sin trabajo, y así se ha verificado. Sin insultos de ninguna especie, sin ningun signo de temor ni de alarma más que aquellas disposiciones militares que son comunes, todo el mundo se consideró seguro: todos se mantuvièron tranquilos, y ni una voz siquiera de las que en casos semejantes han solido darse por algunos ilusos vino á turbar el admirable sosiego que reinó dia y noche en la capital.

»Á la confianza de nuestras propias fuerzas, pues sólo de tropa, milicia y personas útiles armadas se cuentan más de 20.000 dentro de Madrid, se agregaba el saber que el señor Conde de Luchana marchaba sobre la capital, y sólo podria tardar, cuando más, cuarenta y ocho horas en caer sobre el enemigo si éste no se retiraba ántes.

....

»Por la mañana recorrió la línea á caballo el Serenísimo Sr. Infante D. Francisco de Paula, y por la tarde paseó tambien la línea S. M. la Reina Gobernadora con su augusta é inocente hija, nuestra legítima Reina Doña Isabel II, yendo al estribo el Sr. Ministro de la Guerra. Esto agradó mucho á todos los patriotas y aumentó el entusiasmo de que todos estaban poseidos.

»Á la hora en que escribimos estas líneas no hemos podido averiguar la direccion del enemigo, que parece sólo ha dejado un batallon en Vallecas. Se dice si ha hecho movimiento sobre Fuencarral; y no sería extraño, ya porque una tentativa sobre Madrid es mucho más fácil por aquella parte, como porque así evitaria que el señor Conde de Luchana los atacara por la espalda.

»La tropa, la milicia, los patriotas, todos están alerta y ocupando sus puestos ó preparándose para ocuparlos

con la calma que da la confianza, pero tambien con el cuidado que la prudencia aconseja para no ser sorprendidos.

»Las Córtes celebraron ayer su sesion con la misma imperturbable serenidad que los demás dias: únicamente vimos con placer que sólo se trató de cuestiones que tienen relacion con la guerra. Después de la sesion se armaron todos los Diputados que pueden llevar un fusil, y esta noche están dispuestos para obrar como Diputados ó para marchar adonde convenga como patriotas armados (1)...»

Hasta aquí, la *Gaceta.*

En efecto.—Cabrera, al frente de la vanguardia carlista, segun hemos ya dicho, salió á las siete de la mañana del 12 de Setiembre de la villa de Arganda, en direccion á Madrid, con órden superior para esperar en Vallecas nuevos avisos de resoluciones que en el cuartel Real, ó bajo la tienda del viejo y prudente general Gonzalez Moreno se adoptaren.

Mas ántes de llegar á este último pueblo, desde el cual y á la simple vista, se dominan perfectamente las torres y cúpulas de la corte de las Españas, encontróse con una fuerza de 400 ginetes isabelinos y dos piezas de artillería en actitud de recibir á balazos á los osados expedicionarios.

Y miéntras el caudillo carlista preparaba su caballería, formaba dos columnas con sus peones, y desplegaba en guerrilla dos compañías de cazadores tortosinos, de quienes no se apartaba, los cañones de uno y otro bando cambiaban algunas granadas y balas rasas, que no causaron daño.

---

(1) Véase la *Gaceta de Madrid* de 14 de Setiembre.—Lo mismo repitieron los periódicos de la época.



Amagó una carga la caballería cristina, y fué contenida y cargada á su vez con brio hasta más acá de Vallecas, por los ginetes carlistas.

Rehízose aquella, repitió el amago de carga á estos, y el fuego certero de los peones realistas y la decision de la caballería «les obligó á retirarse en dispersion hasta los llanos del portazgo de Vallecas, término de Madrid, y como á tiro de fusil de dicha capital (1).»

Entónces las tropas carlistas, no obstante el refuerzo de dos escuadrones y algunas piezas recibido por el enemigo, situado ya en las mismas tapias de Madrid, avanzaron, por órden de Cabrera, á derecha é izquierda del camino real, escalonando convenientemente las fuerzas de caballería.

En esta disposicion, siempre á la vista, separadas por una distancia de un cuarto de legua escasamente, permanecieron las avanzadas de ambas huestes, sin hostilizarse, hasta las cinco de la tarde.

Y á esta hora, cuando Cabrera creia recibir nueva fuerza y la órden de ataque á la coronada villa, recibió un pliego del cuartel Real para que hiciese replegar sus tropas sobre Vallecas, y encaminarse de nuevo al punto de donde habia salido por la mañana: á Arganda.

Así lo efectuó, llevándose prisioneros un comandante, un teniente y once soldados de la Guardia Real, que cayeron en su poder al efectuar la segunda carga en la llanura del portazgo.

Tal es, en extracto, el parte carlista—de acuerdo con relaciones que nosotros poseemos de testigos presenciales,

---

(1) Palabras textuales del parte de Cabrera.—Fechóle en Albares á 15 de Setiembre de 1837.

dignos de entero crédito y poco afecto alguno al caudillo tortosino.

Veamos ahora lo que dice un historiador liberal.

«Los principales jefes que dirigian las operaciones de la expedicion eran D. Sebastian (el Infante), Eguía y Moreno; y viendo éstos el carácter emprendedor y arriesgado de Cabrera, decidieron que mandase la vanguardia, é inmediatamente que el total de las fuerzas carlistas se movió para Arganda, Cabrera continuó á ocupar su puesto avanzado hasta Vallecas, con órden de no pasar adelante sin recibir nuevas instrucciones.

»A la media noche del referido dia (11 de Setiembre) se empezó á dar aviso á los batallones, escuadrones y baterías de la Milicia Nacional de Madrid, para acudir á sus respectivos puestos, y la escasa guarnicion se preparó tambien á la defensa; cada autoridad ocupaba su puesto, cada combatiente sus filas, todos los ciudadanos estaban armados, y colocada la artillería en diferentes puntos, amenazaba de muerte á los que osasen acometer la villa de los Césares...

»Se dió un decreto declarando en estado de sitio la provincia, y otras disposiciones propias á mantener el órden y seguridad interior (1).

. . . .

»Se trabó un ligero tiroteo de guerrillas, acompañado de algunos disparos de cañon, pero no llegó á formalizarse séria pelea, porque aunque impaciente Cabrera de avanzar, se lo prohibia la órden referida....

»Los carlistas no osaron hacer nuevas demostraciones, y en la misma tarde se retiró Cabrera á Vallecas.... Desde

(1) De estas disposiciones, que no hacen á nuestro objeto, habla la *Gaceta de Madrid*, del 14 de Setiembre.



Vallecas pasó la vanguardia carlista á concentrarse en Arganda con el grueso de su ejército, en atencion á haber sabido que el Conde de Luchana ocuparia á Alcalá de Henares aquella misma noche con el suyo, decidido á salvar la capital.

»Esto motivó que D. Cárlos se pronunciase en retirada, y *que el moral de su causa recibiese un golpe muy fatal* (1).»

Y para que nada falte en cuestion tan debatida por propios y extraños, cuestion que ha ocupado muchas y bien cortadas plumas, y que dió márgen no sólo á que estallaran ruidosas desavenencias en el Real carlista, sino tambien á la disolucion del ejército aguerrido que hasta las puertas de Madrid llegara, siendo además *el principio de un fin* que se logró más tarde, citarémos tambien, áun á riesgo de molestar á nuestros benévolos lectores, otros testimonios de escritores de los dos bandos.

Un oficial de la division navarra dice:

«Dos dias permaneció D. Cárlos en inaccion sobre Arganda, y después de vários cálculos y consejos distintos, la proximidad del peligro hizo conocer, aunque tarde, *á los intrigantes consejeros* que el ataque de Madrid, preparado ya á la defensa, se hacía imposible...» (2)

Un historiador liberal, copiando cási las anteriores frases, escribe:

«Los carlistas no atacaron, después de dos dias de inaccion á la vista de las puertas de Madrid: el general Espartero se acercaba rápidamente y llegaba á Alcalá de Henares.» (3)

---

(1) Asi se expresa el Sr. Calvo y Rochina.—*Historia*, pág. 339 y 340.

(2) *Memoria militar y politica sobre la guerra de Navarra*, por D. José M. de Arizaga, pág. 103.

(3) *Galería de hombres célebres*, biografía de Cabrera, pág. 51.

Pues bien.—¿Cuáles eran entre tanto los deseos del caudillo tortosino?

Y por más que se haya dicho pretendiendo aminorar los efectos desastrosos de la retirada de Vallecas, fuerza es conocer y confesar que Cabrera fué contrariado abiertamente al recibir la órden de replegarse hácia Arganda y efectuar su incorporacion al cuartel Real y grueso de las fuerzas realistas.

El mismo lo indicaba bien claramente en el parte de la escaramuza tenida en la llanura del portazgo de aquel pueblo, y de la cual ya hemos hablado más arriba.

El pretendia infundir alientos á los que creian en una segura derrota, si se atacaba á la coronada villa, y decia:

»Durante la marcha y estos dias de descanso se han formado ya más de dos batallones en el cuartel Real, y otro en el mio, sin contar los presentados, que son muchos. El resto de los batallones se armó ya todo, siendo infinitos los nacionales que se acogen al indulto (1).»

Esto era lo mismo que decir á los que fundaban su opinion de retirada en la escasez proporcional de fuerzas, cuando Madrid se hallaba ya preparado á la defensa:

Sí: hemos perdido dos dias, tiempo preciosísimo que la sorprendida capital de España ha empleado mejor que nosotros en prepararse á la defensa, aumentando sus soldados con los nacionales de algunos pueblos inmediatos.

Pero tened en cuenta que nosotros poseemos ahora un ejército aguerrido y valiente, aumentado con tres batallones nuevos perfectamente armados y municionados.

Tened en cuenta que en la guarnicion de Madrid apénas hay 5.000 soldados del ejército, sino masas indisci-

---

(1) Véase el parte citado anteriormente.

plinadas y bisoñas de milicianos nacionales, entre los cuales será probable que cunda el pánico desde el momento en que nuestros bravos voluntarios se lancen al combate.

Tened tambien en cuenta que la tentativa sobre Madrid es necesaria hasta para nuestro mismo ejército.

Y, para contestar indirectamente á los que pudieron objetarle que Espartero llamaba ya en las puertas de Alcalá de Henares, y se propondria atacar por retaguadia á los expedicionarios, puesto que llevaba numerosas divisiones y vendria decidido á salvar la capital, añadia el parte:

«Se sabe que el general Zaratiegui ha hecho 3.500 prisioneros, y sigue sobre los restos hácia la capital....»

Lo que era decirles:—Si Espartero viene en auxilio de la corte, acércase tambien el victorioso Zaratiegui: estamos, por lo tanto, iguales. ¡Vamos á Madrid!

Que tales eran los planes del caudillo tortosino, se prueba de una manera que no admite duda.

Contestes están en ello escritores de opuestas opiniones políticas, amigos y enemigos.

Dice el Sr. Córdova:

«....Azuzábale (á Cabrera) el deseo de embestir las débiles tapias de la coronada villa. Su plan era batir las fuerzas exteriores y dar el golpe sobre la metrópoli; pero Gonzalez Moreno fué de contraria opinion, y prevaleció su dictámen. Cuando esperaba el mandato de atacar, recibió órden de contramarchar hácia Arganda, donde estaba el cuartel Real (1)».

Un historiador constitucional, ya citado, dice tambien:

«En vano impaciente Cabrera se devoraba en deseos de

(1) *Vida*, tomo III, pág. 49 y 50.

embestir las puertas y penetrar en los palacios que podia ver sin necesidad de anteojo; D. Cárlos.... dió repentinamente la órden de marcharse (1)....»

Y el diario de un carlista, testigo presencial, añade:

«Si Cabrera hubiese tomado el mando en jefe de las tropas, nuestra entrada en Madrid era infalible, y el éxito de nuestras operaciones ventajoso. El Rey posee un talento particular para conocer á fondo á muchos de los hombres que le rodean....

»Los que han vituperado al Rey por no haber entrado en Madrid, manifiestan estar poco enterados de lo que pasaba en Arganda; y los que han vituperado á Cabrera porque no acometió, ignoran que él no hizo más que obedecer (2).»

Y ahora preguntamos nosotros:

¿Qué misterios encubren estas palabras y otras por el estilo que á cada paso se encuentran? ¿Qué pasaba en Arganda; es decir, en el cuartel Real, bajo la tienda de Cárlos V? ¿Por acaso no eran todos los que rodeaban al augusto monarca sus leales súbditos? ¿O germinaban quizás las semillas de la traicion y de la intriga que tan desgraciados frutos habian de dar en el año siguiente, cuando ménos podia esperarse?

Ah! Séanos lícito, á pesar de nuestros propósitos de decir la verdad á todos, séanos lícito dejar aún corrido el misterioso velo con que la lealtad noble y caballeresca de algunos hombres dignísimos, ha procurado ocultar ciertos sucesos que el tiempo se encargará de hacer patentes.

Contentémonos únicamente con repetir las palabras del

---

(1) *Galería de hombres célebres contemporáneos*, biografía de Cabrera, pág. 51.

(2) Córdova, *Vida*, tomo III, págs. 52. 53.

sábio Doublet, el digno preceptor de los hijos infortunados de Cárlos V (1):

«Dos partidos numerosos dividian á los carlistas: el exaltado, que queria sentar en el trono de España á Don Cárlos con todos los antiguos hábitos, sin admitir ninguna modificacion; el moderado, que deseaba conciliar el absolutismo del monarca con ciertas reformas que la urgencia de las circunstancias reclamaba.»

Ni dos palabras más sobre este punto: ocasion tendrémos bien pronto de decirlas — aunque sean duras.

Pero ¿cuáles fuéron las inmediatas consecuencias de la retirada de Madrid?

Hélas aquí:

«Debilitóse el entusiasmo de los soldados; creció el temor; asomaron las sospechas, los celos, los ódios; la desmoralizacion y la indisciplina llegaron al colmo: este fué el deplorable resultado de una campaña tan brillante y heróica (2).»

O como observa un escritor constitucional:

«El desaliento y la confusion se introdujeron desde entónces en aquel campo, y ya no se vuelve á ver ni un plan, ni una combinacion, ni un hecho de armas señalado, ni un jefe de nombradía é inteligencia. Desde entónces el que crece, el que brilla, el que amenaza, el que figura en la causa carlista, el que llama sobre sí la principal atencion, el único que concibe un plan, que obra con unidad, con teson, cōn fe y que prepara para su causa los fundamentos de una larga y tenaz resistencia, cuando no fuesen los de una victoria, — es Cabrera (3).»

(1) *Vie de D. Carlos*, par M. Doublet, pág. 160.

(2) *Vie de D. Carlos*, cod. loc.

(3) *Galería de hombres célebres contemporáneos*, biografía de Cabrera, pág. cit.



Ay! Era, por desgracia, demasiado cierto.

Y sin embargo, bien cerca estaba el desastre de Arcos de la Cantera.

Oráa, el hábil estratégico, el general de las combinaciones y cálculos, y á quien nosotros hemos dejado perdido en las sierras de Albarracin miéntras la division expedicionaria entraba en Tarancon y se dirigia hácia la capital de España, Oráa, decimos, que no pudo encontrar á aquella (cómo encontrarla en Albarracin?), debió de darse una fuerte palmada en la frente, como diciéndose: *Eureka!* Ya sé donde están los carlistas!—al decidirse, en la mañana del 8, *á librar á Valencia* de un golpe de mano.

Eran muy hábiles planes.... los planes del general Oráa!

Dicho y hecho: á marchas forzadas llevó sus batallones á Valencia.... y la expedicion real estaba en Arganda.

De bien poco le sirvieron los auxilios de D. Pantaleon Boné.

—Quién era D. Pantaleon Boné?—se preguntarán nuestros queridos lectores.

Tened la bondad de oirme y lo sabreis.

Los dos Boné, padre é hijo (D. Pantaleon y D. Marcelino), comandante el primero y alférez el segundo de uno de los batallones de Cabrera, habian estado en las filas carlistas desde los primeros tiempos de la civil contienda, y merecian por su valor la estimacion del caudillo tortosino.

El Conde de Villemur, en el mismo despacho (1) en que anunciaba á Cabrera su nombramiento de coronel de infantería y le remitia en nombre del Rey el real diploma

(1) Fechado en el Real de Oñate, á 21 de Enero de 1836.

de la cruz de segunda clase de la Orden de San Fernando, anunciaba tambien que D. Pantaleon Boné, capitan de infantería, habia obtenido de la bondad del monarca la cruz de San Fernando; y D. Marcelino Boné, cadete, el empleo de alférez.

Pero no obstante su valor y sus buenas cualidades de soldado, Boné (padre) era el terror de los pueblos.

Cometia exacciones y violencias sin cuento, aplicaba muchas veces castigos irritantes, por lo injustos, y se hacía temer de los alcaldes, no por la persuasion que edifica, sino por la fuerza que obliga é intimida.

Hallábase Cabrera en el pueblo de Castellserás, en camino para los puertos, después del combate de Gandesa y del terrible accidente de Samper, cuando un ordenanza le anunció que el comandante Boné deseaba hablarle.

Entró Boné en la estancia donde Cabrera estaba, hízole éste várias preguntas y concluyó por reprenderle severamente á causa de las muchas quejas que los alcaldes le habian dirigido acerca de la criminal conducta que aquel observaba para con los infelices pueblos, agobiados por una guerra asoladora.

Y terminó el caudillo con estas palabras:

—Es usted preso desde este momento, advirtiéndole que mañana se constituirá el consejo de guerra, al cual entregaré todas las quejas originales de los alcaldes, y será usted juzgado con arreglo á ordenanza.

En efecto: Boné fué encerrado en una prision, con guardia de vista.

Mas burló la vigilancia de ésta, se escapó y huyó al campo isabelino, presentándose á ofrecer sus servicios á Nogueras.

Y gracias á los buenos confidentes que servian al general carlista, no fué éste sorprendido en Castellserás,

por efecto de la traicion y delaciones de Boné; porque en seguida le avisaron á Cabrera de lo que habia ocurrido, y levantó el campo en direccion á Calaceite.

Durante la marcha, dijo éste caudillo á sus amigos:

—Ese es el resultado de una mal entendida clemencia. Si yo hubiese mandado fusilar inmediatamente á Boné, puesto que sus fechorías estaban probadas, dejo satisfechos á los alcaldes y saco á salvo la disciplina.

Y era verdad.

Tal era Boné: un traidor.

Pero un traidor que se habia puesto al frente de 200 infantes y 30 caballos, valiente, decidido, práctico en la guerra de montaña, conocedor exacto del país y de todo lo que pertenecia á los carlistas.

No trababa combates contra sus antiguos amigos, pero observaba sus movimientos, seguia con escrupulosidad sus pasos, y daba oportunos avisos á los jefes de las brigadas isabelinas.

Esto era péor que aquello.

Oráa, que conocia lo mucho que podrian valerle, para en adelante, los servicios de Boné, le ordenó que se apostara con su partida en las inmediaciones de Teruel y acechase al enemigo.

Miéntras tanto, el Conde de Luchana, con 25 batallones, 14 escuadrones y una artillería numerosa, avanzaba sobre Alcalá de Henares, y la expedicion real entraba en Guadalajara y Chiloeches (1).

Sorprendida ésta en las cercanías de Aranzueque, cuando Gonzalez Moreno creia ejecutar una muy hábil sorpresa, fué arrollada por el ejército de Espartero, y obligada á huir precipitadamente en direccion á Navarra, adonde

(1) En 18 de Setiembre.

llegó reducida á ménos de la mitad, y lo que es peor, desprestigiada.

Cabrera se apartó en este punto de D. Cárlos, y tomó el camino de la sierra de Cuenca.

Pero la suerte le reservaba aún otra desgracia, ántes de llegar á Cantavieja.

Huia el general Sanz, con la division navarra, sin conocer el camino, perseguido por las fuerzas de Oráa, desalentado y reducido á una pequeña columna de 500 hombres.

Cabrera salió á su encuentro para sostenerle y ayudarle en aquel trance apurado.

Y esta detencion fué sin duda la pérdida de ambos.

Oráa les alcanzó en Arcos de la Cantera, é inmediatamente se trabó el combate.

Hacia ya cuatro dias que las tropas de Cabrera, desfallecidas de hambre, estaban sin racion, alimentadas sólo con las uvas que encontraban en las viñas.

Era la tarde del 22 de Setiembre, y la vanguardia de Oráa se presentó á la vista.

No se desanimó Cabrera por el estado en que sus bravos batallones se encontraban.

Al contrario: mandó á las compañías de cazadores de retaguardia que hiciesen frente á la caballería cristina, si trataba de realizar alguna carga, y él mismo, á la cabeza del tercer batallon de Valencia, partió á ocupar una posicion importante, después de ordenar á la caballería que ganase un desfiladero que estaba en las cercanías del pueblo.

«La vanguardia cristina—habla Cabrera—aparentó cargar, y en la apariencia del movimiento se cercioró del órden de la formacion: continuó cargando, é indefensas las dos mitades de la columna (carlista) después de la descarga, y las del centro por haber estrechado mucho las

distancias, logró introducirse (la caballería cristina) dentro de ella y desordenarla.

«Esto fué obra de un momento; toda resistencia inútil y mis esfuerzos para rescatarla infructuosos, resultando quedar todas las compañías prisioneras.»

Tal es el parte carlista (1), donde nada se habla de muertos y heridos.

El isabelino (2) señala un conato de accion el dia 21, entre la retaguardia de Sanz y la vanguardia de Oráa, de la cual resultaron prisioneros 50 carlistas.

Añade luego: que alcanzadas en las inmediaciones de Arcos las fuerzas reunidas de Sanz y de Cabrera, por cuatro escuadrones del Rey, Reina y 6.° de ligeros, á las órdenes del brigadier Amor (D. Bartolomé), logró este jefe batir y dispersar completamente á aquellas, causándoles una pérdida de 40 muertos y 896 prisioneros, inclusos 25 oficiales.

«Nuestra pérdida—añade Oráa—no ha sido más que de un soldado muerto, diez ó doce heridos y algunos caballos.»

Tal fué el triste resultado de la accion de Arcos de la Cantera.

Sanz, con sus escasas fuerzas, llegó á Molina y siguió á Navarra ántes de ser molestado.

Cabrera, con el grueso de las suyas, se dirigió á Tragacete, Albarracin y Gea, miéntras Oráa hacía apostar numerosas fuerzas de todas clases en las cercanías de Chantre, á fin de impedir á aquel caudillo el paso del Jú-

(1) Fechado en Camarillas á 27 de Setiembre de 1837.

(2) Publicado en *Gaceta extraordinaria* de 24 de Setiembre. Está fechado en Cuenca á 22 del mismo mes y año.

car.... cuando ya se encontraba en Camarillas, es decir, á veinte leguas de distancia.

Por último, el dia 28 entró en su querida plaza de Cantavieja, renegando de las expediciones que emprendian sus compañeros de allende el Ebro.

Durante la primera, por seguir al general Comez, perdió á Cantavieja.

Al apartarse de la segunda, «por haberme decidido á apoyar y proteger á las fuerzas separadas de la real expedicion, á lo que creí me obligaban—dice en su parte él mismo—los deberes de mi posicion, y hasta los sentimientos de humanidad,» habia perdido ocho compañías enteras de sus aguerridos soldados, «la flor de Aragon.»

Es fama que al entrar en Cantavieja, apesadumbrado por el éxito infeliz de la jornada de Arcos, dijo en un arranque de entusiasmo:

—¡Yo hubiese entrado en Madrid!

CAPITULO XIX.

Organizacion. — Torrevelilla y Amposta. — Un proyecto frustrado. — Nuevas tropas. — Correrías. — Lucena. — Dos partes. — Un regalo y una carta. — Tres batallones más. — Hazañas de Boné. — Felipe Calderó.

Comencemos este capítulo dando á conocer á nuestros lectores las disposiciones tomadas por Cabrera para conservar la disciplina en su ejército, regularizar los servicios de distintas clases que eran necesarios para el buen éxito de las operaciones, aumentar sus batallones, establecer, en fin, una organizacion tal, que le permitiese entregarse enteramente á los cuidados de la guerra, sin que por eso se resintiesen los demás asuntos.

Ya en 1.° de Agosto, cuando el Rey D. Cárlos habia girado una visita minuciosa á la plaza de Cantavieja y puertos de la Cénia, y enteradose perfectamente de la importancia que tenian las conquistas realizadas por Cabrera, creó una ***Junta superior gubernativa de Aragon, Valencia y Murcia***, territorios que componian los anchos

límites de la comandancia general que el caudillo tortosino con tanto acierto desempeñaba.

Eran individuos de dicha *Junta* varios elevados personajes de la corte de D. Cárlos, entre los cuales citarémos al Conde de Cirat, presidente, á D. Félix Herrero de Valverde, obispo de Orihuela, al Conde de Samitier, á don Ramon Plana y á D. Francisco Sanz, hermano del general de la division navarra.

No era el carácter de esta Junta sobreponerse al comandante general de aquel territorio, como afirma un cronista contemporáneo: al contrario, representaba al monarca, pero sus atribuciones se limitaban á facilitar por cuantos medios honrosos fueran posibles el triunfo de las armas legitimistas, coadyuvando con sus decretos al logro de los planes de Cabrera—que tenian el mismo objeto.

Facilitábase por medio de llamamientos á los pueblos el enganche de voluntarios, promovíase el armamento y equipo de los batallones que lo necesitaban, proclamábanse indultos generosos á fin de atraer á los defensores del trono de Isabel II, imponíanse las contribuciones y cargas con regularidad y órden, atendíase á la difícil cuestion de subsistencias en aquel país asolado por una guerra desastrosa, y se vigilaba—dice un historiador—atentamente la recta inversion de los fondos.

De acuerdo siempre, en público por lo ménos, con el jefe de las tropas realistas en aquella comandancia, éste se vió aliviado de un enorme peso que sobre él gravitaba, y pudo dedicarse con más afan, con más ahinco—si era posible—á extender infinitamente la línea de sus operaciones.

La citada *Junta* residia unas veces en Cantavieja, otras en Mirambel ó en algunos puntos de las inmediaciones, y estaba en comunicacion directa con el Real de Navarra,

con la *Junta* de Cataluña y demás semejantes que existian en otras partes, en virtud de reales decretos.

No debemos olvidarnos de advertir, para lo que fuere necesario en adelante, que en la *Junta* catalana dominaban las influencias de los Sres. Diaz de Lavandero (don Pedro), Orteu y Ferrer.

Cantavieja era otra vez, segun hemos dicho, plaza carlista y el centro de las operaciones de Cabrera.

D. Ramon O'Callagham obtuvo el nombramiento de gobernador militar y político.

Como las tropas cristinas habian destruido las obras ejecutadas anteriormente, el nuevo dueño se dedicó á recomponer la plaza, aumentar sus fortificaciones, ensanchar los hospitales y almacenes, crear talleres de sastrería para el equipo de los voluntarios, fábricas de pólvora, fundicion de artillería y artefactos de guerra, oficinas de administracion y demás necesarias.

Y era tan fijo el presentimiento que abrigaba Cabrera acerca de la reconquista de Cantavieja, y tan fijas sus miradas sobre aquella plaza cuando en las torres de ella ondeaba el pabellon cristino, que diez dias ántes de que cayese en poder de Cabañero, creó Cabrera una *Comision militar* con carácter de ejecutiva y permanente, otra *Comision eclesiástica* para que resolviese los asuntos correspondientes, y otra *Comision de Hacienda*, presidida por el antiguo y probo jefe de Administracion militar D. Lorenzo Artalejo, cuya rectitud administrativa y especiales conocimientos eran conocidos de todos.

Con la toma de Cantavieja, medianamente artillada durante el tiempo que la ocuparon los cristinos, habian caido en poder de los carlistas «un mortero de catorce pulgadas, dos cañones de á 16 con cureñas de batalla, un cañon de á 8 y un obus de siete pulgadas, sin contar, por

supuesto, muchas armas de toda especie, útiles y efectos de maestranza, víveres y municiones (1).»

Pero esto no bastaba para satisfacer los deseos del general tortosino.

Habia entre sus oficiales un capitan de artillería del ejército isabelino, que hubo de presentarse á Cabrera para luchar á sus órdenes por la causa de la legitimidad.

Llamábase D. Luis Soler.

Este fué el sujeto que eligió Cabrera para organizar la maestranza, en sustitucion de D. José Marcovall bajo cuya direccion se habian fundido las primeras piezas de á cuatro—que luego resultáron inútiles en el ataque de Gandesa.

Y miéntras Soler se dedicaba á formar é instruir un pequeño batallon de artillería, dictaba tambien disposiciones oportunas para el perfeccionamiento de la fábrica de pólvora y taller de fundicion y recomposicion de armas, ayudado leal y convenientemente por D. Gregorio Puelles.

El uniforme de los artilleros era el siguiente : boina azul, con cabos grana; chaqueta de iguales colores, con dos granadas de paño negro en el vivo encarnado del cuello, y pantalon de paño azul en invierno y de lienzo blanco en verano.

Así consiguió el jefe carlista realizar en cierto modo sus antiguos deseos de poseer un batallon de artilleros y un pequeño tren, ya que no le era posible otra cosa por entónces.

Otro importante hecho para la historia de la guerra ci-

(1) Véase el parte de Cabrera, fechado en San Mateo, 28 de Abril de 1837 y el de D. Juan Cabañero, expedido en Cantavieja á 25 del mismo mes y año.



vil en el Bajo Aragon y Maestrazgo ejecutó Cabrera entónces, y no debemos omitirlo.

Tal fué la creacion de un periódico titulado *Boletin del Ejército Real.*

Redactábale el conocido Rdo. P. D. Mariano Roquer, antiguo maestro del caudillo carlista en el seminario de Tortosa, y se publicaba con regularidad dos veces por semana.

En sus páginas hallaban cabida las disposiciones de la *Junta*, los partes oficiales de los jefes de las fuerzas, las reales órdenes y decretos, las proclamas, indultos, órdenes generales del ejército, y demás documentos cuya propagacion interesaba; amen de algunos fondos encaminados á propagar las doctrinas absolutistas, y hasta versos y canciones en loor del rey y de los generales que lograban una señalada victoria sobre las armas cristinas.

Pero el Gobierno de Madrid, en su propósito de exterminar todo lo que trascendia á carlista, cometió la insigne torpeza de impedir la circulacion del *Boletin* de Cantavieja por los países donde aquel mandaba, é hizo inutilizar los ejemplares que llegaban á las provincias; y de tal manera y con tanto rigor se ejecutaba esta determinacion del Gobierno, que hoy apénas se encuentran algunos números, cuanto más una coleccion completa.

Ni siquiera existe ésta en la Biblioteca Nacional de Madrid, donde nosotros la hemos buscado con la más exquisita diligencia.

Hé aquí un gran caudal de notabilísimos documentos, perdidos, ó poco ménos, para la historia.

Tampoco se descuidaba Cabrera en llevar á cabo una reforma bien entendida en el ejército.

El, como sabemos, era comandante general de Aragon, Valencia y Murcia, por Cárlos V.

Pero el previsor monarca, para que aquel estuviese ayudado por hombres de confianza, activos y valientes, á fin de que le ayudasen en las principales operaciones, habia nombrado segundos comandantes generales para cada una de las tres comarcas ya citadas.

D. Camiló Moreno, brigadier, lo era de Aragon; Don Domingo Forcadell, que tambien habia obtenidò el empleo de brigadier, de Valencia; y el coronel D. Antonio Tallada, de quíen habrémos de ocuparnos particularmente en el capítulo XXI de esta obra, de Murcia.

Las cuatro divisiones que componian por entónces el ejército de Cabrera, estaban organizadas, con su correspondiente seccion de Estado Mayor, de este modo:

La de Aragon, á las órdenes del coronel D. Domingo Franco, dos ayudantes y un auxiliar ó suplente;

La de Valencia, á las del coronel D. José Servet, quien tenía en clase de adicto á su hermano Cárlos;

La de Tortosa, á las de D. Luis Llangostera y Casadevall, un auxiliar y otros dos ayudantes;

Y la del Túria, á las del antiguo ayudante del general en jefe, D. José Domingo y Arnau.

Era auditor de guerra el letrado D. Buenaventura de Oriol, conocido abogado de Tortosa y oficial que habia sido en las filas de voluntarios realistas al final del reinado de Fernando VII.

Dados estos antecedentes, continuemos.

El coronel Llangostera, comandante general interino durante la ausencia de su jefe, determinó sitiar el pueblo de Torrevelilla, posicion importante en la sierra de Ginebrosa, que podia considerarse como una avanzada fortaleza de Alcañiz, de cuyo punto sólo dista dos leguas.

Era el 23 de Setiembre—el siguiente al en que ocurrió el desastre de Arcos de la Cantera.

Al frente de dos batallones apareció Llangostera delante de la plaza, fortificada regularmente y defendida por una guarnicion numerosa y entusiasta.

Estrechóse el cerco durante los dias siguientes, y cuando estaban los sitiadores á punto de lograr el éxito apetecido, cayó sobre ellos una fuerte division isabelina, trabóse un reñido combate, fué herido Llangostera, desanimóse la tropa y se levantó el sitio.

Pero este bravo jefe carlista, determinado á seguir adelante á pesar de sus heridas y anterior descalabro, al mismo tiempo que ordenaba la continuacion del cerco, despachó un ayudante á Cabrera á fin de darle á conocer sus deseos y el estado en que se hallaban.

Era ya el 29 de Setiembre.

Cabrera no se hizo repetir el aviso.

A la cabeza de dos batallones de voluntarios tortosinos y seguido por un cañon de á ocho y dos morteretes de siete pulgadas, emprendió la marcha hácia Torrevelilla.

Llegó el dia 3 de Octubre, construyó una batería y ántes de comenzar el ataque ofició á los sitiados intimándoles la rendicion: oficio que fué devuelto negativamente, pues la guarnicion del pueblo, con los refuerzos recibidos de Caspe y Alcañiz, ascendia á 1.800 hombres.

Acto contínuo, en vista de la negativa de los sitiados, mandó romper el fuego.

Mas la guarnicion no quiso esperar el resultado: en las primeras horas de la noche huyó en silencio hácia Calanda, no sin ser perseguida por algunas compañías del primer batallon de Mora, que la causaron algunas bajas y la hicieron 14 prisioneros.

En el pueblo, fortificaciones y almacenes encontró Cabrera muchos fusiles y municiones, grandes cantidades de

trigo y cebada, y, lo que fué más apetecido entónces, 3.000 raciones (1).

Descansaron los soldados en Torrevelilla algunos dias, demolieron los fuertes y emprendieron el 8, bajo la conducta de Cabrera, la marcha á Amposta, antigua y noble villa situada en las bocas del Ebro, punto de mucha importancia para las tropas cristinas que operaban en el corregimiento de Tortosa, puesto que sin él, hallándose ocupado todo el país por fuerzas realistas, que dominaban absolutamente, tendria que carecer de víveres y socorros.

Cabrera hizo alarde de una temeridad asombrosa, vivaqueando en la noche del 9 en los mismos arrabales de Tortosa, al pié de los muros y bajo el cañon de la plaza.

Llegó el 10 delante de Amposta, reconocióla, preparó el sitio, dió instrucciones, y dejando el mando al coronel D. Magin Solá, marchó Cabrera, con sus ayudantes y una pequeña escolta á Cantavieja, á fin de celebrar una conferencia importante con la *Junta superior gubernativa.*

Mucho y muy severamente se ha criticado á Cabrera por este abandono—que llaman algunos infundado.

Historiador hay que se entretiene en pretender averiguar las causas que pudo tener Cabrera para apartarse de Amposta, cuando iba animado de los mejores deseos para dirigir personalmente el sitio de la villa, concluyendo por afirmar que, habiéndole parecido imposible el buen desenlace de aquella operacion, por las fortificaciones que defendian á los sitiadores, gente animada y numerosa, y por haber tenido noticias exactas de la próxima llegada de dos columnas isabelinas, procedentes de Tarragona, huyó

(1) Así lo dice el *Boletin del Ejército Real*, núm. 73.—Calvo y Rochina no señala este hecho.

de un choque funesto para sus soldados, y más que todo, para el prestigio de su nombre.

Cuando se discurre de esta manera, está de más la fuerza de la lógica.

Si Cabrera, al inspeccionar detenidamente el estado de la plaza, hubo de convencerse—como apunta el historiador aludido—de un funesto resultado, antójasenos creer que nádie le obligaba á llevar adelante el sitio de Amposta.

Cabrera, el primero siempre en el combate, huir entónces para evitar el desprestigio de su nombre!—Peregrina consecuencia que hará reir seguramente á todas las personas que la oigan—bien á costa, por cierto, de la razonada crítica del autor citado.

Pero continuarémos refiriendo, que no hacen al caso digresiones tan injustificadas como esta.

Solá, con arreglo á las instrucciones de Cabrera, mandó construir baterías en el punto denominado el Cementerio, y rompió el fuego, al amanecer del 11, con bala rasa y granadas.

Amposta estaba rodeada de un fuerte muro aspillerado, y tenía además dos reductos interiores, artillados con piezas de á cuatro y de á ocho.

Durante los dias 11 y 12, lanzáronse sobre la plaza más de 200 proyectiles, sin conseguir el objeto propuesto: el dia 13, en la madrugada, trasladáronse las baterías á la carretera real de Valencia para ver de abrir una brecha en cualquiera de los dos fuertes, y tomarlos por asalto; mas tampoco logró Solá resultados positivos, no obstante haber disparado 400 cañonazos.

En esto, acudió una compañía de peseteros de á caballo, al mando del famoso *Josepet*.

El jefe carlista destacó inmediatamente contra esta fuerza

una parte del primer batallon de Mora; mas ántes de avistarse los enemigos, la caballería de Reverter, que tambien apareció como por encanto, atacó á las fuerzas realistas, las cuales, á pesar del arrojo de los ginetes isabelinos, introdujeron en ellos el desórden, á causa de acertadas cargas por compañías, matando á cuatro ginetes, y haciéndose dueños de otros tantos caballos, sin otra pérdida que la ocasionada por la muerte de un voluntario, que se ahogó en el Ebro al repasarle el batallon después de la escaramuza.

Supo entónces Solá que estaba á la vista una columna isabelina, fuerte de 2.000 peones y 200 ginetes, al mando del brigadier Amor, y ordenó el levantamiento del sitio.

Pero al retirar la artillería hizo la guarnicion una salida para apoderarse de las piezas. Aquí ocurrió un hecho digno de ser notado como hazañosa empresa.

Ocho nacionales de Amposta abrazáronse á uno de los cañones carlistas, con firme y heróica resolucion de arrastrarle hasta la plaza ó morir en la demanda.

El bravo Pertegaz, que con tres compañías de voluntarios tortosinos dirigia la accion para rechazar á los sitiadores, al ver á aquellos sobre el cañon de los carlistas, se precipita como leon herido y exasperado en medio de las bayonetas enemigas, y, seguido de cinco valientes, da muerte á cinco de los decididos milicianos, rescata la pieza y logra al punto incorporarse á los suyos.

Episodio novelesco y de muy elevado género, digno de soldados españoles.

La guarnicion fué rechazada, con pérdida de siete muertos y muchos heridos, habiendo tenido los carlistas, entre accion y sitio, nueve y trece respectivamente (1).

(1) Parte de Cabrera, trasladando el de Solá á la *Junta Superior gubernativa*, fechado en Villafranca á 18 de Octubre.

El parte isabelino (1) apénas difiere, en la esencia, del carlista: deshácese en él, sin embargo, una equivocacion en que incurrió el jefe de los sitiadores, puesto que la columna isabelina que se presentó en auxilio de la plaza era la cuarta division de Cataluña, al mando del brigadier D. Pedro Aznar.

Oráa, entre tanto, acariciaba el proyecto de reconquistar la plaza de Cantavieja. Proyecto de difícil ejecucion dados los elementos con que contaba Cabrera.

Sin embargo puso manos á la obra.

Y para no ser gravoso á los pueblos del Maestrazgo, sobre los cuales pesaba especialmente esta desastrosa contienda, pidió á Zaragoza víveres en abundancia; de manera que en breve tiempo tenía á su disposicion en la ciudad heróica, y bien pronto los tuvo en Teruel, más de 200 carros y 300 acémilas, con cargamento de todos los principales artículos: galleta, tasajo, vino, aguardiente y cebada—y para almacenar estos riquísimos convoyes, de un valor inmenso á la sazon, pensó en Peñíscola y Morella, puntos ámbos cercanos á la línea de operaciones y fortalezas cási inexpugnables.

Para no sufrir los entorpecimientos que impidieron, durante muchos dias, la marcha de las tropas del general San Miguel, hizo reparar los caminos y hasta construir algunos trozos nuevos.

Concluyó, finalmente, por adoptar esta línea de operaciones sobre Cantavieja:

Peñíscola, plaza fuerte, inexpugnable y puerto de mar—depósito general y base;

Morella, plaza fuerte inexpugnable—segundo depósito;

Coll de Morella, ermita de Vallibana y Cervera—destacamentos atrincherados;

(1) *Gaceta de Madrid*, 10 de Noviembre.

San Mateo—brigada de seguridad para estos y para el paso de convoyes;

Vinaroz, villa fortificada y muy comprometida por la causa isabelina—extremo de la línea.

Oráa lo entendia.

Preciso es confesar que debió de frotarse las manos con mucho gusto, después de tantos aprestos, figurándose que ya tenía en ellas las tan deseadas llaves de Cantavieja—popular entónces en el mundo entero.

Lo peor era para el general isabelino que todo lo sabia Cabrera punto por punto, áun ántes de que fuese realizado, y trataba, por lo ménos, de hacer fracasar el proyecto. Y fracasó efectivamente.

En Castellon (donde Oráa se encontraba), Vinaroz y San Mateo tenía confidentes bien seguros y leales el jefe carlista; y de media en media legua de distancia esperaban otros los avisos exactos que les comunicaban los primeros, para trasladarlos inmediatamente al cuartel general de éste.

De manera—dice en sus *Memorias*—que «esta combinacion, aunque sencilla, era tan rápida como un telégrafo, y me produjo resultados muy ventajosos.»

Veamos ahora cuáles fueron éstos.

Cabrera colocó sus fuerzas en Cati, Benasal, Ares y Albocacer: es decir, en los puntos necesarios para el tránsito de los convoyes que Oráa se proponia introducir en Morella, sin exceptuar las principales avenidas de Castellon, San Mateo y Vinaroz, ni olvidarse de destruir el único camino practicable por el imponente desfiladero del Coll de Morella.

Oráa, despues de haber embarcado en Peñíscola un poderoso tren de batir, que fué conducido á Valencia y luego á Segorbe, salió de aquella plaza con un gran convoy

de municiones y víveres, llegó á Vinaroz el 20, y partió de esta villa el 24 en direccion de San Mateo.

La division Borso di Carminati iba á la vanguardia, la de Oráa en el centro flanqueando el convoy, y la de Nogueras en retaguardia.

Llegaron á Cati, y trabóse un reñido combate entre la legion de Borso y dos batallones de Valencia que mandaba el coronel carlista D. Vicente Barreda, quien tuvo la fortuna de arrollar aquella y obligarla á replegarse sobre el pueblo de Villar de Cañes.

En la mañana del 26 de Octubre salieron los cristinos de Cati y Villar de Cañes para dirigirse á Morella, segun los propósitos de Oráa.

Mas ya les esperaba Cabrera en posiciones formidables, coronando las escarpadas cimas de aquellos terribles desfiladeros, que se extienden por el espacio de cuatro leguas, y desde los cuales, no con fusiles, con piedras únicamente se derrota á un ejército, por numeroso que sea.

Conociólo Oráa, á quien no podian negársele cualidades eminentes, y varió de rumbo ántes de internarse con sus divisiones por aquel escabroso camino, entre cuyas breñas y precipicios habrian quedado en caso contrario.

Mas no por eso las pérdidas fueron insignificantes: Cabrera, con la tenacidad que imprimia en sus resoluciones el ardiente deseo del triunfo, y alentado en esta ocasion con la presencia en las filas contrarias del ya general don Agustin Nogueras, su horrible pesadilla, la negra sombra de sus sueños, el fantasma ensangrentado de sus vigilias, Cabrera, decimos, caia como avalancha desprendida del alto monte sobre la retaguardia enemiga; cargaba ésta á su vez, y se retiraban ámbos combatientes para volver á caer de nuevo y cargar con más desesperacion y más enconado brío.

Así llegaron hasta el pueblo llamado Torre de Embesora, y continuaron á Adsaneta.

Cantavieja por entónces se habia salvado, no obstante la prevision del general Oráa.

El parte carlista de esta jornada (1) fija en 500 hombres los que quedaron fuera de combate en el campo de Oráa, «segun lo aseguran — léese en aquél — siete bagajeros que con cargas del convoy han sido presa de mis ordenanzas,» habiendo consistido la pérdida de los carlistas en 14 muertos (el capitan de cazadores del Cid, D. Tomás Sanarau, entre ellos) y 53 heridos, inclusos seis oficiales.

El parte isabelino (2) fija un oficial y nueve soldados muertos y 71 heridos, «no teniendo datos exactos para calcular con exactitud la pérdida del enemigo.»

Oráa desde Adsaneta marchó á Teruel, y Cabrera á Cantavieja.

De modo que miéntras el *Boletin del Ejército Real* insertaba un bando del gobernador de esta última plaza, en virtud del cual se disponian varios festejos y un solemne *Te-Deum* «por los plausibles acontecimientos de Cati y Villar de Cañes,» la prensa constitucional de España, al leer el parte de Oráa fechado en Adsaneta, que no era lo que el hábil estratégico habia prometido, hacía en coro esta pregunta:

— Y Cantavieja?

. . . .

Cantavieja entónces presenciaba la formacion de tres nuevos batallones carlistas.

Los soldados que allí se quedaron enfermos y heridos, al

---

(1) Fechado en el cuartel general de Villar de Cañes, á 26 de Octubre.

(2) *Gaceta de Madrid*, 7 de Noviembre.

paso de la expedicion de D. Cárlos, robustos ahora y con mayores bríos; los que habian abandonado las filas constitucionales, por inclinacion, ó por optar al premio ofrecido, ó por salir de la triste condicion de prisioneros, y los numerosos y entusiastas jóvenes que acudian frecuentemente á solicitar un puesto en las filas de Cabrera, constituyeron un número de plazas bastante para formar dos batallones de 700 hombres: el 1.° *Provisional* (que fué llamado luego *Batallon de Guias de Aragon*) y el 3.° *de Tortosa*.

Mandaba el primero el comandante D. Francisco García (1) y el segundo de Tortosa el oficial de la misma categoría D. José Roger.

Y no pasaron muchos dias sin que fuese creado el 8.° *de Aragon*, á las órdenes del comandante D. José Erruz, oficial que habia sido en las filas realistas durante la segunda época liberal de 1820-23.

Era el general carlista infatigable.

Al dia siguiente de haber revistado los nuevos batallones, partió para Benasal y Onda, en cuyo punto, segun órdenes comunicadas de antemano, le esperaban ya sus tropas.

Y el mismo en que el fatigado Oráa, después del descalabro de Cati y Villar de Cañes entraba con sus cansadas divisiones en Teruel, aparecia Cabrera en la villa de Puzol, á tres leguas de Valencia.

---

(1) Este caballero oficial es el mismo que, disfrazado de arriero aragones, acompañó á Cabrera y luego á Carnicer en los viajes de éstos á la corte de Navarra. Preso en Miranda de Ebro, condenado á muerte, puesto en capilla y libre milagrosamente del trance terrible que le esperaba, permaneció prisionero hasta el 23 de Enero de 1836, dia en que fué canjeado en Vitoria.

D. Cárlos le mandó, al presentarse García en Oñate, que volviese á Aragon.

Proponíase con aquella rápida correría, aumentar sus recursos, y ordenó á Tallada, segundo comandante general de Murcia, por el Rey D. Cárlos V, que invadiese los pueblos situados en las huertas del Guadalaviar y del Júcar, á fin de allegar víveres que ya escaseaban en el campo carlista.

Y el dia 14 de Noviembre, ántes que el general Oráa hubiese determinado moverse contra los atrevidos expedicionarios, regresaban éstos por la villa de Chelva, conduciendo un convoy riquísimo.

Cabrera, con el fin de distraer al jefe cristino y dar tiempo á la vuelta del coronel Tallada, presentóse delante de la ciudad de Lucena, y la puso sitio.

Y el general Oráa, indeciso entre la necesidad de acorrer á Lucena, y la conveniencia de rescatar el convoy de Tallada, permanecia en Núles y Villareal el 18 del mismo mes, cuando ya la guarnicion de Lucena se veia reducida al último extremo.

Por fin acudió en socorro de la plaza, reclamado con urgencia por el gobernador de Castellon.

Hé aquí los principales detalles del parte isabelino (1):

« Siete batallones mandados por Cabrera, han sido desalojados de las formidables posiciones que ocupaban sobre la sierra de Alcora, por las cinco compañías de cazadores de la Princesa, San Fernando, Mallorca, Leon y Ciudad-Real, otras tres de la Princesa, la batería de montaña, la compañía de zapadores y un escuadron del 6.° de ligeros.

»El mariscal de campo D. Cayetano Borso di Carminati dirigia personalmente estos fuegos.

»... La pérdida del enemigo ha sido considerable; la

(1) *Gaceta de Madrid*, 1.° de Diciembre.

nuestra no creo que pase de 30 hombres muertos y heridos, inclusos tres oficiales.»

Véase ahora el parte carlista (1).

«.... Serian como las doce del dia, cuando el enemigo atacó á la compañía de granaderos que mandaba el comandante Andreu (D. Joaquin), la que con un vivo fuego le contuvo más de una hora; pero no pudiendo resistir á fuerzas tan superiores en número, con el mayor órden se fué replegando hácia las demás compañías, con las que se sostuvo un vivísimo fuego, sin dejar adelantar al enemigo hasta después de tres horas, en que viendo que iba mi tropa á quedar sin municiones, mandé retirar hasta unirme con el 2.° batallon de Tortosa.

»Apoyado por éste, mandé hacer alto, y oponiéndome con resolucion al avance que llevaba el enemigo, le contuve y no le dejé adelantar un sólo paso más, sosteniendo el fuego hasta muy entrada la noche que, habiendo cesado, observé que retiró el enemigo su mayor fuerza á la Alcora, y yo permanecí en la misma posicion hasta las diez de la noche.»

Añade Cabrera, que la falta de municiones y el retraso que habian experimentado los batallones primeros de Mora y de Valencia, á los cuales esperaba con ellas, fueron las causas que le impulsaron á levantar el campo, dirigirse á Figueroles, hacer un descanso y pasar después á las Useras.

Luego prosigue:

«Los resultados de esta gloriosa accion han sido, haber tenido los enemigos la pérdida de 70 muertos, entre ellos ocho oficiales y 257 heridos.

---

(1) Fechado en Adsaneta, á 20 de Noviembre, y publicado en el *Boletin del Ejército Real*, 16 de Diciembre.



»Por nuestra parte la de un oficial de granaderos del 5.° de Valencia, y un gastador del 2.° de Tortosa muertos y 16 heridos.»

Tal es, en extracto, el parte del general Cabrera.

¿Qué habrémos de decir á nuestros lectores, en vista de dos partes tan contradictorios, debiendo referir ambos los mismos sucesos?

Esto no es nuevo, por desgracia; así es que las noticias *oficiales*, á causa de lo mucho que se ha abusado de la buena fe del público, son consideradas por todos como un conjunto más ó ménos artificioso de mentiras *convenientes*.

Hubo un señor Diputado en las Córtes Contituyentes de entónces que tuvo la humorada y la paciencia de contar uno por uno los carlistas muertos.... en la *Gaceta de Madrid*—desde el principio de la guerra hasta mediados de 1836.

Qué número resultó de este fúnebre escrutinio?

Adivínenlo nuestros lectores!—CUATROCIENTOS MIL CARLISTAS MUERTOS en el campo de batalla.... de la *Gaceta de Madrid*.

No queremos que se nos crea á piés juntillos, como suele decirse: allá van documentos.

Dicho Sr. Diputado (1), en la sesion de 31 de Octubre de 1836, decia lo siguiente:

«Pido á las Córtes que se nombren Diputados que pasen al cuartel general de cada uno de los ejércitos de operaciones, con facultad de tomar cuantos datos y noticias crean convenientes á fin de informar á las Córtes de lo que juzguen necesario poner en su conocimiento. El objeto de esta proposicion es que el Congreso tenga por sus ojos conocimiento exacto de las operaciones militares.

(1) Llamábase por cierto Cabrera.

»Desgraciadamente hemos visto en los partes que ha publicado *oficialmente* la *Gaceta*, desde que se encendió la guerra hasta principio de Octubre último, CUATROCIENTOS MIL ENEMIGOS *muertos y prisioneros*; y ESTO, afortunadamente para la humanidad y para la pátria, es FALSO.»

No se mordia la lengua el Diputado aludido; sino que, proponiéndose averiguar las causas de tales exageraciones, y fijándolas en los cuarteles generales de los ejércitos isabelinos, añadia:

«Me he animado á proponer que pasen Diputados del seno del Congreso al cuartel general de cada uno de los ejércitos de operaciones, para que examinen por sus mismos ojos, pidan y adquieran los datos que crean necesarios, y den conocimiento cierto y fundado al Congreso del resultado de sus observaciones.

»...Muchos males tal vez se habrian evitado, si los partes militares hubiesen sido dados con fidelidad y pureza... Creo que un celo indiscreto es capaz muchas veces de conducir á dar partes con una exageracion inoportuna, ó bien aumentando la pérdida del enemigo, ó la importancia de la accion, ó disminuyendo el número de nuestras tropas para dar más realce á la accion y al jefe.

»Así los juicios del público son falsos, y la nacion, *sacando consecuencias lógicas*, se encuentra que con un numeroso ejército, los resultados, por desgracia, han sido insignificantes (1).»

Como nuestros lectores *sacarán esas mismas consecuencias lógicas*—para dar fuerza á las afirmaciones inapreciables del Diputado Constituyente, nos abstenemos de todo comentario.

---

(1) *Diario de Sesiones* y *Gaceta de Madrid* de 1.° de Noviembre de 1836.—Ambos periódicos los tenemos á la vista.

Bueno será, sin embargo, que recomendemos la conveniencia de volver la vista, de cuando en cuando, á los preciosos párrafos que dejamos copiados.

Y hé aquí por qué es bien exacto, en ocasiones, el proverbio popular que dice: nádie miente más que la *Gaceta*.

Continuemos pues.

Dosde los alrededores de Lucena, Oráa se dirigió á Castellon y Cabrera á San Mateo.

Mucho se ha cacareado por la prensa liberal, en libros y en periódicos, el feliz resultado que tuvo para las armas cristinas el décimo sitio de Lucena.

La cosa no es para tanto.

A propósito de este sitio, dice un historiador:

«Emula Lucena del valor, heroismo y constancia de Gandesa... se resistió, como tantas veces habia hecho, y los esfuerzos de Cabrera se estrellaron en el valor de los lucenenses, que obligaron á los carlistas á desistir de su empresa, y se sostuvieron con la mayor tenacidad hásta dar tiempo á que las fuerzas de la Reina viniesen en su apoyo y obligasen á Cabrera á retirarse á sus guaridas (1)...»

Pero se equivoca el historiador á quien aludimos.

Que el jefe carlista no se propuso tomar á Lucena, lo dice él mismo en su parte.

Mas prescindiendo de sus palabras—para que no se nos rechace el argumento—lo prueba mejor todavía la conducta del general Oráa.

Hallábase éste situado, desde el dia 14, entre Murviedro, Núles y Villareal: es decir, á una jornada de Lucena.

Acudíanle con avisos los gobernadores de Castellon y Valencia para que socorriese á la amenazada plaza, y no

(1) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 342.

se movió sin embargo hasta el dia 18, cuando aquella se encontraba en mal estado.

Por qué?—Porque Oráa habia conocido la estratégia del general carlista: amagaba éste á Lucena para llamar al jefe cristino y dejar el paso franco á las fuerzas de Tallada y Arnau que volvian con un convoy riquísimo de su expedicion á los campos del Guadalaviar y del Júcar.

Y como esto lo sabia perfectamente el general Oráa, no se apresuró á socorrer á Lucena, en la seguridad de que el amago de sitio verificado por Cabrera apénas tenía otro objeto.

Tal es la verdad: Cabrera no tomó á Lucena, pero llevó á cabo el fin propuesto.

«Con esto he conseguido—escribe en el parte—que el segundo comandante general de Múrcia (D. Antonio Tallada) haya concluido felizmente su expedicion.»

Por entónces tambien acaeció un suceso que debe consignarse en estas páginas.

A mediados de Diciembre subia por las ásperas veredas que conducen á Cantavieja una multitud de gentes de ámbos sexos, ancianos, mujeres y niños, todos yertos de frio, la mayor parte medio desnudos, pálidos por el hambre y los padecimientos.

Iban en busca del general Cabrera, á fin de que les proporcionase alimentos y cubriese su desnudez.

Hé aquí la explicacion de este extraño suceso.

El coronel del ejército isabelino, D. Bruno Portillo y Velasco, gobernador á la sazon de la fortaleza de Morella, bloqueada sin interrupcion alguna por dos batallones carlistas, compuestos de reclutas que se ejercitaban al mismo tiempo en la instruccion militar, y cuyo bloqueo no podia evitar el coronel Portillo y Velasco por carecer de fuerzas para batir al enemigo fuera de la plaza,

sospechando que algunas familias, cuyas opiniones carlistas eran bien conocidas, que habitaban en la villa, sostendrian relaciones con indivíduos del ejército de Cabrera,—tomó la violenta medida de expulsarlas de sus hogares, y remitirlas al jefe de los batallones del bloqueo con la siguiente carta, que fué publicada, por mal consejo, en la *Gaceta de Madrid*, y reproducida en los periódicos liberales:

«Remito á V., *por primera vez*, estas familias para que las mantenga, *y le iré haciendo remesas* segun me acomode, quedándome siempre con todos los parientes de los indivíduos, que se hallan á mis órdenes *para que me sirvan de alimento cuando no tenga otra cosa que comer*, porque este fuerte no será nunca del faccioso Cárlos ínterin exista piedra sobre piedra y tengan vida los leales defensores que le guarnecen. Morella 10 de Diciembre de 1837.—*Bruno Portillo y Velasco*.—Sr. Comandante de la fuerza enemiga que rodea esta plaza (1).»

Con una carta tan indigna y un regalo tan extraño, Cabrera, á quien se le enviaron los infelices expulsados de Morella y la misiva del gobernador del fuerte, exasperóse altamente.

Contestó á éste, en los primeros momentos de arrebato, de la manera que se merecia (2).

Mas luego le remitió otra carta muy política con el objeto de «evitar» las medidas severas que el gobernador podia dictar contra las familias no expulsadas, y hacer víctima de su encono á un jóven pariente del mismo Ca-

(1) *Gaceta de Madrid* (núm. 1136) y periódicos constitucionales de la época.—Diciembre de 1837.

(2) Puede leerse la contestacion en Córdova, *Vida*, tomo III, página 97.—La *Gaceta* puso el mayor cuidado en no publicarla.

brera, á quien Portillo dispensaba hospitalidad y amparo (1).»

Este replicó con la epístola que sigue:

«Morella, 13 de Diciembre á las diez de la noche.—Señor D. Ramon Cabrera.—Muy señor mio: Si V. sabe que yo me hallo poseido de principios de honor y delicadeza, extraño mucho que jamas haya podido pensar en que yo fuese traidor al legítimo gobierno constitucional, á quien por convencimiento y adhesion tengo el alto honor de pertenecer. Aunque no tuviese otro carácter que el de simple soldado ciudadano, nunca será este fuerte, ínterin yo le mande y le defienda la guarnicion valiente que tengo á mis órdenes, del príncipe rebelde á quien usted sirve...

»....No ambiciono bordados ni empleo alguno, y sí solo dar dias de gloria á mi pátria, que V. me puede proporcionar trayendo á estrellar contra estas murallas toda la tropa que tiene á sus órdenes, y en ellas ó en sus ruinas, si lograse destruirlas, lo espero con frente serena, al lado de mis bayonetas, por cuyas puntas y hollando los cadáveres de los que las guarnecen, podrá V. penetrar en el recinto que manda su servidor Q. B. S. M.—*Bruno Portillo y Velasco* (2).»

Seguramente que cartas más llenas de inútiles bravatas y andaluzas fanfarronadas no habrán llegado hasta ahora á las manos de nuestros benévolos lectores.

Pues bien: al mes y medio de la fecha de la última carta del Sr. Portillo y Velasco, flotaba ya en los torreones de Morella la bandera del Rey D. Cárlos V.

---

(1) *Gaceta de Madrid*, 8 de Enero de 1838.—Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 98.

(2) *Gaceta de Madrid*, 8 de Enero de 1838.

Y la fortaleza permanecia *tan entera* como ántes, *piedra sobre piedra*, y dicho Sr. Gobernador no esperaba *al lado de sus bayonetas*, ni los heróicos soldados que asaltaron las murallas pudieron *pasar por encima del cadaver* del Sr. Portillo y Velasco, quién tuvo por muy prudente aviso, y nosotros le alabamos el gusto, abandonar la plaza al vencedor y huir con la guarnicion á Calanda y Alcañiz.

Pero no anticipemos los sucesos, que la descripcion de la novelesca hazaña de Morella habrá de ocuparnos todas las páginas del capítulo siguiente.

Acaeció en tal tiempo un suceso que vino á aumentar con tres batallones las ya numerosas fuerzas de Cabrera.

Zaratiegui, el bravo general carlista que llevó su hueste hasta Segovia, y amenazaba por occidente á la capital de la monarquía, casi al mismo tiempo que la expedicion real la amenazaba por oriente, después de varios acontecimientos, que no son de este lugar, más ó ménos desagradables, habia regresado á las Provincias Vascongadas, de donde saliera.

Pero los batallones castellanos que le seguian, 2.° y 3.° *de Búrgos* y 1.° de Valladolid, extraviados en los espesos pinares de Soria, perdieron la ruta por donde caminaba el grueso de la fuerza expedicionaría, y se quedaron rezagados en las espesuras de aquellos bosques impenetrables.

Difícil era su situacion y se hacía cada vez más peligrosa y comprometida.

Porque habiéndose sabido (que nunca falta un Júdas), las columnas de los cristinos andaban en busca de los ex traviados, con la intencion de sorprenderlos en medio del desaliento de que estaban poseidos.

Su mismo instinto de conservacion salvóles, sin embargo, de aquel apurado trance.

Los jefes de los batallones 3.° de Búrgos y 1.° de Valla-

dolid, D. José Lopez y D. Martin Gracia, confiaron el mando absoluto de la brigada, si así podia llamarse, al coronel D. José María Delgado, jefe del 2.° batallon de Búrgos, á fin de que con su experiencia, buenas dotes y valor reconocido, les condujese, al través de las provincias de Zaragoza y Teruel, á incorporarse al ejército de Aragon.

Con fortuna lo ejecutó así el discreto coronel Delgado: llegaron á Cantavieja los tres escasos batallones, en número de 1.200 hombres, y fueron recibidos con agrado por el general Cabrera.

Algunos armeros y artilleros vascos recibieron órden para quedarse en la maestranza, y los batallones de infantería fueron enviados al bloqueo de la plaza de Morella, en relevo de los que allí habia, y á fin de que se ejercitasen en el manejo de las armas los muchos soldados bisoños de que se componian.

De modo que con este refuerzo, al terminar el año 1837, Cabrera contaba con 21 batallones, seis escuadrones y dos compañías de artillería: en junto, 13.000 peones y 1.500 ginetes.

Volvamos á hablar ahora de D. Pantaleon Boné, de quien nos hemos ocupado en el capítulo XVIII.

Sorprende este indivíduo en la iglesia de Villarroya á varios oficiales y soldados carlistas—y los fusila.

Sorprende igualmente en otra ocasion á la columna que mandaba el comandante Tena, haciendo prisioneros á 50 carlistas—y los fusila, incluso al mismo Tena y tres oficiales más.

Pero alguna vez habia de encontrarse con la horma de su zapato, como suele decirse.

El, que habia sido traidor á Cabrera, llegó á figurarse que tendria imitadores en el campo carlista, y se propuso sobornar al oficial D. Pedro de Perez, invitándole en cierta

ocasion á que alzase bandera por Isabel II, seguido de la fuerza de caballería que mandaba.

El pundonoroso y leal Perez, que pertenecia á la columna del coronel Cabañero, autorizado por éste, y con el fin de escarmentar al *pasado*, citóle para la noche del 12 de Octubre en la masía de Torremocha, término de Camarillas.

Cabañero y Perez acudieron con cuatro compañías y un escuadron, y rodearon la masía.

—Quién vive!—gritó Boné desde adentro.

—Cárlos V!—contestaron éstos impertérritos.

Y miéntras los soldados de aquél rompian el fuego por las ventanas y postigos de la masía, los carlistas circunvalan el edificio, guardan cuidadosamente las puertas y una compañía de cazadores sube por escalas al tejado y le pone fuego.

La sorpresa se ejecutó por completo: 78 indivíduos quedaron prisioneros y 12 muertos.

Boné, sin embargo, aunque herido gravemente, logró escapar á favor de la oscuridad de la noche.

Y como la mayor parte de aquellos desgraciados habian pertenecido á las filas de Cabrera, y sido soldados del batallon que Boné mandaba, fueron pasados por las armas en represalia de las atrocidades que su jefe, con el auxilio de ellos mismos, cometiera.

La maleta de Boné quedó en poder de Cabañero, y en ella se encontró una órden, firmada por el general Oráa y dirigida al gobernador militar de Alcañíz, que decia en sustancia:

«No habiendo quedado en este distrito más facciones que la de Llangostera, y teniendo en Monte Santo los prisioneros de la accion del 24 (1), verá V. S. si con la fuer-

(1) Los prisioneros de la accion de Herrera.

za que se pueda sacar de esa guarnicion y las inmediatas, y con las que lleva el dador (Boné) de este oficio, práctico del país y que marchará adelante, puede, aprovechando la ocasion, dar un golpe de mano y rescatarlos, cuyo servicio recomiendo á V. S. sobremanera (1)....»

Por esta razon, los infelices prisioneros, esclavos ya de condicion desdichada, fueron encerrados en otros puntos donde sufrieron los rigores de una mísera suerte.

Ocasion se nos ofrecerá de tratar este asunto, ya que hay empeño en oscurecerlo.

Miéntras Boné se *pasaba* al campo cristino, brotaba en el carlista otro valeroso partidario.

Este era Felipe Calderó, el viudo de la desdichada mártir María Griñó y Diñé.

Marino audaz y hombre valiente, sin perder de vista las olas del Océano, su natural elemento, merodeaba por las cercanías de Tortosa, riberas del Ebro y playas de los Alfaques, con una pequeña partida de 50 peones y 20 ginetes.

Hizo más todavía: apoderóse de tres lanchas ó pequeños faluchos, que varados estaban en las arenas de San Cárlos de la Rápita, armólos en guerra y apresó tres buques, con cargamento de harina y arroz, que en el citado puerto habian echado anclas.

Así ejecutó algunos otros hechos, más ó ménos notables, más ó ménos prósperos y adversos.

El desdichado Calderó,—dice muy oportunamente un cronista,—que no podia vengar una muy grande ofensa, ni mitigar un horrible quebranto, intentó acallar el eco de sus dolores con el ruido siniestro del combate y la agitada existencia del guerrillero de montaña.

---

(1) *Boletin del Ejército Real*, núm. 76, 14 de Octubre de 1837.

CAPITULO XX.

MORELLA.

El sueño fatigoso del caudillo tortosino, el objeto de su ambicion, el blanco más señalado de sus deseos, consistia en la posesion de Morella.

Morella, asentada en la falda de un cono, á guisa de anfiteatro romano, es una antiquísima villa del Maestrazgo, fundada quizás por los árabes (y no por los soldados de Augusto, como quiere un historiador), á juzgar por su nombre y por la fisonomía especial, característica de las construcciones moriscas, que siempre tuvo, y aún hoy conserva al traves de los siglos.

Villa habitada ahora por 1.000 vecinos, cabeza de partido, perteneciente á la provincia de Castellon, y enclavada casi en el centro de la antigua bailía de los Templarios, debió de tener una inmensa importancia en la Edad Media, ya cuando los árabes dominaban en aquel áspero territorio y hacian frecuentes algaradas en tierras de cristianos, ya cuando los antiguos monarcas aragoneses, po-

sesionados del reino de Valencia, estaba en perpétua lucha con sus inquietos vecinos de allende el Ebro, los Condes de Barcelona y de Cerdaña.

Y no era ciertamente infundada.

Porque á espaldas de la villa se levanta un gigantesco peñasco, sembrado de escarpadas cortaduras verticales, á manera de fosos profundos, ceñido de gruesas murallas que la naturaleza, más bien que el arte, hubo de complacerse en hacerlas casi inexpugnables, y coronado por un viejo castillo que se asienta en la cima del elevado cerro, verdadero nido de águilas que esconde su parda frente en las nubes, á semejanza de esas fortalezas sombrías de las montañas de Escocia que describe con tan gráficas pinceladas el famoso autor de la *Maga del Lago*.

Morella, la plaza primera del Maestrazgo que habia alzado pendones por el Rey D. Cárlos V, desde que el Baron de Hervés y el coronel Victoria la abandonaron á las tropas del general Breton, después de la rota de Calanda, permaneció en poder de los cristinos: estaba gobernada á la sazon por D. Bruno Portillo y Velasco,—ya lo sabemos,—quien tenía á sus órdenes una guarnicion animosa y aguerrida.

Dos ó tres conspiraciones se descubrieron, á punto de estallar, durante los años de la civil contienda, y fueron pasados por las armas todos los que resultaron más ó ménos comprometidos,—incluso una señora y un fraile, en Marzo de 1837, sobre quienes apénas recaian sospechas de infidencia.

Ya sabemos tambien que el antiguo gobernador de la plaza denunció en una ocasion al Gobierno de Madrid «la vergonzosa intimidad que existia entre la guarnicion y los habitantes de la plaza,» concluyendo por decir que,

sin hacer injuria á sus soldados, «era urgente relevarla en seguida.»

Y ya sabemos tambien que, en otra ocasion, fueron descubiertos dos boquetes practicados en uno de los muros, y gran número de armas escondidas en los sótanos y pozos de las casas de algunos carlistas, vecinos de la villa, quienes fueron inmediatamente sumariados y, en número de 17, pasados por las armas.

Mas Cabrera, cuya vista de águila estaba siempre fija en Peñíscola y Morella, no desmayó á pesar de tantas contrariedades, y acariciaba en su espíritu el presentimiento de poseer esta última.

Como ya tambien hemos dicho,—y conviene que no lo olviden nuestros lectores,—los batallones castellanos bloqueaban la plaza con más rigor y mejores combinaciones que ántes.

Es decir: el bloqueo, que hasta entónces habia sido una observacion, se estrechó severamente.

Eran los jefes principales del bloqueo los señores oficiales siguientes:

D. Martin Gracia, comandante del batallon de Valladolid;

D. Manuel García, capitan del mismo;

D. Pablo Alió, teniente del batallon de Búrgos;

Y D. Jacinto Gago, tambien teniente del segundo batallon de Búrgos.

No debemos pasar en silencio el nombre del alférez Don Juan Lúcas.

Al contrario, merece este valiente que le consagremos una honrosa memoria en estas páginas, aunque interrumpamos la narracion por algunos momentos, bien seguros de que sabrán perdonarnos nuestros lectores.

Era castellano, natural de la villa de Aranda de Due-

ro, provincia de Búrgos, y servia en la Guardia Real en clase de sargento segundo.

Hallábase en la Granja cuando ocurrió aquel célebre y extraño suceso, que no tiene otro ejemplar en la historia de las revoluciones modernas, en que la dignidad de una reina y una señora fué deprimida por la tosca mano de un sargento (el sargento García),—en son de ridículo alarde de liberalismo.

Copiarémos aquí una página del *Diario* del Sr. Gago, referente á este mismo suceso (1).

«El sargento García y sus compañeros no habian contado, para llevar á efecto su plan, con el sargento D. Juan Lúcas, quizá por el carácter brusco y severo de éste.

»Mas como se hallasen aquellos reunidos en la plaza de Palacio, *sin atreverse ninguno* á ejecutar lo proyectado, que tanto riesgo y trascendencia ofrecia, hizo la casualidad que el sargento Lúcas acertara á pasar por aquellas inmediaciones, le llamaran sus compañeros, le enterasen del plan y *le brindasen con el ofrecimiento de ir á presentar el decreto á la firma* de María Cristina.

»Lúcas, por toda respuesta, cogió el documento *de manos de García*, echó á andar hácia Palacio, pidió audiencia, la obtuvo en seguida, y se halló cara á cara con la Reina Gobernadora.

(1) La relacion que insertamos en el texto, con algunas ligeras variaciones de forma, es la misma que nos ha facilitado D. Jacinto Gago, amigo nuestro y persona que nos merece entero crédito.—Dicho Sr. Gago, fué jefe del alférez D. Juan Lúcas, quien le refirió várias veces este suceso: aquél no se olvidó de apuntar la preciosa relacion del Sr. Lúcas, y dichas apuntaciones son las que ha tenido la amabilidad de confiar al autor de esta obra, por cuya galantería le enviamos las más cumplidas gracias. Creemos ser los primeros en aclarar el celebérrimo suceso de la Granja, y llamamos la atencion de los historiadores contemporáneos.

»Y la dijo respetuosamente:

—Señora: en comision por vários patriotas, vengo á presentar á V. M. el decreto para la reunion de Córtes Constituyentes.

»María Cristina le contestó, después de leer el documento:

—Está bien: pero déjalo aquí para consultarlo.

»El sargento Lúcas, repuso entónces con entereza:

—Señora: yo no puedo salir de esta cámara, sin que V. M. haya firmado ese decreto. Tal es mi mision: soy castellano y he jurado cumplirla.

»Entónces la Reina, sola y en presencia de un hombre resuelto, firmó el anhelado decreto.

»El sargento Lúcas salió precipitadamente de la Real Cámara, topó en la escalera de Palacio con el sargento García, quien le estaba esperando, y entrególe el documento.

»Y hé aquí de que sencilla manera este sargento García, que nada habia arriesgado en el referido lance, fué el objeto de todas las ovaciones, premios y demás de la gente patriotera, miéntras el bravo D. Juan Lúcas se quedaba siendo lo mismo que ántes era: sargento segundo.»

Tal era el Sr. Lúcas: hombre de temple para acometer una empresa, por arriesgada que fuera.

Despechado por el desaire que se le hizo, miéntras al sargento García se le colmaba de honores, pasóse á las filas carlistas á mediados de 1837, presentándose en los pinares de Sória al coronel Vinuesa con 16 soldados de la Guardia Real, siendo ascendido á subteniente y puesto á las órdenes del teniente Gago, jefe encargado del peloton de mozos que se destinaban á formar el 2.° batallon de Búrgos (1).

---

(1) El valiente oficial D. Juan Lúcas permaneció en el ejército

Volvamos ahora á Morella.

El jefe de la brigada castellana era, como ya hemos dicho, el coronel D. José María Delgado, y estaba acuartelado en el pueblo de Sinctorres, bastante lejano de la plaza.

No debemos omitir que el comandante D. Martin Gracia, asustado quizás del audaz proyecto que intentaban llevar á cabo VEINTE HOMBRES, y no queriendo cargar con la tremenda responsabilidad de un fracaso, muy probable por cierto, pidió licencia para retirarse, por asuntos particulares, á Sinctorres.

Pero ocupó su puesto el denodado segundo comandante del batallon de Búrgos, D. Juan José de Neira, cuyo valor era digno de la atrevida sorpresa que se preparaba.

Obsérvese de qué manera estaban distribuidas las fuerzas bloqueadoras:

En el molino de Abdell, bajo los fuegos de la plaza, se hallaba un destacamento de 40 voluntarios, al mando del esforzado D. Pablo Alió, teniente de Búrgos, el héroe de la novelesca hazaña.

En el Mas del Bosque, bajo el cañon de Morella, estaba el teniente D. Jacinto Gago, con otros 40 hombres.

En el punto denominado el Querol, pequeña masía situada cási al pié de los muros de la villa, encontrábase con otros 40 castellanos, el alférez de Búrgos, D. Juan Lúcas.

El subteniente D. Miguel Vidal y algunos otros oficiales mandaban pequeños destacamentos colocados en buenas posiciones, pero ya más lejanas de Morella.

---

de Aragon y Valencia hasta después del glorioso sitio de Morella, pasando luego á Castilla, con su batallon, á las ordenes del general Merino. En una accion desgraciada con tropas isabelinas en los pinares de Soria, fué hecho prisionero y fusilado inhumanamente.

Así consta del *Diario* del Sr. D. Jacinto Gago.

La guarnicion, que hacia frecuentes salidas, atacó el dia 10 de Enero el caserío de Mas del Bosche, ocupado por la fuerza del teniente Gago, la cual era mandada en dicho dia por el capitan agregado D. Luis Cortés, pues aquel estaba desempeñando otra comision importante del servicio.

Y tan rudo fué el ataque, que el enemigo se apoderó del caserío, le puso fuego y le dejó reducido á cenizas: el destacamento, acosado por fuerzas muy superiores, se retiró haciendo fuego.

Entónces, miéntras el capitan Cortés era relevado y pasaba á Sinctorres, ante el jefe de la brigada castellana, para dar los descargos oportunos, el teniente Gago volvió á ocupar su antiguo puesto, que habia sabido conservar tan dignamente en Mas del Bosche.

«Posesionado yo—dice en su *Diario* el Sr. Gago—de aquellas ruinas que aún ardian (1), difícil era vivir allí sin abrigo, estando la tropa medio desnuda y mal alimentada.

»Pero era preciso cumplir con lo que se me habia ordenado.

»Mi primer pensamiento, que puse en práctica inmediatamente, fué fortificar aquellas ennegrecidas paredes, aspillerarlas y construir dos defensas, á modo de tambores, de piedra y barro: luego hice comprar algunas varas de tela encarnada y fijé una bandera en la parte más alta.

»Esto debió exasperar á los enemigos, pues al dia si-

(1) Al combate del Mas del Bosche se referia el gobernador de Morella en su última carta á Cabrera, diciendo: —«...en esta tarde (10 de Diciembre) se han comido (las fuerzas de la guarnicion) los ranchos que tenía una gran guardia (carlista) en la masía del Bosche, que he mandado incendiar á un destacamento de mis valientes.»—*Gaceta de Madrid*, 8 de Enero de 1838.



guiente hicieron una salida contra mis débiles fortificaciones, desde las cuales nos defendimos con teson por espacio de algunas horas; mas fuimos, por último, auxiliados por el alférez D. Juan Lúcas y fuerza de su mando, logrando rechazar el ataque de la guarnicion, que volvió á encerrarse en Morella.»

Otra escaramuza sostuvo el destacamento carlista que mandaba el teniente Álió, en las cercanías del punto denominado la Fontanella, sin más resultado que haber tenido algunas bajas, de heridos solamente, las fuerzas de ámbos partidos combatientes.

Pero tuvo este pequeño combate el objeto de venir en conocimiento de la intrepidez y entusiasmo de uno de los soldados que se habian elegido para la sorpresa de la plaza en determinado dia, cuyo soldado, Ramon Orgué, por su procedencia de las filas isabelinas no habia aún inspirado bastante confianza á los jefes del bloqueo, para ponerle al corriente de un proyecto tan temerario y de ejecucion tan difícil, sino imposible.

La observacion de Alió, quien no perdió de vista al *pasado* Orgué durante la accion, redundó en favor de la lealtad y valor de éste—y se puso en seguida manos á la obra.

Estos dos combates, el del Mas del Bosche y el de la Fontanella, fueron los últimos esfuerzos de la guarnicion de Morella para alejar á los bloqueadores.

Cercano estaba ya el dia en que el cañon de la antigua fortaleza morisca saludase á los pendones de Cárlos V, enarbolados sobre las elevadas almenas del castillo.

Describirémos bien minuciosamente este acontecimiento, cuyo relato parecerá á nuestros lectores un artificioso capítulo de novela, mejor que exacta y fidelísima narracion histórica.

Habia entre los jefes del bloqueo un hombre observador é inteligente, que no apartaba su anteojo de las fortificaciones y murallas de la plaza.

Este era D. Martin Gracia, el comandante del batallon de Valladolid.

Paseábase contínuamente por los alrededores de la villa y por la falda del empinado cerro que servia de base á la morisca fortaleza; escudriñaba á su placer todas las obras, todos los peñascos tajados, todos los fosos y profundas quebraduras de la montaña; hacía multitud de preguntas aparentando indiferencia suma á los paisanos naturales del país, con quienes tropezaba de contínuo, y llegó á conocer perfectamente, lo mismo la topografía exacta del pueblo y sus cercanías, que la parte débil de la imponente fortaleza.

Entónces, cuando estuvo cerciorado del buen éxito de sus investigaciones, y creyó llegado el instante de obrar, abandonó el anteojo por la espada, llamó á sus amigos y compañeros D. Manuel García y D. Pablo Alió, encerróse con ellos en una habitacion apartada de su mismo alojamiento, y les propuso el audaz proyecto de apoderarse de Morella, si contaban con VEINTE HOMBRES decididos, exigiéndoles juramento de vencer ó morir.

García y Alió, asustados al principio con aquella revelacion inesperada, que envolvia un pensamiento tan osado, cuando oyeron al comandante Gracia sus explicaciones y hubieron de persuadirse de la posibilidad de efectuar la sorpresa de Morella, henchidos de entusiasmo y llenos del aliento de los bravos, «juraron no abandonar el proyecto hasta realizarlo ó morir.»

El plan era bien sencillo: escalar las murallas, á favor de las sombras de una lóbrega y tempestuosa noche de Enero; arrojarse de improviso sobre los confiados centi-

nelas cristinos, y sorprender en seguida á la guardia, encerrándola ó acuchillándola en caso de resistencia.

Valor se necesitaba para llevar á cabo este plan; pero valientes eran los voluntarios castellanos.

Mas necesitaban tambien un guia.

¡Cómo aventurarse por aquellas desconocidas veredas, efectuado ya con felicidad el escalamiento de la muralla si todos ellos las desconocian!

Ninguno habia estado en el interior de la fortaleza; de modo que el atrevido golpe de mano que se proyectaba podria frustrarse, y se frustraria de seguro, exponiéndose los bravos aventureros á un fin desastroso, si una persona conocedora del terreno y de completa confianza no les guiaba al través de los muros, y por en medio de los puentes, fosos, quebraduras y sinuosidades del cerro, sobre cuyos anchos cimientos se levantaba el castillo.

No faltaban soldados desertores de las filas cristinas, más ninguno inspiraba confianza y habian sido conducidos al depósito de Sinctorres.

Pero el dia 19 de Enero, cuando ya estaba combinado el árduo proyecto, la suerte les deparó tres *pasados* que en aquella mañana habian salido de Morella, y presentádose á Gracia, jefe principal del bloqueo, con propósito de servir en las banderas carlistas.

Alió, cuya mirada penetrante no solia engañarle, se fijó desde luego, para el objeto expresado, en uno de los tres nuevos partidarios.

Llamábase Ramon Orgué (1).

Y hé aquí por qué, con el fin de experimentar la decision y valor de este soldado, empeñó el dia 20 la escara-

(1) Sus compañeros, que fueron enviados á Sinctorres, se llamaban Fernando Adell y Agustin Escobedo.



muza de la Fontanella, que ya hemos descrito, persuadiéndose Alió de las buenas disposiciones de que el citado Orgué habia ofrecido señalada muestra en el combate.

Entónces fué cuando Gracia abandonó el mando de las tropas bloqueadoras, y se dirigió á Sinctorres, cuartel general de la brigada castellana, para evacuar asuntos particulares.

Desde este instante, el teniente Alió fué el alma de la conjuracion tramada.

Neira, que ocupó el puesto de D. Martin Gracia, enteróse del plan, como jefe principal interino del bloqueo, y sin aprobarle ni desaprobarle, dejó obrar á los comprometidos; pero dispuesto siempre á coadyuvar para el buen éxito, con todas las fuerzas, si necesario fuese.

Y el teniente Alió, después de haber obtenido la autorizacion de su jefe, y seguro de su concurso en caso de necesidad, llamó á Orgué el dia 21 durante la noche, y le habló así:

—Usted es valiente: lo ví ayer en el combate de la Fontanella. Pues bien: yo estoy buscando entre mis soldados veinte hombres esforzados que se comprometan á llevar á cabo una empresa arriesgadísima, bajo palabra de honor de no retroceder: vencer ó morir.

Entónces Orgué le contestó con acento de sinceridad y de entusiasmo:

—Mi teniente, adelante! Fuere la que fuere esa empresa, desde ahora le pido el número primero, y juro no retroceder, sino triunfar ó morir.

—Cuidado, Orgué, con lo que se promete,—le replicó severamente Alió;—tenga usted entendido que el proyecto que yo traigo entre manos es casi una temeridad irrealizable.

—No importa, mi teniente; adonde usted fuere, iré yo.

Dijo así Orgué, y, como iluminado por un presentimiento, preguntó enérgicamente:

—Cómo! Querrá usted tomar á Morella?

Alió, que no perdia ninguno de los movimientos del soldado, creyendo que sería conveniente excitar su entusiasmo é inflamar su corazon valeroso, contestóle enardecido:

—Sí señor. Eso quiero: tomar á Morella.

Orgué, por toda contestacion, dió dos gritos: uno de ¡*viva el Rey*! y otro de ¡*viva mi teniente*! Y luego añadió:

—Pues tomarémos á Morella. Lo dicho, mi teniente: pido el número primero (1).

Entónces Alió le enteró del proyecto concebido y del servicio que exigia, en la inteligencia de ser Orgué, como lo era, perfecto conocedor de la fortaleza.

Quedaron ámbos convenidos, y Alió dispuesto á avisarle en el dia oportuno.

Fuélo éste el 25 de Enero.

El cielo estaba cargado de espesas nubes, hacía un frio horroroso, soplaba el viento con potente furia, y comenzó á nevar con abundancia: en poco tiempo el horizonte presentó el aspecto de una inmensa sábana blanca, que el huracan desgarraba y reducia á pequeños pedazos.

El impertérrito Alió determinó dar el golpe en aquella misma noche.

Pusiéronse de acuerdo Alió, García y Vidal; pasaron al alojamiento del jefe del bloqueo, el comandante Neira; obtuvieron el permiso de éste, y se retiraron al molino de

---

(1) La conversacion que dejamos apuntada es la misma, con leves diferencias de forma, que medió entre los dos conjurados.—Véase la *Memoria sobre la toma de Morella*, que dejó escrita, y corre impresa, el teniente D. Pablo Alió.

Adell para fijar exactamente los servicios que habia de prestar cada uno.

Alió propuso, y sus compañeros aprobaron, lo siguiente:

Que no se convocase á la fuerza que cubria los destacamentos del bloqueo, para evitar las probabilidades de miedo, ó insubordinacion, ó traicion, entre tantos soldados descalzos, desnudos y casi hambrientos;

Que sólo se llamasen á los 40 hombres que él mandaba, mozos resueltos, que le querian con entrañable cariño, y que irian hasta donde él les mandase;

Que VEINTE fueran los escaladores primeros, luego seguirian á estos los otros veinte, y en seguida los pocos soldados que constituian el destacamento del subteniente señor Lúcas;

Que se variase la consigna, sustituyendo el *Quién vive* con la palabra *Perro*, y para respuesta *Gato*, á fin de que todos los soldados, por muy torpes que fuesen, se acordaran de estas dos usuales expresiones, y distinguiesen al amigo del enemigo;

Que se recomendase á los voluntarios, para el caso del triunfo, la clemencia con los vencidos;

Y otras várias disposiciones, hasta las más insignificantes, se tomaron, encaminadas á conseguir la ejecucion del temerario intento.

Los cuatro oficiales, Alió, García, Vidal y Lúcas, estaban firmemente convencidos de que jugában la vida en un albur muy poco favorable; mas ninguno titubeó ni por un momento.

Alió, sobre todo, era el genio que les infundia esperanzas de fácil triunfo. Y era tambien el hombre previsor que no se olvidaba ni siquiera de las cosas más triviales.

Al anochecer, seguia el espacio encapotado, y la nieve caia en grandes copos.

A las nueve de la noche reunió Alió á sus 40 voluntarios en una cuadra del molino de Adell y les dió una cena extraordinaria, sin decirles aún el motivo de aquel festejo.

A las diez, cuando todos hubieron ya cenado, les habló en estos términos:

—Muchachos: os conozco á todos y sé que sois valientes; por eso he contado con vosotros, únicamente con vosotros, para realizar una empresa dificilísima. Y es tal, que no admite otra solucion, una vez intentada, que vencer ó morir. Quién quiere seguirme?

Los 40 bravos carlistas contestaron unánimes:

—Todos, todos! Viva el Rey!

—Hijos mios—insistió aquí el esforzado y generoso Alió,—se trata de ejecutar una sorpresa de tal naturaleza, que vuestros nombres correrán en alas de la gloria por todo el mundo, solamente por haberla intentado. Pero os repito que no hay retirada posible, y el que se comprometa á seguirme es preciso que se convenza de que se halla colocado desde este momento en la alternativa de la muerte ó del triunfo. Poneos la mano en el seno, contad con vuestros alientos, y respondedme.

Otra vez gritaron los 40 valientes:

—Todos! todos os seguirémos!

Entónces Alió, casi derramando lágrimas de ternura y de agradecimiento, dijo entusiasmado:

—Gracias, hijos mios! Con vosotros nada es difícil!.... Tomarémos á Morella!

Los soldados, que habian ya descubierto el objeto de los deseos de su jefe, prorumpieron en exclamaciones de entusiasmo:

—A Morella! Marchemos á Morella! Viva el Rey Don Cárlos V!

Alió, henchido de júbilo y como acariciando el presen-

timiento del triunfo, enteró á sus soldados del plan que se habia preparado, y les dió precisas instrucciones para obtener buen éxito. Les dijo:

Que cada uno ocupase el puesto que le señalára de antemano;

Que nádie se mezclase en cumplir los deberes de otro compañero;

Que se obedeciese ciegamente;

Que ninguno diera un paso de retirada, ni aun delante de la muerte;

Que se guardase un silencio profundo durante la marcha y la escalada, de tal manera que nádie hablase, ni tosiese, ni siquiera fumase, hasta nueva órden;

Que se cambiase la consigna con las palabras ya dichas *perro* y *gato*.

Hechas estas advertencias generales, Alió dijo á sus soldados que necesitaba VEINTE hombres para la escalada primera, invitando á los voluntarios á elegir los números que más les agradasen.

Entónces hubo una escena indescriptible, un verdadero pugilato de bravura.

Todos ellos deseaban el número primero; ninguno queria ser ménos en la comprometida empresa.

Alió, por lo tanto, decidió la cuestion señalando á cada uno su puesto, del modo siguiente:

Número *uno*, Ramon Orgué;

Número *dos*, Manuel Martinez;

Número *tres*, José Franc;

Número *cuatro*, Juan Donato,—y así los que seguian hasta completar el número de veinte (1).

---

(1) Todos estos detalles, y muchos más que omitimos, están conformes con la *Memoria* del mismo Sr. Alió.



A los otros veinte voluntarios, les encomendó que escalasen inmediatamente después las murallas, sin titubear ni por un instante, á fin de que todos fuesen unidos, sin riesgo de extraviarse.

En seguida mandó preparar las escaleras, hizo envolver los extremos de estas en un lio de trapos para evitar el ruido sobre los peñascos y muros, dió á tres gastadores (1) del batallon de Valladolid el encargo de sostenerlas miéntras subian por ellas los soldados, distribuyó á estos alpargatas nuevas, piedras de fusil y cartuchos, y les hizo finalmente la advertencia de que atacasen á la bayoneta, después del primer disparo, si la guardia sorprendida trataba de resistirse.

Eran las once de la noche, y les concedió tres horas para descansar y preparar sus asuntos.

Alió, desde la cuadra del molino de Adell, se dirigió á su departamento, escribió una tiernísima y entusiasta carta á sus padres, hizo un lacónico testamento, rasgó algunos papeles y guardó otros en un sobre para su familia, se encomendó á Dios con piadosas oraciones, y se reclinó sobre su duro lecho de campaña.

Aquí es la ocasion de apuntar algunos detalles biográficos acerca de este bravo carlista.

Tuvo su cuna en la villa de Sarreal (Tarragona), donde nació en 29 de Marzo de 1810.

Dedicáronle sus padres á los estudios, contando con la buena índole y despejado talento de que daba claras muestras, y cursó gramática latina, filosofía, teología y moral en el monasterio de Trinitarios de Tarragona, y en el Seminario conciliar de la misma ciudad, alcanzando vários

---

(1) Hé aquí sus nombres: Lorenzo Oliver, Lino Pineda y Florentino Prieto.



premios y una *beca* de gracia, por oposicion, en el tercer curso de teología.

A principios de Agosto de 1835, tomó partido por don Cárlos en las filas del brigadier Ibañez, el famoso *Llarch de Copons*, siendo ascendido á subteniente en 31 del mismo mes.

Sirvió á las órdenes del brigadier Mirálles, y con él concurrió á la expedicion del general Gomez, hallándose en todos los choques, acciones, sorpresas y demás sucesos que acaecieron hasta la entrada de dicho general en la villa de Orduña el 19 de Diciembre de 1836.

Tomó parte en casi todas las acciones notables que ocurrieron en las Provincias Vascongadas por esta época, incluso en el sitio de Bilbao; unióse al general Zaratiegui para la expedicion á Castilla: recibió después órdenes de éste para formar y organizar, en union de otros oficiales (1), y del coronel Delgado, el 2.° batallon de Búrgos *(Guias de Búrgos)*, hasta que, habiéndose extraviado este batallon, con el 3.° de *Búrgos* y el 1.° de *Valladolid* en los pinares de Soria—como ya hemos dicho,—se corrió esta brigada castellana hácia Aragon, presentóse al general Cabrera y fué destinada al bloqueo de la plaza de Morella, con el cuartel en Sinctorres.

En 19 de Noviembre, fué ascendido Alió al empleo de teniente, y destinado tambien al bloqueo y á instruccion de los reclutas.

Hé aquí, en breves palabras, los honrosos antecedentes de este bravo oficial (2).

---

(1) Entre ellos, D. Jacinto Gago, quien nos ha proporcionado muchos apuntes de interes acerca de estos sucesos.

(2) Bajo su misma palabra.—Véase la obra del Sr. Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 152 y 153.

Continuemos ahora.

Á las dos en punto de la madrugada del 26, alzóse Alió y se dirigió á la cuadra donde sus soldados descansaban: contemplólos por algunos momentos, pidió al cielo su favor para aquellos valientes, que tan serenos dormian en vísperas, acaso, de caminar hácia la tumba, y dijo en alta voz:

—Arriba, muchachos.

Levantáronse todos, cogieron las armas y se pusieron al lado de su jefe.

Para entónces habian ya llegado los subtenientes Vidal y Lúcas,—éste con otros 30 soldados.

Los tres oficiales, ántes de dirigirse á los muros de la fortaleza, fueron al alojamiento del comandante Neira, jefe principal del bloqueo, no sólo para darle noticia de las disposiciones tomadas, sino para dar y recibir esos tiernísimos abrazos de despedida en los campos de batalla, cuando los soldades se separan, quizá para siempre, de sus compañeros de armas, al ir á acometer una arriesgada empresa.

El comandante Neira y el capitan García, que se quedaban en el cuartel del bloqueo con dos compañías más de voluntarios (que nada sabian) para acudir al socorro de los intrépidos escaladores, convinieron con Alió en que éste, logrado el primer asalto, encendiese una hoguera en punto determinado, que sería la señal del triunfo, para marchar en seguida á ocupar la fortaleza con todas las tropas.

Volvieron, pues, los tres heróicos oficiales á la cuadra del molino de Adell, pusiéronse á la cabeza de los respectivos destacamentos y echaron á andar hácia el castillo de Morella.

Caminaban en esta forma:

Ramon Orgué, el primero, sirviendo de guia;

Los tres gastadores del primer batallon de Valladolid, que conducian dos pesadas y largas escaleras;

El teniente Alió, con fósforos y teas en las manos, al frente del primer grupo de veinte hombres;

El alférez Vidal, seguido de otros veinte voluntarios;

El alférez Lúcas, con treinta soldados más, que constituian el cuerpo de reserva.

Eran las tres y media de la madrugada: la oscura lobreguez de la noche favorecia los intentos de aquellos valientes, pero se desató en tales instantes un violento huracan que removia la nieve en tempestuosa ventisca y azotaba con desusada furia el rostro de los soldados, y entorpecia la marcha de las tres pequeñas columnas.

Nada importaba: llegaron con ánimo sereno al pié del alto y escarpado peñasco en que descansaba la muralla; colocaron la escalera, bien sujeta por los robustos brazos de los gastadores castellanos, y subieron felizmente, por el órden que se les habia señalado, los veinte primeros voluntarios.

No se oyó ni una voz, ni una pisada, ni el más leve ruido de las armas.

Puestos al pié del muro, clavaron sobre el peñasco la segunda escalera en una posicion cási vertical, por no permitir otra cosa el resquebrajado suelo de la roca; pero ocurrió entónces la grave dificultad de ser la muralla bastante más alta que la escalera,—dificultad que habria destruido el proyecto de los intrépidos carlistas, si dos de los robustos y altos gastadores no hubiesen fijado ésta sobre los hombros, miéntras el otro la sujetaba contra el muro.

Eran ya las cuatro de la mañana.

Ramon Orgué subió el primero, Manuel Martinez el segundo y el teniente Alió el tercero.

Después, uno por uno, fueron subiendo los restantes; luego el subteniente Vidal, con su grupo, y detrás de éstos el alférez Lúcas, seguido de la pequeña fuerza de reserva.

La garita del centinela isabelino que custodiaba la muralla por la parte de Oeste, lugar del asalto, distaba apénas diez pasos del punto en que Ramon Orgué y Manuel Martinez aparecieron.

Fatal era la estrella del infeliz soldado cristino.

Veria el desdichado, á traves de las espesas sombras del espacio, una figura humana que asomaba por encima del muro, y saltaba luego dentro de la fortaleza, y se le acercaba sigilosamente, deslizándose por la nieve que apagaba el leve ruido de sus pasos, y desafiando con audacia insólita al huracan desencadenado que brámaba en las hendiduras de las rocas y al frio remolino de la ventisca—y acaso transido de terror creeria en alguna aparicion siniestra, mejor aún que en la proximidad del implacable enemigo.

Y cuando la sombra humana llegaba ya al umbral de la garita, y el desgraciado centinela pudo conocer, aunque tarde, la verdad del caso, apénas tuvo tiempo para gritar con estentóreas voces:

—Cabo de guardia, los facciosos!...

Más le valiera al infeliz haber callado!—Ramon Orgué le arraneó la vida con la última palabra.

Pero la voz de alarma estaba dada, y menester era apresurarse.

Entre tanto, sin perder un segundo, subian los veinte voluntarios, y después los otros veinte, y detrás de estos la escasa reserva que comandaba el alférez Lúcas.

Guiados por Orgué, cayeron todos sobre el cuerpo de guardia con la esperanza de sorprenderle, mas el grito

del centinela de la muralla habia prevenido á los cristinos, y recibieron á los carlistas á tiros.

Ya no habia para qué guardar silencio, y los voluntarios castellanos, á la par que contestaban al vivo fuego de la guarnicion del castillo, encerrada en el cuartel, prorumpieron en entusiastas *vivas* y voces de júbilo y hurras de victoria y de triunfo.

Los soldados isabelinos abandonaron al poco rato el cuerpo de guardia y descendieron á la villa.

Alió era dueño de Morella.

Encendió la hoguera en el punto convenido con Neira y García, abrió los almacenes de las municiones de guerra, repartió granadas de mano y cartuchos, colocó treinta hombres en la puerta del castillo, reforzado perfectamente, con órden de hacer fuego contra todos los que se aproximasen, y esperó, tranquilo ya por el éxito de su heróica hazaña, las primeras ráfagas de la aurora del 26.

. . . .

¿Qué hacía entre tanto el ex-gobernador de la plaza y castillo de Morella, D. Bruno Portillo y Velasco?

Suponemos que dormir á pierna suelta.

Tenía una cómoda habitacion en la villa, no en la fortaleza, y se comunicaba con ésta á favor de un camino cubierto que enlazaba los portones de las dos, y de cuyos portones él solo guardaba las llaves.

Seguramente que al soplarse alguna vez los dedos ateridos de frio, y ver cómo caia la nieve en blanco remolino, y oir el zumbido del viento que bramaba con sordos ecos al cruzar por entre las ojivales claraboyas de la torre arciprestal de la vetusta Morella, diria el buen gobernador en sus adentros, y frotándose las manos de puro gusto:

—¡Famosa noche, por Dios, para que se hielen todos los *facciosos* que *me* bloquean!

Y se acostaria muy tranquilo, y roncaria al poco rato, y soñaria quizás que los carlistas bloqueadores estaban ya trasformados en relucientes caramelos.

Pero ¿quién le veria saltar del lecho á las cinco de la mañana del 26, cuando el comandante de la guardia del castillo, D. Mariano Cuero (teniente del provincial de Santiago), se le presentó cabizbajo, diciendo, sobre poco más ó ménos, esta espeluznante frase:

—Han ganado á Morella!

Por Dios y por mi ánima,—como juraba Sancho,—comprendo que hay instantes en que el hombre de mejor temple es muy capaz de entregarse á la desesperacion más diabólica.

Y con mucha razon el coronel ex-gobernador, D. Bruno Portillo y Velasco, que un mes y medio ántes habia escrito al general Cabrera que la fortaleza de Morella no sería *carlista* miéntras permaneciese piedra sobre piedra, y que en sus murallas se habrian de estrellar los batallones de los *rebeldes*, y que sólo pasarian éstos por encima de su cadáver y hollando las puntas de las bayonetas cristinas, y todas aquellas otras andaluzadas que han tenido ocasion de leer nuestros suscritores en el capítulo precedente.

Hagamos, sin embargo, justicia al buen ex-gobernador.

Formó inmediatamente la tropa que habitaba en el cuartel de la villa, contíguo á la fortaleza, mandó que se tocase generala con la campana de su casa; hizo ocupar la elevada torre de San Miguel al ayudante del provincial de Santiago, D. Jaime Iglesias, y puesto á la cabeza de unos 200 hombres que pudo reunir entre soldados y nacionales, marchó con ánimo resuelto al primer cuartelillo de la fortaleza.

Pero el bravo Alió habia previsto este caso, y recibió

al coronel Portillo con una lluvia de balas y de granadas de mano.

No se daba aún por vencido el infeliz ex-gobernador, sino que pretendia volver á su casa en busca de faginas embreadas para incendiar la puerta del castillo; mas quiso su mala estrella que resbalase á los pocos pasos y cayese sobre la nieve «dislocándose ámbas piernas (1).»

Á las seis de la mañana, al mismo tiempo que el estampido de los cañones de Morella anunciaban el triunfo de Alió, el coronel Portillo salia de la plaza en direccion de Horcajo.

Retrocedamos ahora en busca de los oficiales Neira y García.

¡Qué lentas debieron pasar las horas para el corazon de estos valientes!

Desde las dos y media de la madrugada, en que se despidieron de ellos sus dignos compañeros, hasta que brillaron en la cumbre del nevado peñasco, en medio de la profunda oscuridad del espacio, las afiladas llamas de la hoguera que anunciaba el triunfo, un siglo debió de correr para el ánimo inquieto de aquellos dos fieles compañeros.

Pero cuando vieron la señal anhelada, gritos de alegría, voces de entusiasmo, vivas al Rey y á los valientes de Morella, vinieron á despertar á los soldados que tenían á sus órdenes.

En breves instantes despacharon confidentes á los jefes de los demas destacamentos que cubrian el bloqueo de la plaza, y que aún ignoraban la bizarra hazaña de sus bravos compañeros, para que se fuesen moviendo hácia Mo-

---

(1) Así lo dice él mismo en su parte al general Oráa, trasladado por éste, desde Teruel, en 14 de Febrero, ál Ministro de la Guerra.



rella, delante de cuyas puertas deberian reunirse á las ocho de la mañana.

No fué de los últimos que acudieron el teniente Gago, jefe del destacamento de Mas del Bosche.

«El dia 25—dice en su Diario—al recibir el ***santo***, se me dió órden de ***mucha vigilancia*** en aquella noche: por consiguiente, no era noche de dormir.

»Hácia las cuatro de la mañana, avisóme un centinela de haberse oido un tiro, y salí de escucha al campo; pero nada percibia, á causa de la distancia, sino un ruido ejano.

»Volví á mi puesto, llamé al teniente Manso, y los dos, seguidos de quince hombres, emprendimos silenciosamente la marcha hácia la plaza.

»Dimos una vuelta completa, sin sentir movimiento en la villa, sino en el castillo.

»Después nos aventuramos hasta llegar á la puerta de éste, y la encontramos cerrada y el puente caido. Entónces, no sé por qué casualidad se nos vino á la mano una escala, subí por ella hasta la conclusion del muro y estuve allí escuchando un largo rato; pero nada pude percibir distintamente: por cuya razon, y para no comprometer á mis quince soldados, volví á mi puesto, donde al poco rato me llegó un aviso del comandante Neira para adelantarme hácia Morella, como lo ejecuté seguido por el destacamento.»

Del mismo modo se reunieron tambien bajo los muros de la plaza los demás jefes de los puestos, y á las diez de la mañana llegó el coronel Delgado, que se hallaba en Sinctorres, y á quien un ordenanza de Neira habia llevado á todo escape el anuncio de la victoria.

Alió abrió las puertas, y Delgado y Neira, al frente de os tres batallones castellanos, al mismo tiempo que se

izaba en el castillo y en la plaza la enseña carlista y los cañones la saludaban con roncos estampidos, tomaron posesion de la antigua capital del Maestrazgo, en nombre del rey D. Cárlos V.

Tal fué la heróica hazaña de Morella, cuyo relato, como ántes hemos dicho, parece mejor artificiosa invencion de novela que fiel expresion de la historia.

. . . .

En esta peligrosa sorpresa sólo hubo un herido: el soldado Benito Pineda, de Búrgos.

Enriqueciéronse los parques carlistas con once piezas de artillería y una infinidad de fusiles, y halláronse los almacenes y sótanos de la plaza atestados de víveres y municiones de guerra.

El mismo dia 26, apénas se hubo tomado posesion, remitió el coronel Delgado un expresivo oficio al general Cabrera, participándole la fausta nueva (1).

Pero no anticipemos los sucesos.

---

(1) Detalles estos últimos que constan en el *Boletin del Ejército Real*, núm. 108.



CAPITULO XXI.

Benicarló.—A Morella.—Gandesa.—Cherta y Tosa de Pelada.—D. Antonio Tallada.—Iniesta —Dos derrotas.—Sentencia y ejecucion.—Prisioneros.

Próspero para las armas carlistas de Aragon comenzaba el año 1838.

Ondeaba la enseña de la legitimidad en las almenas de Morella, y la fuerte plaza de Benicarló, al dia siguiente de la sorpresa de aquella, se rendia al general Cabrera.

El coronel D. Magin Solá al frente de escogida infantería carlista, y los coroneles MM. José Lespinace y Alejandro Gonzaga (1), Conde de Murzynowski, caballero frances el primero y polaco el segundo, ambos admiradores de Cabrera, á la cabeza del regimiento de caballería de Tortosa, presentáronse delante de Benicarló, entrada ya la noche del 22 de Enero.

Al amanecer del 23, alzadas baterías contra las fortificaciones de la villa, Cabrera, que dirigia el asedio, inti-

(1) Descendiente de la ilustre casa de este nombre.



mó la rendicion á los sitiados, concediéndoles el espacio de dos horas para deliberar.

Pero estos, animados por su mismo espíritu de entusiasmo por la causa liberal, y alentados por el recuerdo de otros sitios que ántes la misma plaza sufriera, y de los cuales habia salido victoriosa, rechazaron la proposicion del general Cabrera y se prepararon á la defensa.

Es de advertir que el general Borso, con la division primera del ejército del Centro, se hallaba en Murviedro y el general Oráa en Valencia; á los dos se les habia remitido numerosos oficios reclamando auxilio, y los sitiados contaban acaso con la proteccion de cualquiera de ellos.

Rompióse el fuego, abrieron anchos boquetes en los reductos de la plaza los proyectiles de los cañones carlistas, y arrojáronse por una batería de morteretes algunas bombas que causaron grandes estragos.

Los defensores no se desanimaban: al contrario, delante de las brechas colocaban resueltamente, y á cuerpo descubierto, sacos de arena construidos con las ropas de las familias de los milicianos, construian anchos fosos y se levantaban fuertes barricadas.

Pero el auxilio de Oráa ó de Borso no llegaba: es más, un buque ingles que anclaba en el puerto y que intentó barrer la playa con algunas andanadas de metralla que arrojó contra las fuerzas sitiadoras, hizo de improviso rumbo al Este y desapareció en el Océano.

Porque el general Cabrera, al apercibirse de la hostilidad del buque británico, mandó conducir á su presencia al cónsul de Inglaterra en Benicarló, Mr. O'Connor, y le dijo sin ambajes ni rodeos:

—Caballero: siempre he respetado el pabellon británico, pero si ese buque continúa haciendo fuego sobre mis soldados, le prendo á V. y le fusilo.

Golpe maestro que obligó al buque á largarse viento en popa mar adentro, por la cuenta que le tenia al amenazado cónsul, Mr. O'Connor, quien tuvo muy buen cuidado de comunicarse con el comandante del bergantin guerrero y darlo *detalles* de todo.

Este accidente desanimó sobremanera á los sitiados: y cuando en la tarde del 27, después de tres dias de fuego, anuncióles Cabrera, por medio de parlamento, su resolucion de mandar el asalto si no se sometian, sufriendo por lo tanto las consecuencias horribles y las crueles vejaciones que hacen sufrir los vencedores á las plazas así conquistadas, rindiéronse á discrecion.

Quedaron por lo tanto prisioneros de guerra 52 nacionales, dos compañías del provincial de Leon, con sus oficiales, y el gobernador militar de la plaza y comandante del fuerte.

»Ocupáronse 400 fusiles, 14 caballos, cinco cañones de hierro, una culebrina de bronce, un obus de siete pulgadas, 3.000 granadas de mano, y hasta 18 carros cargados de toda clase de pertrechos y municiones (1).»

Dos hechos principales ocurrieron en el sitio y rendicion de esta plaza.

El primero, rasgo de abnegacion que retrata fielmente el génio de Cabrera, le describe el *Boletin del ejército Real* de esta manera (2):

«Como fué forzoso apagar los fuegos que los sitiados hacian desde la torre de la iglesia, el general mandó que fuese atacado inmediatamente el tambor principal, donde el enemigo tenía tres cañones.

---

(1) *Boletin del Ejército Real*, núm, 109.—No hay parte *oficial* isabelino.

(2) Véase el núm. 109.

»Difícil era la operacion, porque sobre la lluvia copiosa que caia y el lodo del terreno, era preciso trabajar mucho para conseguirlo; pero agarrándose el general á la cuerda sujeta al carro en que se hallaba nuestro cañon de á ocho, empezó á tirar, y á su ejemplo todos los que lo acompañaban.»

Esto dió por resultado la rendicion de los nacionales encerrados en la iglesia.

El hecho segundo á que nos hemos referido fué el siguiente:

Era jefe de los peseteros de Benicarló el célebre Valero de Calig (1), hombre cruel con los carlistas, que no perdonaba á ninguno aun cuando fueran aprehendidos inermes, ó en sus casas, ó en los hospitales, y cuya fama de sanguinario se habia acrecentado últimamente con el inícuo fusilamiento del teniente coronel carlista, D. José Vicente Persiva, que fué sorprendido (hallándose enfermo y tomando baños de mar en la playa de Alcosebre) por aquel, conducido á Peñíscola, y ejecutado á las pocas horas, no obstante la oposicion de algunos peseteros de la misma partida, más humanos que su jefe.

Cabrera estipuló con el parlamentario de los sitiados que concederia á todos la vida y el canje, si ocasion de esto último le ofrecia el general Oráa,—exceptuando á Valero de Calig, por el cobarde é inhumano asesinato del teniente coronel Persiva.

Súpolo el jefe de los peseteros, aunque ya lo presumia, y se encerró en la torre de la iglesia con los 52 francos que le obedecian, dispuesto á resistirse hasta el último instante.

(1) Calvo y Rochina llama á este indivíduo *Roure.—Historia*, página 349.

Mas sea porque le obligaran sus soldados, sea porque los proyectiles de los cañones de Cabrera amenazaban convertir en ruinas la iglesia y envolver á todos en los escombros, la verdad es que Valero ofreció rendirse en el acto si el general carlista le concedia una breve conferencia.

Concediósela Cabrera, depuso aquel las armas y se presentó, con su gente, al vencedor.

Díjole entónces que, si le hiciese merced de la vida, él le daria en cambio la plaza y fuerte de Vinaroz, villa importante y rica (muy comprometida por la causa de Isabel II), que dista una legua de Benicarló, y cuya posesion deseaba Cabrera.

Y explicóle la manera de efectuar la sorpresa en aquella misma noche: iria Valero con una pequeña partida de sus francos, á vanguardia de tres ó cuatro batallones carlistas; llegaria á las puertas de la plaza demandando hospitalidad; abriríanlas en seguida los de adentro, y se introducirian sin obstáculo en la fortaleza los soldados de Cabrera.

—Convenido,—dijo éste, no pareciéndole mal el proyecto del astuto Valero de Calig.

Cuatro batallones, tres de valencianos y uno de tortosinos, al mando del coronel Boix, salieron de Benicarló á las diez de la noche, y, guiados por la pequeña partida de francos, llegaron en breve delante de las tapias de Vinaroz.

Al *quién vive* del centinela, contestó Valero de Calig:

—¡Isabel II y libertad!—y se adelantó con su hermano, quien le acompañaba, hasta las mismas puertas de la villa.

Pero tocar en ellas, agarrarse á dos escalas que los de arriba les arrojaron, trepar por ellas á todo escape, ganar la altura y romper el fuego de fusilería y de cañon contra

las engañadas masas carlistas, fué obra de un solo instante.

Los dos Valero, merced á esta finísima astucia, con ribetes de traicion, estaban en salvo.

Boix, con los cuatro batallones, y la partida de francos desarmada, volvióse á Benicarló.

Tales fueron los dos hechos principales ocurridos en la toma de esta plaza.

No decimos bien: fáltanos referir el tercero, quizá el más importante.

Apénas habia el general Cabrera entrado en su alojamiento, al anochecer del 27 de Enero, cuando se presentó en las avanzadas carlistas un ginete castellano, lleno de lodo, empapado en sudor, y con muestras evidentes en el rostro de ser portador de alguna fausta nueva, preguntando por el general en jefe del ejército.

Condujéronle delante de éste, sacó un pliego cuidadosamente envuelto, y le puso en sus manos.

Cabrera, trémulo de alegría, leyó lo que sigue:

«Ejército Real.—Brigada castellana.—Excmo. Sr.: Son las once de la mañana, y tengo la satisfaccion de decir á V. E. que la plaza y castillo de Morella reconocen al mejor de los monarcas: yo me he situado en aquella con los batallones 2.° de Búrgos y 1.° de Valladolid. El Gobernador rebelde se fugó con casi todas las fuerzas en direccion á Aragon.... Daré á V. E. los detalles y relacion de los aprehendidos.... Dios guarde á V. E. muchos años. Morella, 26 de Enero de 1838.—Excmo. Sr.—El jefe de la brigada, *José María Delgado*.—Excmo. Sr. D. Ramon Cabrera, comandante general de Aragon, Valencia y Murcia (1).»

---

(1) Impresa en el *Boletin del Ejército Real.*—Tráela íntegra Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 129 y 130.



Trémulo de alegría, repetimos, leyó Cabrera la comunicacion cuyo extracto antecede.

Morella, la plaza más importante del Maestrazgo, la misma cuya posesion ambicionabá, que era objeto de sus meditaciones y cábalas guerreras, Morella habia caido en poder de sus bravos castellanos:— quizá cuando ménos lo esperaba, erguíase por encima de los muros de la fortaleza el pendon de Cárlos V.

Rodeábanle en aquellos instantes sus más queridos oficiales, y exclamó :

—Gozáos, señores, con mi alegría! ¡Morella es nuestra! Viva el Rey!

Y todos, con la expresion del entusiasmo, contestaron á una voz :

—Viva el Rey! ¡Viva D. Ramon, que nos lleva á la victoria!...

Inmenso fué el júbilo de todos, mayor aún después de la jornada de aquel dia.

Hé aquí la *órden general* que circuló Cabrera con motivo de la conquista de Morella :

«Voluntarios!—Viva el Rey!—A esta voz han sucumbido los que poco há desafiaban vuestro valor y lealtad, jactándose de que se alimentarian con carne humana (1), ó sea con los cadáveres de nuestras familias. Esto me recuerda que dos años van á cumplirse ahora del sacrificio de mi virtuosa é inocente madre, recuerdo que acibara todos los instantes de mi vida, y está grabado en mi corazon con letras de fuego. Morella es ya del mejor de los monarcas : loor á los denodados castellanos, nuestros ca-

(1) Alusion á la carta insensata del gobernador de Morella, Don Bruno Portillo y Velasco, que ya habrán leido nuestros lectores en el capítulo XIX, la cual fué impresa en la *Gaceta de Madrid*, número 1136.



maradas! — Tambien á vosotros reserva el cielo nuevos laureles, porque sois valientes y peleais por la religion, por el Rey y por las leyes que han hecho felices á nuestros padres. Acabais de vencer en Benicarló, y vencereis siempre que, observando una rígida disciplina, sigais los preceptos de los dignos jefes y oficiales que os mandan, y de vuestro general y compañero—CABRERA (1).»

—Á Morella! —dijo al siguiente dia, y el 31 de Enero, á las tres de la tarde, en medio de las aclamaciones del pueblo, de los vivas de la guarnicion castellana, y de los acordes de la música, al mismo tiempo que las campanas tocaban á vuelo y la ronca voz de los cañones retumbaba en el espacio, entró en Morella el bravo general carlista (2).

Puso las charreteras de capitan al fiel y valiente Ramon Orgué, *número primero* en el asalto; las insignias de subteniente al intrépido Manuel Martinez, *número dos*; y la cruz de San Fernando de segunda clase y el empleo inmediato al denodado D. Pablo Alió; donó seiscientos reales á cada uno de los veinte soldados del primer grupo, quinientos á cada uno de los del segundo, y una onza de oro á los treinta voluntarios de la fuerza de reserva; concedió un ascenso á los beneméritos oficiales Vidal, Lúcas y García, y señaló con el grado de coronel al comandante del 1.° de Valladolid, D. Martin Gracia, iniciador de la sorpresa llevada á cabo con tanta suerte por el Sr. Alió.

Dedicóse tres dias á reconocer las fortificaciones de la plaza y á mandar reforzar los puntos débiles, nombró gobernador á D. Ramon O'Callaghan, que lo era de Cantavieja (en cuyo destino le sucedió Gracia), y publicó un

(1) *Boletin del Ejército Real*, 28 de Enero de 1838.
(2) *Boletin del Ejército Real*, 7 de Febrero.

bando para «conceder permiso de volver á Morella á las familias desterradas por el gobernador rebelde, D. Bruno Portillo y Velasco (1)».

Antes de salir de Benicarló, anunció al Rey y á la *Junta superior gubernativa*, con fecha 27 de Enero á las nueve de la noche, la sorpresa de Morella, y esta corporacion en medio de su entusiasmo dirigió á los carlistas de España una patriótica alocucion (2), animándoles á proseguir con teson y valentía la obra comenzada, «porque el Dios de las victorias protegia visiblemente á los heróicos soldados que prodigaban su sangre en defensa de la religion y del Rey.»

Entre tanto, decia el coronel Portillo y Velasco, ex-gobernador de la plaza de Morella, al general en jefe del ejército del Centro.

«No han bastado mis desvelos y fatigas para conservar la plaza... Desde el mes de Setiembre hasta mi último parte del 23 del actual, he reiterado á V. E. los diferentes apuros que me han rodeado; pero en la madrugada de este dia (26 de Enero) he agotado la copa del dolor.»

¡Triste escarnio de la suerte!—Quien esto escribia al general Oráa, era el mismo que habia escrito á Cabrera, mes y medio ántes, que en el castillo de Morella no se izaria jamas el pendon absolutista.

El bravo D. Luis de Llangostera (miéntras esto sucedia en el Maestrazgo), aún no curado de la herida recibida en el ataque de Torrevelilla, preparaba el sexto sitio de Gandesa.

El dia 9 de Febrero levantó baterías delante de los mu-

(1) Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 148 y siguientes.

(2) Puede leerse íntegra en el *Boletin del Ejército Real*, 28 de Enero de 1838, y á Córdova, *Vida*, tomo III, 150.

ros de la plaza, y rompió el fuego con tres piezas: de á diez y seis, de á doce y de á ocho.

Los sitiados intentaron construir dos baterías enfrente de las del enemigo, mas con tanta desgracia, que hubo de derrumbarse la pared de contension, quedando una brecha practicable, por haberse cegado el foso con los materiales de la muralla derruida.

Justo es confesar, si hemos de creer en el parte isabelino (1), puesto que no hay parte carlista, que los sitiados se portaron como bravos españoles.

Las mujeres, los ancianos, hasta los niños, corrieron á la brecha, limpiaron el foso, cerraron aquella, y reforzaron con sacos de arena el lienzo resentido por el desplome, no obstante el vivo fuego de los sitiadores, que comprendieron la importancia de evitar la conclusion de aquellos trabajos.

Desde el dia 12 hasta el 31 arrojaron los cañones carlistas sobre la altiva ciudad (segun el parte isabelino; repetimos) 435 granadas y 1.728 balas de los tres calibres ya citados, ocasionando grandes estragos en la poblacion y en las defensas, pero los cuales, con una constancia admirable, eran subsanados durante las noches.

El 1.° de Marzo apareció en el camino de Batea la division cristina que mandaba D. Santos San Miguel, segundo cabo á la sazon de Zaragoza, miéntras la columna del general Ayerbe (D. Joaquin) salia de Tortosa y se dirigia á Cherta con el fin de atacar á los carlistas por retaguardia al mismo tiempo que aquel les presentaba el combate en Batea.

Mas tambien apareció entónces Cabrera con seis batallones y el regimiento de caballería de Tortosa.

(1) *Gaceta de Madrid*, 25 de Marzo de 1838.

Mandó el grueso de las fuerzas á Batea, y con dos batallones y 100 caballos ofreció el combate al general Ayerbe en las inmediaciones de Cherta.

Segun el parte carlista (1), el objeto que se propuso Cabrera en esta la accion no era otro sino evitar la union de las fuerzas de San Miguel y Ayerbe.

Y lo consiguió tal como se propuso: porque éste, en la noche de la accion (27 de Febrero) entraba otra vez en Tortosa, de donde habia salido, sin esperar el nuevo ataque con que Cabrera le brindaba.

Las pérdidas que apuntó el jefe carlista en sus *Memorias* consistieron en 10 muertos y 36 heridos, entre los primeros un teniente de los cazadores tortosinos y entre los segundos dos oficiales.

El general Ayerbe escribió un parte muy gracioso.

En él se dice (2) que «el enemigo hacia un fuego horroroso» y que no abandonaba sus posiciones; que ordenó Ayerbe un ataque simultáneo á la bayoneta y que «los carlistas se aterraron;» que hacian, *aterrados y todo*, vigorosa resistencia y que se parapetaron luego en los puertos; que sus tropas llegaron hasta el pié de éstos, y que tuvo sin embargo que mandarlas retroceder ante el *aterrado* enemigo.... porque se venía encima la noche.

Pedir más disparates y contradicciones, sería pedir un imposible.

Concluye el general Ayerbe fijando su pérdida en ocho muertos y 41 heridos, y «reputando la del enemigo en *cuádrupla* (3)—dice—de la que yo he sufrido, y desde

---

(1) *Boletin del Ejército Real*, 14 de Marzo.—Desde principios de dicho mes se imprimia en Morella.

(2) Véase la *Gaceta de Madrid*, 25 de Marzo de 1838.—¡Si tuviese de exacto lo que le sobra de arrogante!...

(3) ¡Sopla!—Excelente gramática...

luego puede determinarse la de 15 oficiales, entre muertos y heridos.»

San Miguel, entre tanto, llegaba á Gandesa, hacía levantar el sitio, y tomaba la extraña é inconcebible resolucion de abandonarla, obligando á los desdichados habitantes de la ciudad infortunada á dejar sus hogares y buscar un asilo en desconocido territorio.

Determinacion acriminada por muchos, tímidamente defendida por algunos, y protestada con energía y altivez dignísimas por el comandante de la Milicia Nacional de aquel punto.

Llevóse á cabo sin embargo el dia 3 de Marzo.

¿Quién viera despedirse de las casas donde habian nacido y de los sagrados lugares donde reposaban las cenizas de sus mayores á aquellos desventurados ciudadanos? ¿Quién los viera desde las alturas de Villalba dirigir la postrer mirada á sus desiertos hogares? ¿Quién los viera á todos, hombres y mujeres, ancianos y niños, madres y esposas, caminar en confuso desórden, al traves de montañas y llanuras, buscando un refugio en extraño suelo?

¡Maldicion sobre las guerras civiles! Ellas son la causa de dias infaustos de desolacion y ruinas, de sangre y lágrimas, de furor y exterminio.

Para colmo de desventuras, San Miguel condujo á la errante tribu de Gandesa por enfrente de los batallones de Cabrera, y éste se preparó al combate.

El primero, á la cabeza de 5.000 peones y 400 ginetes, se posesionó de las alturas de Vistabella, miéntras el segunda amagaba un ataque por el flanco á la retaguardia cristina, mandada por el brigadier Ábecia, y compuesta de várias compañías de cazadores, un batallon del Infante, medio del Rey y un escuádron de la Reina.

Empeñóse la accion por este lado, y el general San Mi-

guel, al recibir un aviso de Abecia en que le anunciaba éste que apénas podia sostenerse, corrió á prestarle ayuda con varios batallones y tres escuadrones, consiguiendo arrojar á los carlistas de sus posiciones y sacar á salvo el convoy interesante de Gandesa, «sin haberse extraviado ni una sola persona de distinta edad ó sexo, ni un herido,» y entrando felizmente en la villa de Tabara á las nueve y media de la noche. Fija su pérdida en nueve muertos y 75 heridos, entre éstos cuatro oficiales, y comunica que «ignora la del enemigo, porque el país, en el mal sentido en que se halla, no da noticia alguna.» (1)

En resúmen, tal es el parte isabelino, fechado en Caspe á 4 de Marzo.

Cabrera dice que, al avistar al enemigo, tomó posiciones en el otero de la Tosa Pelada, con una fuerza que sólo ascendia á 2.100 infantes y 100 caballos, ménos de la mitad de la division enemiga.

Cargaron cuatro compañías del 1.º de Mora y 20 lanceros de Tortosa, y «la primera descarga bastó para desordenar á los rebeldes, y un batallon entero habria quedado prisionero, si no hubiese sido protegido por la numerosa caballería de los cristinos.»

Cuando ya el combate se hizo general, la fuerza de San Miguel desplegó sus 400 ginetes, y cargaron todos contra los cazadores carlistas; pero éstos resistieron con la mayor serenidad y acierto al empuje de aquellos, haciendo en aquella masa informe estragos espantosos.

El jefe carlista declara que la pérdida fué de 12 muertos y 87 heridos (2).

---

(1) *Gaceta de Madrid*, 12 de Marzo de 1838.

(2) *Boletin del Ejército Real*, 14 de Marzo de 1838. — Parte fechado en Gandesa, á 4 de igual mes y año.

Cabrera hizo ocupar Gandesa, aprovechóse de todo lo que no habia destruido el general San Miguel, y dió en seguida la vuelta á Cantavieja y Morella.

Ocupémonos ahora nosotros de la suerte desventurada que cupo al segundo comandante general de Múrcia, don Antonio Tallada.

Este, labrador de la villa de Ulldecona, amigo y compañero en las faenas del campo del intrépido Forcadell, sentó plaza en las filas realistas que acaudillaba el célebre Chambó, durante la segunda época constitucional, ascendiendo al empleo de teniente.

Presentóse en Morella en los primeros dias del alzamiento carlista, asistió á la rota de Calanda, y luego, con una pequeña partida, se incorporó á las fuerzas del malogrado Carnicer, continuando á las órdenes de Cabrera, después de la muerte de aquel jefe, siendo muy apreciado del caudillo tortosino, quien le confió en alguna ocasion el mando de un batallon de cazadores, teniendo en cuenta el exaltado valor de que daba inequívocas muestras.

Hubo de oir, á principios de 1838, que el general Cabrera anhelaba una numerosa fuerza de caballería, y se brindó á recorrer los territorios de Múrcia y Andalucía para lograr caballos.

A la cabeza, pues, de cuatro batallones, tres escuadrones y una seccion de artillería con cuatro piezas, componiendo un total de 2.700 hombres, poco más ó ménos, salió de la villa de Chelva en la mañana del 16 de Enero del año ya citado.

El mandaba la infantería, el coronel Rodriguez Cano *(La Diosa)* la caballería, y el capitan D. Vicente Piera la artillería.

Llegó á la villa de Iniesta en 21 de Enero, sorprendió á una columna de 250 infantes de la Guardia Real, y

mandó que su jefe y seis oficiales más, fuesen pasados por las armas.

Para dejar las cosas en su lugar, conviene detenernos en esto,—ya que se tomó luego por pretexto para ordenar el fusilamiento del infeliz Tallada.

La *Gaceta de Madrid* lo refiere de este modo (1):

«.... Sorprendió Tallada en Iniesta á una pequeña columna de tropas de la Reina, compuesta de 250 hombres, la cual, después de haber llenado su deber defendiéndose con valor, tuvo qué ceder á la excesiva superioridad numérica, y su digno jefe, el capitan de la Guardia Real, D. José Zeffel, capituló pública y verbalmente, ofreciéndole Tallada cuartel, é interponiendo por garantía su palabra de honor. Mas léjos de cumplirla.... mandó fusilar al referido capitan y seis valientes oficiales más, cuyo horroroso é inhumano sacrificio fué consumado sobre el puente de Carrasco....» (2)

Un historiador constitucional (3) apénas da noticia de este hecho sino para afirmar que «en virtud de los fusilamientos ejecutados en el puente de Carrasco, fué luego pasado por las armas el *cabecilla* Tallada.»

Y otro cronista, que poseia buenos datos y preciosos documentos, procedentes de oficiales y jefes de los dos bandos enemigos, presenta la cuestion de otra manera.

Parece ser—segun los *Diarios* carlistas—que las dos compañías sorprendidas se encerraron en la iglesia de Iniesta, con propósito firme de resistir á todo trance.

Mas hé aquí que el comandante D. Manuel Gasset llega

(1) *Gaceta de Madrid*, 11 de Marzo de 1838.

(2) *Gaceta de Madrid*, ya citada.—Con permiso de la publicacion *oficial*, afirmamos que no fueron *siete* los oficiales fusilados, incluyendo al capitan. Fueron: éste, cinco subalternos y un tambor.

(3) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 347.

á saber que el jefe cristino era un amigo suyo, y pide licencia á Tallada para hablarle, con objeto de tratar de capitulacion.

Aquella misma noche se reunieron ámbos, el carlista y el isabelino, en la tienda de Tallada, y el Sr. Zeffel, aunque no se rindió desde luego, por ignorar cuál sería la determinacion de los demás oficiales, sus compañeros, no dejó de darles esperanzas y promesa segura de contestar por escrito: así lo hizo, en efecto, más diciendo «que contaba con fuerzas suficientes para resistir y defenderse, y que además esperaba un pronto socorro.»

Tallada, no obstante, dilató el momento de principiar el combate hasta el amanecer del siguiente dia (21 de Enero), hízoselo saber por medio de un oficio al capitan Zeffel y le anunciaba al mismo tiempo que se romperia el fuego si no se entregaban sus tropas dentro del término fijado.

«Como esperábamos—continúa un *Diario* carlista—que se rendirian, Tallada, vários jefes y oficiales se aproximaron al fuerte, y resguardados de los centinelas enemigos, aguardaban la hora para presenciar el acto de la rendicion; pero fué grande nuestra sorpresa cuando el modo de rendirse fué hacernos una descarga por una ventana ó agujero, de cuyas resultas quedaron heridos un hermano de Tallada y dos oficiales de caballería.

»Acto contínuo se dieron las órdenes para atacar el fuerte» (1).

Atacóse con valentía: los voluntarios carlistas, exasperados por la ruin accion de los enemigos, arrimaron á las puertas de la iglesia, despreciando el horroroso fuego de los sitiados, haces de paja y leña, encendiéronlos y rompieron aquellas.

---

(1) Córdova, *Vida,* tomo III, pág. 107 y siguientes.

Apodéranse en seguida de la iglesia y de la escalera de la torre, donde se habian refugiado los pocos que aún resistian, inclusos los oficiales, y se rinden éstos á discrecion.

Luego, en el puente de Carrasco, fueron pasados por las armas los siete infelices ya nombrados.

Tal es lo que resulta de los apuntes carlistas (de testigos presenciales) fielmente extractados.

Dícese vulgarmente, y es la verdad, que para juzgar de un pleito debe oirse á las dos partes litigantes: háganlo nuestros lectores, á quienes abandonamos gustosos los comentarios.

La division continuó su marcha por la serranía de Cuenca y llegó á Alcaraz, ciudad de la provincia de Albacete, en 24 de Enero.

Llevaba el mismo camino otra columna carlista, procedente de Navarra, al mando del general García (D. Basilio), uniéronse ámbas fuerzas bajo el mando de éste y penetraron en la provincia de Jaen.

Tallada ocupó la ciudad de Baeza, y García la de Ubeda.

Aquí empieza una série de desastres para estas dos divisiones, que terminaron de una manera bien desgraciada para el segundo comandante general de Múrcia.

Era el 5 de Febrero cuando el brigadier Pardiñas (don Ramon) destrozó en los alrededores de Baeza á los batallones de Tallada, causándole una pérdida de 800 hombres.

Huyó el jefe carlista hácia Guadix y siguióle animoso el brigadier Pardiñas.

Y habiéndose avistado las dos fuerzas enemigas en los campos de Castril (1), el isabelino, cuya numerosa divi-

(1) No hay parte carlista de esta jornada.—Véanse las *Gacetas de Madrid* de 9 y 19 de Marzo de 1838.

sion luchaba con inmensa ventaja sobre las cansadas tropas de Tallada, que habian además perdido el aliento con la anterior derrota y luchaban en un país desconocido, batió tan completamente á éstas, que les causó una pérdida de 1.000 hombres, muertos, heridos y prisioneros; 52 jefes, oficiales, capellanes y cadetes; las cuatro piezas de artillería, 1.200 fusiles, caballos, acémilas, carros, bagajes y municiones.

De aquella florida hueste que un mes ántes habia salido de Chelva, apénas quedaron 200 hombres al mando del intrépido coronel de Estado Mayor, D. José Domingo y Arnau, que pudo conducirlos, á través de mil obstáculos y peligros, al punto de donde habian salido.

No cupo tanta fortuna al desgraciado Tallada.

Errante de pueblo en pueblo, con solos 100 soldados y algunos ginetes, huia de un peligro y se le presentaba otro más grave, sin saber qué determinacion adoptar en medio de un país desconocido, bastante hostil á la causa que defendia aquel jefe.

Aconsejado por el coronel *La Diosa*, trató de dirigirse hácia la provincia de Albacete para ganar en seguida la sierra de Cuenca y ver de regresar á Chelva.

El desdichado caminaba en busca del suplicio.

Hallábase en Barrax, pueblo de la provincia de Albacete, no muy distante de la fragosa serranía de Alcaraz, en cuyo punto pretendia aquel jefe descansar algunos dias y tomar nuevos alientos, y desorientar á sus perseguidores incesantes, cuando fué sorprendido, en la noche del 6 de Marzo, por una partida de milicianos, preso y conducido á Chinchilla.

En la madrugada del 13 fué pasado por las armas.

Hé aquí la sentencia:

«Antolin Escovar, soldado de la 3.ª compañía del regi-

miento caballería de Vitoria, 4.° ligero, escribano nombrado para actuar en el sumario formado al cabecilla Antonio Tallada, acusado de haber mandado fusilar en el puente de Carrasco vários oficiales del ejército nacional que hizo prisioneros en Iniesta....

»Certifico: Que en dicho sumario, al fólio diez y nueve, vuelto, se halla la sentencia que á la letra dice así:—*Sentencia.*—En consecuencia del decreto del Excmo. señor General en jefe, y habiendo hecho relacion de todo al Consejo de guerra de este dia, y comparecido el reo, presidiendo el Sr. Coronel comandante general de esta provincia D. Manuel Hernandez Reina, todo bien examinado con la conclusion y dictámen del Sr. Ayudante de Estado Mayor general, D. Manuel de la Serna, ha condenado el Consejo al reo Antonio Tallada, por unanimidad, á la pena de ser pasado por las armas, por la espalda, en el mismo sitio donde fueron inmolados los beneméritos oficiales procedentes de la defensa de Iniesta, llevando un cartel sobre el pecho, que diga: *por alevoso*.... Chinchilla, 12 de Marzo de 1838.—*Manuel Hernandez Reina.*—*José Rodeja.*—*Hermenegildo Moya.*—*Ramon Galovardas.*—*Antonio Galindo.*—*Angel Acosta.*—*Paulino Barrios.*

»Y para que conste y obre los efectos consiguientes, firmo el presente.... en Almansa á 13 de Marzo de 1838.—Antolin Escovar (1).»

Este fué el desgraciado fin del bravo coronel Tallada.

Para concluir este episodio desgraciado, deberémos decir el fin que tuvo la expedicion del general García (don Basilio), ya que por algunos dias unió su suerte con la de la division del Túria.

Tres numerosas columnas la perseguian sin descanso:

(1) *Gaceta de Madrid*, 17 de Marzo de 1838.

Sanz (D. Laureano), Pardiñas y Flínter (1); y era tal el desaliento de los carlistas, acosados y como encerrados en aquel ancho círculo de bayonetas enemigas, que las deserciones hacian mermar las filas y la insubordinacion asomaba su asquerosa y desgreñada cabeza.

Lo temible sería, para el general realista, un dia de combate con gentes ya casi derrotadas.

Y ese dia llegó: pudo eludir la persecucion del general Sanz, que corria tras de los fugitivos Tallada y Arnau; pero Flínter le alcanzó en Valdepeñas, y más tarde Pardiñas en Béjar, destrozando ámbos á la desmoralizada columna expedicionaria.

Por manera, que llegaron á Aragon,—dice un cronista,—400 hombres escasos.

Cabrera, á consecuencia del éxito infeliz de estas dos expediciones, apuntó en su *Diario*,—segun el mismo cronista,—estas notables palabras:

«La experiencia me hizo ver que toda expedicion que no tiene un centro establecido para las operaciones y apoyo, es perdida indefectiblemente; pero cuando conocí el mal, ya no tenía remedio (2).»

Antes de terminar este capítulo, vamos á tocar, ***una vez para siempre***, en la enojosa cuestion de los prisioneros carlistas é isabelinos, que tanto ruido causó por entónces, que ha sido objeto de vivísimas controversias, y que ***ni aún hoy***, después de siete lustros, ***puede conocerse á fondo***.

Varios eran los depósitos donde los carlistas custodiaban sus prisioneros; mas los principales estaban estableci-

(1) El mismo que se hallaba en Almaden y fué hecho prisionero por Cabrera.—Véase la pág. 244 de esta obra.

(2) Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 114.

dos en Cantavieja, Mirambel, Benifasá, Beceite, y últimamente en Morella.

En Aragon no regía el tratado de Lord Eliot: así es que los prisioneros isabelinos, ó eran fusilados por via de represalias, ó se les guardaba en calidad de rehenes, y los prisioneros carlistas, ó eran tambien pasados por las armas, ó condenados á trabajos forzados, y conducidos á Ultramar.

En Setiembre de 1837 comenzaron las comunicaciones entre los generales en jefe de los dos ejércitos beligerantes, con el fin de arreglar la desdichada suerte de los prisioneros y tratar de establecer y regularizar los canjes: mas no debieron ser muy afortunados en un principio, á juzgar por las frases que dedicaba á este asunto el *Boletin del Ejército Real*:

«....Los prisioneros (de Benicarló)—decia—se han ido al depósito, alegres con la esperanza del canje. ¡Desdichados! Cuándo se convencerán de que su gobierno los adula miéntras derraman su sangre por sostenerle, y los desprecia cuando ya no pueden servirle!

»En comprobacion de esto existe la correspondencia entre nuestro general (Cabrera) y el Centro (Oráa) para lograr que se regularice esta guerra, dando cuartel á nuestros solda dos y canjeando á los prisioneros. Lo primero ya se hace de cuando en cuando, *mas lo segundo no ha podido hacerse hasta hoy*.

»El general del Centro, vertiendo siempre humanidad y filantropía, lo dilata con palabras, gestiones y órdenes reservadas, para apoderarse por sorpresa de los prisioneros que están en nuestro poder, con lo cual sólo ha logrado remachar las cadenas de estos desgraciados, pues ha obligado á sacarlos de los pueblos donde tenian alojamiento cómodo y que ofrecian facilidad para racionarlos,

y precisado á colocarlos en puntos donde ni uno ni otro pueden tener.

»Las resultas son lastimosas: se han hecho ver al general enemigo; pero ¿qué sacamos en limpio?—Un sermon exhortando á la humanidad (1).»

Veamos ahora, á breve extracto reducida, la voluminosa correspondencia á que se alude en el texto que antecede.

Preciso es que los liberales reconozcan que el mismo Cabrera, á quien se le ha acusado de la manera más terrible por la suerte desgraciada que cupo á los prisioneros isabelinos, fué el primero que propuso el canje.

Hallándose en Albarracin, después de la desastrosa accion de Arcos de la Cantera, en 24 de Setiembre de 1837 (es decir: *un mes justo después de la de Herrera*), envió al ayudante D. Antonio Blanco para que conferenciase con el general Oráa, y le propusiese el canje de los soldados de Herrera por los de Arcos.

Pero el jefe isabelino, á quien no convenia semejante acto, contestó con evasivas al emisario de Cabrera: y no le convenia, segun luego se supo, por privar al caudillo tortosino «de unos mozos tan valientes y aguerridos,» como eran los que componian las ocho compañías prisioneras en Arcos de la Cantera.

Es decir: que de la suerte malaventurada que tuvieron los prisioneros de Herrera, sólo aparecen responsables Oráa, en primer término, y en segundo las críticas circunstancias de Aragon y Valencia durante los últimos meses de 1837 y primeros de 1838: el hambre, sobre todo, que reinaban en aquellas comarcas, asoladas por una guerra terrible hacía ya cuatro años; el hambre, decimos,

(1) *Boletin del Ejército Real*, núm. 109.

que alcanzaba á los pueblos, á los carlistas, á las guarniciones mismas de Cantavieja y la Cénia, hasta al general Cabrera, que no tuvo, en ocasiones, ni pan que llevarse á la boca (1).

Constan estos hechos, y constan en *documentos oficiales isabelinos*,—que citarémos.

La primeras comunicaciones que mediaron entre los dos generales llevan la fecha de los últimos meses del año 1837.

Pero no fueron importantes, ni tuvieron carácter decisivo, por parte de Oráa, sino las que se refieren á la primavera de 1838.

Oráa, después del primer canje, verificado en las inmediaciones de Segorbe, dé algunos oficiales de una y otra parte, escribia á Cabrera, desde Valencia, con fecha 29 de Febrero:

«Que proponia la celebracion de un canje de los prisioneros de Arcos por los de Herrera.—Que los cadetes, si no hubiese indivíduos de igual clase, se canjeen por subtenientes.—Que aquel acto puede realizarse en las inmediaciones de Murviedro.—Que se comprendan en el canje los milicianos y peseteros que hubiese en los depósitos carlistas (2).»

Cabrera, desde Morella, le contestaba con fecha 8 de Marzo:

«Que se comprenda en el número de los que han de canjearse á los oficiales D. José Costa, D. Vicente de Va-

(1) El dia anterior á la accion de Batea fué una de ellas. Un ordenanza pudo proporcionarle un panecillo, y le dividió en cuatro partès iguales, para él y tres jefes de su E. M.

(2) Repetimos que extractamos estas comunicaciones, porqué si las insertásemos íntegras, ocuparian muchas páginas. En la *Vida*, escrita por Córdova, pueden leerse algunas.

quer y D. Antonio Querol, prisioneros en la accion de Arcos, y encerrados en Madrid.—Que no tiene número excedente para realizar este canje, *por las bajas* (añade) *á que ha dado V. márgen, segun se lo tengo repetido* muchas veces.—Que los cadetes, puesto que aún no son oficiales, deben canjearse por sargentos, y no por subtenientes.—Que el acto deberá celebrarse, como el anterior, en Segorbe, y no en Murviedro.»

Oráa insistia, desde Játiva, con fecha 20 de Marzo:

«Que siendo jefe del ejército del Centro (distritos de Aragon, Valencia y Murcia), no tiene autoridad para reclamar á los tres oficiales que cita Cabrera, quienes están en Madrid (Castilla la Nueva).—Que la causa de las bajas debe buscarse en el tratamiento «atrozmente inhumano» que se ha dado á los prisioneros.—Convenidos en que los cadetes se canjeen por sargentos.—Que se le dé contestacion terminante acerca del canje de los milicianos y francos, «para resolver sobre la suerte que deberán sufrir los 2.500 prisioneros carlistas que tiene en su poder.—Que no se excluya del canje al brigadier Solano, porque entónces sufrirán la misma suerte que á aquel se haya reservado, 105 jefes y oficiales carlistas, prisioneros.»

Contestó Cabrera en tres largas comunicaciones de 26 de Marzo:

«Que los tres oficiales (Costa, Vaquer y Querol), deben entrar absolutamente en el canje, puesto que si no están en Aragon, y sí en Castilla la Nueva, es porque el mismo Oráa, para crear obstáculos en el canje propuesto anteriormente, los ha remitido á aquel punto.—Que no accede, por ahora, al canje de milicianos y francos, bajo las bases establecidas para el de las tropas del ejercito, porque la conducta cruel de los peseteros, fuera de todas las reglas que exige el de-

recho de gentes, merece castigos muy severos.—Que es cierto que mandó suspender el canje del brigadier Solano, porque conoció que se le entretenia con buenas palabras y no se canjeaban los demás propuestos.»

Sincérase además de la acriminacion que Oráa le dirije acerca de las bajas que tuvieron los prisioneros de Herrera, y dice:

«...Cuando quedó acordado el canje (1), todos (los prisioneros) estaban en poder de V., y en lugar de conservarlos, ínterin se tomaba las noticias y medidas para ejecutarlo, los trasladaron á puntos diferentes y lejanos, lo que ha producido los retardos y embarazos que ahora falsamente se atribuye á mis negativas, cuando consta la exactitud y puntualidad con que yo me conducia para terminar pronto esta operacion.

»Con esto, *que sin faltar al honor militar*, NO PUEDE V. NEGAR, y con la tentativa de querer sorprender mis depósitos estando pendientes las contestaciones para el canje, se ha dado márgen á las bajas que han experimentado los prisioneros de Herrera.

»La escasez de alimentos que ofrecia el país.... no permitia asistirles con abundancia; pero su socorro era casi igual al que recibian las tropas que los custodiaban, y no es á esto á lo que se debe la mortandad.... la ha causado la enfermedad conocida por el *tifus*, que alcanzó al pueblo y á la tropa de custodia....

».... No se ha puesto reparo en decirse á la faz del mundo (2), que habiendo yo exigido los prisioneros de Arcos para hacer el canje con los de Beceite, cuando

---

(1) En 25 de Setiembre, como ya hemos dicho anteriormente, en Albarracin.

(2) Lo dijo en las Córtes un Diputado Constituyente.

aquellos estaban en Andalucía, se mandó por ellos, y que yo dije los queria en Segorbe; y que llegados allí dije que no, que los queria en Alcora; y que llegados á este punto, que no queria canjear ningun navarro, pues queria solo de Aragon y Valencia.

»Y si sabe V. que nada hay de esto, que ni lo he soñado, ni lo he dicho ni escrito, *¿por qué razon*, **YA QUE CONOCE ESTA FALSEDAD**, *no ha tratado de desmentirla?*»

El general Oráa, desde Murviedro, con fecha 29 de Marzo, le contesta:

»Que no cree conveniente entablar una polémica sobre los prisioneros de Herrera (1).—Que desea regularizar los canjes, haciéndolos extensivos á tòdos los indivíduos de ámbos partidos.—Que para ello le propone una conferencia, en el punto, dia y hora que se designen, con un jefe de su confianza.—Que le propone desde luego el canje del miliciano Miguel Temprado, prisionero (2) en Morella.»

Cabrera, en carta sin fecha, contesta á ésta última proposicion:

«No tengo inconveniente en que se verifique el canje de Miguel Temprado, con tal que por él se me entregue al presbítero D. Manuel María Moron, que se halla preso en Valladolid, sin que sirva de inconveniente el estar fuera del territorio de V. (3)»

Siguen ahora dos larguísimas comunicaciones de am-

---

(1) Aquí viene de molde un refran castellano: *el que calla, otorga.*

(2) Fué hecho prisionero en Zaragoza, por las fuerzas de don Juan Cabañero.

(3) Este presbítero era el párroco de Almazan, quien, como ya sabemos, guardó á Cabrera después del desastre de Arévalo de la Sierra, en su misma casa.—Pág. 259, 273 y siguientes de esta obra.

bos generales (la del carlista fechada en el cuartel de Onda, á 28 de Marzo, y la del isabelino en Murviedro á 30 del mismo mes), y en ellas se inculpan severamente el uno al otro sobre la conducta que han observado los respectivos gobiernos con los prisioneros.

La de Cabrera fué escrita en virtud de las quejas de los soldados de Arcos, que fueron canjeados el 26 en las inmediaciones de Segorbe, y allí se dice, en resúmen, que «se les hizo sufrir toda suerte de penalidades, de manera que preferian la muerte ántes que consentir en su continuacion;» afirma que «va á dar un circunstanciado manifiesto á toda la España y naciones extranjeras, con mérito de los documentos que obran en su poder;» reta á los enemigos á que digan «si los prisioneros isabelinos han experimentado daño alguno, por la conducta de las tropas carlistas ó por la de su general;» compara con este proceder el inhumano trato que han sufrido sus prisioneros en las cárceles enemigas, y concluye pidiendo que se lleven á efecto las palabras que repetidas veces se le han dado de querer normalizar la guerra y regularizar los canjes.

La de Oráa rechaza las imputaciones que aquel le dirije, «porque estoy acostumbrado—dice—á guardar las leyes de la guerra con enemigo que las desconoce;» enumera luego los tormentos que han sufrido en los depósitos carlistas los soldados cristinos; asegura que los prisioneros canjeados darán tambien otro manifiesto á Europa, donde se presenten los hechos, carácter y condiciones del general Cabrera y sus subalternos, é invoca el testimonio de un representante extranjero que le ha seguido constantemente en el cuartel general para cuando llegase este caso, ó el de la publicacion de la correspondencia que ha mediado entre ambos sobre el asunto de los canjes. Con-

cluye reiterando su deseo de celebrar una conferencia para acabar de resolver este asunto con arreglo á las leyes de la humanidad y del derecho de gentes.

Por último, Cabrera le replica, desde el cuartel general de Alcora, á 2 de Abril, rechazando á su vez las imputaciones que contiene la carta antecedente, aceptando la propuesta de terminar este delicado negocio, por medio de una conferencia, «y así que haya meditado—añade—sobre los medios de verificarlo, se lo avisaré á V. para poderla llevar á efecto.»—Concluye admitiendo el canje del coronel Rodriguez Cano (*La Diosa*) por cualquiera de los jefes isabelinos que se hallan en los depósitos carlistas (1).

Tales fueron las primeras comunicaciones que mediaron hasta dejar establecida una regla para lo sucesivo, acerca de la suerte de los infelices prisioneros de uno y otro bando.

Regla, sin embargo, que no se observó, segun más adelante verémos.

El dia 26 de Marzo se celebró el primer canje en Segorbe (los de Herrera).

El 30, en Belchite, se celebró el segundo (los milicianos de Zaragoza).

Acerca de los primeros, casi nada puede decirse que no esté referido (2).

Acerca de los segundos decia la *Gaceta de Madrid* (3) «.... El fuerte de Cantavieja ha sido para nuestros compañeros de armas un depósito casi de confianza. No todos á la verdad se encontraban agasajados: algunos lo pasa-

(1) El coronel *La Diosa* fué hecho prisionero en Barrax, con el infortunado Talladas.

(2) Corre impresa una relacion de los sufrimientos de estos desgraciados.

(3) *Gaceta de Madrid*, 7 de Abril de 1838.

ron mal; pero, en obsequio de la justicia, debemos decir que no lo pasaron peor que los mismos soldados de la guarnicion. Poco pan y malo comieron algunos dias nuestros prisioneros, pero no lo comian más abundante ni de mejor calidad los facciosos que guarnecen el fuerte... Algunos de los titulados oficiales se han esmerado á porfía en su obsequio y hasta en prorumpir algunos de ellos en palabras tiernísimas, otros en expresiones de nobles sentimientos....

»Ah! ¡Quién será el que dió á esta guerra civil un carácter tan feroz!...»

Eso mismo decimos nosotros: quién sería?

CAPITULO XXII.

Otra vez Lucena.—Dos combates.—Calanda.—Heroismo.—Alcorisa y Samper.—Alcañiz.—El Conde de Negri y el general Merino.—Los tenientes de Cabrera.

Tenemos un placer en comenzar este capítulo tributando un recuerdo al digno general Oráa.

No porque seamos carlistas, debemos desconocer los méritos de nuestros enemigos; que somos tambien nobles y no nos ruborizamos por estrechar la mano de nuestros adversarios políticos, cuando éstos son dignos de cruzar sus aceros con nosotros en el campo de batalla.

Oráa, modelo de honradez é hidalguía, que abrazó la causa constitucional por conviccion íntima de que así lo exigia la felicidad de España, que estuvo ligado más tarde al triunfo de las armas isabelinas, porque mediaba ya la sangre de sus hijos, muertos en los campos de Navarra, Oráa, decimos, hombre de talento, de mucha instruccion, de profunda experiencia, era el general más hábil, el primero de los generales isabelinos, dígase lo que se

quiera, sin exceptuar al Marques de Rodil, ni al Conde de Luchana.

Jefe del ejército del Centro, luchaba contra el general Cabrera: los dos eran dignos el uno del otro, los dos hábiles estratégicos, los dos valientes y esforzados.

Y si el jefe cristino no consiguió su objeto, debemos tener en cuenta que ninguno otro de sus compañeros hubiera logrado tanto, ni mucho ménos.

Pero no reposaba ni un instante: acudia á todos los puntos necesarios con la presteza de quien tiene empeñada su limpia honra en el buen fin de sus propósitos guerreros; y si tuvo la desgracia de no vencer, en último resultado, debió consolarse con la fundada y legítima idea de que nádie hubiera hecho más.

Figúrasenos, aparte todo resábio de pasion política, que estamos en ló justo.

Tampoco el general Cabrera descansaba sobre sus laureles.

Lucena, la ciudad de los diez sitios, era el objeto predilecto de sus deseos: después de la sorpresa de Morella, decidióse aquél á realizar el undécimo cerco.

Bloqueábala el constante Forcadell, con dos batallones valencianos, desde los últimos dias de Febrero; pero eran pocos aquellos valientes para oponerse á una guarnicion legítimamente envalentonada con los recuerdós de los anteriores combates.

Por eso no podia evitar que el general Borso socorriese á la ciudad con algunos convoyes, que, á pesar del bloqueo, logró introducir en la plaza.

Mas el dia 13 de Marzo salió Cabrera con la artillería y los batallones de cazadores tortosinos, caminando con suma dificultad por los imponentes y fragosos desfiladeros del camino, y llegando ante los muros de la plaza, des-

pués de algunos descansos en Adsaneta y Alcora, al anochecer del 15.

Gobernaba la plaza el coronel D. Antonio Carruana, y formaban la guarnicion dos compañías de Marina y los nacionales; mas vagaba por los alrededores la columna de Borso, y las fuerzas de Oráa se hallaban prontas para volar en socorro de la amenazada Lucena.

Cabrera hizo ocupar las alturas del Tosal, con objeto de construir baterías y romper el fuego; pero sólo llevaba dos piezas de á cuatro y de á ocho, «con cuyas piezas,—dice en su *Diario*,—era imposible batir los muros,» por más que se arrojaran algunos proyectiles.

El jefe de los sitiados, miéntras despachaba emisarios á Borso, y en seguida á Oráa, pretendió estorbar la construccion de baterías, y dispuso una salida.

Para ello,—segun el parte isabelino (1),—dividió su gente en dos secciones.

Confió el mando de una al comandante de nacionales D. Francisco Sangüesa, dándole como punto de apoyo el reducto de Cristina, situado en la parte exterior, camino del Tosal, y con órden de dirigirse por la cima del monte: dió el mando de la otra al teniente de milicianos D. Manuel Gil, ordenándole que caminase por el flanco derecho del enemigo, y él, con la reserva, se situó en punto conveniente para acudir adonde fuese necesario.

El teniente Gil, con los nacionales que acaudillaba, avanzó sobre el flanco de la línea enemiga, sin reparar en que los batallones carlistas le envolvian tratando de cortar la retirada, de cuyo grave y ya inminente peligro pudo librarse el pesetero, replegándose precipitadamente, auxiliado por la seccion que mandaba el comandante San-

(1) *Gaceta de Madrid*, de 17 Abril de 1838.

güesa, que acudió en socorro de la compañía, y con la fuerza de reserva que, al mando del gobernador Carruana, salió inmediatamente de la plaza.

En esta salida quedó herido un nacional de Lucena, hermano del teniente Gil.

La segunda salida tampoco tuvo mejor éxito, pues las guerrillas enemigas efectuaron un movimiento de retirada, á fin de atraer á los contrarios y envolverlos—lo que no se efectuó.

Hasta aquí el parte isabelino ya citado, en el cual se fija la pérdida de «siete ú ocho bajas, entre las salidas y sitio.»

Oráa estaba en Valencia con siete batallones y tres escuadrones: Borso y Amor, con otros siete batallones, cinco escuadrones y tres baterías de lomo, se reunieron en Alcora el 21.

Cabrera se preparó al combate, fijando sus fuerzas de este modo:

Formó una línea de circunvalacion en las alturas de Villahermosa, para hacer casi imposible un ataque de frente, ó flanquear al enemigo en un caso dado, y en la cumbre de la sierra, donde se levanta la ermita de San Cristobal, punto formidable y de dificilísimo acceso, colocó cuatro batallones.

De manera, que el general Borso, para acudir en socorro de Lucena (cuyo sitio mantenia Forcadell) ó tenía que tomar las formidables posiciones de Cabrera, ó cambiar de ruta en direccion de Villamalefa, burlando la vigilancia de los confidentes del jefe carlista.

Conoció que esto era imposible y se decidió por lo primero. En efecto: atacaron con denuedo á las posiciones carlistas de San Cristóbal; y el general Cabrera, con objeto de atraerlos á una hábil emboscada que les tenía prepa-

rada hácia los puntos denominados Gasco y Malpaset, mandó que sus cazadores fuesen cediendo terreno poco á poco y sin disparar un tiro: mas Borso conoció la intencion oculta de sus enemigos; abandonó aquel combate después de cuatro horas de vivo fuego, y se encaminó por la ruta de Figueroles á la sierra del Tosal, con ánimo de forzar el paso y penetrar en Lucena.

El carlista adivinó este movimiento: ordenó que un batallon de Valencia repasase el rio, ocupase el Tosal y se opusiera con energía al tránsito del enemigo.

Así se verificó, después de un horroroso fuego.

Llegó entre tanto la noche, y el general Borso, que no pudo realizar sus deseos, acampó en el mismo camino de Figueroles, sufriendo el fuego de los morteretes carlistas hasta el punto de verse obligado á ordenar la extincion de las hogueras del vivac (1).

Amaneció el dia 22, y Cabrera observó que el jefe cristino habia ordenado un movimiento general retrógrado: para obligarle al combate por todos los medios posibles, destacó una corta fuerza del batallon 1.° de Tortosa sobre el monte Peregrí, á fin de que atacase á Borso á su paso por la falda del monte y le comprometiese á una accion por toda la línea.

(1) Como los cristinos hubiesen encendido hogueras en el campamento, Cabrera, desde las alturas donde habia colocado sus dos morteretes, mandó inquietarlos incesantemente. Y tuvieron tal acierto los artilleros carlistas, que Borso, como decimos en el texto, ordenó que se apagaran aquellas que servian de seguro blanco al enemigo.—Una granada estalló en el vientre del caballo que montaba el general Borso, en el acto de apearse éste delante de su tienda, y hallándose rodeado de sus ayudantes y E. M. Todos salieron milagrosamente ilesos, y sólo fué herido, á consecuencia de la explosion, un capitan del regimiento de Ciudad-Real.

Cumpliéronse los deseos del jefe carlista: comenzó el fuego á las seis de la mañana, y se trabó un combate empeñado y sangriento con igual valor por ámbas partes.

Borso tomó las posiciones carlistas á costa de rios de sangre, volvió á perderlas y volvió á tomarlas nuevamente; y otra vez las perdió ante el soberbio empuje de los batallones de Cabrera, los cuales, habiéndoseles acabado las municiones, se arrojaron á la bayoneta contra las masas cristinas, y arrolláronlas hasta la línea de reserva situada en San Cristóbal.

Doce horas de batalla contaban ya los bravos combatientes, cuando la noche vino á interrumpir la matanza y el exterminio, cubriendo con denso manto aquellas cruentas escenas, en que ámbas partes habian demostrado que sentian hervir en sus venas la sangre española, la sangre de los héroes.

Los dos conservaron sus posiciones, con ánimo, al parecer, de renovar el combate en el siguiente dia.

Pero Borso abandonó las suyas durante la noche, retirándose á Castellon con sus heridos, artillería y bagajes entrando Cabrera en Alcora, cuartel general que habia sido del jefe isabelino, á las ocho de la mañana del 23.

Las pérdidas del cristino consistieron en nueve oficiales, 276 soldados muertos, 25 y 900 de ambas clases, heridos, perdiendo tambien un cañon y una cureña.

Cabrera fija las suyas, durante los dos dias de combate, en 13 muertos, 76 heridos y 26 contusos, segun el estado nominal que remitió á la *Junta superior gubernativa*.

Hasta aquí, conforme en un todo con el parte carlista (1).

---

(1) Fechado en Alcora á 24 de Marzo.—*Boletin del Ejército Real*, 4 de Abril de 1838.

Mas Borso tambien se atribuyó la victoria, no sabemos por qué.

Segun él (1), «el enemigo, colocado en una série de posiciones, se habia parapetado de antemano para oponerse á su marcha sobre Lucena; pero aquí los rebeldes se vieron obligados á abandonar aquellas al arrojo y decision de los diferentes cuerpos de la 1.ª y 2.ª division del ejército del Centro: que el mismo resultado se hubiese conseguido relativamente á su artillería de sitio, si informados los enemigos del movimiento no la hubieran retirado con precipitacion sobre Villahermosa.»

Después añade:

«...Estas dos brillantes jornadas, han costado á los facciosos cerca de 600 hombres fuera de combate, teniendo que deplorar por nuestra parte, la pérdida de 20 muertos y 200 heridos, entre los que se cuentan 15 oficiales (2).»

Cabrera, á guisa de epílogo, concluye su parte de este modo.

«...Yo conservé las mias (las posiciones) como clave para cubrir el sitio establecido sobre Lucena, que ha continuado y continúa con viveza.»

Y Borso, á la vez, concluye así:

«... Mis pérdidas se hallan en parte compensadas por la dulce satisfaccion de haber sustraido del poder de los rebeldes, á un pueblo modelo de todas virtudes (Lucena).»

No puede darse mayor disparidad entre ámbos partes.

Prescindiendo nosotros de lo que se refiere á las bajas ocurridas en uno y otro campo, las cuales debieron ser muy

(1) Parte fechado en Valencia *á 23 de Marzo*, por el general Oráa, trasladando al Gobierno de Madrid el parte recibido de Borso y *fechado en Alcora á 21 del mismo mes.* — *Gaceta de Madrid*, 29 de Marzo de 1838.

(2) *Gaceta de Madrid*, ya citada.

numerosas en dos dias de reñidas acciones, ocúrrensenos estas observaciones:

Es cierto que Borso se retiró á Castellon en la madrugada del 23?

Es cierto que Cabrera conservó sus posiciones del Tosal y Alcora?

Es cierto que continuó el sitio hasta los primeros dias de Abril, y con más encarnizamiento y estrechez?

—Luego el parte *oficial cristino* no es exacto al decir que las fuerzas de Borso, en virtud de los dos sangrientos combates de 21 y 22 de Marzo, «sustrajeron del poder de los rebeldes á un pueblo modelo de virtudes (1).»

El sitio, repetimos, continuó con más impulso, y Cabrera fijó su cuartel en Alcora, tomando posiciones importantes, bien seguro de que seria atacado por Oráa.

Además: en el parte de Borso hay una equivocacion notabilísima, que no ha notado (que sepamos) ningun historiador.

El primer combate sobre San Cristóbal, el Tosal y Figueroles, se dió el dia 21; el segundo, sobre Alcora y San Cristóbal, el 22: ámbos duraron hasta las primeras horas de la noche.

Ahora bien: cómo pudo el general Borso *fechar su parte en Alcora el dia* 21 (2)?

Admitamos que esta sea una equivocacion material.

Pero de todas maneras resulta, que el general cristino entró en Castellon el 23, y que Cabrera pernoctó el 22 en Figueroles y se posesionó de Alcora en las primeras horas de la mañana del 23, en cuyo punto, á la vista de Lucena, fijó su cuartel general y permaneció los dias siguien-

(1) Palabras del parte.—*Gaceta de Madrid*, ya citada.
(2) Véase la misma *Gaceta de Madrid.*

tes: dando impulso á las obras del sitio, y estrechando á la plaza sin descanso.

—Luego ninguna parte cupo á Borso en la salvacion de «aquel pueblo, modelo de virtudes.»

Conste.

Y á propósito del intento mostrado por el general isabelino de atribuirse las victorias en las dos jornadas; hé aquí lo que dice un cronista, no muy afecto, por cierto, al general Cabrera:

«El general Borso, habiendo sabido en Castellon el apuro de Lucena, subió en su apoyo con siete batallones y cuatro escuadrones (1); pero á pesar de eso, Cabrera le esperó impávido en excelentes posiciones, y sostuvo tan perfectamente su puesto, que en los dias 21 y 22, á pesar de un continuado combate, no pudo forzar el paso y tuvo que replegarse el 23 á Castellon, adonde llegó á las once de la mañana, con un crecido número de heridos (2).»

Juzguen ahora nuestros lectores.

El sitio continuó, decimos, sin interrupcion: desde el 23 hasta el 28 ocupóse Cabrera de acelerar las obras comenzadas, miéntras que los batallones de Forcadell asediaban con vigor la plaza.

Líneas y campos atrincherados, pequeños reductos y baterías bien colocadas aparecieron ya delante de Lucena en la mañana del 28, y se rompió el fuego, que siguió por espacio de siete dias, hasta el 3 de Abril, «arrojándose multitud de granadas y 268 balas de vários calibres, cuyos cascos pesaban 33 arrobas (3).»

Una salida hicieron los nacionales con fortuna, llegando

(1) Cinco y tres baterías, sino lo tiene á mal el Sr. Calvo y Rochina.

(2) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 355.

(3) *Gaceta de Madrid*, 18 de Abril de 1838.

á las primeras trincheras y arrebatando nueve acémilas, sacos de arena, tablas y balas, mas sin poder destruir las baterías.

Oráa habia salido de Valencia y entrado en Castellon: movió su hueste, desde este punto, en dirección de la plaza sitiada, y por medio de una brillante marcha entró en Lucena á las nueve de la mañana del dia 5, *salvando verdaderamente al pueblo modelo de virtudes*.

Esta marcha de Oráa, una de las hábiles maniobras del general isabelino, merece especial mencion.

Véase de qué manera la realizó, á pesar de la vigilancia de Cabrera, engañado por falsos espías:

Salió Oráa de Castellon en la mañana del 4, al frente de 5.000 peones y 300 ginetes.

Como el rio Mijares camina en la misma direccion que el jefe isabelino llevaba, éste cubrió su flanco izquierdo con la márgen izquierda del rio; fué apartándose de los parapetos carlistas de Alcora hasta dejarlos muy á la derecha, y tocó en el pié de la fragosa cordillera que se extiende por el Nordeste: luego, aparentando un movimiento de frente sobre Villamalefa, donde el genera Cabrera tenía sus cañones, tomó el camino de las masías de Foyos y entró en Lucena.

Es de advertir que Oráa conducia un pesado convoy para el socorro de la plaza: introdújolo, pues, en ella sin disparar un tiro.

Marcha acertadísima, que no todos los historiadores han hecho notar como debieran, y acerca de la cual el mismo Cabrera, con la nobleza que le distingue, confesó que tenía mérito.

Este, al saber la proximidad de Oráa, retiró su artillería de Lucena, se parapetó en fuertes posiciones, y esperó tranquilo al enemigo: pero engañado, segun hemos dicho,

por un espía doble, miéntras se preparaba á atacar á Oráa en Alcora, otro espía «condujo á mis contrarios—dice en su *Diario*—por caminos que yo no creia, y mi plan se frustró (1)» por no poder salvar los desfiladeros y barrancos que le separaban de las masas isabelinas.

Excusado es decir que Cabrera levantó el sitio.

Dos batallones quedaron, sin embargo, para sostener el bloqueo de la plaza, dirigiéndose las fuerzas, en tres columnas divididas, á la Plana de Valencia, al Bajo Aragon y á Cherta; él con sus ayudantes y ordenanzas, marchó á Morella.

Poco tiempo permaneció en Morella.

Habia dispuesto las tres excursiones de sus gentes con el objeto de distraer á los jefes isabelinos, miéntras él combinaba otros planes: tomar á Calanda, Alcorisa, Samper y Alcañiz.

Calanda, villa perteneciente á la provincia de Teruel, situada á tres leguas de Alcañiz, célebre ya en los fastos carlistas, estaba defendida por dos compañías del provincial de Búrgos y 200 milicianos; en la parte exterior, á manera de avanzadas defensas, estaban construidos los fuertes de Santa Bárbara y San Blas, rodeábala un muro aspillerado y algunos tambores de trecho en trecho, y en el centro de la villa estaban fortificados el castillo, el convento de Capuchinos y un torreon contiguo.

Cabrera ordenó á Llangostera, jefe de la division de Tortosa, que el dia 18 de Abril, con cuatro batallones (dos de Tortosa y dos de Mora) se encontrase delante de la plaza, al mismo tiempo que él llegaba con nueve piezas de diferentes calibres.

El dia 19, después de algunos disparos, se rindió el pri-

(1) Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 195.

mero de los fuertes exteriores, y el dia 20 capituló el de San Blas.

Dirigiéronse en seguida los disparos contra la muralla de la plaza, practicáronse dos brechas, asaltóse á la vez por ambas y quedó el general carlista dueño del pueblo á las ocho y media de la noche.

La guarnicion se encerró en el convento y en el torreon immediato.

Al amanecer del 21, después de muy pocos disparos, rindióse éste; los cañones abrieron brecha en el convento, entró al asalto la compañía de cazadores del 2.° de Tortosa, y quedó tambien rendido á las cinco de la tarde; á las seis de la mañana del 22, capituló tambien el castillo, última defensa de los cristinos (1).

Quedaron, pues, prisioneros el comandante militar de la plaza, 19 oficiales y 393 individuos de tropa, ocupándose tambien 412 fusiles, 16 caballos y vários efectos de boca y guerra; la pérdida de los sitiadores consistió en cinco muertos (un oficial) y 27 heridos (tres oficiales), contándose en este número el bravo ayudante de campo del general, D. Joaquin Aguilera, que llevó á cabo uno de esos hechos heróicos que son brillantes rasgos de la bravura española.

Ordenóle Cabrera que con una compañía de cazadores tortosinos apagara los fuegos que los sitiados hacian desde la muralla y aspilleras, á fin de que no molestasen á los que estaban construyendo una batería á sesenta pasos de la plaza.

Debia dirigirse á una casa cercana que distaba apénas diez pasos de la muralla, y hacer que la mitad de la com-

(1) Parte carlista, fechado en Calanda, á 22 de Abril.—*Boletin del Ejército Real*, 25 de Abril.

pañía disparase contra las ventanas, y la otra mitad contra el lienzo aspillerado.

Doscientos fusiles vomitaban balas con infernal estruendo.

Pero el bravo Aguilera, seguido de su gente, ocupó la posicion que se le habia señalado.

En esto, los cazadores vacilan; el peligro era inmenso, y el ánimo más fuerte temblaba al acometer aquella empresa á pecho descubierto.

—¿Qué es esto?—dice Aguilera al ver la indecision de sus soldados.—¡Adelante! El general lo manda.... Venga un fusil, que yo me batiré con vosotros. ¡Adelante!

Arroja el sable, toma el fusil, sale en direccion de la muralla, síguele animosa la mitad de la compañía, y rómpese el fuego á distancia de diez pasos.

A la primera descarga de la guarnicion, cayó herido Aguilera.

Los soldados retrocedieron, abandonando al infeliz en un lago de sangre.

—No: es preciso volver por nuestro jefe,—dice uno de ellos:—y cuatro valientes, sin esperar nuevas indicaciones, tornan al mismo sitio, sufren otra descarga, de la cual afortunadamente salieron ilesos, y consiguen volver á las filas con el bravo Aguilera, que aún vivia (1).

El parte isabelino de la toma de Calanda no se publicó en la *Gaceta de Madrid*.

Los heridos fueron trasladados al hospital de Horta, y los prisioneros á Morella: á este punto volvió tambien Cabrera, dando órdenes al coronel Feliu para que el 27 de Abril atacase á Alcorisa: «cuando Feliu llegó al pueblo,—dice el parte,—ya estaba allí Cabrera con dos piezas de

(1) Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 226.



artillería (1);» pero la guarnicion lo habia abandonado, dejando en poder de los carlistas un almacen de víveres, «los cuales,—añade el mismo parte,—después de haberse experimentado y visto que eran de buena calidad, se utilizaron para las tropas.»

Desde Alcorisa pasó Cabrera á la villa de Samper (2), de la cual conservaba un amargo recuerdo.

Era el dia 30, dos dias después de la ocupacion de Alcorisa: conducia un batallon, un escuadron y dos piezas de artillería.

Asestó los cañones contra la plaza, é intimó la rendicion, que se efectuó sin disparar un tiro: quedaron prisioros 157 individuos, y ocupáronse 367 fusiles, 14 caballos, 30.000 cartuchos y otros efectos, «sin que esto—añade el parte—nos haya costado una gota de sangre (3).»

Cabrera, animado por tan prósperos sucesos, puso sitio á Alcañiz.

Alcañiz es una antigua ciudad aragonesa, perteneciente á la provincia de Teruel, y estaba gobernada á la sazon por D. Benito María Sierra, coronel del provincial de Búrgos.

Colocó el general Cabrera sus piezas en las alturas denominadas del Calvario y del Cuervo, y rompió el fuego contra las fortificaciones de la plaza, al rayar el dia 3 de Mayo: eran estas un convento de San Francisco contiguo á la ciudad, muros aspillerados y un castillo bien fortificado y artillado.

El fuego no cesó durante los dias 3 y 4, y quedó abierta brecha en la fortificacion primera.

---

(1) *Boletin del Ejército Real*, 5 de Mayo.

(2) Véanse las páginas 315 y 316 de esta obra.

(3) *Boletin del Ejército Real*, 5 de Mayo.

Cabrera intimó la rendicion y le contestaron los sitiados enarbolando una bandera encarnada, en cuyo centro se destacaba una calavera negra.

Al anochecer del último dia, cuando el jefe carlista disponia el asalto, desplomóse un ángulo del convento de San Francisco, envolviendo entre los escombros al capitan del provincial de Búrgos, D. Juan María de Mata y Lopez y á dos infelices soldados, que fueron muertos.

Entónces dispuso Cabrera que se asaltase en aquella misma noche, miéntras las músicas tocaban en el campamento, á fin de que el enemigo no estuviese preparado, no creyendo en la proximidad de un asalto cuando al parecer se celebraba una fiesta.

A una señal convenida, rompieron al mismo tiempo el fuego cañones y fusiles con horrendo estrépito, y avanzó hácia la brecha el 1.° de Tortosa, seguido de otros dos batallones: entraron en el convento con arrojo increible!, la oscuridad era espantosa, el edificio retemblaba bajo las plantas de los sitiadores, y allí mismo se trabó un rudísimo combate que no terminó sino con el abandono del edificio asaltado, el cual incendiaron los cristinos (1).

Cabrera ordenó la retirada por haber tenido noticias de que se acercaban nada ménos que tres divisiones isabelinas: la de Oráa, la de San Miguel y la de Abecia.

Oráa habia calculado exactamente que Alcañiz sería atacado después de Calanda y voló en socorro de la plaza que él suponia amenazada.

Notable diferencia existe entre los partes de los dos

(1) Calvo y Rochina dice que acaudillaba al batallon que avanzó al asalto un fraile del mismo convento (pág. 360).—La verdad en su lugar.

combatientes, en lo que se refiere á las pérdidas de una y otra parte.

Cabrera dice:

«Se ha causado al enemigo la pérdida de 150 hombres y más de 300 entre presentados y desertores, consistiendo la nuestra en siete muertos y 31 heridos (1).»

El jefe isabelino escribe:

«La pérdida del enemigo no puede calcularse con exactitud... La nuestra ha consistido en la muerte del referido capitan Mata Lopez, tres soldados muertos y once heridos (2).»

Un cronista añade que «los carlistas arrojaron más de 1.000 balas rasas, 30 bombas y muchas granadas (3).»

El general Oráa llegó á Alcañiz el 7 y los carlistas se retiraron á Calanda, dejando en observacion algunas fuerzas, á fin de que continuase el bloqueo: Cabrera se encaminó á Cantavieja y Morella, donde le llamaban asuntos de interes inmenso, cuyo relato habrá de ocuparnos el capítulo siguiente.

No debemos omitir una comunicacion que el general carlista dirigió á la *Junta superior gubernativa*, desde el cuartel general de Castellserás, con fecha 6 de Mayo.

Dice en ella: «En las operaciones que acabo de verificar en este reino de Aragon, al paso de haber arrancado al enemigo tres pueblos fortificados, se ha conseguido la gran ventaja de haberse mejorado el espíritu público en términos que, además de haber depuesto las armas un considerable número de los que, seducidos y violentados

---

(1) *Boletin del Ejército Real*, 16 de Mayo de 1838.

(2) *Diario constitucional de Zaragoza* (12 de Mayo) y *Gaceta de Madrid.*

(3) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 361.

por los agentes de la usurpacion, se titulaban nacionales, se me han presentado espontáneamente muchos á tomar las armas por la justa causa (1)... »

De estos fueron sin duda los 300 presentados y desertores á quienes se alude en el parte del combate precedente.

Parecia que el general Cabrera estaba destinado por el cielo para ser el último amparador de las malaventuradas expediciones de los generales del ejército del Norte.

Primero el general Gomez, luego la real expedicion, en seguida la de D. Basilio A. García y ahora la del Conde de Negri pasaron por los territorios de Aragon y Valencia, donde Cabrera dominaba, bien hallando recursos y batallones aguerridos que les acompañaran en sus empresas, bien encontrando seguro amparo contra las persecuciones incesantes de que eran víctimas por parte de las columnas enemigas.

El Conde de Negri, bravo adalid carlista, salió de Navarra con nueve batallones, tres escuadrones y dos piezas de artillería, con el objeto ostensible de llevar la lucha á otras provincias, mas con el fin verdadero de atraer en pos de sí algunas divisiones del numeroso ejército enemigo que operaba en el Norte, á fin de activar la campaña.

Pero el Conde de Negri fué víctima de su mismo arrojo; el general Latre le batió y le destrozó, Iriarte luego y Espartero más tarde, acabaron con la florida hueste que habia salido de Estella algunos meses ántes.

Apénas le quedaban 100 soldados cuando pisaba en los confines de la provincia de Teruel, y se dirigia hácia Cantavieja y Morella en busca del general Cabrera.

---

(1) *Boletin del Ejército Real*, 16 de Mayo.

Acerca de estas expediciones, escribia uno de los mismos jefes (1):

«Este sistema, condenado por Zumalacárregui, costó al ejército carlista del Norte 23 batallones, 500 jefes y oficiales y 2.500 caballos.»

Cabrera, ya lo hemos dicho, al saber el desastroso fin de las expediciones de Tallada y García, habia apuntado en su Diario de operaciones aquellas notables palabras:

«La experiencia me hizo ver que toda expedicion que no tiene un centro establecido para sus operaciones y apoyo, es perdida indefectiblemente (2).»

Cabrera encontró á Negri, en las inmediaciones de Calanda, el 6 de Mayo.

Y tambien halló refugio, al lado del caudillo de Tortosa, el insigne general carlista D. Jerónimo Merino, el audaz guerrillero castellano de 1809 y 1822, llegado á Aragon en los últimos dias de Abril con los escasos restos de su gente.

Ambos jefes cumplieron como bravos en el sitio de Morella, cuya descripcion minuciosa verán nuestros lectores en el capítulo siguiente.

Consagremos ahora algunas páginas, muy pocas, á referir los principales hechos llevados á cabo por los demás jefes del ejército carlista de Aragon, Valencia y Múrcia.

Y empezarémos por contar los acontecimientos de Zaragoza en la noche del 5 de Marzo.

Cuando el general Cabrera se encaminaba en auxilio de Llangostera para poner sitio á la plaza de Gandesa, al saber aquel que el general Ayerbe se disponia á salir de Tortosa en direccion á Cherta y á la plaza amenazada, en

---

(1) Arizaga, auditor de guerra en el ejército vasco-navarro, que se halló en la expedicion real, division del general Sanz.—*Memoria*, etc., pág. 120.

(2) Véase el capítulo XXI de esta obra.

combinacion con las fuerzas del general San Miguel y del brigadier Abecia, el jefe de la division aragonesa, D. Juan Cabañero, propuso á Cabrera efectuar la sorpresa de la heróica Zaragoza, bien fuera por creerlo fácil en ocasion en que se hallaba casi desguarnecida la capital de Aragon, bien acaso por contar con otros elementos, dentro de la misma invicta ciudad.

Cabrera, que veia en ello un excelente medio de llamar la atencion de las divisiones enemigas hácia el centro de Aragon, á fin de que no fuese interrumpido el sitio de Gandesa, aceptó la propuesta del brigadier Cabañero y le comisionó para realizar el proyecto.

Partió, pues, en la madrugada del 3, hácia la villa de Ariño, al frente de 3.000 peones y 250 ginetes de lo más florido del ejército, y al mando de hombres tan valientes y entendidos como los coroneles D. Francisco García, Don Miguel Lordan, D. Pascual Aznar y otros, y llevando en sus filas oficiales tan denodados como los Sres. Gil, los dos Pellicer, Añon, Gracia, Navarro y demás que se cita en los Diarios carlistas, y cuyo valor heróico mereció justísimos y leales elogios hasta de los mismos periódicos constitucionales de la ciudad.

A las siete y media de la noche del 4, llegó la brava hueste aragonesa á las inmediaciones de Zaragoza, tomaron los jefes un confidente que les esperaba en sitio convenido de antemano, atravesaron los olivares y el paseo de las Damas, formaron columna, proveyéronse de escalas para el asalto, y cruzaron el Ebro por el puente de la Huerva, llegando en correcta formacion y perfecto silencio hasta la puerta del Cármen.

Dejemos ahora hablar á la *Gaceta* (1):

(1) *Gaceta de Madrid*, 26 de Marzo de 1838.

«..... Asaltó la muralla una mitad de cazadores, con objeto de abrir la puerta, lo cual conseguido y prisioneros los nacionales que la guardaban, se introdujeron dirigiéndose á la plaza de aquel nombre (Cármen).

»Desde ella hicieron marchar el *denominado* 6.° batallon con parte del 7.° á ocupar la parroquia de San Pablo, plaza del Mercado y calles de la Albardería y Cedacería, extendiéndose hasta la puerta de la Tripería, pasando lo restante del último á la Mantería, Arco de San Roque y subida del Trenque.

»Los otros dos batallones y compañías de guias, marcharon por la calle de Santa Inés á apoderarse de la puerta de Santa Engracia y batería de este nombre, lo que igualmente consiguieron, aunque con alguna pequeña resistencia, efecto de la sorpresa.

»Dueños de la batería y almacen de pólvora, continuaron su marcha por el paseo de San Francisco á la plaza de la Constitucion, en la cual situaron un batallon, distribuyendo el resto de la fuerza por el arco de Cineja, calle del Peso, la de San Gil y por el Coso hasta la plaza de la Magdalena.

»El silencio y órden coronaron esta empresa, y los vivas á Cabañero y Cárlos V; los toques de diana y generala alarmaron á la poblacion, que ajena de un suceso de esta especie reposaba tranquilamente.

»La guardia del principal rompió el fuego: dos oficiales de E. M. y algunos otros que quisieron reunirse en la capitanía general, quedaron prisioneros con varios nacionales y patriotas que iban á sus filas. Los jefes, oficiales del ejército y milicia nacional, trataron de replegarse en los puntos que les fué posible y marchar sobre el peligro.

»Al amanecer se generalizó el fuego, y desde las ventanas y balcones arrojaban agua y aceite hirviendo, gui-

jarros y otros efectos que causaron grave daño á los carlistas; y hostilizados en todos sentidos, salieron unos por la puerta de Santa Engracia, y refugiáronse otros en la iglesia de San Pablo, donde al fin se rindieron al ver que no eran socorridos.

»Miéntras esto se verificaba, una porcion de artilleros cargaron al enemigo en número de 38, y todos sucumbieron; al mismo tiempo una porcion de milicianos y oficiales del ejército, perseguian á los fugitivos por el paseo de San Francisco, apoderándose de nuevo de la batería de Santa Engracia, y siguiéndolos por el puente de la Huerva hasta el camino de Torrero.

....

»Dejaron los carlistas en las calles 218 muertos, 68 heridos, sobre 300 que condujeron consigo y 29 jefes y oficiales con 703 indivíduos de tropa prisioneros.

»La guarnicion perdió 104 hombres, entre muertos, heridos prisioneros.»

Hasta aquí, la *Gaceta de Madrid*.

Y justo será confesar, que si prescindimos de la exageracion de estas cifras (cuya exageracion, á guisa de enfermedad contagiosa, por lo visto, era en el campo isabelino una manía generalizada), el parte de la *Gaceta*, considerado en resúmen, está conforme con el parte carlista.

Ocurre preguntar: —¿Cómo se frustró la tentativa sobre Zaragoza, si desde el primer momento aparecen ya los carlistas ocupando militarmente la poblacion, dueños de las baterías de Santa Engracia, posesionados de las principales calles y plazas, y de posiciones importantes, y por añadidura siendo tambien los amos de un repleto almacen de pólvora y demás municiones de guerra, necesarias para artillería y fusilería?

Hé aquí el misterio.

Misterio, sin embargo, no tan impenetrable que no permita averiguar el orígen de un siniestro inesperado, más inesperado aún por la facilidad con que se llevó á cabo la sorpresa.

Porque recorriendo una por una las páginas de los *Diarios* de los jefes carlistas, encontraríamos en ellas, á vueltas de detalles más ó ménos interesantes, una confesion unánime que nos patentiza aquella: todos, en efecto, están conformes en asegurar que el fracaso de la tentativa sobre Zaragoza, ó por lo ménos una de las causas principales, debe buscarse en las medianas disposiciones adoptadas por Cabañero, jefe principal de las tropas carlistas, para salir triunfante en la empresa acometida.

Así se explica uno de aquellos:

«...El batallon de Guias, 5.°, y los restos del 6.° y 7.°, después de haberse defendido valerosamente *en cuanto lo permitia el aislamiento y la falta de órdenes que todos aguardábamos de Cabañero*, fué perseguida largo rato en su retirada; pero Miguel Lordan, coronel del tercer regimiento de lanceros de Aragon, volvió caras de repente y acuchilló á 50 de sus perseguidores (1).»

El historiador Córdova añade:

«Hacen tambien mencion los Diarios, del arrojo y bravura con que sostuvieron sus puestos el coronel D. Francisco García, y el comandante D. Pascual Aznar (conocido por el *Cojo de Cariñena*), que *viéndose desamparados y sin recibir instrucciones de nádie*, rompieron por entre las filas enemigas, quedando Aznar prisionero con la mayor parte de su batallon (2).»

Es cuanto debemos decir acerca de los sucesos de Zara-

---

(1) Consta en Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 179.
(2) Córdova, loc. cit.

goza, para no incurrir en responsabilidad, toda vez que no poseemos documentos fidedignos para detallarlos precisamente.

Algun dia la historia esclarecerá estos hechos, lo mismo que otros, envueltos aún en las sombras del misterio.

El Gobierno de Madrid concedió á la ciudad el título de *Siempre heróica*, y creó una condecoracion para los indivíduos que combatieron por la causa de Isabel II.

Pasando por alto el hecho referente á la breve ocupacion de Calatayud por las destrozadas huestes de Cabañero, y el insignificante combate sostenido por Forcadell contra las fuerzas isabelinas que guarnecian á Chiva, fortificada por el general Oráa,—concluirémos este capítulo con una reseña enteramente nueva de los sucesos de Cañete.

Villa perteneciente á la provincia de Cuenca, situada en los confines de la de Teruel y cási al pié de la Sierra de Albarracin, Cañete, rodeada por una antigua muralla con torreones en los flancos, y una fortaleza regular en el Oeste, hallábase ocupada á la sazon por la brigada castellana, al mando del coronel Mars, á la cual estaban unidos los restos de la division del Túria y la caballería de Valencia, formando en junto 1.500 combatientes.

Como no hay parte carlista de esta jornada, nos parece oportuno copiar algunas páginas del *Diario* del Sr. Gago, testigo y actor en ella.

Dice así nuestro amigo, el veterano oficial carlista:

«Después de la toma de Morella pasó la brigada, por órden del general, á la Plana de Valencia, y luego á la provincia de Cuenca, recorriendo distintos pueblos para recaudar fondos y entretener á las columnas isabelinas que sobre este país operaban.

»Fijamos nuestra residencia en Cañete, y á excepcion de las partidas que salian á cumplir sus comisiones, los

demás pasábamos los dias instruyendo á los soldados en maniobras y ejercicios militares, sin que por eso dejásemos de pensar en la probabilidad de un ataque.

»El dia 30 (Abril), á eso de las once de la mañana, y hallándome yo en compañía del oficial del reten, se oyó un disparo y luego otros vários.

»Salgo á escape del cuerpo de guardia, y desde el medio de la plaza del pueblo, veo la colina inmediata á la villa coronada de fuerza armada: pregunté por el significado de aquella fuerza, y se me dijo que eran las compañías de cazadores que estaban de ejercicio.

»Yo dije entónces:

—¿Cómo así, no habiendo yo recibido semejante órden? Quién la ha dado?

»Y añadí en seguida, después de nuevo reconocimiento:

—¡A las armas, que es el enemigo!

»En efecto: en la puerta de la Vírgen, donde principia el camino para Cuenca, estaba de guardia el teniente don Domingo Urban, quien fué avisado á los pocos momentos por el centinela con las voces de:—*¡Tropa, fuego!*

»Cerramos inmediatamente la puerta y coronamos las murallas, y desde estas y por las aspilleras de aquella esperamos al enemigo, quien no tardó en aparecer, sin que se le viese hasta estar en las mismas puertas, por la singular posicion del camino, oculto entre las dos pequeñas montañas que dominan la plaza.

«Rompimos el fuego, y siguió éste sin interrupcion hasta más del mediodía, hora en que escasearon las municiones, y marché yo en busca de ellas y á recibir órdenes de los jefes.

»Todos estaban á caballo y en ademan de salir del pueblo: expuse al coronel mi pretension, y me contestó:

—Firmes en sus puestos y economizar las municiones; que nosotros vamos á batir al enemigo.

»Salieron todos, con la brigada y demas fuerza, á excepcion de mi compañía y de las guardias y retenes, y nosotros cerramos en seguida las puertas, volviendo á nuestros puestos, continuando el fuego hasta la caida de la tarde, en que el enemigo empezó á ceder y marcharse.

»Nosotros, á todo esto, no sabiamos nada de lo que ocurria por fuera.»

Lo que por fuera ocurria, nos lo dice la *Gaceta de Madrid* (1):

«Dos compañías,—dice el brigadier Azpíroz,—que á nuestra llegada estaban haciendo el ejercicio y no lograron retirarse al pueblo, rompieron el fuego contra mi vanguardia: á fin de flanquearlas y de apoderarme del puente que debian pasar en su fuga, hice salir al comandante D. Fernando Correa con una mitad del segundo de ligeros de caballería y la compañía de cazadores del segundo de línea, que nada me dejaron que desear.

»El jefe enemigo hizo una salida á la cabeza de 80 caballos y una fuerte columna de infantería, y para inutilizar sus esfuerzos dispuse que el siempre distinguido coronel D. José Vaso Ibañez descendiese con tres compañías de la Guardia Real provincial de la altura donde yo tenía mi infantería, al mismo tiempo que el bizarro segundo escuadron de ligeros, á las órdenes de Curbeló, rendia por la izquierda la infantería enemiga (2).

---

(1) *Gaceta de Madrid*, 11 de Mayo 1838.

(2) No entendemos esto. Si la columna de infantería que salió de Cañete era *muy fuerte*, como dice Azpíroz, ó no quedó rendida, ó los soldados prisioneros pasaron de 140 que se fijan en el parte, y esto tampoco lo admitimos.

»Veintiocho jefes y oficiales, incluso Mars, 140 soldados, 50 caballos, 800 cabezas de ganado, equipajes, armas y cinco cajas de guerra dió por trofeos esta jornada.

»La pérdida del enemigo ha sido de alguna consideracion: la nuestra consiste en cuatro muertos y seis heridos.»

El *diario* del Sr. Gago continúa de este modo:

»Al salir estas fuerzas (las carlistas) de Cañete, se incorporaron á algunas que estaban ya fuera, ocupadas en hacer el ejercicio, cuando se presentó la columna del jefe cristino, muy superior en número, la cual cargó sobre nuestra brigada, cortó á muchos soldados y se apoderó de un rebaño que por allí próximo andaba (1).»

Como se ve, en conjunto hay conformidad entre los datos de constitucionales y carlistas.

Pero esto no basta á atenuar la contradiccion en que incurre el brigadier Azpíroz, y la cual hemos hecho notar oportunamente.

Termina así el Sr. Gago:

«Retirado el enemigo al anochecer, nosotros (los de dentro) dimos pan y vino á la tropa y marchamos hácia Alpuente, la Yesa y demás pueblos del contorno.

»A los pocos dias nos incorporamos á los restos de los que se salvaron en la accion de Cañete, y luego á los castellanos que el general Merino habia llevado á Aragon hacía pocos dias.

»El 15 de Mayo estábamos en Rubielos de Mora, dia en que llegó el general Cabrera, y fuimos presentados á él,

(1) Cosa rara es que el Sr. Calvo y Rochina, que no perdona ocasion de exhibir los descalabros de los carlistas, guarde silencio acerca del suceso de Cañete.



quien dió las gracias á los defensores de Cañete y nos prometió rocompensar nuestro servicio (1). »

Miéntras tanto, se acercaba el momento de combatir en Morella, delante de cuyos muros habia de eclipsarse la estrella del general Oráa y brillar con fulgor más esplendente el astro de ventura que alumbraba el camino del general Cabrera.

---

(1) Estos documentos, y algunos otros que citamos á menudo, obran en nuestro poder, firmados por sus autores, y á disposicion de quien quisiere examinarlos.

CAPÍTULO XXIII.

BANDERA NEGRA.

En uno de los últimos dias de Julio de 1838 se destacaba en las almenas del castillo de Morella una lúgubre enseña de muerte y exterminio: era una bandera negra, en cuyo centro se veia la siniestra imágen de una calavera.

Por qué ese estandarte horrible? ¿Por qué flotaba bajo el hermoso cielo del Maestrazgo el emblema de la desolacion? ¿Por qué no se veia como ántes la marcial bandera española, coronada con los atributos de la Real Majestad de Cárlos V, el bondadoso, el pío, el noble monarca?

Porque Oráa caminaba resuelto hácia la terrible fortaleza, con un poderoso ejército de todas armas, y Cabrera, el bravo adalid carlista, habia jurado morir entre las ruinas de su querida Morella, ántes que rendirse al general cristino.

«Soldados—habia dicho á sus valientes, al tener las primeras noticias de los proyectos del general cristino—segun voces, parece que el enemigo no ha conocido todavía los

peligros que le ofrecen estos montes de la fidelidad, no obstante las lecciones que ha recibido tantas veces, cuando ha intentado penetrarlos, y especialmente por los collados de Cati y Villar de Cañes, pues está propalando que va á invadirlos para ocupar las plazas de su centro.

»Es indecible el gozo que me ha causado esta noticia: y contando con vuestro valor para resistir á los ataques que trate de hacer en las murallas que se os han confiado, queda á mi cargo el hacerles regar este territorio con su sangre, si llega su temeridad hasta querer hollarle.

«.... Puede que esta sea la ocasion en que se estrelle el poder de los impíos contra las rocas de este país, clásico de la lealtad, y sea tal vez el medio de dar fin á la revolucion con el completo triunfo de la causa del mejor de los soberanos, pudiendo ser tambien que aquí se decida la suerte de la Europa.

»Acordaos, soldados, de que sois los que en campo abierto habeis tantas veces batido á ese mismo enemigo, asombrado con el delito de haber destruido la paz y antigua felicidad de su pátria; y tras el muro, ¿sereis ménos valientes? — Nó! — Los rebeldes lo conocerán si se atreven á probarlo, y su desengaño será la satisfaccion y gloria del Rey nuestro señor y de vuestro compañero y general, — ***Ramon Cabrera*** (1).»

Con esta alocucion enérgica y animosa preparó por vez primera á sus soldados.

Oráa no llevaba á cabo el ataque de Morella sino despues de una meditacion muy larga y estudiada, á fin de que fuese el paso primero — decia — de la última derrota de Cárlos V.

Tras de Morella, sus fuerzas vencedoras tomarian á

---

(1) *Boletin del Ejército Real*, núm. 140.

Cantavieja, y al mismo tiempo el ejército del Norte sitiaria á Estella, *real* de D. Cárlos, y el Baron de Meer trataría de rendir á Berga, la plaza primera que las armas carlistas ocupaban en Cataluña: de manera, que ántes del invierno los *rebeldes* se encontrasen rendidos en todas sus posiciones más fuertes, batidos en los campos de batalla y obligados á huir ó á deponer las armas ante el estandarte victorioso de Isabel II.

Plan magnífico.... que no se realizó: mejor dicho, que salió al revés completamente. Formidables eran los aprestos militares del jefe del ejército del Centro.

Hé aquí el detalle de éste para el ataque de Morella:

Primera division, mandada por el mariscal de campo D. Cayetano Borso di Carminati, — seis batallones;

Segunda division, al mando del general D. Ramon Pardiñas, — cinco batallones;

Tercera division, á las órdenes del mariscal de campo D. Santos San Miguel, — seis batallones;

Cuarta division, que obedecia al brigadier D. Angel Nogués, — cuatro batallones;

Brigada de reserva, con la anterior, al mando del brigadier D. Pedro Perena, — dos batallones.

La caballería, á las órdenes del ya mariscal de campo D. Bartolomé Amor, formaba tres brigadas que mandaban los coroneles señores D. Adrian de Jácome, D. Juan de la Pezuela (1) y D. Cláudio Ichazo, se componia de doce brillantes escuadrones, los mejores del ejército.

La artillería, mandada por el coronel D. Juan Vial, constaba de 24 piezas de todos calibres, con baterías de batalla, de montaña, de sitio y morteretes de diez y doce pulgadas.

---

(1) El actual Conde de Cheste.

En junto: 23 batallones, 12 escuadrones y 24 piezas de artillería.

¿Cómo luchar Cabrera contra fuerzas tan numerosas?

Él contaba, en la línea exterior de Morella, con 14 batallones y 10 piezas de artillería, y dentro de la plaza con cuatro batallones y 17 piezas de diferentes calibres: «pero estos batallones, dice un cronista, habian sufrido bastantes bajas desde el principio del año, ya naturales, ya causadas por la guerra (1), y éstas, unidas á los 600 hombres que de ellos guarnecian á Cantavieja, y á las muchas partidas que tuvieron que mandarse para el acopio de raciones y demás indispensable para la defensa de la plaza, disminuyen el ejército, en tal manera que su efectivo no fué otro que el de 6.123 hombres de infantería—y apénas 200 ginetes.

Mandaba la línea el Conde de Negri, y las cuatro divisiones estaban á las órdenes de los brigadieres Forcadell y Llangostera, del coronel Domingo y Arnau y del general D. Jerónimo Merino: era gobernador de la plaza el coronel D. Ramon O-Callaghan y del castillo el coronel D. Magin Solá.

Y á pesar de semejante desigualdad de fuerzas, Cabrera no se desalentó y se preparó al combate con ánimo resuelto—y quizá con el presentimiento del triunfo.

Dispuso nuevos hospitales, acopiando vendajes, hilas, medicamentos y demás utensilios necesarios; hizo fundir en Cantavieja varios cañones de distintos calibres, granadas, balas de fusil y de cañon en número considerable; mandó fabricar innumerables cargas de cartuchos en los talleres nuevamente establecidos en Mirambel; hizo aco-

(1) Recuérdense las derrotas de Tallada, de Cabañero y de Mars, en Cañete esta última.

pios de víveres y de cabezas de ganado lanar y vacuno, recorrió los puntos de toda la extensa línea de operaciones, mandando construir nuevos fuertes, recomponer los antiguos, levantar murallas, mejorar los fosos y empalizadas y parapetos aspillerados, disponer, en fin, todo lo necesario para defenderse en Morella hasta derrotar al enemigo ó quedar envuelto entre las ruinas.

Publicó en seguida, con fecha 24 de Julio, la siguiente proclama (1):

«Soldados: no os dejeis alucinar por falaces promesas, ni os intimiden esos preparativos que el obcecado Oráa dirige contra nosotros, como si fuera á atacar la ciudadela de Ambéres, ó dar una batalla campal á las tropas de Alejandro.... Esto os engrandece, voluntarios del inmortal Cárlos V, y prueba cuánto valeis y cuánto se teme vuestro valor y vuestra constancia.

»Contra un puñado de bisoños, viene un grande ejército con muchos trenes de artillería, y todos los elementos de victoria, que el cabecilla Oráa da por segura, para que su oprobio sea más completo ante la revolucion y ante la Europa.

»Acordaos de que ésta os contempla, y tal idea de gloria no os abandone jamas.

»Pero debeis tambien acordaros, soldados y pueblos del Maestrazgo y Aragon, de que entre los que vienen á nuestro encuentro, se hallan los que degollaron vivos á nuestros hermanos enfermos en los hospitales de Cantavieja, Chelva (2) y los Puertos; los que incendiaron á

---

(1) Fechada en Iglesuela.—*Boletin del Ejército Real*, etc.

(2) El hospital de Chelva, fundado por Llangostera, y perteneciente á la division del Túria, fué incendiado por las partidas de francos que mandaban los comandantes Truquet y Pujades, y muertos bárbaramente todos los enfermos y heridos que yacian en

Beceite y Alcalá de Chisvert, los que nos decian poco há que se alimentarian con la carne de nuestras familias.... Acordaos, en fin, de que entre ellos están los que enviaron al cadalso á la inocente madre de vuestro general....

»Y estos son los que se atreven á hablar de paz, órden y justicia.:..

».... Los que vencieron en Bañon, Alcotas, Ulldecona, Alcublas, Buñol, Burjasot y tantos y tantos puntos, no sucumbirán en Morella.

»El Dios de los ejércitos nos protejerá: pero si en sus inexcrutables designios quiere que seamos vencidos, morirémos todos, y vuestro general al lado de sus camaradas, por la Religion, el Rey y la Pátria, y las leyes que durante tantos siglos han hecho la felicidad de esta monarquía, tan vilipendiada y reducida á tan lastimoso estado por la mano sacrílega de la revolucion.....

»No os encargo que seais valientes, porque entre vosotros no hay cobardes: ni que observeis una severa disciplina, cuando estais tan acostumbrados á guardarla. Á las armas, pues, esforzados defensores del mejor de los monarcas.

»Á las armas y á vencer!»

Al mismo tiempo hizo publicar en el *Boletin* (1) un manifiesto, cuyo espíritu conocerán nuestros lectores por los siguientes párrafos:

---

los lechos.—Habiendo sido hechos prisioneros algunos dias más tarde, 50 indivíduos de dichas sanguinarias partidas, y vanagloriándose de su delito, Cabrera, en virtud de sentencia del consejo de guerra, hizo fusilar á 46, perdonando á los restantes "por ser muy jóvenes, y hacer poco tiempo que habian ingresado en la carrera del crímen y de la impiedad." — *Boletin del Ejército Real*, 12 de Junio, 1838.

(1) *Boletin del Ejército Real*, núm. 152.

«Los enemigos de Dios, del Rey, de su pátria y de sus semejantes, miéntras que con pomposos pero falsos escritos alucinan á los incautos con clamores de humanidad que no practican ni conocen, están por otra parte cometiendo los mayores crímenes y las crueldades más inauditas.

»Los asesinatos contínuos de personas pacíficas, sin más motivo que no haber querido tomar parte en una revolucion impía y destructora, que ha desquiciado las leyes del país y trastornado el órden social; las prisiones y confinamientos de otras, sin más causa que la de tacharlas de sospechosas para usurparlas sus riquezas (1); la licencia desenfrenada que se consiente á los hombres más viles reunidos en los puntos que ocupan y ocasionan un contínuo sobresalto á todas las clases del Estado; y últimamente, el comportamiento infame con los infelices prisioneros, me han puesto sobre mí y me precisan á tomar medidas que, si mi corazon resiste, son de absoluta necesidad para contener estos males.

»Por lo que respecta á los primeros casos, he venido en resolver:

1.° Que se establezcan reglas de justicia, de que entenderán las autoridades á quienes competan.

2.° Siendo la suerte de los prisioneros en manos de ese Gobierno que se titula liberal una sucesion de infamias, queda á mi cargo el remedio.

3.° En justa represalia, se establecerán diferentes depósitos de los prisioneros que caigan en mi poder: uno donde por los fiscales que voy á nombrar se les formen

---

(1) Hé ahí lo que le sucedió á la familia del autor de esta obra. Por hallarse en el campo de Cárlos V el jefe de ella y uno de sus hijos, le fueron embargados los bienes y vendidos en pública subasta á ruines precios.

sumarias y sean sentenciados con brevedad; otro para que se destinen á los trabajos públicos; otro para los más robustos, que no serán canjeados hasta que retornen los nuestros de Ultramar; y otro para los que deban ser canjeados...

»La justicia y la igualdad me obligan á tomar estas medidas, miéntras el enemigo no varíe de conducta. Yo las hago patentes á la faz del mundo, para que si es publicado por los contrarios algun castigo duro que haya hecho dar, se sepa que ellos le habrán ocasionado...»

Con motivo de estas disposiciones, decía un historiador constitucional, poco amigo del caudillo:

«Dueño absoluto del Maestrazgo, fundó allí un verdadero gobierno, y creó un ejército....

»Cabrera era el alma de todos; y valiéndose alternativamente del entusiasmo y del terror, llegó á adquirir sobre aquellos habitantes un prestigio que rayaba en entusiasmo....» (1)

Oráa, por su parte, no se descuidaba.

Hechos los formidables aprestos de que ya hemos hablado, y dueño ya de 500.000 raciones que el Gobierno de Madrid habia mandado preparar para el ejército del Centro, creyó el general que se acercaba el momento de tomar la ofensiva y emprender el asedio de Morella.

Antes hizo circular tres proclamas, de las cuales darémos á conocer algunos párrafos.

La primera, enderezada á los pueblos, decía en suma:

«....Voy á emprender mis operaciones para penetrar en las montañas del Maestrazgo, á arrancar á los rebeldes de sus guaridas, *obligarlos* á medir sus armas con las nues-

(1) *Galería de españoles célebres*, pág. 54.— *Biografía de Cabrera.*

tras (1), y reconquistar para siempre esas decantadas fortalezas de la usurpacion y de la tiranía.

»El Dios de los ejércitos, que ampara siempre al inocente y al oprimido, ha bendecido nuestros estandartes, y bajo la proteccion de su santo nombre marchamos seguros á la victoria.

»En los pueblos de Aragon y Valencia, ocupados habitualmente por el enemigo, y donde por cualquier motivo penetren las tropas de S. M. la Reina, no se prenderá ni molestará á ninguno de sus habitantes por sus opiniones políticas.... Se dispensará proteccion á las justicias y vecinos que permanezcan tranquilos en sus casas á la aproximacion de nuestras tropas y obedezcan las órdenes de la legítima autoridad.

»Si así no obraren, serán considerados como hostiles y pertinaces, y sufrirán en castigo la pérdida de todos los efectos que se hallasen de su pertenencia útiles al ejército.»

La segunda proclama del general Oráa, dirigida á los soldados, decía así:

«Ya es tiempo de que recojais el fruto de vuestra constancia y de vuestro valor en el territorio mismo que desgraciadamente ocupan impunes los enemigos de nuestra Reina y de nuestras instituciones....

»La llegada de vuestros hermanos del ejército del Norte, ansiosos como vosotros de recoger nuevos laureles, nos pone en el caso de hacer ver á la nacion y al mundo entero, que sois los mismos que combatieron en Arlaban, Chiva, Luchana y Arcos de la Cantera.

»Morella y Cantavieja, esos baluartes de la usurpacion

(1) *Obligarlos....* ¿Por acaso esquivaban el combate los batallones carlistas?—La palabra no puede ser más inoportuna.

y de la tiranía, que una vez nos arrancara la traicion, y *que el enemigo ha hecho formidables*, es preciso recuperarlos de un modo más noble, más riguroso, más digno de vosotros. Esta es la grande empresa que os está confiada; vuestro general en jefe... testigo de vuestro valor, y partícipe de vuestras glorias, sabe que vuestro esfuerzo crece en proporcion de las dificultades, para aspirar al triunfo.

»...Ávaro de vuestra sangre, la economizaré cuanto me sea dable; pero si es preciso derramarla, hallareis dispuesta la mia á la par que la vuestra.

»...Es necesario que vosotros, si las circunstancias lo exigieren, mostreis esa misma resignacion y sufrimiento que tantas veces os han hecho admirar de cuantos os han observado.»

Por último, la tercer proclama del general Oráa, dedicada á los mismos soldados de Cabrera, lo cual no deja de ser gracioso en vísperas del ataque de Morella, decia:

«Es llegado el momento de que reconociendo vuestro error depongais las armas que indebidamente empuñásteis contra vuestra Reina legítima, vuestros hermanos y vuestros intereses más caros. Desengañaos: *no deis crédito á las ficciones con que se os asegura que llegareis á triunfar* (1), ni á las mentidas victorias que os hacen creer vuestros jefes...

»Recordad el resultado de la expedicion de Tallada, la sorpresa de Zaragoza, y tantas otras tentativas en que habeis visto diezmar vuestros batallones, *en tanto que Cabrera y sus parciales se gozan en la abundancia y los pla-*

(1) Téngase presente esta frase para más adelante.

ceres (1), despreciando á todo aragonés y valenciano que no sirve á su ambicion y á su orgullo (2).

»...Evitad la efusion de sangre; abandonad esas filas manchadas con la traicion, el crímen, la crueldad y la avaricia; venid á buscar la proteccion que estoy decidido á daros si, arrepentidos de vuestro error, implorais la clemencia de la angelical Isabel...

»No temais nada, infelices (3); ningun resentimiento de ódio ni de venganza nos anima contra vosotros (4); pero si desois mi voz y seguis dando dias amargos á la pátria, no os queda más recurso que recibir el castigo á que os hubiéseis hecho acreedores.

«En esta alternativa, escoged: vuestra conducta arreglará la mia.»

Después de estas tres alocuciones del general en jefe, parece que ya no debia pensarse sino en dirigir las huestes á la pelea, pero aún tenian que hacer oir su voz autorizada la Diputacion provincial de Castellon y el jefe político de Teruel.

Y para que nuestros lectores encuentren en este capítulo la mayor copia de datos que puedan reunirse acerca de los formidables combates y sitio de Morella, darémos tambien un ligero extracto de las proclamas de estas dos autoridades.

La primera decia, poco más ó ménos:

«Un general invicto y magnánimo, seguido de otros

---

(1) ¡Valiente proclama! Y cómo sabia mentir el picarillo.

(2) La prueba de que los despreciaba está patente, si se tiene en cuenta que todos le adoraban.

(3) Qué habian de ser infelices, hombre!

(4) Díganlo los incendios de los hospitales de Horta, Beceite, Cantavieja y Chelva y el degüello de los desgraciados heridos y enfermos.

caudillos esforzados é ilustres, á la cabeza de un ejército valiente, numeroso y leal á toda prueba (1), y provisto de un gran parque de artillería y de cuanto se necesita para vencer (2), marcha ya en busca del enemigo.

»Batida la rebelion en sus expediciones, batida en sus atrincheramientos, batida en sus propios alcázares (3), y desplomado el bastardo trono sobre el que se sentaba el pretendido Rey (4), ni á sus secuaces para salvarse queda más recurso que la sumision pronta y espontánea, ni á los pueblos oprimidos pretexto alguno para no alzarse contra sus opresores..»

La segunda, debida á la infatigable pluma del señor D. Francisco Cabello, jefe político de Teruel, el mismo que sostuvo tan digna correspondencia con el gobernador de Cantavieja, en Diciembre de 1837, á propósito de los prisioneros de Herrera (5), decia así:

«El general en jefe sale al frente de sus aguerridos batallones á destruir los enemigos armados del trono legítimo. ¿Quién será capaz de resistir el valor de los valientes conducidos por el ilustre vencedor de Chiva y de Arcos de la Cantera? ¿Serán los *miserables* fugitivos de Negri y Basilio (6), los restos de Merino, ó lo será Cabrera, confiado en sus batallones compuestos de gente extraña á este país? Aragoneses, no más humillacion. Despreciad la tur-

(1) Y son siete adjetivos. — La diputacion provincial de Castellon era partidaria del *bombo*.

(2) Eso es lo que faltaba: vencer. — Lo demás era música celestial.

(3) No hay tal cosa, amiga. Repase usted la historia.

(4) El trono del Rey legítimo, le desplomaron las traiciones, nó las armas isabelinas.

(5) Pueden leerse estas curiosas epístolas, en Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 518—20.

(6) Galantería sobre todo.

ba de ambiciosos hipócritas que os oprimen, y acordáos de vuestros antepasados, entusiastas por la libertad (1)»

Dados estos antecedentes, comenzarémos á reseñar el sitio de Morella, dia por dia, extractando los partes isabelinos publicados en la *Gaceta*, y los partes carlistas dados á lùz en los ***Boletines del Ejército Real*** y ***Gaceta de Oñate*** (2).

El dia 24 de Julio salió de Teruel el general Orâa con dos divisiones, llega á Castellfort el 28 y se une con la division de Borso, al mismo tiempo que el general San Miguel salia de Alcañiz y ocupaba á Sinctorres, molestado por los cazadores carlistas y por las granadas de un morterete, cuando las tropas se hallaban formadas para dirigirse á sus alojamientos (3).

Cabrera, desde el dia 23 hasta el 28, se ocupó en recorrer todos los puntos fortificados en la línea exterior de Morella, y en acantonar sus divisiones en puntos convenientes; mandó destruir la carretera de Alcañiz á la plaza que iba á ser sitiada; hizo que el general Merino, con la division castellana, se colocase en Mosqueruela para librar á Cantavieja de un golpe de mano; ordenó que Llangostera, sin empeñar accion con el enemigo, siguiese en observacion, desde Fortanete, de las fuerzas de Orâa; que Forcadell observase á las de Borso, y que el coronel Don Manuel Feliu estuviese atento á los movimientos de las fuerzas de San Miguel.

---

(1) Estas proclamas y las anteriores, fueron publicadas en la *Gaceta de Madrid*, y copiadas por cási todos los periódicos liberales. Pueden verse íntegras en Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 254 y siguientes.

(2) El diario completo de Cabrera consta en Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 293 á 361.

(3) *Gaceta de Madrid*, 3 y 5 de Agosto.

El dia 28 se encontraban las tropas de uno y otro bando en las posiciones siguientes:

Carlistas.—Pertegaz, con tres batallones, en el pinar del Mas del Coll, para oponerse al paso de la division San Miguel; Cabañero y Polo y Muñoz (1), con dos batallones, á la vista de la Mata, para evitar un movimiento de flanco del enemigo; Cabrera mismo, en observacion, para acudir al punto necesario;—por otra parte, el coronel Salvador y Palacios subió á reforzar la guarnicion de la plaza, con cuatro compañías de Tortosa, y Llangostera, con cuatro batallones escasos, alcanzaba á San Miguel en Sinctorres y le obligaba á replegarse con pérdida de 14 muertos y 22 heridos.

Cristinos.—Las fuerzas de Oráa ocupaban á Castellfort, San Miguel á Sinctorres, Pardiñas y Borso las líneas de vanguardia; emprendieron en seguida la marcha en direccion á Morella.

Desde ahora en adelante, hasta la retirada de las tropas cristinas, escribirémos un extracto de las operaciones diarias de ámbos ejércitos.

DIA 29.

Carlistas.—Cabrera ordena al general Merino que se situe en el Forcall (Horcajo).—Llangostera ataca á San Miguel en Sinctorres, causándole muchas pérdidas.—Forcadell traba combate con la division de Oráa, por retaguardia.—El comandante D. Joaquin Bosque con dos compañías y algunos caballos, hostiliza al enemigo.—

(1) Este es el mismo Sr. D. Juan de Dios Polo y Muñoz que ha sido desterrado en este año á Filipinas.

Este intenta forzar el paso para ocupar las alturas de la Muela, y se empeña reñida accion, que duró algunas horas, «sin que pudieran adelantar un paso, hasta que entrada la noche se retiraron (los cristinos) con una pérdida terrible, y camparon parte en la citada sierra, y parte á la espalda de la misma.» — El Conde de Negri perdió en esta pelea su caballo. — Los carlistas pernoctaron entre la Muela, el Forcall y el Coll de Morella. — Enarbolóse la bandera negra en el castillo.

Cristinos. — Marcha el ejército hácia Morella. — San Miguel confiesa haber sido molestado por fuerzas enemigas. — Oráa no acepta un combate que Cabrera le propone á la vista de Morella. — Vadéase el rio Bergantes, cási bajo los fuegos de la plaza; «pero cuando los últimos cuerpos se hallan en el Valle, la guarnicion y la artillería de aquella molestan á las tropas por derecha é izquierda.» — Ocupan por fin las alturas de la ermita de San Pedro é inmediatas. — La pérdida de Oráa asciende á 100 hombres «bien insignificante — dice — comparada con la que debe haber experimentado el enemigo (1).»

DIA 30.

Carlistas. — Al amanecer la division de Valencia se dispone á atacar al enemigo. — Reñida pelea que dura ocho horas «no obstante de ser triple el número de los contrarios, causándoles una terrible pérdida por la buena direccion de nuestros fuegos». — Llangostera, con la division de Tortosa ataca la retaguardia de Oráa al desfilar por el *Estret de Portes*: crecido número de muertos y he-

(1) *Gaceta de Madrid*, 5 de Agosto.

ridos, entre los primeros un capitan y tres subalternos.—Cabrera, viendo gente en el ermitorio de San Pedro, monta á caballo, y á galope marcha para aquel punto: «á mitad de la subida, dice, encontré á tiro de pistola una fuerza que bajaba con ademan de recibirme; mas en el acto reparé ser enemiga, y al volver el caballo para retroceder me hizo una descarga, y fué siguiéndome hasta que estuve fuera de tiro.»—La division aragonesa sostuvo una accion tenaz en el carrascal del Mas de Beltrol, protegida por la artillería de la plaza.—En este dia el combate fué general en toda la línea á la una de la tarde, durando hasta las ocho de la noche.

Cristinos.—Oráa con dos divisiones, marcha á la Pobleta molestado por el enemigo.—Borso y Pardiñas, son atacados en su campamento por las divisiones de Forcadell y guarnicion de la plaza.—El coronel Pezuela (D. Juan) con su regimiento de caballería y un batallon de Ceuta, rechaza á los carlistas «en su osada acometida.»—Repítese el ataque en Beltrol y Torreta de Burrum.—Vuelven á atacar los carlistas en una tercera posicion, y son nuevamente rechazados.—«Mi pérdida, dice Borso, consiste en 10 muertos y 140 heridos, y 12 caballos. La del enemigo puede considerarse más de un doble (1).»

DÍA 31.

Carlistas.—Descansan las tropas fatigadas.—Constrúyese una línea de circunvalacion sobre las mismas posiciones del enemigo.—Efectúanse algunos relevos de fuerzas.

(1) *Gaceta de Madrid*, 6 de Agosto.

Cristinos.—Oráa manda destruir algunos parapetos de as alturas de la Pobleta.—Pasa á Monroyo, fortifícase y se guarnece este punto con la division de reserva y un batallon del Infante.—El campamento de Borso es trasladado á reteguardia de la division Pardiñas.

DIA 1.º DE AGOSTO.

Carlistas.—Cabrera ordena que cuatro batallones de Valencia (1.º, 2.º, 5.º y 6.º) pasen á la plaza á limpiar el armamento.—Arenga á éstos, después de formados, y les exhorta á ejecutar con valor un proyecto que disponia para el dia siguiente.—El proyecto era atacar al enemigo por su izquierda al amanecer del dia 2, amagando un ataque por la derecha: mandó á Llangostera que al mismo tiempo cayese sobre ésta; escalonó entre la Cruz de Beneito y las alturas de Querola un batallon castellano; avisó al general Merino para que atacase por el flanco que ocupaba al sentir el fuego en la parte opuesta, y dispuso que el Conde de Negri, con seis compañías de Tortosa, se situase con el mismo objeto entre Querola y la ermita de San Pedro.

Cristinos.—Sin novedad, en sus acantonamientos.

DIA 2.

Carlistas.—Cabrera con la division de Valencia, y después de una marcha estratégica de cinco horas, llega al campamento enemigo, situado en la Pedrera, á las cinco de la madrugada: atacan de improviso el parapeto corrido que lo custodiaba: refuérzanse los contrarios con

cuatro batallones más y dos escuadrones: retíranse los carlistas ordenadamente y por escalones: Cabrera, á la cabeza de 100 ginetes, corre á salvar á dos compañías muy comprometidas que se batian con encarnizamiento contra fuerzas numerosas: cargan contra él 800 caballos isabelinos, «y á un movimiento mio, dice, se me cayó la boina, que no pude recoger por hallarme á retaguardia y tener los enmigos encima.»—Pierde su caballo, que el asistente llevaba de la brida, de un balazo de fusil, «recogiendo de él, añade, mi capa los cristinos.»—En Mas de la Canaleta se empeñó nuevo combate, y fué rechazado el enemigo hasta su campamento con bastantes pérdidas.—Llangostera, Merino y el Conde de Negri, obedeciendo las órdenes recibidas en la noche anterior, rompieron el fuego en distintas direcciones, consiguiendo entretener á numerosas fuerzas enemigas, á fin de llevar á debido efecto el movimiento estratégico de Cabrera.

Cristinos.—La division Borso es atacada por Cabrera: defiéndese denodadamente la vanguardia; los coroneles D. José Ortiz y D. Juan de la Pezuela, rechazan al enemigo: el provincial de Ciudad Real toma una posicion de los carlistas á la bayoneta, y son envueltos éstos por un escuadron á las órdenes del teniente coronel Serrano (1). «Las tres restantes posiciones fueron defendidas con tenacidad y ocupadas con arrojo.»—El brigadier Azpíroz, rechazó á Merino, y Borso á Llangostera y Cabañero.—La pérdida de Borso consiste en 10 muertos y 88 heridos, entre ellos 8 oficiales: «la del enemigo, añade el parte, en muchos muertos, heridos y sólo 8 prisioneros, porque todos los que se hicieron al principio, inclusos un jefe y varios oficiales, no pudieron escapar del enojo de la ca-

(1) El actual Duque de la Torre, Regente del reino.

ballería, y les dieron muerte en el calor de la refriega.... Adornan los trofeos de esta victoria, la capa blanca de Cabrera y su caballo (1).»

Acerca de estos trofeos, como dice la *Gaceta*, copiarémos un párrafo de cierto documento *inédito*, que posee el autor de esta historia, escrito por el hermano de uno de los jefes del ejército del Centro, en la division de Borso di Carminati.

Dice así:

«.... Descubrió Pezuela al caudillo tortosino, corrió personalmente á galope hácia él, le hizo volver la espalda, y le persiguió con tal tenacidad de hombre á hombre, que llegó á agarrar su ligera capa blanca cuando ya llegaban los dos á orillas de un precipicio. Saltó el broche que la sujetaba al cuello de Cabrera, y abandonando entónces el general carlista su capa y su caballo, con singular agilidad se libró de su perseguidor.... Pezuela volvió á su campamento con aquellos dos trofeos.»

Nos permitimos hacer observar á nuestros lectores, que no es creible la relacion que antecede, hilvanada por algun biógrafo encomiador del Conde de Cheste, para desquitarse de alguna contrariedad más ó ménos grave: las razones saltan á la vista, y no nos parece justo perder el tiempo en destruir aquella.

Harémos únicamente estas sencillas preguntas:—¿Cabrera huia acaso de un combate personal con el coronel Pezuela? ¿Cómo no se indicó ni remotamente en el parte cristino la heróica *fazaña* del Sr. Pezuela, niño mimado de Oráa y por ende de Borso, autores ámbos de los partes? Por qué tanto quijotismo?

(1) *Gaceta de Madrid*, 16 de Agosto.

DIA 3.

Carlistas.—Se prolonga el foso desde el castillo de Morella hasta la Puerta de San Miguel: se forma un segundo recinto aspillerado, y se construyen parapetos y barricadas en todas las boca-calles y avenidas al frente de las murallas, y algunas flechas para los fuegos de flanco: se ejecutan otras muchas obras para imposibilitar el asalto. —A las diez de la mañana salió Cabrera para incorporarse á la division Forcadell y tomar las alturas de la Cabrida: tomólas; colocó sus fuerzas en buenas posiciones, y provocó al enemigo: éste, que se hallaba en las cuestas de la ermita de San Márcos, con grandes masas de infantería, diez escuadrones y várias piezas de artillería, avanzó sobre los carlistas: cedieron éstos ante numerosas tropas, y tomaron nuevas posiciones en el Mas de la Canaleta, sosteniendo un nutrido fuego: replegáronse otra vez, y volvieron de nuevo al combate, «con tal decision, que obligaron al enemigo á pronunciarse en retirada, verificándola con precipitacion.... y siguiéndole hasta el mismo llano de la Cabrida, se le causó bastante pérdida, especialmente de caballería.»—Cabrera volvió á la plaza, y Llangostera y Merino conservaron las mismas posiciones.

Cristinos.—Oráa se trasladó á la Pobleta con la division de reserva: encuéntrase sobre la izquierda *al atrevido jefe enemigo* (1), que le presenta cinco batallones y dos escuadrones preparados al combate: atácanlos el briga-

(1) Palabras textuales del parte de Oráa.—*Gaceta de Madrid* 16 de Agosto.

dier Azpíroz y el coronel Pezuela «con la carga más atrevida que puede esperarse de ginetes españoles»: aquellos son rechazados.—El general Pardiñas permaneció todo el dia á la vista de los rebeldes.—Fué gravemente herido el ayudante de E. M. Don Manuel Mendoza. —Envíase un parlamentario á la plaza, y es recibido á balazos (1).

DIA 4.

Carlistas.—Cabrera arregla el órden de servicio para la defensa de la plaza: divide ésta en cuatro distritos, al mando de reputados jefes: la division Forcadell pasa á Morella, á fin de municionarse y recomponer las armas deterioradas: la caballería de Castilla destroza la partida franca que mandaba el *Tuerto de Alcorisa*, matando 31 peseteros.—Llega á Sinctorres un batallon de la division de Múrcia.

Cristinos.—No ocurre novedad.

DIA 5.

Carlistas.—Sale de Morella para Cantavieja el tercer batallon de Valencia, en relevo del 5.° de Aragon, que debia incorporarse á su respectiva division: Cabrera pasa revista al batallon de Guías de Aragon y á algunas compañías de Tortosa, «invitándoles, tanto á los oficiales como á la tropa, á que le manifestasen francamente si se hallaban con suficiente decision para sufrir la suerte de un sitio y morir ántes en las ruinas de la plaza; á lo que con-

(1) *Gaceta de Madrid*, 16 de Agosto.

testaron, con entusiasmo, estar prontos á sacrificar sus vidas primero que rendirse, justificando esta resolucion con las aclamaciones de ¡*Viva la Religion*! y ¡*Viva el Rey*!»— La segunda brigada de la division de Valencia pasa á Cap de Viñet y Cruz de Beneito: la brigada castellana entra en la plaza: Forcadell, con dos batallones, ocupa las alturas de Betrol: Llangostera conserva su posicion.

Cristinos.—No ocurre novedad.

DIA 6.

Carlistas.—Las compañías de preferencia de los dos primeros batallones de Valencia toman la altura denominada la Moleta de la Pedrera: el enemigo, con cuatro batallones, ataca este punto, y los carlistas, después de algunas descargas, lo abandonan: Cabrera, con otros cuatro batallones, presenta la batalla, y el enemigo no la quiere aceptar: ofrece otra vez la batalla á las tres de la tarde en las inmediaciones de la Cabrida, y tampoco es aceptada: las fuerzas vuelven al campamento, y desde éste se traslada Cabrera con parte de ellas y el escuadron del Conde de Negri á las cercanías de la Pobleta, al lado de la division Llangostera.

Cristinos.—Llega la artillería de sitio al pié de la Pobleta: la division San Miguel acampa en la venta del camino de Monroyo á fin de custodiar un convoy (1).

---

(1) *Gaceta de Madrid*, 16 de Agosto.

DIA 7.

Carlistas.—Cabrera distribuye sus fuerzas para operar contra las de Oráa y San Miguel, que se hallaban en la Pobleta: várias partidas molestan á los trabajadores empleados en la recomposicion del camino: las demas tropas quedan en sus anteriores cantones.

Cristinos.—El enemigo fortifica sus posiciones de la Pobleta é inutiliza el camino con profundas cortaduras á fin de impedir el paso de la artillería: el general en jefe se traslada á la Pobleta con la division de reserva: «sólo se puede conseguir en todo el dia adelantar el tren y convoy hasta más acá de la Pobleta (1).»

DIA 8.

Carlistas.—Los batallones 6.º de Aragon y 2.º de Mora rompen el fuego contra la division Borso, que se adelanta hasta Torre de Miró y el estrecho de Portes: Cabrera con dos batallones y la caballería sale del Mas de Adell contra el enemigo: el batallon castellano ataca á uno de Borso, le arrolla, le persigue, corta y mata 40 hombres, y recoge 50 fusiles: el disperso es reforzado, y lo es tambien el castellano: recházase otra vez al cristino: el combate se generaliza entre las huestes de Oráa y San Miguel y las de Cabrera, Llangostera y Forcadell, poniendo aquellos en juego 16 batallones, 1.000 caballos y 10 piezas de artillería: «formalízase un ataque general que se sostiene

(1) *Gaceta de Madrid*, 16 de Agosto.

con encarnizamiento por una y otra parte, avanzando vários compañías hasta colocarse en la pared de la era contígua á la casa Miró, de la que y contra la cual se rompió un fuego horroroso, cuando simultáneamente, dice Cabrera en su parte, y con un arrojo extraordinario de mis voluntarios, se salvó la pared y se introdujeron dentro de la casa á la bayoneta, siendo víctimas la mayor parte de los que la ocupaban:» continuóse el fuego hasta las nueve de la noche, en que se tocó llamada: vivaquearon los carlistas en Erveset.

Cristinos.—El enemigo habia destruido, durante la noche, los trabajos practicados en el dia anterior para salvar el desfiladero de *Estret de Portes* (Estrecho de Portes): Borso tomó posiciones en el expresado desfiladero, situando dos baterías en puntos á propósito: llega el convoy hasta la ermita de San Márcos, á pesar del tiroteo de los carlistas: pasa el tren hasta las inmediaciones de la ermita, protegido por la division de Borso y Pardiñas: «ya oscurecia cuando la division San Miguel, que cubria la marcha, despues de haber sostenido algun fuego, llegaba á los puntos designados para acampar, y este fué el momento que escogió Cabrera para emprender un brusco ataque, reuniendo todas sus fuerzas contra la derecha de la línea.... Terribles fueron los primeros instantes del combate, añade Orâa, pues acometidos nuestros tiradores y sus reservas.... se vieron obligados á retroceder y abandonar una casa que habia de formar la extrema izquierda de nuestra línea, y fué objeto de la contienda de ambos partidos.... Ordenó al coronel del regimiento de caballería del Rey, D. Adrian de Jácome, que cargase por su frente al enemigo, con un escuadron, miéntras los tiradores del 6.° ligero, á las órdenes del capitan D. Rafael Acedo Rico, lo verificaba por su izquierda... y arrollados los con-

trarios en todas direcciones tuvieron que acogerse á una línea de peñascos, desde donde continuaban los fuegos.» —«Fija la pérdida en 100 y tantos hombres fuera de combate, considerando mucho mayor la del enemigo (1).»

DIA 9.

Carlistas.—Obstrúyese el camino de la Pobleta al *Estret de Portes*: el coronel Domingo y Arnau con dos compañías de preferencia y la caballería castellana ocupa la Torre del Vall, inmediata á la plaza: Cabrera reconoce el barranco de los Palos, hace construir algunos parapetos y defensas, y retorna á Morella á las doce de la noche.

Cristinos.—Establécense al frente de Morella todas las tropas sitiadoras: el cuartel general ocupa las masías del Alicat y de Romeu, Borso y Pardiñas los mismos puntos, San Miguel la izquierda de Borso en las montañas de San Isidro, la reserva el monte de la Pedrera, y la caballería el llano que existe entre el ermitorio de San Pedro y la torre de Miró: el tren de artillería y el convoy de víveres se halla en el centro de las cuatro posiciones.

DIA 10.

Carlistas.—El enemigo, con seis batallones y tres escuadrones, ataca á las seis de la mañana los puntos de Cap de Viñet y Cruz de Beneito, recházale la segunda brigada de Valencia, la cual es rechazada á su vez por grandes masas cristinas.—A las tres de la tarde, trábase

(1) *Gaceta de Madrid*, 16 de Agosto.

nuevo combate en la altura de Querola, y son rechazadas las escasas fuerzas carlistas que la defendian, á causa del certero fuego de cañon de dos baterías colocadas en la ermita de San Pedro y en la cuesta de la Pedrera: rehácense aquellas, y protegidas por la artillería del castillo, atacan otra vez á los cristinos y se apoderan de la casa de Santa Lucía, obligándoles á huir y causándoles algunos muertos: el combate sigue hasta bien entrada la noche.

Cristinos.—Trata Oráa de cortar la comunicacion á los defensores de Morella: desaloja á Cova y Bizcarro de sus posiciones el general Pardiñas: el primer batallon del Rey se apodera de las alturas inmediatas á la *Caseta de Sorlí*, y conserva su posicion á pesar del fuego de la artillería enemiga: 18 compañías ocupan los puntos más ventajosos para cortar las comunicaciones entre la guarnicion de la plaza y los que la protegen en las líneas exteriores (1).

DIA 11.

Carlistas.—Al amanecer, observa Cabrera que los cristinos habian ocupado los puntos ya citados, y los cuales formaban una línea de circunvalacion alrededor de la plaza: tratan tambien de ocupar el barranco de los Palos, destaca fuerza el jefe carlista para oponerse á los intentos de aquellos, y es rechazada hasta la línea de reserva por triple fuerza contraria: «en seguida, de estos mismos rechazados, se mandaron cuatro compañías á posesionarse de un cerrito y un bosque intermedio entre la línea primera y el expresado cerrito.—Avanzaron los enemigos

(1) *Gaceta de Madrid*, 16 de Agosto.

con la mayor resolucion sobre la citada línea, y aunque llegaron hasta el mismo parapeto, fueron rechazados con grandísima pérdida, lo mismo que en dos veces más que la repitieron con igual audacia.»—Quisieron luego verificar el ataque por el flanco izquierdo, y fueron nuevamente rechazados: otra fuerza enemiga intentó forzar la derecha, y obtuvo la misma suerte.—Emprendieron los cristinos la retirada con desórden, siendo molestados con los fuegos de algunas guerrillas carlistas: «dejaron en el campo 146 muertos, 114 fusiles y gran porcion de municiones, llevándose sobre 650 heridos.»—El parte concluye así:—«En este glorioso combate fueron heridos: el segundo comandante accidental del 2.° batallon de Mora, D. José Pujol; su hijo D. Miguel, primer comandante del 1.° de idem; muerto otro hijo cadete, y contuso otro hijo, llamado D. Juan, teniente: el expresado padre, después de la primera curacion, volvió al combate á ocupar otra vez su puesto, en el que le mataron el caballo.»

Hé aquí una familia de valientes, cuyo nombre es digno de recordacion eterna.

Cristinos.—Oráa escribe el lacónico parte siguiente:—« El general San Miguel sale de su campo y arroja al enemigo del suyo; pero no habiendo regresado todavía de su expedicion, no puedo expresar los detalles de una accion en que han debido distinguirse nuestras tropas.» —Los jefes de artillería é ingenieros determinan la colocacion de baterías (1).

DIA 12.

Carlistas.—Cabrera manda atacar á las fuerzas ene-

(1) *Gaceta de Madrid*, 21 de Agosto.

migas que se hallaban parapetadas en el meson de Beltran y casas á la izquierda: éstas destacan guerrillas que fueron rechazadas: algunos batallones cristinos se adelantan á proteger á los suyos y quedan en observacion hasta el anochecer, sin aceptar el combate con que les brindaba el general Cabrera.—Introdúcese en la plaza una brigada con víveres y municiones.—Desalójase, después de reñida y sangrienta pelea, á la fuerza enemiga que ocupaba el Tosal de Avellaná: otra más numerosa le recobra: el coronel Gracia (D. Martin) se posesiona otra vez del Tosal, haciendo huir á los isabelinos con pérdidas considerables. —Apodéranse los carlistas en la Pobleta de 28 carruajes del enemigo, y los incendian.

Cristinos.—Oráa dice que no ocurre novedad (1).

DIA 13.

Carlistas.—A las once de la mañana se presenta delante de la plaza un nuevo parlamentario isabelino, y es recibido tambien á balazos.—La guarnicion hace dos salidas contra los enemigos del meson de Beltran y parapetos del Hostal Nou, causándoles graves pérdidas y obligándoles á encerrarse dentro de las casas: seis batallones enemigos llegan á proteger á los suyos, y Cabrera sale de la plaza con algunos de Valencia, trabándose una accion muy reñida que concluyó al anochecer con la retirada de aquellos.—La plaza en este dia ofendió muy gravemente con sus fuegos á los constructores de una batería cristina.—Fortificaron tambien várias avenidas á la plaza é iglesia nayor, con sólidos parapetos.

(1) *Gaceta de Madrid*, 21 de Agosto.

Cristinos.—Durante la noche del 12 al 13 se construyeron baterías contra Morella, quedando establecidas en el último dia bajo el vivo fuego de la plaza y castillo (1).

DIA 14.

Carlistas.—Al amanecer, rompe el fuego el enemigo: comienza á abrirse brecha en la parte superior de la muralla, entre San Miguel y la Torre Redonda: la artillería de la plaza desmonta dos piezas de los cristinos y destruye otras dos baterías con grande estrago entre los artilleros é ingenieros: constrúyese un grueso espaldon con sacos de tierra en el punto amenazado de la muralla, aspilléranse las casas inmediatas, levántase al otro lado una pared sencilla y á su espalda un sólido parapeto de mampostería, tambien con aspilleras, y un profundo foso,—«de manera, dice el parte, que aun cuando el enemigo hubiese llegado á penetrar por la brecha, se habria encontrado reducido á un espacio muy limitado, y contra el cual podia hacerse fuego con un batallon entero.»—En la construccion de estas obras se perdieron diez hombres, y por el fracaso de un mortero de á diez, que acababa de hacer un tiro esforzado, «se inflamaron cuatro granadas de á siete pulgadas, dos bombas de á diez, vários cartuchos y un cajon de pólvora, causando la muerte de un sargento, un cabo, un artillero, y quedando heridos cinco de éstos y otros dos que lo fueron por el enemigo en la batería del cañon de 18.»

Cristinos.—Oráa confirma que al amanecer se rompió el fuego de artillería contra la plaza, batiendo en brecha

(1) *Gaceta de Madrid*, 21 de Agosto.

el muro comprendido entre la puerta de San Miguel y la Torre Redonda: los sitiados sostienen un fuego muy vivo «que á pesar de su buena direccion sólo causa al enemigo seis ó siete bajas, habiendo producido algunos daños en la parte del material y baterías.—Elogia la conducta de los artilleros y zapadores (1).

DIA 15.

Carlistas.—Al amanecer el enemigo rompió un vivísimo fuego y «tan continuado.... que no cesó en todo el dia de haber una ó dos bombas y granadas en el aire contra el castillo y la plaza,» prolongándose hasta media noche, y haciéndose una brecha practicable, «para una mitad de frente.»—Colocóse la artillería del castillo de modo que pudiese hacer fuego con metralla, si el asalto se intentaba: amontonáronse combustibles en la brecha y se reforzaron las guarniciones de los cuatro distritos.—Á las once de la noche dan aviso los escuchas de aproximarse el enemigo al asalto: enciéndense los combustibles hacinados en la brecha: el Conde de Negri ofrece á los defensores, en nombre del Rey, un real diario y vitalicio si consiguen rechazar á los sitiadores: guárdase silencio profundo: á la media noche se acercan los cristinos á la brecha, y son recibidos con un fuego horroroso de fusilería á quema-ropa, granadas de mano y metralla, y «con una terrible nube de piedras que desde las altas torres de San Miguel llovian sobre sus cabezas» y á pesar de la decision y arrojo con que se dirigieron á la brecha, son rechazados en el primer asalto.—En este dia, Forcadell y Llangos-

(1) *Gaceta de Madrid*, 21 de Agosto.

tera molestaron contínuamente á cuatro batallones isabelinos que conducian un convoy al cuartel general, siguiendo en posicion paralela desde las alturas del *Estret de Portes* hasta el barranco de los Palos, causándoles una pérdida de 300 hombres fuera de combate.

Cristinos. — Los comandantes de artillería é ingenieros declaran que la brecha estaria practicable á las doce del dia: dispónense las tropas para el asalto al anochecer, de este modo: una columna, á las órdenes del coronel de Ciudad-Real D. José Ortiz, compuesta de las compañías de preferencia de las divisiones 1.ª y 2.ª, las del provincial de Santiago con el último gobernador de Morella, Don Bruno Portillo y Velasco, una seccion de zapadores y otra de artillería; otra columna formada por las compañías de granaderos de las divisiones 3.ª y de reserva, con su seccion correspondiente de zapadores y artilleros, al mando del coronel de voluntarios de Navarra, D. Cárlos Oxolm; otra columna de reserva, destinada á apoyar á ámbas, que se componia de cuatro batallones mandados por el brigadier D. Miguel Mir. «Aproximadas las tropas á la plaza — dice Oráa — y dada la señal de acometer, tuvieron que luchar con los inconvenientes de un terreno que no permitia formar en columna.... El enemigo, conociendo el ataque, inflamó instantáneamente la porcion de combustibles que tenia aglomerados á espaldas de la brecha, la cual presentaba el aspecto de un volcan, miéntras que desde las murallas y torres inmediatas arrojaban granadas de mano y piedras de gran tamaño, sosteniendo un continuado fuego de fusilería sobre los que se aventuraban á presentarse al frente de la brecha, guiados por el bizarro coronel D. José Ortiz, el de la misma clase D. Bruno Portillo y Velasco y el comandante graduado D. Rafael de Castro, que, como el primero, fué gravemente herido, ca-

yendo de lo alto de las escalas y arrastrando consigo á los que le seguian. Varios fueron los esfuerzos que hicieron las tropas hasta llegar á la brecha, y sólo consiguieron muy pocos aproximarse.... Conociendo la imposibilidad de adelantar en el ataque y la tenacidad del enemigo en defender la brecha, me fué preciso disponer que se retirasen las tropas al punto de su salida.... proponiéndome verificar otro ataque.» — Manifiesta además Oráa que para cooperar á la empresa de aquella noche, y á fin de engañar al enemigo, dispuso la voladura de un hornillo en la parte opuesta de la poblacion, y aproximándose á la muralla por dicho sitio el batallon cazadores de Oporto, amagando un asalto (1).

DIA 16.

Carlistas. — Será preciso copiar, cási íntegros, los partes de los jefes de uno y otro ejército, para no quitarles un átomo de importancia. —

Cabrera dice: «Sería cerca de la una de la madrugada del 16, cuando el enemigo, no escarmentado aún con el primer rechazo, volvió una y otra vez con furor á la carga; mas fué igualmente repelido con horrible estrago. En vano su jefe, el coronel Portillo, gobernador que fué de la plaza cuando su heróica toma por las tropas reales, los animaba con su ejemplo: los más osados perecieron, y él mismo sucumbió víctima de su insensata promesa al pié de unos muros que no supo conservar. En vano tambien se esforzaban los demás jefes y oficiales en reanimar y hacer avanzar á los granaderos: estos permanecian in-

(1) *Gaceta de Madrid*, 27 de Agosto.

móviles: la funesta suerte de sus compañeros los tenía aterrados; el fúnebre silencio que reinaba en la plaza era la señal de su muerte, y la hoguera indicaba el sepulcro del temerario que osara pisarla. —Esta terrible escena duró hasta el amanecer, en que habiendo hecho inútilmente el último esfuerzo, se retiraron..... en la más completa dispersion.... dejando un considerable número de muertos sembrados al pié y *glácis* de la fortaleza y muralla.» —Los cristinos intentaron acercarse á esta por algunos otros puntos, sin obtener más resultado que la pérdida de algunos hombres.—Hubo durante el dia várias escaramuzas entre sitiados y sitiadores: batióse el meson de Beltran con un obús de 36, sin resultado: Forcadell y Llangostera sostuvieron con favorable éxito un combate contra cinco batallones y seis escuadrones, que anhelaban apoderarse de los parapetos y posiciones de aquellos: los cristinos fueron rechazados con pérdidas considerables. — El enemigo continuó haciendo horroroso fuego, especialmente de obús y mortero, contra el castillo y la plaza.

Cristinos. — Siguen los artilleros haciendo fuego sobre Morella, y se consigue desportillar un poco más la abertura de la brecha. — Varios choques parciales entre sitiados y sitiadores.

DIA 17.

Carlistas.—A las cuatro de la madrugada se emprende el ataque contra la plaza, por la brecha y por el recinto, con 13 batallones: una descarga general de la guarnicion le contiene, causando muchos destrozos en las filas enemigas: rehácense aquellos y tornan al asalto; «pero el mortífero fuego de la plaza y el ver los rebeldes caer sus mejores soldados, les hizo enfriar su primer ardor, re-

trocediendo hasta detrás de los escarpados que forman el terreno inmediato á la muralla;» hicieron otro esfuerzo, «acometieron con indecible audacia,» pero pronto la muerte puso término á su ilusoria esperanza:» introdújose el desórden en las filas de los sitiadores y muchos emprendieron la fuga: la guarnicion lleva á cabo entónces una salida, mandada y dirigida por el comandante don Manuel Salvador y Palacios: toma á la bayoneta las alturas próximas al portal del Estudio, desalojando á los enemigos que las defendian: éstos se dispersan completamente y abandonan el campo, con peligro de perder toda su artillería de batir: apoderáronse los carlistas de más de 300 fusiles, bayonetas, cananas, cajas de guerra, escalas, sacos de tierra, gárfios, picos, hachas y municiones: el subteniente del batallon de Guias, D. Benito Perez, se hizo dueño de una pieza de bronce, de á cuatro, y cargándosela la llevó sólo á hombros hasta la plaza: incendióse un depósito de municiones, y los carlistas, hallándose sin cartuchos, no pudieron seguir en persecucion de sus contrarios.—El coronel D. Martin Gracia y el ayudante D. Domingo Gombau introdujeron en la plaza un convoy de víveres de todas clases, sin que el enemigo opusiera resistencia.

Cristinos.—La suerte señala para el asalto en la brecha al batallon de granaderos de la Guardia Real provincial, á las compañías del provincial de Santiago y una seccion de artillería é ingenieros: esta columna, apoyada por dos batallones al mando del brigadier Aspíroz, y várias otras columnas que debian asaltar la muralla y la plaza por diversos puntos, ocupan sus puestos al amanecer: dada la señal, marchan todas con serenidad y arrojo: recíbelas el enemigo con horroroso fuego de fusilería, granadas de mano y metralla, que siembra la destruc-

cion por todas partes: las tropas mantienen su posicion, sin embargo: mueren el comandante de E. M. Don Joaquin Alonso, el coronel ex-gobernador de Morella, D. Bruno Portillo y Velasco, «que cumplió la promesa hecha de penetrar en la plaza ó morir al pié de sus muros,» el mayor del batallon de la Reina, D. Jerónimo Las-Heras y otros muchos oficiales. «Bien conocia, añade Oráa, la situacion crítica de esta columna, pero esperaba el resultado de la escalada por los puntos designados, pues si conseguia llamar hácia ellos la atencion del enemigo, tal vez se disminuirian los fuegos sobre el paso de la brecha y la columna de ataque podria hacer un esfuerzo; *pero preparado el contrario en todas partes*, fué imposible conseguir nuestro intento, pues aquel consiguió hacer retroceder al segundo batallon de Córdoba con el fuego de fusilería de la muralla y las granadas y piedras que arrojaban: el segundo de Castilla y el primero de Voluntarios de Navarra lograron plantar sus escalas contra el muro y aun llegar á la mitad de su altura; mas precipitados desde ellas los primeros que subian, y sufriendo el mismo fuego, proyectiles y piedras que las demás columnas, tuvieron que desistir en su empresa después de sufrir considerables bajas.»—Las tropas recibieron órden de retirarse á sus campamentos (1).

DIA 18.

Carlistas.—El enemigo ha abandonado los puntos de circunvalacion y retirado la artillería; la guarnicion se municiona, sale y ocupa aquellas posiciones; los cristinos son desalojados y perseguidos de posicion en posicion,

(1) *Gaceta de Madrid*, 27 de Agosto.

hasta más allá de las alturas de San Márcos por la division castellana y el batallon del Túria; acampan estas fuerzas en los puestos que habian conquistado, y pernoctan en ellos.—Los habitantes de Morella se entregan á las mayores demostraciones de júbilo por la derrota de Oráa, y aclaman al vencedor.

Cristinos.—El ejército constitucional se retira y queda campado entre las alturas de San Márcos y el *Estret de Portes*: á vanguardia la division San Miguel, en el centro la de Borso y reserva custodiando el convoy, á retaguardia la de Pardiñas: emprende Oráa la retirada hácia Alcañiz.

DIA 19.

Carlistas.—Cabrera ataca al enemigo en la línea de San Márcos: Forcadell y Llangostera toman fuertes posiciones en el bosque del *Estret de Portes*: es aquel batido y sufre horribles pérdidas: fortifícase en dos masías colocadas cerca del camino, es atacado en la de la izquierda, la incendia al querer abandonarla, alcánzanle las fuerzas de Cabrera y pasan á cuchillo á los defensores de la citada masía: sucede lo mismo en la otra masía de la derecha: pronúncianse los cristinos en retirada confusa y en desórden, y son perseguidos hasta la Pobleta.—«En esta jornada, dice Cabrera, se puede asegurar que perdió el enemigo más gente que en cualquiera otro de los mayores combates que hasta entónces se habian tenido, y en la que se vieron en nuestra tropa rasgos del más heróico valor.»—Á las cuatro de la tarde manda Cabrera hacer alto y reparte á los pueblos una alocucion cuyos principales párrafos son los siguientes:

«Acordaos de lo que anuncié á las guarniciones de los

fuertes en 23 de Mayo, cuando llegó á mi noticia que el enemigo iba á invadir estos montes de la fidelidad, con el objeto de ocupar sus plazas. Ya se ha realizado su invasion, pero tambien su derrota y escarmiento... Morella ha enarbolado su estandarte de triunfo después de diez y nueve dias de dar pruebas al enemigo que no abrigaba hombres de apariencia, sino soldados convencidos de la justicia de la causa que defienden... Oráa, que ofreció penetrar en estas montañas para... reconquistar para siempre estas fortalezas, contando con sus numerosas fuerzas... ha experimentado que no fueron las suyas, si no las de la legitimidad, las banderas bendecidas por el Altísimo...— Ya sé que esta invasion del enemigo os ha ocasionado males y sacrificios que no olvidaré, y procuraré vuestro alivio, para que conozcais la diferencia de los hombres entregados á la impiedad y á la usurpacion, y de los hijos fieles á su Pátria, á su Dios y á su Rey.»

Cristinos.—Al amanecer del 19 sigue Oráa la marcha: Cabrera sale al encuentro y ataca y *arrolla por todas partes á sus contrarios*: *éstos sufren gran pérdida*: su artillería no puede disparar por falta de municiones: el ejército campa á media legua de Monroyo (1).

DÍA 20.

Carlistas.—Cabrera ordena al coronel Arnau que haga una excursion por las riberas del Júcar, y á Llangostera con las fuerzas de Tortosa y la caballería del Conde de

(1) Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 287.—Esta confesion explícita proviene de los *Diarios de operaciones* de los jefes del ejército del Centro, segun dice el autor de la obra.



Negri que se dirija á Benasal: él marcha tambien á este punto, donde pernoctaron todos.

Cristinos.—Sigue la marcha el ejército y acampa en el barranco de Valdenhuna, á cuatro leguas de Alcañiz y una de Belmonte.

DIA 21.

Carlistas.—Salen Cabrera y los suyos de Benasal, y se dirigen á Alcora, donde pernoctan.

Cristinos.—Adelántase Borso hácia Alcañíz, separándosé del ejército, á fin de «escoltar á 800 y tantos heridos, para que puedan llegar cuanto ántes, y reponerse algun tanto de lo mucho que han sufrido por el calor y falta de comodidad (1).»

DIA 22.

Carlistas.—Los ordenanzas de Cabrera sorprenden en la huerta de Castellon á algunos urbanos, y los acuchillan en número de 24: la caballería de Castellon sale de la plaza y sorprende á la vez á dos de aquellos, matando á uno y haciendo al otro prisionero: Forcadell, con sus tropas, pernocta en Onda, y Cabrera pasa con la fuerza de Tortosa á pernoctar en Villareal.

Cristinos.—Llega Oráa á Alcañiz con la artillería y el tren de sitio, distribuyendo sus fuerzas de la manera siguiente: la division San Miguel, á Zaragoza; la de Par-

(1) Palabras textuales de Oráa.—*Gaceta de Madrid*, 29 de Agosto.



diñas es destinada á proteger el Bajo Aragon; á Borso le envia á cubrir la Plana; Oráa mismo se estaciona en Teruel, mandando reconocer y artillar el castillo de Segura, considerándole como un buen punto militar entre aquella capital y Alcañíz (1).

Tal fué el sitio de Morella.

Nuestros lectores han visto pasar una por una escenas de valor heróico, de constancia invencible, de arrojo y decision incomparables: dignos fueron, preciso es confesarlo, ámbos ejércitos combatientes, de medir noblemente las armas, y los mismos jefes, hasta en los partes oficiales, lo reconocian, prescindiendo de algunas enconadas frases que dictaba únicamente la pasion de partido, que todo lo empequeñece y denigra.

Oráa, el hábil general cristino, cercó á Morella en virtud de órdenes terminantes del Gobierno de Madrid, cuyos indivíduos, sentados en doradas poltronas, ni sabian ni eran capaces de saber lo que significaba un empresa de tal género: el general en jefe del ejército del Centro se resistió cuanto pudo á llevar á cabo esta operacion, bien seguro de que sería más fácil la toma de Morella despues de vencer á Cabrera en los campos de batalla; pero no tuvo más remedio que acceder á las determinaciones del Gobierno, sopena de abandonar la lucha en los momentos en que más empeñada parecia, y realmente lo estaba.

Y claro está que desde este momento debió dedicar to-

(1) *Gaceta de Madrid*, 29 de Agosto, y *Diarios de operaciones.*

dos sus esfuerzos á salir airoso en la difícil empresa— ¡quién sabe si abrigando la esperanza de darla feliz remate ó de lograr un amargo desengaño!—¡Que el corazon del hombre es un misterio impenetrable!

Cabrera, después de conseguido el triunfo, remitió inmediatamente al Ministro de la Guerra el siguiente despacho:

«Comandancia general de Aragon, Valencia y Múrcia.—Excmo. Sr.: En fuga el enemigo abandonando el recinto de la plaza, y al montar á caballo para ir en su persecucion, pongo en conocimiento de V. E. que después de continuadas acciones en diez y nueve dias de asedio, y de los asaltos dados por el enemigo sobre la brecha que abrió con más de 3.000 tiros de bala rasa, arrojadas de las baterías que tenía establecidas con ocho piezas, y de 775 bombas y granadas, el castillo de Morella ha enarbolado el estandarte del triunfo, quedando en nuestro poder al marchar, una pieza de artillería, más de 300 fusiles, garfios, etc., y visto desaparecer de las filas rebeldes, entre muertos y heridos, cerca de 2.000 hombres alrededor de estas murallas...

».... En esta tan decantada empresa, para la que los revolucionarios habian reunido todos sus esfuerzos, acumulando más de 20.000 infantes y sobre 2.000 caballos, con 18 piezas de artillería y toda clase de proyectiles, no han cogido otro fruto que ver desmentidas ignominiosamente sus ridículas promesas.... En otro parte expresaré los detalles de tan gloriosos acontecimientos, verificándolo ahora con esta indicacion, para que se sirva elevarlo al soberano conocimiento de S. M., á fin de que no carezca ni un momento de esta satisfaccion. Dios guarde á V. E. muchos años.—Cuartel general de Morella 18 de Agosto de 1838.—Excmo. Sr.—*Ramon Cabrera.*—Ex-

celentísimo Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra (1).

El dia 20, al remitir el *Diario de las operaciones* (2) practicadas por las tropas de su mando, durante el asedio, dirigió tambien otra comunicacion proponiendo al Ministro que inclinara el ánimo del Monarca, «para que se dignase—decia—conceder á este ejército una *cruz* que haga memorable el glorioso triunfo que ha conseguido defendiendo la más justa de las causas.»

Dicha cruz, suspendida de una cinta negra, con remates blancos, en alusion á la bandera que se enarboló en la plaza á la vista del enemigo, deberia tener en el anverso esta inscripcion:

EL REY,
al valor de los defensores de Morella.
Agosto de 1838.

y en el reverso, estas palabras:

Ejército de Aragon, Valencia y Múrcia.
V. ó M. (3)

Al recibir D. Cárlos la comunicacíon de Cabrera, no pudo contener las lágrimas de ternura que se agolpaban á sus ojos; lloró de alegría, porque el cielo le habia dado un adalid tan bravo como el caudillo tortosino, y le escribió, el primero de todos los de la Corte, una cariñosa carta, en la que se lee el notable párrafo que sigue:

---

(1) Publicada en el *Boletin del Ejército Real.*—Córdova la copia íntegra, *Vida*, tomo III, pág. 289 y 290.

(2) El extracto de este *Diario*, que no fué publicado, es el que nosotros presentamos en las páginas anteriores.

(3) Significan: *Vencer ó Morir.*

»....Doy gracias á Díos porque me ha concedido un varon fuerte como tú, y á tí te ha revestido de un valor y una constancia y una fidelidad tan grandes, y de una rectitud al fin principal de nuestra empresa.... Te mando que no te expongas temerariamente, porque si te sucediera cualquier desgracia, además del sentimiento que tendria en ella, lo sería igualmente que para mí, para la causa... Que Dios te siga concediendo victorias como ésta, y la Virgen Santísima de los Dolores, nuestra generalísima, te acoja bajo su manto, y te proteja, dirija y defienda (1).»

El generoso Monarca, que no se olvidaba de nada, concluia enviando una expresion de gratitud al victorioso ejército, y pidiendo á Cabrera una lista de los que más se hubieron distinguido «para concederles los premios á que se han hecho acreedores.»

Concedióle á él, con fecha 31 de Agosto, el empleo de *teniente general* de los Reales ejércitos, é hízole merced de un título de Castilla, libre de lanzas y medias anatas, para sí, sus hijos, sucesores y descendientes por línea recta de varon, bajo la denominacion de *Conde de Morella*, «para perpetuar la memoria de los extraordinarios sucesos que han tenido lugar en los campos y muros de la plaza de Morella» y «para recompensar la lealtad nunca desmentida, el activo celo y el mérito especialísimo.... que acababa de contraer.... frustrando con tanto valor como conocimiento y tino los esfuerzos reunidos para una empresa sobre la que los mismos revolucionarios así habian llamado la atencion de Europa (2).»

---

(1) Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 363 y 364.

(2) Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 372 y 373. — Es de advertir que tales documentos *auténticos* han sido facilitados por el mismo Conde de Morella, segun hemos dicho ántes, al autor de la obra.

Contestó Cabrera al Rey, en 24 de Setiembre, con una humilde y noble carta, dando gracias al bondadoso Príncipe y protestando nuevamente de su adhesion, amor y entusiasmo.

Y excusado es decir que tras de la epístola y mercedes del Soberano, llovieron sobre el pupitre del nuevo Conde de Morella enjambres de cartas lisonjeras de todos los cortesanos.

El obispo de Leon, D. Joaquin Abarca, que desempeñaba á la sazon el alto y difícil cargo de Ministro de Estado; el que lo era de Hacienda, D. Pedro Diaz de Lavandero; el de Gracia y Justicia, D. José Arias Tejeiro, hombre honrado y pundonoroso caballero, entusiasta admirador de Cabrera, en quien veia la columna más fuerte de la causa de su Rey y Señor; otros personajes que rodeaban al monarca; Grandes de España, Consejeros, Generales, etc., dirigieron al vencedor cartas de plácemes, concebidas en los términos más lisonjeros.

Hasta el traidor Maroto, que acaso tenía ya combinados los funestos y cobardes planes que habria de realizar en el año siguiente, le escribió estas cuatro líneas:

Estella 8 *de Octubre de* 1838.—Muy Sr. mio y dueño: Tengo la satisfaccion de saludar á V. por la ocasion que se me presenta, *asegurándole mi amistad*, y que pues debo suponer igualdad en nuestros sentimientos y decision en obsequio de la justa causa que defendemos, *no perdonaré medio que se me presente en apoyo de sus movimientos*, *prometiéndome la misma consecuencia de V.*, y que tanto nos interesa. Las noticias de V. me serán satisfactorias, y que disponga como puede de su atento seguro servidor Q. B. S. M.—*Rafael Maroto.*» (1)

(1) Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 418.

En esta carta, escrita con dos meses de retraso, no habia felicitacion alguna.

¿Habria, en cambio, deseo de entablar relaciones directas con el jefe de los bravos de Aragon y Valencia, á fin de llevar adelante sin obstáculos los proyectos que germinaban ya en la mente del traidor Maroto? ¿O suponia éste que Cabrera era capaz de enredarse en los infames lazos que el jefe navarro le tendiera?

No lo sabemos; pero de todos modos el Conde de Morella le contestó así:

«*Lécera*, 13 *de Octubre de* 1838.—Muy Sr. mio y dueño: Con el mayor placer recibo su apreciable de 8 del actual, cuyo contenido me ha llenado de satisfaccion, no dudando que los sentimientos de V. se hallan identificados con los mios (1), y por lo mismo ***siempre me hallará dispuesto á cooperar*** AL ÚNICO OBJETO *que nos ocupa*, CUAL ES HACER TRIUNFAR PRONTAMENTE *la causa* DE NUESTRO SOBERANO. Puede V. con confianza disponer, ya como encargado de este ejército, ya como particular, ***en cuanto sea posible***, de este su atento seguro servidor Q. B. S. M.—***El Conde de Morella*** (2).»

Tampoco sabemos de qué manera recibiria Maroto esta carta, donde hacia resaltar Cabrera su ardoroso deseo ***de que triunfase prontamente la causa de su Soberano, único objeto que le ocupaba.***

Pero ¡ qué rudo golpe sufrió la causa de Isabel II con la funesta retirada de Oráa!

¡Cuántas fueron las censuras, las recriminaciones, los ataques indignos que llovieron sobre la reputacion militar

(1) No era verdad eso, Señor Conde: Maroto fué un traidor, y V. E. un leal súbdito é hidalgo caballero.

(2) Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 419.

del general en jefe del ejército del Centro, del infortunado Oráa, «derrotado—decian algunos periódicos, con más pasion que justicia, con más ira que frialdad de corazon—por el ***beneficiado de Tortosa***!» ¿Dónde están — añadia uno—los timbres de vuestros cien combates? ¿Dónde los laureles de Chiva y de Arcos de la Cantera? ¿Dónde los recuerdos de gloria que ocupaban de contínuo vuestra mente? Ah! Buscadlos, general, en Morella: buscadlos allí, cubiertos de afrenta y de ignominia: buscadlos entre aquellos escarpados riscos, empapados en la sangre de vuestros heróicos soldados.»

Era entónces ministro de la guerra el general Latre, amigo de Oráa, y no titubeó en marchar á Teruel par oir explicaciones verbales acerca de la retirada de Morella (1).

Dióselas cumplidas el desgraciado Oráa, y, como dijo la *Gaceta* (2), «habiendo sabido el ministro los motivos del levantamiento del sitio de Morella, abrazó al caudillo.»

Pero la opinion pública reclamaba el sacrificio del general en jefe del ejército del Centro, y fué sacrificado.

Mas ¿quién fué á sustituirle?—El inepto D. Antonio Van-Halen, mariscal de campo.

¿Por acaso creia Latre que la talla de este se acercaba á la del general Oráa?

Ya lo verán nuestros apreciables lectores.

La maledicencia se ensañó contra el vencedor de Chiva: hasta en las Córtes fué tratado duramente, y en una ocasion solemne, por quien ménos podia esperarse.

Pero él se defendió valientemente en el Senado con un

---

(1) Córdova dice que fué comisionado expresamente por la Reina Gobernadora.

(2) *Gaceta de Madrid*, 15 de Setiembre.



enérgico discurso, bien lleno, por otra parte, de desengaños.

«Apuradas las heces de la amargura — dijo (1) — en cinco años de infortunio, sacrificando los restos de mi existencia á la Pátria y á la Reina, me ocupaba en formar y pensaba publicar una *Memoria* documentada que justificase mi comportamiento en Morella, para rectificar la opinion pública, que por ignorancia ó mala fe ha puesto en duda mi reputacion militar, adquirida en más de cien combates y con el premio de la sangre de veintidos heridas...

«...Puse en conocimiento del Gobierno que las fuerzas que mandaba no estaban en proporcion con la extension de un distrito de 2.000 leguas cuadradas de superficie...

»El dia 10 de Agosto me dió parte el gobernador de dicha plaza (de Alcañiz) de que el asentista manifestó habérsele concluido el trigo. Las divisiones Borso y Pardiñas desde el campamento de Morella tenian que salir á buscar recursos, heridos y enfermos, y los soldados estuvieron cuatro dias sin otro sustento que el trigo tostado.»

Y después de decir que las fuerzas que se le habian confiado no equivalian, *ni mucho ménos*, á las que necesitaba, y narrar con briosa palabra las fatigas y padecimientos del soldado durante los dias del asedio, lo mismo que los actos de valor de que dieron noble y brillante ejemplo todas las clases, concluye así:

«...El sitio se levantó por falta de recursos y oido el dictámen de una junta de generales... El mismo Ministro de la Guerra, en vista de los documentos que le habia entregado en Teruel, me manifestó lo satisfecho que se

(1) Sesion de 30 de Noviembre. Discutíase el proyecto de contestacion al discurso régio.

hallaba del comportamiento del ejército, y me dió las gracias por haber conservado la moral y disciplina, en medio de las escaseces y faltas que habian ocurrido en el sitio de Morella (1).»

Tal fué el pago que recibió del Gobierno de Madrid este hombre ilustre, digno de haber defendido mejor causa, después de haber visto correr su sangre y la de sus hijos en el campo de batalla.

Ejemplo notable de ingratitud—ya que no de perfidia.

ESTADO (2)

QUE DEMUESTRA LAS BAJAS DEL EJÉRCITO CARLISTA EN EL SITIO DE MORELLA.

CLASES.	MUERTOS.	HERIDOS.	CONTUSOS.	TOTAL.
Jefes superiores..........	"	4	2	6
Capitanes................	5	17	6	28
Oficiales subalternos......	30	44	10	84
Sargentos primeros y segundos................	25	70	4	99
Cabos primeros y segundos.	24	87	3	114
Voluntarios..............	146	474	37	657
Total clasificado....	230	696	62	988

NOTA. En estas bajas están incluidas todas las que ocurrieron en los diferentes combates, escaramuzas, choques parciales, etc., en la línea exterior y en la defensa de la plaza, incluyéndose tambien las ocasionadas á las partidas volantes.

La *Gaceta de Madrid* no publicó, segun costumbre, las bajas del ejército isabelino, que fueron calculadas en 3.000 hombres fuera de combate.

---

(1) Sesion de 30 de Noviembre.—Véase el *Diario de Sesiones*.

(2) Facilitado por el Conde de Morella al Sr. Córdova: *Vida*, tomo III, pág. 361.

CAPITULO XXIV.

Bellmunt.—Maella.—Derrota y muerte del general Pardiñas.

Empeñábase la fortuna en ornar de laureles la frente de Cabrera.

Tras de Morella, Benicarló: después del sitio de la formidable fortaleza del Maestrazgo, sitio de 19 dias de combates, en los cuales la mayor parte de las veces conseguia el triunfo, Maella: Maella, es decir, la derrota y la destruccion cási completa de la division tercera del ejército del Centro, la division del *ramillete*, como se la llamaba, teniendo en cuenta la brava gente que la componia.

Miéntras los periódicos de Madrid anunciaban en són de júbilo que los carlistas habian disminuido notablemente en Aragon y Valencia, ya que no desaparecido por completo, puesto que las divisiones del ejército cristino en vano recorrian incesantemente villas y lugares, montes y llanuras, buscando enemigos con quienes combatir, Cabrera, segun la costumbre que él mismo creó desde el

principio de la guerra, habia concedido licencia á sus soldados para *mudarse la camisa*: esto es, para vivir algunos dias al lado de las familias, entregados á la quieta vida del hogar doméstico, después de una época de agitacion y de peligros.

Mas apénas transcurrieron los dias concedidos por el Conde de Morella, por via de licencia, para soláz y esparcimiento de sus valientes soldados, cuando estos se hallaban de nuevo en filas, deseosos de volver á medir las armas con los cristinos.

Es de advertir en este lugar que el partido constitucional en masa encontrábase entónces en espectativa de grandes sucesos: algunos pensaban nada ménos que en la conclusion de la lucha.

El general Latre, Ministro de la Guerra, habia dicho selemnemente:

«No pasarán dos meses sin que Valencia y España entera experimenten los efectos de la firme resolucion del Gobierno de no omitir medio para la total destruccion de las facciones (1).»

Y fué contestado con estas palabras:

«Esperamos que el Ministro de la Guerra no tendrá reservado mucho tiempo lo que vaya á hacerse, en reparo de lo sucedido en Morella (2).»

«Téngase muy presente que los pueblos están ansiosos de saber el plan adoptado para terminar la cruel guerra del Maestrazgo (3).»

Ahora bien: ¿cuál fué este misterioso plan, que no se descubrió por entónces? Consistia sencillamente en man—

(1) *Gaceta de Madrid*, 19 de Setiembre.
(2) *Gaceta de Madrid*, 22 de Setiembre.
(3) *Gaceta de Madrid*, 19 de Setiembre.

dar que las tropas cristinas permaneciesen en sus respectivos cantones? Fué nada más el sacrificio del general Oráa y el nombramiento de Van-Halen? O era quizás que ya se vislumbraban algunas esperanzas de *arreglar amistosamente* el infame pacto que habia de celebrarse al través de algunos meses?

Misterios son estos que no acertamos á descubrir.

Pero mayor misterio para los jefes cristinos eran todavía las intenciones de Cabrera.

Encerrado en Morella, creíase que el bravo adalid carlista se dormia á la sombra de sus laureles, y daba tréguas por algun tiempo á la titánica lucha; pero no era cierta esta general creencia: acariciaba el jóven Conde de Morella la ilusion de una victoria que habia de elevar su nombre á una altura inmensa, quizás á ocupar el primer puesto entre los generales adictos al bondadoso Cárlos V.

Tal era su deseo de *copar* la division del *ramillete*, la hueste que acaudillaba Pardiñas.

Una victoria sobre Pardiñas, el vencedor de Tallada y de García (D. Basilio), el que destrozó de una manera tan completa la fuerza carlista de la comandancia general de Múrcia en los campos de Castril, contribuyendo no poco á que el desdichado Tallada, errante y fugitivo de pueblo en pueblo, con sólo 100 soldados, viniese á parar en manos de los peseteros de Barrax, y después en el cadalso—no podia ménos de halagar el ánimo del general Cabrera.

Además, Pardiñas era jóven, como él; valiente, entendido y discreto; estaba rodeado de una aureola de gloria, y hacía pocos meses que habia obtenido la faja de mariscal de campo.

Digno adversario suyo, anhelaba el instante de hallarle frente á frente en la arena del combate.

Cabrera, seguro de sus confidentes, estaba tranquilo en Morella, esperando ocasion oportuna.

Y entre tanto, hacía recomponer las fortificaciones de la plaza, para el caso de otro asedio; ordenaba los hospitales, objeto predilecto de sus cuidados; mandaba inscribirse en las filas á los mozos que habian ingresado en caja, en virtud de la quinta decretada por la *Junta superior gubernativa*; daba comisiones á sujetos de su confianza para que comprasen paños y lienzos en las fábricas de Barcelona, Valencia, Zaragoza, Tortosa y otras poblaciones, cuyas telas se entregaban inmediatamente á los jefes de los talleres de sastrería establecidos en Morella, Cantavieja y Mirambel, para que se hiciesen los uniformes de los nuevos soldados; despachaba la voluminosa correspondencia particular y oficial que se le dirigia, y algunos asuntos más graves, de carácter reservado, cuyo conocimiento y resolucion á él solo competia (1).

Comisionó á Llangostera, nombrado ya segundo comandante general de Aragon, para que ocupase el pueblo de Bellmunt y se apoderase de una gruesa partida de plomo que allí estaba depositada, lo cual supo confidencialmente, con destino al ejército constitucional.

Bellmunt es una pequeña aldea de la provincia de Tarragona, situada en las cercanías de la villa de Falset y en la márgen izquierda del Ebro: á la sazon, estaba medianamente fortificada con una pared aspillerada, algunos trozos de muralla, y existia en el interior una iglesia trasformada en reducto.

La guarnicion no era escasa, componiéndose de unas compañías de peseteros.

---

(1) Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 382 y 383.—Detalles exactos facilitados por el mismo Conde de Morella.



Llegó el bravo Llangostera con cuatro batallonos y cuatro piezas, el 24 de Setiembre, cruzó felizmente el rio, levantó baterías en las eras del pueblo y rompió el fuego inmediatamente.

Véase el parte que dirigió este jefe al general Cabrera:

«Á las once de la mañana.... á pesar de que fué sostenido (el fuego) por la guarnicion, abandonó ésta el primer punto luego que la pieza de á ocho derribó un pedazo de pared.

».... Como los fuegos del campanario nos causasen algunas bajas, fué preciso dirigir los tiros (de artillería) contra este punto, que no desamparó el enemigo hasta el último momento: á las cuatro de la tarde del 25 se desplomó el campanario, sepultando en sus ruinas á varios individuos de la guarnicion: la artillería, dirigida por el jóven oficial del arma D. José de Arévalo (1), tuvo un acierto admirable en los disparos.

» El tiempo se manifestó tan lluvioso, que derribada la torre cesaron los fuegos, pues las municiones se mojaron completamente. El enemigo, aprovechando esta ventaja y la oscuridad de la noche, abandonó el fuerte cuando tenia mis fuerzas preparadas para el asalto; y á pesar de haber mandado en su persecucion, sólo conseguí dar alcance á dos peseteros, que fueron muertos.

» Ocupado el pueblo, nos apoderamos de tres caballos, algunas armas y efectos de guerra y de 400 quintales de mineral, que trasporté á Mora, con otra porcion recogida por los alrededores de Bellmunt.... Mi pérdida ha consistido en cuatro artilleros y tres voluntarios muertos (2).»

(1) Hijo de D. José María, quien estaba á la sazon encargado del detall general del ejército.

(2) Hállase esta parte en Córdova, *Vida*, III, 381 y 382.—Calvo y Rochina no señala esta accion.

Continúa después el parte:

«.... Mandé al ayudante de E. M. Don Ramon María Pons que con el 2.° batallon de Mora permaneciese á la vista del pueblo, en observacion de una columna cristina que se aproximaba por el camino de Porrera. A las once y media de la mañana (del 26) se presentó el enemigo, y el batallon de Mora se retiró sin ser molestado, ni poder tampoco molestar á sus contrarios, porque los fusiles estaban inservibles...»

Aquella columna enemiga que apareció delante de Bellmunt era la division Pardiñas.

Hallábase este jefe en Alcañiz, cuando supo por los fugitivos de Bellmunt que Llangostera trataba de volver á pasar el Ebro y retirarse á los puertos con el fruto de su expedicion.

Salió de aquella ciudad, bajó á Calaceite y tomó posiciones para batir al enemigo.

Pero el Conde de Morella recibió confidentes al mismo tiempo que le instruian perfectamente del movimiento de Pardiñas y creyó llegado por fin el momento de realizar sus deseos.

El mismo dia 26 por la noche anunció á sus ayudantes y ordenanzas que estuviesen preparados para marchar al dia siguiente: rayó la aurora del dia 27, montó á caballo el infatigable caudillo, montaron tambien sus ayudantes y ocho ordenanzas, y emprendieron todos á galope el camino de Mora de Ebro, á cuyo punto llegaron al anochecer del mismo dia: es decir, que habian andado sin cesar *veintiocho horas*.

Y no se detuvieron allí: los confidentes le hicieron saber que Pardiñas permanecia en Calaceite, y emprendiendo otra vez la rápida marcha á las tres de la mañana del dia 28, dos horas escasas después de la llegada á Mora de

Ebro, sin haberse detenido en esta villa sino el tiempo estrictamente necesario para tomar algun alimento, descansar muy pocos minutos y relevar caballos, llegaron á Gandesa, donde pernoctaron, al anochecer.

Entre tanto, el general isabelino, que supo tambien la llegada de su adversario, contramarchó á Maella, sin dar tiempo á que éste le presentase el combate en Cretas, como lo habia intentado, en la mañana del 29.

Maella, pueblo casi desconocido hasta entónces, pero que debia adquirir una celebridad europea á consecuencia de los sucesos de que iban á ser teatro sus cercanías, es una pequeña poblacion aragonesa, enclavada entre Flix y Gandesa, en los confines de las provincias de Teruel y Tarragona; dista veintidos leguas escasas de Zaragoza, doce y media de Tortosa y cuatro de Alcañiz.

El movimiento de Pardiñas no contrarió al nuevo Conde de Morella.

Resuelto éste á combatir con aquel y á «sacar el sable» en el combate, segun sonriéndose decia á sus ayudantes, contramarchó tambien á Valdealgorfa, reunió sus batallones y pernoctó en dicho punto.

Discordes andan los historiadores en señalar el número de combatientes que habia en ámbas divisiones: segun el parte carlista, Cabrera contaba con cinco batallones escasos de infantería, á saber: 1.° y 2.° de Tortosa, 1.° y 2.° de Mora, y los Guias de Aragon, estando unidos á éstos los escuadrones de lanceros de Tortosa y de Aragon, y los ordenanzas: en junto, 3.000 peones y 500 ginetes.

Mas segun el parte isabelino, el Conde de Morella tenía nueve batallones y cinco escuadrones, dándole por lo tanto una fuerza casi doble.

Pardiñas llevaba á sus órdenes cinco batallones completos y tres escuadrones, formando un total de 5.000 in-

fantes y 300 caballos: con él marchaban tambien los brigadieres D. Cayetano Urbina y D. Pascual Álvarez, mandando las fuerzas en calidad de jefes de brigada.

Eran las ocho de la noche del 30 de Setiembre.

Cabrera se hallaba en su alojamiento, rodeado de vários jefes y oficiales, cuando la llegada de un confidente hizo suspender la conversacion animada que éstos tenian.

—Señor,—dijo el espía á Cabrera,—Pardiñas pernocta en Maella, y piensa emprender mañana la marcha hácia Alcañiz.

—Corriente,—respondióle, y se levantó del asiento que ocupaba, comenzando á pasear por la habitacion á grandes pasos.

Esta era su manera de indicar que meditaba.

Porque tenia la costumbre de oir los dictámenes de sus jefes sin hacerles observacion alguna, y después que concluian, él, deteniéndose en el centro de la sala ó de la tienda de campaña que les cobijaba, decidia con frases cortadas, breves, que no admitian réplica.

A los pocos minutos, se paró en el fondo, al lado de una mesa, da en ella un fuerte golpe, frunce las cejas y exclama:

—Señores: parece que Pardiñas no quiere batalla, pero yo me empeño en que la quiera y la acepte. Mañana, al rayar el dia, saldrémos á su encuentro, y lo vencerémos. No lo dudeis, señores.

Los circunstantes, que tenian viva fe en los presentimientos de su general, respondieron:

—Viva el Rey!...

Cabrera continuó con exaltacion:

—Sí, señores; mañana vencerémos á Pardiñas; él mismo quedará tendido en el campo.

Y luego añadió con voz opaca:

—Y morirá tambien, lo digo con pena, uno de los señores que se hallan presentes.

A estas palabras, que cayeron como una bomba en medio de los jefes y oficiales que las escucharon, alzáronse todos de los asientos, y llenos de inquietud preguntaron:

—Seré yo, mi general? Seré yo?

—Basta, señores, basta—contestó.—Dios no me ha dado la ciencia de adivinar lo futuro; sin embargo, mi corazon presiente ambos sucesos. Vencerémos á Pardiñas, á la division del *ramillete*, que osaba vanagloriarse de haber destrozado la columna del Túria en los campos de Castril. A dormir, señores, hasta mañana: formad las tropas en oyendo el primer redoble de los tambores, que yo deseo revistarlas y decir cuatro palabras á tortosinos y aragoneses.

Marcháronse todos, y Cabrera no se entregó al descanso, entreteniéndose en hacer algunos apuntes en su *Diario*.

A propósito de estas predicciones, escribia un cronista en 1845:

«Al leer en las *Memorias* de Cabrera este vaticinio, me llamó tanto la atencion, que ántes de consignarlo en mi obra creí hasta necesario adquirir una evidencia completa para trasmitirla á los lectores, á fin de que un pasaje tan notable no se calificara de apócrifo ó exagerado.

»Al efecto, he pedido aclaraciones á várias personas que se hallaban presentes y oyeron las palabras de Cabrera: responden, pues, de su certeza y exactitud, los señores D. Joaquin Aguilera, D. Juan José Gonzalez, D. Ramon Ojeda, D. Domingo Gombau, D. Manuel Salvador y Palacios, y otros jefes que, como los anteriores, viven en el dia y confirman la verdad del presentimiento que se cumplió al dia siguiente, pues quedó muerto en el campo Pardiñas y el coronel carlista de la Plana Mayor, D. Antonio Arias,

que estaba en el alojamiento de Cabrera cuando éste profirió las palabras trascritas (1).»

Una á una pasaron rápidas las horas.

Mucho ántes que la luz primera de la aurora brillase en el lejano Oriente, resonaron en las calles de Valdealgorfa los redobles de los tambores carlistas, despertando á los valientes que dormian: ¡cuántos, ay, su último sueño!

¡Qué tristes deben ser los momentos que preceden á una batalla! Cuánta angustia en el ánimo, cuánta y qué mortal incertidumbre!

Si el sentimiento del deber no acallase estas voces, si el entusiasmo no encendiese el fuego de los héroes en el pecho más sencillo, si la santidad de la causa que se defiende no inspirase alientos á los combatientes, por cierto que serían pocos los hombres que quisieran arrostrar los peligros de un combate.

Duerme hoy tranquilo el soldado sobre su lecho de campaña, y quizás mañana, después de la pelea, se hallará tendido en el campo y envuelto en un charco de sangre propia.

Á las tres de la madrugada del 1.° de Octubre, montó Cabrera á caballo y se presentó á sus aguerridos batallones, que le saludaron con un viva entusiasta.

Recorrió las filas, y se colocó en el centro de los aragoneses.

—Hijos mios—les dijo,—vamos á vencer á Pardiñas. ¿Me ayudareis?

—Sí, mi general,—contestaron en grito aquellos bravos.

Marchó en seguida á las filas de los tortosinos, y les dirigió estas palabras:

---

(1) Córdova, *Vida*, tomo III, pág 385 y 386, nota.

—«Muchachos: ya sabeis que nunca os engaño: hoy dejará de existir la division del *ramillete*: ánimo, pues, y confio en que me ayudareis (1).»

—Sí, mi general: hasta morir,—le respondieron.

Y tomaron el camino de Maella, en medio de un silencio profundo.

Aún no habia amanecido.

La noche era oscura, y apénas se distinguia la áspera senda por donde caminaban, al traves de montañas y cerros erizados de rocas y enmarañados matorrales.

Hacía bastante frio, y los soldados marchaban con los fusiles debajo del brazo, ocultando las manos ateridas entre los pliegues de los anchos capotes.

Eran las cuatro de la mañana, y ya se encontraba la tropa carlista delante de Maella.

Y de tal manera se habia efectuado aquella silenciosa marcha, que ni siquiera los escuchas enemigos hubieron de advertir la proximidad de los batallones de Cabrera.

Este—segun el cronista citado—envuelto en su capa blanca, se echó en el suelo, junto á una peña, á fin de descansar algun tiempo, guardándole el sueño sus ayudantes de campo.

Pardiñas, miéntras tanto, continuaba en Maella ignorando que la hueste de Cabrera le acechaba.

Á las cinco de la mañana recibió un espía, quien le dió las primeras noticias.

Mandó en seguida tocar generala; reuniéronse los soldados, y se dispusieron á salir al encuentro del enemigo.

El infortunado general cristino almorzó ántes de po-

---

(1) Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 386.—Es de advertir que este autor, al escribir su excelente obra, tuvo delante los *Diarios de operaciones y Memorias* de Cabrera y otros jefes.



nerse al frente de su ejército, y «es fama —dice un historiador—que miéntras almorzaba, dijo: Hoy será mio Cabrera, y no daré cuartel.»—No eran fieles sus presentimientos: cumplió lo segundo, en tanto que le fué posible cumplirlo; mas Cabrera no fué suyo, sino él de Cabrera; mejor dicho, de la muerte.

A las seis movió sus fuerzas en direccion de Alcañiz, avistando á poco al ejército enemigo.

Los ayudantes Aguilera (1) y Ojeda despertaron entónces al Conde de Morella: éste montó á caballo, reconoció perfectamente el campo, y dispuso sus tropas para la pelea.

A la izquierda dejó los dos batallones de Mora protegidos por la caballería en ámbas divisiones; á la derecha puso los dos de Tortosa y el de Guias de Aragon, y en vanguardia, distribuida en guerrillas, la partida del valiente Bosque,—que de modesto alfarero habia sabido elevarse á muy respetable altura en el ejército carlista por su valor admirable.

Pardiñas colocó á su izquierda dos batallones del regimiento de Córdoba, con órden de envolver la derecha del enemigo; el tercero del mismo regimiento deberia atacar la izquierda, y dos de Africa, protegidos por la caballería, recibieron órden de marchar de frente hasta posesionarse de una altura inmediata, que debia servirle de base.

Rompióse al punto el fuego, y bien pronto cedieron las guerrillas á las masas.

Briosa fué y entusiasta la acometida de Pardiñas: avanzaron sus batallones con la serenidad de los valientes gritando: *¡Viva la Reina!* y las tropas de Cabrera, á pe-

(1) El mismo que tan valientemente se condujo en la toma de Calanda, donde fué herido de gravedad.

sar de la vigorosa resistencia que oponian, fueron obligadas á ceder terreno, aunque sin perder la formacion.

Cabrera mismo salió herido en el brazo izquierdo, de un balazo de fusil.

Desesperado entónces, y sintiendo hervir en su pecho el coráje de los bravos, arenga á los batallones de Tortosa con aquella palabra enérgica y viva que les arrebataba de entusiasmo, pónese á la cabeza de veinte ginetes y de sus ayudantes, y carga sobre el enemigo con ímpetu irresistible, seguido de sus denodados tortosinos.

El éxito fué prodigioso: titubean los batallones de la izquierda de Pardiñas, desordénanse ante aquella ruda acometida y huyen precipitadamente por la vega: 400 soldados de los dos de Córdoba son cortados por las compañías de cazadores tortosinos y quedan prisioneros.

Mas entre tanto que esto sucedia en el ala derecha, recibe Cabrera un aviso de que el ala izquierda se hallaba cási envuelta por el enemigo y observa que comienza á retirarse en desórden: veloz como el rayo, manda á cuatro compañías de tortosinos que le sigan á la carrera, cruza con audacia increible por delante del centro donde el combate se sostenia muy encarnizadamente, llega al centro de los batallones de Mora y grita con voz sañuda y estentórea:

—Cobardes! Sois cobardes si me abandonais! ¿Huia ahora, y es ya nuestra la batalla?—Aragoneses, adelante!—Viva el Rey!

Y aquellos hombres que poco há vacilaban delante de los batallones cristinos, se arrojan como iracundos leones sobre el ala derecha de los contrarios, combaten con arrojo, tienen á aquellos en los principios de su triunfo, y dan

lugar á que la pelea continue «tan reñida por una y otra parte como tal vez no se ha visto» (1).

Mas ordena Cabrera al poco tiempo una carga general y decisiva: el coronel García se lanza por la derecha; el coronel Salvador y Palacios por la izquierda, y el caudillo tortosino al frente: el empuje es irresistible; los enemigos abandonan sus posiciones y huyen.

Ya no hay combate: el estandarte de la legitimidad ha triunfado.

Desde este momento comienza una persecucion incesante, que da por resultado el casi completo exterminio de la brava division del *ramillete*.

Pardiñas, henchido de coraje, observa la derrota de los suyos: ¿quién le contiene?

Huian aquellos desbandados por el valle de las Eras, poseidos de terror pánico y acosados por las ensangrentadas lanzas de la caballería carlista: Pardiñas corre hácia ellos gritando como un frenético, increpándolos duramente y pretendiendo con un valor heróico detenerlos.

Á la bajada del último cerro es alcanzado por un grupo de ginetes carlistas, mandado por el ayudante de Cabrera, D. Joaquin Andreu, y ya estaba envuelto por ellos y se le intimaba la rendicion, miéntras veinte lanzas se asestaban contra su pecho, cuando una certera descarga de los enemigos dispersa á los ginetes, hiere de gravedad á Andreu, que cae del caballo, y Pardiñas se salva momentáneamente.

Una seccion de la caballería cristina se detiene al cerciorarse del peligro que corria su jefe: vuelve grupas, lánzase en busca de éste, le encuentra y consigue acercársele; pero en aquel instante mismo aparece como por

(1) Palabras textuales del parte de Cabrera.

encanto un ciento de ginetes carlistas, de Aragon, que venian en son de encarnizada carga contra los pocos soldados cristinos que aún resistian.

Estaba decretada la muerte del jóven caudillo isabelino.

Son acuchillados casi todos los que le rodeaban, huyen algunos y queda él solo en el centro de un círculo de caballos carlistas y lanzas ensangrentadas: aún se resiste con denuedo, aún se bate con el valor de la desesperacion contra tantos enemigos juntos.

Cae su caballo herido por un balazo, y apóyase Pardiñas entónces en un árbol cercano al lugar de la horrenda pelea: defiéndese todavía hasta el último extremo.....

Pero una lanza le atraviesa el pecho y queda muerto como bravo en el campo de batalla.

La derrota de los isabelinos, se trasformó desde este punto en carnicería espantosa.

—Pardiñas ha muerto!— dicen.

Cunde la voz por las filas, el pánico se aumenta y huyen los ya escasos combatientes hácia la hoya de las Sardas, en direccion de Caspe, sin intentar hacer resistencia á una última carga de frente llevada á cabo por todas las fuerzas carlistas: estas los persiguen en todas direcciones, rinden á muchos y acuchillan á los que aún querian resistir al triunfo de Cabrera.

«Los contrarios,— dice el parte isabelino,—cargaron atrevidamente y se mezclaron con nuestros escuadrones, cortando y rompiendo al mismo tiempo la infantería, que aún no habiá acabado de reunirse.—La noticia que algunos sabian de que el valiente general Pardiñas era prisionero ó muerto, acabó de poner en una completa dispersion al soldado, y ni la serenidad del brigadier D. Pascual Alvarez, la de algunos jefes y oficiales de infantería y caballería, ni los esfuerzos del jefe de E. M. Don Anselmo

Blaser (1), que se halló siempre á retaguardia conteniendo la infantería y caballería en medio del fuego enemigo, con otros oficiales de E. M., fuéron suficientes para contener la indicada dispersion, pues poseido el soldado de un terror pánico, sólo trataba de ponerse en salvo de las lanzas enemigas (2).»

Tal fué el valor desplegado por las tropas carlistas en esta memorable accion, cuyo éxito coronó de gloria al afortunado vencedor y á su valiente ejército.

Segun el parte de Cabrera (3), «la célebre division de Pardiñas (2.ª del Centro) desapareció totalmente después de seis horas de un obstinado combate, pues á excepcion de los asistentes, algunos heridos y escolta de brigada que habian marchado anticipadamente con algunos 60 ó 70 caballos que se salvaron, los demás cayeron en nuestro poder, resultando 3.115 prisioneros de la clase de tropa, 120 oficiales de todas graduaciones, más de 1.000 cadáveres y 4.000 fusiles.»

La pérdida de Cabrera no dejó de ser sensible al bravo caudillo, por la calidad de los sugetos en quienes se cebó la desgracia.

«En esta gloriosa jornada,—continúa—hemos tenido la pérdida de 52 muertos, entre ellos al bravo coronel don Antonio Arias y 5 oficiales, 192 heridos y 15 contusos, con 24 caballos muertos y 71 heridos, segun resulta del estado que me han pasado los cuerpos.»

Entre los cinco oficiales heridos cuéntanse D. Miguel

(1) El mismo que era Ministro de la Guerra en 1854 al estallar la sublevacion del Campo de Guardias.

(2) Existe dicho parte en el archivo del Ministerio de la Guerra, pero no fué publicado en la *Gaceta*.

(3) Fechado en el Cuartel general de Fuentes de Ebro, á 8 de Octubre.

Lordan, coronel de la caballería de Tortosa y D. Joaquin Andreu, ayudante de campo del general en jefe: ámbos recibieron muy graves heridas, muriendo á los pocos dias.

Cabrera consigna en su *Diario*, á la memoria de estos oficiales, las nobles palabras que siguen:

«Al recordar los triunfos de este año (1838), derramo una lágrima de dolor sobre la tumba de dos valientes que fallecieron á consecuencia de las heridas recibidas en la accion de Maella. Estos son, además del distinguido coronel Arias, mi ayudante de campo, el intrépido Arnau y el bravo coronel Lordan....

»Yo no puedo olvidar nunca á los valientes que pelearon y murieron por mi Pátria y por mi Rey (1).»

Por lo demás, el parte isabelino concluye de este modo:

«Son las cuatro de la tarde, y acaban de llegar (á Caspe) los restos de la division, en número de 1.300 á 1.400 hombres y 157 caballos, pero presumo que algunos se han dirigido á Alcañiz, y otros á pasar el Ebro.»

El mismo autor de este parte, el brigadier D. Cayetano Urbina, fué herido al principio de la accion, en la pierna derecha, y «aunque mi heridad no es de gravedad—decia al general en jefe del ejército del Centro—me veo en la imposibilidad de continuar en el mando y hago entrega de él al brigadier D. Pascual Alvarez.»

Tal fué la accion de Maella.

El cadáver de Pardiñas fué recogido al siguiente dia por los milicianos de Caspe, y enterrado en el cementerio de la antigua ciudad del *Compromiso* con los honores de ordenanza.

El desaliento que produjo en las filas constitucionales

(1) Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 513. Copiadas del *Diario* del Conde de Morella.

la victoria que hemos descrito fué tan grande, que todos los jefes cristinos pensaron en la posibilidad de que el vencedor intentase posesionarse de Zaragoza, lo cual, sin embargo, estaba muy léjos de su ánimo.

Aprovechóse perfectamente del triunfo, mandando á Llangostera que recorriese los valles del Jalon á la cabeza de una columna compuesta de dos batallones y un escuadron, ocupando víveres y recursos que escaseaban en el campo carlista.

Arrebató ganados,—dicen los documentos cristinos,—granos y efectos de toda especie; recolectó las contribuciones que adeudaban aquellos pueblos,—añaden los diarios carlistas,—sacó paños de las fábricas de Epila y Alagon, y pasó á cuchillo á los nacionales que le opusieron resistencia.

Llegó al pueblo de Urrea, muy señalado por la causa isabelina, y habiendo destrozado á los pocos defensores que tenía, y encontrándolo completamente desierto, mandó entregarlo á las llamas (1).

Aquí debemos dar noticia de un suceso de triste recordacion, presentando datos procedentes de uno y otro bando beligerante, á fin de que nuestros lectores juzguen con entero acierto.

Segun los documentos constitucionales, fueron pasados á cuchillo, después de rendidos, por las tropas de Cabrera, 50 soldados de la caballería de Pardiñas, y otros 40 fusilados en el convento de Maella.

Pero los datos carlistas presentan esta cuestion en los siguientes términos:

«El flanco derecho de Pardiñas rechazó á los batallones de Mora de algunas posiciones. Durante la retirada, car-

(1) Véanse los *Boletines del Ejército Real.*

gan los caballos enemigos y dieron alcance á muchos voluntarios, que se rindieron creyéndose prisioneros, y fueron muertos á lanzadas: otros heridos quedaron en el campo, no pudiendo sus camaradas salvarlos, y la caballería los acuchilló á nuestra vista.

»Este proceder inhumano nos indignó á todos, máxime cuando nuestro general, que atacaba la izquierda, daba cuartel y hacía prisioneros.

»Después de la batalla, hubo várias reclamaciones que trajeron á la memoria que el enemigo habia tratado de imponer la ley por el terror con los recientes hechos de quemar nuestros heridos en los hospitales, y matanzas ejecutadas en vários puntos:... nosotros adoptamos represalias y se provocó la muerte de los soldados de caballería, del mismo modo que éstos habian exterminado á nuestros voluntarios heridos y rendidos: es decir, la pena del talion.

»En cuanto á los heridos de Maella fueron pasados por las armas, haciendo conocer al enemigo que si no adoptaba otra conducta, nosotros tampoco; y obligándole á variar de plan y á regularizar la guerra como se consiguió pocos meses después (1).»

De estos documentos resultan dos hechos:

Que los cristinos, segun la órden recibida, no dieron cuartel, alcanzando por lo tanto á los prisioneros carlistas y rematando bárbaramente á los heridos que en su poder quedaron:

Que los carlistas, imitando esta cruel accion, sacrificaron, por vía de represalias, á los soldados de caballería que la habian cometido y estaban prisioneros.

(1) Extracto del diario de un jefe carlista; Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 393 y 394.



Si la verdad es que la division Pardiñas inició ese infame degüello, puesto que Cabrera daba cuartel al mismo tiempo y hacía multitud de prisioneros, ajustemos bien las cuentas:

¿Quién era el provocador?

¿Qué derecho tenía éste para quejarse de quien imitaba su conducta?

¿No era tan fuerte, por lo ménos, el Conde de Morella en el bando de Cárlos V, como lo eran Pardiñas y San Miguel en el de Isabel II?

Pues entónces, la sangre de tantos desgraciados salpicaba el rostro de los que habian sido causa de su muerte, ántes aún que el de los ejecutores de la cruel sentencia.

Pardiñas, mandando alancear en Maella á los prisioneros de los batallones de Mora, escribió la tremenda sentencia de muerte para sus mismos soldados.

Bien es cierto que entónces, en los primeros momentos de la accion, cuando eran arrollados los soldados aragoneses de Cabrera por el ala derecha de las tropas de su adversario, no creia Pardiñas en que pudieran aún,—como vulgarmente se dice,—cambiarse las tornas.

En último resultado, los que pagaban los desaciertos de los generales eran siempre los infelices soldados.

Aquí empieza una nueva época de horrores y de represalias sangrientas,—cuya narracion nos causa indecible pena—de que darémos noticia en muy cortas páginas.

El general isabelino D. Santos San Miguel, segundo cabo de Aragon, dirigió á Cabrera la comunicacion que sigue:

«*Capitanía general de Aragon.—Estado mayor.*—La infame y atroz conducta, contraria en un todo á los principios de humanidad, derecho de gentes y leyes de la guerra que V. ha tenido con los heridos prisioneros, per-

tenecientes á la division del Excmo. Señor general Pardiñas, asesinándolos vilmente después de rendidos, y la observada últimamente en el pueblo de Urrea de Jalon, que V. entregó á las llamas, causando la infelicidad á sus habitantes, y el asesinato cometido en cuantos nacionales de dicho pueblo cayeron en su poder, llena de indignacion á todo corazon humano, sea cual sea su opinion ó partido á que pertenezca; porque para hacer la guerra con nobleza, no es preciso extender los efectos de ella á los pacíficos habitantes, ni usar con los enemigos rendidos otra conducta que la que marcan aquellas, y el honor del jefe que manda prescribe.

»Me es muy sensible usar de represalias y verme precisado á observar otra igual con los que, desafectos al actual sistema que rige en la nacion, aparecen partidarios y amigos de esa innoble y ruin causa que V. defiende, y que envuelve á la nacion en luto y llanto; pero mi deber y el interes de proteger al país que está á mi cuidado, me impone esa obligacion.

»En consecuencia, he puesto presas á todas las personas pudientes é influyentes de esta poblacion que se hallan en este caso.

»Mi conducta con ellas será igual á la que V. en lo sucesivo observe en las poblaciones que pise y con los amigos y defensores de la causa de la libertad y del trono de la Reina Isabel II.

»No circunscribiré mi accion á esta poblacion: en cualquiera que nuestras tropas ocupen la tendré igualmente con las que pertenezcan á su partido, siguiendo con ellas la misma línea de conducta que V. con las contrarias.

»Conocerá V. que este sistema arruinará bien pronto á unos y á otros, y no dejará en el país más que el puro

suelo, sacrificados los habitantes que le pisan y fortunas de que disponen.

»Haga V. la guerra con el carácter que conviene á un honrado militar, y aunque la causa que defiende está proscrita por los hombres sensatos que conocen el modo de constituirse en sociedad, hágase al ménos digno de contarse entre los racionales: porque si bien sus opiniones son erróneas en principios de política, manifestará al ménos un corazon humano, y no de tigre, como desgraciadamente observa, recibiendo por tal sistema la general maldicion de cuantos desgraciadamente habitan el país que V. recorre, y están sujetos por esta causa á los efectos del de sangre y ruina que ha adoptado contra los principios de humanidad, atrayéndose con él enemigos en vez de prosélitos.

»Quizás su respuesta á este escrito será poco conforme á lo que me prometo y deseo; pero en tal caso no seré culpable de los males que produzca, y V. será responsable ante Dios y los hombres de cuantas desgracias, continuando en el mismo, acarree á la humanidad doliente y afligida.

»Dios guarde á V. muchos años. Zaragoza, 9 de Octubre de 1838.—Santos San Miguel.—Sr. D. Ramon Cabrera, jefe de las fuerzas enemigas de Aragon (1).»

Vamos por partes.

En este extraño escrito, que no parece haber brotado de la pluma del autor de la *Historia de Felipe II*, sino de un mal estudiante de segunda enseñanza, se hacian á Cabrera cargos tan severos como injustificados.

Culpábasele de haber dado orígen á la inauguracion de

(1) Fué publicada una copia de la minuta de esta carta en todos los periódicos liberales.

una nueva época de terror y de sangrientas represalias, por haber *asesinado vilmente después de rendidos* á los prisioneros de la division del general Pardiñas y haber entregado á las llamas el pueblo de Urrea de Jalon; acusábale de carecer *de honor y de nobleza*, puesto que le exhortaba á que procurase tener ámbas cosas en adelante; decíale que *no estaba incluido en el número de los séres racionales*; que no tenia corazon humano, *sino de tigre*; que su causa, *innoble y ruin*, estaba defendida únicamente por hombres *insensatos*, toda vez que los sensatos (como D. Santos San Miguel) la proscribian, y todas esas lindezas que han tenido ocasion de leer nuestros suscritores en la comunicacion que antecede, concluyendo, lo cual no dejaba de ser gracioso, con hacerle responsable de las desgracias futuras.

Es decir: que el provocado, usando de un derecho legítimo é indisputable, aplicaba la pena del talion á sus enemigos: *ojo por ojo*, *diente por diente*, y éstos, que fusilaban y destruian y aniquilaban sin piedad á los carlistas, y todo lo que de carlistas procedia y á carlistas estaba ligado, ora con los vínculos de la própiedad, ora con los de la sangre, pretendian nada ménos que sacar el áscua con mano ajena—segun una vulgar locucion — y revestirles del sambenito que á ellos pertenecia.

Esto sería muy conveniente para *crear atmósfera* — como ahora se dice—contra la causa legitimista, pero no era justo, ni digno siquiera—permítasenos decirlo.

Véase cómo le contestó el Conde de Morella:

«El infame, el impío y el atroz proceder que V. y sus secuaces usaron desde el principio, cuando trastornaron el órden establecido en nuestra pátria, con el que el hombre de estimacion, el laborioso y el que con honrada conducta vivia y proporcionaba el vivir á sus compatriotas gozosa,

tranquila y abundantemente, y contra quienes, movidos de la más vil ambicion y codicia que no les era posible saciar sino haciendo desaparecer todo sentimiento humano y toda especie de leyes, levantaron la más cruel persecucion, sin más delito que el hallarse pacíficos poseedores de bienes y destinos que VV. ansiaban usurpar, debe servir de argumento para acallar el lenguaje que V. usa en su escrito de ayer, propio del carácter del hombre de la revolucion, que achaca siempre á sus contrarios aquello que él está cometiendo.

»*Jamas he incomodado á los vecinos que permanecen y he hallado en los pueblos dedicados á los negocios de su casa*, sea cual fuere su opinion, no obstante las instancias que se me han hecho por infinidad de personas que han sufrido los efectos de una conducta contraria por parte de VV.; pues los principios de la causa que defiendo no me dictan atacar al que no se me resiste con armas, miéntras los de la infernal á que V. pertenece, llamando en sus papeles cobardes á los que se oponen con las armas, pero huyendo de medirlas si se acercan á igualarles en número, se ceban, no con valor, sino con saña y rabia, contra los moradores tranquilos de los pueblos, y con mayor audacia cuanto más débiles son.

»Véase sino lo que VV. llaman represalias, y que han usado y están usando bajo un nombre tan diferente del hecho; porque nada tiene que ver el castigo cruèl que han dado y dan á los padres ancianos y parientes pacíficos de los que no pudiendo sufrir la barbárie con que VV. destruyen los templos, roban los bienes de los establecimientos eclesiásticos y los dedicados al servicio de Dios; así que el atropellamiento de los hombres virtuosos, sin observar ley alguna, usurpándoles por cualquier pretexto sus haciendas, se han venido á estas filas á defender su santa

Religion y los derechos legítimos de su Monarca y de su Pátria, cuando por mi parte aquella ley sólo ha sido aplicada á los mismos que, tomando las armas, han fomentado aquel desórden y las usan contra las de su Rey.

«*Sabe V., como sabia el mismo Pardiñas*, porque no lo ignoran los pocos que de su division han quedado, que aquel mandó á sus tropas no diesen cuartel á las mias, y lo ejecutaron con los que al principio de la accion cayeron en sus manos: en represalias, ¿no debí yo mandar pasar á cuchillo á cuantos fueron rendidos aquel dia, *al paso que la calidad de tigre que me supone me hizo conservar la vida*, contra los principios de VV., *á los tres mil ciento quince que han sido conducidos al depósito*?

»La muerte de los de Urrea de Jalon, *no ha sido por sola su opinion y cogidos en su trabajo, sino en el acto de estar haciendo fuego á mis tropas*, debiendo á su resistencia el incendio de sus casas: *conducta muy diferente de la que guardan esos pacíficos vecinos que me insinúa haber aprehendido en esa ciudad*, y aun de los de Villalba, Batea y masías que dió V. á las llamas sin haber encontrado la más leve oposicion.

»Si V. siguiese la misma línea de conducta que yo, como dice, *no se cebaria con esta clase de personas, sino que con sus fuerzas vendria á cebarse en las mias, como lo ofrece en sus alocuciones y no lo practica*.

»Si las miras y plan que VV. han formado, les hubiese permitido hacer la guerra con el carácter de sus leyes, y segun lo exige la humanidad y derecho de gentes, no se hubiera dado lugar á las desgracias que lamenta nuestra pobre España; pero como sólo claman por ellas cuando la suerte les pone bajo las contrarias, desconociéndolas si se ven con superioridad, como que no hay campo, aldea

pueblo, ni ciudad que no llore las barbaridades, fierezas é impiedades de VV. cometidas en los períodos de su preponderancia, de que tengo bien que recordar con dolor en la suerte de mi inocente madre, y de infinitas víctimas que VV. han encontrado y asesinado en su propia cama, curándose de sus heridas ó enfermedades, destruye hasta la apariencia de sus fingidas voces de humanidad; así es, que el decir V. «que la causa que defiendo está proscrita por los hombres sensatos que conocen el modo de constituirse en sociedad,» no causa otro efecto que el desprecio y conocer mejor su falsedad, porque el ejemplo es el que convence y nó las palabras.

»Aquel enseña á todos, que los hombres más célebres en ciencias y virtudes siguieron y siguen, encarecieron y observan los principios de la causa que defiendo, y por eso jamás se ha dicho que fuesen insensatos, *sino por* los matones que gritan é insultan dentro de las plazas, y son los que ennoblecen su partido, cual lo hacen los cortantes de esa capital, poniendo á raya ó asesinando á los jefes y autoridades (1) de todas clases, tal vez con V. á la cabeza, siendo los mismos que con esa sensatez han

---

(1) Alude al infame asesinato cometido por el vil populacho de Zaragoza en la persona del veterano general Esteller, segundo cabo de Aragon. Al dia siguiente de la entrada de Cabañero en la capital de este reino, sublevóse el pueblo pidiendo la cabeza del anciano y digno Esteller, murmurando la palabra fatídica *traicion.* Una turba desalmada y cobarde le arrancó del edificio denominado *la Inquisicion,* donde fué conducido por las autoridades al advertirse los primeros síntomas del motin, condújole á la plaza de San Francisco y le fusiló bajo la lápida de la Constitucion.

Qué hacia miéntras tanto la guarnicion del ejército? ¿Qué hacia la milicia ciudadana? — Rumores circularon entónces muy poco lisonjeros para las autoridades superiores, que no intentaron siquiera arrancar á Esteller de las manos de los foragidos.—Misterios!

proscrito la causa de mi soberano, el Sr. D. Cárlos V.

»Ni á V. ni á sus secuaces les es posible destruir estas verdades, porque se fundan sobre los hechos y no en el brillo fugaz de un lenguaje florido é insustancial, que ya no satisface ni seduce.

»Han ofrecido VV. las ciencias y felicidad al pueblo español con las máximas del liberalismo: en cuanto á lo primero no ha sido difícil adelantar algo, porque es fácil hacer creer á un idiota que es sabio con sólo decirle que lo es; pero se han engañado VV. en lo segundo, puesto que por más que trabajan en hacer convenir á los pueblos que son felices con un sistema que les ha arrebatado su felicidad, reduciéndoles á la miseria, nunca se convencerán de ello, en razon á que no es posible al que padece darle á entender que no padece.

» *Que V., por las glorias de las armas de mi Rey y señor, ó en el furor de sus pasiones desatadas por los reveses que su partido ha sufrido* (1) y va á sufrir (2), se deje arrastrar por la ruin venganza propia del bando inmoral que ha adoptado, sacrificando víctimas inocentes y sin defensa, no hará sino lo que han hecho V. y sus partidarios hasta ahora, como frutos de una empresa destructora, hija de la traicion, de la codicia y arrebatada locura de ambicion: pero habiendo concedido Dios poder bastante al legítimo monarca para principiar á castigar infamias, y reponer el órden y tranquilidad que VV. han desquiciado en nuestra España, sabré tomar medidas para contener las ruindades con que V. amenaza á los pacíficos habitantes de los pueblos. Dios guarde á V. muchos años. Cuartel general de Híjar, 10 de Octubre de 1838.—

---

(1) Ecco il problema.

(2) Ay! Así debió ser, sin el traidor Maroto.

Ramon Cabrera.—Sr. D. Santos San Miguel, jefe de las fuerzas enemigas de Aragon (1).»

Esa fué la contundente contestacion del caudillo carlista.

Y confesarán los constitucionales que las razones contenidas en dicha carta debieron parecerle á San Miguel demasiado fundadas, cuando no fué publicada *integra*, que nosotros sepamos, al paso que circulaban con profusion copias más ó ménos exactas y exageradas de la comunicacion de este último—lo cual era muy poco noble.

Esto es: la acusacion corria por todas partes, de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad; pero la defensa se ocultaba con intencion alevosa, para que aquella no fuese destruida.

Lo cual, con perdon de los abatidos liberales de entónces, no era *justo* pero sí *conveniente.*

Á los pocos dias, fulminóse por el Gobierno de Madrid un Real decreto, que contenia artículos como los siguientes:

«.... 1.° *Las mujeres é hijos menores* de las personas que estén al servicio de D. Cárlos, saldrán de Madrid y de los pueblos.... en el término de ocho dias, y llegados que sean al pueblo de la residencia que elijan, se presentarán á la autoridad local, por la que serán vigiladas.

«2.° *Se prohibe bajo pena de la vida toda corresponcia, aunque sea la más familiar*, con las referidas personas al servicio de D. Cárlos.

«3.° Todo acto de espionaje, inteligencia ó complicidad con los enemigos, y todo auxilio de cualquier especie

---

(1) Copiámosla de Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 399 y siguientes.—Es el único historiador que la trae íntegra, y creemos que por habérsela facilitado el mismo Conde de Morella.



prestado á ellos, se juzgará y castigará por un consejo de guerra ordinario (1).»

Imbéciles!—Provocaban á los carlistas, afectando desconocer que les otorgaban derecho para usar de represalias: ¿por acaso no eran ellos tan fuertes, por lo ménos, como los isabelinos?

A aquel decreto impío contestó Cabrera con este otro:

«*Artículo* 1.°—Todo pariente de sujetos... que se hayan comprometido y se hallen entre los enemigos, será obligado á trasladarse á los puntos fortificados ú ocupados por los anarquistas.

»2.°—Todo aquel que conduzca algun pliego para los enemigos.... será pasado por las armas.

»3.°—Serán pasados por las armas, cuantos por escrito ó de palabra den noticias ó avisos al enemigo, sean de la naturaleza qne fueren (2).»

Inaugurábase, por lo tanto, una época más horrible de desolacion y de exterminio.

¡Cómo sino se vertiese bastante sangre en el campo de batalla!

---

(1) *Gaceta de Madrid*, 27 de Octubre

(2) *Boletin del Ejército Real*, 21 Noviembre.—Este decreto está fechado en Alloza á 12 de Setiembre.

CAPITULO XXV.

La Princesa de la Beira.—D. Antonio Van-Halen.—Organizacion y disposiciones.—La quinta carlista.—Caspe.—Villamalefa.—Cheste.—Represalias.—Contestaciones ágrias.

Habia fallecido el 29 de Agosto de 1834, en la nebolusa Inglaterra, la noble y santa Reina Doña María Francisca de Braganza, augusta esposa de Cárlos V, rodeada de sus jóvenes hijos y en los brazos de su piadosa hermana Doña María Teresa de Braganza y Borbon, Princesa de la Beira.

Pocas horas ántes de exhalar el último suspiro, la desventurada enferma, digna de mejor suerte, cogiendo entre sus manos abrasadas por la fiebre la gentil cabeza de su hermana, y besándola con cariño en la frente, dijo:

—Teresa mia, hermana querida: dentro de algunos minutos, mi alma dará cuenta á Dios y mis hijos se encontrarán sin madre. ¡Ellos, los infelices, huérfanos y proscriptos! —Teresa mia, no los abandones tú; tú, que los amas como si fueses una segunda madre, cuida de ellos, de los pobres hijos de mi corazon. Te lo ruega tu hermana moribunda. ¿Lo harás, Teresa mia?

La Princesa de la Beira, deshaciéndose en lágrimas; contestaba:

—Sí, hermana mia: lo haré, te lo juro delante de Dios.

....

Y cumplió su juramento la noble y virtuosa señora.

Cárlos V, aquel caballeroso monarca que habria hecho, desde el trono de sus antepasados, la felicidad de España, príncipe modelo de hidalgos, «muy penetrado de las sublimes virtudes, de la heróica conducta, y de los maternales desvelos» empleados por la Infanta Doña Teresa en la educacion de los tres régios huérfanos, Cárlos, Juan y Fernando, determinó contraer matrimonio, obtenida de Su Santidad Gregorio XVI la licencia necesaria, con la expresada Infanta, «mi muy cara y amada sobrina,»—dice el Real decreto (1).

Habíanse ya celebrado los esponsales en la ciudad de Salzburgo, á 2 de Febrero de 1838, por medio del Marqués de Ovando, gentil-hombre del Rey y apoderado al efecto.

A la sazon, «el dia 17 de Octubre, atravesaron la frontera de Francia,—dicen los documentos carlistas (2),—la Reina, nuestra Señora, y S. A. R. el Sermo. Sr. Príncipe de Astúrias (D. Cárlos de Borbon y de Braganza, hijo primogénito del Rey), entrando en Elizondo á las siete y media de la noche....»

Cárlos V, que se hallaba en Elorrio, salió el 19 para Azcoitia y Tolosa, miéntras la Reina se dirigia á los mismos puntos, encontrándose y reuniéndose ámbos esposos, en la mañana del 20, hácia la mitad del camino que separa ámbas poblaciones.

---

(1) *Boletin del Ejército Real*, 17 de Noviembre.—Dicho decreto aparece expedido en Azcoitia, á 20 de Octubre.

(2) *Boletin del Ejército Real*, 17 de Noviembre.

Acerca de este acontecimiento, decia la *Gaceta de Madrid* (1) en una correspondencia de Bayona:

«Corre muy válida por ésta ciudad la noticia de haber pasado la frontera para España la Princesa de Beira, acompañada de dos ó tres personas de su familia. Se dice tambien que el motivo de su venida es dar al *Pretendiente*, para desengañarle, una idea exacta sobre la imposibilidad de los auxilios que habia pedido y esperaba de Alemania, de lo cual debe hallarse bien enterada esta señora, pues ha residido largo tiempo en aquel país.

»Mas yo opino, con mucho fundamento, que la verdadera causa de su venida ha de ser el estado decadente de la salud de D. Cárlos....»

No era lo uno ni lo otro.

¡Auxilios! No los necesitaba ya, que la causa de Isabel II, á fines de 1838, estaba herida de muerte.

¡Salud! Teníala el noble Monarca, cuyo corazon esforzado conservaba aún bastante fibra para resistir á las penalidades de otra ruda campaña.

Venía sencillamente á reunirse con su esposo, á compartir con él la gloria y los peligros, las privaciones y la amargura; á consolarle en sus penas, á henchir su corazon de esperanza..... Esperanzas bien legítimas y fundadas, si inícuas traiciones no se hubiesen tramado á la sombra de la real confianza.

A la par, decia *La Gacette de France*, periódico legitimista de Paris (2):

»Desde el glorioso acontecimiento de la llegada de Cárlos V á España, no hay otro más digno de admiracion que

---

(1) *Gaceta de Madrid*, número 1438, correspondiente al 23 de Octubre (parte no oficial).

(2) Con fecha 22 de Octubre de 1838.

el de la presencia de la Princesa de Beira y del hijo mayor de Cárlos en Navarra. Habiendo todavía peligros que correr y glorias que adquirir, es un magnífico arranque el que toma un jóven príncipe á los veinte años de edad.»

Otro periódico frances, *La Cotidianne*, se burlaba de la vigilancia de M. Molé, ministro de Luis Felipe I, en estos términos:

«Mr. Molé no ha replicado á la respuesta que le hemos dado, sobre el viaje á España de la señora Princesa de Beira: le participarémos, no obstante, que el embajador de Austria en Paris, M. de Saint-Aulaire, visó los pasaportes de los reales viajeros por mediacion de un alto personaje, y solicitó él mismo, y lo obtuvo, compromiso formal de no poner obstáculos á la travesía por Francia de la esposa é hijo de Cárlos V.

»Mr. Molé debe ignorarlo todo, porque habiéndole hecho, nos consta, cierto embajador (1) algunas preguntas acerca de este viaje, ejecutado sin riesgo al traves de todas las policías, aquel guardó perfecto silencio, un silencio diplomático.»

El Boletin del Ejército Real, añadia (2):

«Ignoramos por qué camino habrá cruzado la Francia, pero se deja entrever que la policía del rey Luis Felipe no ha desplegado esta vez su vigilancia como solia, lo que manifiesta la frialdad con que mira la causa cristina.»

El bondadoso y desdichado Cárlos V murió en Bourges, léjos del hispano suelo, en 1855: su augusta viuda, doña María Teresa de Braganza y Borbon, Princesa de la Beira, vive aún en Trieste, caminando hácia los 78 años de edad.

---

(1) El de España. — Téngase en cuenta, que ya habia pronunciado M. Molé el célebre *jamáis !*, relativo á la *no intervencion.*

(2) Número 186.



En aquella hermosa ciudad del Adriático, cuyas brisas embalsamadas parece que han nacido en el fresco seno de los deliciosos cármenes de Andalucía ó en los floridos vergeles de los Algarbes, suspira la noble y piadosa viuda por sus dos pátrias queridas, España y Portugal, la pátria de su esposo y de sus hijos, y la pátria de sus padres y la suya.

¡Quiera el cielo concederle la dicha de presenciar el triunfo del derecho en dia no lejano!

¡Quiera Dios que no se cierren los ojos de la anciana reina hasta que vea sentados en el trono de Isabel la *Católica* á sus augustos nietos Cárlos y Margarita, representantes de la legitimidad, vástagos ilustres de cien reyes, única esperanza de nuestra desgraciada pátria!

Ella que ha sobrevivido á tantas desventuras, que ha sido testigo de tantos desastres, de tantas injusticias, de tantas, tan grandes y tan inesperadas traiciones; ella que anduvo errante y condenada al ostracismo desde sus años más bellos, de nacion en nacion, de pueblo en pueblo, de España á Portugal, después á Inglaterra, luego á Francia é Italia, más tarde al Austria, siempre proscripta, en todas partes perseguida, ora por la perfidia de los diplomáticos, ora por los desmanes de revoluciones infandas; ella, que ha apurado hasta las heces el amargo cáliz de los dolores, viendo morir en sus brazos á su hermana Francisca de Braganza, á su esposo Cárlos, á sus hijos queridos los nobles, ilustrados y sin par caballeros el Conde de Montemolin y su hermano D. Fernando,—ella vive aún, Dios lo quiere! para ser tambien testigo de la resurreccion de España por el advenimiento al trono de D. Cárlos de Borbon y de Este.

Enviémosla un saludo de adhesion y de respeto!

En tanto que esto sucedia en la corte de Cárlos V, el

mariscal de campo, D. Antonio Van-Halen, tomaba posesion del mando del ejército del Centro.

Oráa, segun decimos en otro lugar, habia sido sacrificado, y se despidió del ejército en 1.° de Octubre.

Van-Halen organizó sus fuerzas de este modo:

Al mariscal de campo, Borso di Carminati, confirmóle en el mando de la division primera;

Al de igual clase, D. Joaquin Ayerbe, nombróle comandante general de la segunda;

Al brigadier D. Francisco Xavier Azpíroz, de la tercera, ó de reserva;

Al coronel Eguaguirre dióle el mando de la brigada del Alto Aragon;

Y confirió el empleo de jefe de E. M. del ejército á su mentor y amigo íntimo el brigadier Chacon.

Total: el ejército del Centro constaba de 30.000 peones y 2.000 ginetes, repartidos en cuatro divisiones—y aún pedia refuerzos á cada momento el insigne general Van-Halen!

Salió éste de Valencia el dia 7, entró en Murviedro tomó posesion del mando y enderezó á los pueblos y á los soldados dos *modestas* y lacónicas proclamas: poco, pero bueno.

Decia en la primera:

«Fieles habitantes de estos reinos: yo me glorío de ser vuestro protector: nada omitiré por daros la paz y la felicidad: corresponded á mi gran confianza y será eterna la gratitud de vuestro capitan general—*A. Van-Halen.*»

Y decia la segunda:

«Soldados: nuevos trabajos, nuevas privaciones, nuevos riesgos nos restan: estos servicios esperan de vosotros S. M. la Reina Gobernadora y la Pátria, y esta justa esperanza no será desmentida. Entre vosotros cuento mis

compañeros de armas en Hos, Ulzama, Huesca, Barbastro, Gráa, Aranzueque, Retuerta y Huerta del Rey: éstos ya me conocen, y los que nó, me verán el primero conduciéndolos por el camino del honor. Todo hará por vosotros, y todo lo espera de vuestras virtudes militares, vuestro general en jefe—*A. Van-Halen* (1).»

Dadas estas proclamas, dirigióse á Caspe y empezó á tomar disposiciones.

Las primeras se encaminaron contra los infelices restos de la division Pardiñas: como si no hubiesen sido bastante desgraciados al perder la batalla de Maella, sufriendo todas las tristes consecuencias de una completa derrota, de un exterminio casi general y que no esperaban.

En primer lugar hizo trasladar á Jaca, bajo partida de registro, á todos los jefes, oficiales y sargentos de los regimientos de Africa y Córdoba, y del 6.° ligero de caballería, mandando abrir una causa que esclareciese los hechos, y en virtud de cuyas resultas quedase cada uno en el lugar correspondiente.

En seguida ordenó, en justa consecuencia de la determinacion anterior, que los jefes y oficiales del Estado Mayor, y hasta los ayudantes de campo del general Pardiñas, pasasen á la misma ciudad, á disposicion del fiscal del sumario, á fin de prestar las declaraciones convenientes.

Y como dichos regimientos de infantería, Africa y Córdoba, podian considerarse como extinguidos de hecho, puesto que eran prisioneros de Cabrera nada ménos que 3.215 indivíduos de los mismos, ofició al director del arma

(1) Todos los periódicos constitucionales de la época les dieron cabida en sus columnas.

para que determinase acerca del empleo de los cabos y soldados (1).

Además tomó otras disposiciones que resume un historiador liberal en estos términos:

«...Quiso atajar la alternativa de matanzas y sacrificios; pero su carácter fuerte y severo le impidió acaso escoger las más á propósito (2).

No se olvidarán nuestros lectores de las dos importantes comunicaciones de San Miguel y Cabrera, que hemos copiado íntegras en el anterior capítulo: al final de éste hallarán tambien la explicacion del *parrafito* que precede.

Tambien Cabrera dió tregua por algunos dias á las armas, y se dedicó á organizar los servicios diferentes que estaban á su cuidado, con el fin de luchar ventajosamente contra el nuevo general en jefe del ejército del Centro.

Extendia el Conde de Morella sus operaciones por un vasto territorio de más de 2.000 leguas cuadradas, y era tan activo al acometer las empresas, que cuando los enemigos le suponian en el Corregimiento de Tortosa, por ejemplo, caia como una exhalacion eléctrica sobre las riberas del Guadalaviar y del Túria: perseguíanlo aquí, y de pronto aparecia en la provincia de Teruel ó en la de Tarragona.

Asi es que el general Van-Halen, que no ignoraba estas circunstancias especialísimas de la guerra de Aragon, se propuso ocupar militarmente el país, toda la parte oriental de España, á fin de evitar las correrías del atrevido caudillo y demás jefes carlistas.

---

(1) Con fecha 19 de Octubre.—Existe la comunicacion en el archivo del Ministerio de la Guerra.

(2) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 384.—En la misma página este historiador copia la comunicacion del general San Miguel; pero omite *imparcialmente* la de Cabrera.

¿Consiguiólo? Eso es lo que verémos en las páginas siguientes.

Por de pronto, Cabrera recogió el producto de la quinta de 1838, miéntras los isabelinos apénas veian ingresar en caja algunos reclutas de los países dominados por aquel, formando cuatro nuevos batallones y reforzando los que ya existian.

La division aragonesa se componia, por lo tanto, de las tres brigadas siguientes:

Primera, al mando del coronel García (D. Francisco), tres batallones, uno de nueva creacion;

Segunda, á las órdenes del coronel D. Juan de Dios Polo y Muñoz, otros tres de los antiguos;

Tercera, mandada por el jefe de igual clase D. Joaquin Boisan, compuesta de otros tres nuevos.

Las divisiones de Tortosa y de Valencia completaron, segun queda dicho, las filas, y la caballería se aumentó al mismo tiempo con 150 ginetes más.

En cambio perdió los batallones de Búrgos y Valladolid, los cuales, después del sitio de Morella, donde cumplieron como bravos, pasaron á Navarra á las órdenes del general Merino.

Por entónces tuvo lugar la creacion del cuerpo de zapadores (1).

El coronel Delgado, jefe de la brigada castellana, obedeciendo una órden de Cabrera, mandó al inteligente y distinguido capitan del 2.° batallon de Búrgos, D. Antonio del Aguila, que se presentase al general en jefe para conferenciar acerca del modo de llevar á cabo

(1) Corre impreso un opúsculo titulado: *Memoria ó apuntes históricos de la creacion del Real cuerpo de Zapadores, etc.*, de donde extractamos estas noticias.

en breve tiempo la organizacion del cuerpo de zapadores.

Aguila expuso á Cabrera «que ante todo era necesario reunir los elementos dispersos en el ejército, á saber: los oficiales que habian principiado su carrera en los colegios y las clases de tropa que habiendo servido en algun cuerpo facultativo del enemigo, se encontraban en las filas realistas», porque con estas bases, sería más rápida la ejecucion del proyecto.

Así se hizo: unido entónces el capitan Aguila con el teniente de caballería de Tortosa, D. Fernando Casado, que á consecuencia de las órdenes pasadas á los cuerpos, se le habia presentado en Corbera, empezaron á trabajar ámbos de comun acuerdo.

Al poco tiempo estaba ya sólidamente establecida la base primera del cuerpo de zapadores, resultando dos compañía de aragoneses y valencianos (140 hombres) de los mejores del ejército: Aguila fué nombrado segundo comandante, Casado capitan, y obtuvieron el empleo de subtenientes tres soldados distinguidos de artillería y un cabo primero de zapadores, procedentes de las filas cristinas.

Este nuevo cuerpo, utilísimo aunque pequeño todavía, funcionó á satisfaccion del general en los sitios de Lucena, Calanda, Samper y Alcañiz, de los cuales ya nos hemos ocupado, y prestaron eminentes servicios en el asedio de Morella, ejecutando rápida y acertadamente las disposiciones que adoptaba el comandante de ingenieros de la plaza, D. Juan Bessieres, que habia llegado á Aragon con el distinguido Conde de Negri.

No debemos omitir que á una inspirada idea del capitan Casado se debió en parte el sangriento fracaso de los cristinos delante de la brecha de Morella: él fué quien imaginó el hacinamiento de combustibles, «á fin de en-

cender una inmensa fogata en toda la extension de la brecha, que iluminase el campo, para que por la noche no pudiese aproximarse el enemigo sin ser visto, y al mismo tiempo sus llamas devoradoras impidiesen al sitiador su proyecto. Acogida esta idea por la junta de defensa, se encargó á Casado de llevarla á efecto, y Aguila dispuso que del almacen del cuerpo se facilitase resina, combustibles y demas necesario (1).»

Tal fué el principio del cuerpo de zapadores de Aragon.

El uniforme consistia, segun el opúsculo citado, en boina azul con borla blanca, corbatin de paño negro, casaquilla corta de paño turquí con vivos encarnados, castillos de metal blanco en el cuello, y granadas en los faldones, pantalon de paño azul, morral de lienzo, fusil y canana.

Otro cuerpo se organizó tambien por entónces: el escuadron de *ordenanzas*.

Cien ginetes, de los más robustos y bravos del ejército, lo componian, y estaba á su cargo la difícil mision de escoltar al general, cargar al enemigo en los momentos decisivos, socorrer á aquel si le veian en un conflicto, dada su temeridad en el combate, y acompañar á los ayudantes de campo en el cumplimiento de las órdenes que Cabrera les encomendaba.

Don Antonio Salinas era el jefe de esta brava gente.

Su vistoso uniforme consistia en boina verde con borla encarnada, *dolman* grana, con pieles negras, alamares verdes y botones blancos; pantalon turquí con franja encarnada y media bota negra. Iban armados con carabina, pistolas y sable, y en el caballo tenian ca-

(1) *Memoria sobre la creacion del Real cuerpo de Zapadores, etc.*

parazones de piel negra y maleta azul con franja encarnada (1).

Por último, arregló tambien en Morella un cuerpo de *Inválidos*, en el que tenian entrada todos los jefes, oficiales y soldados que se habian inutilizado en funcion de guerra, y derecho á los ascensos de antigüedad y gracias generales que se concedieran.

No desatendia por estos cuidados militares los asuntos civiles.

De acuerdo con la *Junta superior gubernativa* habíanse creado anteriormente juzgados de primera instancia, para que conociesen en los negocios civiles y criminales, que correspondiesen al fuero ordinario, y administrasen justicia en nombre del señor Rey D. Cárlos V.

En Morella, San Mateo, Chelva, Castellote, Horta y otros puntos, residian *Alcaldes mayores*, y no se echaban de ménos, como afirma un cronista contemporáneo, abogados, escribanos y procuradores que, habiéndose sometido al gobierno de D. Cárlos, ejercian tranquila y lucrativamente sus respectivas profesiones (2).

No pudiéndose instalar una *Audiencia* miéntras no resolviese el Gobierno supremo, creáronse dos tribunales de *Alzadas*, en Cantavieja y Mirambel, compuestos cada uno de tres ministros y un escribano de Cámara, cuyos tribunales constituian una sala superior de apelacion y consulta.

Por supuesto que se regian segun las antiguas leyes y pragmáticas de la antigua monarquía española, con agregacion de las que eran promulgadas por D. Cárlos, ha-

---

(1) Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 413 y 414.

(2) Todos estos curiosos detalles se refieren con mucha extension en Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 236 y siguientes.



biendo tambien para todos los escritos jurídicos que ocurriesen el *papel sellado* correspondiente, que nada tenia que ver con el que se usaba en los territorios ocupados por las tropas constitucionales.

Y excusado es decir que los hospitales continuaban mereciendo la especial atencion del Conde.

Muchos eran los establecidos al finar el año 1838, porque conforme se habia extendido la línea de operaciones, Cabrera habia cuidado de subvenir á las apremiantes necesidades de los desgraciados heridos, á fin de no exponer la preciosa vida de aquellos hombres que se batian como leones y derramaban su sangre generosa por el triunfo de la causa carlista.

Morella tenia un hospital magnífico, situado en dos espaciosas casas de la calle del Estudio, donde habia cincuenta camas cómodamente colocadas, en anchas y ventiladas habitaciones, que estaban destinadas á los heridos y enfermos de la guarnicion.

En el Forcall (Horcajo) habia otro cápaz de ochenta camas, en el convento de Dominicos de la villa, situado en punto elevado y á la derecha de un pequeño rio.

Benifasá tenia otro en el monasterio de Bernardos, capaz para 300 camas y habitaciones para los dependientes del establecimiento, y al cual eran conducidos los heridos y enfermos de las divisiones que operaban entre San Mateo y Ulldecona.

En Castellote habia otros dos, situados en magníficos edificios, uno para enfermos de cirugía y otro para los de medicina, conteniendo entre ámbos 250 camas.

En Olivar de Estercuel, dentro del monasterio que allí existia, estaba situado otro hospital de 400 camas, destinadas á los individuos procedentes de las divisiones de Aragon.

En fin, en Horta, Cantavieja, Ayodar, Chelva y Castellfaví habia establecidos hospitales, reuniendo entre todos más de *dos mil* cámas (1), compuestas de tablado, jergon, almohada, cuatro sábanas y una ó dos mantas; había tambien colchones para los lechos de los caballeros oficiales, y gran número de camisas para mudar á los enfermos entrantes.

Á todos ellos estaban agregados los necesarios dependientes, sujetos á un reglamento perfectamente combinado; tales eran los capellanes, médicos, cirujanos, boticarios, practicantes, mozos, etc., y en el de Cantavieja prestaban sus caritativos servicios tres de esos ángeles terrestres que se llaman *Hermanas de la Caridad*.

Era visitador general de hospitales, el eminente profesor de medicina, catedrático de clínica en la Universidad Valencia, D. Juan Sevilla, quien habiendo sido perseguido en la capital por sus opiniones legitimistas, se presentó en Morella y ofreció sus servicios al general Cabrera.

Á todas las necesidades de tantos hospitales, atendian con exquisito celo los dignos individuos que componian la *Junta superior gubernativa*, el general, el intendente y otras autoridades, aunando sus esfuerzos generosamente para el socorro y bienestar de los pobres heridos (2).

Tambien los pueblos facilitaban numerosos recursos, contribuyendo con limosnas de ropa.

Parecióle tambien á Cabrera que debia asegurar su ex-

---

(1) Anda impresa una *Noticia del número de hospitales establecidos en el distrito ó dominio del ejército carlista de Aragon, Valencia y Múrcia,* al mando del general *D. Ramon Cabrera:* el curioso puede leer muy prolijos detalles acerca de este asunto en dicha obrilla.

(2) Véase la *Noticia de los hospitales*, etc.

tensa línea de operaciones, estableciendo una série de puntos fortificados para facilitar los movimientos de las tropas.

Morella y Cantavieja, enclavadas en el centro de aquella áspera cordillera que se extiende desde más allá de Alcañíz hasta las puertas de Valencia, eran tambien los dos puntos principales de la cadena de fortificaciones que pensaba construir el caudillo tortosino.

Su objeto parece que debió ser dominar el curso de los anchos rios que cruzan por el país, puesto que se apoderó de las riberas del Guadalope y extendió su dominacion hasta la embocadura del Ebro.

Aliaga, Miravet y Villa-Hermosa fueron por el pronto los tres puntos secundarios: en ellos existian antiguos castillos, medio arruinados por el tiempo y la incuria de los hombres, cuyos cimientos tal vez se remontaban á los primeros siglos de la época de los Sarracenos.

El comandante Aguila dirigió las fortificaciones de Aliaga, el capitan Casado las de Miravet y el comandante García (D. Joaquin) las de Villa-Hermosa, quedando los tres pueblos en regular estado de defensa, gracias á los buenos oficios del novísimo cuerpo de zapadores.

Excusado será decir que el Conde de Morella no se contentaba con esto, sino que iba ensanchando su línea de operaciones, segun las circunstancias lo permitian, hasta el punto de que, á principios de 1839, recorria sin tropiezo todo el vasto espacio comprendido entre el mar y la provincia de Guadalajara, cási á las mismas puertas de Madrid.

Si se considera que este hombre extraordinario comenzó por mandar una partida de veinte hombres, arrostró con frente serena las mayores contrariedades y los más graves peligros, supo elevarse; en fin, desde los humildes prin-

cipios de ***Beneficiado de Tortosa*** (1), segun sarcásticamente le llamaba la ***Gaceta*** (2), hasta la alta categoría de teniente general de los Reales ejércitos, exhornada con el glorioso título de Conde de Morella, deducirémos lógicamente que nació predestinado para los grandes sucesos que Dios, en sus inescrutables designios, habia reservado á la España de aquellos dias.

Por último, dió una nueva organizacion á las ***Academias***, creando un ***Colegio de Cadetes*** de artillería bajo la direccion del ilustrado coronel del arma D. Luis Soler, y fundó una ***Academia militar del Ejército Real de Aragon, Valencia y Murcia***, dirigida por el distinguido capitan, profesor de táctica y ordenanza, D. Antonio Manuel Gutierrez, para la instruccion de cadetes y oficiales de infantería y caballería, inaugurándose solemnemente el dia 15 de Diciembre.

En el discurso de apertura (que tenemos á la vista) hizo conocer el digno profesor Gutierrez las ventajas de la táctica militar, y concluyó con estas entusiastas frases:

«.... Con la aplicacion se forma el edificio, con el amor al Rey se consuma la obra, con la disciplina se hace patente al mundo que, entre los pretendidos facciosos, existen los principios de valor, heroismo y esfuerzo. El Excelentísimo Sr. Conde de Morella, nuestro sagaz, valiente

---

(1) Así le llamaban, en son de desprecio, los documentos constitucionales.—Cabrera, cuando era estudiante y su virtuosa madre pretendia que se consagrase al servicio de la Iglesia, obtuvo por presentacion tres beneficios simples, incóngruos, fundados en la iglesia catedral de Tortosa por Guillelmo Deulosau, Guiniándona Ciutadilla y Domingo Marimunda, dándosele posesion, por el vicario general de la diócesis, Dr. D. Cárlos Figuerola, en 26 de Setiembre de 1825 (*Constan los documentos oficiales en el archivo de la catedral*).

(2) La de 29 de Mayo de 1834.—Véase la pág. 35 de esta obra.



y virtuoso general, me ha honrado con el cargo de profesor, para que, guiando á mis alumnos por la senda del honor, sean el baluarte de la lealtad; y contando con el pundonor, la aplicacion y amor al Rey y á nuestro invicto general, tendré la honra de formar un edificio militar que, siendo el apoyo del trono, inmortalizará el nombre del bondadoso Cárlos V.» (1)

En fin, Cabrera y la Junta, organizando con sabiduría y tino los ramos eclesiásticos, civiles y militares, vinieron á constituir un Estado, cuya capital era Morella, regido por leyes emanadas de la corte de Navarra, y donde no se admitia nada, ni siquiera las bulas de Cruzada é Indulto Cuadragesimal, que procediese del campo cristino. Hasta los calendarios del pueblo y los añalejos de los clérigos se confeccionaron especiales para este pequeño Estado, rechazándose los que no eran de esta procedencia.

No es extraño que el Baron de Rhaden, admirador de Cabrera, le dedicase estas encomiásticas frases:

«Sólo á fuerza de constancia, y por medios que parecian inspirados y sobrenaturales, pudo llegar hasta donde se elevó sin haberse consagrado al estudio de las ciencias militares ni políticas.» (2)

Miéntras tanto que Cabrera se ocupaba en llevar á cumplido efecto las disposiciones referidas y otras no ménos importantes que referirémos oportunamente, Forcadell, Llangostera y Arnau, intrépidos auxiliadores de los planes del caudillo tortosino, sostenian con vária fortuna algunos choques parciales con las fuerzas enemigas.

Puso el primero estrecho sitio á la villa de Jérica, situada en las inmediaciones de Segorbe, logrando en breve tomar

---

(1) *Boletin del Ejército Real*, núm. 201.

(2) Apud. Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 244.

la plaza; pero la guarnicion se encerró en el fuerte y despreció la intimacion de rendirse. Aunque Forcadell no tenia municiones para batir el fuerte, asestó contra los muros las dos únicas piezas de artillería que llevaba consigo, y disparó algunos cañonazos sin éxito: entónces esperó tranquilamente, por espacio de cinco dias, al pié de las mismas murallas de la fortificacion que se resistia, con el objeto de obligar á los sitiados á entregarse en el momento en que el agua les faltase.

Así debió suceder al dia siguiente (15 de Octubre), si Forcadell no hubiese sabido que se aproximaba el general Borso con la division primera del ejército del Centro.

Entónces levantó el sitio y se retiró á la sierra de Gaibiel, no muy distante de Jérica.

Sin embargo, la *Gaceta de Madrid* decia de esta jornada:

«Los carlistas se retiraron después de haber dado al fuerte un ataque general que fué rechazado con valor por la guarnicion. La pérdida del enemigo fué de 2 muertos y 16 heridos: la nuestra de un muerto, 2 heridos y 4 contusos (1).»

De otro encuentro hablan tambien los documentos constitucionales acaecido en la Puebla de San Miguel el 27 de Setiembre, dándole una importancia que no tiene.

Parece ser, segun la *Gaceta de Madrid* (2), que el comandante general de Cuenca «observó que la faccion de Arnau, en número de 600 infantes y 200 caballos, entraba en el citado pueblo donde trataba de alojarse; pero noticioso el enemigo de la aproximacion de nuestras tropas —dice la *Gaceta*— se puso en marcha por el camino de Torrijas, posesionándose del cerro de Ramiro.

---

(1) *Gaceta de Madrid*, 24 de Octubre.
(2) *Gaceta de Madrid*, 14 de Octubre.

«.... Ataqué con la tropa que tenia en el centro á los enemigos — añade el autor del parte — que fuéron rechazados y perseguidos por espacio de dos leguas, causándoles 28 muertos, 17 prisioneros y muchos heridos, entre quienes se encuentran dos jefes, creyéndose que uno de ellos sea Arnau. Además se cogieron armas y efectos, rescatando 1.600 cabezas de ganado lanar y vacuno.»

No hubo tal cosa, al decir de los documentos carlistas: sencillamente se verificó la retirada en órden perfecto al verse atacados por fuerzas muy numerosas, y sin dejar de hostilizar al enemigo, á quien causaron pérdidas de bastante consideracion, «consistiendo la nuestra — dice Arnau — en 12 muertos, 19 heridos y 13 prisioneros.»

Dos ataques se intentaron entónces contra la ciudad de Caspe, cuya posesion anhelaba Cabrera.

Bloqueábala Llangostera con dos batallones y un escuadron, cuando aquel se presentó delante de los muros de la plaza, al frente de tres batallones escasos y cuatro escuadrones.

El pueblo cayó en poder de los sitiadores en la noche del 14 de Octubre sin efusion de sangre.

En seguida se construyeron baterías para atacar los fuertes, aspilleráronse las casas contíguas á éstos, y se levantaron parapetos, quedando concluidas las obras al anochecer del 15.

El 16, á las tres de la tarde se rompió el fuego con tres piezas de artillería....

Mas á los pocos momentos avisan los confidentes á Cabrera de la próxima llegada de Van-Halen con 16 batallones y seis escuadrones, y se ve obligado á levantar el sitio y retirarse hácia Maella por carecer de fuerzas para oponerse en campo abierto á su enemigo.

El segundo ataque contra esta ciudad, realizado bajo la

direccion de Llangostera en los primeros dias de Noviembre, le describen los documentos carlistas de este modo (1):

«Dueños de la parte no fortificada del pueblo, establecimos baterías en puntos convenientes, y redoblamos nuestros fuegos, principalmente contra la torre de la iglesia, que nos incomodaba mucho: y aunque logramos batirla, no pudimos abrir brechas en lo interior del recinto tan practicables como deseábamos.»

Llangostera termina diciendo que el sitio fué levantado por la aproximacion del general Ayerbe con fuerzas muy superiores, y que retiró su artillería á Maella.

Los despachos isabelinos hablan así:

«A las ocho de la mañana del dia 1.° entró en Caspe la faccion, permaneciendo hasta el 11, que emprendió su retirada hácia Maella....

»La heróica é inimitable defensa de Caspe, es digna de todo elogio, pues aunque el enemigo ha disparado contra el recinto 168 granadas y 1.500 balas rasas, batió la antigua y fuerte torre de la iglesia, abrió brechas muy practicables, destrozó baterías, murallas y aun habitaciones, todo lo despreciaron los defensores sin acordarse del peligro que por todas partes amenazaba.

»Por nuestra parte hemos tenido un soldado y dos nacionales muertos, y muy pocos heridos levemente; pero el enemigo ha sufrido mucha pérdida en todos conceptos.

»Este conoce sobradamente la importancia militar de Caspe, pues rendida esta villa, ofreceria á Cabrera la dominacion de la derecha del Ebro, el bloqueo de Zaragoza,

---

(1) Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 449.—Calvo y Rochina no lo men ciona.

la ocupacion de la carretera de Madrid, y un punto de enlace con las Provincias Vascongadas (1).»

Después de esta retirada, Cabrera distribuyó sus fuerzas entre vários puntos.

Intentaba apoderarse por sorpresa de las plazas de Alcañiz y Peñíscola y del castillo de Villamalefa, éste colocado en las inmediaciones de Lucena, sirviendo á la plaza de atalaya.

Las dos primeras combinaciones fracasaron: la sorpresa de Villamalefa se efectuó en la mañana del 25 de Octubre por el 4.° batallon de Valencia, á las órdenes de su valiente comandante D. Francisco Gasque. Cayó en poder de los carlistas la guarnicion compuesta de 100 peseteros que mandaba el presbítero D. Mariano Renan, y apoderándose tambien aquellos de 200 fusiles, víveres, municiones y otros efectos de guerra.

Tambien refiere la *Gaceta* este suceso:

«El dia 29 intentaron los carlistas sorprender el fuerte de Villafamés, á cuatro leguas de Castellon, introduciendo tres espías, los cuales fueron pasados por las armas después de frustrada la empresa por la vigilancia del comandante de armas; y habiendo atacado los facciosos á la hora convenida, sufrieron un vivo fuego que les causó pérdidas de mucha consideracion (2).»

Lo cual no es exacto, al decir de los testimonios carlistas, puesto que sus pérdidas se redujeron á un muerto y siete heridos, á pesar de haber sido forzados á abandonar la empresa, porque los atacaron en todas direcciones las fuerzas enemigas, preparadas de antemano por un falso espía.

---

(1) *Gaceta de Madrid*, 16 de Noviembre.
(2) *Gaceta de Madrid*, 7 de Noviembre.

A principios de Noviembre ordenó Cabrera que los jefes Forcadell y Arnau efectuasen una expedicion por las riberas del Júcar, Túria y Guadalaviar.

Cayeron, pues, fuerzas carlistas, en la mañana del 5, sobre el fuerte de Burriana y se prepararon á batirle; pero habiéndoles anunciado que una numerosa division enemiga se acercaba por el camino de Núles, levantaron el sitio y se retiraron con perdida de un muerto y tres heridos.

Acerca de esta empresa decia la *Gaceta*:

«.... Pusiéronse los milicianos sobre las armas, batiéndose las patrullas en la calle mayor con las avanzadas enemigas, que reforzadas se retiraron las primeras con un órden indecible al fuerte.

«El enemigo ocúpó los edificios contiguos y rompió el fuego, que duró todo el dia 6 y casi toda la noche.

»La guarnicion ha mostrado un valor admirable y sabrá morir ántes que hallarse á merced de sus mortales enemigos. El resultado de la defensa ha sido quedar en las inmediaciones del fuerte 10 muertos y muchos heridos, sin que la guarnicion haya tenido la menor desgracia (1).»

No dejará de chocarles á nuestros lectores que la *guarnicion no tuviese la menor desgracia*, si tan bravamente, segun dice el mismo parte, se batió en las calles, cuerpo á cuerpo, con las avanzadas carlistas.—Vamos viendo que en todas partes hay *andaluces*!

Pero en fin, más vale así.

Miéntras tanto, Arnau caia sobre el fuerte de Liria, y Forcadell recorria los pueblos de las cercanías de Valencia llevando á cumplido efecto las órdenes recibidas.

El 29 de Noviembre, reunidos Forcadell y Llangostera,

---

(2) *Gaceta de Madrid*, 16 de Noviembre.

se encaminaron á los pueblos de Torrente y Silla, distantes dos leguas escasas de Valéncia.

El general Borso, que se hallaba en Murviedro, movió su hueste en direccion á aquella capital, y reunido con la columna volante que mandaba el coronel Sanz, salió en persecucion de Forcadell y Llangostera, á las ocho de la mañana del 1.º de Diciembre.

Véase lo que dice la *Gaceta* acerca del encuentro que ocurrió entónces, en el campo de Cheste:

«Habiendo forzado una marcha de catorce horas, pude aproximarme—dice Borso—á la division expedicionaria enemiga, y desde Monserrat mandé avanzar sobre ella al coronel Pezuela con dos escuadrones del 4.º regimiento de su mando, uno del 2.º ligero y otro de las partidas que se organizaron en Valencia. — Los rebeldes salieron á recibirlos con nueve batallones y cinco escuadrones: Pezuela, con el primer escuadron de su regimiento y el del 2.º ligero, cargó y dispersó su caballería, y pasando ésta á favorecerse de sus masas, las cargó y dispersó igualmente, dejando más de 400 cadáveres en el campo y haciendo sobre 200 prisioneros, en cuyo número doce oficiales. — En esta gloriosa expedicion, la mayor parte de sus rapiñas en este país han quedado en mis manos....» «En otra comunicacion del segundo cabo, desde Chiva, añade haberse cogido sobre 800 fusiles (1).»

Tal es el parte isabelino, publicado en Madrid por *Gaceta extraordinaria*.

Veamos ahora al carlista.

Forcadell decia á Cabrera con fecha 5 de Diciembre:

«Me hallaba el 2 del actual, á las cuatro de la tarde, campado sobre la carretera real de Chiva, junto á Cheste,

---

(1) *Gaceta de Madrid* (extraordinaria), 6 de Diciembre.

esperando el convoy que seguia á mi retaguardia escoltado por el primer batallon de Valencia y un escuadron del regimiento de Tortosa, cuando tuve noticia que el enemigo les venia cargando. Acto contínuo mandé montar á caballo, y al segundo aviso, con el todo de la caballería, salí al encuentro del enemigo, lo contuve y libré el convoy, próximo á caer en sus manos.

»Mandé á los jefes que fuesen retirando por escalones, como lo hicieron, y yo regresé y me incorporé cuando la infantería se estaba preparando para el combate. Próxima la caballería á su reunion con el todo de la fuerza, no pudiendo superar el obstáculo que presentaba el paso de un barranquillo ó desagüe en las direcciones que llevaba, los escuadrones de la derecha é izquierda se replegaron sobre el camino que facilitaba el paso por el centro; pero cayendo todos á la vez en el desfiladero se desordenaron, y entró la confusion, de cuyo accidente se aprovechó la vanguardia enemiga y los cargó: la caballería se lanzó sobre el estrecho camino situado á la cabeza de la columna.... Los enemigos continuaron la carga y lograron entrar en la columna, de la que mataron 30 hombres, entre ellos el coronel graduado Bart y los capitanes Teixidor y Franquet, y con palabras de cuartel cogieron prisioneros sobre 150 hombres (1)....»

Tanta importancia se ha dado al combate de Cheste, que nuestros lectores se quedarán asombrados de verle reducido á proporciones tan exíguas y casi microscópicas.

No habia para qué se publicara *Gaceta extraordinaria*, es verdad; pero ménos aún, se nos figura, para que andando el tiempo se concediese un título nobiliario, con la

(1) Parte de Forcadell á Cabrera y trasladado por éste, en Morella, á 13 de Diciembre, al Ministro de la Guerra.

denominacion de Conde de Cheste, al coronel Pezuela, por méritos contraidos en esta escaramuza de retaguardia.

Salvóse por completo el numeroso y abundante convoy de Forcadell, llegando á Pedralva en aquella misma noche, y salvóse tambien el copioso fruto de la expedicion de Arnau, no obstante el empeño con que lo perseguia desde Iniesta una division enemiga, cuyos amagos de cargas se detenian con respeto delante del cuadro de bayonetas que formaba instantáneamente el batallon primero de Tortosa, que cubria la retaguardia.

Lo cual no obsta para que la *Gaceta* dijese:

«El dia 6 fué alcanzada en Iniesta la faccion de Arnau por el general Lopez (D. Narciso), la cual al avistar á nuestras tropas se puso en precipitada fuga, y sólo parte de la caballería pudo alcanzarla, haciéndoles algunos muertos, entre ellos un oficial, cogiéndoles treinta cargas de paño, dos mil cabezas de ganado, várias cargas de arroz, etc., *y no pudo concluir con todos por su precipitada fuga* (1).»

O algo ó nada!

Cabrera entre tanto caia sobre Calatayud (2) exigiendo raciones y metálico, y con el propósito de batir en detall á las fuerzas de Borso y Van-Halen; mas hubo de retirarse á Cantavieja acometido de una violenta fiebre, y molestado por las heridas que recibió en Torreblanca, las cuales se le abrieron, impidiéndole montar á caballo.

Tambien ocurrieron varios choques parciales, de escaso interes, que refiere Cabrera (3) en un parte al Ministro de la Guerra, y de los cuales darémos un breve resúmen.

---

(1) *Gaceta de Madrid*, 13 de Diciembre.
(2) En 16 de Noviembre.
(3) Fechado en Calatayud á 16 de Noviembre.

El primer escuadron de Aragon, mandado por el comandante D. Mariano San Juan, sorprendió en el pueblo de Fuente del Saz á una partida enemiga compuesta de 22 ginetes y 18 peones, y la rindió prisionera.

El tercer escuadron de Aragon, á las órdenes del comandante D. Mariano Jimeno, cargó á otra pequeña columna isabelina que se hallaba en las inmediaciones de Daroca, causándole 16 muertos.

El dia 10 de Noviembre, un batallon y un escuadron de Valencia, al mando de sus jefes respectivos, sostuvieron un combate en las inmediaciones de Segorbe con una fuerte columna que salió de esta plaza, y fué obligada á retirarse en desórden con pérdida de 60 muertos y muchos heridos, « habiendo tenido por nuestra parte — dice el despacho — un cadete y un oficial muertos, dos oficiales y cinco voluntarios heridos.»

Finalmente, el 15 del mismo mes, en el pueblo de Villar de los Navarros fué acuchillada una partida isabelina de la guarnicion de Cariñena, por un escuadron de Aragon, al mando de D. José Cubells, resultando 21 muertos, con su oficial y sargento, y 26 prisioneros, con otros tantos caballos y fusiles.

Tales fueron los principales hechos de armas acaecidos en la Comandancia general de Aragon, Valencia y Murcia al finalizar el año 1838.

De intento hemos dejado para conclusion del capítulo el triste y enojoso asunto de las *represalias*, y rogamos á nuestros lectores que nos perdonen si volvemos á ocuparnos de sangrientos sucesos.

No era nuestro ánimo referirlos; que tales son ellos y tanto lastiman el corazon del hombre, que habriamos pasado en silencio por encima de tan cruentas escenas, cubriendo nuestra frente con el denso velo del olvido, única manera

de evitarnos una pena y evitársela á nuestros lectores.

Pero el deber exige que *se escriba la historia*, y cumplirémos, á fuer de honrados, con el deber.

El jefe del tercer batallon de Tortosa, D. Joaquin Gonzalvo, escribia al Conde de Morella, desde el Cuartel general de Horcajo, depósito de prisioneros, con fecha 12 de Octubre:

«Excmo. Sr.: Es la una de la madrugada, hora en que por un cabo y un soldado del depósito de prisioneros acabo de descubrir el plan de conspiracion que la clase de sargentos de éstos ha tramado para apoderarse de la guardia que los custodia y dar á todos libertad. En su consecuencia, he tomado las medidas oportunas para evitar una catástrofe como la que sucedió en el Ballestar con los prisioneros de Calanda y Benicarló, que tantas víctimas causó de unos y de otros....»

Probada la intentona de los sargentos, fueron éstos, en número de 96, pasados por las armas.

Todos procedian de la division de Pardiñas.

A esta matanza sucedió otra semejante, mandada ejecutar por Van-Halen, en las personas de otros infelices sargentos carlistas, prisioneros de aquel: y «aquí empieza, —dice un cronista,—una nueva era de matanza y desolacion. Creáronse juntas consultivas en Valencia y Zaragoza; enviábanse cristinos y carlistas nuevos retos de muerte; la lucha se presentaba cada dia más inclemente y vengadora (1).

«Y las represalias—dice otro escritor liberal, aludiendo al decreto del Gobierno de Madrid, que hemos trascrito al final del anterior capítulo (2)—las represalias que al prin-

(1) Córdova, *Vida*, tomo III, pág. 417.

(2) Véase la pág. 544 de esta obra.

cipio fueron hijas de los disturbios populares, tuvieron después una autorizacion del mismo poder, indispensable para evitar convulsiones contínuas y cohonestar las más horrorosas escenas con el barniz de órden y legalidad (1).

Alude este escritor á los tumultos de Valencia.

Al saberse en la hermosa ciudad del Túria, el fusilamiento de los sargentos de Horcajo, se reunió el populacho en las plazas y calles, especialmente delante de la Escuela Pía, depósito de prisioneros, demandando represalias por los actos de Cabrera: esto, al ménos, era el pretexto.

El general Mendez Vigo (D. Froilan), segundo cabo del distrito, que ejercia el mando interinamente de capitan general, montó á caballo y se presentó en medio de los grupos sediciosos á fin de explorar la voluntad de los amotinados y evitar escenas sangrientas.

Nunca lo hubiera hecho: sonó un disparo, y cayó el general envuelto en su propia sangre.

Quién fué el autor de semejante atentado?

Pero, ¿quiénes fueron los asesinos de Bassa, de Quesada, de Sarsfield, de Bessiéres, de Esteller, de tantas víctimas de las iras populares (injustas muchas veces, crueles siempre), ó de encubiertas y cobardes venganzas?

Recogió el baston del mando el general Lopez, tratóse de calmar los agitados ánimos, se declaró la ciudad en estado de sitio, *para contener las tropelías que so color de desafeccion cometieron los amotinados con ciudadanos pacíficos, prendiéndoles y exigiendo cantidades de dinero* (2), dió órden para abrir un sumario en averiguacion del asesino de Mendez Vigo... y nada se descubrió!

---

(1) *Panorama español*, tomo IV, pág. 241.

(2) Véase la *Gaceta de Madrid*, 28 de Octubre de 1838, y los *Diarios* del ejército del Centro.

Formóse, sí, una junta de represalias, á imitacion de las creadas en Zaragoza, Teruel y otras poblaciones, compuesta de los principales *patrioteros*, y fueron fusilados 55 prisioneros carlistas.

Al mismo tiempo caian las cabezas de otros infelices en diversas poblaciones, *por la misma causa.*

Cabrera sorprendia entónces á la guarnicion de Villamalefa, segun hemos dicho, cuyo jefe, el presbítero don Mariano Renau, habia sido causa del desastre acaecido al desventurado baron de Herbés, y cuyos indivíduos, «por razon de los más execrables crímenes que habian cometido con el mayor escándalo de los pueblos», fueron pasados por las armas, en número de 58.

De aquí las ágrias contestaciones que mediaron entre el Conde de Morella y Van-Halen, de las cuales harémos ligerísimo extracto, en gracia de la brevedad, concluyendo de una vez con asunto tán enojoso.

Cabrera dice al jefe cristino, desde el cuartel general de Caudiel, á 3 de Noviembre:

«Que por un parte del *infame* Lopez (1) que ha interceptado ha sabido el fusilamiento de 55 prisioneros carlistas en Valencia: que los peseteros de Villamalefa, fusilados por su órden, no podian considerarse como prisioneros dignos de consideracion, sino como facinerósos que robaban, mataban, mutilaban bárbaramente á sus víctimas, «cuyas atrocidades acababan de cometer á las inmediaciones de la Foya con un sargento y otros infelices carlistas que cogieron, pocas horas ántes de caer en nuestro poder:» que el asesinato de los 55 de Valencia era

(1) Fué hecho prisionero en la sorpresa de Jadraque, conducido á Cantavieja y encerrado allí hasta que tomó esta plaza el general San Miguel (D. Evaristo).—Véanse las págs. 262, 265 y siguientes de esta obra.



además horrible por la circunstancia de que *ya debian estar canjeados*,—dice—*puesto que hace cinco meses se me deben* 103 *prisioneros, y no se me han dado todavía por la mala fé que se ha usado conmigo*: que él ha dado siempre cuartel, miéntras que á los suyos se les pasaba por las armas sin conmiseracion alguna: que si á Lopez le hubiese fusilado cuando le tuvo prisionero en Cantavieja, ahora no habria mandado la ejecucion de los infelices de Valencia: que en represalia del asesinato cometido en Belchite en la persona del comandante de armas de aquel punto (1), persona inofensiva, y otros fusilamientos hechos en la misma Valencia y Monforte, dispone que sean pasados por las armas el ayudante del general Pardiñas y otros indivíduos.»

Van-Halen le contesta, en 4 de Noviembre, desde Sarrion:

«Que Cabrera mancilló los laureles de Maella haciendo asesinar á su vista á los prisioneros de caballería y á los heridos: que en cambio el Gobierno de Madrid sólo dispuso la ejecucion de 13 carlistas, sentenciados por crímenes: que á sangre fria mandó luego aquél fusilar á los 96 sargentos, después de tenerlos prisioneros 16 dias: que él tambien ha mandado fusilar á otros 96 sargentos que tenía prisioneros, en justa represalia de aquellos: que el sugeto fusilado en Belchite era un espía, sorprendido debajo de una escalera con un trabuco en la mano: que los fusilados en Valencia deben de haber sido en represalias de los de Villamalefa, pero que lo ignora: que al decretar Cabrera la muerte de éstos, decretó la de aquellos: que existen en su poder y en los depósitos del reino 900 oficiales, 600 sargentos y 8.000 cabos y soldados carlistas, prisioneros, cuyas vidas

(1) Era *manco*.

responden de las vidas de los prisioneros isabelinos: que se reserva marcar la graduacion del jefe carlista, prisionero, que habrá de ser fusilado en venganza de la muerte del inocente ayudante de Pardiñas: que los cristinos se han portado cumplidamente con una infinidad de prisioneros hechos en Piedra-Hita, Villafranca y Peñacerrada: que no tiene antecedente de los 103 prisioneros que le deben á Cabrera: que le contesta sin firma, como él lo ha hecho.»

Cabrera vuelve á escribir una muy larga comunicacion desde el cuartel general de Onda, con fecha 7 de Noviembre, rebatiendo enérgicamente los cargos que Van-Halen le hiciera en la anterior, y pidiendo de nuevo los 103 prisioneros que se le deben, de resultas del canje hecho en Segorbe.

Van-Halen le replica desde el cuartel general de Daroca, con fecha 19 de Noviembre, rechazando las inculpaciones de aquel, y concluyendo así: «V. ha empezado la guerra á muerte *en esta nueva época* (1), y sobre V., y los que la aprueban caerá la maldicion del mundo civilizado.»

Casi al mismo tiempo aparecen entónces dos importantes documentos: es el primero, una alocucion del general Lopez declarando, *que el sistema de contemplacion ha desaparecido*, que el Gobierno *recobra toda su energía*, que *se destruirán con sangre los intentos* de Cabrera, y que tambien *con sangre se consolidará el trono de Isabel II*:—el segundo, es una órden de Cabrera, fechada en Cantavieja á 26 de Noviembre (2), en la cual dispone,

(1) Luego en la anterior no fué Cabrera quien inició la guerra á muerte. ¡Preciosa confesion!

(2) Publicada en el *Boletin del Ejército Real.*

«que todo aquel á quien le hayan asesinado algun pariente en Valencia ú otros puntos, acudirá la villa de Horcajo á reclamar la justa represalia.»

Horrible fué este período de la guerra de Aragon: la sangre se derramó á torrentes por unos y por otros, sin piedad de ningun género, sin consideracion alguna, como si se hubieran propuesto exterminarse mútuamente.

Aquí viene de molde el párrafo que ántes hemos copiado de un escritor liberal (1):

«Van-Halen.... quiso atajar la alternativa de matanzas y sacrificios, pero su carácter fuerte y severo, le impidió acaso escoger los medios más á propósito (2).»

Así lo conocieron los infelices prisioneros de Maella: elevaron desde el depósito de Horcajo una solicitud á Van-Halen, «para que no vuelvan—decian—á tener lugar hechos de que la misma naturaleza se estremece, y que además, miéntras subsistan, tienen suspendida la muerte sobre la cabeza de los recurrentes (3).»

Pero Van-Halen despreció la quejumbrosa voz de sus mismos soldados.

Hizo más todavía: desdeñando tambien la palabra empeñada por el general Borso de respetar las vidas de los prisioneros de Cheste, promesa solemne estipulada sobre el mismo campo de batalla, Van-Halen, el *fuerte y severo* Van-Halen, dispuso que fueran aquellos fusilados.

¿Qué le importaban las terribles consecuencias de esta sangrienta *hazaña*?

Borso y Pezuela, cumplidos caballeros, rechazaron la infame pretension de Van-Halen, contestaron en comu-

---

(1) Véase la pág. 545 de esta obra.
(2) Palabras de Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 384.
(3) Córdova, *Vida*, tomo III, pág 466 y 467.



nicaciones muy duras, afearon una conducta tan impropia de un militar honrado, y le tiraron al rostro, por último, la dimision de sus respectivos empleos.

Los delegados británicos que seguian, en carácter de agregados, al cuartel general del ejército del Centro, MM. J. Lacy y R. Andersson, intercedieron enérgicamente por los infelices sentenciados, *afirmando ambos* con nobleza, QUE OYERON AL GENERAL BORSO PROMETER LA VIDA Á LOS PRISIONEROS *de Cheste sobre el campo del combate*, por cuya promesa se rindieron.

Comisiones de várias corporaciones, aun del mismo ejercito, suplicaron á Van-Halen que suspendiese, al ménos, la ejecucion de los desventurados carlistas, hasta que el Gobierno de Madrid, consultado acerca del asunto, resolviese lo que creyese más oportuno.

Ay! Todo fué inútil: *el hombre que queria atajar las matanzas y los sacrificios*, mandó conducir á Murviedro á 66 prisioneros, *únicos que habia en los depósitos de Valencia*, aparte los enfermos y heridos, y tuvo bastante crueldad para hacerles fusilar á sangre fria, en la mañana infausta del 17 de Diciembre.

Con razon decia Cabrera al jefe isabelino, con fecha 29:

«.... La dimision de Borso arguye á qué bárbara fiereza ha llegado el carácter sanguinario de V., pues no ha podido soportar la infamia de los últimos asesinatos que ha cometido injustamente en Murviedro.

«.... Omitiré desde ahora toda comunicacion con V., á no ser en el campo de batalla, para probar si es V. tan capaz de sostener un combate como para asesinar rendidos é indefensos.»

¿A qué extremo llegaria el horror que suscitaba la memoria de estas víctimas, cuando el mismo general Lopez, el que dispuso el fusilamiento de los 55 carlistas valen-

cianos, dirigió una comunicacion á Cabrera (1) rogándole que se normalizase para en adelante el canje de los prisioneros?

Vamos á concluir este capítulo dando cuenta de la suerte final del partidario D. Francisco Gomez, conocido por el *Ceacero*, ya que formamos intencion invariable de pasar por alto, desde ahora en adelante, estas escenas de desolacion y de exterminio.

Preso aquel oficial por la partida de francos, que mandaba el cruel Mañés de Viver, fué conducido á Barracas, de cuyo pueblo era oriundo, y condenado á muerte.

Allí residian su esposa, María Angela Tarin, y sus tiernos hijos, á quienes pidió *seis onzas de oro* el jefe de la gavilla, en cambio de la vida de aquel desventurado: reuniéronlas á fuerza de súplicas y lágrimas, contribuyendo á allegar fondos para el deseado rescate la mayor parte de los habitantes de Barracas; y cuando la pobre mujer caminaba presurosa con el dinero en la mano en busca del cabecilla de los peseteros, uno de éstos, más cruel aún que su mismo jefe, la muestra algunas prendas ensangrentadas que vestia el infeliz Gomez, arráncala el taleguillo de las onzas, y la dice luego que su esposo habia sido muerto.

Así era verdad: los bárbaros le asesinaron á lanzadas.

¡Tendamos un velo sobre estas horrorosas escenas!

---

(1) Con fecha 19 de Diciembre, desde Valencia.—Es decir, dos dias después de haber sido pasados por las armas los 66 prisioneros de Cheste.



CAPÍTULO XXVI.

1839.—Plan estratégico.—Los miñones.—Villafamés y Alcora.—La Yesa: —7.900 fusiles—Hazañas de Van-Halen: Montan, Collado y Alpuente, —Segúra. — El convenio de Lécera. — Dos decretos.—D. Agustin Nogueras.

Con brillantes auspicios para el Conde de Morella empezaba la campaña de 1839.

Y sin embargo, Dios habia dispuesto que en este mismo año sucumbiese en Vergara la causa de Cárlos V, vendida por un general traidor é inícuamente ingrato.

Miserias de los hombres!—Cuando el triunfo se presentaba inminente, cuando los bravos adalides carlistas veian acercarse por momentos el dia deseado de la victoria, cuando la fortuna sonreia á los que con tanto denuedo, con sin igual constancia peleaban hacía ya seis años por fijar la corona en las sienes del pío monarca, D. Cárlos María Isidro,—la más infame de las traiciones se esconde en el mismo cuartel Real de Navarra; aparece primero en Estella, salpicando con sangre de leales campeones las banderas legitimistas, y descubre, por último, su faz hedionda y asquerosa en la llanura de Vergara, cubriendo

villanamente con el sarcástico mote de *Pacificacion de España*, lo que sólo era un contrato mercenario y raquítico.

El anciano general Gonzalez Moreno habia escrito ya al Conde de Morella estas palabras:

«Un hombre que lucha con la revolucion hace ya veintinueve años, y que la ha estudiado en sus doctrinas y en sus hombres, no debe ser indiferente á las indicaciones que haga. En otro tiempo la revolucion tenia en Londres el primer eslabon de su cadena: hoy lo tiene en España, y nó en Madrid, no en el Ministerio de Cristina (1).»

Estaba en lo cierto el anciano general carlista.

Pero no anticipemos sucesos que vendrán á ocupar en esta crónica el lugar correspondiente.

Cabrera, al comenzar el año, tenía á sus ordenes cuatro divisiones.

	Infantes.	Ginetes.
1.ª—Tortosa......	4.395	390
2.ª—Aragon......	5 229	419
3.ª—Valencia. ...	4.370	250
4.ª—Múrcia......	1 261	187
Total.........	15.255	1.246

Además, la artillería, compañías de tren y zapadores, componian otra fuerza de 700 hombres, con 40 piezas de diferentes calibres.

Pero como tenian que emplearse algunas tropas en guarniciones de puntos fortificados, partidas sueltas para

(1) Carta fechada en Tolosa á 1.° de Diciembre de 1838.—Córdova la copia íntegra: *Vida*, tomo III, pág. 482.



recaudacion de impuestos y otros asuntos, resultaba un total, segun afirma el mismo Conde de Morella (1) de 12.000 peones y 1.000 ginetes, destinados á las operaciones activas de la guerra.

No se habrán olvidado nuestros lectores de que el ejército del Centro, al mando de Van-Halen, constaba de 30.000 infantes y 2.000 caballos: es decir, más que el doble del que mandaba su rival.

Véase ahora con qué poco fundamento sostienen algunos historiadores que el ejército de Cabrera se aproximaba en esta época al respetable número de 20.000 peones y 3.000 ginetes (2).

El valor que tenia entre sus enemigos el caudillo tortosino, lo revelan imparcialmente los *Diarios* de los jefes del ejército del Centro.

«Seguro sobre sus flancos—dice uno de ellos—y su espalda, por la dominacion exclusiva del país comprendido entre el Ebro, el mar, el Mijares y el Martin; fuerte por el número, el arte, la naturaleza y las simpatías de aquellos montañeses; sometidos sus proyectos á una sola y enérgica voluntad; árbitro siempre de escoger la hora y el lugar del combate; rápido y violento en la realizacion de un designio; conocedor de la importancia de su enemigo, estrellado en Morella y Maella; irritado con los tumultos populares de Zaragoza y Valencia, que desvirtuaron el principio de las represalias en su exagerada aplicacion; ufano por las desavenencias entre Borso y Van-Ha-

(1) Estos datos están copiados exactamente de un *Estado*, que facilitó el general Cabrera.

(2) Así juzga el Sr. Calvo y Rochina: en cambio otros escritores, segun les ha parecido, daban á Cabrera el mando de *unas cuantas gavillas de facinerosos*.—Bien es verdad que la *Gaceta* les dió el ejemplo desde el principio de la guerra.

len; envalentonado con sus triunfos; cubierto con el ascendiente que le dieron, en concepto de algunos, las comunicaciones de los generales del Centro, del comisionado ingles y sus respuestas; práctico en la guerra de montaña; dueño de sus secretos, obedecido ciegamente por sus masas; fatigado el ejército del Centro después de tantas marchas sin ventajas decisivas, y relajada la moral de las tropas, no siempre tan afortunados como valientes, bastaban estos elementos, hábilmente puestos en accion y unidos á un espionaje maravillosamente activo y organizado, para que Cabrera esperase debilitar el ardimiento de sus enemigos, y frustrar los cálculos mejor combinados del general en jefe (1).»

Tal era la opinion de que gozaba Cabrera entre las gentes del cuartel general cristino.

El plan estratégico que se proponia llevar adelante el Conde de Morella, para someter la guerra á ciertos principios, y tener seguras las líneas de sus operaciones y las fronteras del vastísimo territorio que abrazaba la comandancia general de Aragon, Valencia y Murcia, consistia en construir fortificaciones en puntos á propósito y tratar de arrojar á los cristinos de las pocas que, dentro de su línea, ocupaban.

Con ayuda del cuerpo de zapadores, que prestó servicios incalculables en esta época, puso en regular estado de defensa las fortalezas de Alpuente y Collado, sobre el Guadalaviar, dominando la extensa vega y el curso del rio; hizo fortificar á Cañete, en la provincia de Cuenca; á Montan, en la de Valencia; á Ayodar en la de Castellon, y á Segura en Aragon, á una jornada de Daroca.

---

(1) Córdova, á quien se facilitaron los citados *Diarios.*—*Vida*, tomo IV, pág. 4 y 5.

Y miéntras tanto no desatendia las operaciones ofensivas, bien por sí, bien por medio de sus tenientes.

Fué la primera de estas en 1839, el segundo sitio de Villafamés, punto importantísimo situado en la línea de Lucena, Onda y Castellon.

Al frente de unas compañías de cazadores tortosinos y tres piezas de artillería, se presento Cabrera delante de Villafamés en la mañana del 3 de Enero.

Comenzó en seguida la construccion de baterías, y empezaron al mismo tiempo las hostilidades, rompiéndose un vivo fuego de fusil, que sostuvo con energía la encerrada guarnicion cristina, despreciando la intimacion de rendirse que se le habia dirigido anticipadamente.

El dia 5 empezó la artillería á hacer disparos certeros contra los muros, y á los pocos instantes recibe el Conde de Morella un confidente que le anuncia la llegada de una fuerte division enemiga en socorro de la plaza; vióse por tanto obligado á levantar el sitio delante de fuerzas tan numerosas, dirigiéndose á los campos de Murviedro y Valencia, y despues contramarchando á Onda, no sólo con el objeto de proveerse de víveres, sino tambien para fatigar al enemigo.

Consiguió perfectamente ámbas cosas, y se retiró en seguida á nuevas operaciones.

Los datos isabelinos pretenden que los carlistas alcanzaron delante de Villafamés una pérdida de 40 soldados; pero los diarios carlistas afirman que consistió ésta en un muerto y siete heridos.

Ocurrióle por entónces á Cabrera la formacion de una compañía de *miñones*, á semejanza de los antiguos *mozos de escuadra* de Cataluña, y de los *fusileros* de Aragon.

Hizo sacar de las filas 100 hombres escogidos, «que reuniesen las circunstancias de animosos, honrados, ro-

bustos y andariegos,» y confió el mando de estos bravos al teniente coronel Gamundí (D. Pascual), quien tenía en calidad de segundo al jóven capitan D. José Ferrer, ámbos estudiantes tortosinos, como su jefe, que habian abandonado los libros para empuñar el fusil del soldado.

El objeto de esta institucion se limitaba á servir sus indivíduos, como los *Ordenanzas*, á las inmediatas órdenes del general en jefe: armólos con fusil inglés, bayoneta y canana, á seis paquetes de cartuchos por plaza.

El uniforme se asemejaba al que usaban los Miñones de Valencia, y le describe así un historiador: «Sombrero redondo con escarapela, presilla y ribetes blancos, y el ala izquierda doblada; pañuelo al cuello con una sortija de metal; chaleco de paño encarnado con botones y alamares de estambre blanco; chaqueta de paño azul con cuello y vueltas encarnadas y cabos blancos; pantalon de pana azul, muy ancho; capote de paño del mismo color, con cuello y forro encarnado, ojales y presillas blancas. Los oficiales llevaban levita azul, ó zamarra; chaleco encarnado; boina del mismo color, con borla de plata; pantalon de paño azul, en el invierno, y de lienzo en verano. Era esta compañía la mejor del ejército carlista.» (1)

Y se hizo bien pronto digna de la nombradía que adquirió, aun en el campo isabelino.

Entre tanto que Cabrera permanecia en las inmediaciones de los Alfaques y plaza de Benicarló, con el objeto que más tarde dirémos, observado de cerca por la division que mandaba Azpíroz, y la cual se hallaba colocada entre la Plana y la Huerta de Valencia, — Llangostera hacía una rápida correría por Aragon, Arnau invadía la

(1) Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 6 y 7.

ribera de Valencia, y Polo llegaba, acopiando víveres y recursos, hasta los campos de Sigüenza.

Forcadell bloqueaba á Lucena, cuya empresa no habia abandonado por completo el jefe carlista.

Al contrario: habiendo sabido que Van-Halen, moviéndose al fin, salia de Castellon con un convoy crecido para introducirlo en la plaza, se propuso hostilizarlo.

El dia 2, á media tarde, emprendió movimiento con los batallones de Tortosa y el escuadron de Ordenanzas sobre Rives-Albes, ordenando á los batallones que se apostasen durante aquella noche convenientemente en las alturas de Fausara y Villarroya, á la vista de Figueroles.

El 3, supo que el enemigo se dirigia á Alcora y emprendió un precipitado movimiento sobre este punto, á fin de posesionarse de las alturas de Cosí, el Salto del Caballo y Barramons. Cosí estaba ya en poder de un batallon de Ceuta, adelantado por el jefe cristino, que conoció acaso el intento de su enemigo.

No obstante; una valerosa carga á la bayoneta, ejecutada con acierto y bravura por cuatro compañías de Tortosa, al mando de Salvador y Palacios, introdujo la confusion en la vanguardia del enemigo y lo dispersó confusamente; «sin duda hubiera sido este — dice el parte de Forcadell — uno de los dias más gloriosos que han obtenido las armas reales, á no ser por dos batallones, el uno de ellos titulado Reina Gobernadora, que le reforzó; mas no por eso cedió el ardor de nuestros valientes, que volviendo á tomar la posicion que ántes ocupaban, resistieron tres impetuosas cargas enemigas, adonde se estrelló el orgullo de un considerable número de fuerzas.

«.... Conociendo que al irse apagando nuestros fuegos desplegarian (los cristinos) sus esfuerzos, pues no habian adelantado un solo paso en el espacio de tres horas, or-

dené mi retirada escalonando las compañías, la que se verificó con tal serenidad, órden y disciplina militar, que pasmó al enemigo (1). »

El parte isabelino es como sigue:

« .... Persuadido S. E. de que el enemigo no se presentaría, continuó su marcha distribuyendo las tropas de una manera oportuna para la seguridad del convoy; pero al mismo tiempo que éste y la cabeza de la division de reserva entraba en Alcora, el teniente coronel Descatllar, que, con ocho compañías de los batallones Ceuta y Reina Gobernadora habia tomado posicion á una ó dos horas de distancia, descubrió sobre su frente é izquierda cuatro fuertes masas á tiro de fusil, las cuales rompieron el fuego: y viendo que no por esto cejaban nuestras ocho compañías, las cargaron, á cuyo tiempo salió con ellas el bizarro Descatllar á recibir á la bayoneta á los cuatro batallones que le acometian, y los puso en retirada, sin que ya el enemigo pudiera rehacerse, como lo intentó, porque el acertado fuego de las dos piezas de montaña y la bravura de nuestros soldados precipitó rápidamente á dichos batallones por escarpadísimos barrancos....» (2)

El parte carlista añade:

«El resultado de esta brillante jornada ha sido el haber tenido los enemigos la pérdida del coronel de Lorca y cuatro muertos, ocho oficiales heridos y 157 de tropa, con 24 muertos: la nuestra es de siete de los primeros y 57 heridos, inclusos dos oficiales.»

Y el isabelino cuenta:

«La pérdida de las ocho compañías que acometieron á las fuerzas rebeldes ha consistido en seis oficiales y 59 in-

(1) *Boletin del Ejército Real*, 16 de Febrero de 1839.

(2) *Gaceta de Madrid*, 14 de Febrero de 1839.

dividuos de tropa heridos y un cabo muerto, y la del enemigo es infinitamente mayor, pues que se han contado 31 cadáveres en el campo, ascendiendo á 153 el número de sus heridos, que, por noticias posteriores, se ha sabido conducian en acémilas y á las grupas de los caballos.»

Tambien dice Forcadell, aparte de lo que hemos extractado, que las fuerzas enemigas constaban de once batallones de 1.000 plazas y 800 caballos, «al mando del aventurero Van-Halen,» con una batería rodada y otra de montaña; pero que las suyas no excedian de 2.200 peones y un escuadrón, número insignificante, casi microscópico, para tamaña empresa.

Habla tambien la *Gaceta* (1) de una sorpresa ejecutada por el general Ayerbe en Alloza, en cuya poblacion, ocupada por los carlistas, penetró el 15 de Febrero sin advertirlo el enemigo, «á quien causó 20 muertos y tres prisioneros, sin más pérdida por parte de las tropas constitucionales que tres heridos, por el sostenido fuego que se dirigia desde la iglesia y casas inmediatas.»

Pero los partes carlistas expresan este suceso de muy diferente manera.

Parece ser, segun el *Boletin del Ejército Real*, que la mañana del 15, y al oirse el toque de diana, fueron atacados á la vez todos los puntos avanzados, é hicieron una brillante resistencia.

Alzáronse barricadas, posesionáronse de la iglesia, y en ella encerraron municiones y víveres con propósito de no rendirse miéntras quedara piedra sobre piedra.

Es de advertir que Ayerbe conducia delante de Alloza una division, y los carlistas apénas llegaban á 700 hom-

(1) La del 23 de Febrero de 1839.

bres del 1.° de Mora, dedicados en aquel lugar á instruccion de reclutas.

Y sin embargo, tal debió ser el ánimo de los sitiados, que el jefe cristino abandonó la empresa á las once y media de la mañana del mismo dia 15, y se retiró inmediatamente, no sin ser molestado por una guerrilla de cazadores carlistas, mandada por el ayudante de E. M., señor Pons, causándole algunos heridos y cuatro muertos.

«Nuestra pérdida,—añade el parte,—consistió en un cabo muerto, por haber salido del pueblo á los primeros momentos de la sorpresa, y fué acuchillado por la caballería enemiga, y un voluntario herido.»

Cabrera se presentó en Alloza al siguiente dia, 16, para socorrer á sus soldados, con dos batallones y un escuadron; y como ya el enemigo hubiese desaparecido, ordenó á los ayudantes Gonzalez y Pons que invadiesen las cercanías del Ebro, recolectando granos, ganados, metálico, etc., miéntras otra columna, á las órdenes del comandante Feliu, recorria las inmediaciones de Zaragoza con el mismo objeto y con no ménos fortuna.

Pero la más importante escaramuza sostenida en esta época por las tropas carlistas de este territorio, fué sin disputa la sostenida por el bravo coronel Arévalo contra fuerzas muy superiores que acaudillaba el Marqués de las Amarillas (1).

Avistáronse las columnas enemigas en los campos de la Yesa, tres veces teatro de otras tantas victorias de las armas carlistas, á las seis de la mañana del 25 de Febrero,

(1) Segun el parte de Arévalo, el Marqués conducia tres batallones de 1.200 plazas, dos escuadrones y cuatro piezas. Aquel apénas tenía á sus órdenes 1.000 soldados del 2.° de Mora y 1.° y 2.° del Cid, con parte de su escuadron de lanceros y el de tiradores de la Mancha.



durando el combate y la persecucion hasta las tres de la tarde, hora en que las dispersas fuerzas isabelinas entraron en el Villar, y no creyéndose seguras, continuaron hasta encerrarse en Liria.

Dejó en el campo «la orgullosa brigada del rebelde Marques de las Amarillas sobre 140 muertos, entre ellos más de 60 de caballería, su jefe de E. M., capitan D. Víctor Garrigó, otro capitan de artillería, el oficial de ingenieros y otros jefes y oficiales.... además se hicieron algunos prisioneros y pasados, los cuales confiesan que exceden de 200 heridos, mucha parte de gravedad, los que han entrado en Liria, cogiéndole 30 caballos con sus monturas y equipos (1)....»

«Nuestra pérdida,—añade el parte carlista,—ha sido muy corta, de cinco á seis muertos, entre ellos el capitan D. Antonio Lechuga y el alférez D. Manuel Calduch, ámbos lanceros del Cid, y unos 20 heridos, entre otros de gravedad el bizarro comandante D. José Papaicet y el subteniente de Guias D. Joaquin de Diz.»

La *Gaceta de Madrid* dió parte de esta jornada de la manera siguiente:

«...A las seis y media de la mañana salió la division de reserva del pueblo de la Yesa, y cuando estaba ya entre los montes sobre que pasa el camino, el enemigo cargó á la caballería que iba á retaguardia, á la que vino picando por espacio de ocho horas: y visto que en el terreno en que se presentaba el enemigo, flanqueando á nuestras tropas, ninguna ventaja podria sacarse, porque tenía aquel segura su retirada por las sierras, y en el último caso á sus fuertes de Alpuente y el Collado, el Marqués de las Amarillas, comandante general de dicha division, se limitó á presentarles la batalla, la cual no quisieron

(1) *Boletin del Ejército Real*, 6 de Marzo.

aceptar, y en su vista determinó aquel jefe seguir su camino hácia Alcublas.

»...Al romper la marcha, los enemigos empezaron su ataque con una fuerte línea de tiradores.... Durante cuatro horas de camino, siguió constantemente el ataque, siendo preciso que nuestra division hiciese la marcha por escalones, en cada uno de los cuales se sostuvo un nuevo ataque, hasta llegar á la última posicion, que da vista al pueblo de la Igueruela (1).

Con la simple lectura del parte isabelino se viene en conocimiento de lo encarnizado que sería este combate de ocho horas, á traves de montes fragosos que ofrecian una posicion de regular defensa á cada veinte pasos de distancia, sosteniéndose en todas por escalones las tropas cristinas, que eran acometidas incesantemente por las carlistas que mandaba Arévalo.

En la *Gaceta* concluye el parte de este modo:

«La pérdida del enemigo, segun todas las noticias, ha sido de mucha consideracion, como que durante ocho horas fué rechazado su ataque, viéndosele perder varios cabecillas y oficiales, contándose entre ellos el brigadier de su caballería (2)....

»Por nuestra parte hemos tenido la desgracia de perder al capitan de E. M. Don Francisco Oarsichena, que quedó en el campo en la primera carga dada al enemigo, y 20 individuos de tropa muertos, dos oficiales y 43 individuos de tropa heridos y cuatro contusos, trece caballos muertos y once extraviados (3).»

---

(1) *Gaceta de Madrid*, 8 de Marzo.

(2) ¡Aprieta!—El jefe de la division, Arévalo, era únicamente *coronel*.

(3) *Gaceta de Madrid*, 8 de Marzo.—No se inserta sino un *extracto* del parte.



Hé aquí el tercer combate de la Yesa, librado por el intrépido Arévalo, segundo comandante general interino de Múrcia, por el Rey D. Cárlos V, contra la division de reserva del ejército del Centro, mandada por el celebérrimo Marqués de las Amarillas, cuya fuerza parece que acababa de reconocer, por órden de Van-Halen, las fortalezas carlistas de Alpuente y Collado, cuyo ataque tenía este jefe *proyectado*.

Un suceso ocurrió por entónces que causó profunda pena al Conde de Morella.

Determinado á dar un golpe decisivo á la fratricida lucha que devoraba á la noble Nacion española, desde la muerte de Fernando VII, y como si tuviese el presentimiento de que el año 1839 habia de ser fatal para la causa de la legitimidad, Cabrera, cuya sagacidad corria parejas con su bravura, pensó en poner sobre las armas en un dia dado 12.000 hombres de las poblaciones y huertas que ocupaban sus tropas y en cuyos términos ondeaba cási exclusivamente la bandera carlista.

Pero necesitaba fusiles, y tanto más cuanto que aún tenia en sus batallones algunos fornidos mozos que carecian de armas.

No pudiendo proporcionárselos en España, sino esperando á las contingencias de algunos combates, envió á Inglaterra á los señores D. Buenaventura de Oriol y D. Pedro José de Camps, á fin de que los contratasen y adquiriesen en las fábricas de aquel país, hasta el número de *30.000*, y cuidasen de avisar oportunamente las remesas.

Hé aquí la razon que tenia el Conde de Morella para situarse en las inmediaciones de los Alfaques, despreciando la observacion contínua, el bloqueo, mejor dicho, que habia formado alrededor de las tiendas carlistas la division del general Azpíroz.

Cabrera, pues, habia recibido el correspondiente aviso de sus comisionados en Inglaterra, anunciándole el próximo arribo á las playas de los Alfaques de un bergantin inglés, portador de la primera remesa de fusiles, en número de 10.000: aquel caudillo escalonó sus batallones en una extensa línea, cubriendo completamente la costa, á fin de estar preparado para la llegada del buque y efectuar felizmente el alijo.

Todos los dias observaba cuidadosamente el horizonte, tendia sus miradas á traves de su anteojo, hasta el confin remoto del Océano, y esperaba impaciente la señal anhelada de hallarse á la vista el bergantin británico.

Este suceso era un secreto para todos, aun para los indivíduos del cuartel general más allegados á Cabrera, llegando hasta el caso de murmurarse malévolamente acerca de la inaccion en que parecia haber caido de repente el activo y emprendedor jefe carlista.

Por fin, el 6 de Febrero apareció á lo léjos el deseado buque.

Cabrera no perdió el tiempo: hizo preparar numerosos bagajes y carros para el trasporte, y dió órden á su padrastro, D. Felipe Calderó, que todavía continuaba con su valiente partida en aquellos alrededores, de preparar lanchas y remolcar el buque, si era posible, hasta las mismas arenas de la playa.

En efecto, á media noche todo se hallaba dispuesto, y tres barcas partieron al encuentro del anclado bergantin, con propósito de trasbordar los cajones de fusiles y aproximarle á la costa; pero fué tal su desgracia, acaso por la profunda oscuridad de la noche, que sólo una de ellas consiguió el objeto propuesto, miéntras las otras tres vagaban por las olas sin acertar sus pilotos á abordar al buque contrabandista.

Diez cajones solamente se trasladaron á las playas: y á la mañana siguiente fué apresado aquel por algunos faluchos guarda-costas que lo remolcaron á Barcelona.

La *Gaceta* dió cuenta de este hecho en tales términos:

«El dia 7 á las tres y media fué aprehendido por los faluchos guarda-costas del Principado, el *Focha* y el *Barcino*, sobre la punta de la Baña, el bergantin-barca inglés *Gulnawe*, su capitan Bonghan, con carga de 790 cajas, á diez fusiles cada una, con sus piedras correspondientes y en disposicion de cargar y hacer fuego, cuyo bergantin apresado fué conducido á los Alfaques y en seguida á Barcelona, escoltado por el de guerra de S. M. el *Orde* y el expresado falucho el *Barcino* (1).»

«Este apresamiento — decia en otro lugar el mismo periódico oficial — puede considerarse como una doble victoria, porque se quitan armas al enemigo para darlas á nosotros (2).»

Exactamente lo mismo que habia hecho Cabrera desde el principio de la guerra, lo que hicieron Carnicer y Miralles, Quílez y Torner para armar á sus soldados: quitar los fusiles á sus enemigos para darlos á sus reclutas: ni más, ni ménos.

Hay sin embargo, la notable diferencia, de que los primeros partidarios carlistas luchaban en campo abierto contra las numerosas columnas cristinas que incesantemente les perseguian, aprovechándose de las sorpresas y de las victorias del modo que dejamos dicho; miéntras que ahora las circunstancias eran bien distintas, puesto que Cabrera no tenia á sus órdenes faluchos guarda-costas que evitaran el apresamiento del bergantin británico y com-

(1) *Gaceta de Madrid*, 14 de Febrero.

(2) *Gaceta de Madrid*, 17 de Febrero.

batieran en el Océano con los dos barcos que efectuaron aquel, sin riesgo alguno.

Por lo demás, no habia para qué cantar victoria.

Y mucho ménos para añadir estas palabras:

«Reforzado Van-Halen con el brillantísimo y completo batallon, 4.° de ligeros, y algunas compañías de la Guardia Real, va á quedar pronto en estado, no sólo de aniquilar las hordas de este país, sino de desafiar á todas las fuerzas del Pretendiente, si es que tienen la fortuna de pisar, ántes de ser destrozadas, los límites de Aragon, Valencia y Múrcia (1).»

Este párrafo vale por toda una coleccion de documentos *oficiales*.

Trabajo le mando al escritor del siglo XXI que pretendiere escribir la historia del XIX, en vista de los datos acumulados en las *Gacetas* por Gobiernos imbéciles.

En dicho párrafo se asegura, como pronóstico de realizacion inmediata, que *todas las fuerzas del Pretendiente habian de ser aniquiladas* en breve tiempo, ántes ó después de pasar los límites de Aragon, Valencia y Múrcia.

No sabemos quién pondria en conocimiento del Gobierno de Madrid que *todas las fuerzas del Pretendiente iban á pasar* á Aragon, Valencia y Múrcia, á ménos que no fuese un deseo de la corte de María Cristina, en sus ya cercanas postrimerías, ó un sueño más ó ménos desvariado de algun general esclarecido, tan *valiente* en el campo de batalla, como *sábio* el Marqués de Miraflores, ex-paje de *Pepe Botellas*, delante de algunas arrobas de papel apergaminado, (vulgo: protocolos diplomáticos).

Pero la verdad del caso es, que el sin par Van-Halen arrugó su entrecejo, y eso que le tenia muy arrugado, y

(1) *Gaceta de Madrid*, 20 de Febrero.

pensó en—¡gracias ¡á Dios!—aniquilar á los carlistas, para dar gusto á la *Gaceta*, al Gobierno, á las tropas.... y á las boca-mangas de su propia casaca.

Veamos cuáles fueron sus primeros pasos.

Diríase alguna vez el jefe del ejército del Centro, soñando quizás que ya resonaban en torno de sus oidos los gratos sones de las épicas trompas de la fama, ó que coronaban su frente los arrayanes sagrados de los antiguos triunfadores de Roma:

—Nada de tomar á Cantavieja, ménos á Morella, y ménos todavía á la Cénia. Empecemos por fortalezas de segundo órden, de tercero, mejor dicho, que tiempo hay, y soldados tengo, caiga el que caiga, para ir subiendo.... por grados!—Marcharé ahora contra Montan, luego llevaré mis huestes á Collado y Alpuente, y más tarde, tal vez á la conclusion de la campaña, plantaré el pabellon cristino en las torres de Segura, porque

"..... esta empresa, gran rey,
para mí estaba guardada."

Dicho y hecho.—El general Van-Halen se resolvió á sitiar á Montan, villa situada en la provincia de Castellon, no léjos de Segorbe y á 14 leguas de Valencia.

«La empresa más fácil,—dicen los *Diarios del ejército del Centro*, (1)—era la toma de Montan. Su fortificacion se reducia al convento, dominado por todas partes, mal aspillerado y peor flanqueado, pues sólo habia dos tambores que cubrian sus entradas. Posesionados los carlistas de este punto, lograban tener en contínua alarma á Segorbe, merodear sus comarcas, interceptar las comunica-

---

(1) Córdova, quien extractó y aun copió los referidos *Diarios*. *Vida*, tomo IV, pág. 9.



ciones por la carretera de Aragon, y establecer un depósito en la línea del Mijares.»

Como se ve, no habia para qué dilaciones ni temores de una empresa frustrada.

Era la mañana del 22 de Enero, y salió Van-Halen de Segorbe en direccion á la plaza amenazada, al frente de la division de reserva, que, como ya sabemos, mandaba el Marqués de las Amarillas, y con todos los elementos necesarios para el sitio.

Llegó Van-Halen al pié de Montan, intimó la rendicion á los carlistas, quienes contestaron con un vivo fuego á la vanguardia enemiga, y mandó el jefe cristino asestar contra la plaza algunas piezas de la numerosa artillería que consigo llevaba.

¿Qué sucedió entónces? A los pocos disparos Van-Halen manda retirar las piezas; dá órden á sus tropas de formar en columna; recoge los aprestos hechos contra la plaza, y vuelve en seguida, caminito de Segorbe, á guarecerse dentro de los muros de ésta.

Véase lo que dicen acerca de esta hazaña de Van-Halen los *Diarios* ya citados:

«La desaparicion repentina de nuestras armas delante de una obra débil, sin artillería, y defendida por pocos hombres, engrandeció el orgullo de Cabrera y fué un triste desengaño para nuestros soldados y para los pueblos.» (1)

Los partes carlistas dicen sencillamente:

«Van-Halen fué recibido por la guarnicion de Montan á balazos. Disparó ocho á diez cañonazos contra el fuerte, y viendo que no lograba su objeto, se retiró, con pérdida de un oficial muerto y siete soldados heridos....

(1) Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 10.

»La guarnicion se componía,—esto es muy gracioso,—de 80 voluntarios, alpargateros casi todos, que se ocupaban en fabricar calzado de cáñamo, que las expediciones sacaban del país enemigo.» (1)

La *Gaceta de Madrid*, sin embargo, con su acostumbrada desfachatez é inexactitud, á vueltas de algunas baladronadas, impropias de un periódico oficial, decía:

«Van-Halen tomó el camino de Montan con la seguridad de que los enemigos no le esperarian; y en efecto, echaron á correr, disparando algunos tiros sólo por gastar pólvora en salvas. El fuerte de Montan ha sido entregado á las llamas, segun refiere gente venida de aquella parte, y nuestro general se dispone á continuar la marcha sobre Ayodar y limpiar las avenidas del Maestrazgo para ajustar luego las cuentas á Arnau y compañía.» (2)

Hay en este parte más mentiras que palabras, más contradicciones que frases.

Segun él, los carlistas echaron á correr.... y los cristinos contramarcharon á Segorbe;

Aquellos dispararon algunos tiros, sólo por gastar pólvora en salvas.... y Van-Halen levanta el sitio;

El fuerte fué entregado á las llamas.... pero las tropas del general isabelino no lo incendiaron....

Una de dos: ó los carlistas se resistieron, ó nó:

Si lo primero es lo cierto, la *Gaceta* mentia con soberano descaro;

Si lo segundo, Van-Halen, que se retiró á Segorbe, fuese por lo que fuese, delante de carlistas que *echaban á correr y gastaban pólvora en salvas*, era indigno de conducir á la pelea á soldados españoles.

---

(1) *Boletin del Ejército Real.*

(2) *Gaceta de Madrid*, 3 de Febrero de 1839.—Toda la correspondencia es bien curiosa.

Y no decimos una palabra más, porque el espíritu se acongoja con tales engaños *oficiales*.

Por lo demás, cuando se apuntaban en la *Gaceta de Madrid* semejantes inexactitudes, con mala fé tan notoria, claro está que no debemos extrañarnos de que lanzasen al mismo tiempo baladronadas como la siguiente:

«.... El general se dispone á continuar la marcha sobre Ayodar y limpiar las avenidas del Maestrazgo para ajustar luego las cuentas á Arnau y compañía.»

Tras de lo uno, lo otro. ¿Quién sería el autor de estas admirables correspondencias á la *Gaceta*?

Por fuerza que el insigne Van-Halen deberia estarle muy agradecido.

Veamos, pues, dejando á un lado todas las observaciones que se nos ocurren, de qué manera ajustaba las cuentas el general Van-Halen.

Anhelante estaba el ejército del Centro por obtener una victoria señalada sobre su triunfante enemigo: los jefes de las divisiones, los del cuartel general, los de los regimientos de que aquellas se componian pedíanlo á voz en grito, puede decirse, porque abrigaban temores, no sin fundamento, de que la desmoralizacion se introdujese en las filas y sus funestas consecuencias se desarrollasen rápidamente, con peligro inminente para la causa que defendian.

En todo el año 1838, los favores de la fortuna habian sido tan escasos para el ejército isabelino, como abundantes y señalados para el general Cabrera: sobre todo, se tenian presentes las derrotas de Morella y de Maella, gloriosas empresas ambas que habian levantado la talla del antiguo estudiante de Tortosa á una altura inmensa, por encima de todos los veteranos caudillos que lidiaban en el campo contrario.

¿Qué extraño es, si de españoles se trata, que los oficiales del ejército del Centro se condoliesen casi públicamente de la inaccion de su general en jefe?

Porque la verdad era que desde principios de Octubre de 1838, época en que se encargó del mando el genera Van-Halen, todas las empresas de este jefe se habian reducido á organizar sus tropas para tomar la ofensiva, á escoltar algun convoy para Lucena ó Villafamés, á intentar choques parciales y escaramuzas insignificantes, cuyos resultados se compendiaban en várias pérdidas de una y otra parte, y acaso en relajacion ulterior de la estrecha disciplina.

Aún no habia llegado, por lo visto, el momento de ver que Van-Halen se disponia á cumplir la promesa hecha con tanta pompa y en tan altisonantes palabras en su proclama al ejército: «soldados—dijo entónces—me vereis el primero conduciéndoos por el camino del honor.»

Hé aquí precisamente lo que todos anhelaban, lo mismo oficiales que soldados.

Después del fracaso de Montan, intentó un *amago* de ataque sobre los fuertes de Collado y Alpuente, seguras retiradas de los carlistas en la provincia de Valencia.

Para efectuarlo, se puso en movimiento la division de reserva, al mando del Marqués de las Amarillas hácia la villa de Alpuente en la mañana del 22 de Febrero, reconoció las fortificaciones el comandante general de ingenieros, D. José Navarro, y se replegaron las tropas á la Yesa, donde pernoctaron: al siguiente dia se dirigieron al Collado, montaña inexpugnable de más de 260 varas de altura, en cuya meseta se levantaba un antiguo castillo, cuyas cortinas, murallas y torreones se adoptaban exactamente á la configuracion de la roca que les servia de sólida base.

El 25, cuando después de efectuado este último reconocimiento se volvian las tropas á la Yesa, fueron atacadas, como ya sabemos, por la division del Túria, al mando de D. José María de Arévalo.

¿Cuál fué el resultado de estos dos reconocimientos y retiradas?

Los *Diarios* del ejército del Centro lo declaran francamente: aumentar la fuerza moral de Cabrera y disminuir el prestigio de Van-Halen, si es que algo le quedaba.

Y sin embargo, era preciso obrar: el jefe cristino se decidió á atacar á Segura.

Segura, poblacion pequeña asentada en la vertiente de una montaña entre los pueblos de Calanda, Calamocha, Híjar y Daroca, pertenecientes á la provincia de Teruel, poseia un antiguo castillo, bastante deteriorado, en una alto roca que se eleva al Poniente.

Habiendo interceptado Cabrera algunos partes de Van-Halen, donde se descubria los propósitos que éste abrigaba de fortificar á Segura, como ya se hacía en Onda y Almenara, el caudillo carlista, á favor de un movimiento rápido y perfectamente combinado, hizo caer sobre la citada plaza algunos batallones que la ocuparon, y emprendió en seguida trabajos de reparacion con actividad sin ejemplo, hasta ponerla en buen estado de defensa.

Un testigo ocular, dice sobre estos trabajos:

«Qué de sudores para lograrlo!—El voluntario, medio desnudo, trabajaba con el mayor anhelo en conducir tierra, piedra, cal, maderaje, etc., animado por el ejemplo de sus beneméritos oficiales, y aun del invicto Conde de Morella que sin atender á su elevada categoría trabajaba lleno de ardor, como un simple peon.—A costa de tales sacrificios y de la sangre preciosa que centenares de vo-

luntarios vertieron, se levantó este altivo baluarte de la legitimidad (1).»

Tenía el castillo un elevado torreon antiguo, que se habia reparado sólidamente (2), y sobre su cima habia una explanada, dominando todo el pueblo y montañas inmediatas, para colocar bastantes piezas de artillería: al Mediodía, y formando una línea paralela, estaba lo que se conocia por el nombre de *tercer plaza*, en cuyo seno se encerraban los almacenes de víveres y un cuartelillo para una compañía de vigilancia, á cubierto de proyectiles huecos, defendido por una batería: á la misma altura, y en igual direccion, habia otro recinto fortificado, dependiente del anterior, donde se podia colocar una pieza para metralla; y, por último, en la parte más meridional del castillo se alzaba otro modesto baluarte artillado con un cañon de á doce.—Estas eran las obras más respetables de fortificacion de Segura, las cuales constituian lo que se llamaba *el último recinto*.

Por supuesto que además habia en el segundo recinto y en la línea exterior otras obras diferentes, tales como tapias aspilleradas, tambores, ángulos entrantes y salientes, etc., sin que faltasen dos excelentes aljibes que suministraban agua potable en abundancia.

El castillo tenía la entrada principal por el lado del pueblo, y cubierta con un sólido reducto de cantería, siendo el único punto accesible, «no sucediendo esto con

(1) Así se expresa el veterano oficial carlista D. Jacinto Gago, en una *Memoria* inédita, escrita por el mismo sobre los sucesos de Segura que ha tenido la amabilidad de confiarnos.

En ocasion oportuna apreciarán nuestros lectores el valor de este documento.

(2) "*A prueba de bomba*,"—dice gráficamente la *Memoria* inédita que poseemos.

los demas—dice el Sr. Gago,—pues escarpadas rocas, que en várias cortaduras terminaban sobre el camino de Bibel, hacian inútil toda tentativa de asalto ó escalada.»

La ejecucion de todos los trabajos de fortificacion en Segura corrió á cargo de dos compañías de zapadores, que continuaban prestando sus utilísimos servicios, al mando de los oficiales D. José María Verdejo, D. Manuel Bruschi, D. Fernando Càsado y D. Domingo Urbon, habiéndose situado en Aliaga, villa cercana, el comandante Aguila, con un batallon, para proteger á sus compañeros.

Cabrera dice además en su *Diario*:

»... Yo, con cuatro batallones de Mora y Tortosa y casi todas las fuerzas de Aragon, observaba al enemigo, impulsaba la fortificacion de Segura y protegia las obras de este recinto.

»Mis ayudantes Ojeda y Aguilera circulaban las órdenes con extraordinaria rapidez, y el último, escoltándole Pons y los Miñones, trasportó un cañon de á ocho al castillo, verificándose esta operacion con tanto acierto, que el cañon pasó entre dos columnas enemigas, y ninguna lo advirtió.

»Acantoné las fuerzas de Tortosa, Mora y Aragon en Torrecilla, Sacedillo, Plo y Godos para batir al enemigo si intentaba oponerse á los trabajos que sin tregua continuaba dia y noche (1).»

Y se opuso en efecto.—No estaban aún concluidas las obras, ni mucho ménos, puesto que la guarnicion del castillo apénas tenía un mal techado para guarecerse de la intemperie—como dice el parte carlista,—cuando se presentó en el vecino pueblo de Córtes, rodeando la extensa

(1) Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 43 y 44.

cadena de colinas inmediatas, el general Ayerbe, al frente de la segunda division del Centro.

«Dividió éste sus fuerzas— habla la *Gaceta* (1), conforme en esto con el parte carlista,—en dos columnas, confiando la primera á D. Francisco Velarde, coronel del regimiento *Voluntarios de Valencia*, y reforzando la brigada que seguia con el batallon del Infante, la artillería de montaña y dos escuadrones de Cataluña, al mando de su coronel D. Francisco Serrano (2).

»Esta columna debia atacar la derecha enemiga, miéntras la segunda, compuesta de un escuadron de Leon, una brigada procedente del ejército del Norte, dirigida por el coronel D. José de Samaniego, doce compañías de Castilla, á cuya cabeza marchaba el brigadier D. Miguel Mir, y la batería rodada, amenazaba la izquierda de Cabrera, á las inmediatas órdenes de Ayerbe. Dejando establecido en Córtes, pueblo distante de Segura dos leguas, el hospital de sangre y depósito de bagajes, emprendieron estas fuerzas el movimiento á las once de la mañana del 23 de Marzo.»

Miéntras Ayerbe se preparaba de este modo, Cabrera disponia sus tropas de la manera siguiente:

Llangostera, con siete batallones y dos escuadrones, tomó posicion al frente del enemigo, detrás de dos extensas líneas de parapetos construidos de antemano: «el batallon 1.° de Tortosa—dice el parte—ocupaba la izquierda de nuestra línea; seguia el 2.°, que formaba paralelamente; las compañías de cazadores y granaderos del 1.° de Mora se posesionaron de la altura de Fuen-Muniesa,

(1) *Gaceta de Madrid*, núm. 1602, correspondiente al dia 28 de Marzo.

(2) El actual Duque de la Torre.

que puede llamarse el centro de la línea de batalla, quedando en reserva el 3.° de Tortosa. La derecha se componia de los batallones 5.°, 6.° y Guias de Aragon, y el 1.° de Mora en reserva: la caballería venía á ocupar el centro, un poco inclinado á la derecha de la línea.»

En resúmen: la division carlista constaba de siete escasos batallones y dos escuadrones de lanceros, miéntras que las fuerzas de Ayerbe, aumentadas, como ya se ha dicho, con una brigada del ejército del Norte, consistian en diez de los primeros, ocho de los segundos y ocho piezas de artillería.

A las once de la mañana, incorporado ya Cabrera á los suyos, pues hasta el momento crítico habia estado en Segura impulsando las obras y dictando órdenes, comenzó el fuego de guerrillas.

Al instante observó el jefe carlista la probabilidad de atraer al enemigo á una emboscada, simulando una retirada hácia las inmediaciones de la línea de Segura: así lo intentó repetidas veces, sin que surtiese efecto su decision, pues Ayerbe habia quizás adivinado el objeto que Cabrera se proponia: entre tanto el combate seguia con encarnizamiento de una y otra parte.

A las diez de la noche cesó el fuego, campando Cabrera en sus mismas posiciones y retirándose Ayerbe hasta Muniesa, «dejándose una porcion de heridos,» sin aceptar un nuevo combate con que aquel le brindaba.

«La pérdida que se le causó (al enemigo), dice Cabrera, pasa de 300 hombres entre muertos y heridos, con ellos una porcion de jefes y oficiales y un considerable número de caballos.... La nuestra consiste en nueve muertos y 70 heridos (1).»

---

(1) *Boletin del Ejército Real*, 30 de Marzo.

«Nuestra pérdida—cuenta el isabelino—será de unos 200 hombres entre muertos y heridos, pero la del enemigo la calculo de consideracion (1)....»

Ayerbe confiesa que fueron heridos de gravedad el comandante del escuadron 6.° Ligero, D. Ramon de las Llamosas; los tenientes D. Cipriano Ramos y D. Andrés Martinez y el subteniente D. Alberto Robalti, mencionando la bravura y pericia de vários jefes y oficiales, entre otros: D. Benito María Sierra, D. Francisco Vasallo (2), D. Cárlos María de la Torre (3), D. Rafael Primo de Rivera (4), D. Eusebio Calonge (5) y otros muchos cuya enumeracion sería prolija.

Merece, sobre todos, citarse un hecho que consignan los Diarios carlistas.

Cortada, y casi prisionera, en virtud de una valiente carga de la caballería cristina, á las órdenes del actual Duque de la Torre, la compañía de cazadores del 3.° de Tortosa, corrió en su auxilio otra compañía, que mandaba el bravo comandante D. Hermenegildo Ceballos; únense ámbos, revuélvense con fiero ímpetu contra los ginetes enemigos, y no sólo se salva la primera, sino que logran reunir á los dispersos, posesionarse de una altura, romper el fuego contra la masa cristina que avanzaba y hacer que ésta se detenga, miéntras los demás batallones carlistas entraban en formacion, esperaban al enemigo y le obligaban á replegarse con graves pérdidas.

---

(1) *Gaceta de Madrid*, 28 de Marzo.

(2) Capitan general de Andalucía al estallar la *gloriosa* setembrina.

(3) Capitan general de Filipinas, por gracia de la idem, idem.

(4) Sublevado en Cádiz, al iniciarse la idem, idem.

(5) Ametrallador de los revolucionarios de Santander, en Setiembre de 1868.

Justo es decir aquí que Cabrera hace especial mencion en su *Diario*, segun un cronista, del arrojo de los coroneles García y Polo, y del valor y serenidad del ya citado Sr. Ceballos.

Otro hecho tambien apunta el parte carlista, que trascribimos sin comentarios:

«.... Cuatro de nuestros heridos, habiendo tomado el camino de la Torre de Arcas, al pasar por las inmediaciones de Montalvan han sido asesinados por la filantropía liberal, miéntras yo estaba dando órdenes para que se auxiliase con cuanto exige la humanidad á los que el enemigo dejó abandonados en este pueblo (1).»

Ahora bien; si Cabrera, en justa represalia, hubiese mandado fusilar á estos desgraciados, ¿quién habria sido *el hombre de corazon de tigre?*

Tal fué la jornada del 23 de Marzo, anuncio infalible de un ataque directo á Segura.

Efectivamente: Van-Halen se habia decidido por fin á caer sobre esta fortaleza carlista, no sólo para acallar los murmullos que su apatía levantaba en las filas del Centro, sino para dar un combate decisivo que viniese á aclarar la posicion respectiva de cada combatiente.

Era el 5 de Abril, y se hallaban ya reunidas las tropas cristinas en las cercanías de la plaza.

Los pueblos de Córtes, Muniesa, Huesa y Blesa, situados todos alrededor de Segura, daban cabida á once batallones, ocho escuadrones, trenes de artillería, parques de ingenieros y 697 carros que contenian 200.000 raciones, reunidas en poco tiempo.

Van-Halen queria asegurar el golpe — como suele derirse: estaba aleccionado con el ejemplo de Oráa, delante

---

(1) *Boletin del Ejército Real*, 30 de Marzo.

de Morella, y sabiendo que todos los constitucionales de España le contemplaban (lo cual no era poco que digamos), y esperaban por momentos la noticia de una batalla decisiva, de una victoria egregia que hiciese doblar la cabeza al audaz *cabecilla*, al *ex-beneficiado de Tortosa*—segun decian algunos periódicos liberales, verdaderos órganos de Móstoles.

A la verdad, Van-Halen hacia perfectamente: Cabrera le disputaria primero el terreno palmo á palmo y luego levantaria en los adarves de Segura la célebre bandera negra de Morella, resuelto á sepultarse en las ruinas de la plaza ántes que rendirse al enemigo.

Lo primero que hizo el cristino fué arengar á sus soldados: recordóles sus antiguos triunfos, citó los combates de Chiva y Arcos de la Cantera (los cuales, dicho sea de paso, salian á relucir en todas las ocasiones solemnes), y concluyó por decirles que «iba decidido á batir al orgulloso enemigo y tomar á todo trance aquel castillo (1).»

Excusamos decir, pues por sabido se calla, que todos los periódicos *patrioteros* copiaron aquella brillante perorata de Van-Halen, elogiáronla, y esperaron un resultado inmediato y feliz.

Terrible desengaño!

Cabrera, al saber el movimiento del general cristino, dejando cuatro batallones y dos escuadrones en el bosque contiguo á la plaza, y en posiciones importantes, adelantóse con el 1.° de Mora, sus ayudantes, el E. M. y algunos Ordenanzas á hacer un reconocimiento y provocar al enemigo, á fin de atraerlo á batalla.

Pero ¿cuál no seria su asombro al ver que el general

(1) Puede leerse en la *Gaceta de Madrid*, y en todos los periódicos constitucionales de la época.

Van-Halen, que habia llegado ya á tiro de cañon de la plaza, ordenaba la retirada de sus tropas?

Entónces mandó cargar la retaguardia, quizá despechado por aquella brusca retirada de Van-Halen, y á pesar de la inferioridad de sus fuerzas y de aproximarse la noche, siguió hostilizando constantemente al jefe cristino y causándole pérdidas numerosas de muertos y heridos, que cayeron en su poder y fueron conducidos al castillo de Segura.

«Pensé en atacar á Van-Halen al dia siguiente,—dice Cabrera en sus *Memorias*,—pero me hallaba escaso de municiones, y ni debia perder de vista á Segura, ni exponer la vida de mis voluntarios, que estimo más que la mia, obligándoles á batirse uno contra diez (1).»

Tan inesperada era la conducta de Van-Halen y tan grandes los deseos de Cabrera de trabar formal pelea con el jefe del ejército del Centro, que pretendió el carlista preparar á su contrario una emboscada aparentando retirarse tambien de Segura, en direccion de Villafamés, en son de batir esta fortaleza cristina.

Al efecto, con dos batallones, 100 caballos y tres piezas de artillería se puso en camino, dejando á Llangostera al frente de la plaza, con tres batallones y 60 ginetes.

No en vano se imaginó que Van-Halen atacaria en el momento de conocer la retirada del caudillo carlista: á los cinco dias, presentóse de nuevo el jefe del Centro delante de Segura, volviendo, al parecer, decidido á combatirla, segun la resolucion que aparentaba.

«Mas llegaron los cristinos,—dice un historiador—á

(1) Córdova lo apunta, extractando las citadas *Memorias*.—*Vida*, tomo IV, pág. 68.



doscientas varas de distancia del castillo y al ver la actitud de las fuerzas enemigas, tanto interiores como exteriores, retrogradaron hácia Bibel, acosados durante la marcha por Llangostera.»

Conviene que nuestros lectores conozcan la relacion de otro cronista, no afecto á los carlistas, ni mucho ménos, acerca de esta frustrada empresa de Segura:

«...Se habia considerado dicho fuerte como de la mayor importancia, y del éxito de su conquista se hacia depender la suerte del reino de Aragon. En vano los Aragoneses, á quienes dicha fortificacion no dejaba de causar molestia, contribuyeron con todos sus esfuerzos á que nada faltase al ejército sitiador. De Zaragoza se habia sacado un *inmenso* tren de artillería, y recordando que se habia levantado el sitio de Morella por falta de víveres, se procuró que no sucediese lo mismo en Segura: *inmensos* convoyes (1) fueron acarreados, *gran cantidad* de recursos se pusieron á disposicion de Van-Halen, pero, repetimos, todo fué en vano.

»El general de la Reina retrocedió, y Cabrera no se mostró ménos activo que ante los muros de Morella, ni la guarnicion de Segura fué tampoco ménos valiente que la de aquella plaza. Todo lo que pudo hacer Van-Halen fué incendiar algunas casas de la poblacion y retirarse ante el fuerte que Cabrera mostró tanto empeño en sostener (2)....

»....Levantado el sitio, Cabrera continuó triunfante sus expediciones (3).»

(1) Observen nuestros lectores que todo era *inmenso*,—segun afirma un escritor no sospechoso.

(2) Es muy linda esta frase. ¿Debió Cabrera por ventura haber cedido graciosamente la fortaleza?

3) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 409.

Figúrense nuestros lectores el efecto contrario que causaria la retirada de Segura en las filas carlistas y en las constitucionales.

Sobre el infeliz Van-Halen llovieron acusaciones de todo género, sin atenderse para nada á sus descargos, más ó ménos oportunos, más ó ménos legítimos y fundados.

La verdad es que todo el partido liberal de España, en la expectativa de la toma de Segura, batia palmas anticipadamente por el triunfo de las armas cristinas.... y no triunfaron.

¿Cuál no sería el asombro de los finchados patriotas? Cuál su indignacion?

En la retirada de Van-Halen, ninguno veia la acertada medida de un general prudente que libra á sus soldados de una derrota y por ende de un campo de carnicería y de matanza: veian sólo que Segura continuaba en poder de los carlistas, que sobre los adarves de la plaza ondeaba todavía la enseña de la legitimidad, en virtud de la fuga de Van-Halen.

¿Dónde está—decian los periodistas liberales—el decantado valor del general en jefe del ejército del Centro? Qué se han hecho sus antiguas palabras? Qué sus protestas de rendir á Segura?

Van-Halen se disculpaba diciendo que se retiró de Segura «*por la falta de agua, leña y forrajes, el rigor de la estacion y la escasez* de medios para cubrir la línea de sitio y batir al *fuerte enemigo.*»

Pues ¿qué les habia sucedido á los 697 carros, atestados de víveres y municiones?

¿Quién habia hecho desaparecer las 200.000 raciones que aprontó Zaragoza?

¿Por ventura se habian disuelto, como por arte de encantamiento, aquellos *inmensos* convoyes, *inmensos* tre-

nes de artillería y *gran cantidad* de recursos que se le habian facilitado?

Con once batallones y ocho escuadrones, ¿no podia cubrir la línea de sitio y batir al enemigo, quien apénas tenía cinco batallones y 200 ginetes, entre la guarnicion y la línea exterior?

Lo cierto es, aparte comentarios, que el Gobierno de Madrid no se satisfizo con las razones alegadas por Van-Halen, y fué decretado el sacrificio del general en jefe.

Mas ántes debemos hablar de otro importante suceso: nos referimos al convenio de Lécera.

El dia 20 de Abril, á las pocas horas de la mañana, representábase en las cercanías de Onda una escena humanitaria y consoladora: un canje de prisioneros.

Dos divisiones enemigas, la una enfrente de la otra, asistian á aquella escena, deponiendo rencores y ódios que habian de renovarse, no obstante, á las pocas horas: el bravo Aguilera, coronel carlista y ayudante del Conde de Morella, y D. Antonio Carruana, coronel comandante del E. M. isabelino, las mandaban: las músicas militares animaron el solemne acto, y hasta el general Cabrera se presentó entre sus leales soldados ántes de concluirse la entrega mútua de los prisioneros (1).

---

(1) Calvo y Rochina, á propósito de este acto, forja un cuento muy ridículo. Dice que Cabrera conducia de la mano á un hermano pequeño, y que uno de los jefes cristinos preguntó á éste:

—¿Qué haces tú, niño?

—Estudio en Morella—contestó el interpelado.

—¿Sí?—replicó el cristino;—pues "más valiera que te enviasen á correr córtes *(sic)*, porque si no serás tan burro como tu hermano."

Supongamos, Sr. Calvo, y no es poco suponer, que este *cuento* imbécil fuese cierto. Dígame V.: ¿quién *demostraba ser* MÁS *burro*? *Historia*, pág. 408.

Acerca de este primer canje, decia el periódico oficial del Gobierno de Madrid (1):

«El total de prisioneros cristinos ascendió á 658, y el de carlistas entregados á 862, cuyo exceso se dió en calidad de reintegro, y con protesta formal, por parte de los jefes carlistas, de dar esta diferencia (2).»

Otra *Gaceta* (3) habia afirmado que el número de canjeados fué de 1.301 indivíduos de tropa, 12 oficiales, dos cadetes y un capitan.

Á los pocos dias se repitió esta escena en las inmediaciones de Tortosa, canjeándose 66 indivíduos.

La guerra de exterminio, los bárbaros fusilamientos de los vencidos, se habian concluido.

¿De qué manera?—Mr. I. Lacy, coronel de artillería al servicio de S. M. Británica, segun él mismo se firmaba, medió entre ámbos jefes enemigos, Cabrera y Van-Halen, para que se estipulase un convenio humanitario, á fin de asegurar la existencia de los prisioneros.

Después de algunas contestaciones, que no trascribimos por creerlas innecesarias (4), fué ratificado, en Segura, á 1.° de Abril, por el Conde de Morella, y en Lécera, á 3 del mismo mes, por D. Antonio Van-Halen, el siguiente

(1) *Gaceta de Madrid*, 3 de Mayo.

(2) Y la entregó, en efecto, el mismo coronel Aguilera, á los pocos dias.

(3) La del 27 de Abril.

(4) Todos los periódicos de entónces las publicaron.

CONVENIO (1)

CELEBRADO ENTRE LOS JEFES SUPERIORES DE LAS FUERZAS BELIGERANTES QUE OPERAN EN LOS REINOS DE ARAGON, VALENCIA Y MÚRCIA.

Artículo 1.º—Será respetada la vida de cuantos prisioneros, sea cual fuere su clase, existen y se hagan en lo sucesivo, correspondientes á ámbas fuerzas, sin distincion de los que sean ó nó pasados de filas de las unas á las otras, á no ser que lo sean ya por segunda vez, pues en este caso serán juzgados, segun la ley establecida, por el que los aprehenda. Para evitar toda duda en la interpretacion de este artículo, se declara que comprende á todos los cuerpos del ejército, voluntarios realistas, milicianos nacionales, francos, resguardo, compañías organizadas y los que, dependientes de éstas, estén autorizados para hacer la guerra con documento que lo acredite de sus jefes superiores.

Art. 2.º Los prisioneros serán asistidos y tratados, así en salud como en enfermedad, del mismo modo que la tropa del ejército; y en cuyo poder están, y para satisfaccion de las partes, podrán visitarse los depósitos mediante las precauciones que exige la guerra.

Art. 3.º Cuando el número de prisioneros pertenecientes á las armas nacionales exceda de 400, se designará un pueblo abierto, que por su posicion no perjudique en manera alguna á las operaciones militares, en que se establecerá el depósito; sin que puedan entrar en él, ni

(1) Los carlistas le llaman *Convenio de Segura*, y los isabelinos *Tratado de Lécera*.

á ménos de una hora de distancia, las fuerzas nacionales; pero no podrá haber en dicho punto, depósito de armas, víveres, vestuario y cualquiera otro efecto de guerra, así como tampoco talleres ó fábricas en que se construyan ó recompongan: la fuerza no pasará de la precisa para la custodia de los prisioneros, y dentro del círculo marcado no podrán refugiarse otras algunas para evitar una accion, pues en este caso dejará de ser inviolable y podrán ser atacados en el mismo pueblo.

Art. 4.° Los enfermos y heridos, en cualquiera parte que se encuentren con la correspondiente baja, que acredite estar allí ó haber quedado como tales, serán respetados y restituidos á sus cuerpos cuando su salud lo permita. De la misma consideracion gozarán los empleados legítimamente en la curacion y asistencia de los mismos, siempre que presenten documentos que acrediten su destino.

Art. 5.° Así que una y otra parte tengan prisioneros, se propondrá el canje por el último que los haga, y no podrá el otro dilatarle por ningun pretexto.

Art. 6.° Las canjes se realizarán en el país más próximo al en que se hallen los prisioneros, y en el punto intermedio de los fuertes de una y otra parte.

Art. 7.° Tanto en el tránsito, como en el punto donde sean colocados los prisioneros, no se permitirá que se les insulte ni maltrate, ni tampoco á las personas que les auxilien con algun socorro.

Art. 8.° Los prisioneros no podrán ser trasladados á Ultramar.

Art. 9.° Serán preferidos, para los canjes, los procedentes de los ejércitos que tengan los prisioneros que han de canjearse.

Art. 10. Cuando por una ú otra parte se falte á lo que establecen los artículos anteriores, bajo cualquier pretex-

to, incluso el de sediciones ó motines, la parte agraviada podrá exigir la satisfaccion debida, cual es el castigo que marcan las leyes, y en caso de no obtenerla á su debido tiempo, quedará nulo este Convenio, comunicándolo ántes oficialmente, y sin fuerza retroactiva para los que hasta aquella fecha se encontraren prisioneros, á excepcion de aquel número y clase que deba en represalia expiar la suerte de los que al infringir el Convenio han sido sacrificados, y podrán ser hasta un doble.

Art. 11. Quedan obligados á la exacta observancia de este Tratado los jefes de las fuerzas que lo firman, como todos sus sucesores miéntras dure la guerra, como igualmente cuantos dependan de unos y otros, que se comprometen á hacerlo cumplir.—Y para su debido efecto y cumplimiento, lo firmamos ámbos jefes en nuestro respectivo cuartel general. Segura 1.° de Abril de 1839.—(Sello)—*El Conde de Morella.*—Lécera 3 de Abril de 1839.—(Sello).—*Antonio Van-Halen.*

Tal fué el *Convenio de Segura.*

Iniciado por el coronel inglés I. Lacy y concluido en breve tiempo por los dos generales enemigos, Cabrera y Van-Halen, del mismo modo que en 1835 Lord Elliot y Mr. Gurwoord iniciaron el célebre Tratado que se conoce en la historia con el nombre del primero de estos caballeros, y que luego firmaron los generales Zumalacárregui y Valdés (D. Jerónimo), fuera lo que fuera, decimos, el convenio de Segura normalizó la cruenta guerra de Aragon y Valencia, salvó las vidas de muchísimos desgraciados, y evitó aquellos actos de ferocidad inaudita que hemos referido en páginas anteriores.

Hay sin embargo una notable diferencia entre ámbos tratados, por demás honrosa para el general Cabrera:

miéntras el de Elliot se firmaba por los generales isabelino y carlista, con mediacion del caballero extranjero, y sujetándose ó aceptando ámbos las proposiciones de aquel, el Conde de Morella, si bien agradeció la iniciativa del coronel Lacy, y le contestó en dos finísimas y francas comunicaciones, no quiso aceptar sus buenos oficios, dando muestras de su carácter fiero y de gran patriotismo.

—Yo soy español,—decia á sus oficiales,— y mis enemigos tambien son españoles. ¿Por qué no habrémos de entendernos nosotros solos, mejor que con ayuda de extranjeros?

El mismo dijo, en 1844, al autor de su *Vida*:

«En España se habla mucho de independencia nacional, y creo que, durante mis campañas, dí, entre otras pruebas de nacionalidad, la de no haber querido admitir un arreglo extranjero.

»Como particular, podré apreciar á los extranjeros; de otra suerte, sería ingrato con los que me dan hospitalidad y con los brillantes oficiales de diversas naciones que valerosamente pelearon bajo mis órdenes; pero como general en jefe y hombre de gobierno, estaba en mis principios hacer un convenio puramente español.» (1)

Todos, amigos y enemigos, sabrán apreciar este rasgo altivo de acendrado patriotismo.

Por lo demás, el infortunado Van-Halen. infortunado en todo lo que hacia, fué tambien acriminado muy duramente por el Convenio de Segura.

Decía un periódico, y lo repitieron todos (2):

«.... ¿Por qué habeis firmado un convenio tan desfavo-

(1) Córdova, *Vida*, tomo IV, págs. 63 y 64.

(2) Córdova, *Vida*, loc. cit.

rable á nuestras valientes tropas? ¿Por qué no habeis aguardado, por lo ménos, para firmarle, á la destruccion del carlismo en las murallas de Segura? ¿Por qué, en fin, habeis hecho concesiones á Cabrera, que rechazan la dignidad del ejército constitucional?—Vos, general, jamas debísteis poner vuestra firma al lado de la del rebelde caudillo.»

Pero un jefe del ejército del Centro no titubeó en salir á la defensa del acusado Van-Halen.

«Los que critican á nuestro general,—decia,—porque adoptó el Convenio de Lécera, miran las cosas desde léjos y dentro de murallas. Que vengan á estas montañas, que caigan prisioneros, que se vean amenazados por represalias, y juzgarán de otro modo.

»Todos, en lugar de Van-Halen, hubieran hecho lo mismo, porque es preciso ceder al imperio de las circunstancias, y ¡desgraciado del ejército en que empieza á resonar alguna voz de indisciplina!» (1)

La verdad es, en nuestro humilde juicio, que Van-Halen contribuyó á ejecutar una bella obra de caridad evangélica aceptando el tratado de Lécera, ó de Segura.

Entónces la pasion política empequeñecia todas las cuestiones, y pocos fueron los que adivinaron friamente que, detrás de aquellas firmas respetables, se hallaba la existencia de muchos infelices prisioneros.

Pero la posteridad hará justicia, en esta parte, al general Van-Halen, ya que sus contemporáneos tenian en más una despreciable cuestion de amor propio que las vidas de los bravos soldados que combatian tan denodadamente en el campo de batalla (2).

(1) Córdova, *Vida*, loc cit.—Extracto de los *Diarios*.

(2) Dícese que Cabrera escribió al márgen del Convenio de Segura: "*estamos exceptuados Nogueras y yo*."

Mas apénas llegaron á noticia del Gobierno de Madrid las dos jornadas frustradas sobre la plaza de Segura, decretóse la destitucion de Van-Halen.

Un historiador dice que «el general en jefe del ejército del Centro fué llamado á la corte á fin de dar sus descargos.» (1)

La verdad es que apareció en la *Gaceta* el siguiente doble decreto:

«S. M. la Reina Gobernadora, conformándose con el parecer de su Consejo de Ministros, se ha servido separar del mando del ejército del Centro y de las Capitanías generales de Aragon y Valencia al teniente general D. Antonio Van-Halen, nombrando para remplazarle interinamente, y en los mismos términos que obtenia dichos mandos, al mariscal de campo D. Agustin Nogueras; y ha dispuesto al propio tiempo que se forme consejo de guerra al que se someta sin dilacion el exámen de las operaciones sobre Segura.» (2)

Van-Halen, del mismo modo que Oráa, habia sido sacrificado.

Cabrera, que lo supo confidencialmente ántes de publicarse el decreto en el periódico oficial, ántes quizá que el general destituido, es fama que exclamó:

—¡Otra vez Nogueras! Corriente: nos verémos. El Gobierno cristino me favorece demasiado sin sospecharlo.

---

(1) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 409.
(2) *Gaceta de Madrid*, 18 de Abril de 1839.

CAPÍTULO XXVII.

Fusilamientos de Estella.—D. Juan Manuel Balmaseda.—Montalvan.—Cuatro combates.—La Hoz.—La *encerradura de Aznar*.—D. Leopoldo O'Donnell.—Lucena.—Toma de Tales.—Dos victorias: Chulilla y Carboneras.—La terrible noticia.

Un crímen horrendo se cometia en la antigua ciudad de Estella, el 18 de Febrero de 1839.

La sangre de cinco valientes, de cinco nobles caballeros y leales súbditos de Cárlos V, era derramada villanamente por una órden inícua del general en jefe del ejército carlista de Navarra.

Generosos hidalgos encanecidos en el servicio de la justa causa, bravos soldados que lucharon en cien combates, que intentaron oponerse á ciertos dudosos planes de Don Rafael Maroto, nombre de execrable memoria, *hacian sombra* al cobarde traidor de Vergara: hé aquí su crímen!

Y Maroto, con el más despreciable cinismo, osaba comunicar al Monarca la terrible noticia de aquellas cruentas é infames ejecuciones, en estos sencillos términos:

«.... Es el caso, Señor, que he mandado pasar por las armas á los generales Guergué, García, Sanz, al briga-

dier Carmona, al intendente Urriz; y que estoy resuelto.... para hacer lo mismo con otros vários, y procuraré su captura, sin miramiento á fueros ni distinciones....»

Y al mismo tiempo se atrevia á decir al Rey:

«Sea alguna vez, mi Rey y Señor, *que la voz de un vasallo fiel hiera al corazon de V. M. para ceder á la razon, y escucharla, aun cuando no sea más que porque conviene....»*

Y decia tambien á sus soldados:

«Voluntarios y nobles hijos de este reino y Provincias Vascongadas: ¡Viva el Rey; viva la subordinacion! Sea nuestro lema: Religion ó muerte, y restauracion de nuestras antiguas leyes; por cuyos principios morirémos todos, y lancemos fuera de nuestro lado á todo hombre ambicióso que no coopere eficazmente al triunfo de la causa que defendemos....»

¡Esto sí que era el más cruel de los sarcasmos, la más villana de las ironías!

El, Maroto, que fusilaba á los leales, *porque le estorbaban*, tenía la avilantez de llamarse *fiel vasallo*.

El, que amasaba ya los planes infandos de Vergara, juraba delante de sus soldados morir por el Rey, por la causa que defendia!

¡Ah! —Todavía permanecen envueltos en el misterio aquellos horribles sucesos, y no es dado, por ahora, á nuestra pluma levantar el velo que los encubre.

Dia llegará, y tal vez no está lejano (¡Dios lo quiera!), en que aparezcan, con toda su desnudez asquerosa, los acontecimientos de 1839 en las Provincias Vascongadas, cuyo sangriento prólogo dejamos referido.

Uno de los jefes cuya captura procuraba el general Maroto, segun él mismo decia al Rey, era el valiente brigadier D. Juan Manuel de Balmaseda, el insigne vencedor de Cova.

Preso tambien en Estella, librado milagrosamente de sufrir la triste suerte de los citados generales, huyó de Navarra, donde las más pérfidas intrigas y los más cobardes amaños se tramaban contra la santa causa legitimista, deplorando anticipadamente *los sucesos pasados y futuros*, ya que no era bastante fuerte para desbaratar por sí sólo aquellos infames planes que se vislumbraban, salpicados con la sangre generosa de Guergué, Sanz y García.

Presentóse en Aragon, con 100 ginetes, ***Húsares de Ontoria***, y ofreció sus servicios al Conde de Morella (1).

Este, al propio tiempo, invadia las provincias de Cuenca, Guadalajara y Toledo, burlando la vigilancia de las columnas enemigas que le observaban: hacía copioso botin, recogia los restos desalentados de algunas partidas realistas que por ellas vagaban, y volvia victorioso á su línea de operaciones.

Esta línea se ensanchaba por momentos.

Tales, Manzanera, Castellote, Alcalá de la Selva, Bejis, Chulilla, San Mateo, Calix, Benicarló y Ulldecona, fortificaciones construidas ó en construccion, formaban los atrincheramientos del teatro de las operaciones, sin contar con aquellas ásperas sierras que serpenteaban por el mismo territorio, llenas de naturales fuertes, de mura-

(1) Uno de los oficiales de Balmaseda, ligado con estrechos lazos al autor de esta Historia, que poseia la confianza de su jefe, y de cuya veracidad no nos es permitido dudar, afirma que el viaje de aquel caudillo á Aragon tuvo por único objeto proponer á Cabrera que se presentase inopinadàmente en Navarra á la cabeza de algunos batallones, sorprendiese á los traidores, los fusilase, incluso al general Maroto, y rompiese las inícuas tramas que en la sombra se urdian contra su Rey y Señor.

El Conde de Morella, por razones que no son del caso, parece que se negó á aceptar la proposicion del brigadier Balmaseda.—*Relata reffero.*



llas de rocas y de profundos barrancos, que á manera de insuperables fosos las defendian.

Cabrera, de vuelta de su expedicion, se propuso rendir la fortaleza de Montalvan.

No era la primera tentativa contra esta plaza.

Pero ahora tomó el Conde de Morella por empeño la conquista, siquiera fuese para humillar á su rival, al odiado Nogueras.

Cuatro combates se sostuvieron por las fuerzas beligerantes delante de los muros de Montalvan.

Dos batallones escasos y 80 ginetes, á las órdenes del brigadier Balmaseda, bloqueaban la plaza, cuando apareció, en 1.° de Mayo, la fuerte division isabelina que mandaba el general Amor, y casi al mismo tiempo la del general Ayerbe; es decir, que se reunieron contra la escasa fuerza del bloqueo, 14 batallones y 1.000 caballos.

«Mas opuso (la fuerza del bloqueo) tal resistencia,—dice el parte carlista,—que por más que el enemigo intentó desalojarla avanzando con formidables masas, no pudo conseguirlo.»

Al contrario, replegóse hácia la reserva, sufriendo una impetuosa carga del bravo Balmaseda, y tomó posiciones en unas alturas inmediatas, con pérdida de varios muertos y heridos y 13 prisioneros, para emprender la retirada al amanecer del 2, sabiendo sin duda que Cabrera y Llangostera se acercaban con hueste numerosa de aragoneses y tortosinos (1).

Dice la *Gaceta* (2) acerca de esta escaramuza, que las tropas cristinas se posesionaron á viva fuerza de las montañas de Marisola y alturas de Lubea, arrollando á los

(1) *Boletin del Ejército Real*, 29 de Junio.
(2) *Gaceta de Madrid*, 12 de Mayo.



carlistas que las ocupaban, «quedando—añade el parte—levantado el sitio de Montalvan, sin más pérdida, por nuestra parte, que la de dos muertos y 20 heridos, contándose entre los primeros el capitan D. Miguel Saavedra.»

A los pocos dias, se renovó la lucha en el mismo punto.

Atacado Llangostera, que continuaba en el sitio (1), por la citada division de Ayerbe, y agobiado por la superioridad numérica de las fuerzas que éste acaudillaba, emprendió la retiraba en órden perfecto: mas de pronto, se presenta á la cabeza de tres batallones de Tortosa, el intrépido coronel Salvador y Palacios, ataca á la bayoneta y avanza con serenidad pasmosa por en medio de las balas enemigas, desaloja al contrario de sus posiciones, y le obliga á huir hasta encerrarse en el fuerte de Montalvan, con pérdida de 150 muertos y 600 heridos (2).

La *Gaceta* (3) dice que el general Ayerbe «atacó la primera posicion, que fué tomada bizarramente, así como las restantes.... He tenido,—añade el parte,—bastante pérdida, pero la del enemigo es más que el doble de seguro....»

Vayan nuestros lectores observando la *conformidad* de los partes que extractamos.

El tercer combate fué tan sangriento como el segundo.

Ayerbe, con once batallones y 1.000 caballos, avanzaba de posicion en posicion.

El valiente Balmaseda, cuyas impetuosas cargas infundian terror pánico á los enemigos, al frente de cuatro compañías y 80 *Húsares de Ontoria*, cayó como una avalancha sobre la retaguardia cristina, acuchilló 56 solda-

(1) Lo cual demuestra la inexactitud del anterior parte isabelino, *puesto que no se levantó el sitio.*

(2) *Boletin del Ejército Real,* 29 de Junio.

(3) *Gaceta de Madrid,* 28 de Mayo.

dos y causóle 200 heridos, sin más pérdida por su parte que dos muertos, cuatro heridos y 22 prisioneros, entre estos tres oficiales (1).

Ayerbe dijo:

«....Luego que me retiré, avanzaron tres batallones y dos escuadrones para picarme la retaguardia, *como es costumbre* (2). Se les escarmentó con una carga del 6.° de caballería, que acuchilló á vários é hizo unos 30 prisioneros, entre ellos tres oficiales. Mi pérdida es muy insignificante respecto á la del enemigo (3).»

Por último, el dia 11 de Junio se dió en los campos de la Hoz, inmediaciones de Montalbán, el cuarto combate que decidió de la suerte la plaza.

El general Ayerbe se habia situado en Belchite y Lécera, miéntras el Conde de Morella, resuelto á conquistar la plaza, llegaba delante de los muros con várias piezas de artillería y rompia el fuego con horroroso estrépito, causando estragos espantosos en la fortaleza y en el pueblo.

Avanza Llangostera y ocupa el pueblo: batieron en brecha los cañones la muralla del Nordeste, ordénase el asalto, acométenlo con audacia admirable los sitiadores, y son rechazados con pérdida de 50 valientes.

« No tuvo efecto el asalto —dice el parte carlista —porque lo impidió el grande foso que circunvalaba la fortificacion, y fué preciso retirarse con 50 hombres de baja.»

Llegó entre tanto el dia 11.

---

(1) *Boletin del Ejército Real*, 29 de Mayo.

(2) Esto es gracioso. ¿Por acaso los carlistas no sabian batirse de frente? O queria el general Ayerbe que se le pusieran delante de sus once batallones y 1.000 caballos, *cuatro compañías y 80 ginetes?*

(3) *Gaceta de Madrid*, 7 de Junio.

Ayerbe apareció de nuevo á la cabeza de numerosa hueste, resuelto á librar formal combate con Cabrera y á destruir las fortificaciones de Montalvan.

Esto último fué obra de pócas horas: inspeccionó Ayerbe las obras de la plaza, cási derruidas por los proyectiles carlistas, y oyendo el dictámen de los artilleros é ingenieros, y teniendo en cuenta que la falta de recursos y de tiempo no permitian récomponerlas, optó por la destruccion de la plaza.

Medida que produjo discordias sin número entre los mismos oficiales de la division, que fué mal recibida por el Gobierno de Madrid y que causó la dimision del general.

Pero se llevó adelante: á la mitad del dia, «después de haberse incorporado la guarnicion al ejército y puestos á salvo los efectos de boca y guerra,» estallaron con horrendo estrépito los minas preparadas de antemano y se desplomaron las murallas y torres de Montalvan, delante de las cuales tanta sangre española se habia derramado.

Entónces tuvo lugar el sangriento combate de la Hoz.

«Al emprender Ayerbe su movimiento retrógrado—dicen los partes—sostuvo una lid tan encarnizada, que, á juzgar por los datos carlistas, tuvieron estos 113 hombres de baja entre muertos y heridos, y sus contrarios sobre 400; pero segun estos consistió su pérdida en 150 hombres y la de Cabrera en 200 (1).»

En este combate lucharon con ardor é impetuosidad irresistible los dos jefes de la caballería de ámbos partidos, Balmaseda y Serrano (2), repitiendo incesantemente atrevidas cargas.

---

(1) Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 93.

(2) El actual Duque de la Torre, coronel de caballería á la sazon.

Cabrera reconoció el heroismo de Balmaseda y de los ginetes que este general mandaba, y publicó una *órden general*, con fecha 12 de Junio, de la cual entresacamos los siguientes párrafos:

«Voluntarios: Testigo de vuestro heróismo... mil veces he tenido ocasion de admirar vuestro entusiasmo y vuestro denuedo. Mas los gloriosos hechos de armas del dia de ayer me han colmado de satisfaccion, superando aún á cuanto podia esperarse.

»El abandono de Montalvan, punto cuya conservacion interesaba no poco al enemigo, y en la que tantos conatos habia empleado, es ya lo ménos notable de esta jornada: los llanos del Pueyo y de la Hoz atestiguan vuestra incomparable decision, vuestro heróico valor.... Habeis humillado el orgullo de esa caballería que, confiada en su número, habia hasta aquí ofrecido asilo á las masas enemigas en sus vergonzosas retiradas....

» Uno solo de vuestros batallones ha bastado á repeler y dispersar los escuadrones que en terreno tan ventajoso osaba contener vuestro arrojo, y 300 caballos del ejército real han cargado repetidas veces por más de dos horas y puesto en desórden y dispersion á más de 1.500 de la revolucion usurpadora....

» El terreno ha quedado cubierto de cadáveres de hombres y caballos.... sin pérdida alguna, puede decirse, por nuestra parte.

....

» Aquí ha desaparecido la reputacion y las glorias de tantos de sus caudillos, de los Oráa, San Miguel, Borso, Pardiñas y Van-Halen; de Ayerbe, que acaba de dar la medida de su impotencia en Segura y Montalvan....

» ....Morir mil veces ántes que ceder, ó lo que es lo mismo, *transigir con los enemigos* irreconciliables del

órden social. El dia de la realizacion de nuestros votos se aproxima. Cuento con vuestros heróicos esfuerzos en el de la victoria, como he contado en el del infortunio: con razon contais vosotros con vuestro general y compañero — *El Conde de Morella* (1).»

Si nuestros lectores se fijan en la frase que hemos subrayado, *transigir con los enemigos*, deducirán lógicamente que el Conde de Morella penetraba ya los secretos planes de los verdaderos enemigos de la causa de Cárlos V, de aquellos que se preparaban á *transigir*, que *transigieron* en efecto al poco tiempo.

Prescindamos ahora de estos sucesos, ya que en el capítulo inmediato hemos de explanarlos de otra manera.

Nogueras apénas llegó á tomar posesion del mando del ejército del Centro.

Hallábase enfermo de gravedad al recibir el nombramiento; y como la guerra de Aragon y Valencia, tan im partante, ó más, por aquel entónces como la de las provincias del Norte, requeria una actividad á toda prueba, ya que el ejército isabelino tenia que luchar con otro ejército, cuyos jefes se distinguian por aquella cualidad, tan apreciable en la guerra, Nogueras fué relevado del mando que se le habia confiado, y nombróse en su lugar al mariscal de campo D. Leopoldo O'Donnell, jefe de E. M. del ejército de Espartero, en Navarra.

« Al anunciármelo mis confidentes en la corte—dice Cabrera en su *Diario*—añadian: — Va V. á pelear con un jóven, casi de la misma edad de V.—Dicen que es valiente y que no le faltan conocimientos. Es hermano de otro O'Donnell asesinado en la ciudadela de Barcelona por carlista, de otro que murió en Navarra defendiendo al

(1) *Boletin del Ejército Real*, 22 de Junio.

Rey, y de otro que milita en las mismas filas (1); pero el que va contra V. se ha decidido por la revolucion (2).»

Al mismo tiempo anunciaban los periódicos de Valencia que el ejército del Centro iba á ser reforzado con cuatro batallones y tres escuadrones, para acabar en pocos dias con las atrevidas facciones del Maestrazgo.»

No se desalentó Cabrera: al contrario, después de reconocer detenidamente las fortalezas, hospitales, almacenes, etc., y de efectuar algunas expediciones sus subalternos por diferentes puntos, á fin de procurarse víveres y metálico, y cuyo objeto consiguieron con más ó ménos fortuna,—Cabrera, decimos, se adelantó hácia Lucena; estrechamente bloqueada, para recibir al nuevo jefe isabelino.

Ya el dia 21 de Junio habia sostenido ventajosamente una ligera escaramuza la fuerza del bloqueo, mandada por el coronel Beltran, contra la brigada isabelina que Aznar acaudillaba, perdiendo éste 40 hombres entre muertos y heridos, y aquel dos de los primeros y 25 de los segundos (3).

Pero el 25 del mismo mes, Cabrera, ocupando escogidas posiciones en la fragosa cordillera que rodea á Lucena, preparó la famosa jornada que se conoce en los *Boletines* carlistas con el nombre de *Encerradura de Aznar*.

Salió este jefe de Castellon, al frente de cinco batallones, 400 caballos y una batería rodada con propósito de hacer levantar el bloqueo de Lucena y proteger la reco-

(1) Este último, el menor de los cuatro hermanos, era D. Enrique O'Donnell, muerto en 1869 siendo teniente general de ejército y Diputado constituyente.

(2) Extracto de Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 94.

(3) *Boletin del Ejército Real.*—No hay parte isabelino de esta jornada.

leccion de la cosecha de cereales, que eran segados sin obstáculo alguno por las compañías carlistas destinadas á este objeto.

Entró en Alcora á las diez de la mañana, después de haber evacuado la villa quince compañías de Tortosa, los lanceros del mismo nombre y la compañía de Miñones, cuyas fuerzas, dirigidas por los coroneles Salvador y Palacios y Beltran, se apostaron en excelentes posiciones, en la cordillera de Alcora á Lucena, colocando la caballería en las inmediaciones de las Useras.

Inmediatamente, el cristino cargó con un batallon, seguido de las masas, y sosteniendo un combate en cada altura, una pelea encarnizada en cada cerro que ocupaban los tortosinos, tan acostumbrados á luchas de esta clase.

Por espacio de tres horas continuó esta série de combates, hasta que Cabrera dió órden á sus bravos soldados de replegarse hácia el Mas del Hostalet.

Pasó entónces Aznar con dos batallones, 40 ginetes y cinco piezas de artillería, por el camino de Lucena, avanzando sin detenerse hacia la plaza; pero la fuerza restante de la division isabelina, habiendo retrasado su movimiento, quedó todavía en las posiciones inmediatas á Alcora; entónces el Conde de Morella hace ocupar nuevamente á sus compañías de Tortosa los cerros que ántes poseian, sobre la citada cordillera de Lucena, quedando incomunicada la fuerza isabelina que Aznar habia conducido á la plaza con los otros batallones que permanecian en los alrededores de Alcora; de modo que Aznar, con dos batallones, quedó *encerrado* en Lucena, sin poder salir ni protejer á los suyos, miéntras estos, no atreviéndose á forzar el paso de la sierra, no tuvieron más remedio que abandonar á su jefe y dar la vuelta á Castellon.

Esto es exacto y convienen los dos partes de los generales enemigos.

La diferencia existe en los detalles : miéntras Cabrera afirma que «Aznar tuvo una pérdida de 400 hombres, los mejores de su fuerza, incluso 30 jefes y oficiales, entre ellos dos coroneles, » añadiendo que la suya « consiste en doce muertos, entre ellos un oficial, el bizarro teniente de cazadores del 1.° de Tortosa, D. Matías Irigoyen, y unos 40 heridos, de los cuales solo tres ó cuatro están de gravedad (1),» — la *Gaceta de Madrid* (2), que no publicó *el parte circunstanciado de esta jornada*, asegura que «el general Aznar batió completamente á la faccion en toda la série de posiciones que ocupaba desde Alcora á dicha villa (Lucena), cuya ventaja no ha conseguido sin alguna pérdida, *aunque la del enemigo ha sido mucho mayor* (3).»

Hé aquí, descrita brevemente, la famosa *encerradura de Aznar*.

El resultado glorioso de esta jornada, para el caudillo tortosino, pudo ser aún más terrible para las tropas isabelinas, si la traicion de un cobarde no hubiese frustrado los planes concebidos por Cabrera.

Véase por qué.

Aún no habia tomado O'Donnell el mando en jefe del ejército, cuya suerte corria interinamente bajo la direccion del general Amor : este, al tener noticia del éxito de la expedicion de Aznar sobre Lucena, se puso en movimiento con una fuerte division, aumentada con los tres batallones de la de Aznar y una seccion más de artillería.

---

(1) *Boletin del Ejército Real.*

(2) La del 3 de Julio.

(3) Esta frase es *obligada* en todos los partes isabelinos, referentes á acciones perdidas.—Con razon hemos dicho, ántes de ahora, que *el que no se consuela es un necio.*

Cabrera entre tanto aumentó sus fuerzas con varios batallones aragoneses, atrincheróse, y esperó; mas tuvo la suerte de conocer los proyectos de Amor, por haber interceptado algunos partes; contestólos en cifra, tal como aquellos estaban, y se dispuso á *copar* las dos divisiones enemigas, la de Amor y la de Aznar.

Copiemos el *Diario* del mismo Conde de Morella:

«Proponíame,—dice,—dar á entender á Aznar que desde Castellon subirian á socorrerle, y al efecto simulé un ataque entre Costur y Figueroles, que dirigió el coronel Arnau; mandé romper el fuego de fusilería y disparar dos cañonazos por aquella parte. Aznar recibió cierta comunicacion, en la cual se leia: *al oir V. dos cañonazos, salga de Lucena hácia Ribes-Albes y luego á Onda: este movimiento será protegido llamando al enemigo á una direccion opuesta.*»

Este era el proyecto imaginado por Cabrera á fin de *copar* la columna de Aznar.

Mas frustróse cuando ménos podia esperarse. «Oyó Aznar la señal de los cañonazos,—continúa,—y salió de la plaza; mas cuando yo me complacia en la idea de *copar* su fuerza y la de Amor, uno de mis Ordenanzas, llamado Sabater, se extravió por aquellos senderos, quedándose dormido á caballo miéntras iba á dar un aviso al jefe del 2.º batallon de Valencia; y habiéndole hecho prisionero los milicianos de Lucena en una de sus salidas, y amenazádole de muerte, les dijo que si le salvaban la vida, descubriria un secreto. En efecto, conducido á la presencia de Aznar, manifestó que todo aquel tiroteo era fingido, y que retrocediera inmediatamente si no queria exponerse á una derrota.»

Excusado es decir que la revelacion de este miserable produjo su efecto: Aznar retrocedió y se encerró de nuevo

en la plaza, y Amor, que se hallaba cercano á caer víctima de la misma estratagema, retrocedió tambien hácia Castellon, de donde habia salido, desistiendo de su empeño de avanzar sobre Lucena, forzando el paso de la sierra.

Cabrera, después de referir en su *Diario* estos sucesos, añade enérgicamente:

«Ese cobarde y desleal soldado no supó morir ántes que revelar los secretos de su general. Véase con cuánta facilidad se malogran en la guerra las combinaciones mejor calculadas.»

Y hemos llegado ya al punto de relatar la batalla de Lucena, tan celebrada por las crónicas isabelinas,—como que fué publicada la estupenda noticia en *Gaceta extraordinaria*, y, andando algunos meses, agraciado el jefe de las tropas con el título de Conde.

Y verán tambien nuestros apreciables lectores, si es que han tenido paciencia para seguirnos hasta aquí, que se puede aplicar muy bien á dicho resultado el sabido adagio castellano: *más es el ruido que las nueces.*

Vamos á probarlo, respetando—por supuesto—la memoria del general O'Donnell.

Estaba en Zaragoza este caudillo, indeciso aún sobre el principio que habia de dar á sus operaciones, cuando la fama le llevó la noticia de los sucesos de Lucena.

—Allá voy—se dijo. Y salió inmediatamente de la ciudad heróica para Teruel, Valencia y Castellon.

Era el 15 de Julio cuando emprendia el movimiento hácia Lucena, á la cabeza de once batallones y 900 ginetes, lo mejor del ejército en ámbas armas, escoltando un crecido convoy que habia mandado preparar en socorro de la plaza.

Durante la noche del 15 descansó en Villafamés, y el 16 llegó á Adsaneta.

Cabrera miéntras tanto no habia perdido el tiempo: fortificóse en buenas posiciones y tomó importantes alturas, entre otras las de Soliguer, el Mas de Beltran y Cocí, recibió algunos refuerzos, y supo por diestros confidentes el movimiento del jefe enemigo.

La diferencia, sin embargo, entre las fuerzas de los dos generales era muy notable: el cristino reunia 12.000 infantes y cerca de 1.000 caballos, miéntras el carlista apénas tenia nueve batallones, tres escuadrones y dos piezas de lomo; es decir, escasamente 5.000 hombres—lo cual era ménos de la mitad de la fuerza enemiga.

Es de advertir que los carlistas tenian á retaguardia los dos batallones de Aznar, encerrado aún en la plaza, y la guarnicion de ésta, cuyo total ascendia á 3.000 hombres.

Cuando O'Donnell acampó en las cercanías de Adsaneta, al anochecer del 16, Cabrera, con siete batallones, la caballería y las dos únicas piezas que llevaba, se dirigió hácia Costur y las Useras, en marcha paralela á la del enemigo: tomó posiciones en la cordillera de la derecha y sobre la izquierda del camino, y pernoctó él mismo con la plana mayor en un barranco inmediato, punto avanzado y céntrico de las alturas, á dos horas de la plaza.

En la madrugada del 17 apareció envuelto por el enemigo el 4.° batallon de Valencia, cuyo movimiento mandó efectuar O'Donnell á favor de la oscuridad espantosa que produjo una tormenta durante la noche; advirtiólo Cabrera, desplegó las guerrillas, corrió al punto del peligro y logró que se convirtieran en ofensores los que pocos minutos ántes habian estado expuestos á quedar prisioneros, « y á no ser por un toque de corneta equivocado — dice en el parte,—hubieran quedado en mi poder seis compañías de preferencia. »

Comenzó el fuego con horrendo estampido, durando sin interrupcion por espacio de cuatro horas: atacaron las fuerzas de O'Donnell con arrojo, resistieron denodadamente las carlistas, y sólo cedieron éstas algunas de las alturas que ocupaban, después de reñida pelea en cada una y disputando el terreno palmo á palmo, replegándose al monte Gonzalvo, llano de la línea carlista, donde el Conde de Morella se encontraba.

Este reforzaba la segunda línea, enfilaba sus dos piezas de artillería sobre las dos avenidas del camino y cubria el camino de Adsaneta: aquel preparó un ataque de frente con la division en masa del general Azpíroz y otro por el flanco derecho, dirigido por el brigadier Hoyos, procurando cortar la retirada.

Brioso fué el ataque y brillante la resistencia: los batallones cristinos, despreciando el nutrido fuego de la infantería y el estrago de las granadas, avanzaron imponentes hasta coronar las alturas del monte, que no abandonaron los carlistas sino después de disputarlas encarnizadamente.

De tal manera se batian éstos, que apénas O'Donnell adelantaba por aquel escabrosísimo terreno, azotadas sus tropas por una lluvia de balas: y hé aquí por qué, decidido á todo trance á desalojar al enemigo y socorrer á Lucena, cargó atrevidamente á la carrera, con toda la division de reserva, apoyada en otras dos masas de infantería y caballería, sobre la última posicion que sostenia el general Cabrera, avanzando primero con ímpetu, cediendo luego, y contramarchando al fin ante el vivo fuego de fusilería y cañon que asestaban los carlistas contra el costado derecho: este ataque postrero, mandado por el brigadier Schelly, y resistido tan bizarramente por el jefe realista, agotó las municiones de éste y dió fin al combate de Lucena.

Y aquí empieza nuestra confusion.

Ambos jefes se atribuyen la victoria, y ámbos lo comunican así en sus partes.

Decia el carlista:

«.... Falto absolutamente de cartuchos, mandé mi retirada sostenido á paso de camino por mis guerrillas escalonadas; y situando á las valientes tropas de S. M. en los puntos convenientes, á tiro de cañon y á la vista de todo el ejército contrario, dispuse la cura y traslacion de los heridos á Chodos, y quedamos en el campo durante la noche, de la que, favorecidos los enemigos y sin ser apercibidos, *se retiraron á Castellon*, siendo tan precipitado y confuso su paso por Alcora, que una compañía del 1.° de Tortosa que se hallaba destacada en la ermita de San Cristóbal para observar sus movimientos, bajó al pueblo, les hizo tres prisioneros y les ocupó algunas caballerías (1).»

Y decia por su parte el jóven general cristino:

«Queda humillado el orgullo de Cabrera, *batida toda la faccion de estas provincias*, y, lo que me es aún más grato, en libertad los dos batallones de infantería, y los 40 caballos y cinco piezas de montaña, que con el general Aznar se hallaban encerrados, y ya casi sin víveres. Esta noche camparán las tropas en las mismas últimas posiciones que ganaron (2).»

En verdad que no sabemos decidir en vista de dos partes tan contrarios.

Desde luego se echa de ver una exageracion notable en el de O'Donnell, cuando dice que *fué batida toda la fac-*

(1) *Boletin del Ejército Real.* (Suplemento al de 1.° de Agosto de 1839).

(2) *Gaceta de Madrid* (extraordinaria), 23 de Julio.

cion de aquellas provincias: escasamente se hallaban al frente de Lucena 5.000 combatientes, como ya hemos dicho, y sostuvieron una sangrienta pelea de DOCE HORAS contra fuerzas más que duplicadas.

Y si es verdad, como el caudillo carlista asegura, que O'Donnell solamente consiguió abastecer á Lucena, introduciendo en la plaza el crecido convoy de 1.000 acémilas que desde Castellon conducia, retirándose en seguida á este punto con la fuerza *encerrada* del general Aznar (la cual se le incorporó inmediatamente),—permítasenos creer que la victoria tan decantada de Lucena apénas queda reducida á muy vulgares proporciones.

Por lo demás, las notas de ámbos jefes referentes á las pérdidas obtenidas, demuestran á la vez este nuestro aserto.

«La pérdida del enemigo—dice Cabrera—ha sido de 150 muertos, sobre 500 heridos, muchos oficiales, entre ellos el coronel del 6.° Ligeros (1) y 20 prisioneros. La nuestra sólo es de siete voluntarios muertos, y 114 heridos, entre ellos el coronel jefe de la brigada de Tortosa, D. Manuel Salvador y Palacios, y el comandante del 6.° de Aragon, D. José Arnalet, que pronto se hallarán restablecidos (2).»

O'Donnell, *que no menciona la pérdida de las tropas carlistas*, dice:

»... Estoy muy satisfecho de la inteligencia, celo y valor que han desplegado los señores generales, jefes y oficiales: vários (jefes y oficiales, por supuesto) han acreditado estas cualidades derramando su sangre, y calculo

---

(1) El coronel de caballería D. Cárlos Oxholm, citado várias veces en las páginas anteriores.

(2) *Boletin* ya citado.

que en la totalidad mi pérdida será de unos 200 hombres fuera de combate (1).»

Unicamente en el parte detallado (2) de esta jornada, sin fijar el número de las bajas del enemigo, afirma «que fueron excesivamente superiores á las de las tropas leales (cristinos).»

En fin, los carlistas creyeron que les habia sido favorable este combate, y anunciaron su resultado en un *Suplemento* al *Boletin del Ejército*; y los cristinos, que le juzgaron beneficioso para las armas, publicáronlo inmediatamente en *Gaceta extraordinaria*.—Indudablemente que éstos obraban con mucho tacto, puesto que todos los constitucionales de España, incluso el Gobierno de Madrid, estaban anhelantes por conocer el éxito de los primeros pasos de O'Donnell al frente del ejército del Centro, cuyo desaliento, con los reveses de Van-Halen y el inolvidable desastre de Maella, habia llegado á su colmo, y hacia presagiar desdichas todavía mayores.

Y esto no lo decimos nosotros: mejor dicho, referimos la opinion y las palabras de uno de los oficiales del mismo ejército, amigo particular del autor de esta obra, y cuyo oficial se encontró asímismo en el combate de Lucena.

Verdad es tambien que el título de Conde que, andando el tiempo, fué concedido al general O'Donnell, con la denominacion de la jornada que acabamos de describir, más fué debido á servicios de *otro género*—que nada nos importan actualmente—que al mérito conseguido en aquella.

Si pudiese hablar por nosotros la ciudadela de Pamplo-

---

(1) *Gaceta de Madrid* (extraordinaria) del 23 de Julio.

(2) *Gaceta de Madrid* del 1.° de Agosto.—Era el primer parte de O'Donnell como general en jefe del ejército del Centro, y ya apelaba á los *recursos* de sus antecesores en el mando.

na, quizás referiria á los lectores de esta obra los secretos de aquel título nobiliario—y algo más.

Pero esto no hace al caso, y proseguimos.

¿Para qué hacer una relacion detallada de las escaramuzas parciales sostenidas en esta época por los subalternos del Conde de Morella ?—Pierden toda la importancia delante de los grandes sucesos que hemos descrito, y otros más grandes que describirémos aún; por eso los citarémos brevemente.

El oficial Guillama (D. Vicente) sorprendió en la ermita de Santa Bárbara, cerca de Albalate, á una partida carlista de 20 peones, y la rindió prisionera.

El brigadier Mir sorprendió igualmente á la fuerza bloqueadora de esta plaza, capitaneados por el comandante Bayot, «quien fué engañado por su confidente»—segun el parte carlista—(1) quedando prisionero dicho comandante, dos capitanes, cinco subalternos, 138 soldados, no sin haber sostenido un recio choque con la fuerza cristina.

El coronel La Coba, con el 4.° de Valencia, hizo una rápida excursion por la provincia de Teruel, llegando hasta los muros de esta plaza, y arrebató 400 cabezas de ganado vacuno, que fueron conducidas á Morella.

El comandante Bosque, que sostenia por órden de Cabrera el bloqueo de Alcañiz, hostilizaba de contínuo á la plaza y trababa diariamente reñidas luchas con los milicianos que componian la guarnicion.

El mismo comandante Bosque sorprendió en Chiprana á 100 ginetes isabelinos, del regimiento del Rey y milicianos de Caspe, haciendo dos muertos y 40 prisioneros.

El coronel Arévalo ocupó el pueblo de Confrentes, sos-

---

(1) *Boletin del Ejército Real.*



teniendo un rudo ataque con los milicianos de la villa, encerrados en el fuerte, y retirándose despues de dos horas de vivo fuego, «dejando tres muertos y tres prisioneros — segun la *Gaceta* (1) — con más de 20 heridos que se llevaron, teniendo los nacionales un muerto y un herido»; ó — como afirma el parte carlista (2) — «apoderándose de 40 fusiles y 100 escopetas, sin más pérdida que un oficial y dos guias, consistiendo la del enemigo en un muerto y várias heridos.»

El bravo Forcadell sostuvo rudo combate con una columna de Teruel en 19 de Julio, «teniendo ésta más de 30 bajas, y aquel dos muertos y cuatro heridos» ó — segun el parte isabelino (3) — «quedando heridos 12 cristinos y siendo mayor la pérdida del carlista.»

Los nacionales de Vinaroz, «á beneficio de una marcha rápida y de la oscuridad de la noche (del 20 de Julio) — como quiere la *Gaceta* (4) — incendiaron un buque de sesenta piés de quilla, preparado por Calderó para votarse al mar» y huyendo aquellos inmediatamente que la partida de este audaz marino se puso sobre las armas para perseguirlos, y encerrándose inmediatamente en la plaza.

Por último (para concluir con esta breve reseña de parciales escaramuzas), la division del Túria preparó una emboscada á los milicianos de Cheste que no surtió el efecto apetecido.—Escondiéronse los carlistas en el olivar inmediato á la poblacion, y destacó su jefe una compañía, para que acercándose á aquella, aparentase huir y se refugiase en los olivos, «para engolfar á los peseteros en la retirada — dice el parte carlista — y atraerles: con efecto,

(1) La del 17 de Julio.
(2) *Boletin del Ejército Real* (suplemento al de 1.° de Agosto.)
(3) Véase la *Gaceta de Madrid* de 30 de Julio.
(4) *Gaceta de Madrid*, extraordinaria de 22 de Julio.

así se verificó, y aunque no del todo pudo conseguirse el objeto.... aún tuvo lugar el escuadron de darles una carga, acuchillar á unos 20, causarles bastantes heridos y dispersar á los demás,» —teniendo solamente cuatro heridos de bala.

La *Gaceta* (1) dice que fué cargada la compañía de milicianos de Cheste por 130 caballos, pereciendo cinco nacionales y no sabiendo el paradero de otros tres.... Murieron tambien cinco carlistas—añade el parte—y los rastros de sangre indicaban haberse llevado vários heridos.»

Miéntras tanto, Cabrera y O'Donnell se aprestaban á reñidas peleas.

Como dice un cronista—si éste se disponia á resuelta y vigorosa ofensiva, aquel redoblaba su empeño para burlar los planes del activo competidor.

Eran dos bravos rivales, dignos uno de otro, y que se oponian mútuamente la astucia á la astucia, la movilidad á la movilidad, la constancia á la constancia.

El carlista seguia construyendo fortificaciones en los límites de su territorio.

Flix, Mora de Ebro, Castel-Favit, Torre de Castro, Beteta, Villarluengo, Culla y Ares, se vieron en pocos dias con medios bastantes para oponer resistencia.

Pero O'Donnell tenia el designio de apoderarse de Tales, pueblo de la provincia de Castellon, situado en las cercanías de esta capital y una legua de Onda, villa fortificada por Van-Halen, que encerraba por lo tanto guarnicion cristina.

Aquí debia sufrir un desastre el ejército del Conde de Morella.

Tales, apénas tenia un ruinoso castillo morisco, una

(1) Del 27 de Julio.

torre cuadrada de antigua construccion, y otra torre circular aislada que se unia con aquellas defensas á favor de un camino cubierto.

Preciso era, pues, reparar estas viejas fortificaciones y construir algunas otras obras.

Cabrera habia previsto esta necesidad y encargó anticipadamente al comandante de infantería D. Pedro Villanueva que dirigiese aquellas; mas debió quedar poco satisfecho—dice un historiador—del estado de las obras nuevas, cuando le significó muy duramente su desagrado, diciéndole, después de haberlas inspeccionado:

—Señor comandante, las obras no me inspiran confianza: usted ha cumplido mal mis órdenes y sus ofrecimientos.... y tenga entendido que si guardo recompensas para los que las merecen, tambien reservo castigos para los que no cumplan con sus deberes (1).

Seca reprimenda que precedió á un sumario de funesto desenlace.

O'Donnell, como hemos dicho, se encaminaba á Tales, resuelto á arrasar la fortaleza: seguíanle tres divisiones mandadas por el general Azpíroz y los brigadieres Hoyos y Schelly, llegando á la vista de la plaza en las primeras horas de la mañana del 1.° de Agosto.

Cabrera contaba 3.000 hombres de infantería, un escuadron, dos morteretes y un obus, al paso que las tropas de O'Donnell se elevaban—segun el parte carlista—á 14 batallones, 1.000 ginetes y 20 piezas de artillería de diferentes calibres.

La guarnicion de la plaza consistia en 14 granaderos de Valencia en el torreon y 40 soldados en el castillo, mandados por el comandante M. Teilles, realista frances.

(1) Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 119.

Comenzó el sitio el mismo dia 1.° al romper el alba, y continuó sin interrupcion hasta el 14: la columna de cazadores isabelinos, dirigida por Azpíroz, desalojó de sus posiciones á algunas compañías carlistas que ocupaban las alturas de la derecha, inmediatas á la plaza y á los fuertes, no sin que aquellas opusiesen resistencia, picando la retaguardia cristina, con pérdida para ésta de dos muertos y 21 heridos.

Construyeron los cristinos un camino para la artillería de brecha y un reducto en el centro de la línea avanzada del campamento, y quedó fijada una batería, con tres gruesas piezas, «á más distancia de lo que era de desear—dice el parte de O'Donnell (1)—porque no es posible darle otra colocacion,» en la tarde del 2, sin que los enemigos hostilizaran el campo cristino.

A las tres de la tarde del siguiente dia atacaron Cabrera y Forcadell el frente de la línea, defendiéndola el brigadier Hoyos hasta rechazar á aquellos, no sin pérdida de cuatro oficiales y 60 soldados heridos.

Por último, «el dia 15,—dice otro conciso parte de O'Donnell (2),—después de haber batido á Cabrera y tomado el castillo y fuertes de Tales, se concluyeron los trabajos para la voladura, y á las seis de la mañana del 16 tuvo efecto esa operacion, quedando enteramente reducido á escombros. El caudillo rebelde, con su gente, presenció la operacion, mas sin incomodar nuestro campo.»

Hasta aquí, los dos lacónicos partes del general O'Donnell, á quien le agradaba, por lo visto, la concision en los documentos oficiales.

Mas el parte carlista es tan notable, que por lo mismo,

---

(1) *Gaceta de Madrid*, 10 de Agosto.
(2) *Gaceta de Madrid*, 21 de Agosto.

con el objeto de copiarle casi íntegro, le hemos dejado para el último lugar.

Después de decir Cabrera que los sitiadores rompieron el fuego con várias piezas, aumentándolas luego con seis más de á 24, 18, 16 y 12, y cuatro morteros y obuses, añade:

«Seguramente que en los fastos militares de las naciones que conocen el arte de la guerra, no se habrá visto un hecho más ridículo.... porque, prescindiendo ya de la insignificancia del punto atacado, y de la nulidad á que debian de reducirse los resultados, se ha emprendido batir un fuerte, sin sitio ni bloqueo, con las fuerzas enemigas intermedias, haciendo todos los disparos por encima de nuestras cabezas, sin tomar préviamente nuestras posiciones para utilizar la brecha en el caso de que fuera practicable, gastando inútilmente miles de proyectiles para no llegar á abrirla en tapias que en dos horas podian ser derribadas.

»En fin, hemos visto un sitio en que las fuerzas de la plaza han podido estar constantemente abiertas y la guarnicion de ordinario fuera del recinto.» (1)

En verdad que no deja de ser extraña semejante manera de preparar la rendicion de un fuerte, haciendo caso omiso de las numerosas fuerzas enemigas que se hallan interpuestas entre éste y los cañones de los sitiadores.

Profanos somos en el arte de la guerra, más figúrasenos—respetando siempre la memoria del Duque de Tetuan—que más óbvio y hasta más noble parecia presentar batalla franca al enemigo y, ó vencerle y acometer el sitio de la plaza, ó ser vencido y huir á encerrarse dentro de las murallas de Castellon y Onda.

(1) *Boletin del Ejército Real*; parte fechado en Tales á 16 de Agosto.

«....Se han contrarestado—prosigue el Conde de Morella—por espacio de *trece* dias los esfuerzos de los enemigos, que del 7 al 13 lanzaron contra nuestros fuertes y campamentos cerca de 3.000 proyectiles, sin otro resultado que servir de entretenimiento y proveernos de balas de cañon, que necesitaba, y que los voluntarios se apresuraban á recoger. Sólo cinco muertos y heridos hemos tenido en los siete dias últimos:...

» Al amanecer del 14 aparecieron las alturas de Suera, á retaguardia de nuestras posiciones, ocupadas por tres de sus batallones con dos obuses.... Fácil fué con esto al enemigo envolver las de la izquierda nuestra y ocupar en seguida el pueblo de Tales, mas no lo logró á poca costa..... »

Refiere aquí extensamente el Conde de Morella las diferentes escaramuzas sostenidas por una y otra fuerza en la sierra citada y en las vertientes y barrancos que rodean las alturas inmediatas, asegurando que «la pérdida del enemigo era horrorosa á cada paso que adelantaba,» y luego continúa:

«Habia prevenido al comandante que estaba en el torreon y al capitan que mandaba la guarnicion de los fuertes, que bajo la responsabilidad más estrecha los defendiesen á toda costa en caso de asalto, seguros de ser protegidos. Así me lo ofrecieron, però el comandante indicado (1) lo abandonó cobardemente á cosa de las ocho de la mañana sin disparar un tiro, ántes de llegar el enemigo á sus inmediaciones, y sin hacer prevencion alguna á los 14 hombres que tenia á sus órdenes, desamparándose así por éstos el punto, que de este modo cayó en poder del enemigo.

(1) El ya citado D. Pedro Villanueva.

»Orgulloso con un triunfo obtenido sin esperarlo, intentó avanzar á apoderarse de la Peña Negra; mas tenía que vencer ántes el denuedo del 2.° batallon de Tortosa y el 4.° de Valencia, y con sangre se apagó su ardor.... quedando sus avenidas cubiertas de cadáveres.

»A la tarde empezó el enemigo á vacilar en los parapetos que habia formado en la Peña del Aguila, y una arrojada carga de algunas compañías del 1.° y 3.° de Tortosa, 1.° de Mora, y la de Miñones, los pusieron en tan vergonzosa fuga, que á medio cuarto de hora de distancia se veian correr, envueltos, oficiales y soldados, perdiendo las puntales de dicha Peña, que no pudieron ya recobrar....

»Al mismo tiempo, el 2.° de Tortosa arrojó con su decision acostumbrada á los que ocupaban un punto algo avanzado al terreno, cogiendo algunos prisioneros y bastantes fusiles de los que huian....; el enemigo sufrió considerable pérdida de muertos y heridos. Así terminó el fuego con el dia, durando desde el amanecer hasta las siete de la tarde....»

Para concluir dirémos, que los fuertes de la plaza fueron tambien abandonados por sus defensores (40 soldados) durante la noche del 14, sin disparar un tiro, y sin que el Conde de Morella supiese la verdadera causa,—segun dice el parte.

Tal fué el sitio y tal la toma de Tales, que no honró mucho, se nos figura, al decantado valor y pericia del general O'Donnell.

Al anochecer del 15 fueron voladas las fortificaciones con horrendo estampido, y en seguida emprendieron los cristinos la retirada á Onda, no sin sufrir los certeros disparos de un obus que Cabrera hizo colocar en las alturas que dominaban el camino.

Perplejos nos vemos ahora, como es costumbre, para dar noticia exacta de las pérdidas de una y otra parte, teniendo que limitarnos á ofrecer á nuestros lectores extractos de los documentos oficiales, tan contradictorios comunmente en lo que se refiere á estos detalles, y que no lo son ménos en la ocasion presente.

El parte carlista dice:

«Nuestra pérdida no llega á 60 muertos, inclusos los que han fallecido fuera del campo de resultas de heridas graves, entre ellos un capitan y dos subalternos, y unos 200 heridos, entre ellos seis oficiales. En todo el dia de la accion puede calcularse sin exageracion en más de 1.000 heridos enemigos.... además de cerca de 200 muertos que se han reconocido en el campo; y desde el dia 1.° hasta el 15 su baja total no es menor de 1.300 hombres fuera de combate.»

Los periódicos oficiales del Gobierno de Madrid, para dar mayor realce á la jornada de Tales, dijeron al principio:

«Cabrera tuvo más de 700 bajas, y las de O'Donnel pasaron de 300 (1).»

Y esta es una manera muy cómoda de salir de apuros sin faltar á la verdad: las bajas pasaron de 300,—decian; cierto: lo mismo pudieron ser 301 que 3.000, y O'Donnell habria remitido un parte exacto—en este punto.

Acaso luego, escuchando por todas partes el Gobierno los lamentos de las familias de los que perecieron delante de Tales, no pudo ocultar por más tiempo la significacion sangrienta de semejante victoria, y dijo en otra *Gaceta* (2):

---

(1) *Gaceta de Madrid*, 24 de Agosto. ¡Milagro que no salió la *extraordinaria*!

(2) En la del 5 de Setiembre.—¡Ya no habia peligro en confesarlo! —La traicion de Vergara estaba hecha.

Pérdida de los cristinos al frente de Tales, desde el 1.° al 14 de Agosto:

	Jefes.	Oficiales.	Soldados.	
Muertos...........	"	10	68	715 bajas.
Heridos...........	"	31	472	
Contusos..........	2	9	123	
Totales......	2	50	663	

Con razon dijo entónces un periódico constitucional:

«Cabrera, dicen que ha tenido 700 bajas, y nosotros contamos 715. *Algunas* ménos serán las de aquel y *bastantes* más las nuestras, si se tiene en cuenta que estos datos proceden del cuartel general del ejército del Centro.

»Y ¿para qué?—Para tomar unos débiles torreones que después fueron volados por nosotros mismos.

»Pues con muchas victorias como ésta, bien pronto nos quedarémos sin soldados, y convertida la pátria en humeantes y ennegrecidos montones de ruinas.»

Lo cierto es que la *victoria* de Tales, que desde entónces salió á relucir en todas las proclamas, arengas, ordenes generales, etc., de los jefes isabelinos, como hasta allí salian fijamente los *inmortales* nombres de Chiva y Arcos de la Cantera, quedó, como tantas otras, reducida á proporciones muy diminutas,—si se pudiese prescindir de la generosa sangre de españoles que corrió con abundancia tan sensible.

Por lo demás, hasta los historiadores ménos afectos al caudillo de Morella, convienen en señalar doble número de bajas á las tropas isabelinas:

«.... Las tropas de la Reina — dice uno de estos — pasaron á situarse en Onda, sin ser molestadas por los carlistas, que se ocuparon en enviar sus heridos á Montan y dirigirse hacia Alcublas, *sintiendo la pérdida de* 400 *hombres* que habian tenido en los ataques sostenidos durante catorce dias.

»Cabrera, arrojado como siempre, se presentaba en lo más fuerte de la pelea: dos veces le hirieron el caballo que montaba, sin que esto bastase á hacerle más cauto, y *sus empeños en la defensa de Tales fueron tambien terribles á las tropas de la Reina, pues en las sangrientas lides para apoderarse de los puntos fortificados perdieron* 800 *hombres* (1).»

Como se vé, las jornadas de Tales fueron bien dolorosas para los *vencedores*.

No podemos resistir al deseo de señalar un hecho heróico acaecido en el combate del 14.

El comandante del 1.º de Tortosa, D. Hermenegildo Ceballos (2), ocupaba una pequeña altura con la compañía de granaderos y se sostenia contra una fuerza enemiga muy superior en número, habiendo perdido ya 2 oficiales y 18 soldados.

De repente advierte que se aproximan dos nuevos batallones cristinos, con intencion de cargar á la bayoneta y desalojarla del punto que defendia: conoce que es inútil la muerte de todos aquellos valientes é imposible la resistencia, y se prepara á retirar con órden.

Mas de repente oye detrás de sí la voz de Cabrera que gritaba con bronco acento:

---

(1) Calvo y Rochina, *Historia*, pág. 432.

(2) Este Sr. Ceballos, y su hermano D. Vicente, se hallan actualmente en Vevey, sirviendo al augusto príncipe D. Cárlos de Borbon y de Este. El primero ha desempeñado, cerca del jóven monarca, el alto cargo de *secretario militar*.

—Á ellos! á ellos! No os retireis, no seais cobardes!

Cabrera estaba allí, el valeroso caudillo, el génio audaz de los combates, siempre el primero en la lucha, el primero en el puesto del peligro, dispuesto á morir cien veces, si cien vidas él tuviera, por la causa de su Rey y Señor.

Ebrio de saña, arrojando miradas de fuego y balbuceando apénas algunas frases de audacia, como si el ardor de su seno estallara, parecia un frenético acometido de vértigos de ira.

Sin espada, con la boina en una mano, coge piedras y lánzalas contra las tropas enemigas que se acercaban á la carrera.

—No huyais, granaderos — gritaba á los suyos — no huyais, que aquí estoy yo para daros el triunfo ó para morir con vosotros en el sitio del honor.

Y volviéndose luego á los enemigos, que bien cerca se veian:

—Subid — les gritaba — subid aquí, cobardes; subid, que somos pocos y esperamos.

Era aquello un pugilato de bravura, de que ofrecen pocos ejemplos los anales de las guerras.

Mejor dicho: era una temeridad inaudita, disculpable en un general como Cabrera, cuya ardiente sangre y ánimo entusiasta le hacía descender á veces hasta las filas del voluntario, en lo más récio de la pelea, olvidándose del baston de mando.

Mas no podia durar mucho: las balas hasta entónces le habian respetado — continuaba siendo el hijo predilecto de la fortuna — pero las distancias se estrechaban y los batallones enemigos amenazaron envolver la colina con un movimiento rápido.

Inminente era el peligro de caer prisioneros, ya que no

de morir acribillados á balazos: y sin embargo, ni uno solo de los granaderos habia retrocedido: todos, y á su frente el bravo Ceballos, rodeaban al jóven caudillo, quizá admirados de tanto arrojo, ó asustados de temeridad tan grande.

En vano aquél le reconvenia, en vano le hacía conocer el inminente peligro en que estaba, en vano le hizo presente que de su existencia preciosa dependia la suerte del combate, quizá la suerte del ejército carlista de Aragon y Valencia.

Cabrera no le veia ni le oia; estaba ciego de furor y sordo de coraje, y continuaba arrojando piedras al enemigo y gritando con ronco acento:

— A ellos! A ellos!...

Ceballos tomó entónces una resolucion heróica.

Acércase á su general, cógele por la cintura, da la voz de retirada á sus granaderos, y corren todos, y él con su carga, á una altura inmediata, bastante alejados ya del sitio del peligro.

El Conde de Morella, al sentirse arrebatar en el aire por el hercúleo comandante del 1.° de Tortosa, gritaba frenéticamente, golpeaba á su salvador y le espoleaba con dureza, haciendo esfuerzos desesperados para librarse de los brazos de hierro que le oprimian.

Pero todo fué inútil: Ceballos condujo felizmente al general hasta el punto designado de antemano, entre las aclamaciones entusiastas de sus soldados, y la admiracion de los batallones enemigos.

A este heróico episodio (1), digno de las fabulosas proezas de los antiguos Troyanos, sucedió otro no ménos

(1) Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 121 y siguientes.

digno de narrarse, que parecia renovar en las filas carlistas las caballerescas hazañas de la Edad-Media.

Llegó á la altura, en aquellos instantes supremos, el bravo ayudante de campo D. José Bárcia: apeóse de su fogoso caballo, hizo montar al general, y obligóle á huir del sitio del peligro, clamando con generoso acento:

— ¡Salvaos, mi general, que el ejército se pierde si vos os perdeis!

El Conde de Morella, estrechando la mano de aquel valiente, monta en el fogoso bruto, lánzale al galope y se dirige hácia las masas de sus tropas, á fin de ordenar la retirada en formacion correcta.

Mas en aquel instante mismo resuena una terrible descarga de fusilería y cruza una lluvia de balas por el lugar donde se ejecutaba la caballeresca escena; el ayudante Bárcia cae gravemente herido y queda en poder de los cristinos, que ganan en seguida las alturas.

Bien pronto, no obstante, fué rescatado el nobilísimo y leal caballero.

Hé aquí dos brillantes hazañas dignas de conmemorarse en mármoles y de ser esculpidas en bronce para loor de sus autores.

Cabrera recuerda ámbas escenas en sus *Memorias*, y dice sobre la primera:

« Ceballos, jefe membrudo, valiente y, á la manera que todos los indivíduos de mi ejército, dispuesto á dar su vida por la mia, como yo por ellos, me arrancó del peligro, conduciéndome en brazos hasta una altura inmediata (1). »

En la relacion del combate de Tales que publicó el periódico oficial de Madrid, hemos visto que se pone á For-

(1) *Memorias* de Cabrera. — Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 123.

cadell al lado de Cabrera: y más adelante el mismo diario indicaba que aquel jefe habia sido herido de gravedad en la pelea y trasladado al hospital de Ayodar.

Ambos extremos son falsos: Forcadell operaba en las comarcas de Aragon y Valencia, ejecutando por aquel entónces una atrevida expedicion, en la cual recogió ópimos frutos. Ni se halló en el sitio de Tales, ni ménos fué herido (1).

« Los muertos que vos matais
gozan de buena salud. »

Pero si efectivamente consideraron los cristinos la toma de Tales como una señalada victoria, escaso tiempo tuvieron para saborear su triunfo: ántes habia recibido O'Donnell un parte que le anunciaba el desastre de Chulilla, y á los pocos dias tuvo lugar el de Carboneras—comparable sólo con las jornadas de Bañon ó Ulldecona.

La columna cristina de la *Ribera*, llamada así porque hacía teatro de sus operaciones los campos inmediatos al Guadalaviar y Júcar, al mando del coronel D. José María Ortiz, y compuesta de tres batallones, 150 ginetes y tres piezas de montaña, aumentada con seis compañías del primer batallon de Córdoba, emprendió movimiento sobre Chulilla, con objeto de destruir la fortificacion carlista, levantada en poco tiempo por el coronel Arévalo.

Este distinguido jefe, con once compañías mal armadas y 100 caballos, ocupaba el pueblo y el castillo, protegiendo las obras de fortificacion que se estaban ejecutando.

A las ocho de la mañana del 2 (2) de Agosto llegó la

(1) *Gaceta de Madrid*, 10 de Agosto y 24 del mismo mes.

(2) Calvo y Rochina dice que este combate tuvo lugar el dia 1.º, pero no es cierto: los partes carlistas é isabelinos están conformes en asegurar que fué el 2.



brigada isabelina, después de una marcha de nueve leguas, delante de la plaza, y comenzó el ataque bravamente por una y otra parte: á pesar del vivo fuego del enemigo, las tropas cristinas avanzaron con resolucion hasta el pié de la altura sobre la cual se levantaba el castillo, con ánimo de escalarla y llevar adelante el asalto; pero los escasos carlistas que le defendian redoblaron sus esfuerzos é hicieron retroceder á los atrevidos enemigos.

Otra vez con más ahinco volvieron á la pelea y llegaron hasta el mismo punto, siendo rechazados nuevamente; «mas cuando fué necesario dar una carga decidida con la caballería—dice el parte cristino (1) — parece que el escuadron franco, en vez de avanzar, volvió atrás (2), atropellando é introduciendo el desórden en la infantería.»

Desde este momento, aprovechado perfectamente por el intrépido Arévalo para dar una impetuosa carga que sembró el pánico y completó la dispersion de los asustados isabelinos, ya no hubo combate: éstos, en grupos más ó ménos numerosos, ó caian en poder de la caballería carlista, ó huian desalentados hácia Liria, siguiendo los pasos de los ginetes fugitivos.

«Creo exceden de 800 prisioneros los que ya existen en mi póder — escribia Arévalo al Conde de Morella (3)— entre ellos muchos oficiales; y entre los muchos cadáveres que quedan en el campo parece ser uno el del coronel de

---

(1) No fué publicado en la *Gaceta* (es claro!) pero existe en el archivo de Guerra.

(2) Ah! valientes peseteros!

(3) *Boletin del Ejército Real*, 6 de Agosto.—Calvo y Rochina dice que ayudaron en este combate á Arévalo las tropas de Forcadell (página 430.)— En qué quedamos? ¿Estuvo Forcadell en el sitio de Tales ó en Chulilla? ¿Cuándo se pondrán de acuerdo consigo mismos estos *historiadores*?

Santiago. Pasan de 1.000 fusiles los ya reunidos, 20 cajas de guerra, algunas cornetas, diez cargas de municiones, etc., etc. »

Tan brillante para las armas carlistas fué el triunfo de Chulilla, que apénas entraron en Liria 1.000 peones isabelinos siguiendo al coronel Ortiz.

A los pocos dias ocurrió el desastre de Carboneras.

O'Donnell, después de la destruccion de Tales, pasó á Murviedro y á Valencia; Cabrera, habiendo dado licencia por tres dias á sus bravos de Tortosa y Mora para *mudarse la camisa*, se dirigió á visitar detenidamente los fuertes de la línea del Túria.

Llegó al castillo de Alpuente y supo que la division isabelina de la provincia de Cuenca amagaba un ataque á las fortalezas de Cañete y Castell-Favit, á juzgar por la insistencia con que recorria aquellas inmediaciones: Cabrera se decidió á atacarla.

Como no tenia bastantes fuerzas por aquel entónces, mandó á su ayudante de campo, el jóven coronel D. Ramon Ojeda, que pasase á Aragon en busca de tropas: efectivamente, tres dias después volvia Ojeda á Alpuente con cuatro batallones y dos escuadrones al mando del coronel Polo y Muñoz, al mismo tiempo que tambien se unian á Cabrera algunas otras fuerzas de ámbas armas, capitaneadas por Forcadell y Balmaseda.

Descansaron las rendidas tropas, que habian hecho en tres dias una rápida marcha de *cuarenta leguas*, y el 30 de Agosto salieron para Alcolea del Pinar, donde creian que se hallaba la division cristina: no era esto exacto, pues estaba acantonada en el pueblo de Carboneras, perteneciente á la provincia de Cuenca, y situado en una pequeña altura en el centro de un llano.

A las tres de la madrugada del 31 se pusieron en mo-

vimiento hácia el pueblo citado, por el órden siguiente:

Cabrera, á vanguardia, con la compañía de Miñones y los Ordenanzas;

Forcadell, en el centro, con el batallon de Guias, los 4.°, 5.° y 6.° de Aragon, 2.° de Mora y 1.° de Valencia;

Balmaseda, á retaguardia, con dos escuadrones de Aragon, uno de Valencia y otro de Toledo—procedente este último de las partidas sueltas que, por órden del Rey, habia recogido Cabrera en los montes de Toledo—y los húsares de Ontoría.

Conducíanse tambien en el centro dos piezas de montaña y un morterete de siete pulgadas.

El enemigo, situado en Carboneras y Reillo, pueblos contiguos, constituia una fuerza de 3.000 peones y más de 200 ginetes: en el primer punto estaban los batallones del Rey y de Ecija y 150 caballos del 5.° Ligero; en el segundo punto se hallaba un batallon de la Reina Gobernadora y 60 ginetes.

Cabrera, al llegar á las cercanías del pueblo, mandó hacer alto á las tropas.

Lo primero que hizo fué reconocer el terreno y la situacion de la columna enemiga: después formó los batallones, revistólos, les hizo una entusiasta arenga y aseguró que, con la ayuda de Dios, alcanzarian en breve una señalada victoria:—«Hoy es San Ramon—añadió,—y nos protejerá mi patrono (1).»

En seguida ordenó las columnas para el ataque de esta manera:

El mismo, con sus Miñones, Ordenanzas y el batallon

(1) Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 132—Copiado de las *Memorias* del Conde de Morella.



de Guias, sorprenderia en un momento dado las avanzadas cristinas y la guardia de prevencion;

A Polo le ordenó que avanzase á la carrera, y salvase todos los obstáculos, en el instante de comenzar la pelea;

A Forcadell le previno que, con dos batallones y 100 ginetes, saliese á derrotar á la mitad de la columna cristina que estaba acantonada en Reillo;

Y, por último, á Balmaseda, con tres escuadrones y los húsares de Ontoría, lo mandó situarse en punto conveniente para que los sitiados de Carboneras pudieran reunirse con los de Reillo: — disposiciones todas que prueban la habilidad del general que las dictara.

El éxito del combate dependia indudablemente de la suerte que alcanzase en Reillo la columna de Forcadell: si vencia, el triunfo sobre Carboneras era seguro; si no vencia, el pánico se derramaria por las filas de los sitiadores de este pueblo y quizás la fuga sería el menor de los sucesos que pudiera sobrevenir á las tropas de Cabrera, Polo y Balmaseda.

Por eso la ansiedad era grande al comenzar la pelea.

Sin embargo, oyéronse los primeros tiros y «el ayudante de campo, Ojeda, jóven alegre y sereno, dijo á Cabrera:

— Mi general, ya hacen el saludo á V. E. y le felicitan en su dia.

— Gracias, amigo — contestóle, — pero no estoy ahora para bromas: la que corremos es muy pesada. Aquí no gastan la pólvora en salvas: aquí apuntan bien y disparan con bala, pues una me ha rozado la boina. (1).»

En efecto: los batallones del Rey y el provincial de

(1) *Boletin del Ejército Real*, núm. 59. — Palabras textuales de Cabrera.

Ecija, lo mismo que el 5.° de Ligeros, tenian fama de ser los cuerpos más bravos del ejército isabelino: añádase á esto que el digno jefe de aquella bizarra tropa, brigadier D. Santiago Perez, era tambien un valiente.

Cabrera añadió, volviéndose hácia Ojeda:

— Estoy esperando con impaciencia la noticia de haber sido destrozados los de Reillo. Haga V. que avancen dos batallones hasta llegar á tiro de fusil del pueblo.

Y cayó en seguida como un rayo, con sus Miñones, Ordenanzas y Guias, sobre los puntos avanzados.

Los cristinos estaban parapetados en las calles y en las casas, dispuestos á defenderse hasta el último extremo, y á no ceder sino palmo á palmo las posiciones que ocúpaban.

Trabóse por lo tanto una refriega desesperada, en la cual el estrago de las descargas á quema-ropa se unia á los horribles destrozos que causaban los proyectiles huecos del morterete carlista, vomitando sin cesar granadas sobre las casas del pueblo.

Miéntras tanto llegó la noticia de haber derrotado Forcadell al batallon Reina Gobernadora, que ocupaba á Reillo, después de una brillante resistencia que terminó en dispersion confusa, dejando en el campo 100 cadáveres y en poder de los carlistas 160 prisioneros, y huyendo los restantes á encerrarse en Alarcon.

— Esto es otra cosa — dijo Cabrera al saberlo, y mandó al coronel Polo que tomase á los cristinos una posicion muy ventajosa, llamada *Las Heras*, desde la cual hostilizaban incesantemente á las tropas carlistas.

Polo, con algunas compañías de los batallones 4.° y 6.° de Aragon, atacó por el frente, miéntras los comandantes Ceballos (D. Vicente) y Macarulla atacaban por los flancos: horrible fué la lucha, con intrepidez acometieron los

bravos aragoneses y con temeridad se resistian los soldados del Rey y provinciales de Ecija; pero nada pudo contener el brio de aquellos y desalojaron por fin á sus contrarios de las Heras después de encarnizado combate, quedando las posiciones disputadas cubiertas de muertos y heridos (1).

El jefe cristino se hallaba ya reducido á muy pocas casas del último recinto del pueblo, y aún pretendia con arrogante entereza que el combate continuara.

La noche vino con su negro manto á cubrir aquellas escenas de desolacion y de sangre, y á dar treguas, por algunas horas, á la desastrosa lucha.

Cabrera aprovechó esta pequeña tregua para dirigir al brigadier Perez el siguiente oficio:

«La situacion á que se halla V. reducido es tal, que no puede evitar que la tropa que V. manda en ese pueblo sea ocupada por la mia, ya porque tengo los medios necesarios para quemar los edificios que ocupen, ya porque cuento con fuerzas sobrantes respecto de las de V., y ya finalmente porque la otra columna de que podia confiar socorro, al pasar á reunirse con V. ha dado con otra division mia que la lleva en derrota y á estas horas habrá sin duda caido toda en mi poder. En este concepto, y en el de que parece haber hecho la resistencia suficiente para dejar á cubierto su responsabilidad, á fin de evitar el derramamiento de sangre, espero acudirá á la rendicion que le intimo, y verificándola en el término de dos horas, será respetada la vida de todos y se les preferirá para el primer canje; pero si, lo que no espero, se negase á esta proposicion, procederé á la ocupacion sin miramiento algu-

(1) El Sr. Ceballos, de quien se hace mencion en este párrafo, vive aún y está al lado del Sr. D. Cárlos VII.



no, y V. responderá de la sangre que se derrame y males que se sigan.»

El valiente Perez, cuyo ánimo levantado le hacia digno de combatir contra el Conde de Morella, y cuyas valientes tropas eran tambien dignas de medir sus armas con los bravos aragoneses, contestó inmediatamente en este oficio:

«Acabo de recibir el oficio de V. de esta fecha, en que me intima la rendicion, suponiendo que no cuento con recursos para mi defensa, ni con el auxilio de la columna de que puedo esperar socorro: cuento con toda clase de recursos, y el principal es la calidad de las bizarras tropas que mando, las que jamás se rendirán sin satisfacer su ardor, y en el ínterin no considero á cubierto la responsabilidad que V. me presenta, ni el honor de las armas leales que empuño (1).»

Contestacion propia de un soldado español.

Al despuntar el alba del 1.º de Setiembre, aprestáronse ámbos jefes á nuevo y más cruel combate: Cabrera, con la esperanza de rendir á su contrario, y éste en la ilusion consoladora de que sería socorrido ántes de inmolarse con sus soldados en áras del deber.

La acometida debia ser sobre el pueblo, en cuyo recinto—como ya hemos dicho—estaban encerrados los constitucionales: el Conde de Morella ordenó que Polo, ayudado por el comandante Macarulla, avanzase por las calles, miéntras Ceballos avanzaba tambien, incendiando los edificios que aquellos ocupaban, y siendo ámbos protegidos por una columna de reserva, á las órdenes del

---

(1) Ambas comunicaciones, que no fueron publicadas entónces, llevan la fecha del 31 de Agosto. Es de advertir que el jefe isabelino dirige la suya, no á D. Ramon Cabrera, como Oráa, Van-Halen y O'Donnell, sino *Al Sr. Conde de Morella.*

Córdova, *Vida*, tomo IV, págs. 484 y 485, nota 22.

comandante D. Juan Huertas, no ménos valiente y arrojado.

Horroroso fué el cuadro que siguió á la señal de ataque.

Los sitiados, decididos á vender caras sus vidas, arrojaban sobre los intrépidos carlistas toda clase de proyectiles, balas, piedras, ladrillos, hasta bancos y muebles, desde las ventanas y azoteas de las casas, al mismo tiempo que el fuego se levantaba en gigantescas y afiladas llamas desde la base de los edificios incendiados, y enormes penachos de humo subian lentamente por el aire, á través de aquella atmósfera de pólvora.

Los gritos de los vecinos, que veian destrozadas sus haciendas y reducidos á cenizas sus hogares; los lamentos de los heridos, que abandonados en las casas y en las calles, quedaban expuestos á ser devorados por el incendio ó ahogados por los espesos torbellinos del humo; las voces de los combatientes, que se animaban á la pelea, los unos con el furor de la desesperacion, los otros con la seguridad del próximo triunfo; la sangre que corria á torrentes, los cadáveres que sembraban el campo, el estruendo de las casas que se desplomaban—todo contribuia á formar un cuadro de negros colores, como pocas veces se habia visto en la sangrienta lucha de los siete años.

Aún no se rendian los sitiados, aún conservaban aliento para rechazar las amenazas, para recibir con desden las intimaciones de Cabrera, para contestar con teson indomable *que no se rendirian* á los atribulados habitantes que se lo rogaban casi de rodillas.

La defensa de Carboneras fué uno de los hechos más loables de la fratricida guerra.

Cabrera mismo hace justicia á aquel puñado de valientes, y miéntras en el parte oficial decia que se resistieron las tropas de Perez *hasta más allá de la temeridad*,

en sus *Memorias* añade que *la resistencia llegó hasta el heroismo.*

Mas una postrera acometida del sitiador desalentó á los denodados cristinos.

Y púsoles en tal aprieto—dice un cronista—que no tuvieron más remedio que encerrarse en la iglesia, abandonando por necesidad los demás puntos.

En tal situacion, desfallecidos los unos por el hambre, medio muertos los otros de fatiga, y asfixiados además casi todos, viendo que al llegar la media noche ni tenian esperanza de socorro, ni tampoco podrian renovar la lucha al dia siguiente sino para irritar al vencedor y hacer aún más triste la suerte de los infelices soldados, el brigadier Perez, con ánimo todavía entero y arrogante, consultó la opinion de los jefes y oficiales que obedecian sus órdenes, y de comun acuerdo convinieron todos en presentar al Conde de Morella una capitulacion «digna de unos soldados — decia el oficio — que han acreditado á V. su valor; en el concepto que si V. no tuviese á bien acceder á ella, se resignarán á sepultarse conmigo en las llamas y en las ruinas de este pueblo, defendiéndose miéntras tengan aliento.»

Mentira parece que el sitio de Carboneras pasase casi oscurecido para los liberales de entónces, cuando los defensores del pueblo parecian querer renovar los ejemplos heróicos de Sagunto y Numancia.

Cabrera aceptó la capitulacion tal como se la propuso el brigadier Perez.

Hé aquí los principales artículos:

«1.° Los heridos serán tratados en la misma forma que los del ejército Real, ó bien con el cuidado debido serán conducidos á Cuenca, pero en el concepto de prisioneros de guerra.

2°. Las personas de los señores jefes y oficiales serán respetadas, así como la ropa que llevan puesta y una muda, y podrán ir montados hasta el depósito: á la tropa se le conservará su vestuario, á excepcion del capote, que será cambiado.

3.° Que todos los oficiales y demás fuerza sean admitidos al primer canje—como V. tuvo á bien ofrecer en su comunicacion de anteayer.

4.° A los señores jefes se les permitirá tener dos asistentes y á los oficiales uno.

5.° Esta capitulacion tendrá efecto una hora después de canjeadas las copias (1).»

Cabrera escribió debajo de estos artículos:

«Accedo.—*El Conde de Morella.*»

Y no sólo accedió, sino que permitió que los oficiales conservaran sus equipajes, y, lo que más estima un militar pundonoroso, su espada: rasgo de generosidad que puede recibirse como tributo de un valiente á otros valientes, siquiera sean contrarios en el campo de batalla.

Resultado: los vencedores tuvieron 57 muertos (entre ellos el capitan D. Miguel Pertegaz, y tres subalternos), 185 heridos (13 oficiales) y 23 contusos; la pérdida de los cristinos consistió en 153 muertos, 46 heridos, 2.000 prisioneros (2), igual número de fusiles y 150 caballos.

Tal fué la victoria de Carboneras, á los quince dias de la destruccion de Tales por el general O'Donnell.

Excusamos decir que la capitulacion se cumplió escru-

(1) Tiene la fecha de 2 de Setiembre. La *Gaceta de Madrid* permaneció muda sobre la rendicion de Carboneras.

(2) Calvo y Rochina dice (pág. 433) que fueron 1.800, y reduce á 100 el número de los caballos.

Nosotros, puesto que no hay parte isabelino de esta jornada, hemos tomado los datos del *Boletin del Ejército Real.*

pulosamente: los heridos fueron trasladados á Cuenca y los prisioneros al depósito del Forcall, contiguo á Morella.

Antes de terminar el capítulo, contarémos un hecho extraordinario ocurrido en los primeros dias de Mayo: hablamos de la tentativa de envenenamiento en la persona de Cabrera.

Indudablemente que este valeroso y leal caudillo de Cárlos V, debia ser objeto de las iras más vehementes del Gobierno de Madrid.

Y cuenta, que al decir esto, no acusamos al Gabinete de Doña María Cristina de haber sido el autor de tan negra perfidia, ni tenemos datos siquiera para culpar á nádie. *Nos consta* que álguien los tiene, y *quizá no se pasará mucho tiempo sin que la luz se haga en este tenebroso asunto*, lo mismo que en otros *aún más tenebrosos*.

La historia está obligada á saberlo todo, *y lo sabrá*, Dios mediante.

Volvamos, pues, á nuestra narracion.

Decíamos que el Conde de Morella era objeto predilecto de la saña del Gobierno de Madrid,—ó si se quiere de todos los constitucionales.

La razon es óbvia: su valor indomable, su fortuna en las lides, su génio emprendedor y vigoroso, le hacian aparecer como un atleta invencible, pero cuya derrota y exterminio se anhelaba y *se ordenaba* hacía ya siete años, —desde ántes que Nogueras adivinase el medio de *cortarle el vuelo*,—problema de solucion imposible hasta entónces y que parecia serlo en adelante, muy parecido en sus resultados á esos imaginarios trasgos que la exaltada fantasía se forja, que más se alejan cuanto más de cerca se les sigue.

Y sin embargo, era preciso vencerle.

Más todavía en aquellas circunstancias críticas: habíanse fusilado en Estella á valerosos generales, vagaban otros ínclitos soldados de la legitimidad en perfecto desconcierto, Maroto preparaba la nefanda traicion de Vergara, y habia ofrecido al Comodoro inglés, Mister Hay, entregarle la sagrada persona—¡horror causa decirlo!—de su rey y señor, quizás para que fuese conducido el bondadoso Cárlos á una nueva roca de Santa Elena.

Es decir: que el poder legitimista, formidable y victorioso en el campo de batalla, que no podia ser vencido por las nobles armas de la guerra, sucumbia de repente ahogado entre los brazos de traidores y ambiciosos, con máscara cubiertos de pequeños diplomáticos.

Pero quedaban, entre otros, dos poderosísimos caudillos, honra y prez del ejército carlista: el uno, el Conde de España, combatia esforzadamente en Cataluña; el otro, el Conde de Morella, dominaba como amo absoluto en el Maestrazgo, Bajo Aragon y Plana de Valencia, hacía frecuentes excursiones á provincias más distantes, y llevaba el temor á los ánimos de los liberales más ilusionados por el *triunfo* de su causa.

Quién no se acordaba de Cherta y Ulldecona? Quién habia olvidado el sitio de Morella? Quién, sobre todo, no tenía presente la ensangrentada imágen de Pardiñas?

—Miéntras estos dos existan—diríase *álguien*—no habrémos ganado la partida.

Consecuencia lógica: *ganarlos* ántes á ellos.

Cómo?—Son ámbos honrados, son incorruptibles, veneran á su rey y le aman, harian pedazos entre sus manos á quien se atreviera á iniciarles cualquier idea de traicion ó de soborno.

—Pues.... ello es preciso: no importa, y adelante!

Ya verán nuestros lectores lo que se escondia detrás de esta última frase.

Rumores circulaban, desde fines de 1838, de que se pretendia asesinar al general Cabrera.

Mas eran tan vagos, que nádie vislumbraba el orígen de tales voces, y ménos aún se podia adivinar la persona ó personas á quienes se hubiese conferido el inícuo encargo de convertirlas en hechos.

Ello es que la vigilancia cerca del general se redoblaba, que todos tenian especial cuidado en rodearle de precauciones, en formar alrededor de su cuerpo una especie de valla insuperable para los advenedizos, verdadero círculo de adhesion y lealtad que repelia las asechanzas que la traicion fraguara contra la persona del Conde de Morella.

Los jefes y oficiales de su Estado Mayor, los de los cuerpos, los Miñones, los Ordenanzas y en particular los ayudantes de campo, rivalizaban en celo por su digno y querido jefe.

No le dejaban solo un momento, velaban su sueño con solicitud cariñosa, hacian la guardia en las cocinas todo el tiempo que duraba la confeccion de las comidas, probaban las viandas ántes de servirlas en la mesa del Conde, hacian, en fin, con fidelidad escrupulosa todo lo que les sugeria su lealtad y cariño para librarle de un puñal traidor ó de un veneno.

Los presentados del enemigo eran sometidos á interrogatorios difíciles y á pruebas durísimas ántes de recibir ingreso en las filas reales, y aun después de todo, se les enviaba á los batallones que operaban en los puntos más lejanos, comunmente á la division del Túria; los que procedian de puntos ocupados por los cristinos, aunque se presentasen sin ánimo de servir en el ejército de Cabrera,

y haciendo protestas de fidelidad, estaban tambien cuidadosamente vigilados por una policía secreta que se habia creado con tal objeto, y de cuya mirada investigadora no estaban libres ni aun los mismos indivíduos de las filas.

Crecieron y tomaron más fuerza los rumores de que se tramaban infames planes contra la existencia del Conde de Morella, en los primeros meses de 1839.

Obsérvese una coincidencia singular.

Hablóse por vez primera de tentativas de asesinato contra el caudillo tortosino, á los pocos dias de haber contestado éste á la ambígua carta que le remitió en Octubre de 1838 el general Maroto (1): y hablóse la segunda, con más insistencia todavía, despues de las cruentas y viles ejecuciones, cometidas en Estella, en los desgraciados generales Guergué, Sanz, García y demás leales compañeros.

No acusamos á nádie, repetimos: pero tal vez *álguien* pueda ver aquí un lazo misterioso que unía ámbos execrables crímenes. Téngase presente que Cabrera habia dicho al futuro traidor de Vergara:

«...Siempre me hallará V. dispuesto á cooperar al único objeto que nos ocupa, cual es hacer triunfar prontamente la causa de nuestro soberano (2).»

Pero los *señores* que tan pérfidos planes ordenaban en el misterio y soledad de *ciertos* gabinetes, no contaban seguramente con el celoso, activo y leal cuerpo de confidentes que servia á Cabrera, y «cuya travesura,—dice él mismo en sus *Memorias*,—parecerá increible

(1) Véase la pág. 504 de esta obra.

(2) Carta de Cabrera á Maroto, fechada en Lécera á 13 de Octubre de 1838.—Pág. 505 de esta obra.

si no se hubiesen palpado diariamente sus efectos.»

Añádase á esto que la mayor parte de los correos isabelinos eran interceptados por partidas carlistas, destinadas á este objeto, y se vendrá en conocimiento de lo fácil que era al Conde de Morella apoderarse de todos los secretos de los generales enemigos, *y de los no generales*.

A tal punto rayaba este servicio, que muchas sorpresas fueron ejecutadas felizmente en virtud de los mismos partes isabelinos, y no pocas quedaron frustrados, por la misma razon, los proyectos mejor combinados de las fuerzas contrarias.

Hé aquí por qué, á fin de evitarse á sí mismo los inconvenientes que ofrecian los pliegos, Cabrera redujo su correspondencia de campaña á dos personas: él, que dictaba las órdenes, y el ayudante que estaba encargado de trasmitirlas. De este modo, ni habia peligro de que los oficios se extraviasen, ni ménos de que el enemigo se aprovechase del extravío.

A principios de Mayo recibiéronse, en el cuartel general de Cabrera, noticias exactas acerca de tres indivíduos *que salian de Madrid* en direccion al campamento carlista, y quienes *llevaban la comision* de envenenar al Conde de Morella.

Tan minuciosos eran los detalles indicados por los confidentes, que no sólo se sabía la filiacion de cada uno de los presuntos asesinos, sino que se señalaba en ellos hasta el trage que vestian, el punto adonde irian á parar y el pretexto que pondrian para su presentacion en el campamento, lo cual era más que se necesitaba para frustrar el criminal proyecto.

Redoblóse, no obstante, la vigilancia, y comunicáronse órdenes para capturar á las personas sospechosas.

Efectivamente: un sugeto salió de Segorbe en una de las mañanas de Mayo, y se presentó á Forcadell, acampado no muy léjos de aquel punto, solicitando ingreso en las filas.

Era el mismo á quien se esperaba, es decir, el primero de los tres.

Identificóse su persona inmediatamente, y sin que él lo sospechara, para no dar lugar á la destruccion de los cuerpos del delito, y fué reducido á prision.

Registráronle entónces y se halló en su poder un puñal y un papel que contenia cierto veneno.

Súpolo en seguida Cabrera, mandó que fuese trasladado el preso á Morella, encerrólo en un calabozo, y encerró ántes en el mismo cuarto que al asesino se destinaba á cierto oficial carlista, llamado Ortega, muy adicto al general, con objeto de que, fingiéndose preso injustamente, se quejase de la arbitrariedad que se habia usado con él, y provocase con su franqueza la confesion de los planes que el otro se proponia ejecutar.

El lazo estuvo tan hábilmente tendido, que el asesino, como se esperaba, cantó de plano, segun vulgarmente se dice.

No habia necesidad, sin embargo, de tantas pruebas: teníalas muy poderosas el general Cabrera, ya recibidas anteriormente, ya en otros documentos importantes que llegaron después á sus manos.

Ello es que el mismo general se empeñó en tener una entrevista con el reo, ántes de entregarle á los jueces, sin que lograsen convencerle de lo arriesgado é inútil de aquella empresa los ayudantes de campo y demas leales amigos que le rodeaban contínuamente.

No hay necesidad de decir que á la entrevista asistieron tambien estos fidelísimos amigos.

Conducido, pues, el reo á presencia de Cabrera, pasó entre ámbos el siguiente diálogo (1).

—Cómo se llama V?

—Antonio Lopez Moel.

—Qué objeto le trae á V. á mi campamento?

—General, servir al Rey y á V. E.—Soy picador, y vengo á ofrecer mis servicios; soy carlista, y deseo defender á Cárlos V á las órdenes de V. E.... pero al llegar se me aprisionó....

—Basta—gritó entónces Cabrera con voz de trueno—es V. un traidor, un cobarde, un asesino....

—Señor....

—Sí: todo lo sé, desde los primeros pasos que dió V. en Madrid hasta el último que ha dado en Segorbe. Un confidente leal le seguía, y no ignoro ni siquiera un detalle del alevoso plan concebido por malvados de quien V. es miserable instrumento.

Lopéz estaba consternado.

—Es falso, mi general, es falso.... Yo juro á V. E.

—Calle V., cobarde, y no jure: «habló V. en Zaragoza con...., en Segorbe con...., recibió V. tantas onzas de oro para el viaje, se le ofreció un destino si me mataba.... Aquí están los avisos de todo : yo sé el itinerario de V. dia por dia, hora por hora. .. En la cárcel ha confesado V. su crímen al oficial puesto allí con objeto de explorarle fingiéndose preso : V. llevaba consigo el cuerpo del delito....

—Señor....

---

(1) Bajo la fé de Córdova, quien debió copiarlo de las mismas *Memorias* del Conde de Morella. Debemos repetir que *algun dia se sabrán los nombres que ahora se omiten*, por consideraciones que el lector se hará cuando sepa que alguna de las personas aludidas vive todavía.—Córdova, *Vida*, tomo IV, pág. 102 y siguientes. Calvo y Rochina no dice una palabra.

—Silencio!—Un puñal y un papel que contenia veneno se hallaron en poder de V. en el acto de prenderle.

—Mi general, piedad....

—No hay piedad para los cobardes, asesinos y envenenadores—exclamó Cabrera con voz terrible.—Ahora debiera obligar á V. á tomar ese veneno con la punta de mi espada. Merece V. la pena del talion, pero va V. á ser juzgado inmediatamente por un consejo de guerra. Allí será V. interrogado y careado con su compañero de prision. Detrás de V. vienen tres envenenadores más, por si se yerra este golpe; pero ellos retrocederán escarmentando en cabeza ajena.... Los que han concebido el proyecto de matarme alevosamente, quisiera yo tener aquí: ellos no se atreven, y envian á un desalmado como V.

Y volviéndose á los circunstantes, dijo por último:

—Señores, saquen VV. á este hombre de mi presencia.

Y salió de la estancia.

En seguida fué el miserable Lopez Moel entregado al consejo de guerra, cuyo tribunal le condenó á la decapitacion «y á ser suspendido el cadáver—dice textualmente la sentencia (1)—con un cartel al pecho que dijera: *por traidor y asesino.*»

Sentencia terrible que fué ejecutada en el campamento de Villafamés con lúgubre é imponente aparato: la cabeza del asesino rodó sobre el tajo al segundo golpe de la afilada segur.

En el mismo cuadro, y pocos momentos después, fuéron pasados por las armas cuatro voluntarios del 2.° de Tortosa, uno de ellos sargento, «por sediciosos é inducir á la rebelion.»

Así pagó su horrible delito el miserable Lopez Moel.

---

(1) Puede leerse en el *Boletin del Ejército Real.*

ménos miserable, sin embargo, que aquellos á quienes servia de instrumento, quizá por un puñado de oro y una promesa ilusoria.

Vamos á concluir este capítulo.

Escasos fueron—dice un cronista—los momentos de júbilo por la victoria de Carboneras.

El brigadier Perez, al presentarse á Cabrera al frente de los prisioneros, le dijo estas palabras:

— Ah, general!—Bien ingrato ha sido para mí el destino. Mientras la paz renace en nuestra pátria, nosotros nos batimos á muerte.

— Cómo! Qué dice V?

— Quizás hoy mismo, general, se firma en Guipúzcoa la conclusion de la guerra.

La terrible noticia de la infame traicion de Maroto súpola de este modo el Conde de Morella.

CAPÍTULO XXVIII.

LA TRAICION DE VERGARA.

No un corto capítulo, un volúmen de muchas páginas fuera necesario (1) para narrar los sucesos que acaecieron en la corte y campo de D. Cárlos desde el desastre de Peñacerrada, 22 de Junio de 1838, hasta el dia fatal de 31 de Agosto de 1839.

Allí, donde la lealtad y el heroismo habian residido, y aún residian en algunos nobles pechos, como si el génio infernal de la contradiccion hubiese emponzoñado la atmósfera con maléficos alientos, sólo se vieron desde entónces ejemplos insignes de traicion y de perfidia, actos

(1) El autor de esta obra, *E. Flávio*, *Conde de X****, que posee documentos preciosísimos, completamente desconocidos, *aun los más reservados de la cancillería de Cárlos V*, que le han sido confiados por personajes importantes de la corte de este augusto monarca, está á punto de acabar otra obra, con este significativo título: *La traicion de Vergara.*—En ella se verá lo que fué realmente el *Convenio*, no lo que han querido los liberales que hasta hoy sea.

El autor la dedica á D. Cárlos VII, rey legítimo de España.

cobardes de bajeza y de villanía, indignas escenas de miseria, de abyeccion, de amaños infames.

Procurarémos reseñar todos los principales hechos que precedieron y prepararon la nefanda traicion de Maroto y sus secuaces, á pesar de los estrechos límites de que disponemos.

La expedicion real, en su desastrosa retirada de Madrid—efecto ya de la traicion y de la intriga—llegó á las Provincias en el último grado de desaliento, de desnudez y de hambre.

Pero aquellos bravos soldados no desmayaban: recibidos con entusiasmo por los leales vascongados y navarros, socorridos en sus tribulaciones y fortificados por el brio de su general en jefe, el desdichado Guergué, halláronse en breve tiempo, no sólo en estado de reparar los daños que se habian originado á la causa de la legitimidad en las jornadas anteriores, sino tambien dispuestos á resistir heróicamente al ejército de Espartero, sin permitirle dar un paso al traves de las montañas y desfiladeros de aquel país clásico de la lealtad y de la bravura.

Y bien pronto, además, se hallaron en disposicion de ofender á su enemigo, extendiéndose hasta las puertas de Santander, y tomando la villa de Nancláres, miéntras el jefe cristino se veia obligado á abandonar la fortaleza de Balmaseda, y las partidas carlistas recorrian con fortuna los países por él ocupados, arrebatando ganados y víveres, imponiendo contribuciones y desarmando á los nacionales y francos.

Como la gran traicion venía ya dispuesta de antemano, y sólo esperaba el momento oportuno para realizarla, los *marotistas* del cuartel real veian con disgusto que el Rey continuaba muy satisfecho de los servicios del general Guergué, y no pensaba en confiar el mando á Maroto.

Decimos los *marotistas*, porque es preciso que sepan nuestros lectores que la corte de D. Cárlos, *desde los primeros meses de* 1834 se hallaba dividida en dos bandos: *transaccionistas y apostólicos*. Los primeros, capitaneados por el P. Cirilo de Alameda y Brea (actual arzobispo de Toledo, *por arte de la traicion de Vergara*), el P. Gil, superior de los jesuitas de Loyola y otros que irémos conociendo en el concurso de este capítulo, querian que el Rey se sometiese á una transaccion *honrosa* con el Gobierno de Madrid; pero los segundos, acaudillados por hombres tan enérgicos y leales como D. Joaquin Abarca, obispo de Leon; D. José Arias Tejeiro, Ministro de Negocios extrajeros; Diaz de Lavandero (D. Pedro), Ministro de Hacienda, etc., etc., se oponian á todo lo que no fuese el triunfo completo de la causa.

Justo es decir que el Rey se oponia tambien á toda transaccion, la cual, decia, jamas podrá ser honrosa.

Ya el general Quesada, en Marzo de 1834, se atrevió á recurrir á tentativas de transaccion con el bravo, inteligente y adicto Zumalacárregui, confiado en la íntima amistad que les habia unido anteriormente; pero el ilustre guerrero carlista le contestó:

«Te perdono este insulto en favor de nuestro antiguo cariño, y el dia del triunfo solicitaré tu perdon de mi muy amado Rey.»

Respuesta digna del héroe, que echó por tierra los planes del astuto Quesada.

A los pocos meses, en Enero de 1835, el general Alava, por medio del Duque de Wellington, dió tambien algunos pasos para conseguir la paz á favor de una transaccion *honrosa*; mas el noble D. Cárlos respondió al veterano de la Independencia:

«Jamas consentiré en abdicar ni renunciar mis dere-

chos al trono de mis antepasados: nunca abandonaré á mis valientes defensores; y confiando en la justicia de mi causa y en la Divina Providencia, quiero vencer ó morir combatiendo.»

Sin embargo, los *transaccionistas* ó *pasteleros* continuaron en el cuartel real con ánimo decidido de llevar adelante sus planes en ocasion oportuna.

Esta se presentó cuando fué nombrado Espartero general en jefe del ejército cristino que operaba en el Norte: hacia falta que Maroto recibiese entónces el mando del carlista, porque un lazo secreto unia desde muy antiguo á aquellos dos hombres: AYACUCHO.

Claro está que se pondrian todos los medios para derribar al Ministerio, arrancar á Guergué el mando de las tropas y dársele á D. Rafael Maroto.

Hallábase éste desterrado en Francia, á consecuencia de anteriores sucesos, que no son del caso en este libro, pero manteniendo relaciones directas con los *transaccionistas*, en especial con los PP. Cirilo y Gil, y con el Baron de los Valles, quienes espiaban al Soberano para sorprenderle el anhelado decreto en favor de Maroto.

En Abril y Mayo de 1838, el P. Gil, Villavicencio y el Baron de los Valles se presentaron en Lezaun, cuartel general de D. Cárlos, é hicieron saber al Monarca que Guergué no servia para el mando en jefe del ejército, y que era urgente colocar en tal posicion á un hombre de energía y firme carácter que inspirase confianza y aliento al soldado.

—Ninguno mejor—añadieron—que el desterrado general Maroto.

El Rey no resolvió, aunque parece ser que se mostró vacilante, creyendo buenamente que redundaria en beneficio de su causa la ejecucion de los deseos de aquellos; y

esto fué bastante para que el Baron de los Valles, por sí y ante sí, escribiera inmediatamente á Maroto en nombre de D. Cárlos, *mandándole* que se personase en Navarra, pues se le confiaria en seguida el mando en jefe del ejército, *con facultades para mudar el Ministerio* (1).

Con sorprésa de todos los indivíduos del cuartel real, Maroto se presentó en la corte el dia 31 de Mayo.

El monarca no sólo no le hizo caso alguno, sino que habiendo salido para Elorrio, ni habló nada con el general acerca del mando que pensaba confiarle, ni siquiera le invitó á que lo siguiera en la corte.

Maroto montó en cólera y parece que dijo en alta voz palabras, *que algunos oyeron*, como éstas :

« La conducta del Rey conmigo *es indigna*. Enviarme á buscar á Burdeos para ponerme á la cabeza del ejército, y al cabo de tres semanas que estoy aquí, *no haberme consultado una sola vez, ni haberme dicho nada que pueda hacerme creer que quiera emplearme*. Eso ES INFAME ! »

De aquí resulta el hecho siguiente : que Maroto *se consideraba insultado* por D. Cárlos.

Y como no era hombre que perdonaba las injurias, puesto que todo le parecia lícito para satisfacer la sed de venganza, no sólo entregó al enemigo las provincias y las tropas que habia jurado conservar y aumentar, sino que tuvo la avilantez de urdir una trama diabólica para entregar tambien á los cristinos la sagrada persona del monarca.

Desgraciadamente, la accion de Peñacerrada, funesta para las armas carlistas, decidió la cuestion en favor de

(1) Todos estos documentos, cartas, oficios, etc., etc., *aun los más secretos*, inéditos muchos de ellos, los poseemos nosotros para enriquecer el nuevo libro *La traicion de Vergara.*



este hombre de execrable memoria: Guergué fué relevado y el mando en jefe del ejército del Norte se confirió, con fecha 24 de Junio, al general Maroto.

Los *transaccionistas* habian ganado la partida primera.

Tomó posesion del mando el dia 25, y enderezó en seguida á las tropas la siguiente proclama, sobre la cual llamamos la atencion de nuestros lectores:

«Voluntarios: El Rey, mi Señor, se ha dignado confiarme el mando de su valiente ejército, y yo le he aceptado con confianza, animado por el recuerdo del valor que siempre habeis mostrado al frente del enemigo. Con vosotros recogió el inmortal Zumalacárregui los laureles inmarcesibles que adornan su frente, y á vosotros debió sus más brillantes victorias. Al recordaros las virtudes de aquel héroe, estoy firmemente convencido de que hareis ver al mundo entero que no habeis olvidado ni los gloriosos ejemplos que os dejó, ni los prudentes consejos que de él recibísteis, y que todos seguireis religiosamente el sendero del honor y del deber que os trazó desde su lecho de muerte.

»Yo quiero imitar á aquel valiente guerrero, y siempre en medio de vosotros, como él estaba, me vereis el primero en el puesto del honor y del peligro. Mas para vencer son indispensables la más estricta obediencia y la más severa disciplina: así espero de vosotros la puntual ejecucion de las órdenes de vuestros jefes. Cada cual será responsable de la más ligera falta contra la disciplina, pues seré inexorable en el castigo de todo lo que propenda á alterarla.

«El Rey y nuestra santa religion son los sagrados objetos cuya defensa se nos ha confiado. ¿No deberémos sacrificarlo todo por tan noble fin? Si los enemigos tratan de sembrar entre vosotros la desunion y la discordia, probadles con la lealtad de vuestra conducta que sus intrigas

no encontrarán acogida en vuestras filas, porque las pasiones viles y bajas no encuentran eco en los apasionados corazones de los valientes realistas que se han armado para defender la más justa de todas las causas.

»Observad la conducta de vuestros enemigos, el asesinato de vuestras mujeres é hijos, el incendio y saqueo de vuestras casas y lugares tan pronto como consiguen cualquier ventaja. La experiencia de lo pasado os enseña lo que podeis esperar de ellos y la fe que podreis dar á las promesas de sus agentes; tratadles, pues, con el desprecio que merecen. La paz que os ofrecen, la conservacion de vuestros fueros son otros tantos cebos engañosos que os presentan para seduciros ó para adormeceros en una peligrosa inaccion. Creed en sus promesas, y en breve la devastacion de vuestras provincias y el asesinato de todos cuantos amais vendrán á sacaros, aunque demasiado tarde, de vuestra peligrosa seguridad, pues han jurado la muerte de todos vosotros sobre la ruina de vuestros pueblos reducidos á cenizas.

»¡Odio eterno á tales mónstruos! ¡Pelead con vuestro valor acostumbrado, y quedad vencedores ó morir como héroes en el campo del honor!—Cuartel general de Estella 28 de Junio de 1838.—*Rafael Maroto.*

Esta proclama, hábilmente escrita, demuestra ya las intenciones que Maroto abrigaba.

Evoca en ella el nombre preclaro del inmortal Zumalacárregui, de aquel que respondió con tanta entereza á las seducciones de Quesada, para halagar al soldado vascongado y navarro, que veneraban la memoria del héroe y del mártir.

Pero insinua en ella pérfidamente las palabras *transaccion, paz, conservacion de fueros,* con el objeto de que los bravos que luchaban con tanto heroismo, y vertian

tan generosamente su sangre propia por la causa de Cárlos V, se acostumbraran á oir esas frases halagüeñas, que más tarde habria el traidor de pronunciar de otro modo.

Esto sólo demuestra, sino hubiese otras pruebas, que Maroto volvió al ejército con el plan preconcebido de vender á su Rey y señor.

Y prueba tambien,—¿por qué no decirlo?—que en dicho plan infame tenian parte los principales marotistas de la corte, el P. Cirilo (1), el P. Gil, el Ministro Montenegro, el Baron de los Valles, etc., etc., incapaces de ser engañados por Maroto, pues no es posible creer que hombres tan hábiles para la intriga se dejasen sorprender por aquel, ni mucho ménos.

Nuestros lectores, ántes de concluir el capítulo, quedárán perfectamente convencidos.

Veamos ahora en qué situacion se hallaban los ejércitos beligerantes al encargarse del mando el general *Maroto*.

Comencemos por los cristinos.

Espartero, que al parecer se proponia atacar á Estella, reunia en torno de esta ciudad, en Viana y Puente-la-Reina, 30.000 soldados, un inmenso parque de artillería y una considerable cantidad de víveres, llevados allí de todos los puntos de España: el jefe, sin embargo, perma-

---

(1) Este señor, veleidoso con todos, hasta consigo mismo, ocupa actualmente la silla primada de las Españas, y viste el capelo cardenalicio: ámbas gracias le fueron prometidas por Doña María Cristina á causa de la traicion de Vergara.

Recordamos tambien que, en un documento que guardará la historia, calificó de *gavilla de perdidos* al Conde de Montemolin y á Don Fernando de Borbon y Braganza, y demás caballeros que le acompañaban, y es tambien el *primero y único prelado español* que ha prestado juramento de guardar y hacer guardar la Constitucion democrática de 1869.—¡Es un hombre *aprovechado* el Rdo. P. Cirilo!

necia en Logroño sin tomar la ofensiva, á pesar de tales aparatos.

Ya sabrémos la causa.

Pero ¿cómo se encontraba este ejército, en qué situacion para acometer á un poderoso enemigo?

Los navarros, á las órdenes del ilustre y desgraciado general García, interceptaron entónces un oficio que Alaix, virey de Pamplona, dirigia á Espartero, y en el cual se decia:

«Excmo. Sr.: Me veo en la triste necesidad de recordar á V. E. *lo que tantas veces le he escrito* acerca de las privaciones y sufrimientos de las tropas de S. M. en este vireinato.

»....Los auxilios distribuidos á las tropas en el mes de Diciembre último fueron bien reducidos: lo que he podido proporcionarme desde entónces.... apénas ha bastado para dar una sexta parte de paga á cada indivíduo.

»Pero no solamente falta el dinero, sino que en cada batallon hay un gran número de soldados que *hace mucho tiempo están sin camisas*; BATALLONES ENTEROS *no tienen más pantalones que de lienzo*, á pesar del rigor de la estacion (Enero), y *es positivo que muchos soldados no pueden salir del cuartel porque están enteramente desnudos*. No HAY UN SOLO HOMBRE *que tenga zapatos*, ni es posible dárselos, porque los almacenes están vacíos.... y esto en un momento en que *el enemigo adquiere cada dia nuevas fuerzas y recorre á su arbitrio las provincias*. El tenerlos así es exponerlos á que falten á la disciplina y á la obediencia, *cuando necesitamos resistir al enemigo y conservar lo que todavía poseemos*.

»....Ahora el enemigo *recorre el país en todas direcciones y bloquea esta plaza* (Pamplona) *de tal manera* que para ir á buscar raciones me veo precisado á poner en

movimiento todas las tropas que tengo á mis órdenes.

»....Quedan muy pocas municiones.... muchos fusiles se han puesto inservibles y no tengo con que remplazarlos: en una palabra, *nos falta todo á la par*, en un momento tan crítico.... por consiguiente, puede temerse todo en un país en que las simpatías del pueblo son contra nosotros (1)....»

Esto era á principios de 1838: es decir, durante el mando en el ejército carlista del general Guergué, después de la malaventurada expedicion real.

Hay más todavía: en Setiembre del mismo año el ejército cristino, cuando Espartero aparentaba atacar á Estella (y sólo hacia realmente *ganar tiempo* para que Maroto hilvanase los pérfidos complots de Febrero y Agosto), aguardaba sólo el paso del Arga, para alzar las culatas de los fusiles delante de los batallones carlistas y dar con ellos el grito de *Viva Cárlos V*!—Verdad demostrada por diferentes documentos y diarios de jefes del mismo ejército y confirmada por la siguiente *órden del dia* 3 de Setiembre, en Lodosa:

«El Excmo. Sr. General en jefe tiene motivos para creer que los agentes del Pretendiente redoblan sus esfuerzos para corromper la fidelidad de los valientes de este ejército. Los enemigos... recurren á la perfidia y á las seducciones (2) para hallar medios que no puede proporcionarles la justicia de su causa. Y siendo el interes de S. E.

---

(1) Algunos párrafos de esta carta han sido publicados en un artículo titulado: *Apuntes para la historia*, y suscrito por D. J. de Castro.—*La Esperanza*, núm. 7.520, 24 de Abril de 1869.

(2) Esto lo decia el jefe de E. M. de Espartero! — ¿Qué *perfidias*, qué *seducciones* hay comparables con la de Vergara, que ya entónces estaba *bien adelantada*?

conservar la reputacion de su ejército... he mandado lo que sigue:

»Artículo 1.° Todo indivíduo dependiente del ejército, de cualquier grado que sea, que deserte después de la publicacion de esta órden... será pasado por las armas en el momento de en que sea cogido...

»Art. 2.° Todo indivíduo perteneciente al ejército, de cualquiera graduacion que sea, que después de la publicacion de esta órden se haya pasado al enemigo que sea hecho prisionero, será igualmente pasado por las armas... etc.

»El brigadier, jefe de E. M. interino, — *Tena.*»

Y no obstante estas severísimas penas, la desercion era tan numerosa, que á principios de Noviembre se habian llenado los batallones carlistas de *pasados* del enemigo, de tal modo, que estaban cubiertas con exceso las bajas ocasionadas por la expedicion de Negri y el combate de Peñacerrada.

»Hace tres meses—decia el secretario interino del mismo Maroto — que no se hubieran podido reunir 300 caballos: hoy se pueden tener en una hora más de 1.000, y se aumenta sin cesar su número.»

Y pudo sin embargo decir muy bien la Reina Gobernadora, al abrir las Córtes ordinarias de 1839, en 1.° de Setiembre:

«Los ejércitos han recibido el aumento más considerable en hombres, caballos y material de guerra, y tengo la complacencia de anunciaros que se hallan en aquel estado de brillantez y disciplina que asegura siempre la victoria (1).»

Y ántes decia tambien en el mismo discurso régio:

(1) *Gaceta de Madrid*, núm. 1.754, 2 de Setiembre.

« La guerra se encuentra en el mejor estado. El enemigo, dividido entre sí y reducido á sus naturales atrincheramientos, ha perdido una gran parte del territorio que por mucho tiempo habia dominado.... »

Qué habia ocurrido en el intervalo de un año?—Veámoslo.

Constaba el ejército carlista del Norte de las fuerzas siguientes:

INFANTERÍA...
- 24 batallones vascongados,
- 13 batallones navarros,
- 6 batallones castellanos,
- 1 batallon de artillería de á pié,
- 1 batallon de granaderos de la Guardia,
- 2 compañías de cadetes y sargentos,
- 1 compañía de *Guardias de Honor*,
- 4 compañías de las cuatro Juntas provinciales,
- 4 escuadrones desmontados, que servian como peones.

CABALLERÍA..
- 4 escuadrones navarros,
- 4 castellanos (500 caballos),
- 1 guipuzcoano,
- 1 alavés (Húsares de Arlaban),
- 1 de *Guardias de Corps*, —destinado á escoltar el estandarte de la Generalísima, Nuestra Señora de los Dolores.

En suma: 30.000 peones y 1.500 ginetes.

No hay necesidad de contar la numerosa artillería de todas clases y calibres, artilleros, ingenieros y zapa-

dores, y ménos todavía la muchedumbre de gentes que seguia al cuartel real ó permanecian en los depósitos, generales, brigadieres y jefes, oficiales de todas armas; Ministros, Consejeros, empleados en las distintas oficinas, etc., etc.

Además: tenian establecidas los carlistas cuatro magníficas fábricas de pólvora, dos de fundicion y maestranza, y tres talleres de recomposicion de armas: habíase tambien instalado en Oñate un colegio de artillería y en Mondragon una escuela de ingenieros.

Eran dueños de las cuatro provincias vasco-navarras, estando reducido el dominio de los cristinos á las cuatro capitales, y tan estrechamente bloqueados en ellas, como hemos visto en la comunicacion del general Alaix á Espartero, de modo que decia bien aquel: «no vamos á po»der resistir al enemigo para conservar lo que todavía po»seemos.»

El mismo general Maroto, pocos dias ántes de ser nombrado general en jefe, ***cuando hacia méritos para lograr el anhelado nombramiento***, escribia á un su amigo:

«...Si el Rey me diese el mando del ejército, estoy seguro completamente de que lo hubiera colocado en el trono de sus mayores. Conozco mejor que nádie el estado del ejército, y sé que nunca ha habido una causa que tenga más probabilidades de triunfo: todos los puntos vulnerables de las Provincias están fortificados, tenemos mucha artillería, el pueblo está firmemente adicto á D. Cárlos, y el ejército cristino completamente desmoralizado.

»Con tales elementos, yo estaba seguro de su triunfo...»

Una coplilla, popular entónces—***Vox populi, vox Dei***, dice el adagio—demuestra hasta qué punto dominaban los carlistas en los países de allende el Ebro.

Cantábase en Navarra:

«Adiós, puente de Tudela:
por debajo pasa el Ebro,
por encima los cristinos
que van al degolladero.»

Ahora bien: tengamos en cuenta que á principios de 1834 cuando las fuerzas carlistas en las provincias vascas apénas llegaban á 3.000 infantes y 50 caballos, sin una sola pieza de artillería, perseguíanles incesantemente 12.000 cristinos, y aquellas se engrosaron rápidamente y ganaron victorias; y recordemos tambien que en 1836 el general Eguía apénas mandaba 28.000 soldados, y el jefe cristino, Fernandez de Córdoba, tenía á sus órdenes la miseria de 100.000 peones, 5.000 ginetes y numerosos trenes de artillería, sin que por esto consiguiese entrar en las Provincias, siendo constantemente rechazado con pérdidas considerables.

Pues ahora verán nuestros lectores cómo Espartero entró en el corazon de Guipúzcoa sin disparar un tiro, llevando siempre delante de sus tropas á los soldados carlistas, desde Ramales y Guardamino hasta Lecumberri, Elizondo y Urdax, sin que ninguno de los generales traidores que rodeaban al desgraciado Cárlos V, se acordase de volver por su honra mancillada, ponerse á la cabeza de los atónitos batallones, que no salian del estupor que le causaban sucesos tan extraños, dar el grito de *¡Viva el Rey!* acometer al imprudente enemigo, y ganar en breves dias, quizás en horas, mayores ventajas que pérdidas habian tenido.

En Julio de 1838, Espartero continuaba amagando á Estella, y Maroto le observaba.

La antigua capital de Navarra, poseida de entusiasmo, se apercibia á la defensa, y hombres, mujeres y niños

trabajaban en las obras de fortificacion y se proponian morir ántes que rendirse.

De repente, Espartero abandona sus proyectos, contramarcha á Logroño, y no se mueve de allí hasta Abril de 1839.

Miéntras tanto Maroto, á pesar de repetidas proclamas, de anunciar muchas veces que iban á principiar las operaciones con actividad sin ejemplo, de amagar ataques á Villanueva de Mena, á la division que mandaba el general D. Diego de Leon, aún á las mismas fuerzas de Espartero, deja pasar los meses marchando y contramarchando desde Estella á Valmaseda, desde Valmaseda á Estella.

No se dormia en sus planes: hacía variar el Ministerio á su gusto, separaba á los generales y jefes que no le eran adictos, y daba el mando de los batallones á hombres que eran hechuras suyas. Preparaba, en fin, el negocio.

Para ello, atormentaba sin cesar á D. Cárlos, con un atrevimiento inaudito: y como los antiguos ministros, alarmados por la audacia de aquel hombre, presentasen su dimision hasta cinco veces distintas, haciendo saber al Rey que en el estado de las cosas era necesario elegir entre ellos y Maroto, Cárlos, irresoluto y débil, no decidió la cuestion enteramente, sino rogando á sus consejeros que permaneciesen en sus puestos.

Un dia el obispo de Leon no titubeó en decir al Rey:

«Señor: caminamos á pasos precipitados hácia una revolucion: hoy es todavía tiempo de que V. M. pueda detener el torrente, pero mañana acaso será arrebatado por él. Permítame á V. M. que le suplique me conceda la libertad de retirarme, si prevalecen los perniciosos consejos de Maroto; no me obligue V. M. á permanecer en mi puesto para ser testigo de la ruina de la causa más sagrada, y de la deshonra de V. M.»

Fuerte era este apóstrofe, mas el Rey nada concluyó: sin embargo, á los pocos dias insistió de nuevo el prelado, y D. Cárlos le prometió que retiraria el mando de manos de Maroto.

Era esto el 10 de Febrero de 1839, y el Rey se hallaba en Vergara.

El 11 se presentó Maroto en el cuartel real, acompañado de algunos batallones de su confianza: habia sabido, por sus amigos de palacio, la resolucion del monarca, y venia dispuesto á fusilar á los Ministros y apoderarse de la persona de D. Cárlos.

Pero habiéndole dicho sus consejeros (1) que si fusilaba á los ministros leales, marcharian contra él los generales navarros, librarian al soberano y harian que el *negocio* se frustrase, decidióse en aquel infame cónclave la muerte de éstos, «*porque ántes de emprender nada era preciso desembarazarse de rivales tan peligrosos.*»

Esto era el 12 de Febrero: el 18, habian dejado de existir Guergué, García, Sanz y Carmona, el intendente Urriz y el secretario Ibañez.

Guergué se hallaba en su casa de Legaria, cuando se presentaron los esbirros de Maroto; fué apresado y conducido á pié á Estella, sin permitirle dar un abrazo á su esposa;

Sanz y Urriz fueron tratados del mismo modo;

García se encontraba en su casa, en la misma ciudad de Estella, cuando entraban prisioneros los otros infelices: el comandante del 12 de Navarra entró violentamente en el cuarto del general, que estaba al lado de su esposa, y le dijo:

(1) El P. Cirilo, el P. Gil, Montenegro, Arizaga, el Conde de Negri, etc., etc.

—Mi general, que vienen á prender á V. ¡Sálvese al instante!

García contestó sin inmutarse:

—No me muevo. El Rey me ha mandado que permanezca aquí, y aquí permaneceré: yo quiero morir ántes que dar un ejemplo de insubordinacion (1).

Ni los ruegos del comandante, ni las lágrimas de la afligida señora, fueron bastantes para hacerle variar de resolucion.

En medio de esta lucha horrible de la ternura con el deber, llegó el cura de San Pedro, grande amigo de García, y dijo con acento solemne, al imponerse de aquella escena:

—En nombre de Dios, sálvese V.! Yo se lo impongo como por deber de conciencia....

Y quitándose el noble y santo clérigo sus hábitos, y poniéndoselos al general para que huyese, le empujó á éste, completamente disfrazado, hácia la escalera de la casa, cuando por ella subian ya los soldados que iban á prenderlo.

Y aunque pasó felizmente por en medio de ellos, sin ser conocido, fuélo más tarde en la puerta de Irache por el centinela que la guardaba, y llevado á la prision con sus compañeros.

El brigadier Carmona estaba en Cirauqui, y Maroto le envió á llamar con un ayudante de campo, *porque necesitaba hablarle*: el confiado brigadier se presentó al general en la misma mañana del 18, muy de madrugada.

Preguntóle Maroto:

—Se ha desayunado V.?

---

(1) A este valiente, á este hombre magnánimo, digno de los severos tiempos de Esparta, acusaba de insubordinacion el traidor Maroto!...

—Nó, señor,—contestó Carmona.

—Pues tome chocolate conmigo, y después hablarémos.

Tomáronlo juntos, en efecto, y luego que hubieron concluido, dijo Carmona muy tranquilo:

—Qué manda V., mi general?

—Vaya V. con mi ayudante de campo, y él le dirá lo que debe hacer.

El ayudante le condujo á la fortaleza, y encerróle en la prision de sus compañeros.

A las dos horas escasas eran fusilados los cinco pundonorosos y leales caballeros.

Pidieron permiso para hablar con Maroto, y les fué negado; pidieron dos horas de término para arreglar sus asuntos y hacer testamento, y tambien se les negó esta gracia.

En el momento de ir á morir, abrazáronse aquellos cinco valientes; y García, dirigiéndose á los soldados que formaban el cuadro fatal, les dijo con arrogante acento:

—Soldados: ¿tendreis valor para fusilar á unos generales que tantas veces os han conducido á la victoria?

Callaron los voluntarios; pero el oficial (1) que los mandaba, hechura de Maroto, replicó:

—Los generales y los soldados deben obedecer las órdenes del Rey.

—Pues haced fuego — respondió el intrépido, valeroso y leal García; — morir por el rey y por la religion es el deber de todos.

Sonó la fatal descarga, y rodaron por el suelo los cadáveres de aquellos esforzados varones.

García conservaba aún los hábitos clericales del cura de San Pedro de Estella.

---

(1) No sabemos el nombre de este indivíduo, y lo sentimos.

El secretario Ibañez (D. Luis Antonio), fué fusilado por la tarde.

Llegó á Estella, ignorando lo que pasaba, en virtud de una órden de Maroto, y fué encerrado en el Puig inmediatamente: en seguida se le comunicó la órden cruenta.

Ibañez, bien seguro de que no podia esperar nada del general Maroto, preguntó:

—¿Cuánto tiempo se me concede para prepararme á morir?

— Dos horas — contestóle el esbirro marotista.

Sentóse muy tranquilo, pidió una pluma, papel y tintero, probó aquella, y encontrándola no muy de su gusto, sacó un cortaplumas del bolsillo, cortóla de nuevo con mucha calma, y luego escribió á su esposa:

»Jesus, María y José. — Puig de Estella, 18 de Febrero de 1839. — Querida de mi alma: á las dos horas de haber escrito esta carta, me hallaré ya en presencia de Nuestro Señor Jesucristo. Vuelven los tiempos primitivos de la iglesia, y mi Dios se ha dignado concederme la gracia, que le pedia hace mucho tiempo, de derramar mi sangre por su gloria. Muero inocente, y por lo mismo feliz, pues lo espero todo de la misericordia del Señor. — Cedo en tí todos mis derechos á los pocos bienes que pueden tocarme por muerte de mis amados padres, después de repartidos con mis hermanos vivos... — A Dios: rogaré á Dios por tí. Soy desgraciado en el concepto del mundo, pero feliz segun nuestra Santa Madre Iglesia.—*Luis Antonio Ibañez* (1).»

(1) En nuestra obra *La traicion de Vergara,* se hallarán detalles interesantísimos y *desconocidos hasta ahora* acerca de estas ejecuciones y demás sucesos importantes ocurridos en las provincias desde el 25 de Junio de 1838, hasta la entrada del Rey en Francia, —*diciendo la verdad* Á TODOS, *absolutamente* Á TODOS.



Preparóse después á morir cristianamente y dejó de existir al poco tiempo, en el mismo sitio, sobre la sangre aún caliente de sus desgraciados compañeros.

Consternóse la Corte al saber estos actos nefandos y D. Cárlos dictó á Árias Tejeiro, Ministro de Negocios Extranjeros, la siguiente proclama:

«Voluntarios fieles vascongados y navarros:—El general Don Rafael Maroto, abusando del modo más pérfido é indigno de la confianza y la bondad con que le habia distinguido, á pesar de su anterior conducta, acaba de convertir las armas que le habia encargado para batir á los enemigos del Trono y del Altar contra vosotros mismos. Fascinando y engañando á los pueblos con groseras calumnias, alarmando, excitando hasta con impresos sediciosos, llenos de falsedades á la insubordinacion y á la anarquía, ha fusilado sin preceder formacion de causa á generales cubiertos de gloria en esta lucha y á servidores beneméritos por sus servicios y fidelidad acendrada, sumiendo mi paternal corazon en amargura. Para lograrlo ha supuesto que obraba con mi Real aprobacion; pues sólo así podria encontrar entre vosotros quien le obedeciese. Ni la ha obtenido, ni la ha solicitado, ni jamas la concederé para arbitrariedades ni crímenes: conoceis mis principios, sabeis mis incesantes desvelos por vuestro bienestar y por acelerar el término de los males que os afligen. Maroto ha hollado el respeto debido á mi soberanía y más sagrados deberes para sacrificar alevemente á los que oponen un dique insuperable á la revolucion usurpadora para exponeros á ser víctimas del enemigo y de sus tramas. Separado ya del mando del ejército, le declaro traidor, como á cualquiera que después de esta declaracion, á que quiero se dé la mayor publicidad, le auxilie ú obedezca. Los jefes ó autoridades de todas clases, cualquiera de vosotros, está autorizado para tratarle como tal si no se presenta inmediatamente á responder ante la ley. He dictado las medidas que las circunstancias exigen para frustrar este nuevo esfuerzo de la revolucion que, abatida é impotente, próxima á sucumbir, sólo en él podria cifrar su esperanza. Para ejecutarlas cuento con mi heróico ejército y

con la lealtad de mis amados pueblos, bien seguro de que ni uno sólo de vosotros al oir mi voz, al saber mi voluntad se mostrará indigno de este suelo, de la justa y sagrada causa que defendemos, de las filas en que me glorío de marchar el primero para salvar el Trono, con el auxilio de Dios, de todos sus enemigos, ó perecer, si fuese preciso, entre vosotros. Real de Vergara 21 de Febrero de 1839.—CÁRLOS.

Como observarán nuestros lectores, esta proclama fué expedida *tres dias después* de saberse en Palacio los fusilamientos de Estella.

Acto de irresolucion del Monarca, que le costó la corona: porque los Ministros en cuerpo le suplicaron que se pusiese á la cabeza del ejército inmediatamente, conjurándole para que tomase una resolucion digna de él y de sus valientes defensores; pero D. Cárlos no dió respuesta alguna y dejó pasar tres dias: tres dias, empero, cuyos minutos costaban una joya de la brillante corona de las Españas.

Otros dos actos de debilidad, de irresolucion, cometió entónces el Rey.

El Príncipe de Astúrias, jóven denodado y ardiente, díjole con una energía digna de su egregia cuna:

«Señor: permítame V. M. que vaya al ejército: leeré la proclama de V. M. á los valientes voluntarios, me presentaré solo á los fieles defensores de V. M., y haré prender al general Maroto. No me lo niegue V. M., pues estoy seguro del buen éxito.»

¡Se lo negó sin embargo!

El brigadier Balmaseda, que se hallaba preso en el castillo de Guevara (1), y que se libró milagrosamente de

(1) Por error de imprenta se ha dicho, en la página 614 de esta obra, que estaba preso en Estella.



la muerte, se presentó al punto al Monarca y rogó que le permitiese ir en busca de Maroto para traerle á sus piés, *vivo ó muerto.*

Tampoco se lo concedió el Soberano.

Al contrario, accedió á mudar el Ministerio sacrificando á los leales y rindiéndose á los consejos villanos de los *marotistas*; Juan de Montenegro, grande amigo de Maroto, ocupó el de la Guerra; Marcó de Pont, el de Hacienda, y Ramirez de la Piscina, el de Negocios extranjeros.

Los anteriores Ministros apénas tuvieron tiempo para ponerse en cobro, porque el general Maroto avanzaba con algunos batallones que le eran afectos.

Al despedirse Arias Tejeiro, el leal y honrado caballero, del Rey, díjole éste llorando:

—Vete á Cataluña y á Aragon, é informa al Conde de España y al de Morella de mi triste estado. Díles que no estoy libre.... que todos mis actos son resultado de una violencia inaudita...

En seguida, obligado por el auditor Arizaga, amigo íntimo de Maroto, firmó otra proclama que éste le presentó, sin permitirle variar ni una palabra, como el Rey queria.

Héla aquí:

« Animado constantemente de los principios de justicia y rectitud que he consignado en todos los actos de mi soberanía, no he podido ménos de ser altamente sorprendido cuando con nuevos antecedentes y leales informes he visto y conocido que el teniente general D. Rafael Maroto ha obrado con la plenitud de sus atribuciones y guiado por los sentimientos de amor y fidelidad que tiene acreditados en favor de mi justa causa. Estoy ciertamente penetrado de que siniestras miras, fundadas en equivocados conceptos, cuando no hayan nacido de una criminal malicia, si pudieran ofrecer á mi régia confianza hechos exagerados y traducidos con dañada

intencion, no deben permitir pase más tiempo sin la reparacion debida á su honor mancillado, y aprobando las providencias adoptadas por dicho general, quiero que continúe como ántes á la cabeza de mi valiente ejército, esperando de su acendrada lealtad y patriotismo que si bien ha podido resentirle una declaracion ofensiva, ésta debe terminar sus efectos con la seguridad de haber recobrado aquel mi gracia y la vindicacion de su reputacion injuriada. Asimismo quiero se recojan y quemen todos los ejemplares del manifiesto publicado, y que en su lugar se imprima y circule esta mi expresa soberana voluntad, dándose por órden en la general del ejército y leyéndose por tres dias consecutivos al frente de los batallones.

Real de Villafranca, á 24 de Febrero de 1834.—CÁRLOS.»

El dia siguiente entró Maroto en Villafranca con los batallones afectos, que *llevaban cargadas las carabinas*; formólos en batalla delante del palacio, entró él, y como al subir por la escalera encontrase á uno de sus cómplices, apoyándose en el puño del sable con las dos manos, dijo á aquel:

—Hola! Esto es otra cosa: ya se puede venir á Palacio sin peligro de encontrar en él á toda la canalla que ántes habia.

¡A los leales defensores del Rey los fusilaba! ¡A los fieles consejeros los llamaba canalla!

Admitido á la presencia de D. Cárlos, pidió á éste, del modo más imperioso, las cabezas del obispo de Leon, Arias Tejéiro, Lamas Pardo, Celis y García (D. Diego), peticion que habia hecho el dia ántes por medio del general Urbistondo, otro de sus cómplices, y no el ménos activo, á quien encargó que dijese al Soberano «*que aunque ocultase á aquellos entre las suelas de sus zapatos, él vendria á sacarlos de allí.*»

El Rey rechazó tan bárbara exigencia, y fueron úni-

camente desterrados: todos estabau ya en salvo, no obstante, bien seguros de la saña con que Maroto los odiaba.

Entónces se dedicó á *reorganizar* el ejército: es decir, á prepararle para el *negocio*.

Elío recibió el mando de Navarra, Latorre el de Vizcaya, Alzáa el de Alava, Iturriaga el de Guipúzcoa: á Urbistondo se le dió el de la division castellana, nombróse á Villareal ayudante de campo de D. Cárlos, y Zaratiegui fué agregado al Estado Mayor: así quedaba todo el ejército á disposicion de Maroto.

Sin embargo, no se contentaba: para realizar de una vez sus planes, queria ser nombrado *generalísimo*; esto es, jefe de todas las tropas carlistas de España, introduciendo en las de Cataluña, Aragon y Valencia las variaciones en el personal que considerase necesarias, *para ejecutar*—decia al Rey—*un gran golpe que meditaba.*

Sometida esta peticion al Consejo supremo de la Guerra, y apoyada fuertemente por los cómplices de Maroto, generales Eguia (1), Saraza y Conde del Prado, y por el auditor Arizaga, fué sin embargo desechada.

¡Como si el Conde de España hubiese consentido en someterse á las órdenes de Maroto!

¡Como si el Conde de Morella hubiese admitido aquella proposicion indigna, después de las conferencias que habia tenido con el leal Arias Tejeiro!

Maroto devoró su despacho y empezó á obrar decididamente.

Contaba con el *apoyo* de Francia é Inglaterra, por razones que no son del caso en este libro; con gruesas sumas que puso á su disposicion el comodoro Lord John Hay, *para los que tuvieran que emigrar*; con *treinta mi-*

---

(1) Tambien Eguia!

llones de reales que el Gobierno de Madrid concedia á Espartero para los *gastos más necesarios*, con la capitanía general de Cuba que se le habia ofrecido, con el arzobispado de Toledo para el P. Cirilo, etc., etc.

Por eso, desde Abril hasta Agosto de 1839, Espartero pasó por Utal y por Ramales, donde debia haber perecido todo su ejército, si el traidor no hubiese abandonado á sus tropas; por Guardamino, donde *saltaron todas las piezas de artillería al primer disparo, por exceso de carga*; por los desfiladeros de Murguía, donde una guerrilla de 30 leales castellanos bastó para detener cuatro dias al imponente ejército enemigo.

Desmanteló á Valmaseda, Arciniega y Orduña, dejó franco el paso por Amurrio y Durango, miéntras abandonaba las llanuras de Vitoria al general Zurbano y los campos de Estella al general Leon, y esperó, por fin, en Vergara á las tropas de Espartero para consumar precipitadamente el acto nefando que la historia conocerá algun dia con el odioso nombre de *traicion*, no de *Convenio*.

Hé aquí el pacto de los generales:

CONVENIO

CELEBRADO ENTRE EL CAPITAN GENERAL DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES D. BALDOMERO ESPARTERO Y EL TENIENTE GENERAL D. RAFAEL MAROTO.

Artículo 1.° El capitan general D. Baldomero Espartero recomendará con interes al Gobierno el cumplimiento de su oferta de comprometerse formalmente á proponer á las Córtes la concesion ó modificacion de los Fueros.

Art. 2.° Serán reconocidos los empleos, grados y condecoraciones de los generales, jefes y oficiales y demas indivíduos dependientes del ejército del mando del teniente general D. Rafael Maroto, quien presentará las relaciones, con expresion de las armas á que pertenecen, quedando en libertad de continuar sirviendo, defendiendo la Constitucion de 1837, el trono de Isabel II y la Regencia de su augusta madre, ó bien de retirarse á sus casas los que no quieran seguir con las armas en la mano.

Art. 3.° Los que adopten el primer caso de continuar sirviendo tendrán colocacion en los cuerpos del ejército, ya de efectivos, ya de supernumerarios, segun el órden que ocupen en la escala de las inspecciones á cuya arma correspondan.

Art. 4.° Los que prefieran retirarse á sus casas, siendo generales y brigadieres, obtendrán su cuartel para donde lo pidan, con el sueldo que por reglamento les corresponda: los jefes y oficiales obtendrán licencia ilimitada ó su retiro, segun reglamento. Si alguno de estas clases quisiese licencia temporal, la solicitará por el conducto del inspector de su arma respectiva, y le será concedida, sin exceptuar esta licencia para el extranjero, que en este caso, hecha la solicitud por el conducto del capitan general D. Baldomero Espartero, éste les dará el pasaporte correspondiente al mismo tiempo que dé curso á las solicitudes recomendando la aprobacion de S. M.

Art. 5.° Los que pidan licencia temporal para el extranjero, como no pueden recibir el sueldo hasta

el regreso, segun Reales órdenes, el capitan general D. Baldomero Espartero les facilitará las cuatro pagas en virtud de las facultades que le están conferidas, incluyéndose en este artículo todas las clases desde general hasta subteniente inclusive.

Art. 6.° Los artículos precedentes comprenden á todos los empleados civiles que se presenten á los doce dias de ratificado este Convenio.

Art. 7.° Si las divisiones navarras y alavesa se presentasen en la misma forma que las divisiones castellanas, vizcaina y guipuzcoana, disfrutarán de las concesiones que se expresan en los artículos precedentes.

Art. 8.° Se pondrán á disposicion del capitan general D. Baldomero Espartero los parques de artillería, maestranzas, depósitos de armas, de vestuarios y de víveres que están bajo la dominacion del teniente general D. Rafael Maroto.

Art. 9.° Los prisioneros pertenecientes á los cuerpos de las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa, y los de los cuerpos de la division castellana que se conformen en un todo con los artículos del presente Convenio, quedarán en libertad disfrutando de las ventajas que en el mismo se expresan para los demás. Los que no se convinieren sufrirán la suerte de prisioneros.

Art. 10. El capitan general D. Baldomero Espartero hará presente al Gobierno, para que éste lo haga á las Córtes, la consideracion que se merecen las viudas y huérfanos de los que han muerto en la presente guerra, correspondientes á los cuer-

pos á quienes comprende este Convenio. Ratificado este Convenio en el cuartel general de Vergara á 31 de Agosto de 1839.—*El Duque de la Victoria.*—*Rafael Maroto* (1).»

Maroto dió á las tropas la estúpida alocucion que sigue:

«Nádie más entusiasta que yo para sostener los derechos al trono de las Españas en favor del Sr. D. Cárlos María Isidro de Borbon cuando me pronuncié; pero ninguno más convencido, por la experiencia de multitud de acontecimientos, de que jamás podria hacer este príncipe la felicidad de mi pátria, único estímulo para mi corazon; y por lo tanto, unido á los jefes militares de Vizcaya, Guipúzcoa, Castellanos y algunos otros, he convenido para conciliar los extremos de una guerra desoladora y procurando la paz. La paz, tan deseada por todos, segun pública y deseadamente se me ha hecho conocer. La falta de recursos para sostener la guerra después de tantos años, y la demostracion pública de odiosidad á la marcha de los ministerios, me han comprometido al último paso.—Yo manifesté al Rey mis pensamientos y proposiciones, con la noble franqueza que me caracteriza, y cuando debí prometerme una acogida digna de un Príncipe, desde luego se me marcó con la resolucion de sacrificarme. En tan crítica posicion, mi espíritu se enardeció, y los trabajos para conseguir el término de nuestras desgracias se multiplicaron: por último, he convenido con el general Espartero, autorizado en débida forma por todos los jefes referidos, que en estas provincias se concluya la guerra para siempre, y que todos nos considerémos recíprocamente como hermanos y españoles, cuyas bases se publicarán, y si las fuerzas de las demás provincias quieren seguir nuestro ejemplo, evitando la ruina de sus padres, hermanos y parientes, serán considerados y ad-

(1) Hay quien sostiene que en el acta original del *Convenio de Vergara* no existe la firma de Maroto.—*Apuntes para la Historia, la traicion de Vergara*, por D. J. de Castro.—*La Esperanza*, 24 de Abril, 1869.

mitidos; pero para ello es indispensable que desde luego se manifiesten abandonando á los que los aconsejen la continuacion de una guerra, que ni conviene ni puede sostenerse.—Los hombres, ni son de bronce, ni como los camaleones, para que puedan subsistir con el viento. La miseria toca su extremo en todo el ejército después de tantos meses sin socorro; los jefes y oficiales tratados como de peor condicion que el soldado, pues á éste se le da su vestuario, más á aquel tan sólo una corta racion, mirándolos de consiguiente marchar descalzos, sin camisa y en todos conceptos sufriendo las privaciones y fatigas de una guerra tan penosa. Si algunos fondos han entrado del extranjero, los habeis visto disipar entre los que los recibian y manejaban.—El país abrumado en fuerza de los excesivos gravámenes, ya nádie tiene con qué atender á sus necesidades, y el militar que ántes contaba con el auxilio de su casa, en el dia siente las angustias de sus padres, que lloran la generosidad de un pronunciamiento, que sólo la muerte y la desolacion les promete. Provincianos, sea eterna en nuestros corazones la sensacion de paz y union entre los españoles, y desterrarémos para siempre los enconos y resentimientos personales; esto os aconseja vuestro compañero y general.—Cuartel general de Villareal de Zumárraga, 31 de Agosto de 1839.—*Rafael Maroto* (1).»

....

Desde este momento hasta la entrada del Rey en Francia (14 de Setiembre), todos los actos de los cómplices de Maroto se redujeron á una asquerosa série de traiciones y apostasías que no pueden ser objeto de este libro (2).

Véase, por último, cómo anunció Espartero en la *Gaceta* la celebracion del Convenio:

(1) Fué publicada en la *Gaceta de Madrid*, y en todos los periódicos de la época. ¿Cómo nó?

(2) Repetimos que en el nuevo libro de *E. Flavio*, *Conde de X**** se tratará extensamente de todos los sucesos que aquí debemos omitir, por no ser de este lugar.

«Comandancia general de los ejércitos reunidos.—Secretaría de campaña.—Excmo. Señor:—Paso á manos de V. E. copia del Convenio que en virtud de la facultades con que me ha revestido el Gobierno de S. M. he celebrado con el teniente general D. Rafael Maroto, jefe superior que fué de las fuerzas enemigas.

»En su consecuencia, han concurrido hoy á esta villa cinco batallones y dos escuadrones de la division castellana; tres batallones y cuatro compañías con un escuadron de la division guipuzcoana; ocho batallones de la division vizcaina y cuatro piezas obuses de á doce de á lomo, cuyas fuerzas formaron en union con las del ejército que está á mis órdenes, y puesto á su frente las arengué con toda la efusion de mi corazon, manifestándoles que todos los Españoles, la pátria y la Reina las mostrarian su eterno reconocimiento por el acto grandioso de unirse fraternalmente al ejército de mi mando para concluir la paz tan deseada de todos.

»Repetidas aclamaciones de unas y otras tropas justificaron la pureza de los sentimientos; y dando yo un público abrazo al general Maroto como señal de reconciliacion que debia unir á los que hasta hoy habian estado en guerra abierta, dispuse formasen pabellones, á fin de que unos y otros se entregasen libremente al placer y regocijo impreso en sus semblantes y precursor de los venturosos dias que han de seguirse, alejando para siempre el gérmen de la discordia que ha hecho correr á torrentes la sangre preciosa de Españoles por Españoles, de hermanos por hermanos (1)....»

Basta, que la pluma se cae de las manos y el color de la vergüenza sube al rostro.

....

(1) *Gaceta de Madrid*, núm. 1.757—4 de Setiembre de 1839.

Cabrera no acabó de leer el famoso *Convenio*.

Arrojóle al suelo, pisoteóle con rabia y prorumpió en estas exclamaciones:

—Oh, amado monarca! Qué traicion tan grande! ¡Cómo te han vendido los infames (1)!...

Y luego, lanzando rayos por los ojos, exclamó:

—Nos verémos aún! Yo no me rindo, ni me vendo!...

(1) El Rey, cuando todo estuvo perdido en el Norte, pretendió pasar á Aragon, al lado de Cabrera. Celebróse un consejo, y Elío parece que indicó que él se comprometia á llevar al monarca, sano y salvo, al lado del Conde de Morella, con ocho batallones.

La sesion fué muy acalorada. — Como el P. Cirilo dijese, arrebatado de ira, cuando creyó que todos aceptaban la opinion del general Elío, que él no pasaria á Aragon, aunque la corte siguiese este camino, sino que abandonaria definitivamente á D. Cárlos, Elío le replicó con severo acento:

—Haria V. bien, porque sería V. muy mal recibido por el leal Cabrera.

FIN DEL TOMO I.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO I.

Páginas.

Al que leyere.................................. 7

PARTE PRIMERA (1833-1840).

CAPITULO I.—Ojeada preliminar.................. 9

CAP. II.—El Maestrazgo.—Los voluntarios realistas.—Partidas.—El coronel Victoria y el Baron de Hervés.—Morella.—Viva Cárlos V.—El depósito.—Ramon Cabrera y Griñó.—Familia de Cabrera: José Cabrera y Ana María Rosa Francisca Griñó.—Felipe Calderó.—Primeros años de Ramon.......................... 16

CAP. III.—Rectificacion importante.—La órden de destierro.—Quiero batirme!—El bautismo de fuego.—Tiene V. miedo?—Cabo, sargento y alférez.—La voz del honor.—Sorpresa de San Mateo.—El palo.—El barranco de Vallivana.—Teniente.—Capitan.—El primer ¡*Viva Cabrera*!—Sangre carlista.............. 23

CAP. IV.—Don Manuel Carnicer.—Segunda sorpresa.—Daroca.—El rancho de los cazadores.—Comandante.—Consejo de guerra.—El primer batallon.—Mayals: derrota y gloria.—La *Gaceta de Madrid* y la carta de

Páginas.

un general isabelino.—Ariño y Alfara.—Inhumanidad y clemencia.—Doce mil raciones.—La levita de Cabrera.—Coronel.—Los órganos de Móstoles........ 31
CAP. V.—Cárlos V.—Zumalacárregui.—Dos Cortes.—Toros en vanguardia.—Un proyecto infame.—El arriero aragones.—Audiencia particular.—Jabon y azafran.—Usted es.... Cabrera.—El pliego del Rey —Reunion de fuerzas.—La capa salvadora.—Alloza.—Retirada.—Heroismo.—El parte de Nogueras.—Muerte de Carnicer.................................... 40
CAP. VI.—La cuádruple alianza y el convenio de Lord Eliot.—Mosqueruela.—Caspe.—El nuevo *Rocinante*.—Regalo espléndido.—La separacion.—Chert.—El barranco de Prat de Compte.—El combate de Yesa.—El sable.—Tres batallones.—Segorbe.—Jana.—Rubielos.—Yo solo!—Academias militares.—Organizacion.—D. José María de Arévalo.—Una lágrima... 49
CAP. VII.—Cárlos V, Zumalacárregui y Cabrera.—Alcanar.—Comandante general del Bajo Aragon.—Ocho batallones.—Terrer.—El general Palarea.—Molina de Aragon.—Yo soy Cabrera!—Desercion.—Peñarroya.—Presentimientos tristes.—Sorpresa.—Ahí está mi madre.—Torrecilla.—Dos alcaldes................... 68
CAP. VIII.—Organizacion.—Hospitales y heridos.—Bagajes y raciones.—Vestuario.—Pólvora y balas.—Disciplina.—El telégrafo de Cabrera............... 87
CAP. IX.—Sangre carlista 102
CAP. X.—La madre de Cabrera..................... 112
CAP. XI.—Era inocente!—Indignacion general.—Las Cámaras francesas.—Inglaterra.—El banquete de un Lord.—Fuera el verdugo!....................... 125
CAP. XII.—Madre de mi alma!..................... 146
CAP. XIII.—El dolor de Cabrera.—Brigadier de infantería.—Una proclama.—El cartel de desafío.—La justicia del Gobierno.—Añon.—Salvacañete.—Brillante

Páginas.

retirada.—Viva D. Ramon!—Yo los vengaré!—El capitan general de Zaragoza.—Silencio.—Liria.—Cabrera enfermo.—Llamada y tropa!—Chiva.—Cantavieja.—Bajo la tienda........................... 171
CAP. XIV.—Inaccion aparente.—Forcadell.—Quilez.—Torner.—Llangostera.—Mirálles.—Proyectos de Cabrera.—Alcotas.—Dos partes.................... 203
CAP. XV.—Ulldecòna.—El general Montes.—Gandesa.—Preparativos cristinos.—La division del Túria.—La faja de general.—Expedicion de Gomez.—Villarobledo.—Córdova.—Un valiente.—Castro del Rio.—Contradanzas de tres generales cristinos.—Cabra.—Almaden.—Guadalupe.—Trujillo.—Un oficio urgente.—A Cantavieja!—A través de España.—Rincon de Soto.—Oh madre mia!—El sacerdote cristiano...... 225
CAP. XVI.—Antecedentes necesarios.—Cantavieja.—Desaliento.—Viva D. Ramon!—Pormenores.—¡Adelante!—Atrevida correría.—Torreblanca.—Nuevas heridas.—Accion de Buñol.—Alcanar.—Burjasot.—Fusilamientos.—Palabras de Cabrera.............. 261
CAP. XVII.—Forcadell en Orihuela.—Más batallones.—El general Oráa.—San Mateo.—Cantavieja.—Horribles martirios.—Accion de Cati.—Gandesa.—Cabrera y Nogueras.—La tempestad y el rayo.—Expedicion Real.—Buques en los montes.—Cherta.—Viva el Rey!—La gran cruz de San Fernando.—A Madrid!...... 297
CAP. XVIII.—Castellon de la Plana.—Batalla de Chiva.—Planes de Oráa.—Accion de Herrera.—Muerte de dos valientes.—Espartero.—Marchas y contramarchas.—Adelante!—A Madrid!—Vallecas.—Atrás!—D. Pantaleon Boné.—Aranzueque.—La fuga de Sanz.—Arcos de la Cantera.—Desastre.—A Cantavieja! 325
CAP. XIX.—Organizacion.—Torrevelilla y Amposta.—Un proyecto frustrado.—Nuevas tropas.—Correrías.—Lucena.—Dos partes.—Un regalo y una carta.—

Páginas.

Tres batallones más.—Hazañas de Boné.—Felipe Calderó 354
CAP. XX.—Morella.................................... 381
CAP. XXI.—Benicarló.—A Morella.—Gandesa.—Cherta y Tosa de Pelada.—D. Antonio Tallada.—Iniesta. —Dos derrotas.—Sentencia y ejecucion.—Prisioneros. 406
CAP. XXII.— Otra vez Lucena.— Dos combates.— Calanda.— Heroismo.— Alcorisa y Samper.—Alcañiz.— El Conde de Negri y el general Merino.—Los tenientes de Cabrera.................................. 435
CAP. XXIII.—Bandera negra.............................. 462
CAP. XXIV.—Bellmunt.— Maella.— Derrota y muerte del general Pardiñas.............................. 509
CAP. XXV.—La Princesa de Beira.—D. Antonio Van-Halen.—Organizacion y disposiciones.—La quinta carlista.— Caspe.— Villamalefa.— Cheste.— Represalias. —Contestaciones agrias.............................. 538
CAP. XXVI —1839.—Plan estratégico.—Los Miñones. —Villafamés y Alcora.—La Yesa.—7.900 fusiles.— Hazañas de Van-Halen.—Montan, Collado y Alpuente.—Segura.—El convenio de Lécera.—Dos decretos. —D. Agustin Nogueras.............................. 572
CAP. XXVII.—Fusilamientos de Estella.—D. Juan Manuel Balmaseda.—Montalvan.—Cuatro combates.— La Hoz.—La *encerradura de Aznar*.— D. Leopoldo O'Donnell.—Lucena.—Toma de Tales.—Dos victorias.— Chulilla y Carboneras.—La terrible noticia... 612
CAP. XXVIII.—La traicion de Vergara................ 666

